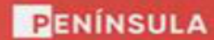
VIJAY PRASHAD

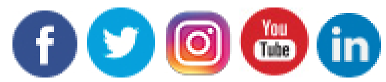


LAS NACIONES OSCURAS

OTRA HISTORIA DEL TERCER MUNDO



Índice





You
Tube


SINOPSIS

Galardonado con varios premios y traducido en todo el mundo, *Las naciones oscuras* traza una historia exhaustiva del Sur Global, de sus orígenes, sus esperanzas y de cómo reconfiguró el mundo. Tras una lucha interminable para acabar con el colonialismo, y a pesar de los intentos de líderes como el egipcio Gamal Abder Nasser y el indonesio Sukarno de unir a los países empobrecidos del mundo para reivindicar un sistema universal en oposición al poder hegemónico de Estados Unidos, la idea de igualdad política y reconocimiento internacional fracasó frente a un Occidente dominante.

Este libro, que para toda una generación de académicos, activistas y soñadores abrió el camino hacia un orden internacional más justo, sigue ofreciendo lecciones para los proyectos políticos radicales de hoy. En un momento en que la relación entre Estados Unidos y el resto del mundo se vuelve cada vez más tensa, y la posición de India y China en la escena mundial se consolida, Prashad nos recuerda que la desaparición del Tercer Mundo ha producido un panorama político internacional empobrecido y asimétrico, y que es esencial repensar el Sur Global no como lugar, sino como proyecto.

Las naciones oscuras

Otra historia del Tercer Mundo

Vijay Prashad

Traducción de Albino Santos Mosquera



Para Bela Malik

Prefacio a la edición 15.º aniversario

Las naciones oscuras, las historias posibles

La democracia es un método para hacer lo imposible.

W. E. B. Du Bois, «The African Roots of the War», *Atlantic Monthly*, mayo de 1915.

El proyecto del Tercer Mundo

Las naciones oscuras es una historia del proyecto del Tercer Mundo. En este libro sigo su evolución desde los años veinte hasta los ochenta. Una gran variedad de iniciativas se agrupó bajo un programa de reivindicaciones que fue impulsado por las luchas populares y defendido en diversos foros internacionales y de las Naciones Unidas. Este proyecto fue asesinado en los años ochenta por una conjunción de distintos elementos: el colapso de la Unión Soviética y de los sistemas socialistas de Europa del Este, la grave crisis de la deuda provocada por las turbulencias financieras mundiales y el debilitamiento de los gobiernos del Tercer Mundo, que se rindieron a la globalización que impulsó Estados Unidos. Los habitantes de las sociedades que en su día se acogieron al proyecto del Tercer Mundo siguen vivos y, no cabe duda, están haciendo historia. Sin embargo, no bajo el mismo paraguas.

En la década de 1980, en los medios de comunicación internacionales y la literatura académica, el término «Tercer Mundo» connotaba estados fallidos asediados por la hambruna, la pobreza y la desesperanza. Lejos quedaban esos días de 1940 y 1950 en los que China, Cuba, Egipto, Ghana, India, Indonesia y otros países irrumpieron en la escena mundial para exigir el fin del colonialismo y la igualdad de las naciones. Este periodo lleno de esperanza recibe a menudo el nombre de «espíritu de Bandung», en referencia a la conferencia celebrada en Bandung, Indonesia, en 1955, y que reunió a veintinueve naciones. La llama pareció reavivarse cuando Thomas Sankara tomó el poder en el Alto Volta en 1983, cambió su nombre por el de Burkina Faso («patria de los hombres íntegros») y puso a su país en la senda de la dignidad y el progreso. Sin embargo, los últimos coletazos de esperanza se truncaron cuando Sankara fue asesinado en

1987. El asesinato de Sankara nos remontó al asesinato de Patrice Lumumba en 1961 y a un largo historial de golpes de Estado y desestabilización que marcaron el intento de los países del Tercer Mundo de reclamar su derecho a la historia. Yo iba al colegio cuando Sankara llegó al poder y a la universidad cuando fue asesinado; su muerte fue un duro golpe para nuestras esperanzas de que el proyecto del Tercer Mundo se reanudara.

Una década más tarde, en condiciones muy distintas, Hugo Chávez tomó el relevo de esta historia con la Revolución bolivariana de Venezuela, que más tarde se enfrentó a la dureza de una guerra híbrida —que abarca desde las sanciones hasta el sabotaje— impulsada por Estados Unidos. Dicho país sigue intentando menoscabar toda posibilidad de creación de un auténtico orden democrático mundial. La creencia popular desde los años ochenta es que cualquier intento de construir un proyecto digno en las zonas de África, Asia y América Latina está abocado al fracaso y, por tanto, a la caridad. Tal condescendencia ha borrado la historia de la descolonización y del asalto imperialista. En *Las naciones oscuras* deseaba escribir una historia más profunda que la del fracaso existencial, quería revelar las esperanzas del proyecto del Tercer Mundo, los intentos controvertidos de crear un mundo nuevo y la dura realidad a la que se enfrentaron por parte del bloque imperialista.

Las luchas anticoloniales que dieron lugar a las nuevas naciones instruyeron a la inmensa mayoría de la población sobre las raíces y los recursos del imperialismo. El proyecto del Tercer Mundo no procede tanto de los intelectuales, sino de la sabiduría de los movimientos populares. De no ser así, no habría tenido tanto apoyo del pueblo. El Tercer Mundo, en mi análisis, no es tanto una condición común como un objetivo compartido de los gobiernos que, al menos en las dos décadas posteriores a los años cincuenta, gozaron de una legitimidad significativa por parte de la población. Durante un tiempo, supuso un reto para el régimen posterior a la Segunda Guerra Mundial, sobre todo por su programa de desarme y por la defensa de un orden económico más justo (mediante el uso de cárteles de productos básicos, subvenciones y aranceles) y de un mundo sin racismo. Lo que unía a los países de África, Asia y América Latina no era su geografía (el Sur), sino su política (la no alineación y la búsqueda de la dignidad). Por eso *Las naciones oscuras* se abre con la frase: «El Tercer Mundo no fue un lugar. Fue un proyecto». Fue el proyecto que se fraguó en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, y al que se puso fin porque constituía una amenaza para el orden mundial imperialista.

Hoy en día existen las condiciones para que este proyecto salga adelante. Sin embargo, no nos podemos limitar a levantar los cimientos del proyecto del Tercer Mundo del pasado. Tenemos que construir nuestro propio proyecto, uno que surja de nuestra lucha contra un sistema capitalista internacional en constante renovación, pero con defectos funestos. Cada vez más capital huye de la inversión productiva hacia usos financieros no productivos; se atesoran billones de dólares en paraísos fiscales ilícitos y se entierran otros billones en las arenas movedizas de los desiertos financieros y de los mercados bursátiles y de divisas. Debemos tener en cuenta las nuevas condiciones y las dificultades que entrañan. Debemos considerar la creación de una plataforma internacional capaz de lidiar con un ejército estadounidense agresivo, con la nueva Guerra Fría de Occidente contra China y Rusia, y con el «planeta de chabolas» que se recrudece a medida que aumentan la pobreza y el hambre en un contexto de austeridad y privatización. Esto es lo que planteé en mi libro, *Las naciones pobres: Una posible historia global del sur* (2013), y es la agenda de Tricontinental: Institute for Social Research, el instituto de investigación que dirijo.

El imperialismo será derrotado

Cuando Fidel Castro, primer ministro de Cuba, subió al estrado el último día de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (enero de 1966), tenía treinta y nueve años. La Revolución Cubana, que él había llevado a la victoria en 1959, acababa de celebrar su séptimo aniversario, lo que significa que solo tenía treinta y dos años cuando el dictador Fulgencio Batista fue derrocado del poder. En 1966, Castro ya gozaba de su característica solemnidad, de su voz profunda y de su aplomo. Cinco años antes, la Revolución Cubana había derrotado a Estados Unidos y a su Agencia Central de Inteligencia en Playa Girón, y en 1966 Castro había frustrado personalmente varios intentos de asesinato. «El imperialismo será derrotado», dijo a más de quinientos delegados de todo el mundo. Nadie en la sala lo dudó.

Cuba está a menos de noventa millas de la costa de Estados Unidos. Se había convertido en el patio de juegos de la élite estadounidense desde que fue arrebatada a España en 1898. Durante las seis décadas que permaneció bajo el dominio de los financieros de Wall Street y los gánsteres de Las Vegas, su situación fue deplorable. La Revolución de 1959 fue bien recibida por la mayoría del pueblo cubano. No iban a permitir que revocaran sus conquistas y derrocaran

al gobierno revolucionario. Fueran cuales fueran las penalidades que Estados Unidos impusiera a Cuba, su pueblo se mantendría firme. Fue esto lo que confirió a Fidel la certeza de que el adversario de Cuba, el imperialismo, sufriría una derrota total.

¿Por qué Estados Unidos y sus aliados intentaron asesinar a Castro y por qué bloquearon Cuba? ¿Qué hizo este país relativamente pequeño y pobre para merecer semejante trato? La fea historia del colonialismo, que estructuró las jerarquías del capitalismo actual, había creado zonas del mundo en las que, incluso después de la descolonización, se pagaba un precio muy bajo a los países pobres por sus materias primas (especialmente las preciosas, como el petróleo y el cobre) y salarios irrisorios a sus trabajadores. El argumento que se esgrimía para justificar los bajos salarios era a menudo racista: los habitantes de esas partes del mundo no tienen una gran ambición cultural, así que ¿por qué deberían obtener más recursos para mejorar su sociedad? Si alguna vez surgía una fuerza política que quisiera renegociar estas cuotas y mejorar los salarios y las condiciones de vida de su pueblo, si alguna fuerza surgía, en otras palabras, para ejercer la soberanía sobre su territorio, se enfrentaría a la ira de las potencias que defendían el sistema capitalista de orden colonial. Los métodos de la guerra híbrida —desde sanciones económicas hasta golpes de Estado e invasiones— se pondrían en marcha, y las fuerzas políticas progresistas serían derrocadas u obligadas a abandonar sus reivindicaciones. Cuba, como antes Haití (1804), no se rindió, por lo que se convirtió en un referente para muchas personas de todo el mundo que soñaban con una alternativa en el asfixiante horizonte de la pobreza.

Siempre desafiante, Fidel subió al estrado con su uniforme militar. Lo llevaría hasta el final de sus días. En *Los condenados de la tierra* (1961), Franz Fanon reflexionaba sobre la indumentaria de Fidel. Escribía: «[…] Castro, al acudir a la ONU con uniforme militar, no escandaliza a los países subdesarrollados. Lo que demuestra Castro es que tiene conciencia de la existencia del régimen persistente de la violencia. Lo sorprendente es que no haya entrado en la ONU con su ametralladora. ¿Se habrían opuesto quizá?». Fidel y los cubanos estaban siempre preparados para la guerra híbrida que se estaba librando, tanto para el bloqueo económico como para los ataques que continúan hasta el día de hoy.

«¿Quiénes nos ha enseñado esta lección?», preguntó Fidel refiriéndose a la certeza de que el imperialismo sería derrotado, en el último día de la Tricontinental. «Nos la han enseñado los pueblos. ¿Quién entre los pueblos nos ha dado en estos tiempos la más

extraordinaria lección? El pueblo de Vietnam». A pesar de usar todo su arsenal, lo que incluye bombardeos aéreos y armas químicas, «los imperialistas yankis no han podido aplastar al pueblo de Vietnam». En los años anteriores a la Conferencia Tricontinental, los revolucionarios vietnamitas habían atacado campamentos militares estadounidenses en el sur del país, como la base aérea de Bien Hoa (1964) y el campamento de las Fuerzas Especiales de Pleiku (1965). El gobierno estadounidense intensificó los bombardeos aéreos en el norte de Vietnam, incluida la capital, Hanoi. A finales de 1965, había 200.000 soldados estadounidenses en Vietnam. La revolución vietnamita estaba sometida a una gran presión, por lo que el Che Guevara, que se encontraba entonces en Tanzania entablando contacto con revolucionarios del Congo, dejó su «Mensaje a la Tricontinental» para que fuera leído en la reunión de enero de 1966. En este texto, el Che Guevara llamaba a los revolucionarios a crear «dos, tres, más Vietnams», como pretendía hacer en el Congo y después en Bolivia. Había que liberar al pueblo vietnamita de la presión, y la hidra de la revolución tenía que apartar a Estados Unidos de esa región de Asia.

En su declaración general, la Tricontinental proclamaba «el derecho inalienable de los pueblos a la total independencia política y a recurrir a todas las formas de lucha que sean necesarias, incluyendo la lucha armada, para conquistar este derecho». Seis años antes, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó una resolución sobre el colonialismo, en la que se señalaba que «el proceso de liberación es irresistible e irreversible y que, a fin de evitar crisis graves, es preciso poner fin al colonialismo y a todas las prácticas de segregación y discriminación que lo acompañan». Dicha resolución del 14 de diciembre de 1960 afirmaba que «a fin de que los pueblos dependientes puedan ejercer pacífica y libremente su derecho a la independencia completa, deberá cesar toda acción armada o toda medida represiva de cualquier índole dirigida contra ellos, y deberá respetarse la integridad de su territorio nacional». La ONU no dijo, como haría la Tricontinental, que la acción armada para la descolonización era permisible, pero tampoco la criticó. La crítica a las armas se dirigía a los imperialistas, cuya crueldad imponía la lucha armada a los colonizados. Esta fue la experiencia del Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC), cuyo líder Amílcar Cabral se encontraba en La Habana con motivo de la conferencia, y que solo empuñó las armas cuando la dura represión portuguesa le obligó a hacerlo. Desde el atril, Cabral dijo a sus compañeros revolucionarios:

Las experiencias pasadas y presentes de diversos pueblos, la situación actual de las luchas de liberación nacional en el mundo (especialmente en Vietnam, el Congo y Zimbabue), así como la situación de violencia permanente, o al menos de caos y agitación, en ciertos países que han conquistado su independencia por la llamada vía pacífica, nos demuestran no solo que los acuerdos con el imperialismo no funcionan, sino que la vía fundamental para la liberación nacional, impuesta a los pueblos por la represión imperialista, es la lucha armada.

La palabra clave aquí es «impuesta». La lucha armada no es una elección. Es lo que defendía Fanon en *Los condenados de la tierra*. Es lo que experimentó Patrice Lumumba cuando fue asesinado el 17 de enero de 1961, apenas un mes después de la resolución de la ONU. La imposición de la violencia frenó la lucha por los derechos civiles de un pueblo que ansiaba la libertad.

Vietnam, Palestina, Guatemala, Congo, Zimbabue... estos y muchos otros fueron los enclaves de las luchas del Tercer Mundo, regiones que no habían podido alcanzar la independencia en los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial. Se produjo un cambio de dinámica en el Tercer Mundo; la Conferencia de Bandung de 1955 pasó a no ser tan determinante y tomaron importancia la Revolución Cubana, que triunfó en la mañana de Año Nuevo de 1959, y una serie de victorias revolucionarias durante las dos décadas siguientes: Etiopía (1974), Vietnam (1975), Laos (1975), Guinea-Bissau y Cabo Verde (1975), Mozambique (1975), Santo Tomé (1975), Angola (1975), Afganistán (1978), Granada (1979), Nicaragua (1979) y Zimbabue (1980). En algunos casos, los revolucionarios comunistas y las fuerzas de liberación nacional libraron batallas prolongadas —como en Vietnam y Nicaragua— y, en otros, se encontraron en una posición de fuerza cuando el Estado se derrumbó tras una crisis apolítica y les allanó el camino hacia la victoria —como en Etiopía y Granada—. Lo que unía a estas fuerzas era, como decía la resolución de la ONU de 1960, el deseo de independencia y soberanía, aunque existían matices respecto al compromiso con la revolución social dependiendo del contexto. En otros lugares, como Palestina, Sudáfrica y el Sáhara Occidental, el proceso de liberación quedó bloqueado durante este periodo.

La determinación de estos movimientos de liberación nacional cobró fuerza en el seno de las Naciones Unidas cuando en 1974 se aprobó la resolución sobre el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI), una propuesta para un presente más humano. El objetivo del NOEI era que los pueblos cobraran un precio justo por sus materias primas y que utilizaran ese dinero para diversificar su economía,

aumentar los salarios de los trabajadores y crear instituciones sociales para mejorar la alfabetización, la atención sanitaria y las ayudas a la vejez. La NOEI, aunque humilde, era demasiado peligrosa para Occidente, que usó todos los medios necesarios para desmantelarla.

A la mayoría de estos avances revolucionarios no se les dejó siquiera respirar. Estados Unidos inició la Operación Ciclón (1979), que consistió en financiar a lo peor de la sociedad afgana, que se convirtieron en muyahidines y paralizaron al gobierno comunista. Estados Unidos también minó el puerto de Managua e hizo todo lo posible por acabar con el gobierno de izquierdas de Nicaragua financiando a la variante nicaragüense de los muyahidines, los contras. Fidel Castro y sus camaradas de la Tricontinental eran muy conscientes de la política de represión de las potencias imperialistas. En aquella reunión de 1966 se habló del archipiélago de bases militares de las viejas potencias coloniales —desde la base británica en Diego García hasta la francesa en Dakar— y de la nueva potencia imperialista, Estados Unidos, que a la larga construiría ochocientas bases militares repartidas por casi todos los países del mundo. La amenaza imperialista no había tenido éxito en Cuba. Sin embargo, los golpes de Estado en Brasil (1964) e Indonesia (1965) destruyeron la izquierda de estos dos países al menos durante una generación, y sentaron las bases para los golpes contra la liberación nacional en el Tercer Mundo. En 1977, un informe del gobierno estadounidense señalaba: «Estados Unidos se enfrenta a un mundo políticamente multipolar y económicamente interdependiente que, excepto en el sur de África, se ha estabilizado de forma notable». Lo que quería decir es que, aparte de las continuas insurgencias del sur de África, el resto del mundo había sido controlado mediante golpes militares en Sudamérica y el sur de Asia (a destacar Pakistán en 1977) y guerras sucias en Centroamérica. La revolución iraní de 1979 perturbó esta estabilidad durante décadas, pero por lo demás, Estados Unidos consideraba que había sido capaz de aplacar con eficacia el auge del Tercer Mundo.

El gran poeta indio Makhdoom Mohiuddin, comunista, supo medir el impacto del pedestal de granito sobre el que descansa el corazón imperialista. Este es el crepúsculo de los desposeídos, cantaba, *hai sham sham-eghareebaan*. Esas manos que empujaron a alguien a la horca, *voh haath jisne chadhaaya kisi ko sooli par*, esas manos siguen trabajando en el valle del Sinaí, en Vietnam, *voh haath vaadi-e Sina mein, Vietnam mein hai*.

El Tercer Mundo no se ha desvanecido en la bruma del colaboracionismo y la desesperanza, sino que permanece vivo en las

luchas que impone el imperialismo y sus atrocidades. Está claro que los ánimos han cambiado, los uniformes militares se han desteñido y las victorias no llegan tan deprisa como en aquellas épocas anteriores a la crisis de la deuda del Tercer Mundo. Sin embargo, cuando 250 millones de obreros y campesinos indios se suman a una huelga general, cuando millones de granjeros indios obligan al gobierno a dar marcha atrás en su intento de *uberizar* la agricultura, y cuando el pueblo de Bolivia derroca un golpe militar con la misma vehemencia con la que los pueblos de Venezuela y Cuba defienden sus proyectos revolucionarios, se hace complicado afirmar que el Tercer Mundo no es más que alimento para la nostalgia. Las luchas socialistas, estrechamente vinculadas al proyecto del Tercer Mundo y su época, no surgen como un ideal, sino que nacen del movimiento real que anula y supera el estado de cosas actual. La frase anterior parafrasea *La ideología alemana* de Marx y Engels, escrita en 1845-46; si estas palabras siguen siendo tan ciertas hoy como cuando fueron escritas, el sentimiento que encierran, y que hallaba su eco en Cabral y Castro, también sigue siendo vigente. Nuestro movimiento no es fruto de una elección. Es una necesidad.

Escribir *Las naciones oscuras*

Andy Hsiao y yo paseábamos por Manhattan unas semanas después de los atentados del 11 de septiembre de 2001. La retórica de la clase dominante era decisiva: había que responder a este ataque con la guerra, y el pueblo de Afganistán tendría que pagar las consecuencias. Existen dos tipos de patriotismo: uno insta al amor a la patria, pero no al odio a otros países; el otro fomenta el amor al propio país por encima de todos los demás. La índole del patriotismo que empezó a impregnar la sociedad estadounidense era sobre todo del segundo tipo: chovinismo y xenofobia aderezados con un poco de «excepcionalismo estadounidense».

Andy trabajaba entonces en la editorial The New Press, y estuvimos hablando del libro que quería escribir sobre la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia (CMCR). La conferencia se había celebrado en Durban (Sudáfrica) y había concluido pocos días antes del 11 de septiembre. Yo había volado de Johannesburgo a Atlanta, y de Atlanta a Nueva York, el día antes de los atentados contra el World Trade Center. Regresé de la CMCR con ganas de escribir sobre los debates que se habían originado y sobre las limitaciones de las fuerzas políticas del Tercer Mundo. Sin embargo, el

11-S y la guerra de Estados Unidos contra Afganistán me indujeron a una amnesia instantánea sobre la CMCR y sus consecuencias. «Escribe sobre la conferencia», me insistió Andy.

Durante los meses siguientes, repasé las notas que había tomado en la CMCR, donde me había invitado Mary Robinson, la presidenta de la conferencia, para participar en un foro académico sobre las castas y la desdicha de la jerarquía de castas. Su invitación me permitía asistir tanto a las reuniones gubernamentales como a las no gubernamentales, y así lo hice. En la CMCR observé la escasez de debate y cómo las reuniones gubernamentales tomaban derivadas cuestionables: las potencias occidentales estaban dispuestas a torpedear cualquier conversación sobre las reparaciones por la esclavitud esgrimiendo la cuestión del antisemitismo, debido al consenso generalizado de que la ocupación de los palestinos entraba en el marco de la «discriminación racial». Occidente, pero también sectores de las clases dirigentes del Sur Global, no estaban dispuestos a hablar con honestidad sobre el precio que los pueblos de África, Asia y América Latina pagan por la explotación descarada a la que Occidente les condena en aras de su propio desarrollo. Con la excepción de algunos discursos e intervenciones contundentes, la CMCR terminó en agua de borrajas. Castro intervino tanto en las reuniones ministeriales como en las no-gubernamentales, y en ambas fue ovacionado. Estuvo extraordinario, nos instruyó sobre las crisis ecológicas y económicas a las que se enfrenta el planeta y, luego, con su inimitable sentido del optimismo, dijo: «A lo largo de la historia ha quedado demostrado que solo de las grandes crisis han surgido las grandes soluciones». Cuando tomé el avión en Durban, pensé que valía la pena plasmar el devenir de la CMCR, y eso mismo es lo que tenía planeado hacer.

El primer borrador del libro sobre la CMCR fue un desastre porque era demasiado crítico con los gobiernos, los movimientos sociales y las ONG del Sur Global, y no tomaba en cuenta el contexto en el que se había fraguado tal fracaso. Hacía falta una historia más larga. Una de las mayores frustraciones de la conferencia fue el debate sobre las reparaciones, en el que los delegados europeos se mostraron reacios a permitir siquiera un atisbo de conversación sobre el coste del colonialismo para sus víctimas. Dejé a un lado el manuscrito sobre la CMCR y escribí un largo texto que se centraba en la violencia del colonialismo; hacía hincapié en el Congo, pero establecía paralelismos con lugares donde la violencia no suele ser un asunto recurrente, como la India. Pero incluso esa historia parecía desigual: aunque existían evidencias de una violencia terrible, no resultaban

suficientemente contundentes como para atravesar la coraza de insensibilidad que conforma el discurso público sobre la desigualdad global. El libro sobre la CMCR presentaba el Sur Global como un barco a la deriva en una interminable historia de fracasos, mientras que el libro sobre el colonialismo ahogaba la historia del Sur en un mar de victimismo. Ninguno de los dos era convincente porque les faltaba una pieza clave.

Lo que les faltaba era el periodo comprendido entre los años veinte y los ochenta, momento en el que el proyecto del Tercer Mundo se irguió como una fuerza política relevante. Fue en esta época cuando los pueblos de los movimientos anticoloniales desarrollaron su visión del mundo y reivindicaron una nueva plataforma institucional para los asuntos internacionales. Las estanterías de las bibliotecas están repletas de libros sobre la historia de los Estado-nación de estos movimientos, de relatos minuciosos sobre su origen y sus reivindicaciones, así como de su consagración en forma de estado. Pero no había muchos libros que reunieran estas historias en un marco, que articularan el nacionalismo internacionalista del anticolonialismo. Tras apartar los libros sobre la CMCR y el colonialismo, cuyos manuscritos reposan en una caja no muy lejos de donde me encuentro ahora, me puse a trabajar en la historia del proyecto del Tercer Mundo. El primer borrador de este texto vio la luz gracias a Sudhanva Desphande en la editorial Left Word Books, y se trataba de un libro breve que advertía sobre las desagradables consecuencias de la guerra de Estados Unidos en Afganistán (*War Against the Planet: The Fifth Afghan War, Imperialism, and Other Assorted Fundamentalisms,* 2002). Tardé unos años más en encontrar la forma de organizar la historia al completo. La dificultad de un libro como *Las naciones oscuras* no es nunca el argumento, sino la forma de contarlo. Organizarlo en torno a ciudades y temáticas me pareció la manera más adecuada para poder abordar tanto las historias particulares de cada parte del mundo como los temas interrelacionados del propio proyecto.

El título del libro, *Las naciones oscuras*, procede de uno de mis ensayos favoritos, «The African Roots of War» (1915), de W.E.B. Du Bois, en el que el autor habla de «las naciones más oscuras del mundo: Asia y África, América del Sur y Centroamérica, las Indias Occidentales y las islas de los mares del Sur». La «sentencia de muerte» de la explotación se escuchó en otras partes del mundo, escribió Du Bois, pero no en este cinturón; aquí, la horrible opresión y explotación racial continuaron. Una década más tarde, los representantes de estas mismas «naciones oscuras» se reunieron en

Bruselas con motivo de la Liga Contra el Imperialismo. En cierto modo, fue la «sentencia de muerte» del imperialismo. Aunque tímidamente, las voces para el cambio empezaron a alzarse, pero enmudecieron tras la crisis de la deuda del Tercer Mundo. Ahora vuelven a sonar, aunque débilmente, pero suenan.

Nota sobre la historia del pueblo

La historia del pueblo no es solo la historia de los oprimidos, sino la historia contada desde el punto de vista del pueblo. Las primeras historias sobre pueblos, como la de Erik Gustaf Geijer sobre los suecos y la de František Palacky sobre los checos, así como la de A.L. Morton sobre los ingleses, fueron intentos de incluir a otras clases sociales en historias reservadas a la élite (cuando Alexander Pushkin le propuso al zar escribir la historia de un campesino, este le espetó con sorna: «un hombre así no tiene historia»). No soy de la opinión de que existen categorías especiales que deberían ser el objeto de la historia, y cuyo punto de vista es más auténtico que el de los demás. El tema de mi narración es el proyecto del Tercer Mundo y, por lo tanto, exige un compromiso con la vida y los esfuerzos de todas las clases sociales, en contradicción y en interacción. La historia del proyecto del Tercer Mundo no es épica y no hay héroes y villanos absolutos. Como dice Peter Burke, una historia así caería en la mística. A lo que debemos aspirar es a destapar las «verdades incómodas» e incluso «nuestros propios prejuicios». Existen contradicciones y conflictos dentro del campo de la historia del pueblo, y también hay grietas y traspiés dentro del proyecto del Tercer Mundo. «No mintáis, no anunciéis victorias fáciles», escribió el líder del PAIGC, Amílcar Cabral. Lo que convierte a mi libro en una historia del pueblo es que está escrito prestando atención a las luchas por una justicia igualitaria y liberadora, lo que significa que los agravios y las inquietudes de los oprimidos ocupan un lugar central en la narración. Son muchas las quejas y las esperanzas, y espero que *Las naciones oscuras* forme parte de la conversación para buscar un nuevo proyecto que resuelva los problemas de un mundo que sigue luchando por la dignidad y contra todas las formas de explotación, viejas y nuevas.

Santiago de Chile,
febrero de 2022

Introducción

El Tercer Mundo está ahora frente a Europa como una masa colosal cuyo proyecto debe ser tratar de resolver los problemas a los cuales esa Europa no ha sabido aportar soluciones.

FRANTZ FANON,

Los condenados de la tierra, 1961[1]

El Tercer Mundo no fue un lugar. Fue un proyecto. Durante las batallas aparentemente interminables contra el colonialismo, los pueblos de África, Asia y América Latina soñaron con un mundo nuevo. Anhelaban dignidad por encima de cualquier otra cosa, pero también se propusieron que sus respectivas poblaciones vieran adecuadamente satisfechas las necesidades básicas de la vida (tierra, paz y libertad). Así que aglutinaron sus agravios y sus aspiraciones en organizaciones de varios tipos, desde donde sus dirigentes formularon posteriormente un programa de reivindicaciones. Dichos líderes —figuras como el indio Jawaharlal Nehru, el egipcio Gamal Abder Nasser, el ghanés Kwame Nkrumah o el cubano Fidel Castro— se reunieron en una serie de encuentros durante las décadas centrales del siglo XX. En Bandung (1955), La Habana (1966) y otros escenarios, esos dirigentes confeccionaron una ideología y un conjunto de instituciones depositarias de las esperanzas de las poblaciones de sus respectivos países. El «Tercer Mundo» comprendía tanto esas aspiraciones como las instituciones creadas para llevarlas adelante.



Guinea Bissau, septiembre de 1974: No hay puño tan grande que tape el cielo. (© Alain Dejean *Sygma* Corbis.)

De los escombros de la Segunda Guerra Mundial surgió una guerra fría bipolar que amenazaba la existencia misma de la

humanidad. La capacidad de destrucción de armas nucleares de ambas potencias contendientes, así como los enconados debates sobre pobreza, desigualdad y libertad que las enfrentaban, ponían en riesgo incluso a quienes no vivían bajo el paraguas estadounidense ni el soviético. Ambos bandos, como bien observó Nehru, se agredían mutuamente con sus argumentos a propósito de la paz. Apenas perturbado por la devastación de la guerra, Estados Unidos utilizó las ventajas de las que disponía para reconstruir los dos extremos de Eurasia y enjaular así a una maltrecha Unión Soviética. Pero de poco consuelo servían expresiones como «represalia masiva» o «*brinkmanship*» (la política de la presión llevada hasta el borde del abismo nuclear) para los dos tercios de la población mundial que acababan de obtener la independencia de sus dominadores coloniales o iban camino de conquistarla.

Atrapadas entre esos dos grandes bloques, las naciones oscuras se congregaron en el Tercer Mundo. Una serie de personas decididas arremetieron contra el colonialismo para ganarse la libertad. Exigieron igualdad política en el nivel de la escena mundial. La principal institución para la expresión de tal aspiración fue la Organización de las Naciones Unidas. Desde su nacimiento en 1948, la ONU desempeñó una función ingente para el grueso del planeta. Pese a no haber conseguido puestos permanentes en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, los nuevos Estados aprovecharon la Asamblea General de la ONU para exponer sus reivindicaciones. Los encuentros afro-asiáticos de Bandung y El Cairo (en 1955 y 1961, respectivamente), la creación del Movimiento de Países No Alineados en Belgrado (1961) y la Conferencia Tricontinental de La Habana sirvieron para ensayar los principales argumentos dentro del propio movimiento tercermundista a fin de que estos países pudieran trasladarlos luego, de manera concertada, al escenario principal: el de las Naciones Unidas. Además, los nuevos Estados presionaron a la ONU para que esta creara plataformas institucionales para el desarrollo de las diversas agendas de prioridades del Tercer Mundo: la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (la UNCTAD) fue la más importante de dichas instituciones, pero no la única. Gracias a estas organizaciones, fueron varios los aspectos nuevos (aparte del de la igualdad política) que saltaron también a un primer plano: el proyecto del Tercer Mundo incluía la reivindicación de la redistribución de los recursos mundiales, una tasa de retorno más digna para el factor trabajo de su población y un reconocimiento común del legado de la ciencia, la tecnología y la cultura.

En Bandung, el anfitrión, Ahmed Sukarno, expresó ese catecismo

del Tercer Mundo en los términos siguientes:

> No nos amarguemos por el pasado y fijemos imperturbables la vista en el futuro. Recordemos que no hay bendición divina más dulce que la de la vida y la libertad. Recordemos que la estatura de la humanidad en su conjunto se verá mermada mientras continúe habiendo naciones enteras (o partes de ellas) desprovistas de libertad. Recordemos que el fin más elevado del hombre es liberar al propio hombre de sus ataduras de miedo, de sus ataduras de pobreza, de las ataduras físicas, espirituales e intelectuales que durante tanto tiempo han frenado el desarrollo de la mayoría de la humanidad. Y recordemos, Hermanas y Hermanos, que nosotros, asiáticos y africanos, debemos permanecer unidos en aras de todo lo anterior.2

La idea del Tercer Mundo ilusionó a millones de personas y engendró héroes. Algunos fueron figuras políticas, como los tres grandes titanes Nasser, Nehru y Sukarno, pero también como los vietnamitas Nguyen Thi Binh y Ho Chi Minh, el argelino Ben Bella y el sudafricano Nelson Mandela. El proyecto suministró también a sus trabajadores culturales (personalidades como el poeta Pablo Neruda, la cantante Umm Kulthum y el pintor Sudjana Kerton) elementos con los que confeccionar una nueva imaginación. El horizonte producido por el Tercer Mundo los entusiasmó a ellos y a quienes hicieron historia en sus vidas cotidianas. El proyecto tercermundista fue un nexo de unión para tan desacordes camaradas.

Ese proyecto, sin embargo, traía consigo un defecto intrínseco de fábrica. La lucha contra las fuerzas coloniales e imperiales mantuvo la unidad entre muy diversos partidos políticos y clases sociales. Varios movimientos sociales y formaciones políticas que gozaban de gran popularidad obtuvieron la libertad para las nuevas naciones y, seguidamente, conquistaron el poder. Pero, una vez en él, la unidad que se había preservado hasta entonces a toda costa pasó a convertirse en un lastre. La clase obrera y el campesinado que integraban muchos de aquellos movimientos habían accedido a formar una alianza con los terratenientes y las élites industriales emergentes. Cuando la nueva nación pasara a sus manos, creía el pueblo, el nuevo Estado promovería un programa socialista. Lo que recibieron en vez de eso fue una ideología de compromiso —llamada, según el caso, socialismo árabe, socialismo africano, *sarvodaya* o NASAKOM— que combinaba la promesa de igualdad con el mantenimiento de la jerarquía social. Lejos de dedicarse a poner los medios necesarios para crear una sociedad completamente nueva, esos regímenes optaron por proteger a las élites de las viejas clases sociales al tiempo que sentaban las bases de un sistema de bienestar social para el pueblo. Serían precisamente las viejas clases sociales dominantes las que pasarían entonces a ejercer el poder, bien a través de la oficialidad del ejército, bien a través del partido popular vencedor. En muchos lugares, los

comunistas fueron domeñados, proscritos o incluso masacrados para conservar tan discordante unidad. En las primeras décadas de la construcción estatal, entre las décadas de 1940 y 1970, la presión constante de los trabajadores, el prestigio del partido de liberación nacional y el consenso mundial en torno a la necesidad de usar el poder estatal para generar demanda económica, restringieron la acción de esas clases dominantes hasta cierto punto. Continuaban al frente de los nuevos Estados, sí, pero su deseo de beneficios sin limitaciones se veía obstaculizado por el patriotismo persistente o por el tipo de regímenes políticos y económicos instaurados mediante la liberación nacional.

Ya en la década de 1970, sin embargo, las nuevas naciones habían dejado de ser tan nuevas. Sus fallos y fracasos eran innumerables. La demanda popular de tierras, pan y paz había sido ignorada en beneficio de las necesidades de las clases dominantes. Las guerras intestinas, el fracaso a la hora de controlar los precios de los productos básicos, la incapacidad para superar la asfixia de capital financiero y otros factores por el estilo desembocaron en una crisis presupuestaria que se extendió a buena parte del Tercer Mundo. La banca comercial solo concedía préstamos a condición de que los Estados receptores accedieran a implantar paquetes de «ajustes estructurales» del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. El asesinato del Tercer Mundo provocó la desecación de la capacidad del Estado para actuar en beneficio de la población, el fin de la reivindicación de un nuevo orden económico internacional y una retractación generalizada de los objetivos del socialismo. Las clases dominantes que, en tiempos, habían ligado su suerte al programa de reivindicaciones del Tercer Mundo se desvincularon de él. Empezaron a verse a sí mismas como élites y no como parte de un proyecto: el patriotismo de la balanza de resultados se impuso a la solidaridad social obligatoria. Una de las consecuencias de esa desaparición del programa político y social del Tercer Mundo fue el crecimiento de nacionalismos culturales varios en el seno de las naciones oscuras. Atavismos de toda clase surgieron y ocuparon el espacio en el que antaño se encontraban instaladas diversas formas de socialismo. La religión fundamentalista, la raza y las manifestaciones tradicionalistas del poder de clase emergieron con fuerza entre los restos del naufragio del proyecto tercermundista.

La desaparición del Tercer Mundo ha sido una catástrofe. Muchas personas de los tres continentes continúan soñando con algo mejor, y muchas están organizadas en movimientos sociales o partidos políticos. Sus aspiraciones cuentan con una voz local. Pero, fuera de esos confines, sus esperanzas y sus sueños resultan ininteligibles.

Durante las décadas centrales del siglo XX, la «agenda» del Tercer Mundo llevó esas ideas desde los ámbitos locales a las capitales nacionales, y de estas, a la escena mundial. Las instituciones del Tercer Mundo aglutinaron ese ideario y lo clavaron a la puerta de los edificios del poder. El proyecto tercermundista (la ideología y las instituciones) permitió que quienes carecían de poder mantuvieran un diálogo con los poderosos y trataran de hacerlos responsables de sus actos. En la actualidad, no existe semejante vehículo para los sueños locales. *Las naciones oscuras* se ha escrito con el propósito de recordarnos esa inmensa labor y su importancia.

El relato aquí incluido no es tanto exhaustivo como ilustrativo. En *Las naciones oscuras* se propone un argumento amplio sobre la naturaleza del proyecto político del Tercer Mundo y sobre las causas y las consecuencias de su declive. El intento de articular una agenda programática del Tercer Mundo hizo del nuestro un planeta mejor. Hoy, sin embargo, es un lugar empobrecido por la ausencia de ese impulso.

PRIMERA PARTE

BÚSQUEDA

París

Entre las naciones oscuras, París es famoso por dos traiciones. La primera se produjo en 1801, cuando Napoleón Bonaparte envió al general Victor Leclerc a Haití para aplastar la Revolución Haitiana, inspirada a su vez por la Revolución Francesa. El régimen francés no se podía permitir que su lucrativo Santo Domingo marchara por libre y no estaba dispuesto a dejar que el pueblo haitiano viviera dentro del ámbito de los «Derechos del Hombre» de la Ilustración. Pese a todo, los haitianos salieron vencedores y Haití se convirtió en la primera colonia moderna en conquistar su independencia.

La segunda traición tuvo lugar poco después de 1945, cuando una malparada Francia, recién liberada por los Aliados, envió fuerzas a sofocar a los vietnamitas, los antillanos y los africanos que, hasta poco antes, habían sido súbditos coloniales suyos. Tropas de muchas de aquellas regiones habían ido a luchar por la liberación de Francia y, en realidad, de toda Europa, pero habían regresado a casa con las manos vacías. El gobierno francés, cual prestidigitador, intentó mantener la soberanía sobre sus colonias reetiquetándolas como «territorios de ultramar». Pero unos pueblos hambrientos de liberación como aquellos no se conformaban con tan míseras migajas.

En 1955, Aimé Césaire, el filósofo y, a la sazón, activista comunista natural de Martinica, publicó su *Discurso sobre el colonialismo*. La célebre editorial de Alioune Diop, Présence Africaine, publicó aquel breve manifiesto como uno más de los osados escritos que editaba con la intención tanto de dar cuenta de la riqueza cultural de África y de su diáspora, como de señalar la brutalidad del colonialismo europeo. En las páginas iniciales del *Discurso*, Césaire escribió: «Europa es indefendible». «Desde los abismos de la esclavitud», millones de personas «se erigen hoy en jueces». El colonizador continuaba tratando con brutalidad a la población en Vietnam, Madagascar, África occidental, las Antillas y en otras regiones, pero los colonizados habían pasado a contar con ventaja. «Saben que sus “señores” temporales mienten. Eso quiere decir que sus amos son débiles».[1] En 1945-1946, miles de soldados franceses regresaron al delta del río Rojo en Indochina, y Ho Chi Minh y sus camaradas se retiraron a las tierras altas del Viet Bac con el fin de reagruparse para mantener la que sería una prolongada guerra de liberación. Ese conflicto duró casi una década. Pero los franceses tenían como aliado a otro revolucionario ambivalente como ellos: en 1952, el gobierno estadounidense estaba pagando ya cerca de dos

tercios de los gastos de la depauperada tesorería militar francesa. Las fuerzas galas tuvieron que partir definitivamente después de que su ejército sufriera una embarazosa derrota ante los mal equipados pero altamente motivados efectivos del Viet Minh en la plaza fuerte de Dien Bien Phu (1954).



Belgrado, Yugoslavia, septiembre de 1961: Con la cabeza bien alta. Presidentes y primeros ministros asistentes al primer encuentro del Movimiento de Países No Alineados. De izquierda a derecha: Neh ru, Nkrumah, Nasser, Sukarno y Tito. (Cortesía del Nehru Memorial Museum & Library, Nueva Delhi.)

Mientras tanto, en 1945, Francia empleó a los paracaidistas y la fuerza aérea con brutal fuerza para disolver a los anticolonialistas argelinos de los Amis du Manifeste et de la Liberté (Amigos del Manifiesto y de la Libertad), acosó a centenares de miles de personas aplicando su política de *ratonnades* (razias indiscriminadas contra la población de origen no europeo) y mató a decenas de miles de argelinos. Aquella masacre provocó la formación del Frente de Liberación Nacional (FLN), que se dio a conocer con un espectacular ataque contra posiciones francesas en Argelia durante la festividad de Todos los Santos (1 de noviembre) de 1954.

Y en 1947, cuando el pueblo de Madagascar, reivindicando su

libertad, formó el Mouvement Démocratique de la Rénovation Malgache y se alzó en una revuelta, las fuerzas francesas lo combatieron con sanguinaria violencia y mataron a decenas de miles de habitantes de la isla. Seguiría una guerra de guerrillas que se prolongó hasta que los franceses se vieron obligados a ceder algo de poder al pueblo malgache, pero solo tras una década de represión y engaño.

Estos son algunos de los ejemplos a los que se refería Césaire, pero hay más. En cada uno de ellos hay un pueblo que, llevado de su entusiasmo por la libertad y dispuesto incluso a cometer atentados (como en Vietnam o Argelia) u ofensivas suicidas, se enfrenta a las superiores posiciones militares francesas. El sacrificio de los colonizados por procurarse su libertad aterrorizó al ejército francés y a los supervisores políticos de este, al tiempo que sirvió de inspiración para otros que aún tenían que luchar por su propio proceso de descolonización.

¿Por qué se olvidaron los franceses de la *liberté*, la *égalité* y la *fraternité* al llegar a los trópicos? Como señaló Césaire, Albert Sarraut, ministro francés para las colonias de la década de 1920, había escrito que Francia no debía entregar sus colonias a los nacionalistas en nombre de «un presunto derecho a poseer la tierra que ocupan ni de un supuesto derecho a mantenerse aislados a cal y canto, pues con ello muchos recursos aún por utilizar quedarían desaprovechados para siempre en manos de incompetentes».2 Sarraut seguía la misma lógica que John Locke expusiera en su tratado de 1689 sobre el gobierno: «Dios entregó el mundo a los hombres en común; pero dado que se lo dio para su beneficio y para que obtuvieran de él mayor cantidad posible de ventajas, no se puede suponer que hubiera de permanecer siempre en común y sin cultivar. Se lo entregó para el uso del hombre industrioso y racional (y el *trabajo* iba a ser el título que le diera derecho sobre él); no para alimentar las fantasías y la avaricia de los pendencieros y facinerosos». Para Serraut, quienes hacían que un territorio se *desarrollara* eran quienes tenían derecho a ser titulares de este, aun cuando fueran otros, no poseedores de tal título, quienes realmente laboraban en él. Puesto que solo los europeos podían considerarse usuarios competentes de la naturaleza de Dios, únicamente ellos podían ser dueños de esta.

En 1922, Ho Chi Minh escribió una réplica en la prensa comunista francesa al propio Sarraut:

> Bien sabido nos resulta que su afecto por los nativos de las colonias en general, y de los annamitas [vietnamitas] en particular, es grande. Bajo su proconsulado, el pueblo annamita ha conocido una verdadera prosperidad y una auténtica

> felicidad: la felicidad de ver su país sembrado de un número creciente de comercios de licores y opio que, unidos a los pelotones de fusilamiento, las prisiones, la «democracia» y toda la maquinaria mejorada de la civilización moderna, colaboran en convertir a los annamitas en los más avanzados de los asiáticos y los más dichosos de los mortales. Semejantes muestras de benevolencia nos ahorran la molestia de recordar todas los demás, como las levas forzadas y los préstamos, las represiones sangrientas, el destronamiento y el exilio de nuestros reyes, la profanación de lugares sagrados, *etc.*[3]

En Europa, el Holocausto invitó a replantearse la idea de que la barbarie era privativa de las razas de tez más oscura. Tras Auschwitz y Treblinka, Europa trató de echar las culpas a Adolf Hitler y su demencia individual, o a los nazis y su retorcida ideología de partido. En congreso tras congreso, los intelectuales europeos se lamentaban de la locura de tan brutal masacre de judíos, comunistas, gitanos y discapacitados, pero la mayoría de ellos guardaban silencio en torno a la violencia que en esos mismos momentos se aplicaba en los trópicos. Césaire invocó la barbarie de Europa occidental y de Estados Unidos con el simple propósito de frenarnos y advertirnos: «No me refiero a Hitler, al carcelero o al aventurero sin escrúpulos, sino a la "persona decente" que hay al otro lado; ni tampoco al miembro de las SS ni al pistolero, sino a la respetable burguesía». La violencia en los trópicos no era más que «un síntoma de lo hondo que la crueldad, la mendacidad, la vileza y la corrupción han calado en el alma de la burguesía europea».[4]

Césaire no estaba solo en su crítica contra el alma europea. En la propia Francia, un grupo de intelectuales estaba escandalizado ante los horrores tanto de la Segunda Guerra Mundial como de la guerra que se libraba en Argelia. Una de esas voces disidentes era la de Albert Sauvy. Sauvy había sido un combatiente de la Resistencia y, tras la guerra, empezó a escribir en *France-Observateur*, un diario que, bajo la dirección del veterano camarada de Sauvy en la Resistencia, Claude Bourdet, se erigió en órgano del pensamiento anticolonial. El propio Bourdet denunció ferozmente por escrito la guerra de Argelia. «¿Hemos pasado a ser la Gestapo en Argelia?», se preguntaba Bourdet. Las páginas de *France-Observateur*, que pronto se llamaría *L'Observateur*, acogían a intelectuales anticoloniales como Michel Leiris y Claude Lévi-Strauss, asiduos de la órbita de actividades antirracistas promovidas desde la sede parisina de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (la Unesco).

En 1952, Sauvy presentó en las páginas de *L'Observateur* una evocativa división tripartita del planeta entre un Primer, un Segundo y

un Tercer Mundo.[5] En el momento en que Sauvy escribió aquellas líneas en la prensa parisina, la mayoría de la gente ya entendía lo que significaba vivir en el Primer y el Segundo Mundo. En marzo de 1946, el expremier británico Winston Churchill había declarado que un «telón de acero» cruzaba Europa desde el Báltico hasta el Adriático dividiendo a los antiguos aliados en dos bloques diferenciados. Churchill dijo esto durante un largo discurso que pronunció en Estados Unidos, *primus inter pares* del Primer Mundo. Este Primer Mundo (u «Occidente») estaba formado por Estados (principalmente, Estados Unidos y los de Europa occidental) que se habían comprometido con el principio de un capitalismo de mercado parcialmente regulado y que formaron, en 1949, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).

El Segundo Mundo rechazaba el capitalismo de mercado y abrazaba la planificación central socialista, y obraba generalmente en connivencia con el mayor de los Estados socialistas: la URSS. «Varsovia, Berlín, Praga, Viena, Budapest, Belgrado, Bucarest y Sofía: todas estas famosas ciudades y las poblaciones que las rodean —explicó Churchill a los estudiantes del Westminster College en Fulton (Misuri)— se hallan situadas en lo que debemos denominar la esfera soviética, y están todas sujetas de uno u otro modo, no solo a la influencia soviética, sino también a un elevado (y, en algunos casos, creciente) grado de control desde Moscú».

El Primer Mundo y el Segundo entraron abiertamente en conflicto cuando el presidente estadounidense Harry S. Truman anunció su apoyo a las fuerzas anticomunistas en Turquía y Grecia (1946), cuando la Agencia Central de Inteligencia (CIA) ayudó a los conservadores a derrotar a los comunistas —muy populares por entonces— en las elecciones italianas y francesas de 1947, y cuando la URSS forzó a los Estados de la Europa del Este a incorporarse a su órbita. La animadversión alcanzó proporciones dramáticas durante el bloqueo de Berlín decretado por el Segundo Mundo en junio de 1948. En medio de aquella refriega, un asesor de Truman (Bernard Baruch) empleó la expresión «guerra fría» para referirse al conflicto y un columnista (Walter Lippmann) la hizo ampliamente conocida.[6]

El término guerra fría describe muy bien cuál es la impresión que la mayoría de personas tienen del periodo transcurrido entre 1946 y la desaparición de la URSS en 1989-1991; el conflicto Este-Oeste, intensificado por el armamento nuclear, fue el dominante en el escenario internacional durante ese medio siglo crucial.

De todos modos, la expresión «conflicto Este-Oeste» distorsiona la historia de la guerra fría, porque hace que parezca que el Primer

Mundo y el Segundo se enfrentaron en condiciones de igualdad. En un perspicaz artículo de 1968, el sociólogo sueco Göran Therborn escribió: «La guerra fría fue un conflicto desigual en esencia que se nos presentó y que fue experimentado en ambos bandos como si fuera igualado». La URSS y Estados Unidos se caracterizaron mutuamente como adversarios equivalentes, aunque la base económica de la primera era sensiblemente inferior a la del segundo. A pesar de los grandes avances del régimen soviético en cuanto al desarrollo de sus diversas repúblicas, la URSS inició su andadura histórica con una maltrecha economía feudal que pronto sería arrasada por una guerra civil y, apenas unos años más tarde, por las feroces agresiones de la máquina de guerra nazi. En 1941, tanto Estados Unidos como la URSS contaban con poblaciones de unos 130 millones de habitantes, pero, mientras que los norteamericanos habían perdido algo más de 400.000 soldados en la guerra, los soviéticos habían sufrido la muerte de entre 20 y 30 millones de personas, sumados efectivos militares y población civil. La Gran Guerra Patriótica devastó la economía, la demografía y la capacidad de reconstrucción de la URSS. Además, los imperativos del desarrollo rápido empañaron los ideales de la sociedad soviética, pues su población fue sometida a un severo programa de construcción de su base productiva a costa de la mayoría de las libertades internas. Las clases dominantes del Primer Mundo usaron las escaseces y la represión vividas en la URSS como lección instructiva que esgrimir sobre las cabezas de su propia clase obrera, y, por consiguiente, en términos tanto económicos como políticos, el Primer Mundo gozó de ventaja sobre el Segundo. A pesar del compromiso ideológico de la URSS con la igualdad total y del de Estados Unidos con una igualdad exclusivamente de mercado, tras la Segunda Guerra Mundial, el modelo norteamericano se les antojó mucho más convincente a muchos habitantes de Europa y de otras partes del mundo. De ahí que Therborn sostuviera que «un conflicto desigual librado como si fuera igualado redobla la desigualdad. La guerra fría fue una prolongada penalización para el socialismo». El concepto del socialismo tuvo que penar su particular castigo por culpa de las limitaciones soviéticas.

No obstante, entre el Primer Mundo y el Segundo solo se contabilizaba una tercera parte de las personas del planeta. ¿Qué pasaba con los dos tercios que permanecían fuera de los círculos de la confrontación entre Este y Oeste? ¿Qué sucedía con esos 2.000 millones de personas?

Para el Primer Mundo, aquellas eran gentes pobres, excesivamente fecundas, disolutas y carentes de valor. Las imágenes

de la pobreza en el mundo recién descolonizado inundaban las revistas y los periódicos del Primer Mundo, tal vez en no mayor medida que en tiempos pasados, pero sí con un nuevo énfasis. Aquellos países ya no contaban con la tutela de sus amos coloniales, así que vivían sumidos en su propia incapacidad para manejar sus recursos y sus catástrofes. Las imágenes de calamidades naturales, hambrunas y sequías se sumaban a las de las hordas de cuerpos descuidados y harapientos que desbordaban las salas de estar de los hogares del Primer Mundo, donde se iba enconando ese sentimiento mixto de lástima y repugnancia hacia las naciones oscuras. El libro *The Population Bomb*, de Paul Ehrlich (1968), fue muy aclamado en el Primer Mundo precisamente porque sus ideas neomalthusianas ya se habían convertido en algo corriente: que la razón de que haya hambre en el mundo tiene más que ver con la sobrepoblación que con el imperialismo, y que los supervivientes del colonialismo no pueden culpar a nadie más que a sí mismos de su hambre. Las gentes de las colonias no pueden salvarse a sí mismas, así que alguien debe salvarlas desde fuera. Las agencias del Primer Mundo podrían proporcionarles tecnologías de «planificación familiar» o «control de la natalidad» para cortar el nudo gordiano del crecimiento demográfico, y podrían ofrecerles también ayuda caritativa. Eso sí, cuando esa «ayuda» procedente del Primer Mundo llegara por fin, esta no iba a ser incondicional. Tal como el presidente del Banco Mundial, Eugene Black, escribió en 1960, «la ayuda económica debería ser el medio principal a través del cual Occidente mantenga su dinámica política y económica en el mundo subdesarrollado».[7] El desprecio se manifestaba en ocasiones en forma de condescendencia. Cuando el Primer Mundo se hacía una imagen demasiado idealizada de las naciones oscuras (concibiéndolas como infantiles o lastradas por sus culturas), olvidaba el carácter humano, falible, contradictorio e histórico de sus propias poblaciones.

Cuando Asia y África estaban bajo el control colonial directo de Europa, los colonizadores tenían presente el valor de aquellas regiones, tanto por sus recursos como por su mano de obra. Con la descolonización, la amnesia no tardó en instalarse en el Primer Mundo, pues aquellas preciadas regiones, incluso la llamada Joya de la Corona (la India), pasaron a ser vistas únicamente como la cloaca de la humanidad. De ahí que, pronto, la Madre Teresa estuviera recibiendo más cobertura mediática positiva como salvadora blanca de las hordas de tez oscura que los proyectos autogestionados de los gobiernos nacionalistas del Tercer Mundo.[8] Siempre que una de las naciones oscuras intentaba ejercer su independencia con respecto a la

«dinámica política y económica» del Primer Mundo, se producían invasiones militares y embargos con la intención de asfixiar su capacidad para conseguirlo, intervenciones estas que los medios de comunicación secundaban. Así, por ejemplo, cuando la rebelión de los kikuyu de Kenia contra el dominio británico se aceleró entre 1952 y 1956, los medios británicos traficaron con imágenes del salvajismo nativo (varios cientos de miles de kikuyu murieron en aquella «guerra»). La política británica pretendía exterminar (más que contener) la rebelión y sirvió, además, para azuzar el más depravado racismo de los colonos (el periodista Anthony Sampson recordaba al respecto que, «por doquier que fuera, oía siempre lo mismo: que si tenían que librarse de no sé cuántos *kukes* [kikuyu], que si a cuántos *kukes* se habían "pelado" hoy. [Era] casi como si estuvieran hablando de una gran partida de caza mayor»). La atención exclusiva de los medios a la presunta ferocidad de los nativos actuó como una señal (una especie de levantamiento de la veda) para que las tropas imperiales procedieran a ejercer una violencia calculada.

Pero el Primer Mundo también veía en aquella zona del planeta una presa potencial para el Segundo. Para quienes habían alcanzado la independencia política hacía poco, pero aún no habían cosechado los frutos de las oportunidades y de la igualdad, la atracción del igualitarismo era considerable. Sin duda, el comunismo como idea y la URSS como inspiración ocuparon un lugar importante en la imaginación de muchos movimientos anticoloniales, desde Indonesia hasta Cuba. Pero el Segundo Mundo adoptó una actitud hacia las antiguas colonias que, en ciertos aspectos, imitó la del Primero. Los soviéticos no invitaron ni a un solo partido comunista del mundo de las antiguas colonias (y, por supuesto, tampoco al de China) a la conferencia fundacional de la Cominform, celebrada en Polonia en 1947. Nueve partidos, procedentes principalmente de la Europa oriental, escucharon a Andrei Zhdanov explicar que el mundo se había dividido en dos «bandos»: el «imperialista y antidemocrático», cuya «fuerza fundamental de liderazgo es Estados Unidos» y con Gran Bretaña y Francia «como satélites» de aquel, y el «antiimperialista y democrático», que «obtiene apoyos de la clase obrera y el movimiento democrático de todos los países, de los partidos comunistas hermanados, de los movimientos de liberación nacional de todos los países coloniales y dependientes, y de la ayuda que recibe de todas las fuerzas democráticas y progresistas existentes en cada país». En su largo discurso, Zhdanov hizo solamente esa breve mención a los movimientos de liberación nacional. No hubo referencia alguna a China en todo su informe. En el «bando antiimperialista y

democrático», según Zhdanov, «la función directora es asumida por la Unión Soviética y su política exterior». Los soviéticos no concebían el resto del planeta como un almacén de recursos, pero tampoco consideraban que estuviera lleno de personas que habían librado una intensa lucha anticolonial y querían *liderar* sus propios movimientos y *construir* su propia historia. En respuesta a la formación de la OTAN en 1949, la URSS creó el Pacto de Varsovia en 1955, un acuerdo militar con Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Hungría, Polonia y Rumanía.

«Por desgracia», escribió Sauvy, los dos grandes bandos «se enzarzaron en una lucha por la posesión del Tercer Mundo». Pero Sauvy acertó a apreciar algo de importancia crucial desde el punto de vista de las naciones oscuras: que no había que mirarlas con ojos de lástima, ya que no solo se habían esforzado mucho para expulsar a sus amos coloniales, sino que también habían comenzado a crear una plataforma política para la unidad frente a lo que el líder ghanés, Kwame Nkrumah, llamó el «neocolonialismo» (o la dominación por medios distintos de la conquista territorial). El «Tercer Mundo» no yacía inerte, en silencio e incapaz de alzar la voz ante las potencias. De hecho, en las conferencias fundacionales de las Naciones Unidas (San Francisco, 1945) y la Unesco (Londres, 1945), los delegados del Tercer Mundo supieron dar la cara y arreglárselas muy bien por sí solos. Aunque Eleanor Roosevelt ha recibido mucha (y muy merecida) atención por su papel en la elaboración y la inclusión de un programa sobre derechos humanos en el orden del día de la reunión de San Francisco, lo cierto es que el registro histórico tiende a minimizar la crucial función que realizaron los 29 Estados latinoamericanos. Cuba envió a un representante de treinta años de edad, Guy Pérez Cisneros, que dedicó todo su obstinado empeño a que triunfara una interpretación expansiva de los derechos humanos, ayudado en todo momento por la delegación panameña, que brindaría los borradores decisivos de las declaraciones sobre educación, trabajo, salud y seguridad social. En Londres, en la reunión fundacional de la Unesco, la india Rajkumari Amrit Kaur reconoció que ninguno de los dos grandes bandos tenía un programa que estuviera a la altura de las necesidades del Tercer Mundo. Consciente del sentir general de los delegados tercermundistas, Kaur reivindicó una «verdadera libertad», lo que significaba un mundo en el que «la explotación y la injusticia [no] florecieran junto a expresiones piadosas de buenas intenciones y políticas grandilocuentes».[9] La hipocresía de esas «expresiones piadosas» había empezado ya a infectar el mundo de la posguerra y la obstinada insistencia de los delegados del Tercer Mundo presentes en

aquellas conferencias redundó en la creación de instituciones dedicadas a la justicia más que en meras declaraciones de buenas intenciones.

Sauvy utilizó el término Tercer Mundo de un modo que se correspondía muy de cerca con la manera en que una parte del planeta había comenzado ya a actuar. Su expresión rendía un relevante homenaje a la Revolución Francesa, que tan importante fuente de inspiración estaba siendo para el proceso de descolonización que por entonces se hallaba en marcha. Al final de su artículo, Sauvy escribió que el «ignorado, explotado y despreciado Tercer Mundo, como el Tercer Estado en su momento, exige convertirse en algo también». En el antiguo régimen previo a 1789, la monarquía dividía a sus consejeros entre un Primer Estado (el clero) y un Segundo Estado (la aristocracia), mientras que el Tercer Estado le estaba reservado a la burguesía. Durante el tumulto revolucionario francés, el Tercer Estado se erigió en Asamblea Nacional e invitó a la totalidad de la población a ser soberana de esta. De igual modo, el Tercer Mundo quería expresar su opinión, hallar una base para la unidad y tomar posesión de su propia parte de la dinámica de los asuntos internacionales. Tal era la promesa ilustrada de la idea del Tercer Mundo.

El concepto «Tercer Mundo» de Sauvy describía, pues, el programa político que estaba siendo construido en aquel momento por las nuevas naciones de las regiones anteriormente colonizadas de África y Asia. Un personaje central en esta historia es Nehru, el primer ministro de la República de la India desde 1947 y hasta su fallecimiento en 1964. Cuando el término de Sauvy llegó a oídos de Nehru a través de un correligionario nacionalista de este, Acharya Kripalani, el líder indio lo oyó mal y creyó que el autor francés hablaba de una «Tercera Fuerza». La idea de fuerza no le gustaba, porque, como declaró ante el parlamento indio en 1957, la fuerza se mide en términos de «fortaleza armada, fortaleza nuclear, fortaleza balística, fortaleza monetaria», y puesto que los países que se habían unido en contra de esa mentalidad de bandos no tenían ninguna de esas «fortalezas», lo único que podían hacer era «juntarse». Los países que se unen «pueden generar presiones morales, pero no una fuerza. A las grandes potencias militares de la actualidad no les importará en lo más mínimo que los países militarmente débiles agrupen sus fuerzas». Aun así, Nehru dijo ante el parlamento en 1958 que «está bien que los países con una manera de pensar afín se unan, se consulten y funcionen de forma conjunta en la ONU o en otros escenarios».[10] Aquel error de percepción auditiva permitió a Nehru reiterar los puntos principales del programa del Tercer Mundo: independencia

política, relaciones internacionales no violentas y fomento de las Naciones Unidas como institución principal de justicia mundial.

Las mismas luchas que habían producido a Nehru habían incubado también muchas de aquellas ideas. Moldeado en la forja del colonialismo, el movimiento indio de liberación se fundamentaba en la resistencia de los campesinos y los trabajadores, en el idealismo revolucionario de la gente joven y en las aspiraciones reprimidas de las nuevas clases profesionales. Estas fuerzas sociales habían probado tanto con el terrorismo y los levantamientos violentos como con las prudentes y sosegadas peticiones. Ni la lucha armada ni las empalagosas súplicas minaban la confianza del colonialismo. El giro hacia la lucha no violenta masiva sí surtió verdadero efecto y era aquella experiencia de «fuerza moral» (o *satyagraha*, acción sobre la base de la verdad) la que atraía a Nehru (como también atrajo, entre otros, al Partido Popular de la Convención, CPP, de Ghana, y a los impulsores de la Campaña de Desafío de 1952 en Sudáfrica). Las diversas luchas anticoloniales que habían adoptado el enfoque general de la no violencia masiva habían empezado a mantener conversaciones desde fechas tan tempranas como la de la conferencia de la Liga contra el Imperialismo, celebrada en Bruselas en 1927. Los delegados asistentes a dicha conferencia, como Nehru, confirmaron su común antipatía hacia el nacionalismo cultural de corte europeo.

Si el nacionalismo europeo daba por sentado que un pueblo (constitutivo tal vez incluso de una «raza») tenía que ser organizado por un Estado para que su nación pudiera existir como tal, los nacionalistas anticoloniales sostenían mayoritariamente que el pueblo (que suele ser un ente demasiado diverso como para clasificarlo de un modo concreto) tiene que estar libre de todo dominio colonial. Los pueblos entonces colonizados tenían, al menos, una cosa en común: la colonización a la que estaban sometidos. Nehru, Sukarno y otros líderes que habían sido impulsados por procesos sociales similares desarrollaron una teoría «nacional» alternativa. Para ellos, la nación tenía que construirse a partir de dos elementos: la historia de su lucha contra el colonialismo y su programa para la creación de justicia. Pese a las serias limitaciones que circunscribían dicho programa, era evidente que pocos de los movimientos que se aproximaron al programa político y social del Tercer Mundo lo hicieron desde una teoría de la nación basada íntegramente (o siquiera principalmente) en premisas raciales o monoculturales (que los impulsaran a exigir, por ejemplo, la asimilación cultural). En vez de eso, su espíritu era internacionalista, proyectado hacia el exterior, hacia la búsqueda de otras naciones anticoloniales como compañeras de viaje. La variante

«tercermundista» del nacionalismo se concibe mejor, pues, como una especie de *nacionalismo internacionalista*.

Muchos de los que se quejan de que ese término implica una supuesta homogeneización de las historias distintas de regiones diferentes no captan bien la idea. El economista conservador (Lord) Peter T. Bauer rechazó la expresión Tercer Mundo en una compilación de artículos de 1981 porque, según él, trataba el mundo como si fuera una «masa uniforme y estática desprovista de carácter diferenciado alguno», y negaba «a los individuos y a las sociedades que componen el Tercer Mundo su identidad, carácter, personalidad y responsabilidad».[11] Bauer malinterpretaba por completo el término de Sauvy y, en el fondo, el movimiento que transformó esa categoría en una fuerza política. La categoría era un artificio aplicado a un movimiento social global que no contaba más que con una breve historia tras de sí. Las identidades sociopolíticas que se construyen fuera de movimientos sociopolíticos concretos suelen ser incapaces de arrastrar a personas y poblaciones sin más: el Tercer Mundo como idea no podría haberse convertido en moneda de uso corriente solo porque Sauvy la hubiera acuñado o porque los medios del Primer Mundo la emplearan. El movimiento nacionalista anticolonial dio lugar a una serie de encuentros y a un vocabulario de anticolonialismo que inspiró una auténtica lealtad emocional entre su propio círculo de seguidores y más allá de este. Esa lucha histórica hizo que la identidad del Tercer Mundo como tal resultara comprensible y viable. La identidad adquirió su crédito por medio del ensayo y el error, al tiempo que la participación y el riesgo asumidos en la lucha produjeron la confianza que aportaría al término su legitimidad social.

Nehru, Sukarno, Nasser y otros dirigentes de las principales tendencias sociales contrarias al colonialismo que rechazaron la mentalidad de bandos usaron términos diferentes del de Tercer Mundo para definirse a sí mismos. Su rechazo no era contra los bandos como tales, sino solamente contra los peligrosos bloques que se les presentaban en aquel mundo de entonces y que no prometían grandes esperanzas para sus bases sociales, es decir, para los pueblos de las naciones oscuras. Se autodenominaron Movimiento de Países No Alineados o Grupo de los 77 (G-77), cuando no optaron por hacerse referencia a sí mismos por los nombres de los continentes que conformaban el grueso del mundo colonizado (África, Asia y América Central y del Sur). Esos grupos celebraron conferencias y organizaron acciones conjuntas en Naciones Unidas y otros foros internacionales. La noción de Tercer Mundo expuesta por Sauvy se adaptaba perfectamente a la manera de funcionar de un grupo tan difícil de

manejar como aquel, que actuaba como voz de los recién descolonizados que rechazaban la división bipolar del mundo y perseguían generar un mundo regido por la paz y la justicia. Los Estados no alineados, el G-77, el grupo afro-asiático y otras alianzas de ese tipo no se consideraban unidas por razones culturales o económicas: se habían agrupado en un movimiento político en contra del legado y la continuación del imperialismo.

Leer los textos producidos por el proyecto político del Tercer Mundo puede ser un ejercicio sumamente engañoso. La mayoría de documentos y discursos son triunfales, y pocos de ellos revelan las fisuras y las contradicciones existentes en el seno del Tercer Mundo. Aunque este libro cita con frecuencia las palabras de los líderes y las instituciones de aquel movimiento, no es en ellas en las que se basa para transmitir una determinada impresión de la imaginación y la capacidad del Tercer Mundo. Las fuerzas sociales que, ya en la década de 1950, habían dado lugar al Tercer Mundo estaban más ampliamente distribuidas que en ningún otro proyecto político moderno de esa escala: desde movimientos campesinos en la India hasta trabajadores del ferrocarril en Senegal, desde trabajadores agrícolas sin tierra en Indonesia hasta economistas insatisfechos en Argentina... y esta no es más que una pequeña muestra. Una reducida (casi minúscula) clase de intermediarios canalizó hacia las organizaciones de las que eran dirigentes la masiva crecida social que sacudió el planeta entre las décadas de 1910 y 1950. Ese grupo de líderes (formado por el indio Nehru, el indonesio Sukarno, el mexicano Lázaro Cárdenas o el ghanés Nkrumah, entre otros) elaboró un conjunto de principios que ponían de manifiesto la hipocresía del liberalismo imperial y, al mismo tiempo, promovían el cambio social. Sobre el papel, el Tercer Mundo resplandecía. Cuando el proyecto se enfrentó a la tarea de gobernar, empezó a empañarse con rapidez. Uno de los motivos para tal deslucimiento fue que el Tercer Mundo no consiguió debilitar de verdad las profundas raíces que la aristocracia terrateniente y financiera había echado en los mundos sociales y políticos gobernados desde arriba en su momento por las potencias imperiales y sus sátrapas locales. A falta de una revolución social auténtica, los líderes del Tercer Mundo empezaron a recurrir a las clases hacendadas y a las élites comerciales para cimentar su propio poder. Los mismos vasos capilares del poder que habían servido para proporcionar legitimidad a los gobernantes coloniales se transformaron en muchos casos en vías para la transmisión de votos bajo la nueva administración democrática. Aun así, y pese a que esa ha sido una dinámica habitual, no debemos subes timar ni el encanto

mismo del derecho individual al voto (que ha empujado y continúa empujando a millones de personas a las urnas para votar en sentidos bastante impredecibles en muchos casos) ni la oportunidad que ese derecho al voto brindaba y brinda a las organizaciones de la oposición política para desafiar al poder local y a los líderes de la burguesía nacional. No obstante, una importante consecuencia de la ausencia de una verdadera revolución social fue la persistencia de diversas formas de jerarquía dentro de las nuevas naciones. La inculcación del sexismo y las escalonadas desigualdades de clan, casta y tribu, inhibieron el proyecto político del Tercer Mundo. Eso, que el historiador palestino Hisham Sharabi calificó de «neopatriarcado», es lo que hace que el proyecto tercermundista, pese a su compromiso con la modernidad y la formación de un Estado moderno, «no sea en muchos sentidos más que una versión modernizada del sultanato patriarcal tradicional».[12] El carácter clasista de la clase dirigente del Tercer Mundo restringió el horizonte de su proyecto, al mismo tiempo (incluso) que encendía las esperanzas en sus respectivas sociedades. El Tercer Mundo, pues, no es solo la voz de los líderes y de sus partidos políticos, sino también la de la oposición a estos.

Esta historia de la producción del Tercer Mundo no va a llevarnos hasta la Antigüedad ni hasta la devastación sufrida por las regiones que ocuparon un lugar central en la construcción del concepto. Este libro no se escribe desde el encargo de explicar la historia completa de esas regiones ni de mostrar que la base de su alianza radica en su subdesarrollo. No cabe duda de que son muchos los elementos sociales, económicos, políticos y culturales comunes a los múltiples y variados países del Tercer Mundo. Pero eso no es lo que me interesa aquí. Vamos a seguir la creación del *programa político* de ese movimiento desde su primer gran encuentro en Bruselas, con motivo de la formación de la Liga contra el Imperialismo, y siguiendo a continuación por Bandung, donde 29 países afro-asiáticos se reunieron en 1955 para proclamarse ajenos a la división Este-Oeste. La formación del movimiento afro-asiático es una parte integral de esa historia, porque fue a través de las relaciones entre los principales países no alineados de esos dos continentes como se constituyó el Tercer Mundo. Luego, nos trasladaremos a El Cairo para echar un vistazo a la Conferencia Afro-Asiática de Mujeres de 1961, no solo para comprobar la variedad de organizaciones de liberación nacional creadas por la dinámica iniciada en Bandung, sino también para explorar el lugar de los derechos de la mujer en el programa general de la liberación nacional misma. Luego nos dirigiremos a Buenos Aires y Teherán para examinar las «agendas» económica y cultural del

Tercer Mundo, antes de recalar finalmente en Belgrado. Y es que fue en la capital yugoslava donde, en 1961, una serie de Estados de todos los rincones del planeta se reunieron para formar el NOAL, el Movimiento de Países No Alineados, y comprometerse con la misión de convertir las Naciones Unidas en una fuerza verdaderamente seria en los asuntos internacionales. Por último, nos detendremos en La Habana, donde las revoluciones cubanas pusieron el culto a las pistolas sobre la mesa. La agenda del Tercer Mundo había desplazado el foco de atención alejándolo de los movimientos de insurgencia contra el imperialismo y acercándolo al ámbito de los tratados y los acuerdos internacionales que permitieran a sus respectivos regímenes disponer de cierto espacio para el desarrollo social. Sin embargo, los cubanos, entre otros, plantearon una serie de interrogantes al respecto. ¿Y los lugares que aún permanecían bajo el yugo del colonialismo y seguían manteniendo su lucha armada? ¿Aquella estrategia «legislativa» había producido algún fruto? ¿O los dos grandes bandos seguían ignorando al Tercer Mundo sin más? A pesar del temor a la aniquilación nuclear y de la importancia de descender algún que otro peldaño en la escalada de la combatividad contra las grandes potencias, ¿no había margen alguno para la acción armada contra la contumacia de estas? ¿O acaso tanta combatividad acabaría aplastada por la fuerza apabullante de aquellas ingentes maquinarias militares? Los cubanos y otras voces plantearon esas importantes preguntas más o menos por la misma época en la que la dinámica «tercermundista» había alcanzado su apogeo y daba la sensación de apuntar en una dirección que reportaría más beneficios (y no menos). El debate sobre la lucha armada en un foro de los No Alineados suscitaba interrogantes diversos a propósito del nivel de insatisfacción que se vivía en el Tercer Mundo ante la ausencia general de progresos del movimiento frente al capitalismo y al militarismo. Esta parte del libro expone desde una perspectiva comprensiva con aquel proyecto la imagen que el Tercer Mundo tenía de sí mismo. Primero tendremos que entenderla tal como era antes de aventurar una crítica de sus fallos internos.

Bruselas

Pocos escenarios habrían resultado menos verosímiles que Bruselas para la formación del Tercer Mundo. Pero lo cierto es que, en febrero de 1927, representantes de diversas organizaciones antiimperialistas venidos de todas partes del planeta se reunieron en aquella ciudad para celebrar la primera conferencia de la Liga contra el Imperialismo. Desde sus climas cálidos de origen acudieron a aquella fría capital para conversar sobre su antipatía común hacia el colonialismo y el imperialismo, y para buscar una salida a su situación de sometimiento. Jóvenes y viejos, africanos, americanos y asiáticos, esos representantes llevaban consigo a una de las más célebres metrópolis europeas sus propias décadas de experiencia para buscar un programa compartido. Así, en medio de la nieve y lejos de casa, el proyecto del Tercer Mundo empezó a tomar forma.

Quienes visitaban la ciudad por aquel entonces no solían perderse los admirables museos ni el Palais Royal, que formaban un conjunto de edificios reunidos en torno al precioso Parc de Bruxelles, que alojaba a la familia real belga. Leopoldo II, el segundo rey de la Bélgica contemporánea, había transformado aquella ciudad medieval durante su largo reinado (1865-1909) y la había convertido en una maravilla moderna, con amplias avenidas, un buen sistema de alcantarillado y todo un escaparate urbano ideado y confeccionado de cara a la Exposición Universal de 1897. Pero mientras la ciudad rendía así homenaje a los indudables tesoros arquitectónicos y artísticos de la Europa noroccidental, corría un tupido velo sobre la verdadera base de aquella inmensa riqueza. En 1927, los visitantes de Bruselas podían pasear por el Petit Sablon, un encantador jardín con 48 estatuas de mármol que representaban a los artesanos de la capital. Durante siglos, la ciudad había sido famosa por sus textiles, sus telas de encaje y su cristalería, y era esa la producción artesanal a la que se rendía allí homenaje. Pero en 1927, la principal fuente de riqueza de Bélgica y de su capital no eran sus artesanos, sino África. Era este continente (y, en particular, el Congo) el que había convertido a Leopoldo II en una de las personas más ricas del planeta y había hecho posible que la economía belga pasara a ser la sexta mayor del mundo (tras Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania, Francia y Holanda).

En 1878, Leopoldo II fundó el Comité des Études du Haut Congo, una empresa privada financiada por él mismo que se instaló en el África central en busca de recursos y rentabilidad. El explorador estadounidense Henry Stanley aceptó un nombramiento del propio

Leopoldo II para cumplir con la misión de subyugar a los diversos jefes tribales de los bantúes. El monarca belga, siguiendo los medios empleados habitualmente por el colonialismo europeo, tomó posesión de un área en el Congo cuya extensión multiplicaba por mucho la de su propio reino. El Estado Libre del Congo, que tal fue la paradójica denominación que Leopoldo II dio a aquel territorio, era ochenta veces más extenso que Bélgica. Para calmar las tensiones entre las potencias europeas por sus respectivas posesiones africanas, el líder alemán Otto von Bismarck convocó la Conferencia de Berlín en 1884-1885. Allí, catorce potencias europeas (incluido Estados Unidos) participaron en el desmembramiento de África. Leopoldo II pasó a ser el dueño en exclusiva de 2,3 millones de kilómetros cuadrados de territorio.

El Estado Libre del Congo, dado su carácter de entidad privada, mantenía una relación ambivalente con el gobierno electo de los belgas. Como monarquía constitucional que era, Bélgica tenía un parlamento y, tras la década de 1880, algunos de sus escaños empezaron a ser ocupados por diputados socialistas que se sentían incómodos con la idea del colonialismo. El parlamento no supervisaba la colonia, pero las riquezas extraídas de esta proporcionaban al reino buena parte de su fortuna. Aunque las actividades desarrolladas en el Congo se producían al margen del escrutinio del parlamento, el número de belgas que trabajaba para el Estado Libre del Congo era sustancial y la realidad de sus empleos era algo que no escapaba a la percepción de la sociedad de ese país europeo. Leopoldo II había establecido una mecánica de funcionamiento dirigida a extraer la máxima rentabilidad de la colonia y, a lo largo de las décadas, el Estado Libre modificó sus políticas de actuación en diversas ocasiones para garantizar aquel objetivo básico. Ahora bien, todas aquellas múltiples y diferentes políticas estaban unidas por una premisa (que cito de un manual de 1923): «la holgazanería de las razas de color es una especie de carga genética». La violencia se hacía necesaria, pues, para superar aquella indolencia natural. Por consiguiente, los directivos y los encargados del Estado Libre trataban con extremada brutalidad a la población del Congo, mataban a sus habitantes sin piedad y torturaban a aquellos que no podían o no querían trabajar. El Estado Libre de Leopoldo II instauró la llamada Force Publique, una milicia destinada a infundir el terror en el corazón mismo de las reservas de mano de obra local. Si un trabajador no se esforzaba al máximo, el encargado le cortaba la mano; un responsable de distrito recibió en un solo día 1.308 manos remitidas por sus subordinados. Fievez, uno de los encargados del Estado Libre, comentó lo siguiente a propósito de quienes se negaban a recolectar caucho o no cumplían

con la cuota de recolección correspondiente: «Yo les hacía la guerra. Con un ejemplo bastaba: cien cabezas cortadas y las existencias recolectadas pasaban a ser suficientes a partir de entonces. Mi intención, en el fondo, era humanitaria. Mataba a cien personas, pero eso hacía posible que otras quinientas siguieran viviendo».[1] Las violaciones eran rutina diaria, como la mutilación de genitales masculinos y femeninos en presencia de familiares de las víctimas. Así pues, para abastecer a la emergente industria de fabricación de neumáticos, el Estado Libre de Leopoldo II succionó toda la vida que pudo de las plantaciones de caucho asesinando en el proceso a la mitad de la población del Congo (entre 1885 y 1908, la población descendió de 20 millones de habitantes a 10 millones).

E. D. Morel, un francés que trabajaba para la naviera Elder Dempster, conoció de primera mano a finales de la década de 1890 las atrocidades que se cometían en el Congo. Hasta que Morel empezó a presentar quejas ante el Foreign Office (el Ministerio de Exteriores británico) en Londres, la única organización que había hecho públicos aquellos salvajes actos había sido la Sociedad Protectora de los Aborígenes (fundada también en Londres en 1838). Morel se puso en contacto con Roger Casement, un irlandés que trabajaba en el Foreign Office y que aprovechó la rivalidad anglo-belga para que su ministerio le confiara la misión de investigar la situación en el Congo (en realidad, recurrió al principio del *civis romanus sum* para investigar abusos cometidos contra súbditos de la corona británica: en aquel caso, el encarcelamiento en las prisiones de Leopoldo de unos cuantos hombres de Sierra Leona). Casement viajó hasta el Congo y publicó su catálogo de atrocidades en enero de 1904. La Asociación de Reforma del Congo, la labor periodística de dos reverendos presbiterianos estadounidenses (William Sheppard —el «Livingston negro»— y William Morrison), el libro *Affairs of West Africa* (1902) del propio Morel, la novela *El corazón de las tinieblas* (1902) de Joseph Conrad y, por último, la obra de Mark Twain *El soliloquio del rey Leopoldo* (1904), contribuyeron a documentar la barbarie de Bruselas.

El Ministerio de Exteriores británico emitió una nota tibiamente crítica con los belgas y, en su réplica, Leopoldo II acusó (y con razón) a los británicos de hipocresía: gran parte de las políticas seguidas por los belgas en el Congo habían sido práctica normal de los ingleses en otros lugares. De hecho, Casement descubrió que las compañías británicas que operaban en la región del Putamayo, situada entre Colombia y Perú, cometían el mismo tipo de barbaridades, que la estadounidense United Fruit Company saqueaba en América central la dignidad de la población autóctona, y que en la Angola portuguesa y

el Camerún alemán, las empresas aplicaban básicamente la misma forma de régimen de plantación para recolectar el caucho. Por otra parte, cuando los belgas constituyeron el Estado Libre, Estados Unidos fue el primer país en respaldar tal iniciativa y los demás hicieron cola para felicitar a Leopoldo II por su labor civilizadora en el interior de África (cuando el rey belga fundó la Asociación Africana Internacional en 1876, se expresó empleando una retórica que podía haber salido de los despachos de cualquier capital imperial: «Abrir a la civilización la única parte de nuestro planeta que esta aún no ha penetrado, perforar las tinieblas que se ciernen sobre pueblos enteros... esta es, me atrevería a decir, una cruzada digna de este siglo de progreso»).[2] A fin de cuentas, Bélgica podía considerarse un socio menor en la empresa colonial. Entre 1876 y 1915, un puñado de Estados imperiales europeos controlaron más de la cuarta parte de la superficie terrestre del planeta, y Gran Bretaña y Francia estaban en posesión de mucho más territorio que Alemania, Bélgica, Italia y los Estados de la península Ibérica juntos (Estados Unidos tenía muy poca superficie colonial bajo su control directo, pero ejercía un dominio de hecho sobre todo el continente americano).

La Asociación de Reforma del Congo y los gobiernos estadounidense y británico, así como la mayoría de actores que participaron de la condena contra los belgas, guardaron silencio, sin embargo, con respecto a la brutalidad ejercida en otras partes. De hecho, su actitud crítica a propósito de lo acaecido en el Congo les permitía ocultar su propio papel en la barbarie. Tal como escribió Adam Hochschild, los gobiernos atlánticos formaron frente común en la crítica contra Leopoldo II porque esta «no comprometía las fechorías británicas ni norteamericanas, ni entrañaba las consecuencias diplomáticas, comerciales o militares que habría supuesto un enfrentamiento con una gran potencia como Francia o Alemania».[3] Las potencias imperiales convertían así a Leopoldo II en un problema, al tiempo que enterraban la problemática más general en la que estaban implicadas hasta el fondo: el imperialismo. En 1908, Leopoldo traspasó la administración del Estado Libre al gobierno belga y la barbarie prosiguió hasta que los belgas concluyeron por fin la construcción de su sistema ferroviario en 1914, lo que les permitió racionalizar la extracción de los minerales del Congo hasta 1961 e incluso después de esa fecha.

Los convocantes de la conferencia de 1927 de la Liga contra el Imperialismo eligieron Bruselas deliberadamente: desairaban así a Europa celebrando un congreso antiimperialista en la capital de toda aquella brutalidad y, de hecho, usaron el sentimiento de vergüenza

internacional de la propia Bélgica como vehículo para conseguir el permiso de sus anfitriones. Los organizadores esperaban inicialmente organizar la conferencia en Berlín, pero el régimen de Weimar no lo autorizó. Luego acudieron al gobierno de París, pero Francia les denegó su petición alegando que la presencia allí de la conferencia podría alentar esperanzas en las colonias. Bélgica no podía negarse ante la Liga, y el sucesor de Leopoldo II, Alberto I, no se decantó públicamente en un sentido ni en otro. El gobierno belga había designado hacía poco a Émile Vandervelde como ministro de Exteriores, un puesto que compatibilizaba con sus funciones como secretario de la Segunda Internacional Socialista. Los organizadores dejaron claro que, si Vandervelde no aceptaba la petición de la Liga, la reputación de la Segunda Internacional no saldría bien parada (una reputación, por cierto, que ya había quedado empañada por su nula oposición a la Primera Guerra Mundial). Los organizadores aceptaron, por otra parte, retirar la cuestión del Congo belga de la mesa de debate durante la celebración de aquel congreso, aun cuando nunca dejó de estar presente a través de críticas indirectas.

El encuentro, financiado en parte (y en secreto) por la Internacional Comunista (y que se cree que también estuvo subvencionado por el Kuomintang chino y el gobierno mexicano de Plutarco Elías Calles), tuvo lugar en el Palais d'Egremont, uno de los desmesurados palacios que salpican el paisaje de Bruselas. A él acudieron doscientos delegados provenientes de 37 Estados o regiones colonizadas que representaban a 134 organizaciones. Hasta allí habían viajado delegados de todos los principales continentes, algunos desde el corazón mismo del territorio de los Estados imperialistas y otros desde su periferia. En la conferencia, trabajaron en la elaboración de resoluciones sobre la mayoría de actos de barbarie conocidos: desde la tragedia que se vivía en el campo de la India hasta el racismo de las llamadas «leyes de Jim Crow» en Estados Unidos; desde el auge del fascismo italiano hasta el peligro de intervención japonesa en Corea. La riqueza de los debates y las resoluciones, así como el contacto personal entre delegados, influiría en muchos de los asistentes para el resto de sus vidas. En encuentros posteriores, los delegados se refirieron a la conferencia de Bruselas como un acontecimiento constituyente, como los cimientos sobre los que se forjarían las simpatías y la solidaridad que cruzarían las fronteras del mundo colonizado.

Dos conocidos internacionalistas comunistas afincados en Berlín, Willi Münzenberg y Virendranath Chattopadhyaya, fueron los ideólogos de la conferencia y llevaron a cabo buena parte de los

trabajos preliminares de esta. Pese a las vacilaciones de la Comintern en cuanto a las alianzas con las burguesías nacionales, el apoyo general prestado por los comunistas rusos a los movimientos de liberación nacional de Asia y África fue evidente. En 1913, Vladimir Ilich Lenin publicó un artículo en el *Pravda* titulado «La Europa atrasada y el Asia avanzada», en el que señaló que, «por toda Asia, un poderoso movimiento democrático está creciendo, difundiéndose y fortaleciéndose. *Centenares* de millones de personas están despertando a la vida, la luz y la libertad». En respuesta a ese despertar, «todos los dirigentes de Europa, toda la burguesía europea, están *aliados* con todas las fuerzas de la reacción y el medievalismo en China». Contra esa alianza, «la joven Asia, es decir, los centenares de millones de mujeres y hombres trabajadores asiáticos [cuentan con] un aliado fiable en el proletariado de todos los países civilizados».[4] Cuando los soviéticos se hicieron con el control de Rusia, publicaron y derogaron los tratados secretos que el Zar había firmado con las otras potencias europeas para dividir las naciones oscuras y enfrentarlas unas contra otras.[5]

A comienzos de 1920, delegados procedentes de todo el mundo se reunieron en Moscú para celebrar el Segundo Congreso de la Comintern, en el que estudiaron la situación del imperialismo y debatieron sobre la eficacia de diversas estrategias para combatirlo. De aquel congreso surgieron dos líneas divergentes: aliarse con las burguesías nacionales y tratar el nacionalismo como una fase transitoria hacia el socialismo, o bien rechazar las burguesías nacionales y forjar una alianza obrera internacional a favor del socialismo y en contra de las ilusiones de la nacionalidad. Unos meses más tarde, ese mismo año, los soviéticos acogieron el Primer Congreso de los Pueblos del Este en Bakú, donde casi dos mil delegados de toda Asia y de otros países representaron a dos docenas de pueblos diferentes (de Persia, Bujará, Turquía y otros lugares); una de las personalidades destacadas allí presentes fue el estadounidense John Reed. Los delegados debatieron sobre las limitaciones del poder soviético fuera del territorio ruso y remitieron sus críticas a Moscú para someterlas a la consideración de las autoridades del país. Pero la principal novedad surgida de Bakú fue la fundación de nuevos partidos comunistas nacionales que se produjo cuando los delegados regresaron a sus patrias de origen.

Münzenberg y Chattopadhyaya no eligieron la palabra *liga* para denominar a su nueva organización porque sí. La Liga contra el Imperialismo constituía un ataque directo contra la preservación del imperialismo que dictaba la Sociedad (o «Liga») de Naciones (SdN) a

través de su sistema de protectorados y mandatos. En abril de 1919, la Conferencia de Paz de París dio origen a la Sociedad de Naciones («League of Nations», en inglés), atendiendo a los «Catorce Puntos» de Woodrow Wilson, pese a que Estados Unidos renunciaría finalmente a incorporarse a dicha organización. Convenía restringir los «intereses» de los colonizados, según rezaba el propio Pacto de la Sociedad de Naciones, porque estos eran «pueblos aún incapaces de regirse por sí mismos en las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno» (artículo 22).[6] En vez de la independencia y del derecho a gobernarse a sí mismos, la SdN consideraba que «el mejor método para realizar prácticamente [el principio de autodeterminación] consiste en confiar la tutela de esos pueblos a las naciones avanzadas que, gracias a sus recursos, su experiencia o su posición geográfica, están en mejores condiciones para asumir esta responsabilidad y que consienten en aceptarla. Ellas ejercerán esta tutela en calidad de mandatarios y en nombre de esta Sociedad».[7] La autodeterminación no significaba el final del colonialismo: para la Sociedad de Naciones suponía más bien una especie de imperialismo paternalista.

Bruselas despreció y repudió Versalles.

Los delegados presentes en Bruselas provenían tanto de partidos comunistas y socialistas como de movimientos nacionalistas radicales. Desde Sudáfrica acudieron James La Guma y Josiah Gumeda (ambos del Partido Comunista Sudafricano); de Argelia vino Hadj-Ahmed Messali (miembro fundador del primer grupo que reivindicó la independencia argelina, Étoile Nord-Africaine); de Indonesia vinieron Sukarno, Mohammad Hatta y Semaun (los dos primeros, de un partido nacionalista recién fundado, y el último, del partido comunista); de Palestina llegaron Jamal al-Husayni y Moshe Erem (el primero, del Congreso Nacional Árabe de Palestina, y el segundo, de Poale Zion); de Irán vinieron Ahmed Assadoff y Mortesa Alawi, y de la India asistieron Mohamed Barkatullah y Nehru (este, del Congreso Nacional Indio, y Barkatullah, del Partido Ghadar, fundado en San Francisco en 1913). De la China llegó la delegación más numerosa, formada principalmente por miembros del Kuomintang (a los que se sumaron también delegados procedentes de diversas delegaciones europeas de ese partido). De América vinieron defensores de las libertades civiles, como Roger Baldwin, y activistas como Richard Moore, así como grandes líderes nacionalistas, como Víctor Raúl Haya de la Torre (de Perú) y José Vasconcelos (en nombre de Puerto Rico).

Albert Einstein se convirtió en patrocinador de la organización, como también lo fueron el escritor y premio Nobel suizo Romain Rolland y la dirigente nacionalista china Sung Ching-ling (viuda de

Sun Yat-sen). Dos años después, Nehru escribiría en su autobiografía que, «en Bruselas, también estuvieron presentes representantes de las organizaciones nacionales de Java, Indochina, Palestina, Siria, Egipto, los árabes de África del norte y los negros norteamericanos. Asistió además una buena representación de numerosas organizaciones obreras de izquierda, así como varios hombres conocidos que habían desempeñado un papel destacado en las luchas sindicales europeas de toda una generación. Había igualmente comunistas, que ejercieron una notable labor en las reuniones; no venían allí como comunistas, sino como representantes de sindicatos o de organizaciones similares». El Congreso de Bruselas, según comentó Nehru, «me ayudó a entender algunos de los problemas de los países coloniales y dependientes».[8]

El congreso celebrado en Bruselas reivindicó los derechos de las naciones oscuras a gobernarse a sí mismas. Los contactos establecidos en la capital belga resultarían muy útiles a las organizaciones participantes, pues, a partir de ahí, algunas comenzaron a coordinar sus actividades, mientras que otras aprovecharon su afiliación a la Liga para dar publicidad a sus propias iniciativas. Pese a que, inicialmente, tenían previsto reunirse con frecuencia, esto no acabó siendo así por varios motivos: la Comintern adoptó en 1927 una postura firme en contra de los movimientos de liberación nacional alegando que esas iniciativas traicionarían tarde o temprano a la clase obrera (la Comintern revisó y modificó luego esa línea en 1935); las distancias y las proscripciones dificultaron seriamente los viajes para los dirigentes de los múltiples movimientos revolucionarios, varios de los cuales pasaron años en la cárcel durante el periodo de entreguerras; por último, el estallido de la Segunda Guerra Mundial hizo que cualquier encuentro de esa clase resultara imposible, no solo por los trastornos del propio conflicto bélico, sino también porque la oleada de revoluciones sociales que se propagó por el mundo en aquel entonces concentró la atención de las múltiples organizaciones y de sus líderes.

Pese a todo, sí que hubo formaciones regionales que se reunieron con posterioridad al encuentro de Bruselas y muchas de esas conferencias pondrían la simiente para la posterior germinación del Tercer Mundo. Los movimientos representados en la reunión de 1927 trabajaron en la preparación de las bases para ese experimento de solidaridad a escala planetaria. El encuentro celebrado en la capital belga adquiere sentido a la luz de esa larga historia de implicación y compromiso. A continuación, repasaré los diversos continentes para ofrecer un breve resumen de lo que antecedió a Bruselas.

En Bruselas, África no contaba con una voz destacada, pero sus

representantes consiguieron dar relevancia al tema de su liberación. Obviamente, el pacto acordado entre los organizadores de la conferencia y el gobierno belga retiró la cuestión del Congo de la mesa de debate, y como ese seguía siendo uno de los temas centrales en lo que a África concernía, el silencio fue palpable. Pero la declaración de los delegados sudafricanos, en la que se manifestaban en términos muy duros en contra del régimen allí imperante, hizo que se planteara la cuestión de la instauración de una «república nativa» libre del control blanco. El registro de las reuniones muestra que hubo contactos entre delegados de todos los rincones del continente, pero nada salió de ellos, posiblemente porque una de las estrellas del movimiento, Lamine Senghor, del Comité para la Defensa de la Raza Negra, falleció en una prisión francesa al poco de concluir la conferencia. De todos modos, el libro *Renascent Africa* (1937), del luchador nigeriano por la libertad Nnamdi Azikiwe, producía ya la impresión de un continente unido que combinaba sus fuerzas. Ese mismo año, Azikiwe y el radical trinitense George Padmore formaron la Oficina del Servicio Africano Internacional (International African Service Bureau) en Londres. La verdadera dinámica de la unidad africana se materializó en los encuentros panafricanos que precedieron y siguieron a la conferencia de Bruselas.

Impulsada por la fuerza de otro trinitense, Henry Sylvester Williams, la primera Conferencia Panafricana celebrada en Londres en 1900 atrajo a personas de ambas orillas del mundo atlántico: Estados Unidos, el Caribe, Europa y África. Williams inauguró las sesiones pronunciando una dura crítica contra la política que Gran Bretaña aplicaba a los africanos de la parte meridional del continente. La Asociación Africana que Williams había fundado en 1897 estaba comprometida con «la promoción y la protección de los intereses de todos los súbditos de las colonias británicas que se digan de ascendencia africana, sea esta completa o parcial», razón por la cual él se centró en el caso de Sudáfrica y no en el del Congo o en los de otros territorios. Reunidos como estaban en Londres, Williams consideró que era perentorio cuestionar la política británica de colonialismo. No obstante, en el encuentro de 1900 se redactaron una serie de objetivos para el posterior Congreso Panafricano, que se inició con una meta mucho más amplia: «Conseguir que los africanos de todo el mundo disfruten de verdaderos derechos civiles y políticos». W. E. B. Du Bois, el más destacado líder estadounidense del movimiento, expuso la principal acusación ante los delegados: «En la metrópolis del mundo moderno, en este año de clausura del siglo XIX, se ha reunido un congreso de hombres y mujeres de sangre africana para deliberar

solemnemente acerca de la situación actual y de las perspectivas de futuro de las razas más oscuras de la humanidad». Para Du Bois, esas «razas más oscuras» comprendían «los millones de hombres negros de África, América y las islas del Caribe, por no hablar de las miríadas de personas de piel morena y amarilla de otros lugares».[9] En 1945, cuando se celebró la quinta Conferencia Panamericana, Du Bois era ya un líder de referencia para todos y, en torno a él, se agruparon varios de los futuros dirigentes del continente africano y del mundo atlántico en general, como George Padmore, Kwame Nkrumah y Jomo Kenyatta. «Si el mundo occidental sigue empeñado en dominar a la humanidad por la fuerza», rezaba la declaración de la conferencia de 1945, «entonces los africanos, como último recurso, tal vez tengan que apelar a la fuerza en un intento por alcanzar su libertad, incluso aunque esa fuerza los destruya a ellos y al mundo». La reivindicación de la libertad se producía en paralelo a la del socialismo: «Condenamos el monopolio del capital y el imperio de la riqueza privada y la industria que únicamente busca la rentabilidad y el lucro. Aceptamos la democracia económica como la única democracia real. Así pues, protestaremos, recurriremos y haremos que el mundo escuche la realidad de nuestra situación. Lucharemos de todos los modos posibles en pos de la libertad, la democracia y la mejora social».[10] Los conceptos teóricos del panafricanismo y la independencia africana adquirieron fuerza material durante las huelgas que los trabajadores organizaron por todo el continente durante la década de 1940: desde Lagos (en 1945) hasta Dar es Salaam (en 1947), los estibadores ralentizaron el movimiento de mercancías y se sumaron a los operarios de ferrocarriles, correos, telégrafos y la industria en general, así como a la mano de obra agrícola, en la convocatoria de una huelga general contra el colonialismo. De aquellas luchas surgieron organizaciones que serían luego dirigidas por los mismos líderes panafricanistas y nacionalistas que conformaron toda una ideología.

Cuando Ghana conquistó su independencia en 1957, Accra fue sede de la primera Conferencia de Estados Africanos y, posteriormente, de la Conferencia de los Pueblos de África. La idea de «África», tanto en esta conferencia como en otros puntos y momentos del movimiento, funcionaba de un modo análogo a la idea del Tercer Mundo. Lo que reunía a los africanos en aquellos foros no era la cultura ni la lengua, sino, como bien dijo Nkrumah, «el interés común en la independencia de África». «Los africanos —escribió— han empezado a pensar en clave continental», pero no por razones culturales. Lo que perseguían era una «unión política» basada en el

programa panafricanista y en el del Tercer Mundo. Aquellos «africanos» que habían «empezado a pensar en clave continental» a los que se refería Nkrumah incluían desde luego a los movimientos políticos y a sus líderes, aunque no necesariamente a las multitudinarias masas, cuyas propias ideas políticas podían no ser tan cosmopolitas. En Accra, los dirigentes de los movimientos políticos reconocieron la existencia de esa realidad y, aun así, encararon con entusiasmo la profundización en la idea de la unidad africana a lo largo y ancho del continente y de las diferentes clases sociales.

Si África tenía numerosas lenguas e historias entrelazadas pero separadas, no se podía decir lo mismo de los árabes del norte del continente y del oeste de Asia. Pese a estar unidos por el idioma, los árabes habían padecido también los costes de la desunión en otros terrenos. Saqueados por los otomanos y por las diversas potencias europeas, la región lingüística que se extiende desde el África noroccidental hasta las fronteras de Irán ha mantenido contactos culturales sostenidos, pero no una unidad política. En cualquier caso, los comerciantes árabes seguían desplazándose por todo ese ámbito territorial y los musulmanes en general no habían dejado de viajar desde los dos extremos de la región hasta la península Arábiga para el *hajj* (el peregrinaje a La Meca). Ante el progresivo desmoronamiento del Imperio Otomano, los pueblos sometidos bajo su yugo no tardaron en movilizarse en pos de la libertad. La «revuelta árabe» en la península Arábiga (1916-1932), en Egipto (1918-1919), en Irak (1920-1922), en Siria y Líbano (1925-1926), y en Palestina (1936-1937), entre otros lugares, unió al pueblo árabe no solo en contra de los otomanos y de otros dominadores, sino también en nombre de una nación árabe unida. En Bruselas, fue la delegación siria la que tomó la iniciativa, básicamente, porque Siria había estado inmersa muy recientemente en una enconada lucha contra el mandato que la Sociedad de Naciones había asignado a Francia sobre aquel territorio. Los egipcios, los sirios, los libaneses y los palestinos formaron un frente unido en Bruselas, aunque con ciertas discrepancias entre sus miembros en lo referente al protagonismo de la religión y de los judíos en Palestina (los comunistas palestinos querían un frente antibritánico unido de judíos y árabes, y esta era la postura respaldada por la Liga). Los desórdenes generalizados en la Palestina de mediados de la década de 1930 pusieron fin a la esperanza de una alianza judeo-árabe contra los británicos y radicalizaron la xenofobia de ambas partes.

Los británicos acudieron a los árabes en 1942 para crear una organización unida contra las potencias del Eje, pero no hicieron una

oferta similar a los grupos judíos de Palestina, con lo que agravaron aún más la división. Influidos por la propuesta británica y por el sentimiento unitario que se había vivido con anterioridad a ella, varios representantes de Egipto, Jordania, Irak, Líbano y Siria se reunieron en Alejandría en octubre de 1944 con la intención de preparar una conferencia de unidad para el año siguiente. El tema prioritario era la creación de un marco para la resolución pacífica de conflictos y para el desarrollo de lazos económicos y sociales a lo largo y ancho de la región dominada por la población de lengua árabe. Los Estados arabófonos antes mencionados se reunieron en un encuentro al que se sumaron Arabia Saudí y Yemen, y crearon la Liga Árabe con el propósito de «fortalecer los vínculos entre los Estados participantes, coordinar sus programas políticos para conseguir una auténtica colaboración mutua, conservar su independencia y su soberanía, y considerar desde una perspectiva de conjunto los asuntos y los intereses de los países árabes».11 La primera medida de la Liga en su reunión de 1945 en El Cairo fue condenar la presencia de Francia en Siria y Líbano. Y en su tercera sesión, celebrada al año siguiente, la Liga felicitó a Siria, Líbano y Jordania por su independencia. También dio su apoyo a la lucha de Libia por la suya, a la lucha de Indonesia contra los holandeses/ingleses y a la reivindicación palestina de devolución de territorios.

Los países situados al sur del gran coloso estadounidense no formaban una asociación independiente porque habían sido agrupados bajo el yugo de una Unión Panamericana dominada por Estados Unidos desde la primera Conferencia Interamericana de 1889 (el nombre de Unión Panamericana comenzó a usarse en 1910). El historiador John Chasteen ha señalado que, «en las conferencias panamericanas que se celebraban periódicamente, los secretarios de Estado norteamericanos se dedicaban a promover el comercio, mientras que los representantes latinoamericanos expresaban su consternación por las intervenciones estadounidenses en la región. En la Conferencia de La Habana de 1928, las protestas resultaron tan unánimes que fue imposible ignorarlas».12 En aquel encuentro de La Habana, los Estados latinoamericanos quisieron plantear el tema prohibido: las relaciones políticas interestatales y las intervenciones militares estadounidenses en América Latina. En 1926, varios miles de marines de Estados Unidos habían invadido Nicaragua y allí permanecieron hasta 1933. Los estadounidenses querían que el encuentro panamericano se ciñera a conversaciones sobre aranceles y comercio, pero los latinoamericanos se negaron. Los críticos que más se hacían oír en contra del imperialismo estadounidense y a favor de

la unidad latinoamericana acudieron a Bruselas en 1927, donde establecieron contacto con fuerzas antiimperialistas del resto del mundo. La presencia más importante de aquella región en el encuentro fue la del peruano Haya de la Torre, cuya Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA, 1924) tenía una especial influencia en los nacionalistas radicales de los países de la zona, desde México hasta Argentina. «Para mí —decía Haya de la Torre—, América Latina es la "Patria Grande" de la que cada uno de los Estados que la componen es una parte inseparable e interdependiente. Creo que el mejor patriotismo de todo latinoamericano para con su país de nacimiento consiste en sostener la inseparabilidad de nuestros Estados como miembros de un todo continental».13 En Bruselas, sin embargo, el punto de mira principal de los delegados seguía puesto en Europa, y aunque los participantes aprobaron resoluciones a favor de la libertad de Puerto Rico y en contra del imperialismo de Estados Unidos en la cuenca del Pacífico, apenas hubo un examen sustancial del impacto del imperialismo estadounidense en América del Sur y el resto del mundo.

El efecto del nacionalismo populista en todo el continente y el crecimiento de partidos políticos del mismo estilo que el APRA desembocaron en la convocatoria del primer Congreso de Partidos Democráticos y Populares de América Latina en octubre de 1940. Representantes de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Ecuador, México, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela se reunieron en Santiago de Chile, donde debatieron sobre temas de interés común —en esencia, sobre el poder del gran coloso del norte— aunque no lograron avances en la dirección de la unidad, sobre todo, después de que muchos de los partidos populistas de esos Estados llegaran al poder en sus países tras 1944. A partir de ese momento, esos gobiernos siguieron reuniéndose bajo el auspicio de organizaciones dominadas por Estados Unidos, donde insistieron en mantener formas variadas de resistencia. Así, en la Conferencia de Chapultepec, celebrada en Ciudad de México en 1945, Estados Unidos se mostró decidido a convertir la recuperación europea en una prioridad, pero se encontró con la oposición de los países latinoamericanos, que no querían que la puerta abierta al comercio estadounidense en el continente americano sirviera para financiar la reconstrucción de Europa. Aquellas tensiones en el propio hemisferio americano alcanzaron un carácter más acusado en los primeros tiempos de la ONU, donde el 40% de los delegados venía de América Latina. En Chapultepec, además, las repúblicas americanas anunciaron «que todos los Estados soberanos son jurídicamente iguales entre sí» y «que

todo Estado tiene derecho al respeto de su personalidad e independencia por parte de los demás miembros de la comunidad internacional».[14] Tales declaraciones promovían la idea de independencia para el Cono Sur, la América central y el Caribe.

El concepto del panasiatismo surgió de dos tradiciones políticas distintas. De los progresistas, como Nehru y Sun Yat-sen, procedía el deseo de recuperación de una unidad continental desgarrada por el imperialismo. El entusiasmo popular que había despertado en toda Asia la victoria japonesa sobre Rusia en 1904 contribuyó a acrecentar el sentir de que los pueblos del continente debían estrechar más sus lazos mutuos. En las dos Conferencias Panasiáticas celebradas en Nagasaki (1926) y Shanghái (1927), los delegados de China y Corea se aferraron a la noción progresista del panasiatismo al exigir que el gobierno japonés abjurara de sus pretensiones imperiales. Pero de los reaccionarios japoneses surgió la idea de que Asia debía ser gobernada por la monarquía *showa* (de la «paz ilustrada») de Hirohito (es decir, por los propios asiáticos) y no por europeos. Varias sociedades secretas, como la del Dragón Negro o la de la Esvástica Roja, promovieron la ampliación de la conquista japonesa de Corea en 1910 a nuevos territorios: concretamente, hacia Manchuria (ocupada en 1931) y Jehol (en 1933).

No obstante, el militarismo japonés no pudo usurpar todo el espacio del panasiatismo, porque la vertiente progresista del movimiento pervivió con fuerza y se hizo claramente manifiesta tras la Segunda Guerra Mundial. En marzo de 1947, los movimientos de liberación de Asia se reunieron en Nueva Delhi para celebrar la Conferencia de Relaciones Asiáticas. Allí se comprometieron a una mayor cooperación económica, política y cultural entre las naciones del continente. En el encuentro, se dio también la bienvenida al recién iniciado proceso de liberación, pero no sin advertir también del riesgo de un «imperialismo del dólar». La proposición en contra del racismo presentada por el delegado de Azerbaiyán fue aprobada por aclamación. «Lo más importante de la conferencia —declaró más tarde Nehru a la prensa— fue que se celebró».[15] Los trabajos realizados en aquella conferencia permitieron al líder indio convocar una nueva Conferencia Asiática de gobiernos en 1949 para condenar la actuación holandesa/británica en el recién fundado Estado de Indonesia. Una de las decisiones significativas de aquel encuentro de 1949 fue la que tomaron los nuevos Estados asiáticos para coordinar sus actividades en el seno de Naciones Unidas.

En todas estas formaciones regionales existía una extendida conciencia de la *universalidad* de la lucha contra el imperialismo, lo

que suponía la necesidad de coordinarse y de mantener consultas con vistas a construir un mundo justo. La mejor prueba de ello fue la entusiasta acogida que en cada uno de esos grupos (y en la mayoría de los países que los componían) tuvieron las Naciones Unidas. Podría decirse que uno de los motivos del éxito de la ONU durante sus tres primeras décadas de existencia (éxito que se le había negado a la Sociedad de Naciones en su momento) radicó en que los Estados del Tercer Mundo la concibieron como su plataforma de expresión y acción. Bajo el manto de Naciones Unidas, los Estados de África, América y Asia pudieron crear un programa estructurado de prioridades para el Tercer Mundo. Si, en su momento, la Sociedad había sido una herramienta del imperialismo, ocupada principalmente en el mantenimiento de la paz en Europa, las Naciones Unidas se convirtieron en el territorio de la justicia para el mundo recientemente descolonizado. El Tercer Mundo ofreció una tenaz resistencia en la ONU a la agresión estadounidense en Corea y a la dominación francesa en Marruecos y Túnez. En las resoluciones sobre los casos marroquí y tunecino, los Estados africanos, árabes y asiáticos contaron con el apoyo crucial de once Estados latinoamericanos.

La colaboración entre las formaciones regionales africana, árabe y asiática fue mucho más intensa que los contactos de esos continentes con América Latina. Esto se debió a diversas razones. Para empezar, los Estados latinoamericanos habían conquistado su independencia formal de España y Portugal a comienzos del siglo XIX, así que no compartían la misma experiencia contemporánea de dominación colonial. Aun así, la mayor parte de América Latina había caído bajo el control del capital europeo y estadounidense, y la mayoría de sus gobiernos sentían antipatía hacia el imperialismo financiero. En 1896, el fundador del Partido Socialista Argentino, Juan Bautista Justo, clamaba así contra ese dominio: «Hemos visto a los argentinos reducidos a la categoría de una colonia británica por culpa de la penetración económica», acaecida con la anuencia de la oligarquía argentina, los «vendedores de su país». Esa expresión de Bautista Justo se iría introduciendo en la conciencia de muchos latinoamericanos a fuerza de ser reiterada hasta la saciedad. Las diferencias entre América y los demás continentes en función de su divergente herencia colonial se fueron haciendo así menos pronunciadas con el tiempo, a medida que ambas zonas fueron entendiendo hasta qué punto estaban similarmente sometidas al capital global. Pero entre ellas no nacería ningún lazo organizativo con anterioridad a la guerra fría.

En segundo lugar, los Estados latinoamericanos vivían en una órbita imperial alternativa. El blanco de sus denuncias no era la Vieja

Europa, sino el Nuevo Yanqui, y en eso diferían en gran medida de la mayoría de África y Asia (a excepción de Filipinas). Además, en su órbita colonial tenían el español como lengua franca (exceptuando Brasil y las colonias holandesas), mientras que la mayoría de los líderes anticoloniales de África y Asia hablaban inglés o francés, y muchos de ellos se reunían aprovechando sus estancias en Europa, ya fuera en Londres, París o Ginebra. Los mundos de los latinoamericanos no se cruzaban habitualmente con los de los afro-asiáticos. Así pues, si en las conferencias afro-asiáticas celebradas a partir de la década de 1920 se hizo referencia principalmente a casos de opresión de esos dos continentes, no fue porque los latinoamericanos fuesen menos internacionalistas o más localistas: los fuertes vínculos forjados en las décadas de 1950 y 1960 entre todos los continentes dan fe de que, en cuanto tuvieron la oportunidad, muchos de sus respectivos protagonistas supieron entender sus luchas como parte de una cruzada internacional de alcance planetario.

El legado de la Liga contra el Imperialismo es ambiguo. Las grandes potencias imperiales sabían que aquella era una formación peligrosa para sus intereses y, de hecho, arrestaron a muchos de los activistas que habían asistido a ella en cuanto regresaron a sus países de origen o a cualquier otro territorio sobre el que sus respectivos amos coloniales tuvieran jurisdicción. Las potencias coloniales se apresuraron a desprestigiar el trabajo de la Liga dando a entender que no era más que una tapadera de los comunistas. No hay duda de que estos desempeñaron un papel muy importante en aquella liga, pero no fueron ni mucho menos sus únicos protagonistas, ni suyas fueron muchas de las reivindicaciones planteadas por pueblos que tenían muy escasa experiencia con el comunismo. El uso de «comunista» como término de oprobio contribuyó a que el propio comunismo adquiriera un carácter casi omnipresente y divino a ojos de muchos a quienes se había enseñado a desconfiar de la palabra del amo colonial y a ver en cualquier enemigo de ese amo a un aliado en la lucha. Para las luchas más aisladas, la Liga funcionó como un crucial instrumento de propaganda, como un importante medio a través del que dar a conocer masacres y protestas y coordinar labores de solidaridad. La Liga también hizo posible que movimientos mutuamente inaccesibles hasta entonces establecieran vías de comunicación entre sí: así, quienes luchaban contra los franceses en Indochina pudieron mantenerse en contacto, a partir de entonces, con quienes combatían ese mismo Estado francés en el África occidental, por ejemplo. Además, varias organizaciones obreras incipientes se afiliaron a la Liga como una forma de romper con su aislamiento anterior.

Los soviéticos y la Comintern despilfarraron buena parte de las simpatías que despertaron en Bruselas (y durante las fechas inmediatamente posteriores a aquel encuentro) por culpa de los virajes impulsivos que imprimieron a su línea política y que fueron fuente de una gran confusión. Durante la fundación de la Liga, la opinión mayoritaria en la Comintern era que los comunistas debían colaborar en un frente amplio con los movimientos de liberación nacional. Gracias a ello, el Kuomintang unió sus fuerzas a las de la Comintern tanto en la financiación de la conferencia como en la cooperación para asegurar su éxito. Pero justo después del encuentro de Bruselas, el Kuomintang masacró a más de cinco mil comunistas en Shanghái y otras localidades chinas, lo que sirvió para prolongar la guerra civil en aquel país. Bien es verdad que el hecho de que la Comintern uniera sus fuerzas a las del Kuomintang en Bruselas resultó bastante increíble ya en su momento, pero no menos cierto es que en la violencia desatada por los nacionalistas tras la conferencia radicó el auténtico germen de la posterior destrucción de la Liga. Ese y otros casos por el estilo llevaron a la Comintern a expresar su condena contra las fuerzas de liberación nacional no comunistas, incluidas las de Nehru, Roger Baldwin y Hatta. El problema de la línea marcada por la Liga fue su inflexibilidad: optó por colaborar con el Kuomintang antes de la matanza de Shanghái (para disgusto de los comunistas chinos) y luego decidió abandonar toda relación con los movimientos de liberación indio e indonesio, aun cuando ni el uno ni el otro despertaban en la izquierda la antipatía que inspiraba el Kuomintang. Pero en lugares como India e Indonesia, el nacionalismo anticolonial, aunque dirigido por una burguesía nacional relativamente débil, había devenido en una fuerza social poderosa e ineludible. El contexto de cada escenario particular (los alineamientos de las clases en cada país, por ejemplo) no influyó, al parecer, en la Comintern ni en la insistencia de esta en seguir una estrategia homogénea con vistas a una revolución mundial. Pero a pesar de que la Liga perdió su arraigo en buena parte del mundo colonizado, el encuentro de Bruselas en sí fue importante para la consolidación de la idea del Tercer Mundo.

Casi tres décadas después de la conferencia celebrada en Bruselas, Sukarno, recién investido como presidente de Indonesia, inauguraba como anfitrión la Conferencia Afro-Asiática de Bandung. A los pocos minutos de iniciado su discurso, el presidente indonesio ofreció la siguiente valoración de la significación de lo acaecido en Bruselas:

> Hace apenas unas décadas, solía ser necesario viajar a otros países e, incluso, a otros continentes para que los portavoces de nuestro pueblo pudieran mantener consultas. En ese sentido, recuerdo la Conferencia de la «Liga contra el

Imperialismo y el Colonialismo» que se celebró en Bruselas hace casi treinta años. En aquella conferencia, se reunieron muchos distinguidos delegados que están hoy presentes aquí y que hallaron allí nuevas fuerzas para su lucha por la independencia. Pero aquel fue un lugar de encuentro situado a miles de kilómetros de distancia, en medio de gente extranjera, en un país extranjero, en un continente extranjero. No se celebró en aquel escenario por elección, sino por necesidad. El contraste con la situación actual es considerable. Nuestras naciones y países ya no son colonias. Ahora somos libres, soberanos e independientes. Volvemos a ser los amos de nuestra propia casa. No tenemos que ir a otros continentes a conferenciar entre nosotros.[16]

Bandung

En 1955, la isla de Java había quedado marcada no solo por trescientos años de herencia colonial, sino también por su reciente (y victoriosa) lucha anticolonial. Esa diversa isla, corazón del archipiélago indonesio, alberga un gran número de plantaciones de café, té y quinina, productos que fueron los principales generadores de riqueza para las arcas holandesas. En uno de sus extremos, el que mira hacia el oeste, se encuentra la localidad de Bandung, la Ciudad de las Flores. Sus edificios administrativos de estilo *art déco* tropical contrastaban salvajemente en la era colonial con las casuchas en las que se alojaba su población trabajadora, y formaban un paisaje urbano de esperanzas y aspiraciones desiguales. En la década de 1940, los trabajadores y los campesinos de la ciudad y su comarca se alzaron en lucha junto a los *pemuda*, los miembros de las juventudes activistas. El grito de «*siaaaap*» («¡atención!») tronó durante todo aquel conflicto por las calles de la ciudad en señal de oposición, no solo a los ocupantes japoneses, sino también a los británicos que los reemplazaron y a los holandeses, que se preparaban para recuperar el control de la isla. En marzo de 1946, cuando parecía que los británicos no concederían la independencia a los indonesios, medio millón de habitantes de Bandung abandonaron la ciudad en masa, al tiempo que prendían fuego a los almacenes, las casas y las dependencias gubernamentales. Aquel acontecimiento inspiró una canción épica:

> Hola, hola, Bandung,
> capital de [la provincia de] Parahyangan.



Bandung, Java, Indonesia, abril de 1955: El pueblo de Bandung saluda a los representantes de la Conferencia Afro-Asiática. (© Bettmann / Corbis.)

Hola, hola, Bandung,
ciudad del recuerdo.

Hace mucho
que no te veo.
Ahora eres un mar de fuego.
Reconquistémosla, *bang* [camarada].

En 1955, la ciudad había sido repoblada de nuevo, aunque, en ese caso, por inmigrantes pobres que habían sido desplazados de sus antiguos hogares por una rebelión liderada por el Darul Islam, una fuerza anticolonial comprometida con la causa de la creación de una república islámica en Indonesia (y que se extinguió a mediados de la década de 1960 por el escaso éxito cosechado). Y pese a la repoblación, el sur de Bandung continuaba estando muy marcado por el incendio. El gobierno de Indonesia eligió esta ciudad como sede para un encuentro de 29 representantes de naciones asiáticas y africanas recientemente soberanas. Aquella reunión serviría para dar vida y forma material al concepto de Sauvy. Evidentemente, el Tercer Mundo no se creó de la nada en el encuentro de abril de 1955. Este simplemente sirvió para hacer manifiestas tendencias que ya eran subyacentes, como las condiciones sociales relativamente comunes de los Estados colonizados y los movimientos nacionalistas que dichos países habían producido. La Conferencia de Bandung fue también, para los dirigentes de aquellos movimientos nacionalistas, la culminación de un proceso que se había iniciado en la reunión de la Liga contra el Imperialismo celebrada en Bruselas en 1927. Todo esto es cierto, pero en lo que Bandung no ha dejado de ser relevante es en la posibilidad que brindó a aquellos líderes para reunirse, celebrar la desaparición del colonialismo formal y comprometerse a continuar con un cierto nivel de lucha contra las fuerzas del imperialismo. Pese a las pugnas internas, los debates, las posturas estratégicas y los suspiros de irritación y fastidio, Bandung generó algo: la convicción de que dos terceras partes de la población mundial tenían derecho a regresar a sus propias ciudades quemadas, apreciarlas como propias y reconstruirlas a su imagen y semejanza.

Dirigiéndose a los asistentes desde la tribuna ya el primer día, el presidente indonesio, Sukarno, se alegró de los cambios obrados por el anticolonialismo en Asia y África:

> Unas fuerzas irresistibles han recorrido ambos continentes. El aspecto mental, espiritual y político del conjunto del planeta se ha visto alterado a través de un proceso que aún no está completo. Ahí fuera, en el mundo, hay nuevas condiciones, nuevos conceptos, nuevos problemas, nuevos ideales. Los huracanes generados por los diversos frentes del despertar nacional han ido azotando la faz de la tierra sacudiéndola, modificándola, cambiándola a mejor.[1]

Una extensa parte del mundo que antaño había doblado la cerviz ante el poderío de Europa traspasaba en aquel momento el umbral de entrada a un destino diferente. De hecho, la libertad conquistada por las nuevas naciones parecía inimaginable apenas unos años antes. Cuando el Congreso Nacional Indio de Mohandas Karamchand Gandhi se declaró a favor de la Purna Swaraj (o la plena independencia) en 1929, muchos tuvieron la impresión de que había dado un paso prematuro: que ni Gran Bretaña permitiría semejante cesura ni la India podría sobrevivir por sí sola. No obstante, Nehru, el entonces presidente del Congreso (que era, a su vez, el brazo que lideraba la lucha anticolonial india), declaró ante los delegados reunidos en Lahore en 1929: «Hoy abogamos por la absoluta libertad de la India. Tal vez ni hoy ni mañana seamos lo suficientemente fuertes como para hacer valer nuestra voluntad. Somos muy conscientes de nuestra debilidad y no hay en nosotros jactancia alguna ni alarde de fuerza. Pero que nadie (y menos aún Inglaterra) confunda o subestime el significado o la fortaleza de nuestra resolución». La resolución ciertamente llegó para la India (y el Pakistán) en 1947, al igual que para Indonesia y Vietnam en 1945, para Filipinas en 1946, para Birmania, Ceilán, Corea y Malasia en 1948, y para China en 1949. En 1951, Ghana obtuvo la independencia de hecho (consagrada formalmente en 1957), y ese mismo año Libia se liberó de Italia y se sumó a Liberia, Etiopía y Egipto en el club de los Estados africanos independientes, mientras que, en 1956, Sudán se desvinculó del dominio anglo-egipcio (en el mismo año en que Etiopía absorbió a Eritrea). Esos fueron los países que se reunieron en Bandung.

Poco era lo que unía a aquellas naciones salvo su historia colonial y anticolonial común. Sukarno, vástago de un pueblo diverso que vivía repartido entre centenares de islas dispersas, entendió bien la limitada base para la unidad que existía entre los asistentes a Bandung. Pero si se había podido hacer un Estado nacional de Indonesia, ¿por qué no una unidad transnacional con las naciones convocadas a Bandung? «El conflicto no nace de la variedad en el color de la piel ni de la diversidad de religiones —proclamó Sukarno— sino de la variedad de los deseos». Una unidad de deseo forjada a partir de la lucha y organizada en una plataforma común podría minar las diferencias sociales. «Estamos unidos por nuestra común aversión al colonialismo en cualquiera de sus formas. Estamos unidos por nuestra común aversión al racismo. Y estamos unidos por nuestra común determinación a preservar y estabilizar la paz en el mundo».[2] Esos serían los elementos de la unidad del Tercer Mundo.

La unidad de los pueblos del Tercer Mundo vino, pues, de la adopción de una postura política contraria al colonialismo y al imperialismo, y no de ningún rasgo cultural o racial intrínseco compartido. Si alguien luchaba contra el colonialismo y se oponía al imperialismo, formaba parte automáticamente del Tercer Mundo. Aquellas opiniones de Sukarno hallaron una favorable acogida entre la mayoría de delegados presentes en el encuentro de Bandung, ya fueran de izquierda (China), centro (India y Birmania) o derecha (Turquía y Filipinas). Cuando Sukarno argumentó que la fase formal del colonialismo había tocado posiblemente a su fin, pero que el imperialismo pervivía, se hizo eco de las opiniones de muchos de los dirigentes del Tercer Mundo (y de sus respectivas ciudadanías), que padecían a diario la lacra del «subdesarrollo». El colonialismo ya no se cubría la cabeza con los salacots de antaño, sino que se había puesto al día con «los ropajes modernos del control económico e intelectual. [...] No [iba a] renunciar a su botín tan fácilmente». Para erradicarlo, Sukarno instó a los delegados y a sus pueblos a mantenerse unidos como Tercer Mundo frente al imperialismo. Pero ¿qué podía hacer ese Tercer Mundo en vista de que su «fuerza económica es dispersa y menuda», y que, sin unas «nutridas filas de cazabombarderos», difícilmente podía «permitirse aventuras en el terreno de la política de poder»?[3] ¿Qué le quedaba entonces al Tercer Mundo en un planeta donde la bomba atómica y el dólar determinaban el curso de la historia humana? ¿Qué le quedaba a una región que contenía una población de dos mil millones de personas? «Podemos inyectar la voz de la razón en los asuntos internacionales. Podemos movilizar toda la fortaleza espiritual, moral y política de Asia y África del lado de la paz».[4]

El discurso de Sukarno constituyó la más poderosa defensa de la unidad del Tercer Mundo, lo que explica que hoy sea la declaración más conocida de aquel encuentro de Bandung. Nacido en 1901, Sukarno provenía de la misma posición social que muchos de los dirigentes importantes del Tercer Mundo. Miembro de una familia de la pequeña nobleza, el padre de Sukarno se dejó arrastrar por el fervor del patriotismo. Cambió el nombre de su hijo inspirándose en una figura de la epopeya en sánscrito *Mahabharata*: Karna, aquel de quien se dice que es honesto e intrépido. Sukarno estudió ingeniería en instituciones de enseñanza europeas de su propio país (en Surabaya y Bandung), pero su gran aspiración era la independencia de Indonesia. Esa combinación (procedencia de la pequeña nobleza o la clase media emergente y apertura a las ventajas educativas que el colonialismo europeo podía proporcionar) produjo una serie de líderes como Nehru,

Sukarno, el birmano U Nu y el elevado número de *ilustrados* de Filipinas. Al finalizar sus estudios de ingeniería, Sukarno empezó a publicar *Indonesia Muda* («La joven Indonesia»), la revista del Club de Estudios de Bandung. Fue en esa publicación donde articuló por primera vez su proyecto de frente unido de todas las fuerzas patrióticas contra el colonialismo europeo. En Indonesia, los marxistas, los islamistas y los nacionalistas eran los principales oponentes del dominio holandés y Sukarno sostenía que los tres grupos debían considerar el nacionalismo como un programa «tan amplio como el aire», de manera parecida a como lo había hecho el Partido del Congreso en la India o el Kuomintang en China. Más o menos por las mismas fechas en las que él expuso esa idea, el Partido Comunista de Indonesia (PKI) impulsó un intento de golpe de Estado que fracasó y fue seguido de una intensa represión contra sus miembros. Para aprovechar la energía generada por la revuelta de masas encabezada por el PKI entre finales de 1926 y principios de 1927, Sukarno y su círculo de colaboradores fundaron el Partai Nasional Indonesia (PNI).

El PNI, al igual que el Partido del Congreso y el Kuomintang, propugnaba una ideología variopinta y sincrética, arraigada en una actitud anticolonial, aunque a favor de un nacionalismo difuso que atrajera a todas las clases sociales. La clase media se subió a ese carro porque muchos de sus miembros habían sido discriminados en el acceso a puestos de trabajo administrativos y se sentían humillados por los jerarcas coloniales. Veteranos en la lucha por la justicia, tanto la clase obrera como el campesinado se fueron desplazando paulatinamente hacia las posiciones del PNI a medida que este se convirtió en actor central de la lucha por la libertad. A diferencia del Partido del Congreso de la India, que ya era un movimiento de masas en la década de 1920 gracias a las creativas campañas encabezadas por Gandhi, y a diferencia igualmente del partido comunista vietnamita, cuyas bases masivas se fueron formando a partir del diligente trabajo organizativo dirigido por Ho Chi Minh, el PNI se parecía bastante a las organizaciones anticoloniales urbanas de clase media que existían ya en lugares tan diversos como Perú y la Costa de Oro africana: se había desarrollado a partir de una idea y reflejaba opiniones propias de un estrecho estrato social, pero su programa no tardó en ser adoptado por muchos sectores ajenos a su círculo original. Los jóvenes con estudios fueron quienes se encargaron de la mayor parte de las labores organizativas del PNI y otras asociaciones que compartían sus mismos orígenes de clase. El Congreso de la Juventud Indonesia trasladó el conflicto a las masas y proporcionó

muchos de los soldados de a pie de la lucha de la «no cooperación» (un concepto que Sukarno tomó prestado de Gandhi).

Irritada por las acciones de Sukarno, la administración holandesa lo arrestó en 1931 y lo mantuvo recluido hasta la invasión japonesa del archipiélago en 1942. Cuando los japoneses tomaron el poder, Sukarno colaboró con ellos, pero no como cómplice, sino aprovechando hasta la más mínima oportunidad para promover las ideas nacionalistas, hasta el punto de que, como señaló el historiador George Kahin, sus discursos radiofónicos «estaban repletos de sutilezas y dobles sentidos cuyo significado real escapaba por lo general a los supervisores japoneses, pero no a la población».[5] El 17 de agosto de 1945, dos días después de la rendición japonesa, Sukarno (y su socio Hatta) proclamó la independencia de Indonesia, una medida cuya entrada en vigor fue retrasada por la entrada de las tropas británicas que habían acudido allí con la misión de restituir las islas a los holandeses. Sukarno tenía todavía una base popular exigua y su proclama había sido una pura bravata. Pero el pueblo indonesio lo respaldó, a pesar del conocimiento superficial que tenía de su programa político, y ganó. Los incendios de Bandung ardieron porque la gente se había convencido por fin de que el colonialismo había acabado. El dominio europeo carecía ya de toda legitimidad. En 1949, Indonesia obtuvo formalmente su libertad.

Sukarno, como Nehru y otros líderes nacionalistas del mismo estilo, se había puesto al frente de un levantamiento contra el poder colonial sin contar con un programa definido para el desarrollo social de su pueblo. Lo que estaba claro, de todos modos, era que su éxito estaba impulsado por las acciones de múltiples pequeñas organizaciones locales, como cámaras de comercio, delegaciones del PNI, organizaciones religiosas y asociaciones juveniles. Sukarno abogaba por la libertad y la justicia, pero no necesariamente por una revolución general contra las viejas clases sociales (como la aristocracia rural terrateniente, los comerciantes y otros grupos ya establecidos). De ahí la complicidad entre los holandeses y el PNI en el control y el castigo de la rebelión comunista en Madiun, acaecida poco antes de la independencia, que se tradujo en la ejecución y el encarcelamiento de los componentes de muchísimas células del PKI y que tendría continuidad en la fuerte represión desatada por el gobierno indonesio contra dicho partido en 1951-1952, durante la cual fueron arrestados quince mil de sus miembros. Lo que sí que hizo Sukarno fue poner en práctica parte del programa político de los comunistas dedicando dinero a la educación y a las industrias estatales. Los comunistas, por su parte y pese a las dificultades,

siguieron reclutando miembros y apoyos característicos de un partido de masas (en 1965, el PKI sumaba tres millones y medio de células y veinte millones de miembros en sus diversas organizaciones de masas). En 1965, con motivo de su última ceremonia del Día de la Independencia antes de que un golpe respaldado por Estados Unidos lo derrocara, Sukarno afirmó lo siguiente: «Actualmente, estamos promoviendo un eje antiimperialista: el eje Yakarta-Phnom Penh-Hanoi-Pekín-Pyongyang».[6] Al final, pues, se había acercado más a los comunistas de lo que jamás hubiera llegado a imaginar cuando se introdujo por primera vez en la política.

Pero Sukarno no representaba todas las voces presentes en Bandung.

La China comunista caló hondo en aquella conferencia encabezada por la vivaz personalidad de Zhou En-lai, cuya legendaria historia, unida a sus febriles intentos por ganarse la amistad de todos, le granjearon el cariño de la mayoría de los delegados. Zhou mantuvo en Bandung una agenda muy apretada. No solo contó con Nehru como cicerone para que le presentara a muchos de quienes sentían un gran respeto por el líder político indio, sino que el propio Zhou se dirigió a los asistentes en el máximo número de sesiones posible y se reunió con casi todos los delegados. A un té con los «centristas» Nehru y U Nu siguió otro con «derechistas» como el filipino Carlos Rómulo y el ceilanés John Kotelawala (y en el que Zhou conoció al viceprimer ministro y ministro de exteriores afgano Sardar Mohamed Naim). Por último, Zhou y la delegación china ofrecieron un banquete al que asistieron las principales potencias, pero también los Estados árabes (representados por el príncipe heredero Faisal de Arabia Saudí, por el yemení Seifel Islam Hasan, por el jordano Walid Salah, por el libanés Sami Solh, por el libio Mahmud Muntaser y por el sudanés Ismail el Azhari).

Zhou adoptó un tono conciliatorio hacia la retórica nacionalista de la conferencia e, incluso, rogó a los líderes que tenían una orientación más marcadamente religiosa que toleraran su ateísmo. El enfoque pacífico de la delegación china reflejaba la orientación general de la política exterior e interior de la China comunista en el breve periodo que transcurrió entre la década de 1940 y los estruendos iniciales de la Revolución cultural de la década de 1960. Justo después de acceder al poder en 1949, los comunistas chinos se dedicaron a fomentar la creación de una «coalición democrática» de campesinos, obreros e intelectuales para fortalecer y ampliar sus apoyos y las bases populares de su poder (el propio Mao Tse-tung animó a que sus camaradas comunistas siguieran esa línea con el lema

«no arremetáis en demasiadas direcciones diferentes»).

Pero si los comunistas sellaron alianzas dentro de la propia China con parte del campesinado y con ciertos sectores de la clase media, en la escena internacional lo tuvieron bastante más complicado. El choque con la Unión Soviética iniciado ya en la década de 1930 continuó tras 1949 y se agravó tras la muerte de Yósif Stalin en 1953. La ruptura sino-soviética aisló a China en una escena mundial predispuesta, ya de por sí, a rehuir a los comunistas. Estados Unidos hizo sonar el ruido de sus sables frente a las costas de China interviniendo en la cuestión de Formosa (la posterior Taiwán) y en Corea. A finales de 1950, el gobierno chino actuó impetuosamente para defender al pueblo coreano haciendo que sus tropas cruzaran la frontera del río Yalu e intervinieran en el conflicto de aquella península. La URSS había desaconsejado tal medida, principalmente, porque tenía puestas algunas esperanzas en alcanzar una cierta distensión con el Primer Mundo. China rechazó desde el principio la división en «bandos» de la guerra fría y se vio aislada por ello de su aliado natural (la URSS y, posteriormente, el Pacto de Varsovia). China estaba completamente rodeada de potencias hostiles: la URSS al norte y al oeste, y varios países suscriptores de pactos militares con Estados Unidos a ambos extremos. Además, no había nadie que defendiera las posiciones del gobierno chino en Naciones Unidas porque su asiento permanente en el Consejo de Seguridad estaba ocupado por el gobierno de Formosa. La oposición de los comunistas chinos a la idea de que las naciones oscuras se dividieran entre las esferas de influencia de las dos grandes potencias la convertían en un aliado por principio del Tercer Mundo. China —o eso parecía decir con sus gestos— estaba a favor de la independencia y la autodeterminación, no del conflicto y la división entre bloques. El Tercer Mundo tenía algo más tangible, aparte de principios, que aportar a China: por muy diferentes que fueran la orientación de aquel encuentro y la del gobierno chino, Bandung proporcionó a este el terreno que necesitaba para poner fin a su aislamiento con respecto a la opinión y el apoyo mundiales.

De los 29 Estados presentes en la Conferencia de Bandung, seis habían cerrado en fecha aún reciente acuerdos económico-militares con Estados Unidos y Gran Bretaña. En 1954, Pakistán, Filipinas y Tailandia se habían sumado a Nueva Zelanda, Australia, Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos para formar la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO, conocida también como el Pacto de Manila), mientras que Irán, Irak, de nuevo Pakistán y Turquía habían formado junto con Gran Bretaña y Estados Unidos la Organización del Tratado

Central (también conocida como Pacto de Bagdad). En Bandung, las delegaciones paquistaní, tailandesa y filipina defendieron aquellos pactos aduciendo que protegían a las «naciones pequeñas o débiles» frente al comunismo interno e internacional. En palabras de Rómulo, «aquellos imperios de antaño en los que se decía que jamás se ponía el sol se están marchando uno tras otro de Asia. Lo que ahora tememos es el nuevo imperio del comunismo, en el que ya sabemos que jamás sale el sol». El paquistaní Mohamed Alí también defendió los pactos basándose en el «derecho a la defensa propia, ejercido de forma individual o colectiva», frente a las que él llamó «nuevas y más odiosas formas de imperialismo que se ocultan bajo el disfraz de la "liberación"». Los dos principales diarios a ambas orillas del Atlántico norte, el *New York Times* y el *Times* de Londres, concedieron amplio espacio a los discursos de Alí, Rómulo y Kotelawala. El diario estadounidense, en concreto, aplaudió a estos tres líderes y consideró «gratificante para Occidente escuchar tal defensa de la libertad de conciencia y de acción», además de juzgar que habían puesto el colonialismo «en su perspectiva correcta», que era la de trasladar al comunismo las culpas del imperialismo europeo y estadounidense.[7]

Los Estados favorables al Primer Mundo que habían acudido a Bandung compartían, al menos, un elemento en común: estaban gobernados por burguesías nacionales débiles que se enfrentaban a movimientos nacionales de masas militantes que amenazaban su propia legitimidad y su poder. El régimen filipino de Manuel Roxas y, posteriormente, de Ramón Magsaysay del que Rómulo era ministro se vio seriamente desafiado por la Rebelión Huk de 1946-1954, un levantamiento de masas alzadas en armas contra el nuevo gobierno y sus garantes estadounidenses. Con las armas enviadas por Truman, el ejército de Magsaysay se ocupó de acallar a los rebeldes justo a tiempo para que las potencias se reunieran en Manila para la firma del tratado de la SEATO. Tailandia tenía también motivos para temer una rebelión comunista, pues su propio régimen antidemocrático había sufrido desafíos internos y su región se había visto sacudida por una insurgencia popular comunista activa en Malasia desde 1948 hasta 1960, momento en el que fue finalmente reprimida por una agresiva campaña británica de bombardeos indiscriminados. En 1951, el Partido Comunista de Pakistán, fundado tres años antes, se sumó a un grupo de oficiales antiimperialistas para lanzar un intento fallido de golpe de Estado que acarreó una fuerte represión contra el partido y sus miembros (en 1954, ya había pasado a ser una organización clandestina). También Irak e Irán tenían partidos izquierdistas fuertes que suponían una alternativa a los líderes terratenientes que habían

asumido el poder tras el desmoronamiento del Imperio Otomano en aquella región. De hecho, por aquel entonces, Irak contaba con el partido comunista más grande de todos los países árabes. Esa presión, combinada con la presencia de la URSS justo al norte, llevó a muchos de aquellos regímenes a buscar refugio bajo el paraguas militar de Estados Unidos.

Aquellos bloques ejercían una función que iba mucho más allá de lo meramente militar, ya que trataban al mismo tiempo de transformar el sistema social y político de los países que ligaban su destino a Estados Unidos. La «zona de seguridad» creada por Washington proporcionó a muchos de esos Estados una garantía de protección del gobierno estadounidense a cambio de un precio: la creación de bases militares norteamericanas en esos países y la apertura de sus mercados a empresas norteamericanas. Como bien señaló el periodista estadounidense I. F. Stone, «la *pax americana* es el internacionalismo de Standard Oil, Chase Manhattan y el Pentágono».[8] Según este análisis de la situación, la independencia de las partes del mundo recién independizadas estaba siendo restringida no solo por las alianzas militares, sino también (y de manera más trascendental) por la integración más estrecha de países como Filipinas, Pakistán y Turquía en los planes económicos de las grandes corporaciones empresariales globales del Primer Mundo, así como por la dinámica del capitalismo de «libre mercado» que favorecía a esos gigantes económicos.

Rómulo impartió la Conferencia Weil sobre Ciudadanía Estadounidense en la Universidad de Carolina del Norte y escribió un artículo en la *New York Times Magazine* al poco de concluirse las sesiones en Bandung, y aprovechó ambos foros para exponer una dura reprimenda contra la política económica estadounidense. Había un Plan Marshall que estaba ya en marcha para Europa, explicó a los asistentes a su charla en Chapel Hill (sede de la universidad), pero solo «calderilla» para Asia. «Peor aún —afirmó en la revista—, esa miseria viene acompañada de lecciones senatoriales sobre cuán agradecidos debemos estar y cuán perentorio resulta que materialicemos las ventajas del estilo de vida americano, entre otras apreciaciones. ¿Acaso debemos contentarnos en Asia y en África con las migajas y soportar que se nos recuerde continuamente el gran favor que se nos está haciendo?».[9] El gobierno estadounidense no solo proporcionaba una ayuda exigua y no solo lo hacía para favorecer que las grandes empresas de Estados Unidos camparan a sus anchas por el Tercer Mundo, sino que desvirtuaba los mercados agrícolas mundiales «inundando Asia con los excedentes norteamericanos de productos

como el arroz». Esto había «ocasionado daños irreparables a países productores de excedentes de arroz como Tailandia».[10] Ni siquiera aliados como Filipinas podían tolerar fácilmente las disposiciones económicas dictadas por la Pax Americana.

El núcleo central del Tercer Mundo estaba en manos de Sukarno, Nehru, U Nu y Nasser. Los cuatro afearon a sus colegas el gesto de asociarse formalmente con las dos grandes potencias y se pronunciaron en contra de los pactos y las lealtades que dividían el mundo en aquellos dos bloques enfrentados en una guerra fría tóxica. Ya el 29 de septiembre de 1954, Nehru había explicado extensamente su postura a propósito de los pactos militares ante la cámara del pueblo del parlamento indio. India había sido invitada a unirse al Pacto de Manila, pero había rechazado el ofrecimiento principalmente porque el gobierno del país tenía la sensación de que aquel pacto militar no era tanto un tratado defensivo como una vía para que las grandes potencias ejercieran su influencia. ¿Por qué Gran Bretaña y Estados Unidos forman parte del «área defensiva» del sudeste asiático?, se preguntó Nehru ante los parlamentarios. No es porque sean partes constitutivas de esa región, sino porque quieren utilizar la SEATO para ejercer su influencia sobre las relaciones internas y externas de los países del pacto. El «Tratado de Manila se inclina peligrosamente del lado de las esferas de influencia que ejercen los países poderosos. A fin de cuentas, serán los países grandes y fuertes los que decidirán, y no los dos o tres países asiáticos, débiles y pequeños, que se alíen con aquellos».[11] En Bandung, Nehru tuvo que oír las objeciones de más de la mitad de las delegaciones nacionales, que representaban a países que se habían sumado a uno o más de aquellos pactos. Pero él se mantuvo firme en su postura, acompañado de los birmanos, los indonesios, los egipcios, los sirios, los camboyanos, los norvietnamitas, los laosianos y los representantes de la Costa de Oro africana y del Yemen. «Yo someto a su consideración —declaró ante el comité político en Bandung— el hecho de que todos esos pactos han generado inseguridad en vez de seguridad para los países que los han suscrito. Han traído consigo el peligro de las bombas atómicas y de todo aquello que estas comportan, un peligro que no habría estado presente si los signatarios hubieran actuado de otro modo».[12]

En Bandung, no solo hubo, como mínimo, tres centros de opinión diferentes, sino también ausencias notables: concretamente, las de zonas enteras de África y Asia que no habían sido invitadas a la conferencia. Como señaló el editor del *New York Times*, «la reunión no es verdaderamente regional. Australia y Nueva Zelanda mantienen

una interrelación mucho más estrecha con los problemas de aquella área que la Costa de Oro africana. Además, han sido excluidas la China nacionalista, las dos Coreas, Israel y Sudáfrica».[13] Ese mismo periódico, sin embargo, no veía problema alguno en la intervención de Estados Unidos y Gran Bretaña en pactos regionales centrados geográficamente en torno a Manila y Bagdad, tal vez porque a esos dos Estados ya se les presuponía un papel global, mientras que de las naciones oscuras no se esperaba más que un alcance estrictamente local. Kotelawala fue quien ofreció la razón más sucinta para la exclusión de la República sudafricana: «Yo no puedo ir allí. ¿Por qué demonios voy yo a invitarlos a ellos?». El *apartheid* inhabilitaba al gobierno de Sudáfrica para entrar en tratos de hermandad con el naciente Tercer Mundo. Israel corrió la misma suerte que Formosa porque ambos tenían la reputación de estar excesivamente en deuda con las potencias coloniales y no suficientemente imbuidos de la dinámica del anticolonialismo. Pese a todo, otros Estados proestadounidenses sí fueron invitados y participaron plenamente en Bandung: Ceilán (Sri Lanka), Irán, Irak, Japón, Jordania, Pakistán, Filipinas, Arabia Saudí y Vietnam del Sur. Fuera de Bandung también se quedaron las dos Coreas (por su reciente conflicto) y todas las repúblicas soviéticas del Asia central, así como la Mongolia Exterior, por la estrecha relación que les unía a Moscú.

¿Qué se consiguió realmente en Bandung? En la conferencia, los representantes de los países anteriormente colonizados hicieron patente su rechazo a aceptar órdenes de sus antiguos amos coloniales; demostraron también su capacidad para debatir problemas internacionales y ofrecer notas conjuntas sobre estos. En este sentido, Bandung creó el formato de lo que acabaría convirtiéndose en el grupo afro-asiático (y, posteriormente, en el grupo afro-asiático-latinoamericano) en las Naciones Unidas. Un fragmento de dicho grupo (doce Estados árabo-asiáticos) ofreció ya un amago de esa dinámica en la ONU durante el debate de 1949 sobre el estado del imperio italiano y, posteriormente, plenamente constituido como tal grupo de acción unida, para insistir en que las grandes potencias (y, en particular, Estados Unidos) acordaran un alto el fuego en Corea. Nehru, ante el parlamento indio tras el encuentro de Bandung, subrayó la importancia de las Naciones Unidas tras aquella conferencia: «Creemos que nuestra gran organización, la de las Naciones Unidas, ha cobrado fuerza con Bandung. Eso significa, a su vez, que Asia y África deben ejercer un papel cada vez más destacado en la conducción y el destino de la organización mundial».[14] El comunicado final de Bandung exigía que las Naciones Unidas

admitieran a todos los Estados de las excolonias, como Libia y Vietnam, que por entonces tenían vetada su entrada en dicho organismo: «Para una cooperación efectiva en aras de la paz mundial, la pertenencia a las Naciones Unidas debería ser universal».[15] La creación con el tiempo de ese bloque dentro de la propia ONU acabaría siendo el logro más importante surgido de Bandung, sobre todo, porque dicho bloque se erigiría —junto con el socialista— en el gran baluarte contra el «imperialismo del dólar» y serviría de modelo alternativo de desarrollo.

Bandung es especialmente recordada (entre quienes tienen aún algún recuerdo de aquella conferencia) como uno de los hitos del movimiento por la paz. Aquellos Estados acordaron, con independencia de su orientación respectiva, que la paz mundial exigía el desarme. Durante la época de relativa paz interna que vivió Europa entre 1815 y 1914, la parte del planeta bajo su control pasó de un tercio a un 85 %, y la tecnología militar europea se aplicó a fondo sobre buena parte de ese territorio recién conquistado. El mundo colonizado ya sabía de lo que eran capaces las armas de destrucción masiva, pues había sufrido sobrados ejemplos de sus efectos, desde el bombardeo británico de Cantón en 1856 hasta el bombardeo aéreo español sobre Marruecos de 1913. Los colonizados también conocían bien el sadismo y la insensibilización que inspiraban aquellas armas en quienes manejaban sus gatillos. El autor inglés R. P. Hearne, que había escrito un libro para niños titulado *The Romance of the Airplane*, escribió en *Airships in Peace and War* (1910) que, «en las tierras salvajes, el efecto en la moral de semejante instrumento bélico [el bombardero aéreo] es inimaginable. La aparición del dirigible infundiría el terror entre las tribus», ya que esos aparatos aéreos son capaces de infligir «un castigo duro, severo y terrible», y de ahorrar así «el horrible derroche en vidas humanas que ocasionan en las tropas blancas las misiones expedicionarias». Las ideas de Hearne no respondían a un mero ejercicio de imaginación banal: no en vano los bombardeos aéreos se convirtieron con el tiempo en práctica habitual de muchas fuerzas coloniales, ya fueran los italianos en el norte de África, los británicos en la India e Irak, los estadounidenses en Nicaragua, o los españoles en el País Vasco y Marruecos.

Aquella desconsideración racista por la pérdida de vidas humanas provocó una larga discusión en Bandung a propósito del desarme. En el comunicado de la conferencia, los delegados sostuvieron que el Tercer Mundo debía hacerse con las riendas de los caballos del Apocalipsis. El Tercer Mundo tenía el «deber ante la humanidad y la civilización de proclamar su apoyo al desarme».[16] Mientras las

potencias nucleares titubeaban sobre la posibilidad de mantener conversaciones, el Tercer Mundo llamó a las Naciones Unidas a perseverar en el diálogo y a crear un régimen de supervisión del control de armamentos. El Subcomité de Desarme de la ONU se había formado precisamente como resultado de la iniciativa india (y del Tercer Mundo en su conjunto) en la Asamblea General en 1953 destinada a «aligerar a los pueblos del mundo de [la] carga y [el] miedo [de la aniquilación] y, de ese modo, liberar nuevas energías y recursos para programas positivos de reconstrucción y desarrollo». Cuando las Naciones Unidas crearon por fin el Organismo Internacional de la Energía Atómica (OIEA) en 1957, sus estatutos se inspiraron en los principios expuestos en el comunicado final de Bandung, en el que se pedía a las potencias que hicieran «efectivas la regulación, la limitación, el control y la reducción de todas las fuerzas armadas y armamentos, incluyendo la prohibición de la producción, la experimentación y el uso de todas las armas de destrucción masiva, y que instaur[ara]n controles internacionales eficaces a tal fin». El OIEA es, por así decirlo, hijo de Bandung.

Por exuberante que pareciera aquella insistencia de los delegados en la cuestión de la guerra nuclear, lo cierto es que no tenía nada de exagerada. Estados Unidos había probado con éxito dispositivos nucleares en 1945 y los había empleado contra dos ciudades japonesas; la URSS realizó sus propios ensayos nucleares positivos en 1949 y el Reino Unido, en 1952. Además, el uso de los bombardeos aéreos masivos sobre Japón y Alemania (y sobre otros países) había creado un mundo marcado por la expectativa de una aniquilación final. Los Estados reunidos en Bandung no solo declararon que se verían superados en potencia de fuego en un conflicto futuro, sino que también abogaron por la cordura encarnada por la opción del desarme. La Comisión de Desarme de la ONU creada en 1952 no disipó muchos temores, porque la mayoría de personas sabían que Estados Unidos acudió a aquella mesa negociadora con el propósito de minar las pretensiones soviéticas y que el Primer Mundo no tenía intención alguna de recortar su capacidad militar. De hecho, en noviembre de aquel mismo año, Estados Unidos detonó su primer dispositivo termonuclear y, con ello, aceleró aún más la carrera armamentística.

Aquello no detuvo al Tercer Mundo, que, liderado por la India, propuso ante la ONU en 1956 un plan de cuatro puntos para el desarme. Como primer paso, las dos grandes potencias nucleares (Estados Unidos y la URSS) tendrían que suspender sus explosiones experimentales. En segundo lugar, las dos potencias deberían

desarmar y desmontar unas cuantas de sus bombas como paso previo al inicio de un proceso de desarme total en materia de armamento nuclear. Las dos potencias deberían entonces acudir ante la Asamblea General de Naciones Unidas y declarar públicamente su renuncia a las armas nucleares. Por último, todos los países deberían publicar sus presupuestos militares para que se hiciera transparente aquel gran despilfarro de esfuerzo social.

La lucha contra el colonialismo había sido sangrienta y brutal, y los pueblos de los Estados presentes en Bandung habían perdido vidas aunque hubieran ganado patrias. Conocían el coste de la guerra como quien más, pero, sobre todo, habían vivido el poder de la no violencia como instrumento con el que modelar el mundo. El líder evidente en este terreno era la India, donde el movimiento de liberación había sido conformado desde mediados de la década de 1910 por la *ahimsa*, la desobediencia civil no violenta masiva. Incluso quienes se habían sentido atraídos en algún momento por el lenguaje de las bombas, como el revolucionario Bhagat Singh, acabaron dándose cuenta del poder de la no violencia, como cuando en 1930 escribió: «El uso de la fuerza está justificado cuando se recurre a ella por perentoria necesidad. Pero la no violencia es una política indispensable para todos los movimientos de masas».17 Que la India y Ghana, entre otros países, pudieran salir del colonialismo mediante el uso de la no violencia tuvo gran repercusión en Bandung, aunque, por entonces, el Tercer Mundo no había quedado aún plenamente marcado por la impronta que dejaría en él el desarrollo de los movimientos nacionalistas armados en Argelia y Cuba, países ambos que serían liberados por los cañones y las pistolas. En cualquier caso, hasta Bandung, la no violencia gozó de gran prestigio y el hecho de que Nehru fuera el propagador de los «cinco principios de la coexistencia pacífica» le confirió un peso que las potencias presentes en la ciudad indonesia tal vez no le habrían reconocido si la India no hubiera sido capaz en su momento de infligir sufrimiento y costes sociales al Imperio Británico.

El Tercer Mundo, no obstante, continuó siendo vulnerable, como mínimo, en dos aspectos. Los Estados de Bandung seguían haciendo acopio de armamentos, hecho este que hizo que muchos los acusaran de hipocresía. Tanto India como Pakistán estaban embarcadas en una catastrófica carrera armamentística desde su primera guerra en 1947-1948. Los conflictos regionales y las invasiones de las potencias imperialistas (como el ataque anglo-franco-israelí contra Egipto de 1956) convirtieron la necesidad de una mayor «defensa» en un acto reflejo dentro de la política de esos gobiernos nacionales. Aunque los

Estados reunidos en Bandung tomaron en su momento la decisión estratégica de mantener unos ejércitos permanentes (aunque con matices diferentes según los países), también propusieron una transformación a escala mundial de las relaciones entre las naciones soberanas: de hecho, exigieron que las grandes potencias tomaran la iniciativa para dotar a Naciones Unidas de más fuerza en su papel como organismo conciliador internacional y para hacer de la fraternidad la base de las relaciones interestatales en vez de la distensión entre bloques. En segundo lugar, una de las potencias de Bandung, China, había decidido ya en 1955 (durante la crisis del estrecho de Taiwán) desarrollar su propio armamento nuclear. El presidente Mao había calificado en una ocasión las armas nucleares de «tigre de papel», pero, años después, China parecía quererlas en propiedad. Los otros Estados de Bandung efectuaron múltiples intentos para impedir que China cerrara su particular pacto con el átomo, pero todos fueron fallidos. El esfuerzo en ese sentido se prolongó hasta las vísperas del primer ensayo nuclear realizado con éxito por aquel país en 1964, pues los delegados presentes en la segunda Conferencia de Países No Alineados, celebrada en El Cairo, trataron de «persuadir a China para que desistiera de desarrollar armamento nuclear». El giro chino hacia la adquisición de la bomba y la persistencia de conflictos entre los Estados representados en Bandung debilitaron significativamente la fuerza moral del desafío planteado por el Tercer Mundo contra la guerra fría radiactiva.

De todos modos, el comunicado final de Bandung no se iniciaba refiriéndose al desarme o al colonialismo, sino a la «cooperación económica». Entre una serie de puntos cruciales sobre el comercio bilateral y la coordinación entre Estados, se traslucía un esfuerzo decidido de los Estados reunidos en la conferencia por conjurar la presión imperialista ejercida sobre ellos no tanto por el colonialismo directo como por el capital financiero y por las ventajas comparativas que el legado del colonialismo había conferido al Primer Mundo. El comunicado instaba a la creación de un Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo (SUNFED) y de una Corporación Financiera Internacional que garantizara la regulación de los flujos predatorios de capital. En él se preveía también la instauración de una Comisión Asesora Permanente de Naciones Unidas sobre el Comercio Internacional de Mercancías y se animaba a los países signatarios (y a otros afines) a diversificar sus exportaciones. Bajo las condiciones coloniales, las naciones oscuras se habían visto reducidas a servir de meras proveedoras de materias primas y de consumidoras de bienes manufacturados fabricados en Europa y Estados Unidos. Las

propuestas de Bandung llamaban a los Estados anteriormente colonizados a diversificar su base económica, a desarrollar una capacidad industrial autóctona y, de ese modo, a romper con las cadenas coloniales. El SUNFED y los otros organismos propuestos al amparo de la ONU habían sido ideados con la intención de hacer posibles esos cambios.

Tan moderadas proposiciones seguían a un preámbulo que había sido redactado con el propósito de calmar cualquier temor entre los financieros internacionales sobre la posibilidad de que el Tercer Mundo se hubiera «vuelto socialista». Y, aun así, aquellas sugerencias dejaron helada a la prensa económica europea y norteamericana. De todos modos, hasta el más anticomunista de los delegados presentes en Bandung estaba a favor de la idea de que el Tercer Mundo alcanzara un mayor nivel de autarquía con respecto al inmenso poder del Primero. Cuando Rómulo salió de la Conferencia de Bretton Woods que instauró el sistema financiero y económico internacional vigente tras la Segunda Guerra Mundial, lo hizo enojado por el modo en que los Estados del Primer Mundo «ya habían decidido de antemano que serían ellos los que determinarían cuál debía ser el modelo económico del mundo de posguerra».[18] La aclamación casi universal con que fue acogida la formación de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (la UNCTAD) en 1964 fue una buena muestra del acuerdo generalizado existente en el Tercer Mundo sobre la necesidad de una estrategia antiimperialista de desarrollo económico.

El consenso más sólido alcanzado en Bandung fue el referido a la «cooperación cultural». La ausencia de acuerdo en torno a la naturaleza de la economía política global dio lugar a una postura conjunta debilitada. Los nacionalismos progresistas apelaban a los intereses de clase de los grupos que predominaban en sus respectivas sociedades. Lo que unía a esas clases diversas, no obstante, era la condena sin paliativos de la indignidad del chovinismo cultural del imperialismo. La unión en ese terreno sobrepasaba con mucho a la existente en el de la economía política. Durante la década anterior a la reunión de Bandung, la Unesco había patrocinado un estudio crucial sobre el racismo y las actitudes racistas en diferentes tradiciones culturales. Aquel trabajo produjo una serie de importantes monografías, que incluyeron obras del antropólogo Claude Lévi-Strauss y de la psicóloga Marie Jahoda. El trabajo de la Unesco había nacido de la idea, especialmente extendida tras el Holocausto, de que la raza no es solo una ficción biológica, sino que la movilización de esta a lo largo de la historia mundial había sido un factor desgarrador para la humanidad. En Bandung, los 29 Estados nuevos allí reunidos

condenaron el «racismo como medio de supresión cultural». El racismo imperial, sostenían, «no solo impide la cooperación cultural, sino que también reprime las culturas nacionales de la población».[19] Los imperios tratan generalmente de dirigir la historia cultural de un pueblo: enfrentando una comunidad contra otra (divide y vencerás), otorgando a un grupo el liderazgo sobre el resto o, simplemente, desdeñando las tradiciones culturales de una región y proponiendo su sustitución por las tradiciones culturales propias del imperio, al menos, entre una minoría selecta de esa población. Los 29 de Bandung pedían que se pusiera fin a ese uso de la riqueza cultural con propósitos dominadores. Pero fueron también más allá encareciendo al mundo en general que aprendiera y conociera mejor las culturas de sus diferentes pueblos, y exigiendo que las naciones oscuras no estudiaran solamente la cultura europea, sino también que en aquellas 29 (y las demás) pudiera haber un aprendizaje mutuo de sus historias culturales. El comunicado final instaba a que los países firmantes «se conozcan mejor y establezcan intercambios culturales y de información». Tales intercambios no debían ceñirse únicamente a las artes, sino que debían hacerse extensivos también a otros aspectos de la cultura en general, incluidas la ciencia y la tecnología.

De Belgrado a Tokio y de El Cairo a Dar es Salaam, los políticos y los intelectuales empezaron a hablar del llamado «espíritu de Bandung». Lo que querían decir con ello era muy simple: que el mundo colonizado acababa de hacer acto de aparición en la escena internacional para reclamar su espacio propio en ella, no como un apéndice del Primer Mundo o del Segundo, sino como un actor independiente en toda regla. Por otra parte, el espíritu de Bandung suponía un rechazo tanto de la subordinación económica como de la supresión cultural: dos de las principales políticas del imperialismo. La audacia de Bandung generó, pues, su propia imagen.

En ningún lugar se dejó sentir más su impacto que en Moscú, entre los líderes recién instalados en el poder tras la muerte de Stalin en 1953. Nikita Jruschov y Nikolai Aleksandrovich Bulganin realizaron una gran gira mundial, que iniciaron en Yugoslavia y en la que visitaron también India y Birmania. Nehru y U Nu viajaron a Moscú y Nasser fue a Yugoslavia, todo ello al mismo tiempo que la URSS incrementaba la ayuda económica destinada a aquellos «agresivos» (agresivos a raíz de Bandung, se entiende) Estados de África y Asia dirigidos por gobiernos de la burguesía nacional. La visita de los dirigentes soviéticos al mariscal Tito en Yugoslavia dio a entender que habían decidido cambiar su actitud con respecto a las nuevas naciones. Tito se había convertido ya en un líder próximo a

muchos de los 29 Estados de Bandung tras haber visitado la India, Birmania, Egipto y Etiopía. En Belgrado, por radio, Tito ofreció el siguiente veredicto de la conferencia al final de esta: «El número de países asiáticos y africanos participantes en el encuentro y el enorme interés despertado por este en Asia y África evidencian que se ha alcanzado una encrucijada de la historia por cuanto esos pueblos están resueltos a decidir su propio destino hasta donde les sea posible».[20] Pronto Tito se uniría a los principales actores del Tercer Mundo en la toma de decisiones sobre ese futuro. En la declaración conjunta de soviéticos y yugoslavos del 2 de junio de 1955, ambos ratificaron el concepto del Tercer Mundo, acogieron positivamente la conclusión con éxito de la Conferencia de Bandung y señalaron que dicha conferencia había supuesto un significativo avance para la causa de la paz mundial. Finalmente, la URSS permitiría a sus aliados (por ejemplo, al gobierno checo) la venta de armas a los egipcios y consolidaría también lazos económicos con los Estados de Bandung.

En 1956, el vigésimo Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (el PCUS) dio un golpe de efecto espectacular al rechazar las anteriores tesis del partido sobre un mundo dividido en dos bloques. El congreso reiteró, en cambio, la postura adoptada por Nehru y U Nu en Bandung, así como por Nasser en El Cairo. Señaló también que la teoría de la división en bloques producía una visión del mundo que sugería que la guerra era la única solución a tal confrontación bipolar y que, entre el abismo creado por aquella fractura, era imposible que tuviera lugar conversación o diálogo alguno que condujera a la paz. Por ese motivo, el congreso adoptó la noción de una «zona de paz» que incorporaría todos aquellos Estados que se comprometieran a una reducción de la fuerza en aras de una agenda de paz. El congreso incluyó en dicha zona tanto al Segundo Mundo socialista como a los que llamó «Estados no comprometidos», es decir, el Tercer Mundo no alineado.

Los motivos que impulsaron a los soviéticos a adoptar ese nuevo rol transformado en los asuntos internacionales son complejos. Hay quien sostiene que los nuevos líderes del PCUS revisaron el anterior compromiso con la clase obrera del mundo recién descolonizado y optaron por depositar su lealtad en las burguesías nacionales. De ser eso cierto, podría decirse que los dirigentes soviéticos actuaron motivados por el deseo de deshacer el legado de toda la posguerra previa, en la que la URSS había dispensado muy tibios apoyos a los movimientos nacionalistas, y que, por consiguiente, habían pasado a buscar una expansión del socialismo mediante una política de alianzas antes que de revolución social. Otras voces opinan que la política no

vino motivada tanto por una teoría general sobre la revolución mundial como por la creciente influencia de China en el Tercer Mundo. Según esta lógica, el giro estratégico de la URSS se produjo más bien en el contexto de la creciente ruptura sino-soviética y no por una congruencia ideológica con el programa sociopolítico del Tercer Mundo.

En lo que a su acogida se refiere, podemos afirmar que el Tercer Mundo encajó mucho mejor la adopción por parte de los soviéticos del principio del «no alineamiento» que el desdén que el Primer Mundo mostró por ese mismo principio. El entonces recién instaurado gobierno británico de Anthony Eden se declaró abiertamente hostil a lo que calificó de «neutralismo». Con anterioridad a la Conferencia de Bandung, Eden, a la sazón ministro de Exteriores, había instado a sus embajadores en aquellos países africanos y asiáticos que vilipendiaban el comunismo a que estos enviaran delegaciones a Indonesia con el fin de organizar allí una demostración contra China y, al mismo tiempo, de asegurar y proteger la relación del mundo recién descolonizado con el Primer Mundo. Eden, que en 1938 había llamado a las potencias europeas a «hacer valer la autoridad de la raza blanca en el Extremo Oriente», proyectaba así materializar la esperanza de una continuación del poder imperial británico, aun cuando este se hubiera vuelto ya una mera prolongación del estadounidense. La invasión anglo-francesa de Egipto en 1956 selló la actitud del Tercer Mundo hacia Gran Bretaña, e incluso Ceilán (que en Bandung se mostró muy favorable al Primer Mundo) se sumó a birmanos, indonesios e indios al firmar el 12 de noviembre de 1956 una condena conjunta de aquel ataque.

Estados Unidos adoptó desde el principio una actitud más hostil aún hacia Bandung. De hecho, cuando el congresista estadounidense Adam Clayton Powell Jr. decidió acudir a la conferencia, el Departamento de Estado de su país no solo intentó disuadirle, sino que, tal y como Powell explicó a la prensa, le aconsejó que «se mantuviera alejado de la embajada estadounidense y del embajador Hugh S. Cummings Jr., pues cualquier relación con la legación diplomática norteamericana conferiría cierto tono oficial a su presencia allí». De todos modos, veinticuatro horas después de la llegada de Powell a Indonesia, el Departamento de Estado le pidió que acudiera a la embajada porque si no, según las declaraciones del propio Powell, «la propaganda comunista diría que el Ministerio de Exteriores de Washington discriminaba a un congresista por ser negro». Powell se negó a permanecer en la embajada en señal de protesta. «Esta conferencia no es antiblanca —explicó en una

conferencia de prensa— pero sí ha sido antipolítica exterior estadounidense y podría incluso devenir en un movimiento antiblanco si no se revisa esa estrecha y torpe política exterior». A su regreso de Bandung no logró tener encuentro alguno con responsables del Departamento de Estado, a los que pretendía aportar información sobre la financiación saudí de los rebeldes del norte de África.

Tras Bandung, el *establishment* de la política exterior estadounidense se posicionó contundentemente en contra de lo que denominó «neutralismo». Si un Estado decidía rechazar la división bipolar en bloques de norteamericanos y soviéticos, entonces se consideraba que carecía de una postura propia y que, por lo tanto, era neutral. En 1952, los planificadores políticos estadounidenses habían declarado que el neutralismo era, en palabras del secretario de Estado Dean Acheson, «una vía rápida hacia el suicidio», y que, cuando estallara el conflicto en el mundo no alineado, la URSS podría «forzar al máximo número posible de países no comunistas a que siguieran una política neutral para que las principales potencias occidentales tuvieran así vedado el acceso a sus recursos».[21] El embajador Douglas MacArthur advirtió al gobierno de Washington de que el espíritu de Bandung podía inducir a Japón, un aliado geopolítico crucial, al neutralismo; Estados Unidos perdería así sus bases navales y, para impedirlo, debería tratar a Japón con mayor respeto. Tras el viaje de John Foster Dulles al este de Asia con motivo de un encuentro de la SEATO en 1958, el Consejo de Seguridad Nacional norteamericano debatió y elaboró una nueva política para el sudeste asiático continental. Aquel documento tuvo que admitir que los Estados de la región valoraban su independencia por encima de todo. El gobierno estadounidense, proseguía, debía «respetar la elección de política nacional que hiciera cada país para preservar su independencia, esforzándose al máximo, al mismo tiempo, por demostrar las ventajas de una mayor cooperación y un alineamiento más próximo con el Mundo Libre, y los riesgos de alinearse con el bloque comunista». Estados Unidos debía vincular esos Estados a la economía norteamericana haciéndolos interdependientes con esta («proporcionándoles la asistencia económica y técnica flexible que sea necesaria para alcanzar los objetivos estadounidenses»), sus instituciones culturales («realizando un esfuerzo especial y sostenido para educar y formar a un número creciente de líderes civiles y militares técnicamente competentes y prooccidentales») y su poder militar («manteniendo, en el área general del Extremo Oriente, un volumen de fuerzas estadounidenses adecuado para ejercer una influencia disuasoria frente a la agresión comunista, de acuerdo con la

actual política de seguridad nacional básica»).

El Tercer Mundo dominó Bandung, o, mejor dicho, las potencias que trataron de crear un espacio no alineado desde el que criticar tanto la mentalidad de bandos o bloques como la precipitación belicista fueron las que ganaron la batalla de la definición del legado de aquella conferencia. Nasser, Nehru y U Nu fueron quienes cautivaron al público, no Rómulo ni Kotelawala. Cuando U Nu viajó a Washington (D.C.) en 1955, declaró ante el National Press Club que la Carta de las Naciones Unidas era, «en la práctica, un gran pacto de seguridad mutua». Como Sukarno, U Nu procedía de una familia patriótica de ciertos posibles que se había implicado a fondo en la liberación nacional desde las primeras luchas contra el dominio británico en Birmania. Si Sukarno intentó alinear el marxismo y el nacionalismo con el islam, U Nu dedicó su juventud a tratar de desarrollar una síntesis budista-comunista-nacionalista. A finales de la década de 1930, escribió un artículo titulado «Soy marxista» en el que se preguntaba: «¿Cómo pueden practicar la religión unas gentes que pasan hambre y tienen que luchar a diario por su supervivencia?». Tan adversas condiciones para el budismo significaban que «ayudar al triunfo de marxismo sería una forma de devolver nuestra deuda de gratitud acumulada para con Buda por su sufrimiento en todos los eones de sus diversas existencias en beneficio de la humanidad». U Nu desempeñó un papel destacado en la Organización Antifascista creada en 1944 para luchar contra la ocupación japonesa y que, junto con el Ejército Nacional de Birmania del general Aung San, se convirtió en vehículo para la independencia birmana en 1948. La delicada relación con el partido comunista birmano, la China comunista y el ejército del Kuomintang (apoyado por EE.UU.) acampado en amplias zonas de Birmania reforzó el convencimiento de U Nu en torno a la necesidad de abrir una tercera vía separada de la división del mundo en dos bloques enfrentados. La ONU, en la que el Tercer Mundo ejerció un papel excepcional, no sería neutral ante los conflictos, sino que se opondría activamente a ellos. «Un mundo dividido necesita aún más que un mundo unido un foro común en el que discutir sus diferencias», declaró U Nu en Washington. Por ese motivo, creía él «que si las Naciones Unidas no existieran actualmente, el mundo estaría realizando esfuerzos denodados por instituir ese organismo u otro muy parecido». El Tercer Mundo y su vehículo, la ONU, no serían neutrales, sino que se mostrarían activamente en contra de la polarización del mundo.

El 24 de septiembre de 1996, el secretario general de las Naciones Unidas, Butros Butros-Ghali, señaló: «El nacimiento del movimiento de

los no alineados en Bandung fue un acto de una asombrosa audacia que dejó admirado a todo el planeta. Liberados de las cadenas de la opresión colonial, los no alineados irrumpieron en la escena internacional alzando una nueva voz para que se oyera en todo el mundo. La política internacional fue así transformada de manera fundamental y permanente». El entusiasmo de Butros-Ghali era anacrónico. Probablemente habría tenido sentido a finales de la década de 1950. Pero en la de 1990, el espíritu de Bandung ya se había desvanecido y las Naciones Unidas no eran lo que podrían haber sido. El espíritu de Bandung podría haber cambiado la política internacional y no hay duda de que inspiró toda clase de intentos para conseguirlo, pero, como veremos en las páginas siguientes, fracasó. No obstante, el suyo fue un fracaso que no cabe atribuir únicamente a sus ideales.

Socialista que estudió en París durante su juventud, Butros-Ghali regresó a El Cairo en 1949 para enseñar en la principal universidad de la ciudad, editar un semanario económico (*Al-Ahram Iktisadi*), escribir un libro sobre la solidaridad política afro-asiática en 1969 y esforzarse en los primeros años del régimen de Nasser por impulsar a Egipto por la senda de la justicia y el socialismo. Butros-Ghali impartía docencia en la facultad de Derecho cuando Nasser regresó de Bandung y anunció que la conferencia había sido «uno de los dos acontecimientos más importantes de la historia contemporánea» (el otro era la energía atómica). El entusiasmo de Nasser por el espíritu de Bandung quedó un tanto desvirtuado por los acontecimientos de 1955, cuando ligó la conferencia a la compra de armas checas por parte del gobierno egipcio. Según Nasser, la independencia expresada en Bandung tenía que ser protegida por las armas, pero aquella medida constituyó una temprana perversión de la agenda programática del Tercer Mundo. Nasser ardía en deseos de que Bandung II se celebrara en El Cairo, y aunque finalmente no fue así, la capital egipcia se convirtió en sede favorita de una serie de encuentros de solidaridad afro-asiática, desde la Conferencia Económica de 1958 hasta la Conferencia Médica de 1964. Especial importancia tuvo, en un movimiento como aquel, que había comenzado siendo representado por hombres, la organización en El Cairo de la Conferencia Afro-Asiática de Mujeres de 1961, impulsada precisamente a raíz de la dinámica surgida de Bandung.

El Cairo

A diferencia de Bandung, El Cairo de la década de 1950 transmitía la sensación de una ciudad desafiante y en pie de guerra, dispuesta a enfrentarse al Primer Mundo por la retórica o por las armas si fuera necesario. En 1952, un grupo de oficiales jóvenes del ejército egipcio tomó el poder en el país. Organizados por el teniente coronel Gamal Abdel Nasser, los llamados Oficiales Libres expulsaron a una monarquía manchada desde hacía tiempo por la corrupción y la supeditación a los intereses europeos. Los Oficiales Libres representaban al conjunto de las principales corrientes de la vida política egipcia. Allí estaban nacionalistas de viejo cuño del Partido Wafd, miembros de los Hermanos Musulmanes, comunistas y también aristócratas que habían perdido la fe en el rey Faruk. Aquella diversidad testimoniaba la capacidad organizativa de Nasser, quien entendió la necesidad de una amplia unidad en la lucha contra la monarquía. La mayoría de oficiales que se sumaron y dieron su apoyo al golpe lo hicieron porque este representaba las aspiraciones de la «nueva clase media» de trabajadores administrativos y técnicos. La ideología del panarabismo y la herencia laica turca dejada por Kemal Ataturk resultaban atractivas a sus ideas sobre lo que debía ser la modernidad egipcia. Inicialmente, los oficiales planearon asesinar a un buen número de monárquicos y, de ese modo, paralizar el gobierno. Pero Nasser cambió de opinión cuando, tras el intento fallido de asesinato del general Husein Sirri Amer, y cuando huía a bordo de un vehículo, oyó «los gritos y las lamentaciones. Oí llorar a una mujer y a un niño aterrorizado, y aquellas continuas y asustadas peticiones de auxilio».[1] En vez de matar a Amer, los oficiales habían alcanzado a varios inocentes. «Soñamos con la gloria de nuestra nación —escribiría más tarde Nasser— pero ¿cuál es la mejor forma de conseguirla: eliminar a quienes deberían ser eliminados o aupar a quienes deben ser aupados?».[2] La pistola al cinto unida a las concentraciones de masas acabarían siendo el instrumento preferido de aquella revolución.

Nasser se puso al frente de esta y construyó, a partir de los múltiples linajes que la generaron, la ideología del socialismo árabe. Estados Unidos y Europa no atendieron las solicitudes egipcias de ayuda, así que el gobierno de Nasser recurrió a la URSS y sus aliados. El líder egipcio provocó aún más a los franceses apoyando al FLN argelino; de hecho, Egipto se convirtió en uno de los principales sostenes del FLN en la lucha de este contra el colonialismo francés.

Estados Unidos revocó el acuerdo para financiar la presa de Asuán y, como represalia, Nasser nacionalizó el canal de Suez, que por entonces era propiedad de una compañía francesa. A finales de 1956, una fuerza expedicionaria anglo-franco-israelí desembarcó en Suez para responder a aquella medida y los egipcios la combatieron valientemente hasta que fueron salvados, en última instancia, por las condenas que tanto Estados Unidos como la URSS y el Tercer Mundo emitieron contra aquel ataque. En las calles de El Cairo se desbordaba por aquellos días el torrente de voz de la llamada «diva de Oriente», Umm Kulthum, cantando «Misr tatahaddath ‘an Nafsiha» («Egipto habla de sí mismo») y «Misr allawi fi jatiri wa-fi dami» («Egipto, te llevo en mi pensamiento y en mi sangre»), con letras como la siguiente:

> Él nos enseñó a construir la gloria
> para que conquistáramos el mundo.
> Para tal hito no bastará con la esperanza:
> el mundo habrá que conquistarlo luchando.

Nasser encarnó las ilusiones de los egipcios y los árabes durante años tras el golpe de 1952 y, cuando regresó de Bandung, trajo consigo la noticia de que el mundo había depositado sus esperanzas en Egipto para que lo liderara contra la barbarie de la guerra fría. El gobierno egipcio abrió la puerta a las organizaciones de solidaridad afro-asiática y lo hizo, sobre todo, asumiendo el secretariado de numerosas instituciones afro-asiáticas y no alineadas. El Cairo se convirtió así en sede del movimiento, en anfitriona de una serie de importantes conferencias y cónclaves, y en lugar de encuentro para los nacionalistas árabes de todo el norte de África y el Asia occidental.

En los días finales de diciembre de 1957, El Cairo albergó la Conferencia de la Solidaridad de los Pueblos Afro-Asiáticos, el siguiente gran acontecimiento organizativo tras Bandung. Cuarenta y cinco países africanos y asiáticos enviaron delegados (cuyo número total sumó el doble que los presentes en la conferencia indonesia). Pero mientras que Bandung había acogido un conjunto diverso de puntos de vista, en El Cairo se adoptó una postura partidista contraria al Primer Mundo, recientes como aún estaban los incidentes de Suez y los mordaces comentarios que sobre la descolonización habían pronunciado destacados líderes políticos de Gran Bretaña (Anthony Eden) y Estados Unidos (John Foster Dulles). Anuar el-Sadat, que por entonces era ya el asesor más próximo de Nasser, ejerció como anfitrión de la conferencia. En su discurso de bienvenida, Sadat aceptó recoger en El Cairo la llama de la antorcha de Bandung. Allí, además,

a los delegados de países recién liberados se les sumaron varios líderes de movimientos de liberación nacional que aún luchaban por la independencia de sus naciones (y que procedían, sobre todo, del mundo de las colonias portuguesas).

Otro punto en el que esta conferencia se diferenció de la de Bandung fue en la presencia de mujeres, no solo en el auditorio, sino también en la tribuna de oradores. Uno de los tres discursos ante el pleno fue de la gandhista Rameshwari Nehru, cuya labor de reforma social en la India le valdría el Premio Lenin de la Paz en 1961. No obstante, la figura más extraordinaria de la conferencia era de allí, del mismo Egipto. Aisha Abdul-Rahman había nacido en una familia religiosa de la región costera de Damietta, en el norte de Egipto, en 1913. Su padre enseñaba en un instituto teológico local y su bisabuelo había sido el gran imán de Al-Azhar en el siglo XIX. Animada por su madre y su abuelo, Abdul-Rahman cursó estudios por correspondencia (su padre no la dejaba ir a la escuela). En 1929, y por correo, Abdul-Rahman obtuvo la primera titulación como maestra conferida por la Universidad de Al-Azhar a una estudiante (las mujeres no tuvieron autorización para estudiar en aquel campus hasta 1964). Con 21 años, Abdul-Rahman se matriculó en la Universidad Rey Faud I (que, posteriormente, sería la Universidad de El Cairo), en la que se doctoró en literatura árabe antigua. Hasta entonces, la universidad solo había autorizado a mujeres extranjeras la asistencia a unas pocas clases, pero gracias a la labor de un rector progresista, Ahmad Lufti al-Sayid, cinco mujeres egipcias pudieron matricularse en 1929. Sohair al-Qalamawy, una precursora en la defensa de los derechos de la mujer, fue una de ellas. Pronto la seguiría Abdul-Rahman. Mucho antes de que obtuviera su doctorado, Abdul-Rahman ya se había ganado una reputación en los círculos literarios como columnista popular del principal periódico de Egipto, *Al-Ahram*. Sus afiladas críticas contra la monarquía y, más tarde, contra la dictadura nasserista se complementaron con varios libros sobre poetisas árabes y con su propia poesía. Protegida por su editor, Mohamed Heikal (amigo y referente ideológico de Nasser), Abdul-Rahman continuó criticando abiertamente aquellos elementos del Estado que la incomodaban. En 1957, en su calidad de periodista y de profesora de estudios árabes e islámicos en la Universidad Ain Shams de El Cairo, Abdul-Rahman pronunció uno de los principales discursos de la conferencia.

La historia de los movimientos de liberación nacional, según señaló en sus palabras ante los delegados, tiende a ignorar el papel central que las mujeres han desempeñado en ellos y en la liberación de las propias mujeres a través de la lucha. «El renacimiento de la

mujer oriental siempre ha coincidido con movimientos de liberación», y, así, liberarse del imperialismo significó también que «las mujeres se emanciparan de las cadenas de la esclavitud social y escaparan de la muerte moral». Dentro de los limitados confines permitidos por el imperialismo, «las mujeres seguían siendo víctimas de la ignorancia, el aislamiento y la esclavitud». Como los movimientos de liberación nacional, pese a su machismo y a su escaso reconocimiento del papel de la mujer, operan de todos modos desde el supuesto de que hay que liberar a todas las personas, esa presunción acaba resultando muy valiosa para las mujeres, que pueden aprovechar esa oportunidad que se les abre para presionar a favor de su dignidad social y sus derechos políticos. «El éxito de estas revoluciones depende de la liberación de la mitad esclavizada, de que se rescate a la mujer de la parálisis, el desempleo y la inacción, y se eliminen las diferencias entre las dos mitades de la nación: sus hombres y sus mujeres».[3]

El caso de Abdul-Rahman pone de relieve un infravalorado aspecto de la conexión entre el nacionalismo anticolonial y la liberación de las mujeres. Nada impide que el primero reproduzca ideas patriarcales de variada índole. Pero la mayoría de movimientos anticoloniales recurrieron a las mujeres y varios de ellos pusieron incluso los intereses de estas en su agenda programática de liberación. En 1919, mujeres egipcias de todas las clases tomaron las calles de El Cairo para protestar contra la represión británica de las manifestaciones que se habían organizado a favor de un Egipto libre. Aquellas mujeres cortaron cables telefónicos e interrumpieron líneas férreas para frustrar la operatividad de las tropas británicas, que dependía de tales infraestructuras, y asaltaron prisiones para liberar a sus camaradas. Los británicos dejaron a un lado sus buenos modales y dispararon sobre las radicales. Varias de ellas murieron, algunas tan destacadas como Shafika Mohamed, Hamida Jalil, Sayeda Hasan, Fahima Riad o Aisha Omar, pero también (como apunta la autora feminista Nawal El-Saadawi) centenares de mujeres pobres que «perdieron la vida sin que nadie pudiera identificar sus nombres».[4]

Durante las grandes protestas masivas acaecidas en la India en 1905, 1909, 1919, 1920-1921 y 1930-1931, las mujeres se apoderaron de las calles. Asimismo, dentro del contexto del movimiento constitucional de Irán, las mujeres se manifestaron públicamente en señal de protesta en repetidas ocasiones entre 1907 y 1911, y de nuevo posteriormente, en 1919. Se sabe que más o menos lo mismo sucedió con mujeres de China, Indochina, Indonesia, Ghana y Sudáfrica en sus respectivos movimientos nacionales. Esas protestas y los contactos de aquellas mujeres con otras del resto del mundo

envalentonaron a las féminas burguesas para formar organizaciones y hacer valer su posición dentro del marco de la liberación nacional.

Varias mujeres egipcias de clase acomodada formaron organizaciones de defensa de los derechos de la mujer tras aquellas manifestaciones interclasistas. Huda Sha'rawi, procedente de una familia de elevada riqueza y poder político (su padre era el presidente de la Cámara de Representantes), se convirtió en pionera del movimiento de la mujer egipcio. Fundó la Unión Feminista Egipcia en 1923 y la revista en francés *L'Égyptienne*, y asistió a la Conferencia Internacional de Mujeres de Roma de 1924. Sha'rawi y sus camaradas Ceza Nabaraui y Nabawiya Musa, que no se cubrían la cabeza ni la cara con pañuelo ni velo alguno, explicaron a las feministas europeas que las mujeres egipcias tenían un legado histórico y cultural (*turath*) que se remontaba a la era faraónica y de los primeros tiempos del islam, y que debían recuperar. En la conferencia de Roma, Sha'rawi declaró que las delegadas europeas querían que las egipcias fueran «las protagonistas románticas e ignorantes de los novelistas europeos». La idea del velo mantenía ocultas las luchas reales y vivas de las egipcias a los ojos de las feministas europeas, lo que hacía que «lo ignoraran todo sobre nosotras». Pero la mujer egipcia, oculta a simple vista, entendía bien el feminismo europeo, porque, tal y como Sha'rawi comentó en la conferencia, «nada se parece más a una mujer oriental que una mujer occidental».[5]

Muchas de las pioneras del movimiento feminista organizado procedían de las viejas clases sociales que habían retenido sus posiciones aristocráticas a pesar de las presiones del imperialismo. Algunas de las líderes provenían, sin embargo, de esas otras nuevas clases sociales creadas por el propio imperialismo (como las de los burócratas militares y civiles y los comerciantes). El marido de Sha'rawi, Alí, había sido uno de los fundadores del Partido Wafd, y su padre, Sultán Pasha, era uno de los terratenientes más ricos de Egipto. La familia de Abdul-Rahman no tenía tales pretensiones nacionales, pero pertenecía a un sector culto y relativamente próspero de la sociedad. Esas mujeres se inspiraron tanto en la acción de masas contra el imperialismo en la que estaban envueltas como en sus interacciones con mujeres europeas (embarcadas, en aquellos años, en plena campaña sufragista). Aunque hallaron muchas aliadas entre las europeas, las activistas del mundo colonizado recibieron por lo general una especie de rechazo condescendiente. Ante los titubeos y la indecisión de la Alianza Internacional de Mujeres en 1939, Ceza Nabaraui escribió: «¿Qué pedíamos? Un poco de comprensión para las infortunadas que padecen en Oriente los males de las políticas

imperialistas». ¿Y qué obtuvieron como respuesta? La Alianza Internacional de Mujeres demostró «que su magnífico programa se dirige únicamente a ciertas personas de Occidente» y que «solo estas son dignas de disfrutar de libertad».[6] Desde las contradicciones de sus propias posiciones de privilegio, mujeres burguesas como Sha'rawi y Nabaraui no solo pusieron la reivindicación del sufragio femenino sobre la mesa, sino que crearon además organizaciones cuyo mensaje acabaría trascendiendo los salones de la alta sociedad y alcanzando las más recónditas aldeas y lugares rurales.

Mientras Sha'rawi y Nabaraui luchaban por conquistar el sufragio para las mujeres egipcias dentro de los confines del régimen monárquico, en la distante América Latina tres mujeres realizaban una labor semejante. Amalia Caballero de Castillo Ledón trabajaba con la Alianza de Mujeres de México, Minerva Bernardino hacía lo propio con la Acción Feminista Dominicana, y Bertha Lutz con la Federación Brasileña para el Progreso Femenino. Todas ellas procedían de las viejas clases sociales dominantes y propugnaban un programa bastante conservador para la emancipación de la mujer. Así, al tiempo que luchaban por el derecho femenino al voto, estas organizaciones y líderes se conformaban con unas concepciones sociales bastante patriarcales de la familia y el matrimonio. La Alianza de Mujeres de México siguió al Congreso Nacional de Mujeres Obreras y Campesinas de 1931, en el que se habían reivindicado los derechos a la propiedad y el uso de la tierra, a la educación de mujeres adultas y a la igualdad de sexos en los sindicatos. Sin embargo, nada de eso se introdujo en el programa de la Alianza de Mujeres ni pasó por la cabeza de las líderes de Acción Feminista ni de la Federación para el Progreso Femenino. Pese a todo, aquellas tres mujeres hicieron especial hincapié en la inserción de la expresión «igualdad de derechos de hombres y mujeres» en la Carta de las Naciones Unidas, basándose en los debates del encuentro de Chapultepec de 1945 y de la Conferencia de Lima de Estados latinoamericanos de 1938. Estas delegadas latinoamericanas, además, presionaron a las Naciones Unidas para que formara la Comisión de la Condición Social y Jurídica de la Mujer, dentro del Consejo Económico y Social de la propia ONU.

En 1947, la Comisión de la Condición de la Mujer adoptó las siguientes directrices: «elevar la condición de las mujeres sin distinción de nacionalidad, raza, lengua o religión hasta la igualdad con los hombres en todos los campos de la actividad humana; y eliminar toda discriminación contra las mujeres en la legislación oficial, las máximas o reglas legales, y las interpretaciones del derecho consuetudinario».[7] No obstante, aquellas directrices no significaron

nada porque no pudieron entrar en vigor.[8] No sería hasta 1967 cuando el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas presentaría la «Declaración sobre la eliminación de la discriminación contra la mujer» para someterla a votación de la Asamblea General de la ONU como preludio de la celebración en 1975 del Año Internacional de la Mujer, en el que Ciudad de México acogería la primera conferencia de Naciones Unidas sobre la mujer. El feminismo burgués como el propugnado por la Alianza de Mujeres y la Federación para el Progreso Femenino generó una serie de importantes instituciones y plataformas internacionales que serían usadas más tarde por activistas de los derechos de la mujer conscientes de la honda desigualdad existente en el Tercer Mundo. Estas activistas, que monopolizarían los encuentros afro-asiáticos sobre el tema, no pusieron un énfasis especial en las luchas de género que trascendiera el marco de la lucha general por la creación de naciones soberanas y por la conquista obrera del poder en el seno de dichas naciones.

El nacionalismo anticolonial bebía de todos los sectores de la población oprimida (hombres y mujeres, clase obrera y grandes comerciantes) no solo por motivos demográficos, sino también porque en todos ellos había calado la idea de la igualdad. Pocos de los nuevos Estados que habían vivido una lucha anticolonial pusieron reparos al sufragio universal adulto. En Egipto, las mujeres habían conquistado brevemente el derecho al voto en la constitución de 1923 antes de que la monarquía lo revocara. En 1952, tras la Revolución de los Oficiales Libres, Nasser prometió restablecer el sufragio femenino. Los dos principales muftíes del país adoptaron posturas opuestas sobre la cuestión: el «gran muftí», jeque Hasanayn Majluf, se declaró en contra, mientras que el jeque Alam Nasar dijo estar a favor. En 1956, las mujeres recuperaron el derecho al voto en Egipto.[9] Durante los primeros años de participación del Partido Wafd en el gobierno, Nasser se opuso a la obsesión nacionalista burguesa de este por la democracia igualitaria (incluida la igualdad entre hombres y mujeres). Pero, en cualquier caso, en la década de 1950, las feministas trabajaban dentro del marco del proyecto de liberación nacional porque tenían la sensación de que sería el mejor capacitado para sentar las bases de la definitiva liberación de la mujer, sobre todo, como Abdul-Rahman proclamó en 1957, por el «despertar de la conciencia y la voluntad de vivir» que encarnaba.

En la conferencia de 1957, la Organización de la Solidaridad Afro-Asiática creó una Federación Afro-Asiática de Mujeres. Dicha federación organizó posteriormente una conferencia en 1961, de

nuevo en El Cairo, a la que asistieron delegaciones de 37 países y movimientos. En esa primera Conferencia Afro-Asiática de Mujeres, las delegadas confeccionaron una agenda programática más coherente para las luchas de las mujeres dentro de la plataforma ideológica genérica del Tercer Mundo. Pocas de las componentes de los movimientos que se reunieron en El Cairo en enero de 1961 se veían a sí mismas como meras hermanas pobres de Europa y menos aún tenían la sensación de no estar en su derecho a participar de un concepto como el del Tercer Mundo. Acudieron allí a dejar bien claro que sus antepasadas habían luchado en los movimientos de liberación nacional y, por lo tanto, se habían ganado el derecho a modelar el futuro. Karima el Said, viceministra de Educación de la República Árabe Unida, dio la bienvenida a las delegadas de los 37 Estados con este recordatorio: «La mujer fue un puntal de estos movimientos de liberación, luchó con los luchadores y murió con los mártires».[10] En el informe general más extenso que se presentó ante la conferencia, las autoras detallaron los esfuerzos de las mujeres en el seno de los movimientos de liberación nacional de todos los países, desde Vietnam a la India, y desde Argelia a Sudáfrica. «En los países afro-asiáticos donde la población sufre todavía el yugo del colonialismo, las mujeres participan activamente en la lucha por la total liberación nacional y la independencia de sus países. Están convencidas de que ese será el primer paso de su emancipación, el que las preparará para ocupar su lugar real en la sociedad».[11] Dicho de otro modo, la participación en las luchas anticoloniales no solo serviría para combatir un impedimento importante para el cumplimiento del programa de liberación de la mujer, sino que esa contribución, como tal, transformaría las relaciones entre hombres y mujeres dentro del movimiento y en la sociedad en general. De hecho, las mujeres no solo se sumaron a las guerras de guerrillas libradas en Argelia, Cuba, Guinea, Indonesia, Kenia, Corea, Omán, Venezuela, Vietnam y otros países, sino que ayudaron a pertrechar a los combatientes, asistieron a los heridos y, en Egipto, India, Zanzíbar y otros lugares, fueron la presencia dominante en las manifestaciones y protestas callejeras.

El imperialismo imposibilitó casi por completo el progreso de las mujeres. Aunque los movimientos de defensa de sus derechos se concentraban en varios aspectos de la opresión que sufrían, ninguna organización de mujeres podía permitirse el lujo de ignorar la lucha antiimperialista. La hermandad entre las asistentes a El Cairo se había forjado, precisamente, en la lucha contra el imperialismo, con la esperanza de que los derechos políticos de los que gozaran en el seno de la futura nación independiente les permitieran llevar la lucha más

adelante. Sin derechos políticos, ninguna de las demás reformas tendría sentido. El Estado podía prometer igualdad educativa y salarial, pero si las mujeres no disfrutaban de derechos políticos, ¿cómo podrían estar seguras de que tales reformas serían aprobadas y mantenidas?

Incluso la (hasta entonces) breve experiencia histórica de la independencia había mostrado a aquellas activistas de los derechos de la mujer que no se podía esperar que el Estado se mostrara magnánimo con ellas por iniciativa propia sin más. Los nuevos Estados no habían sido un nirvana para las mujeres, que digamos. Las dos conferencias de El Cairo no produjeron solamente una lista de recetas —una especie de proyecto de igualdad de derechos para hombres y mujeres—, pues en el catálogo de reivindicaciones resultante podía entreverse una crítica dirigida contra las nuevas naciones independientes por no haber promulgado muchas de las políticas allí propuestas. Las recetas propuestas reclamaban no solo que los nuevos Estados adoptaran formalmente los nuevos criterios internacionales *por los que ellos mismos habían luchado*, encarnados en la Organización Internacional del Trabajo y otros organismos de la ONU, sino también que los llevaran realmente a la práctica. El nacimiento de la nación, recordó Abdul-Rahman a la conferencia, solo era «el primer paso hacia la solidaridad verdadera».

Ningún nuevo derecho conquistado por las mujeres tenía por qué significar el final de la lucha de estas, pero sí ayudaba a fortalecer su poder para ampliar sus reivindicaciones. En lugar destacado de las prioridades de las mujeres del Tercer Mundo figuraba el reconocimiento de su derecho a elegir en la cuestión del matrimonio: su potestad para decidir casarse (o no), cuándo y con quién. «El matrimonio debería fundamentarse sobre el principio de la libertad de elección personal para los cónyuges en cuestión», acordaron las delegadas de la conferencia de 1957. Si los hombres y las mujeres tienen algún problema en su relación, el Estado debería facilitarles «asesoramiento matrimonial y planificación parental». Contra la idea de que el matrimonio es un tema exclusivamente relacionado con la propiedad o la progenie, la conferencia reclamó la toma de «medidas drásticas para abolir la poligamia». Para liberar un poco a las mujeres del ámbito doméstico, «las trabajadoras deberían tener derecho a asistencia médica gratuita durante el embarazo y el parto, así como a un periodo suficiente de baja remunerada por maternidad». Por último, también se recomendaba «el reconocimiento y la garantía del derecho a trabajar de las mujeres casadas». La mayoría de las políticas reivindicadas no pretendían simplemente una mejora de las

condiciones de la vida cotidiana, sino también la generación del poder necesario para conseguir que una sociedad civil comprometida incluyera a las mujeres.

De los derechos reclamados por las mujeres para incrementar su propia capacidad política, muchos eran reivindicaciones ya conocidas desde la década de 1920: derechos culturales (de los que el principal era el derecho a una educación gratuita y en igualdad de condiciones) y derechos sociales (como los enumerados en el párrafo anterior). Entre las Recomendaciones de El Cairo de 1961 sobre la «Igualdad en el terreno económico» se incluyó una larga sección que llevaba la argumentación un poco más allá, pues en ella se sostenía que, si las mujeres no luchaban por sus derechos económicos y no los conquistaban, no podrían ser ciudadanas políticas de pleno derecho. La ciudadanía moderna implicaba que las mujeres no se vieran obligadas a depender de la unidad familiar para procurarse su bienestar económico, sino que participaran en la familia en calidad de socias en igualdad de condiciones. La conferencia de 1957 reiteró el lema «igualdad de salario a igualdad de trabajo», que reaparecería de nuevo cuatro años después. La conferencia de 1961 ofreció un detallado proyecto para la lucha feminista en el plano económico reclamando el derecho de las mujeres a ocupar cualquier puesto de trabajo, a promocionarse laboralmente con arreglo a su talento y no a su género, a conservar sus empleos incluso en caso de embarazo o convalecencia, a recibir formación profesional y técnica para toda clase de ocupaciones, y a ingresar en sindicatos y dirigirlos. También reivindicó la abolición del trabajo a domicilio (realizado habitualmente por mujeres en condiciones en las que carecen de prestaciones sociales y que las sitúan fuera del foco de la regulación legal). Para el caso de las trabajadoras agrícolas, las recomendaciones de la conferencia apelaban al «reparto igualitario de tierras para quienes las labran, así como la garantía de los medios de producción agrícola». Por último, las recomendaciones también contemplaban el caso de las mujeres que trabajaban sin percibir una remuneración salarial. Para ellas, la conferencia recomendaba dos medidas: que el Estado intentara reducir los impuestos indirectos (el IVA) sobre los bienes de consumo para, de ese modo, aligerar la carga que suponían sobre las economías domésticas, y que hallara mecanismos mediante los que facilitar ayudas a la renta de esas mujeres sin obligarlas a realizar tareas absurdas.

El nacionalismo anticolonial, aun en sus encarnaciones puramente reformistas, se preocupó por la cuestión de la mujer. El final de la opresión social se hizo un hueco en la agenda de prioridades y

objetivos de la liberación nacional. En su versión más tradicional, ese final se entendía como el resultado de la modernización del patriarcado (tras la cual, de todos modos, la nueva mujer seguiría quedando relegada al ámbito del hogar). En el extremo más progresista de los movimientos de liberación nacional, eran muchas las voces que argüían que las tradiciones culturales se habían petrificado bajo el peso del patriarcado y las relaciones feudales, y que toda posibilidad anterior de reparar esa situación había quedado ya invalidada por la alianza del imperialismo con la viejas clases sociales dominantes, que se beneficiaban de la misoginia y del desigual estatus así conferido a hombres y mujeres. Según este modelo más radical, los hombres y las mujeres tenían que luchar contra esa domesticidad conservadora y reconfigurar lo que tenía que entenderse por espacio público de la nación y terreno privado de la familia. Según el informe sobre problemas sociales que se redactó en aquella conferencia, las mujeres «participaban en la lucha por la liberación de sus países y en el mantenimiento de dicha independencia porque así tendrían la posibilidad de abolir todas las costumbres y las tradiciones que degradan el estatus de la mujer». Las activistas de los derechos de la mujer en el Tercer Mundo pretendían reconfigurar la nación conforme a sus intereses; para ellas, en la lucha por la justicia, la nación era un territorio más inclusivo que el de la familia y, por lo tanto, sus sueños y sus acciones se ceñían al horizonte de ese nacionalismo anticolonial.

Aun así, el enfoque adoptado por el nasserismo ante la cuestión de las relaciones de género da fe de cómo incluso un proyecto supuestamente progresista como aquel era proclive al conservadurismo. Todos los avances que las mujeres egipcias conquistaron durante la época de Nasser, según ha escrito la politóloga Mervat Hatem, se produjeron al amparo de una especie de «feminismo de Estado». El régimen «producía mujeres que eran económicamente independientes de sus familias, pero que dependían del Estado para tener empleo y para recibir servicios sociales importantes como educación, sanidad y guarderías, y para contar con representación política».[12] Ese feminismo de Estado abrió cierto espacio para las mujeres en el ámbito de la política y la economía: además del derecho al voto, la constitución de 1956 garantizaba a todas las mujeres el derecho a la educación y al trabajo. En 1957, dos candidatas, Aminah Shukri y Rawiyah Arriyah, ganaron las elecciones en sus circunscripciones y obtuvieron sendos escaños en el parlamento nacional. Pero el proyecto de Nasser no dejó nunca de estar constreñido por el conservadurismo social en lo tocante a su intento de desgastar las «leyes del estatus personal» y el patriarcado. En 1955,

el régimen nasserista suprimió los tribunales de la *sharia*, pero los jueces religiosos continuaron ejerciendo en el marco de los recién constituidos tribunales para casos de estatus personal. La débil vanguardia del nasserismo en ese terreno siguió siendo el Ministerio de Bienestar Social (dirigido por Hikmat Abu Zeid), que trató infructuosamente de plantear la cuestión de las leyes personales ante la Asamblea Nacional en 1958. De todos modos, y teniendo en cuenta el contexto del feminismo de Estado, donde se habían producido algunos avances, era lógico que Abdul-Rahman depositara sus esperanzas en la nación como vehículo político de la lucha contra la monarquía, la tradición y el imperio. Dos años después de la conferencia de El Cairo, el Ministerio de Bienestar Social retomó algunas de las cuestiones en ella abordadas para tratarlas en una conferencia sobre mujeres y trabajo, en la que el tema de la independencia económica femenina (en la que se incluía también el capítulo de la planificación familiar) fue el predominante. Aquel fue un producto de «El Cairo, 1961».

En algunas formaciones nacionalistas más combativas, como el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGCV), las mujeres tuvieron otros problemas, aparte de la lucha contra un Estado neopatriarcal. Sus camaradas masculinos cuestionaban seriamente la idea de la reconstitución de la familia como institución renovada. La liberación de la mujer era buena en teoría, admitían ellos, «pero ¿en mi propia casa? ¡Jamás!».[13] Semejantes actitudes no amilanaron a luchadoras como Teodora Ignacia Gomes, quien expuso muy bien cuál era la lógica de los derechos de la mujer entendida dentro del marco de la liberación nacional:

> Para empezar, las mujeres tienen que luchar junto a los hombres contra el colonialismo y contra todos los sistemas de explotación. En segundo lugar, y este es uno de los puntos más fundamentales, toda mujer tiene que convencerse de que puede y debe ser libre. Y de que es capaz de hacer todo lo que hacen los hombres en la vida social y política. Y, en tercer lugar, las mujeres tienen que luchar para convencer a los hombres de que les corresponden por naturaleza los mismos derechos que a ellos. Pero ellas deben entender que el problema fundamental no está en la contradicción entre mujeres y hombres, sino en el sistema en el que todos y todas vivimos.[14]

La vertiente progresista de la liberación nacional anticolonial no solo soñaba con la igualdad, sino que también intentó construir un programa igualitario fundamentado en el deseo de superar una historia de explotación económica y represión cultural. De Buenos

Aires llegaría el economista que hilvanaría todas esas críticas y expectativas económicas en una doctrina unificada, y es a él y a quienes recogieron sus ideas y las llevaron a la práctica a quienes dedico a continuación mi atención.

Buenos Aires

En 1949, Raúl Prebisch escribió y divulgó un trabajo mimeografiado titulado «El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas».[1] Prebisch, antiguo subsecretario de Hacienda de Argentina y primer director general del banco central de aquel país, había sido nombrado para dirigir la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL) en 1948. La CEPAL divulgó el mencionado trabajo para propiciar un diálogo entre economistas de las naciones oscuras sobre el problema del «desarrollo». El artículo viajó desde Buenos Aires hacia muchos países y lenguas diferentes y múltiples copias mimeografiadas de este acabaron yendo a parar a un buen número de mesas de las comisiones planificadoras de las nuevas naciones. El problema básico planteado por aquel trabajo era elemental: ¿qué políticas económicas debía crear el abrumadoramente empobrecido Tercer Mundo para fomentar el desarrollo de la totalidad de su población? Tras siglos de imperialismo, las nuevas naciones se habían quedado con unas economías que dependían de la venta de materias primas y la importación de bienes terminados. Tan fundamental desequilibrio obligaba a países como Argentina a exportar cantidades ingentes de materias primas a precios relativamente bajos, al tiempo que la factura que debía abonar por las importaciones se veía inflada por los elevados precios que imponían los bienes de fabricación industrial. ¿Qué instrumento podía permitir romper con ese círculo vicioso? Ese era el «problema principal» sobre el que giraba el artículo de Prebisch.

La CEPAL y Prebisch tenían una respuesta surgida de la experiencia concreta de América Latina y, en especial, del país que era su gran motor en aquella época: Argentina. Hasta las décadas iniciales del siglo XX, las clases dominantes argentinas no se habían implicado de verdad en la construcción nacional. Los oligarcas (la alta sociedad porteña) dirigían el país con mano de hierro y guardaban su propia riqueza en bancos europeos (con lo que daban a entender que preferían políticas fiscales favorables para las monedas europeas y contraproducentes para la fortaleza económica argentina). El distanciamiento de la élite alimentó el crecimiento de un movimiento socialista encabezado por Juan B. Justo y por los sindicatos, a la vez que irritaba a los sectores más patrióticos de la propia élite (entre los que se encontraban figuras como el expresidente Carlos Pellegrini, quien en una ocasión afirmó: «debemos esforzarnos decididamente por obtener nuestra propia independencia financiera»).[2] La

industrialización de Argentina se quedó aún más rezagada cuando el capital europeo y estadounidense ignoró la región durante el periodo comprendido entre la Gran Depresión de la década de 1930 y las guerras de la de 1940. Tal y como declaró el ministro argentino de Agricultura en 1933, «el aislamiento en que nos ha colocado un mundo dislocado nos obliga a fabricar en el país lo que ya no podemos adquirir en los países que no nos compran».[3] El capital británico era dueño de la mayoría de los ferrocarriles de Argentina, y suizos, estadounidenses y británicos poseían casi la mitad de las industrias del país. El populista autoritario Juan Perón adquirió los ferrocarriles a los británicos (pese al consejo de su asesor Miguel Miranda: «no nos proponemos usar nuestros fondos bloqueados para comprar material obsoleto»), incorporó los sindicatos al aparato estatal y continuó impulsando la industrialización (financiada por el sector agrícola): medidas todas ellas que constituían los cimientos de su «Tercera Posición», la postura no alineada que siguió en materia de política exterior a partir de 1946 y que guardaba una gran similitud con los principios que guiaron la formación del Tercer Mundo por aquellas mismas fechas. En 1947, Perón invocó la tradición del nacionalismo económico de Justo con su «Declaración de la independencia económica». La política de sustitución de importaciones y el uso de ayuda externa (incluido el oro reciclado de los nazis) se convirtieron en estrategias útiles para Argentina más por necesidad que por previsión. Prebisch, quien, por lo demás, detestaba a Perón, aprovechó aquella experiencia cuando fue a trabajar para la CEPAL.

En la década de 1940, era ya obvio que el «centro» de la economía mundial (Estados Unidos y una Europa reconstruida) disponía de una ventaja tecnológica sobre la «periferia». Las mercancías primarias producidas en esta última tenían una demanda menos elástica que las mercancías manufacturadas: cualquier caída en los precios de las materias primas no se traducía necesariamente en un incremento de la demanda de estas. Si eso sucedía, el centro podía comprar lo que necesitaba por menos dinero, mientras que la periferia se veía incapaz de compensar la diferencia con un incremento en el volumen de sus ventas. Los bienes manufacturados no padecían ese problema por diversas razones. Así pues, la combinación de unas mayores ventajas tecnológicas, una masa trabajadora altamente sindicalizada y la caprichosa variación de los precios de los productos primarios daba como resultado que el centro saliera ganando (y con mucho) en lo que a los términos de intercambio comercial con la periferia se refería.[4] Esta línea de argumentación sirve de base para un campo de estudio inaugurado a finales de aquella década y que se

conoce como «economía del desarrollo».

A partir de su experiencia y de sus estudios, Prebisch concluyó que las nuevas naciones precisaban sustituir la producción de materias primas por la de bienes manufacturados. Dicha estrategia podría llevarse a la práctica mediante la infusión de una elevada inversión de capital (para crear industrias) o mediante el uso creativo de la legislación sobre importaciones y exportaciones. De hecho, lo lógico sería que cualquiera de esos dos métodos contara con la aprobación internacional generalizada, pues de ambos existían multitud de precedentes en la historia de Estados Unidos y de Europa. Norteamericanos y europeos habían recurrido en diferentes ocasiones a la aplicación de aranceles y de otros mecanismos legales para proteger y sacar mayor partido a sus economías nacionales. Y Estados Unidos había puesto en marcha el Plan Marshall en 1947 para aportar capital a una Europa asolada por la guerra. Sin embargo, como el propio colega de Prebisch, H. W. Singer, recordó años después, los economistas del *establishment* estadounidense y europeo consideraron a los economistas del desarrollo y a los líderes del Tercer Mundo en general como «unos salvajes irresponsables, unos utópicos radicales a quienes solo se podía confiar, a lo sumo, la administración de meros apéndices y prolongaciones menores» de una política decidida de antemano por instituciones dominadas por el Primer Mundo.

Aun así, y pese al desprecio con el que los contemplaba ese *establishment* norteamericano y europeo, los niveles inferiores de las Naciones Unidas trataron de generar un cierto consenso entre la mayoría de decisores políticos en torno al problema de la inversión. En 1951, la ONU publicó un informe sobre el tema de la inversión de capital titulado «Medidas para el desarrollo económico de los países subdesarrollados». El Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas se había preguntado (en la línea de lo que se proponía desde la economía del desarrollo) por la capacidad de las nuevas naciones para salir de su pobreza. La mayoría de economistas coincidían en que una economía moderna requería una formación de capital de, aproximadamente, un 10% de su renta nacional. Sin embargo, la formación de capital de las economías del Tercer Mundo no se acercaba siquiera a la mitad de ese porcentaje. La adición de inversión y ayuda económica procedente del exterior no suponía apenas una diferencia apreciable en ese sentido. El ahorro y la inversión nacionales a duras penas crecían al mismo nivel que el crecimiento demográfico y, dada la hemorragia de recursos que el desigual sistema mundial vigente provocaba en esos países, poco de ellos quedaba para la población en general. Debido a ello, concluía el

informe, «el cómo incrementar la tasa de formación de capital se ha convertido, pues, en una cuestión de la mayor urgencia».[5] «Lo más trágico de la inversión —escribió el economista polaco Michal Kalecki — es que es útil».[6]

El informe se formulaba la pregunta más imperiosa del momento: ¿cómo se puede reunir el capital suficiente para llevar a cabo la importante tarea de la reconstrucción de unas economías maltrechas, no solo tras la depresión mundial de la década de 1930 y las guerras de la de 1940, sino también tras siglos de depredación colonial? ¿Serían capaces las nuevas naciones formadas por la acción de los movimientos anticoloniales de avanzar y lograr la igualdad económica como ya habían logrado la igualdad política? ¿Contarían las nuevas naciones con un Plan Marshall? ¿O a las potencias les interesaría únicamente la regeneración de la economía de Europa?

Europa, devastada por la Segunda Guerra Mundial, había sido receptora de una abundante concesión de dinero (principalmente) estadounidense: entre 1947 y 1953, Estados Unidos inyectó 13.000 millones de dólares en Europa occidental y animó el ritmo de la producción industrial de la región, que no tardó en recuperar niveles equivalentes a los de los años previos a la guerra (y, en algunos casos, superiores incluso). Entre 1948 y 1953, la producción industrial se incrementó en más de un tercio y el crecimiento agrícola se disparó. Nada parecido se destinó al mundo recién descolonizado. En vez de tan abundante transferencia de riqueza, los decisores políticos estadounidenses y europeos occidentales consideraron que una ayuda exterior y una transferencia tecnológica moderadas, unidas a un mínimo intervencionismo estatal (tanto a nivel nacional como internacional) serían las medidas que mejor contribuirían a generar riqueza en las nuevas naciones.

Según la visión dominante en los departamentos de economía y en los despachos del poder de Estados Unidos y Europa occidental, el desarrollo del mundo de las excolonias se produciría siguiendo los preceptos de la «teoría de la modernización». Según esta, el problema del mundo colonizado no radicaba tanto en su pobreza como en su tradicionalismo (entendiendo también como parte de este los bajos niveles de desarrollo tecnológico de aquellos países). Las culturas tradicionales solo se resquebrajarían a base de estabilidad política y fomento y crecimiento de la ciencia: políticas ambas que se verían favorecidas por la inversión en capital. Los teóricos de la modernización (como los economistas del desarrollo) creían que haría falta una inversión de, más o menos, el 10% de la renta nacional para que, parafraseando a W. W. Rostow, una «sociedad tradicional»

pudiera «despegar» hacia la modernidad.[7] Pero en lo que los «modernizacionistas» como Rostow diferían de los economistas del desarrollo era en su valoración de cuál debía ser la procedencia de ese dinero y en qué se debía emplear. A grandes trazos, la inversión debía obtenerse a partir de un mínimo de ayuda externa y de un mejor uso del ahorro nacional, que, tras un periodo de crecimiento de unas cuantas décadas, acabaría por producir el nivel de renta nacional necesario para el despegue hacia la «madurez» económica. El dinero de la inversión, según Rostow, tenía que destinarse a la comercialización de la agricultura y a la creación de redes de transporte y comunicación. El resto de la economía debería quedar fuera del ámbito de la acción estatal.

En su versión más típica, la teoría de la modernización responsabilizaba de los problemas del desarrollo a las culturas de las llamadas sociedades tradicionales y, con ello, extirpaba del análisis de la situación siglos de historia colonial. De ese modo, devolvía el surgimiento del capitalismo a su prístino escenario europeo original, pues, al igual que en su momento hiciera el sociólogo Max Weber, la teoría de la modernización sostenía que el mundo de las gentes de tez oscura carecía de la necesaria cultura de la frugalidad y, por lo tanto, se había abandonado voluntariamente a sí mismo a la pobreza. «La cuestión acerca de las fuerzas impulsoras de la expansión del moderno capitalismo —escribió Weber en 1904— no versa principalmente sobre el origen de las cantidades dinerarias utilizables en la empresa, sino más bien sobre el desarrollo del espíritu capitalista».[8] El capitalismo, en resumen, nace en Europa porque los europeos se labraron un espíritu especial que llamaba a la riqueza.[9] Tales aseveraciones irritaban a los intelectuales del mundo colonizado. ¿Por qué es pobre la India?, se preguntaba Dadabhai Naoroji. «No por el funcionamiento implacable de las leyes económicas, sino por la acción desconsiderada y despiadada de las políticas británicas. Por la inexorabilidad con la que esa intervención devora la sustancia de la India en el propio país y la trasvasa posteriormente hacia Inglaterra. En resumidas cuentas, por la triste sangría a la que la India se ve sometida y que supone una auténtica perversión sin paliativos de las leyes económicas: eso es lo que la está destruyendo».[10] El Tercer Mundo se desangraba para que Europa creciera. La teoría de la modernización eludía ese aspecto y optaba por «protestantizar» las culturas del mundo para sembrar en ellas la cultura capitalista.

Frente a los postulados de la teoría de la modernización, Prebisch y la economía del desarrollo partían de los efectos del dominio colonial. El colonialismo saqueó el mundo y dejó a más de la mitad de

este desprovisto de capital y rebosante de pobreza. En 1500, la renta per cápita media en Europa solamente triplicaba la de África o Asia, mientras que en 1960, era ya diez veces superior. El dominio colonial no solo empobreció a las naciones oscuras, sino que también transfirió riqueza hacia el gran salto adelante que experimentaron Europa y Estados Unidos. Prebisch, nacido en San Miguel de Tucumán, en el noroeste de Argentina, tuvo desde muy temprana edad conocimiento de primera mano tanto del saqueo colonial como de la respuesta nacionalista a este. Él conocía bien todo un testimonio del saqueo como es la montaña de Potosí —situada justo al otro lado de la frontera con Bolivia—, de la que los colonialistas ibéricos extrajeron cantidades incalculables de plata.[11] El dinero llegaba a España, pero salía rápidamente de allí para pagar las deudas de la corona y las importaciones procedentes de Inglaterra, Francia, Holanda e Italia. Los bancos que atesoraban ese *boom* monetario fueron los que aprovisionaron de capital las primeras factorías fabriles de la Europa noroccidental. San Miguel de Tucumán no solo estaba situada en la encrucijada de caminos que conectaban Potosí con el resto del Cono Sur, sino que también fue sede en 1816 del congreso convocado por las fuerzas nacionalistas para declarar la independencia de Argentina. Aquella declaración vino motivada en parte por la constatación de que la sangría de riqueza provocaba una distorsión de los objetivos sociales del pueblo de Sudamérica al tiempo que alimentaba el desarrollo eu ropeo.

Desde la economía del desarrollo se postulaba que, dado que Europa y Estados Unidos fueron los beneficiarios del dominio colonial, eran también quienes deben ser considerados responsables de este. Y tal responsabilidad debía traducirse en la concesión de subvenciones directas (lo que posteriormente daría en llamarse «reparaciones») por parte del Primer Mundo al Tercero. Pedir a la población del Tercer Mundo que se sacrificara aún más para alcanzar el desarrollo sería inapropiado desde el punto de vista moral. «Las tensiones sociales de nuestra época —escribió Prebisch— nos inducen con frecuencia a destinar una proporción exagerada de recursos a la mejora de los niveles actuales de consumo o a inversiones sociales en busca de un bienestar inmediato, todo ello a costa de otras inversiones económicas en aras del bienestar futuro. Ceder a esa presión frustraría el objetivo social de aumentar [de forma constante] el nivel de vida de las masas».[12] No industrializarse por falta de inversión sería igualmente inmoral porque condenaría a extensas partes del mundo al estancamiento, a la pobreza socializada. De hecho, algunos economistas creían incluso que los productores de materias primas no

debían industrializarse porque, si lo hicieran, según la descripción que el propio Prebisch hizo de aquella postura, «su menor eficiencia les haría perder irremisiblemente las ventajas clásicas del intercambio».[13] Conforme a la idea de la «ventaja comparativa», un país debía especializarse en la producción de aquello que mejor sabía hacer, o como David Ricardo lo expresó en su opúsculo de 1817, ningún país debería tratar de estimular la industria artificialmente: todos deberían limitarse a aprovechar «las capacidades particulares con las que los haya dotado la naturaleza».[14] Según el ejemplo de Ricardo, ¿qué hace que Estados Unidos sirva para cultivar maíz y que en Francia sea más apropiado plantar viñedos, y qué otorga a Inglaterra una competencia especial en la fabricación de maquinaria o de bienes de producción industrial? Cuando hablamos de ventaja comparativa, ¿nos referimos a una propiedad enraizada en la naturaleza? ¿Estaba Inglaterra destinada a ser la isla de la maquinaria por los siglos de los siglos? ¿O acaso no habían sido las políticas mercantilistas y las extracciones coloniales que precedieron al «libre comercio» ricardiano las responsables de la creación de las ventajas inglesas? Los economistas del desarrollo rechazaron tanto la omisión del colonialismo en las tesis de Ricardo como el recurso a estrategias que liberaban al Primer Mundo de la obligación de donar ayuda y de replantearse su propio dominio financiero y político.

Prebisch rechazaba la teoría de la ventaja comparativa porque él mismo había demostrado que cualquier región del mundo podía gozar de los frutos de la modernidad como las demás. Eso no quería decir que todas las regiones debieran producir de todo por su cuenta y aspirar así a la autarquía pura. El comercio resulta crucial porque algunas regiones disponen de mercados más reducidos que otras, y las materias primas y las tierras agrícolas no están distribuidas por igual entre naciones. Pero lo que sí había que modificar era la base misma del comercio. Este no podía fundarse sobre la premisa de que algunos Estados tienen un don natural como cosechadores de materias primas de bajo valor, mientras que otros son naturalmente competentes como productores de bienes terminados de alto valor añadido. La teoría de la ventaja comparativa, alegaba Prebisch, ahoga el verdadero desarrollo económico. Además, al promover la idea de que la renta nacional y el capital para la inversión deben obtenerse a partir de la exportación de materias primas, la teoría de la modernización solo servía para que las nuevas naciones cayeran más profundamente en la trampa en la que ya se hallaban aprisionadas. A juicio de Prebisch y los economistas del desarrollo, la importación de bienes manufacturados y la exportación de materias primas baratas

continuaría diezmando las reservas de capital e impidiendo la realización de las mejoras tecnológicas necesarias para el desarrollo socioeconómico. Lejos de romperse, el círculo de la dependencia no haría más que estrecharse.

Para contrarrestar esa tendencia, Prebisch sostenía que los Estados exportadores de materias primas debían crear algún tipo de mecanismo encaminado al desarrollo de una industria nacional y, a falta de subvenciones directas para ese fin, el mejor enfoque sería el político-legal. Las nuevas naciones debían emplear aranceles para hacer prohibitivos los precios de las importaciones (una política que se acabaría conociendo con el nombre de «industrialización por sustitución de importaciones» o, en otra de sus versiones, como tesis de la «industria naciente»). Los precios en el centro se mantenían elevados, en parte, gracias al papel *político* de los sindicatos y de los monopolios industriales. La periferia necesitaba contar con su propia estrategia política y esta tendría que aplicarse en el terreno del comercio interestatal.

El mundo de las naciones oscuras había contribuido considerablemente al desarrollo de Europa y, a juzgar por tal evidencia, estaba claro que la famosa «mano invisible» era blanca. Y el Primer Mundo quería que siguiera siendo blanca. Las naciones poderosas (como Inglaterra en su momento y Estados Unidos después) habían impuesto las reglas del comercio a los pueblos «inferiores» a través de un acto de su propia voluntad y no porque así fueran las leyes de la economía. El desdén de los economistas del Primer Mundo hacia esos otros países era palpable. John Maynard Keynes, por ejemplo, se quejó ante el gobierno inglés de las invitaciones que se habían enviado a las naciones oscuras para asistir a la Conferencia de Bretton Woods. Las delegaciones invitadas de todos aquellos países (de Colombia a Venezuela o de Liberia a Filipinas) no tenían, según él, «nada que aportar y no harían más que estorbar». Para Keynes, aquella iba a ser «la más monstruosa jaula de grillos reunida en años».[15] Solo los tecnócratas de los Estados industriales avanzados deberían estar autorizados a formular las normas, pues, si no, los provenientes de los países proveedores de materias primas empezarían a plantear exigencias intolerables.

De hecho, eso mismo fue lo que sucedió en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Empleo, celebrada en La Habana en 1948. En las conferencias preparatorias de Ginebra y Londres, varios de esos Estados recientemente descolonizados tomaron la iniciativa en la reivindicación del derecho de los Estados a aplicar aranceles como mecanismo de fomento de la industrialización interna

de cada nación. En Ginebra, las potencias dieron su autorización para aquellos aranceles que contaran con el permiso previo de la Organización Internacional del Comercio (OIC) que se esperaba crear en breve. Los productores de materias primas volvieron a la carga en Londres exigiendo que se les permitiera aplicar aranceles y que, una vez instaurada, fuera la propia OIC la encargada de examinarlos y de derogar aquellos que estimara innecesarios. No querían verse obligados a obtener permisos previos para una política que consideraban esencial.

En La Habana, los delegados de las naciones oscuras contrarrestaron la habitual desenvoltura en tales escenarios de los altivos economistas de los países ricos ahogándola en «un coro de denuncia», según la afortunada expresión del jefe de la delegación estadounidense, Clair Wilcox. Los delegados del Tercer Mundo señalaron que el borrador aprobado en Ginebra solo representaba las opiniones de las potencias imperiales y «no ofrecía esperanza alguna» para el resto del mundo. Los agraviados delegados propusieron ochocientas enmiendas, de las que doscientas habrían servido para hundir por completo el proyecto de la OIC. Estas naciones denunciaban la creación en 1947 del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (el GATT) en Ginebra porque su elaboración había estado reservada únicamente a los Estados industriales avanzados. Se oponían a que el GATT supervisara las normas económicas y reclamaban su derecho a usar sistemas preferenciales cuando más les conviniera. Las demás delegaciones hicieron oídos sordos a tan clamoroso coro: el GATT continuó en vigor y aquella OIC que supuestamente velaría por los intereses de las naciones agrarias jamás llegó a materializarse.

La cuestión del tratamiento preferencial en el comercio interestatal (concretada principalmente en la aplicación de políticas arancelarias) siguió siendo un instrumento central del programa tercermundista en materia de economía. De hecho, fue el mayor puntal económico surgido de Bandung.[16] Los Estados del Tercer Mundo alimentaron la teoría y la impulsaron en todos los foros de Naciones Unidas. El argumento en defensa de los aranceles era bastante simple. Los gobiernos tercermundistas querían erigir un régimen arancelario discriminatorio para favorecer el desarrollo. Pedían, asimismo, autorización para que sus países aplicaran aranceles defensivos frente a productos procedentes de las potencias industriales y, al mismo tiempo, la reducción de las múltiples barreras que esas mismas potencias tenían instauradas a la entrada de bienes provenientes del Tercer Mundo. Dicho de otro modo, acusaban

implícitamente al Primer Mundo de aplicar una política de aranceles que este utilizaba en provecho propio, y pedían una inversión completa de los términos vigentes en materia de mecanismos arancelarios. Los Estados del Tercer Mundo deberían utilizar estratégicamente los gravámenes sobre las importaciones y las políticas preferenciales en comercio exterior para bloquear la adquisición de bienes internacionales cuya producción pudiera fomentarse en el propio país. Los aranceles servirían así para estimular una industria nacional y el capital necesario para la industrialización podría obtenerse a partir de la ayuda externa o de una mejor utilización del excedente interno. Lo que se perseguía con la industrialización era aumentar la productividad del factor trabajo, pero el resultado final que se pretendía con tal mejora no era un simple incremento de la tasa de crecimiento nacional, sino un mejor nivel de vida para las masas del país. La industrialización no era, pues, «un fin en sí misma —según escribió Prebisch— sino el único medio de que disponen [los países nuevos] para ir captando una parte del fruto del progreso técnico y elevando progresivamente el nivel de vida de las masas».17

La cuestión de los aranceles debía entenderse, en realidad, como un aspecto supeditado a otro más importante que planteaban los propios economistas del desarrollo y los Estados tercermundistas, y que era la necesidad de constituir un marco institucional unificado para el Tercer Mundo con el propósito de que este pudiera lidiar mejor con los desiguales efectos del capitalismo. A tal fin, Prebisch y los Estados del Tercer Mundo trabajaron en la creación de cárteles de productores de mercancías primarias; de ese modo, las naciones productoras podrían hacer causa común para obtener precios adecuados por sus productos. Para estimular el comercio entre los países tercermundistas y crear mecanismos de fijación de precios que no vinieran determinados por el capitalismo monopolista, los Estados del Tercer Mundo reclamaron la «creación de condiciones para la expansión del comercio entre países con similar nivel de desarrollo».18 En 1961, un grupo de Estados latinoamericanos, africanos y asiáticos creó (dentro de «un clima de ayuda mutua», según la Organización Afro-Asiática de Cooperación Económica) diversos marcos organizativos encaminados a la institucionalización de mercados comunes regionales. La CEPAL y la Oficina de Estudios para la Colaboración Económica Internacional contribuyeron a establecer las bases para la creación de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (y del Pacto Andino, en 1969). Trece Estados francófonos fundaron la Unión Afro-Malgache. Argelia, Ghana, Guinea, Malí,

Marruecos y la República Árabe Unida firmaron la llamada Carta Africana ese mismo año en Casablanca, en virtud de la cual crearon un mercado común, el Banco Africano de Desarrollo y la Unión Africana de Pagos. Y la Organización Afro-Asiática de Cooperación Económica llamó a la formación de un mercado común afro-asiático. Todas esas iniciativas pretendían unificar el poder económico y político del Tercer Mundo para configurar nuevas formas de comercio que paliaran la desigualdad creada por la explotación imperialista.

Los Estados del Tercer Mundo ejercieron presión para que se creara una institución de la ONU dedicada a poner en práctica el programa tercermundista. Si el GATT ya se había convertido en el instrumento del Primer Mundo, el Tercero quería su propio contrapeso. La UNCTAD fue justamente ese instrumento, y Presbisch, su primer secretario general. Ciento veinte países asistieron a la primera conferencia en Ginebra y, finalmente, serían 77 los que formarían el llamado G-77, un gran bloque de naciones plebeyas que actuaron unidas, bajo la dirección de Prebisch, tanto en el seno de la ONU como en otros foros. En Ginebra, el G-77 pidió un aumento de las exportaciones hacia los mercados del Primer Mundo, una mejora de los precios de las materias primas, una financiación compensatoria y una política arancelaria discriminatoria (a su favor) con fines igualmente compensatorios. La UNCTAD y su G-77 adjunto unieron sus fuerzas a las de motores intelectuales tan formidables como los reunidos en la Administración de las Naciones Unidas para el Desarrollo Económico (formada en 1949 siguiendo las directrices de V. K. R. V. Rao, presidente de la Subcomisión de Desarrollo Económico de la propia ONU) y el SUNFED (formado en 1953 como una institución de reparto de «ayuda blanda» y que concedía subvenciones para la inversión en capital sin contar con apoyo alguno del Primer Mundo). Estos grupos dedicados al desarrollo económico del Tercer Mundo contaban también con aliados en la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (la FAO) y, tras 1966, en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (el PNUD). La UNCTAD desafió el poder de las grandes empresas globales del Primer Mundo y su supuesto «derecho de pernada» sobre los productos del mundo recientemente descolonizado.

En 1963, en las Naciones Unidas, los Estados del Tercer Mundo impulsaron una resolución para la obtención de «recursos financieros más adecuados en términos favorables» a fin de facilitar la puesta en práctica del programa de Prebisch. Aquella maniobra se inspiraba en las amplias reivindicaciones formuladas en Bandung para que se produjera un aumento de la «inversión de capital extranjero» siempre

que este viniera sin condiciones añadidas y pudiera suponer «una contribución valiosa» al desarrollo social y económico de las nuevas naciones.[19] Y es que los compromisos de inversión desinteresada brillaban más por su reiterado incumplimiento que por su observancia.

El Primer Mundo se sintió ofendido por la creación de la UNCTAD. El gobierno de Estados Unidos solo tenía ojos para el GATT, el FMI y el Banco Mundial como instrumentos del desarrollo. El GATT permitía que el Primer Mundo gozara de ventaja en el comercio interestatal; el FMI hacía posible que los bancos primermundistas sobrevivieran bien a los bajones en ingresos fiscales de las naciones deudoras, y el Banco Mundial diseñaba unos modelos de desarrollo que beneficiaban a las grandes corporaciones monopolistas. Los «sicarios económicos» de esas organizaciones viajaban a las naciones oscuras, redactaban informes en los que recomendaban un desarrollo tecnológico elevado, discurrían préstamos de bancos del Primer Mundo para los países pobres, se traían consigo a empresas constructoras primermundistas para instalar infraestructuras que excedían la capacidad que realmente necesitaban aquellas naciones y, de paso, cargaban a los gobiernos de estas con una deuda económica que, luego, trataban de recobrar en el terreno político. La UNCTAD acercaba los Estados del Tercer Mundo a los foros donde se discutían esas cuestiones; por el contrario, el GATT, el FMI y el Banco Mundial tendían a mantenerlos apartados y preferían el concurso de tecnócratas que aplicaran sus recetas sin discutirlas ni negociarlas.

El Primer Mundo impulsó su propia agenda programática en materia de desarrollo, en la que se incluían todas las peculiaridades de la teoría de la modernización, amén de la noción de la «ayuda externa». El gobierno estadounidense y sus fundaciones sin ánimo de lucro satélites ofrecían fondos para el desarrollo, pero con una cuidadosamente calibrada tasa de retorno para el propio Estados Unidos. El presidente norteamericano del Banco Mundial, Eugene Black, lo comentó sin ambages: «Nuestros programas de ayuda exterior constituyen un beneficio nada desdeñable para las empresas estadounidenses. Concretamente, tres son los beneficios principales de la ayuda exterior: 1) proporciona un mercado sustancial e inmediato para los bienes y servicios de Estados Unidos, 2) estimula el desarrollo de nuevos mercados internacionales para las empresas estadounidenses, y 3) orienta las economías nacionales hacia un sistema de libre empresa en el que las compañías norteamericanas pueden prosperar».[20] El gobierno estadounidense, además, proporcionó ayuda no solo para fines económicos, sino también para

la adquisición de material militar. En 1951, el secretario de Estado norteamericano Dean Acheson comentó que «la asistencia económica y técnica debe ser suficiente para sostener los programas militares y para abordar algunos de los problemas de debilidad fundamentales allí donde el armamento por sí solo no sirve de defensa».[21] Los cañones predominaban sobre la mantequilla, no porque en el trópico se tuviera una sed de sangre más salvaje que en otras latitudes, sino porque los principales suministradores de ayuda (Estados Unidos y Europa) preferían que esta ligara las nuevas naciones a pactos militares específicos. El hecho de que esos aliados se convirtieran finalmente en repúblicas bananeras tuvo tanto que ver con el envío de ese armamento como con la supuesta tendencia de las culturas locales a favorecer los liderazgos fuertes.

El régimen de ayuda externa impuesto por el Primer Mundo impulsó a la URSS y a la República Popular China a emprender con aquel una especie de «guerra fría» por el suministro de la ayuda. Si uno de los bloques decidía prestar asistencia a un país del mundo recientemente descolonizado, el otro acudía inmediatamente a ofrecer algo de su parte también. El Tercer Mundo empezó entonces a jugar a enfrentar a los dos bandos entre sí para obtener toda la asistencia posible de ambos, pero esa estratagema solo sirvió para desviar atención y energías del programa de transformación sistémica que impulsaban la UNCTAD y el G-77. Además, ni la URSS ni China tenían acceso al ingente arsenal financiero con el que el Primer Mundo, mucho más rico, sí contaba. La URSS se dedicaba a promocionar su exitosa transformación de la sociedad mayoritariamente agrícola y feudal heredada del periodo zarista en una superpotencia industrializada, una transformación impulsada no por el mercado, sino por la planificación socialista. Pero la Segunda Guerra Mundial fue devastadora para el tejido industrial soviético y, tras la contienda, la riqueza perviviente se dedicó a la reconstrucción de la URSS y de los países de su recién fundado Pacto de Varsovia. Cuando el Primer Mundo se introdujo en el negocio de la ayuda externa, la URSS (pese a su desventaja) decidió que no podía quedarse demasiado atrás en ese terreno. Así que, si bien la ayuda de la URSS al Tercer Mundo nunca ascendió a más de un 15% del comercio exterior soviético, buena parte de las interacciones de Moscú con el mundo de las excolonias fueron en forma de trueque, de intercambios bilaterales no monetarios y de cooperación industrial. La URSS también intercambió productos tecnológicos (incluidos armamentos) por materias primas y bienes de consumo, pero sin la carga adicional que suponían las deudas en divisas para los países tercermundistas. La entrada de la URSS en ese

terreno supuso una presión adicional para Estados Unidos y Europa: la ayuda se convirtió en una parte más de la partida de ajedrez global que jugaban soviéticos y norteamericanos.

Eso no significa que la URSS y Estados Unidos tuvieran políticas idénticas en materia de comercio exterior, sino, simplemente, que sus efectos en el Tercer Mundo eran similares. Ni la ayuda procedente de Estados Unidos ni la soviética ayudaron a remediar el problema estructural detectado por Prebisch: el de la desfavorable relación real de intercambio que padecían los países tercermundistas y la dependencia que aquella engendraba. La URSS, dentro de los límites del Consejo de Ayuda Económica Mutua (el Comecon, formado por Cuba, Mongolia y Vietnam, además de los satélites soviéticos de Europa oriental y la propia URSS), proporcionaba ayuda y compraba bienes a precios razonables. Un estudio bien documentado del comercio realizado entre la URSS y la Europa del Este bajo los auspicios del Comecon reveló que la Unión Soviética suministraba principalmente materias primas y productos agrícolas de bajo valor relativo a cambio de la maquinaria europea oriental. En este caso, pues, era la Europa oriental la que dirigía el comercio, mientras que la URSS representaba el papel del exportador de productos de valor bajo. La del «subsidio soviético» era una realidad incómoda para otros países, concretamente, para aquellas partes del Tercer Mundo que habían adoptado la senda socialista (como Cuba). Se trataba, además, de una subvención que venía acompañada de sus propias condiciones (como, por ejemplo, la dependencia de las exportaciones soviéticas en una amplia gama de productos).

En 1957, el marxista estadounidense de origen ruso Paul Baran publicó *La economía política del crecimiento*, obra en la que demostraba la futilidad de la ayuda externa y de la estrategia de la industrialización por sustitución de importaciones. «Lejos de servir de motor de la expansión económica, el progreso tecnológico y el cambio social, el orden capitalista en esos países ha representado un marco de estancamiento económico, tecnología arcaica y atraso social».[22] La mayoría de voces críticas con Baran arremetieron contra su premisa de partida: la de que las economías del Tercer Mundo se habían desarrollado ya hasta alcanzar el estadio del capitalismo monopolista y, por consiguiente, cualquier ayuda procedente del exterior no haría más que fortalecer al capitalista, sin contribuir a desarrollo social alguno. Los debates sobre este tema arreciaron en las revistas radicales de la época hasta el punto de convertirse en el principal punto de desacuerdo entre revolucionarios. Puede que Baran exagerara un poco su tesis y el papel del capitalismo monopolista dentro de las naciones

oscuras, pero su crítica contra la implementación de la estrategia del crecimiento sí era oportuna. La ayuda externa (tanto la capitalista como la comunista) hacía que las élites dominantes de los países receptores ganaran tiempo usando ese dinero para impedir las transformaciones sociales necesarias. Había una vía más sustancial para el crecimiento que pasaba por la destrucción de las relaciones sociales feudales y por la socialización de la producción. Aquellas élites parasíticas aceptaban la lógica de Prebisch porque, con ella, salían beneficiados sus propios intereses de clase, pero no porque sirviera realmente para mover a sus sociedades hacia el socialismo. Las clases dominantes en cada una de esas sociedades adquirían infraestructuras y maquinaria obsoletas y de tercera a los Estados industriales avanzados y pagaban muchos dólares por ellas. En Gran Bretaña, por ejemplo, muchas empresas interesadas en actualizar su maquinaria (e incluso sus fábricas al completo) las vendían a filiales suyas ubicadas en países como la India. Una vez cerrada la compraventa, enviaban aquellas máquinas oxidadas a la India como si fueran nuevas y ponían al día sus propias infraestructuras productivas en las Islas Británicas. La industria india, pues, financió algunas de las renovaciones de instalaciones fabriles británicas durante la década de 1950. Y semejante fraude tuvo lugar siguiendo la dinámica de la sustitución de importaciones.

Muchos decenios más tarde, Prebisch acabó reconociendo esa importante limitación del orden propugnado por el proyecto tercermundista: «Creíamos que la aceleración de la tasa de crecimiento solucionaría todos los problemas. Esa fue nuestra gran equivocación». Lo que se necesitaba, además de crecimiento, eran «cambios en la estructura social»: de hecho, «una transformación social completa».[23] Uno de los diversos medios de transformación social que ocupaba un lugar prioritario en la agenda programática del Tercer Mundo, pero se encontraba en los últimos puestos en cuanto a su implementación real, era la reforma agraria. En las Naciones Unidas, los Estados del Tercer Mundo hicieron público su compromiso con la reforma agraria en varias ocasiones, pero cada una de esas veces pidieron estudios ampliados y asistencia técnica a organismos diversos de la ONU, como la FAO:[24] desde la resolución de diciembre de 1952 hasta la de diciembre de 1960 y más adelante incluso, la Asamblea General de las Naciones Unidas pidió sistemáticamente estudios y asistencia adicionales, pero poco más. En el seno de la ONU se hablaba a menudo de reforma agraria y, de vez en cuando, se debatía el uso distorsionado o, incluso, corrupto de los excedentes, pero apenas se le dio importancia a este o al conflicto entre las

diferentes clases sobre tal uso (y sobre la plusvalía que se arrancaba de los trabajadores). El principal problema estribaba en reunir capital para el desarrollo del Tercer Mundo y la postura de Prebisch ignoraba o minimizaba la importancia, además, del efecto fundamental del capital financiero sobre la economía mundial. Los problemas estructurales del latifundismo, las luchas de clase internas y el mejor uso del excedente económico que ya se producía en aquellas economías nacionales, así como el problema de la plusvalía sustraída a los trabajadores durante el funcionamiento normal del capitalismo, rara vez se sometían a debate en las Naciones Unidas. Bastaba con mostrarse críticos con el Primer Mundo, una estrategia que servía de escudo a las burguesías nacionales para defenderse de las críticas contra su propia ausencia de imaginación y su falta de sacrificio. Dicho de otro modo, la teoría y las políticas del desarrollo ponían el énfasis en el crecimiento económico como fin en sí mismo, sin incorporar una reflexión sobre la equidad.

Teherán

Un millón de dólares. Con eso le bastó a la CIA en 1953 para derribar a un gobierno nacionalista. El hombre de Langley en Teherán era Kermit «Kim» Roosevelt, nieto de Teddy, el expresidente estadounidense. Roosevelt, que tenía órdenes de expulsar del poder al gobierno democráticamente elegido del Frente Nacional dirigido por Mohamed Mosadeq y restaurar al sah de Irán, esparció el dinero y aguardó a que surtiera el efecto deseado. El ejército, la aristocracia y otros sectores de clases sociales ascendentes entraron en acción y derrocaron a un gobierno que había hecho volar la imaginación del pueblo iraní. El sah regresó a palacio y allí permaneció hasta ser derrocado por un golpe de signo distinto en 1979.

Mosadeq tenía ya una larga carrera tras de sí en la política iraní cuando el pueblo de su país lo llamó a liderarlo en 1951. Ese año, el parlamento de Irán, el Majlis, nacionalizó la industria petrolera local, propiedad hasta entonces de la Anglo-Iranian Oil Company (una compañía petrolera anglo-iraní que era «anglo» porque representaba los intereses ingleses, e «iraní» simplemente porque de allí extraía el petróleo). Cuando el primer ministro, que se había opuesto a la nacionalización, fue asesinado, el parlamento recurrió a Mosadeq para que dirigiera el proceso a partir de ese momento. La popularidad de Mosadeq y de su Frente Nacional obligó al sah a aceptar la Ley de Nacionalización del Petróleo. El nuevo primer ministro suprimió a los ingleses de la fórmula y fundó la Compañía Petrolera Nacional Iraní, la primera empresa de petróleos nacionalizada de los países petrolíferos (para los Oficiales Libres egipcios esta sería una gran fuente de inspiración).



Teherán, Irán, febrero de 1979: La Revolución Iraní. Luchadoras fedayines comunistas se instruyen en el uso del combate armado en la Universidad de Teherán. (© Alain Keler *Sygma* Corbis.)

Los gobiernos británico y estadounidense no quisieron dar su brazo a torcer, el sah se negó a entregar el control del ejército al parlamento y Mosadeq dimitió de su cargo. La población salió entonces a las calles del país y las llenó a rebosar: eran personas procedentes de todos los partidos políticos y miembros de todos los sectores de la intelectualidad iraní. El Partido Tudeh (heredero del Partido Comunista, fundado en 1920) tenía 25.000 militantes, mientras que su federación sindical asociada aseguraba contar con 335.000. La influencia del Tudeh irritó a los dirigentes estadounidenses, que plantearon al líder del Frente Nacional la siguiente disyuntiva: o aplastar a los comunistas (aceptando la ayuda de Estados Unidos y permaneciendo en el poder) o caer bajo la influencia soviético-comunista. El 2 de mayo de 1953, Mosadeq, en un gesto que ponía de relieve la superficialidad del apoyo que la clase social que él mismo representaba prestaba al nacionalismo y a la soberanía nacional (un apoyo limitado al nivel mínimo esencial que

permitiera a sus miembros conservar su dominio y su vida de lujo), escribió una carta dirigida al presidente Dwight D. Eisenhower en la que el primer ministro doblaba la cerviz: «Acepte, por favor, Sr. presidente, estas muestras de mi mayor respeto».[1] Temeroso de los soviéticos, Mosadeq aplastó al Partido Tudeh y, con ello, destruyó a los defensores mejor organizados de la soberanía iraní. A continuación, él mismo caería víctima de un golpe orquestado por el representante de la CIA y por un aliado mucho más fiable para los estadounidenses: el sah.

El sah envió al exilio a decenas de miles de comunistas y de miembros del Partido Nacional, y mató a millares de militantes y simpatizantes de ambas familias políticas. El Tudeh (palabra que significa «masas») vio reducido su tamaño por la fuerza bruta, pues sus miembros acabaron en la clandestinidad, en las cárceles del sah o en Europa, donde se reconstituyeron como grupo. El partido, en definitiva, quedó paralizado por el golpe. La URSS lo ignoró casi por completo y prefirió hacer toda clase de concesiones ante el sah, deseosa de pacificar un Estado limítrofe y de obtener acceso a su petróleo (a pesar de la estrecha relación entre Estados Unidos y la máxima autoridad iraní).

Del Tudeh se marcharon en su momento intelectuales desafectos, entre los que se contaban las mejores figuras de las letras persas. Entusiasmados con el fenómeno Mosadeq y con la posibilidad de instaurar un nacionalismo socialmente justo (garantizada en aquel momento por la presencia de un Partido Tudeh fuerte), escribieron manifiestos, poemas, relatos breves y diatribas para la ocasión. El impulso que acompañó a la ascensión de Mosadeq alivió la asfixia cultural impuesta hasta entonces por el imperialismo y la aristocracia feudal, e incluso tras la restauración del sah continuó aquella productividad cultural en el terreno del nacionalismo. Los intelectuales y los trabajadores culturales que habían actuado guiados por el anticolonialismo, el antimonarquismo y la combatividad del movimiento Tudeh se reagruparon a comienzos de la década de 1950 en organizaciones de pequeño tamaño. Una de ellas fue Niru-ye Sevum (la Tercera Fuerza), encabezada por Jalil Maleki, que había abandonado el Tudeh en 1947. Maleki abrió y allanó el camino que otros seguirían en los años inmediatamente siguientes. Todas estas personas despreciaban el capitalismo del Primer Mundo y el socialismo del Segundo, y buscaron cobijo temporal al amparo del Frente Nacional de Mosadeq, aunque no se fiaran de las dudas y el conservadurismo de aquel partido burgués. Eran fundamentalmente trabajadores y trabajadoras culturales a quienes desagradaban por

igual las jerarquías de la economía de mercado norteamericana y la árida monotonía de la burocracia socialista de la era Jruschov. Como artistas que eran, anhelaban disponer del espacio necesario para que su espíritu pudiera vagar en libertad y ninguna de aquellas dos opciones les procuraban una vía de salida para dejar atrás al sah.

Aquel marcado énfasis en la libertad y la justicia social atrajo a un nutrido grupo de seguidores de entre las filas de la intelectualidad iraní que no sentían lealtad alguna hacia la realeza y cuya fidelidad hacia un partido político cada vez más lastrado por su atención a las necesidades de la política exterior soviética era más bien escasa. Las revistas de Maleki recogían debates imaginativos sobre el tipo de modernidad imaginado por esa Tercera Fuerza, que era también el del Tercer Mundo. En 1955, una de esas publicaciones, *Nabard-e Zendegi*, incluyó un poema titulado «Llamamiento a las armas», de Forugh Farrojzad:

> Oh, mujer iraní, solo tú has permanecido ligada por las ataduras de la crueldad, la desdicha y el infortunio.
> Tu cálido y acogedor pecho ha amamantado al hombre orgulloso y presuntuoso.

Tu gozosa sonrisa ha infundido
vigor y calor en su corazón.
Para esa persona, creación tuya,
el favoritismo y la superioridad son una vergüenza.
Mujer, actúa, porque hay un mundo
que te espera y te llama.2

Pese a la profusión de plomizos discursos, debates económicos y temas organizativos que atestaba sus páginas, las publicaciones periódicas nacionalistas también dejaban espacio para los poemas, los relatos, los dibujos y las fotografías. Había que imaginar y pensar concienzudamente la «nación» en el plano político, económico y cultural. La imaginación tuvo, pues, un papel considerable en la construcción de las naciones, sus Estados y, evidentemente, del Tercer Mundo en su conjunto. Los relatos de humillación y esperanza, los poemas de desesperación y revolución: todos ellos formaron parte de aquella masiva producción de la imaginación que se plasmó en los textos de la liberación nacional. Los versos de Farrojzad eran típicos en ese sentido: en ellos vemos el encomio a las mujeres iraníes por sus soterrados esfuerzos cotidianos, la condena al patriarcado por su rechazo de las mujeres/madres que han creado el mundo y el «llamamiento a las armas» lanzado a las mujeres para que den a luz a un nuevo tipo de orden. En esos tres momentos (el elogio, la condena y el grito de guerra) se encierra la estructura básica del relato de la liberación nacional, dedicado a registrar el pasado y a exigir un compromiso con el futuro.

Los poderosos versos de Farrojzad inspiraron un extenso debate en Irán y, tras su prematura muerte a los treinta y dos años, la poetisa se convirtió en todo un icono para quienes querían cuestionar los límites de la modernidad iraní. El por entonces director de *Nabard-e Zendegi*, Jalal Al-i Ahmad, toda una eminencia de las letras persas, tenía en gran aprecio la obra de Farrojzad, pese a sus diferencias con la autora. Al igual que Maleki, Al-i Ahmad había militado en el Partido Tudeh durante la fase más productiva de este (1944-1948), pero posteriormente, entre 1951 y 1953, apoyó al gobierno de Mosadeq. El regreso del sah y las críticas abiertas de Al-i Ahmad contra la monarquía le valieron el papel de líder de la intelectualidad desafecta. Al-i Ahmad sustituyó la inutilidad de la acción militante combativa durante ese periodo por el carácter expansivo de la imaginación. Por aquella época, produjo un considerable volumen de relatos breves en los que contraponía la corrupción y la implacabilidad de la monarquía a la sencilla sabiduría del folclore y del olvidado pueblo de Irán. Escribió una serie de cáusticas novelas

sobre el «subdesarrollo» de la sociedad iraní y sobre la sensación de impotencia a la que se enfrentaba el intelectual. ¿Qué debía hacer un maestro, por ejemplo, cuando la esperanza prometida por la educación y la transferencia cultural resulta a todas luces insuficiente en un mundo tan jerárquico y desigual? Esa crisis del maestro en una sociedad subdesarrollada (en la que los alumnos y las alumnas van a clase descalzos porque no tienen zapatos, por ejemplo) venía a ser un reflejo de la contradicción principal que se le presentaba al Tercer Mundo en el terreno de la cultura: comprometido con la idea de una sociedad y una cultura igualitarias, pero sumido en un contexto de inmensa desigualdad, ¿cómo podía aceptar el maestro su posición de «superioridad» sobre su alumnado? Ese era un problema que también surgía en el ámbito de la relación entre el sufragio y el alfabetismo (sobre la que me extenderé más a fondo un poco más adelante): todo el mundo debía tener derecho al voto con independencia de su nivel de alfabetización, pero, por otra parte, las personas tenían que estar alfabetizadas para ampliar sus identidades sociales y políticas.

De todos modos, resultaba mucho más sencillo concentrarse en una ofensiva general contra el imperialismo cultural que detenerse demasiado en el más apremiante problema de los valores expansivos y las realidades antiigualitarias. De ahí que Al-i Ahmad no sea tan recordado hoy en día por su sutilidad a la hora de plantear cuestiones importantes relacionadas con los trabajadores y las trabajadoras culturales como por las páginas y páginas que escribió entre 1961 y 1962 contra lo que su amigo Ahmed Farid había denominado *gharabzadegi* (o «occidentosis»). Invitado por el gobierno iraní a presentar una ponencia ante el Congreso sobre el Objetivo de la Educación Iraní, Al-i Ahmad ofreció un largo manifiesto sobre el derrumbe de la dignidad de Asia, África y América Latina ante la arremetida de Europa. Este último continente no solo había conseguido conquistar, colonizar y remodelar la economía política de los otros tres, sino que había sido capaz además de hundirlos en una crisis cultural. Esa crisis constituía el tema de la vehemente crítica de Al-i Ahmad.

De «Occidente», según Al-i Ahmad, había venido la enfermedad de la occidentosis. Europa se autoproclamaba superior tanto material como moralmente: su fortaleza material no necesitaba presentación alguna y ese gran avance material conformaba la base de su herencia moral y cultural. Europa tuvo una Reforma, un Lutero, una Ilustración, una Revolución Francesa y una Revolución Industrial. Cada uno de esos eslabones se seguía del que lo precedía en la cadena. Si el resto del mundo quería avanzar e industrializarse, también

debería pasar por su propia Reforma. Escritores como el mexicano Octavio Paz así lo creían: «No tuvimos ningún Kant, Voltaire, Diderot, Hume».[3] A su juicio, si México hubiera contado con semejantes figuras y movimientos, no padecería la pobreza relativa que padece.

Al-i Ahmad sabía que aquella era una forma de invertir los términos reales del problema. Una Reforma no lleva a una Revolución Industrial; de hecho, concebir la historia cultural y económica de ese modo supone pasar por alto el robo de la riqueza de América que cometió Europa a mayor gloria del Viejo Continente y el desarrollo del liberalismo europeo como fenómeno relacionado con la degradación de los derechos de la población de las colonias. Muy en la línea del concepto de subdesarrollo con el que se trabajaba en la CEPAL, Al-i Ahmad describió el mundo como un planeta hendido entre «dos polos o extremos. [...] Uno de ellos es el de los ahítos (los ricos, los poderosos, los fabricantes y exportadores de manufacturas). El otro es el que se les ha dejado a los hambrientos (los pobres, los impotentes, los importadores y consumidores). El ritmo del progreso late en la parte del mundo que está en ascenso, y el pulso del estancamiento, en esa otra parte moribunda del planeta».[4]

Aunque Irán jamás había sido formalmente una colonia, pertenecía al pelotón de los hambrientos. De hecho, buena parte del mundo que se hallaba situado en ese polo había conservado una independencia formal durante la era del colonialismo. América del Sur y algunas islas del Caribe eran ya políticamente independientes desde principios del siglo XIX, y sectores enteros de África siguieron siendo reinos o Estados libres durante todo ese periodo, como también lo fueron China y la mitad (aproximadamente) de la India. La conquista colonial solo supuso una parte de la dominación general que el imperialismo europeo y estadounidense ejerció sobre el planeta. Las empresas petroleras inglesas (o, cuando menos, un inglés, William Knox D'Arcy) dominaban los yacimientos petrolíferos de Irán desde 1901 y el petróleo seguía siendo a mediados de siglo la principal exportación de aquella extensa (y nominalmente independiente) nación. El gobierno de Irán sufragaba la infraestructura para la extracción del petróleo y recibía a cambio una miseria del cártel de las petroleras. No en vano fue la lucha de Mosadeq por el petróleo la que le valió el afecto de las masas.

Lo que la élite iraní hacía con esa pequeña participación que percibía de los beneficios procedentes del petróleo tenía desconcertados a los intelectuales como Al-i Ahmad. Según estos, la élite (liderada por la aristocracia) importaba mercancías absurdas, incluidos armamentos. Al-i Ahmad culpaba a la élite de tan egoísta

consumo, pero para él la palma de las culpas se la llevaba el sistema imperialista. «En cuanto entregamos el control económico y político del país a los intereses foráneos —se quejaba él— estos saben bien qué vendernos, o, como mínimo, qué no vendernos. Como, naturalmente, tratarán de que les compremos sus manufacturas a perpetuidad, lo que les interesa de verdad es que tengamos permanente necesidad de ellas y que Dios guarde muchos años las reservas de petróleo. Ellos se llevan el petróleo y nos dan lo que queramos a cambio: desde sopa hasta frutos secos, incluso cereales. Este comercio forzoso se hace extensivo incluso a los asuntos culturales, las letras, el discurso».[5] La élite iraní, como gran parte de la élite parásita del mundo poscolonial, cuidaba su sentido estético copiando el «sublime» gusto europeo. Los sistemas educativos y los medios de comunicación, además de los proveedores culturales, no *enseñaban* a la población las costumbres y tradiciones propias de esta. El imperialismo había resquebrajado y partido la relación orgánica entre esas dinámicas. La interrupción de los vínculos entre las diversas clases provocó la creación de una abismal brecha estética y socioeconómica. La aportación de Al-i Ahmad a la eliminación de ese abismo fueron sus etnografías, aun cuando ni siquiera estas se sustrajeron a un intento característicamente colonial de preservación de herencias y patrimonios en detrimento del establecimiento de vínculos entre dominadores y dominados.

La crítica general contra el imperialismo cultural quedó circunscrita dentro de un ámbito social bastante estrecho porque solo la élite o los sectores urbanos tenían acceso a los elementos simbólicos y materiales que se introducían en el Tercer Mundo (algo que, como es lógico, ha cambiado desde la llegada y la difusión de la televisión). Dado que la inmensa mayoría de la población no se podía permitir los productos culturales reales de Carnaby Street y Madison Avenue, o de Hollywood o la Sorbona, el problema de la importación de esos artículos y productos no constituía necesariamente un dilema *de masas*. Lo que Al-i Ahmad relataba, pues, era el problema conceptual: el hecho de que la gente de «Oriente» continuase considerándose inferior a la de «Occidente». El avasallador poder militar e industrial de «Occidente» produce la inmensa alucinación de que lo que ese Occidente hace es Historia con mayúsculas y de que solo eso importa, mientras que el resto de mortales están condenados a permanecer en una especie de estupor cíclico, asombrados y paralizados. Ese era el hecho que Al-i Ahmad quería que el Tercer Mundo reconociera.

Esa crítica no era original del propio Al-i Ahmad. La mayor parte del Tercer Mundo produjo trabajadores y trabajadoras culturales que

llegaron a la misma conclusión: algunos en forma de ira poética; otros mediante el análisis abstracto. En la década de 1930, surgieron al menos dos corrientes de regeneración de las naciones oscuras: del Atlántico negro francófono salió la idea de la *négritude*, que sugería la necesidad de confeccionar una nueva identidad a partir de los seriamente diezmados recursos culturales de África y de que la renovada confianza de los africanos en sí mismos por su condición de negros impulsara sus propios proyectos; de Brasil, por su parte, llegó la idea de que las ciencias sociales harían posible un desarrollo económico valioso y positivista, que generaría a su vez una personalidad brasileña dotada de una renovada seguridad en sí misma. Hacia la década de los cincuenta, esos dos proyectos críticos se hallaban ya unidos en líneas generales en el trabajo de los trabajadores culturales del Tercer Mundo. En 1950, Aimé Césaire, una de las figuras más destacadas del movimiento de la *négritude*, publicó su *Discurso sobre el colonialismo*, en el que hacía participar a esas dos consideraciones de una especie de diálogo mutuo. La mayoría de esos trabajadores y trabajadoras culturales habían seguido su carrera dentro (o en el entorno) de su partido comunista nacional, desde el que se alentaba una estética que no se apartara de los intereses materiales de las masas. La economía y la imaginación, pues, no se aventuraron lejos la una de la otra. A fin de cuentas, Césaire era una figura destacada también del Partido Comunista Francés ya a mediados de la década de 1940, y al tiempo que llamaba a la regeneración espiritual del mundo poscolonial, no dejaba de instar igualmente al desarrollo económico de las excolonias.

Las contradicciones y las oportunidades planteadas por esos desafíos y cuestionamientos surgidos en la década de 1930 se pusieron de relieve en una conferencia celebrada en 1956 en París con la intención de promocionar la revista *Présence Africaine*. Los escritores más influyentes del Atlántico negro se reunieron allí para impulsar esas ideas (entre ellos estaban Léopold Senghor, Césaire, Richard Wright y Frantz Fanon). Alioune Diop, fundador y director de *Présence Africaine*, dio la bienvenida a los delegados: «Si para la mente no europea, el encuentro de Bandung ha sido el acontecimiento más importante desde el final de la guerra, me aventuro a afirmar que este Primer Congreso Internacional de Escritores y Artistas Negros será considerado por nuestros pueblos como el segundo gran evento de la época».[6] El lema central de la conferencia fue que la «cultura» importa y que el compromiso con el desarrollo cultural era un aspecto central del proyecto poscolonial, aun cuando no pudiera haber tal compromiso sin una valoración previa del papel de la cultura en el

subdesarrollo económico. El análisis insistía en el lugar central que ocupaba lo cultural incluso con el hambre asomando por el horizonte (después de todo, los debates económicos solían descansar sobre estereotipos culturales que convenía suprimir). Varias de las exposiciones y charlas allí presentadas optaron por la salida más fácil: sus ponentes invertían los valores del colonialismo e introducían matices y tonos diversos de nativismo. Europa podía ser descartada de entrada, según ellos, porque las respuestas para África y para otras zonas del mundo similares se hallaban en sus propias tradiciones autóctonas. Esa caricatura pasiva de la *négritude* fue la que le valió la burla de los pensadores más radicales (como fue el caso de Fanon en esa misma conferencia de 1956) y militantes (como los luchadores anticoloniales del África bajo control portugués y de otros territorios durante la segunda conferencia, la de 1969, celebrada en Argel). Las tradiciones autóctonas podrían aportar su granito de arena a la solución, pero la mayoría de trabajadores culturales coincidían en opinar que eran insuficientes frente a los problemas planteados por el imperialismo.

La mayoría de las ponencias y presentaciones (y de todos los análisis culturales procedentes del Tercer Mundo, a decir verdad) trataban de mantener un difícil equilibrio entre la cosificación de la división entre colonizadores y colonizados, y el tratamiento dialéctico de esta. Incluso alguien tan hábil como Césaire contempló la posibilidad de seguir la primera de esas rutas, antes de que su análisis lo arrastrara hacia la segunda. El colonialismo, apuntó Césaire, aplasta la confianza de los colonizados en su propia cultura. Los colonizadores denigran el mundo cultural de los derrotados y, con ello, empobrecen la idea misma de la cultura para todos. El colonialismo interrumpió la interacción dinámica entre las formas culturales y la vitalidad de la cultura, y elevó la cultura y el patrimonio cultural de Europa a un pedestal, a resguardo de toda influencia e interacción. Desde ese punto de Arquímedes, Europa podía permitirse juzgar y diseccionar a las demás culturas. Pero las complejas formas culturales de Europa y de las naciones oscuras no podían llegar más que a convivir unas al lado de las otras, «yuxtapuestas, pero no armonizadas». Los objetos culturales llegan e interactúan, pero no se dan forma unos a otros. «Los elementos foráneos son vertidos en ese suelo, pero siguen siendo extranjeros. ¡Cosas del hombre blanco! ¡Costumbres del hombre blanco! Objetos que existen junto a los nativos, pero sobre los que los nativos no tienen poder alguno». Inodoros con cisterna, Rembrandt, los tipos móviles: todas estas cosas llegan y son usadas, pero no se entrelazan con la cultura viva de los colonizados. La dicotomía

paraliza la historia; las personas coinciden con las máquinas, puede incluso que las utilicen, pero son incapaces de integrarlas en sus vidas.

La visión dicotómica de la cultura dio origen a la idea, según Césaire, de que el nacionalismo anticolonial estaba dominado por «fuerzas oscurantistas que se enorgullecían de revivir formas medievales de vida y de pensamiento».[7] Pero ¿tan alejada estaba esa noción de la realidad? A fin de cuentas, varios chovinismos de diversas clases habían empezado a brotar ya por entonces en diversos puntos del mundo poscolonial (por ejemplo, en 1972, el ugandés Idi Amín expulsó a los indios del país —una política que tenía en los disturbios antiindios de Kampala y Jinja de 1945 y 1949 su antecedente directo—, y en 1969, Malasia sufrió unos atroces disturbios antichinos —resultado directo de los sentimientos chovinistas presentes en el movimiento de liberación malayo de la década de 1940—). Además, y aun sin llegar a los extremos del chovinismo, circulaba también una cierta fantasía cultural que idealizaba a aquellos y aquellas que se conservaban tradicionales, que no habían sido tocados aún por la modernidad y que, por consiguiente, eran los auténticamente nacionales. Diop, por ejemplo, ofreció un ejemplo de ese tipo a los asistentes a la conferencia: «El mismo pastor fula cuyo conocimiento de su flora y su fauna locales nos deja asombrados por su precisión acaba seguramente participando con sus compañeros en certámenes poéticos con los que nos brindan un espectáculo reconfortante. Pero es que, además, tiene un apasionado sentido de la historia de su pueblo, un lúcido y justificado amor hacia los héroes de su pasado, un sólido conocimiento de los clásicos de su cultura y una familiaridad natural con las condiciones y las leyes económicas que rigen su existencia».[8] Pero ese singular y, al mismo tiempo, omnipresente pastor constituía en realidad una peligrosa fantasía. Las comunidades que se negaron a abandonar sus costumbres y se mantuvieron así al margen del funcionamiento de la economía de mercado y de los complementos y accesorios de la sociedad de consumo acabaron recibiendo una doble ración simultánea de romanticismo y ostracismo. Estas minorías «tribales» se convirtieron en objetos de fascinación nacional al tiempo que sus tierras pasaban a ser áreas abiertas a la extracción predatoria de materias primas. La región amazónica, el Bihar meridional, el altiplano centroamericano o las tierras bajas centroafricanas: en todos esos casos, los regímenes nacionalistas gobernantes idealizaron a estos grupos tribales y los desposeyeron de sus tierras y bienes sin solución de continuidad (o los confinaron a reservas que recibieron la denominación eufemística de parques nacionales). Los trabajadores y

las trabajadoras culturales que manejaban una noción dicotómica de cultura no realizaron la necesaria crítica de los estereotipos coloniales. En muchos casos, abundaron en estos últimos, no para vilipendiarlos, sino para celebrarlos. Los «tribales», o los campesinos rurales, eran así un símbolo de la nación, pero no habitantes de esta. Permanecían fuera de ella para ser confinados o convertidos, pero, en ningún caso, para ser considerados ciudadanos de pleno derecho.

Césaire se alejó de la naturaleza antinómica de ese análisis, aunque solo fuera parcialmente. Y es que las culturas, según él, son poderosas y, por lo tanto, tienen «suficiente poder regenerativo para adaptarse a las condiciones del mundo moderno».[9] Los británicos, por ejemplo, inundaron la India de té cuando ya no pudieron absorber todas la exportaciones chinas; en apenas una generación, el té pasó a ser la bebida básica del subcontinente. Aquellos debates en París se celebraron en francés, por citar otro caso. Estos pedestres ejemplos nos muestran que las dicotomías no son estáticas y que los mundos culturales están vivos y abiertos a la absorción, el cambio y el dinamismo. Aun así, no conviene exagerar la flexibilidad de la cultura, pues las elevadas murallas del privilegio y el poder hacen que algunas culturas *parezcan* muertas. Una civilización tiene que «sentirse» viva y esa vivacidad subjetiva es la que la dota del «poder para *dejar atrás el pasado*». Las sociedades colonizadas solo cobran vida y, por lo tanto, están listas para ser remodeladas cuando experimentan el trance de una gran convulsión social, como es la de la lucha anticolonial. Césaire ofrecía dos ejemplos de ello: el primero, tomado de Túnez, donde el nuevo gobierno nacionalista nacionalizó las propiedades de los habu y abolió la poligamia, y el segundo, de la India, donde el nuevo gobierno nacionalista convulsionó el estatus tradicional de las mujeres. En ambos casos, la potencia colonial no tomó partido por la justicia y fue el régimen nacionalista el que empezó a crear un cambio cultural.[10] Para desarrollar la fórmula dual que proponía Césaire para las culturas (las cuales o bien se hallan «yuxtapuestas pero no armonizadas», o bien cobran vida mediante la lucha), examinemos más detenidamente los tres grandes procesos sociales del mundo moderno: el nacionalismo, la democracia y el racionalismo.

En general, los Estados del Tercer Mundo rechazaron la idea de nacionalismo surgida de la historia de Europa, donde cada burguesía local construyó su nacionalismo para crear fronteras y mercados diferenciados en torno a los que consideraban unos indicadores o marcadores culturales comunes, como la lengua, la historia y la raza. El Tercer Mundo, desde Indonesia hasta Guatemala, adoptó la idea de la multiplicidad (el lema nacional de Indonesia es *Bhinneka Tunggal*

Ika o «Unidad en la diversidad», lo que no deja de ser una aproximación pluralista a la diferencia; la solución guatemalteca residió en el fomento del «mestizaje» o la hibridación cultural: todas ellas son maneras diversas de enfocar la multiplicidad, lo que no significa que siempre dieran adecuada cabida a las poblaciones minoritarias). Los nuevos Estados adoptaron una perspectiva multinacional, sabedores de que sus países eran culturalmente diversos. Esa fue una medida *práctica*; muchos de los nuevos Estados se erigieron sobre sociedades mixtas en el plano cultural que no podían ser fácilmente homogeneizadas. Por supuesto, la mayoría de ellos adoptaron una o, a lo sumo, dos lenguas nacionales oficiales, pero tuvieron que reconocer forzosamente la existencia (e incluso apoyar la pervivencia) de múltiples idiomas en su territorio. En ocasiones, los intentos de supresión de una o más comunidades culturales se tradujeron en la formación de movimientos separatistas, como sucedió con los karen en Birmania o los ashanti en Ghana. La tendencia general, no obstante, fue la de aceptar la imposibilidad de reproducir lo que Kemal Ataturk había hecho en Turquía: heredar complejidad e imponer y casi conseguir uniformidad (de hecho, la lucha de los kurdos de Turquía viene a demostrar que incluso allí tal estrategia fue un fracaso).

La adopción del plurinacionalismo fue una medida pragmática, pero también fundamentada en unos *principios*. En la conferencia fundacional de la Unesco de 1945, el delegado cubano Luis Pérez habló con añoranza de las políticas educativas nacionales basadas en un espíritu plurinacional. «Debería fomentarse la diversidad y no la uniformidad —dijo— pues la supresión de las diferencias y de las tendencias renovadoras en el terreno educativo sería una catástrofe para el mundo».[11] Los regímenes coloniales habían tratado de dividir a sus poblaciones subyugadas para dominarlas mejor; en la India, coronaron a «príncipes» y elevaron a ciertas castas; en Irak, promovieron a algunos jeques; y en las tierras árabes y en África, los dirigentes coloniales sacaron provecho de los líderes de algunas tribus y avivaron los «instintos» tribales.[12] Frente a esto, los políticos e intelectuales nacionalistas buscaron la base histórica del pluralismo político en, por ejemplo, la detección de unas «culturas compuestas» y de unas tendencias sincréticas entre las culturas de sus pueblos. Eso significaba que el Estado plurinacional tendría que *evocar* aquella dinámica histórica de hermandad entre grupos y, al mismo tiempo, *producirla* mediante la adopción de una política oficial de diversidad en materia religiosa (laicismo), racial (antirracismo) y lingüística (plurilingüismo). La perspectiva plurinacional cuestionaba una

extendida tesis racista según la cual: 1) las naciones oscuras solo podían ser «primordiales» porque la sangre y la costumbre reducían la imaginación de ciertas personas, y 2) solo podían estar vinculadas al clan y a la comunidad de creencias, y no a un nacionalismo republicano cuya esencia fuera tan anticolonial como populista.

En ese terreno, al menos, los movimientos nacionalistas del Tercer Mundo absorbieron la idea del nacionalismo y la digirieron conforme a los ritmos y las exigencias de sus diversas historias. Fanon, que había tenido conocimiento de primera mano de la regeneración cultural en Argelia, desarrolló la segunda corriente de la alternativa dual que Césaire proponía para desarrollar el programa del nacionalismo. Al igual que este, Fanon sostenía que el periodo durante el que se prolongaba la lucha nacionalista permitía que un pueblo se replantease las formas feudales legitimadas hasta entonces por el colonialismo. Quienes se embarcaban en tales luchas de liberación, a diferencia de quienes emprendían luchas de conquista, no sentían necesidad alguna de justificarse basándose en burdos conceptos biológicos. La potencia colonial intenta movilizar hasta la última idea de su arsenal racista a fin de hundir la moral del nacionalismo, pero con cada uno de esos intentos, va menguando la presunta superioridad del colonizador. El pueblo, antaño sometido, es el que pasa entonces a determinar el ritmo del cambio. «Quienes antes estaban inmóviles, esos cobardes congénitos, esos seres perezosos a quienes siempre se los ha tratado como inferiores, se ponen manos a la obra y se alzan enfurecidos». Entonces, el gobernante colonial no entiende qué ha pasado. «El fin del racismo comienza con esa súbita incomprensión». En última instancia, el final del colonialismo significa «la liberación de la cultura rígida y espasmódica de los ocupantes» y su apertura a la cultura de los colonizados. «Las dos culturas pueden así mirarse de frente, enriquecerse mutuamente». En lugar de volverse introspectiva y distanciarse de Europa y de otras referencias, la cultura nacionalista explora otras culturas tomándolas como fuentes.[13] La liberación reside, pues, en la lucha, o, como mínimo, el proceso de lucha nacional aporta energías a la cultura nacional, que, de ese modo, puede cobrar vida y crecer. Fanon exageró la ausencia de racismo o de movilización de nociones de origen biológico en los movimientos de liberación nacional. El orgullo nacional o el patriotismo suelen derivar fácilmente por la senda del desagradable lenguaje del racismo o la exclusión. Pero, si bien lo que Fanon descubrió en su momento no puede considerarse una regla fundamental, sí constituye, al menos, una tendencia.

Para sus proponentes, la idea del plurinacionalismo era una

hipótesis idealista. Esperaban que los pueblos se respetaran mutuamente (diversidad) y que, dado que sus mundos culturales ya coincidían y se solapaban en muchos puntos, supieran (y tuvieran que) tolerarse sus diferencias (cultura compuesta). Pero, más aún que eso, la gran expectativa que se tenía desde el proyecto nacional era que la construcción de mercados e instituciones educativas anulara el posible efecto dominante de las diferencias sobre la vida social. La unidad de conjunto (la identidad nacional) desbancaría las demás identidades sociales sin subvertirlas. La identificación con el proyecto nacional podría llegar a ser más importante que las identidades sedimentadas heredadas de cada persona. De todos modos, en ese (por lo demás) encomiable proyecto liberal, había un problema que sus propugnadores no habían sabido reconocer: una mentalidad favorable al mayoritarismo. Resulta siempre más sencillo que la mayoría demográfica de una sociedad pida la postergación de las identidades, pues, a fin de cuentas, los elementos culturales centrales de ese grupo más numeroso acaban filtrándose inevitablemente en la cultura nacional resultante (por ejemplo, a la hora de decidir qué fiestas religiosas se incorporan al calendario estatal de días festivos, o qué lengua debe ser la oficial del Estado, o cuál de las versiones enfrentadas de la historia del país debe explicarse en las escuelas públicas). La cultura no es un juego de suma cero y los historiadores serían perfectamente capaces de escribir versiones enfrentadas de una misma historia, así que este no tiene por qué ser un problema inherente a la construcción de las naciones. Pero, por otra parte, para las comunidades minoritarias que se sentían ya víctimas de un fuerte asedio, siempre resultaba más difícil ignorar voluntariamente la significación social de sus identidades. La idea plurinacional tenía un gran atractivo para ellas, en parte, porque *no* era mayoritarista en esencia, pero, por otro lado, sí presentaba problemas, ya que no había afrontado como era debido el mayoritarismo accidental de la cultura nacional.

Para producir o evocar el espíritu del plurinacionalismo, el Estado-nación tenía que reunir una historia y una estética. En la mayoría de países, los gobernantes coloniales ya habían recopilado en su momento archivos de su acción de gobierno y de lo que la había precedido, así como museos y bibliotecas que concentraban el registro material y simbólico de la sociedad nativa. Tras la marcha de aquellos, había pasado a ser tarea de la intelectualidad nacional el estudio de tales archivos, la adición de nuevos datos y ejemplares, y la reinterpretación de todos ellos bajo una nueva luz. La mayoría de las nuevas naciones añadieron un buen número de instituciones dedicadas

a formular, confeccionar y difundir la historia, el arte y, de hecho, la autopercepción de la nación. La Sahitya Akademi de la India, la Autoridad Pública del Libro en Egipto y el Consejo Nacional de Investigación ghanés ejemplifican ese intento de la nueva nación de crear grandes instituciones nacionales y bien financiadas para el desarrollo cultural. La creación del canon cultural vino acompañada de la difusión de este por medio de bibliotecas móviles, campañas de alfabetización, grupos teatrales, proyectores de cine portátiles, y emisoras y aparatos de radio.

Había que crear cánones, sí, pero ¿cuál iba a ser el carácter de estos? Dado su compromiso con la multiplicidad en sentido amplio, la nueva nación tenía que proteger el canon frente al chovinismo. Tenía que promover la idea de la cultura compuesta o una cierta tendencia inherente al sincretismo. Evidentemente, en la narrativa resultante acababa colándose una cierta actitud defensiva (que, por cierto, no auguraba nada bueno para los valores liberales que, por lo demás, daban forma a tal empresa). Así, por ejemplo, Césaire ofrecía el siguiente compendio de las aportaciones de las naciones oscuras al conjunto de la humanidad: «A saber, la invención de la aritmética y la geometría por parte de los egipcios. A saber, el descubrimiento de la astronomía por parte de los asirios. A saber, el nacimiento de la química entre los árabes».[14] Pese a esa ansia por demostrar el valor del mundo colonizado, Césaire deja entrever su universalismo, pues no solo arrima el ascua a la «sardina» del Atlántico negro, sino también a las de los árabes, los asirios y otros pueblos.

El canon nacional tenía que incluir las prácticas y las esperanzas culturales de todas las comunidades de una nación, y tenía que incluir también las interconexiones con los mundos culturales de otros Estados-nación. En la conferencia fundacional de la Unesco de 1945, los delegados coincidieron en ese punto de vista: «A nuestros hijos ya no se les debe enseñar a pensar exclusivamente en términos de la gloria de su propio país; deben concebir a su país como una simple unidad más ubicada en (y dedicada al servicio de) un todo más amplio: el de un Estado mundial».[15] En la Conferencia de la Solidaridad de los Pueblos Afro-Asiáticos celebrada en 1958, el chino Chu Tu-Nan expuso un informe sobre el intercambio cultural en el que detalló muchas de las conexiones históricas entre África y Asia, desde el contacto egipcio-mesopotámico de la Antigüedad hasta los habituales viajes de los navíos chinos a África a principios de la Edad Moderna. Describió también el terriblemente difícil tránsito de los racionalistas budistas y árabes que viajaron a lo largo y ancho de esa vasta geografía, desde el Mediterráneo hasta Malasia y desde la India

hasta Japón. Luego, hizo referencia a la Ruta de la Seda, que, «cual colorido lazo, ligó la vida cultural de los chinos a la de los pueblos de Oriente Medio y Próximo». Aquella arteria cultural no solo movió personas y bienes, sino también semillas y animales, flores y frutas, ideas y sueños.

En Bandung, los intelectuales y los líderes nacionalistas del Tercer Mundo quisieron poner de nuevo en marcha esa dinámica, pero «no a partir de sentido alguno de exclusividad o de rivalidad con otros grupos de naciones y con otras civilizaciones y culturas». La motivación tenía que venir de una «ancestral tradición de tolerancia y universalidad» cuyo propósito fuera el de «enriquecer la cultura propia y ayudar al mismo tiempo al fomento de la paz y la comprensión mutua en el mundo».[16] La sección en la que tuvo lugar ese debate tenía el significativo título de «Cooperación cultural» (no «pureza» cultural ni presentación cultural). Con ese fin, las naciones afro-asiáticas celebraron varias conferencias de escritores afro-asiáticos (Nueva Delhi, 1957; Tashkent, 1958; El Cairo, 1962, y Beirut, 1967) y varias semanas del cine asiático (la primera de ellas en Pekín, en 1957). Paralelamente a esos encuentros, los escritores publicaban *Lotus*, la revista del Movimiento de Escritores Afro-Asiáticos, y seleccionaban un relato cada año para otorgarle un galardón: el Premio Lotus. En América Latina, la creación en 1959 de la Casa de las Américas en La Habana bajo los auspicios de la revolucionaria cubana Haydée Santamaría proporcionó un lugar de encuentro para los artistas latinoamericanos similar a las conferencias culturales afro-asiáticas.

Una de las vías de avance, según señaló la delegada india ante la conferencia de la Unesco, Rajkumari Amrit Kaur, consistía en la traducción de libros —tanto clásicos como modernos— a todas las lenguas. El deseo de buscar un aprecio transnacional por los patrimonios culturales respectivos ilustra lo mejor del nacionalismo del Tercer Mundo. La cultura de una nación tenía que estar viva y tenía que ser complementada con elementos tomados de los recursos culturales de otras. Los contactos y las conexiones suministraban el oxígeno necesario para una cultura. La Sahitya Akademi de la India, por ejemplo, no solo se dedicó a verter novelas de un idioma indio a otro, sino que también tradujo novelas y compilaciones de relatos breves de todas partes del mundo. El Tercer Mundo tenía obras y autores favoritos: los poemas de Pablo Neruda, las novelas de Mulk Raj Anand y los relatos breves de Lu Xun, por ejemplo. La lista de libros que traspasaban las barreras lingüísticas tenía aires decididamente masculinos. Pocas de las obras innovadoras escritas por

mujeres hallaron traductores antes de la década de 1970. Algunos ejemplos fueron: *La trampa* (de Magda Portal, Perú, 1954), *Le soif* (de Assia Djebar, Argelia, 1957) y *El sol brilla sobre el río Sangkan* (de Ding Ling, China, 1947, que adquirió bastante popularidad en el Segundo Mundo tras ganar el Premio Stalin). Portal no solo escribió la maravillosa *La trampa*, sino que también fue cofundadora del partido peruano APRA junto con Haya de la Torre, y fue autora de tratados feministas socialistas poco conocidos como *Hacia la mujer nueva* y *El aprismo y la mujer* (1933). En su crítica del imperialismo, Al-i Ahmad arremetió contra la excesiva concentración de los iraníes en las «noticias sobre el Premio Nobel, el nuevo papa, Françoise Sagan, el festival de cine de Cannes, el último estreno teatral en Broadway o la más reciente película de Hollywood». Pero con esa crítica no perseguía exaltar la autorreferencia nacional, sino todo lo contrario. Él, en realidad, se preguntaba: «¿Qué noticias vemos de nuestra parte del mundo o del este en el más genérico de los sentidos? ¿O de India, Japón o China?».17 Además, y dado que el suyo no era un nacionalismo introspectivo, tradujo al persa obras de las literaturas francesa y rusa, incluyendo las de autores como Fedor Mijailovich Dostoyevski, Eugène Ionesco, André Gide, Jean-Paul Sartre y Albert Camus. Al-i Ahmad también escribió descripciones elegíacas de sus viajes a Estados Unidos, la Unión Soviética, Arabia Saudí y, curiosamente, Israel.

Los Estados del Tercer Mundo incorporaron la idea del nacionalismo sin apenas esfuerzo alguno. Produjeron una versión novedosa del sentimiento de pertenencia nacional que permitió que la idea del plurinacionalismo mantuviera una relación orgánica con los nuevos Estados. La relación entre la absorción de la democracia y el alfabetismo, dos conceptos aliados entre sí, se integró en la gramática social del Tercer Mundo con igual facilidad. A nivel ideológico, todo Estado tercermundista adoptó la idea de la democracia como fundamental para sí mismo (incluso los regímenes antidemocráticos se autojustificaron recurriendo al vocabulario de la democracia). Como las alegaciones de atraso cultural habían servido de excusa en su momento para el dominio colonial, los movimientos nacionales tendieron a defender su derecho al autogobierno aduciendo su propia madurez cultural. El debate sobre la idoneidad de la extensión del sufragio perdió, pues, su hipotética relevancia: todo el mundo obtendría el derecho al voto, independientemente de su nivel de alfabetización y su estatus social. La mayoría de las nuevas naciones no necesitaron ningún movimiento sufragista para ello, pues la población obtenía el sufragio universal ipso facto. Ahora bien, la

cuestión del derecho al voto (y la democracia liberal en general) contribuyó a traer a un primer plano la cuestión del alfabetismo.

En la conferencia de 1958 en El Cairo, el delegado sudanés Mohamed Ahmed Mahgub hizo el siguiente anuncio: «Todos los individuos que hayan alcanzado la mayoría de edad [deben] disfrutar del derecho sin reservas a elegir a sus candidatos al parlamento y a ser elegidos como tales».[18] El pueblo debía tener el derecho a ejercer el sufragio fuera cual fuera su nivel de educación formal, pero el Estado tenía que fomentar dicha educación para aumentar el alfabetismo cultural y político de la población. La reivindicación del acceso a la palabra escrita (al alfabetismo) venía envuelta en el mismo paquete de la victoria conseguida en el terreno del acceso al voto (al sufragio). El analfabetismo no era producto de la estupidez de la población, sino de la falta de oportunidades que esta había padecido y todavía padecía. Había que proporcionar educación. La Unesco y otros organismos internacionales sostenían que las campañas de alfabetización debían ir acompañadas de campañas masivas por la justicia social. Se motivaba a la gente con campañas que abordaban sus quejas y agravios cotidianos, y, precisamente, en ese tipo de campañas, era donde las nuevas naciones integraban el proyecto del alfabetismo. Dicho de otro modo, la articulación de democracia y alfabetismo en esa clase de nacionalismo anticolonial no se circunscribió meramente al plano del sufragio: siempre tuvo que ver también (y, en algunos casos, únicamente) con el desarrollo social en general. En 1965, Teherán albergó la Conferencia Mundial de Ministros de Educación sobre la Erradicación del Analfabetismo, de la que surgió un compromiso general a mantener el vínculo entre las campañas de alfabetización y los proyectos de desarrollo socioeconómico concretos. Ese mismo año, presionada por los Estados industriales avanzados, la Unesco modificó sus estrategias de financiación, que pasaron a centrarse más estrictamente en la formación educativa. Aun así, la combinación entre las estrategias innovadoras seguidas en el interior de las nuevas naciones, por un lado, y las iniciativas de la Unesco, por el otro, redujeron espectacularmente el analfabetismo en todo el planeta; en 1950, según la propia Unesco, dos de cada tres hombres y una de cada dos mujeres sabían leer en algún idioma: en 1995, el 80 % de los hombres y el 70 % de las mujeres estaban incorporados al mundo de la palabra escrita.

Existía un motivo adicional que hacía imperativos la educación y el alfabetismo, y era la necesidad reconocida por la mayoría de intelectuales (como Al-i Ahmad y Césaire) de que sus sociedades se pusieran rápidamente al día con la Ilustración. Tal vez hubiera que

buscar los orígenes de la racionalidad y el racionalismo en muchas sociedades distintas, pero lo cierto es que Europa era la que había experimentado el desarrollo intelectual más completo conforme a esas líneas. Desde la ciencia del yo individual hasta la de la naturaleza, la vida intelectual europea estaba imbuida de escepticismo hacia las verdades heredadas (incluida la religión) y había configurado una serie de métodos empíricos y teóricos para entender el mundo. Al-i Ahmad y otras figuras reconocían esto, como también sabían que sus propias sociedades no se podían permitir ignorar el auge y la extensión del racionalismo en el mundo. Desde ciertas posturas defensivas, muchos de esos autores, incluido Césaire como ya vimos anteriormente, se aprestaron a recordar que el crecimiento del racionalismo en Europa había obedecido a una herencia cultural cuyo rastro original podía seguirse hasta las tradiciones de muchos pueblos de tez más oscura (así, por ejemplo, decían ellos, no podría haber habido matemáticas sin las contribuciones india y árabe, y los chinos inventaron por su cuenta los explosivos y otros muchos procesos químicos). Una versión más burda de esta actitud defensiva se concretaba en la tesis según la cual cada mundo cultural (y, en este terreno en concreto, religioso) contaba con su propia ciencia, de manera que había una ciencia islámica, una ciencia cristiana, una ciencia hindú, *etc.* Peor aún era la teoría que apuntaba que la ciencia moderna no era más ni menos que la ciencia antigua (una perspectiva que venía a invalidar el progreso como tal). La Ilustración planteaba para la intelectualidad del Tercer Mundo el reto, no ya de aceptarla, sino de cómo asumirla. Al-i Ahmad concibió tal asunción como un proceso de *rushanfekri*, es decir, como una manera de entender el mundo que no inculcaba «la obediencia ciega ni el temor a lo sobrenatural», sino que hacía hincapié en la capacidad del individuo social «para elegir y para ser libre y responsable».[19]

En cuestión de investigación científica y tecnología, los regímenes de las nuevas naciones adoptaron el legado de la ciencia de la Ilustración sin discutir sus implicaciones culturales. Pero esa actitud era insuficiente, según estas otras voces intelectuales. «La historia ha condenado al mundo a caer presa de la máquina», señaló Al-i Ahmad, y, por lo tanto, la pregunta que cabía hacerse era la de «cómo acudir al encuentro de la máquina y la tecnología».[20] ¿Cuál es el mejor modo posible de compatibilizar la máquina con la *rushanfekri*, es decir, con la «ilustración» entendida con arreglo a la historia cultural de Irán o de cualesquiera otras naciones? Cuando Césaire se refirió a la relación entre la cultura europea y las nativas como una yuxtaposición, antes que como una armonización, ya nos podíamos imaginar que hablaba

de la máquina. Al-i Ahmad advirtió —al igual que otras muchas voces que apuntaban en ese mismo sentido— que la máquina no era neutra. El colonialismo trajo la mecanización a espacios cuyas gentes no habían sido preparadas para ella por su propia historia cultural; además, la máquina y la mecanización eran instrumentos de transformación cultural. Una máquina está imbuida de formas culturales; el tractor, por ejemplo, cambia la relación de los agricultores con sus campos y con los demás agricultores, y modifica también la posición del arado en su cosmología. El tractor nunca dejaba intactas las demás relaciones sociales. Ahora bien, ¿traía el tractor consigo, en sí mismo, la revolución cultural de siglos y siglos que transformó los campos europeos en fábricas y que barrió las pequeñas explotaciones agrícolas favoreciendo las grandes agroempresas y reduciendo al granjero familiar a mero bracero agrícola?

Por otra parte, no interrogarse lo suficiente por el papel de la cultura y el pensamiento específicos de un lugar implicaba una falta de consideración por las ecologías locales y por la capacidad de estas de producir ciertos cultivos y de mejorar el regadío a través de métodos particulares. El saber de cada lugar era el resultado de la acumulación histórica de los conocimientos sobre los terrenos locales y sus capacidades. El hecho de que tales enciclopedias de la localidad vinieran acompañadas de las jerarquías sociales de las castas y los clanes no excluía que se pudiera aprender mucho de aquellas tradiciones para aplicarlo a la producción democrática. La mayoría de los nuevos Estados también experimentaron con sus propios métodos de organización comunales y no industriales (desde los pueblos autosuficientes del gandhismo hasta las colectividades *ujamaa* tanzanas, los regímenes tercermundistas probaron diferentes formas de organización socioeconómica y cultural que abjuraban de la máquina en un sentido u otro). Pero salvo en unos pocos sitios, estos fueron más una excepción (o incluso, como dirían los cínicos, un escaparate) que una regla. Sí sirvieron para que muchos se plantearan cuestiones como la sostenibilidad y la equidad, o la prioridad del derecho del ciudadano al progreso sobre el derecho a progresar por encima del ciudadano. El grueso del orden social vivía en la máquina y se desarrollaba en torno a ella, y tendió a ignorar esas advertencias.

Al-i Ahmad y sus contemporáneos (incluido Alí Shariati, que se inspiró tanto en aquel como en Herbert Marcuse) solo pudieron decir que el dilema estribaba en qué hacer con la máquina. Tras formularse él mismo esa pregunta, Al-i Ahmad apuntó lo siguiente a modo de queja o advertencia: «La máquina debería servirnos naturalmente de

trampolín, de manera que pudiéramos subirnos a ella y saltar lo más lejos posible gracias a su rebote ascendente. Hay que tener la máquina y hay que construirla. Pero no hay que dejarse esclavizar por ella, no hay que morder su anzuelo. La máquina es un medio, no un fin. El fin es abolir la pobreza y poner el bienestar material y espiritual al alcance de todo el mundo».[21] Acto seguido, Al-i Ahmad avisaba de la capacidad de la máquina para reglamentar la vida cotidiana (lo que Sharati denominó «maquinismo»). «La conformidad en el lugar de trabajo —escribió Al-i Ahmad— conduce a la conformidad en el partido y el sindicato, y esto mismo conduce a la conformidad en los cuarteles, es decir, con la maquinaria de guerra». Si no se reconstruye de manera decisiva el modo de operación de la máquina, la cadena de montaje se convierte en el origen mismo del militarismo fascista.[22] Si la máquina domina la vida, la cultura pasa a estar a su merced y todo tiene que obedecer su mando. Hay que domesticar a la máquina; hay que convertirla en parte del tejido de la cultura dinámica de un lugar. De los capitalistas y los teóricos de la modernización, el filósofo libanés y presidente de la Asamblea General de la ONU, Charles Malik, dijo en una ocasión: «Carreteras, embalses, eficiencia y la sonrisa de los gobernantes: eso es lo único que les importa. Pero el espíritu, la libertad, la alegría, la felicidad, el hombre... en eso jamás se piensa. El objetivo es un mundo de técnicos perfectos, no un mundo de seres humanos (y menos aún de seres divinos)».[23] Para asumir el control de la cultura, es necesario hacerse con el control de la máquina, y «desarrollarse» significa hacer eso mismo (desarrollarse) tanto en el plano económico como en el cultural.

Nacionalismo, democracia y racionalismo: la raíz del dilema de los intelectuales del Tercer Mundo estribaba en cómo crear una nueva identidad propia en las nuevas naciones. Cada una de sus sociedades contaba con amplios recursos para rellenar esa personalidad idiosincrásica, pero también eran sabedoras de la necesidad de articular una nueva relación con «Occidente». Al-i Ahmad no pedía un regreso a una cultura inmaculadamente iraní o, ni siquiera, al islam como base de solidaridad para la constitución de la subjetividad del nuevo iraní.[24] Su afecto por el chiismo plebeyo indicaba que lo que él buscaba era una nueva personalidad iraní en los propios recursos culturales de su sociedad. En 1969, año en el que Al-i Ahmad murió (o fue asesinado por el servicio de inteligencia del sah, el SAVAK), su esposa, Simin Daneshvar, publicó una extraordinaria novela, *Savushun*. Ambientado en la década de 1940, el libro narraba la historia de Zari, una mujer que luchó contra el imperialismo, las desigualdades agrarias y el sofocante ambiente familiar. Quien da título a la novela

es el héroe de una leyenda popular tradicional (el *Shahnama*) que fue traicionado por su pueblo y asesinado por extranjeros. La recuperación de esas tradiciones conformaba una parte de lo que Daneshvar perseguía con su incursión en el folclore de su pueblo; lo otro que buscaba en este era una fuente de salvación nacional. En un contexto en el que los diversos agentes sociales se hallaban paralizados por el imperialismo y la autarquía, Zari (como otras muchas y muchos) aguardaba con ansia la llegada de un *mahdi*, de un profeta definitivo. Para personas como Daneshvar y Al-i Ahmad, ese nuevo *mahdi* llegaría bajo la forma de un reconstruido movimiento popular. En 1966, Forugh Farrojzad evocó ese anhelo en «Alguien que no es como nadie».

> He soñado que venía alguien.
> He soñado con una estrella roja
> y mis párpados no dejaban de temblar, y mis zapatos no dejaban de cuadrarse, y que me vuelva ciega
> si miento.
> He soñado con esa estrella roja
> cuando no dormía.
> Alguien viene,
> alguien viene,
> alguien mejor.
>
> Alguien viene,
> alguien viene,
> alguien que, en su corazón, está con nosotros, en su respirar, está con nosotros,
> en su voz, está con nosotros.

Alguien cuya venida
no podrá ser detenida,
esposada y encarcelada.

Alguien que ha nacido
vestido con los andrajos de Yahya
y que, día tras día,
se va haciendo más y más grande.
Alguien que viene de la lluvia,
del sonido de las gotas al salpicar, de entre las rumorosas petunias.

> Alguien que llega del cielo
> a la plaza de Tupkhaneh, en la noche de los fuegos artificiales, para extender el mantel,
> y repartir el pan,
> y repartir la Pepsi,
> y repartir el Parque Melli,
> y repartir el jarabe para la tos ferina, y repartir resguardos el día de la inscripción, y repartir a todos números para las salas de espera de los hospitales, y repartir botas de goma,
> y repartir entradas para ver las películas de Fardin, y regalar los vestidos de la hija de Sayyed Javad, y regalar todo aquello que no se vende e incluso darnos nuestra parte.
> He tenido un sueño.[25]

Lo trágico de tan hermosa ansia es que cifra en el destino o la suerte energías que cabría dedicar al *trabajo* que se necesita de verdad para crear ese nuevo *mahdi*. En 1968, Tomás Gutiérrez Alea estrenó su magistral *Memorias del subdesarrollo*. En la película, Sergio Corrieri Hernández interpretaba el papel de un desconsolado burgués a quien, a pesar de sus simpatías por el radicalismo, le resultaba muy difícil reconocerse a sí mismo en la revolución. Ese fue también el dilema de Farrojzad, Daneshvar y Al-i Ahmad, entre otros. Corrieri no tuvo tales problemas. Él siguió actuando en el mundo del cine, pero también trabajó durante casi dos décadas en el Teatro Escambray, una compañía teatral dedicada a representar funciones en el ámbito rural. También accedió al Comité Central del Partido Comunista de Cuba y asumió labores de solidaridad internacional al mismo tiempo que colaboraba con jóvenes activistas de la escena teatral forjando una nueva forma de ser cubanos. También Corrieri anhelaba la venida de un *mahdi* llamado revolución; él puso su vida en el intento de construir ese alguien.

Belgrado

Brijuni fue el Yalta del Tercer Mundo.

En la Conferencia de Yalta, de febrero de 1945, los tres «grandes» originales (Stalin, Roosevelt y Churchill) acordaron el reparto de Europa en previsión de la caída de la maquinaria de guerra nazi. Cada una de las grandes potencias, según pactaron los Aliados, consolidaría sus respectivas «esferas de influencia», ya fueran sobre Polonia (en el caso de la URSS) o Grecia (en el de Estados Unidos y el Reino Unido). El complot de Yalta extendería luego su radio de acción al resto del mundo, ya que vendría a presagiar la actitud que seguirían a partir de entonces esas tres grandes potencias, obligando a cada Estado-nación del planeta a alinearse con uno u otro de los bloques resultantes. La neutralidad o el no alineamiento ni se contemplaban.

En Brijuni, una hermosa isla de la costa norte del mar Adriático, los otros tres grandes (Nasser, Nehru y Tito) se reunieron a mediados de julio de 1956 para analizar las secuelas de la división del mundo en esferas de influencia y para debatir su propio proyecto de configuración de una fuerza no alineada opuesta a la lógica de Yalta. En tiempos, las grandes celebridades del Imperio Austro-Húngaro se refugiaban con cierta asiduidad en la belleza de Brijuni, pero a mediados de la década de 1950, el lugar funcionaba como sede habitual de las conferencias y los congresos organizados por la República Federal de Yugoslavia. Tito ejerció de anfitrión de sus dos amigos, Nasser y Nehru. El trío dedicó tres días al análisis y al debate, pero también a descansar y a conocerse mejor. Revisaron los acontecimientos internacionales, evaluaron los efectos de la Conferencia de Bandung de 1955 y comenzaron a formular un orden del día para la conferencia fundacional de lo que sería el Movimiento de Países No Alineados (NOAL), prevista para 1961 en Belgrado. Durante aquella breve cumbre, se manejó frecuentemente el término «coexistencia pacífica», como ya había sucedido en muchas de las cumbres celebradas entre países del Tercer Mundo en los años inmediatamente anteriores. Entendida como concepto aplicable a aquellos países que no deseaban integrarse en los bloques de ninguna de las dos superpotencias, la coexistencia pacífica gozaba de amplio predicamento entre los renovados gobernantes de las naciones nuevas. Parte de su significado se entendía en negativo, pues aludía a aquellos Estados que no querían aliarse con la URSS ni con Estados Unidos. Pero también expresaba un significado en positivo, pues designaba un principio rector de las relaciones internacionales que renegaba de la

fuerza bruta en beneficio del desarrollo común. En cualquier caso, la retórica superó a las políticas reales. El NOAL produjo toda clase de conceptos (de los que coexistencia pacífica y coexistencia activa fueron ejemplos). Se propuso basar las relaciones internacionales en la moral antes que en la política del poder o en el interés nacional. De hecho, ese fue el gran reto del movimiento... y también su perdición.

Para el Tercer Mundo, la coexistencia pacífica constituía el concepto principal a la hora de organizar los Estados en un mundo nuclear. En vista del apabullante poder de la OTAN y del Pacto de Varsovia en el terreno militar, y del capital financiero en el económico, y a la luz también de la insuficiente reconstrucción social en el interior de sus propios Estados, la mayoría de los dirigentes tercermundistas se contentaron con la mera aureola del término. La retórica de la coexistencia pacífica permitió a las nuevas naciones sustraerse al peso del mundo bipolar, pero no se tradujo necesariamente en una reorganización de esos Estados en sí ni de sus propias aspiraciones regionales. Las potencias atlánticas menospreciaron la expresión ya desde la década de 1940, mientras que los soviéticos, en cambio, la hicieron suya a partir de 1955; esta diferencia permitió a estos últimos ganar cierto predicamento en los auditorios donde se reunían los miembros del recién creado NOAL (aunque, en algunos casos, a expensas de los partidos comunistas autóctonos de los países del Tercer Mundo). Los practicantes de la coexistencia pacífica no deseaban amenazar con cambios entre Estados, así que trasladaron su agenda programática al foro de las Naciones Unidas. La ONU y su democratización se convirtieron así en los objetivos inmediatos del NOAL, que, de ese modo, abjuró de todo intento encaminado a derrocar o, siquiera, a abofetear a ambas superpotencias. Si Yalta presagió la posterior división del mundo, Brijuni y Belgrado auguraron la creación de una asociación que trataría de buscar más espacio para las naciones oscuras, pero no necesariamente para reconstruir el mundo a imagen de estas.

Los tres líderes —Nasser, Nehru y Tito— se habían sabido ganar con creces sus galones anticoloniales, pero las excentricidades personales del último causaron una honda impresión en los otros dos. Nacido en Croacia, Tito había trabajado como sindicalista, había luchado en la Primera Guerra Mundial, había participado en la Revolución Bolchevique, había combatido junto al Ejército Rojo, había ingresado en el Partido Comunista de Yugoslavia, había comandado el Batallón Dimitrov en la Guerra Civil española, había regresado a Yugoslavia para librar una guerra de guerrillas con sus partisanos contra los fascistas y, finalmente, en marzo de 1945, se había

convertido en premier de la federación de las repúblicas socialistas de Bosnia-Herzegovina, Croacia, Macedonia, Montenegro, Serbia y Eslovenia. A las alturas del encuentro de Brijuni, ya había vivido varias vidas, como mínimo. Junto a Nasser y Nehru, Tito se disponía a comenzar otra nueva, como fundador del Movimiento de Países No Alineados. En 1956, Yugoslavia se hallaba ya distanciada de la URSS, y aunque permanecía formalmente encuadrada en el bando socialista, entendía que su futuro no pasaba por seguir siendo un satélite de los soviéticos.

Si bien la Revolución Bolchevique había sacado en su momento a Rusia de la Primera Guerra Mundial en un gesto de antiimperialismo (el nuevo gobierno, por ejemplo, reveló la correspondencia oculta que el régimen imperial mantenía con los regímenes europeos), el Estado soviético bajo la dirección de Stalin mostró una actitud de mucha mayor cautela hacia los nuevos Estados poscoloniales. La Unión Soviética había sido asolada por la guerra. Su presidente, Mijail Kalinin, advirtió al Partido Comunista en agosto de 1945 de que «los peligros de un cerco capitalista [en torno a la URSS] no se habían desvanecido con la desaparición de la Alemania hitleriana». A juzgar por la valoración que Kalinin hacía de la situación, la URSS no podía permitirse relajarse ni buscarse el antagonismo de las hordas que se congregaban en torno a sus fronteras. Ante semejante aprieto, los principales dirigentes de la Unión Soviética ofrecieron dos tesis opuestas: la de que entre Estados Unidos y la URSS era «perfectamente viable» algún tipo de *entente* (según dijo el propio Stalin en diciembre de 1946), y la de que Estados Unidos y sus aliados eran unos «imperialistas voraces» al borde de la derrota ante el avance imparable del socialismo (según lo expresó Andrei Zhdanov en la conferencia fundacional de la Oficina de Información Comunista o Cominform, en septiembre de 1947). La teoría de los dos bandos propugnada por Zhdanov suponía dar prioridad a los partidos comunistas nacionales; sin embargo, y al mismo tiempo, los comisarios de la URSS no dejaban de alcanzar acuerdos con las fuerzas burguesas de los Estados poscoloniales a expensas de los comunistas locales de dichos países. Esta vacilación se hacía especialmente manifiesta en la ambigüedad de la postura soviética con respecto al Tercer Mundo y a la coexistencia pacífica. Tras la muerte de Stalin, la nueva dirección —encabezada por Jruschov y Bulganin— adoptó el principio de la coexistencia pacífica y brindó su apoyo a los regímenes nacionalistas burgueses (a menudo, en contra de los comunistas de sus respectivos países). La escasa claridad de la situación daba a entender que la URSS parecía más favorable a promover sus propios intereses

nacionales que los de los partidos comunistas locales a los que formalmente juraba fidelidad.

Esa, al menos, había sido la experiencia de Yugoslavia. Cuando los partisanos de Tito derrotaron a las fuerzas fascistas, recibieron con los brazos abiertos al Ejército Rojo en suelo yugoslavo. La posterior desconfianza inspirada por la conducta del Ejército Rojo y la falta de apoyo por parte de este ante la invasión angloestadounidense de Trieste en 1945 motivaron la valoración siguiente del propio Tito: «No tenemos deseo alguno de ser dependientes de nadie. No queremos ser calderilla; no queremos implicarnos en ninguna política de esferas de influencia».[1] Los paquetes de ayuda soviética (que favorecían más a Moscú que a Belgrado) y las trabas de Stalin al proyecto de federación entre Yugoslavia y Bulgaria en 1947 desembocaron en la definitiva negativa de los comunistas yugoslavos a convertirse en un satélite soviético en 1948. Expulsada de la Cominform, Yugoslavia se sumó a las tesis del Partido Comunista de Italia, que defendía que cada partido nacional tenía que ser independiente de Moscú sin por ello dejar de mantener fuertes lazos fraternales con el bloque socialista. Mientras soviéticos y yugoslavos se enzarzaban en aquel conflicto, la aviación estadounidense había violado repetidamente el espacio aéreo de Yugoslavia (21 veces durante los tres primeros meses de 1948). Aislados, los yugoslavos recurrieron a los nuevos Estados poscoloniales en busca de ayuda ideológica y material.

La gira que realizó por la India (1954-1955) y Egipto (1955) permitió a Tito sondear las aguas para la formación de algún tipo de alianza sin superpotencias. Yugoslavia envió armas a Egipto y a Birmania, y votó en la ONU a favor del Congo y de Angola: su gobierno recurría a lo que fuera con tal de facilitar una buena relación con las naciones oscuras. Quizás el mejor síntoma de ese propósito lo encontremos en los lazos yugoslavos con el FLN argelino. En 1953-1954, el gobierno de Yugoslavia contactó con el FLN en El Cairo y, desde el momento mismo en que se produjo el levantamiento de los nacionalistas argelinos en noviembre de 1954, empezó a trasladarles toda clase de ayudas y asistencia (incluida una cierta cobertura en la ONU).

Si Yugoslavia se había quedado al margen, en tierra de nadie entre las dos superpotencias, lo mismo podía decirse de Egipto e India. Ni uno ni otro país tenían nada que objetar por principios al sistema defendido por Estados Unidos y Europa. Es cierto que tanto Nehru como Nasser estaban personalmente prendados de los ideales de la URSS, pero ninguno de los dos sentía una predisposición especial a subyugar sus respectivos países a los estrictos principios soviéticos y a

una política exterior como la de Moscú, que había renunciado al universalismo. Pero tampoco Estados Unidos y las potencias europeas supieron ganarse el apoyo de dos países en principio receptivos como eran Egipto e India. El secretario de Estado norteamericano Dulles viajó a ambas capitales en 1953. En el subcontinente sudasiático, Dulles se llevó la impresión de un Nehru «totalmente falto de sentido práctico», al tiempo que agradecía las «cualidades marciales y religiosas de los paquistaníes». Aunque la visita de Nehru a Estados Unidos en 1949 había ido bien, y aunque el régimen indio se había inscrito como miembro de la Commonwealth británica ese mismo año, a comienzos de los cincuenta, era ya evidente que la India no deseaba subordinarse a los intereses estadounidenses. Dulles y el régimen norteamericano querían vincular mediante alianzas a uno de los dos grandes Estados sudasiáticos con EE.UU. a fin de aislar y cercar no solo a la URSS, sino también a la China comunista. Cuando la India de Nehru no accedió, Dulles incorporó a un Pakistán entusiasmado con la idea. El comandante en jefe del ejército paquistaní, el general Ayub Khan, rubricó un acuerdo armamentístico con Estados Unidos. La culminación final del proceso se produciría con el Pacto de Bagdad de 1955, que selló una alianza entre Irán, Irak, Pakistán, Turquía y el Reino Unido, mediada por Estados Unidos.

Ya en tierras árabes, Dulles no supo captar el profundo sentimiento antibritánico del régimen de Nasser (y del grueso de la población). Cuando trató de impresionar al líder egipcio diciéndole que los soviéticos representaban el verdadero peligro para la libertad del país, Nasser replicó: «La población de Egipto tacharía de loco a quien dijera algo así», pues para él era evidente que el problema principal era Gran Bretaña. Dulles regresó indignado a Washington.[2] La coexistencia pacífica y el no alineamiento lo habían exasperado. De hecho, Dulles se negó a emplear el segundo de esos términos y prefirió la palabra neutralismo; como el término en cuestión daba a entender que esos Estados pretendían abstraerse del conflicto principal, Dulles tenía la sensación de que se trataba de «un concepto inmoral y con poca visión de futuro».[3] Aunque la del secretario de Estado norteamericano era una apreciación hecha desde el desprecio, lo cierto es que los propios líderes del Tercer Mundo admitían la vaguedad del marco en el que estaban trabajando. Pero ninguno de ellos proponía que el Tercer Mundo enfocara el conflicto siguiendo la línea adoptada por el neutralismo suizo: la mayoría se esforzaban en enfatizar la necesidad de desmarcarse del conflicto bipolar y, al mismo tiempo, buscar alguna vía para promover un programa alternativo. La suya no era la postura pasiva típica del erizo. Para Dulles, que había

asumido la teoría de Zhdanov sobre los dos bandos, todos esos eran matices puramente académicos. Si un Estado no se subordinaba a los intereses de Estados Unidos y su administración global, era como si se hubiera entregado a la URSS y al comunismo.

Cuando Nasser y Nehru se disponían a abandonar Brijuni, se enteraron de que el gobierno estadounidense había decidido recortar la partida de 200 millones de dólares que había comprometido inicialmente para financiar la presa de Asuán en Egipto (con un presupuesto total de 1.300 millones). Aquel embalse era crucial para los planes egipcios, pues los Oficiales Libres esperaban que ayudara al deprimido sector agrícola del país (un sector que requería una solución inmediata si la república deseaba retener el apoyo de los *fellahines*, los campesinos). Nasser había intentado enfrentar a las potencias atlánticas contra los soviéticos con el propósito de obtener fondos para dicha inversión. Pero también utilizó tal maniobra para sacar partido en otros terrenos no estrictamente productivos: concretamente, para obtener armamento en condiciones más favorables. La oferta de Estados Unidos era menos atractiva, pues imponía restricciones bastante estrictas. El gobierno norteamericano ofrecía solamente ciertos tipos de armas, quería que estas fueran acompañadas de una misión de asistencia militar estadounidense y exigía que la ayuda de Washington para la compra de armamento fuera usada para adquirir material americano de elevado precio (una forma elegante de subsidiar las empresas fabricantes de armas de EE.UU.). Como aquello resultaba inasumible para Nasser, el gobierno egipcio compró armas a Checoslovaquia. Además, Nasser se había negado a sumarse al Pacto de Bagdad y había presionado a los ingleses para que retiraran su base militar de Suez. No es de extrañar, pues, que Dulles despreciara de ese modo al régimen nasserista.

«Nuestra discrepancia con Egipto —señaló un ayudante de Dulles — no estriba en que esté siguiendo una vía "neutral" al no alinearse con el Este ni con el Oeste», como había sido la fijación del propio Dulles. El problema, más bien, era que «Nasser no se deja guiar por ningún supuesto factor de "guerra fría", sino solamente por su propia idea de la preponderancia egipcia: primero, en el mundo árabe; a continuación, en África, y finalmente, en el conjunto del mundo musulmán».[4] La única primacía o preponderancia que el equipo de Dulles estaba dispuesto a contemplar era la de Estados Unidos (en 1947, el gabinete de planificación política del Departamento de Estado escribió: «Aspirar a cualquier cosa que no sea un poder preponderante supondría optar por la derrota. El poder preponderante debe ser el objeto de la política exterior estadounidense»). «Hay que

ver —dijo Nehru refiriéndose al gobierno de Estados Unidos— lo arrogante que es esa gente». «Lo suyo no es una simple retirada —respondió Nasser—, es un ataque contra el régimen».[5] Nada más regresar a El Cairo, el máximo dirigente egipcio decidió recaudar los fondos necesarios para la construcción de Asuán nacionalizando el canal de Suez, todo un símbolo del abuso colonial (que utilizó en su momento a mano de obra egipcia casi gratuita para construir aquella vía navegable de propiedad privada, crucial para las potencias imperiales). Las tasas de paso del canal, pensó Nasser, sumarían el capital suficiente para financiar los planes de los Oficiales Libres. Cuando una fuerza anglo-franco-israelí invadió Egipto en represalia, Tito y Nehru acudieron en ayuda del país norteafricano. Las condiciones objetivas del mundo bipolar y los lazos subjetivos entre esas tres potencias quedaron así confirmados por los sucesos de Asuán y Suez.

En la conferencia de Brijuni, los tres líderes coincidieron en apreciar que las condiciones reinantes en el mundo les dejaban muy pocas opciones y les obligaban a tener mucha paciencia. El comunicado final señalaba que, «mientras estos miedos y aprensiones dominen el mundo, no se podrá establecer ninguna base firme para la paz. Pero, por otra parte, no será fácil que tales temores y aprensiones desaparezcan con rapidez, por lo que habrá que emprender pasos graduales con vistas a su eliminación. Cada uno de esos pasos contribuye a rebajar tensiones y, por consiguiente, ha de ser bien recibido».[6] Un paso gradual de ese tipo era convocar a todas las naciones nuevas de mentalidad más o menos afín que no quisieran ir con los soviéticos ni con las potencias atlánticas. Los gobiernos yugoslavo, egipcio e indio se pusieron manos a la obra con tal fin. Y en 1961, estos «otros tres grandes» daban la bienvenida a Belgrado a los representantes de 22 Estados de África, Asia, América Latina y Europa, allí reunidos para crear el Movimiento de Países No Alineados, una institución que fue creciendo en fortaleza de conferencia en conferencia, en el seno de Naciones Unidas y fuera de él, y que aún sobrevive en nuestros días, aunque sea a duras penas.

La naturaleza de los regímenes que participaron en el encuentro fundacional del NOAL reflejaba a las claras las limitaciones del movimiento. Allí acudieron, rodeados de su fasto correspondiente, monarcas como el emperador Haile Salassie de Etiopía y el príncipe Norodom Sihanouk de Camboya. El hecho de que gobernaran autocráticamente sobre sus respectivas poblaciones parecía ser algo aceptable para las repúblicas asistentes (a fin de cuentas, la India se había integrado en la Commonwealth en 1948 y, con ello, había

aceptado el papel titular del monarca británico como jefe de dicha asociación). Entre los líderes de regímenes republicanos figuraban jefes de partidos nacionalistas burgueses, cabecillas de golpes de Estado y representantes de movimientos nacionalistas de masas. El birmano U Nu y el argelino Ben Yusef se codearon con el indonesio Sukarno, el maliense Mobido Keita y el ghanés Nkrumah, quienes, a su vez, se sentaron junto al ceilanés Srimavo Bandarnaike y al cubano Osvaldo Dorticós Torrado. Muchos de estos dirigentes (como los propios Nasser y Nehru) eran populares en sus países de origen y, aunque contaban con la autoridad conferida por sus diversos órganos nacionales de representación (parlamentos y gabinetes ministeriales), eran además poseedores de personalidades que no admitían delegación. Habían acudido allí con la intención de actuar, pero no les fue posible. Aquel era un grupo variopinto y su diversidad política bastó para que resultara casi imposible generar una postura ideológicamente coherente y unificada para el conjunto del NOAL. El Movimiento de Países No Alineados siguió siendo una plataforma política, una especie de «sub-ONU», pero solo fue capaz de actuar de forma concertada a propósito de dos amplias cuestiones: la defensa del desarme nuclear global y la democratización de las Naciones Unidas.

En agosto, dos semanas antes de la inauguración de la conferencia de Belgrado, los alemanes orientales erigieron un muro de medio a medio de Berlín para impedir una fuga total de cerebros (en 1960, casi 300 dentistas, 700 médicos y 3.000 ingenieros y técnicos cualificados habían huido hacia el Primer Mundo desde la República Democrática Alemana). Hubo movimientos de tropas y las poblaciones de los diversos países implicados empezaron a temerse un próximo derramamiento de sangre. Además, el día anterior al inicio de la conferencia, la URSS probó una bomba de cincuenta megatones («Iván»). U Nu advirtió al NOAL de que los «bloques de las dos potencias están preparados para arriesgarse a entrar en guerra por Berlín», y de que ese incidente, como otros muchos (la invasión de Bahía de Cochinos en abril de 1961, por ejemplo), podría precipitar el conflicto final (nuclear).[7] Los británicos (1952) y los franceses (1960) habían ingresado ya en el club nuclear y, pese a la existencia del OIEA (fundado en 1957), las potencias no tenían especial interés en una posible imposición de restricciones, sino simplemente en la no proliferación. En 1954, Nehru había solicitado públicamente una moratoria formal para los ensayos nucleares, pero su sugerencia fue rechazada. Los Estados del Tercer Mundo habían acudido en varias ocasiones al pleno de la Asamblea General de las Naciones Unidas para pedir el desarme total, pero sin resultado alguno. En fecha

entonces tan reciente como el 1 de octubre de 1960, Ghana, India, Indonesia, la República Árabe Unida y Yugoslavia, las naciones centrales del NOAL, habían presentado una resolución ante Naciones Unidas para instar a Estados Unidos y a la URSS a que reanudaran las conversaciones suspendidas sobre temas nucleares. En junio de 1961, las dos potencias se reunieron en Viena, pero ni una ni otra tuvieron el arrojo suficiente para despegarse de sus arsenales nucleares.

En Belgrado, uno tras otro de los dirigentes de las naciones oscuras se pronunciaron en contra de la lógica del nuclearismo. Pero en aquellas grandilocuentes palabras suyas también se hallaba el reconocimiento implícito de la escasa capacidad de que disponían para influir en las cuatro potencias nucleares (que se mantenían enfrentadas en dos bandos opuestos: el Atlántico frente a Moscú). La única opción que les quedaba era hablar de la «gran fuerza moral» del NOAL.[8] Ese análisis de la fuerza moral de los No Alineados en el mundo bipolar derivó en un resultado político bastante simple: el NOAL envió a cuatro de sus representantes de más alto rango a Moscú y a Washington. Eran portadores de un «llamamiento a la paz» del Movimiento de Países No Alineados para que las superpotencias pusieran fin a su empecinamiento y emprendieran medidas encaminadas en última instancia a un desarme nuclear. Nehru y Nkrumah viajaron al este y Sukarno y Keita, al oeste, con la misma carta (redactada por Nehru): «Tenemos el convencimiento de que dedicados como ustedes dos [Jruschov y Kennedy] están a la causa de la paz mundial, sus esfuerzos en forma de repetidas negociaciones conducirán a una salida al actual punto muerto y permitirán que el mundo y la humanidad trabajen y vivan para la prosperidad y la paz».[9] La arrogancia del tono inicial de la conferencia acabó siendo reemplazada, pues, por la súplica. Que tanto Moscú como Washington formularan promesas vacías en respuesta a esta nos da una idea del valor limitado de las peticiones morales en una era nuclear.

Si un simple ruego como aquel era recibido con condescendencia y archivado sin más, entonces habría que intentar algo diferente. El camino relacionado con esa estrategia pasaba, pues, por generar cierta agitación favorable a la inyección de un mayor nivel de democracia en las instituciones de la ONU, en especial, en el todopoderoso Consejo de Seguridad. Como la mayoría de instituciones, Naciones Unidas arrastraba consigo las marcas idiosincrásicas de su propia historia. En el momento de su formación, América había sido el continente que había suministrado el mayor número de miembros de la organización, porque África y Asia se encontraban entonces bajo el yugo de Europa. Cuando las naciones africanas y asiáticas adquirieron su

independencia e ingresaron en la ONU, su presencia no se tradujo en una remodelación inmediata de las reglas originales y de la composición de los comités. Pero mucho más importante aún era la cuestión del Consejo de Seguridad. Estados Unidos, el Reino Unido, la URSS, Francia y la República de China (Formosa, que posteriormente pasaría a denominarse Taiwán) transfirieron el poder *de facto* del que disponían al acabar la Segunda Guerra Mundial a un poder *de iure* en el seno de las Naciones Unidas. Pasaron a ocupar asientos permanentes en el Consejo de Seguridad y en el Consejo de Administración Fiduciaria, y acapararon los cargos directivos en los órganos auxiliares de la ONU. En el Consejo de Seguridad, solo estas potencias disponían de puestos a perpetuidad que las dotaban de poder de veto sobre las decisiones de la populosa Asamblea General.

La desventaja estructural con la que el Tercer Mundo partía en Naciones Unidas podría haber derivado en una actitud cínica de estos países dirigida a devaluar dicho organismo internacional. En Belgrado, U Nu hizo mención de aquella temida posibilidad para descartarla: «Creemos que el mundo en general (y los países más pequeños, en particular) viviría una particular jornada negra si las Naciones Unidas acabaran corriendo la misma suerte que la Sociedad de Naciones corrió en su día».10 Pero ¿por qué había que salvar a la ONU y por qué debía el Tercer Mundo dedicar sus energías a la democratización de esa organización internacional? A finales de 1948, el ministro de Exteriores yugoslavo, Edvard Kardelj, escribió: «A pesar de los grandes puntos débiles [de las Naciones Unidas], esta organización no deja de ser útil y puede actuar como un importante obstáculo contra quienes estén dispuestos (llevados de sus propios objetivos egoístas) a empujar a la humanidad hacia el precipicio de la catástrofe de una nueva guerra mundial».11 Los Estados africanos, asiáticos y latinoamericanos presentaron borradores de resolución para llevar la democracia a la ONU en 1957, pero no sería hasta 1959 y 1960 cuando la Asamblea General celebraría debates sobre el tema. Delegados de diversos países (desde Guinea hasta Pakistán) reflexionaron sobre la necesidad de que Naciones Unidas se despertara a la historia, modificara su estructura en un momento en el que un gran número de nuevas naciones habían tomado asiento en ella como poderes soberanos, se replanteara las capacidades de veto conferidas a las potencias coloniales y nucleares, y lo hiciera en aras de la justicia, no de la caridad. En 1963, las naciones oscuras propusieron la ampliación del tamaño del Consejo de Seguridad y del Consejo Económico y Social, prestando especial consideración a la representación de dos áreas tan infrarrepresentadas como eran África y Asia (resoluciones de la Asamblea General de la

ONU números 1990 [XVIII], 1991 [XVIII] y 1992 [XVIII]). La resolución 1991 incrementó a diez el número de miembros no permanentes, de los que cinco serían de África y Asia, dos de América Latina, uno de Europa del Este y dos de Europa occidental; ninguno de ellos tendría poder de veto. Así pues, si bien los Estados del NOAL trataron de aportar más democracia a las Naciones Unidas e, incluso, consiguieron expandir el tamaño de los diversos órganos y alzar la voz contra el conciliábulo de Estados que dominaban los procesos de la organización, los avances obtenidos fueron pocos. En cierto sentido, el propio sistema les había cerrado el paso. Aun así, la ONU demostró ser un foro crucial para que el Tercer Mundo planteara cuestiones relacionadas con la barbarie colonial y diera a conocer a escala mundial atrocidades hasta entonces ocultas a través de un medio como la Asamblea General.

Quizás el mejor resumen de los logros del NOAL durante sus primeros tres años de existencia viniera de Amílcar Cabral, líder del PAIGC. Cabral viajó hasta la segunda conferencia del NOAL, en El Cairo (1964), dos años después de que su partido (el Partido Africano para la Independencia de Guinea y Cabo Verde) hubiera adoptado la lucha armada como método de oposición al régimen colonial portugués. El PAIGC no fue el único grupo que dio ese giro hacia las armas. Más al sur, el Movimento Popular de Libertação de Angola (MPLA) se alzó en armas contra los portugueses y, un año después, el Frente de Libertação de Moçambique (FRELIMO) puso en marcha sus actividades guerrilleras. El NOAL dio su respaldo a esos tres movimientos al comprometerse en 1964 a «prestar toda clase de apoyo [a] los luchadores por la libertad que actúan en los territorios sometidos al colonialismo portugués».[12] Cabral reconoció que, aunque la lucha del PAIGC era también «por la coexistencia pacífica y la paz», era evidente que «para coexistir, primero hay que existir, o sea que hay que forzar la retirada de los imperialistas y los colonialistas para que nosotros podamos hacer nuestra contribución a la civilización humana, basada en el trabajo, la personalidad dinámica y la cultura de nuestros pueblos».[13] En su estudio sobre el socialismo y la guerra, el mayor teórico de la coexistencia pacífica, Edvard Kardelj, establecía una distinción entre las guerras de los poderosos y las de los débiles. Las primeras tenían que ser condenadas a toda costa, mientras que las segundas podían ser defendidas según el contexto. Los Estados tenían que estar, en todo momento, «a favor de la paz y en contra de la guerra en un sentido abstracto». Había una diferencia entre la lucha armada dirigida a expulsar al colonialismo y la política de llevar al adversario al borde del abismo de una guerra nuclear (*brinkmanship*) o

la creación de Estados belicistas. Esto último es una violación de la coexistencia pacífica, mientras que el primer caso supone una condición necesaria para esta. Incluso el NOAL, pues, podía promocionar el camino de la lucha armada.

La principal tendencia estratégica del Movimiento de Países No Alineados era hacia la democratización de las Naciones Unidas y su reconstitución como instrumento de la justicia. Cabral sostenía que, a comienzos de la década de 1960, la ONU era «un gigante atado de pies y manos» y que, con «una estructura renovada, unas instituciones democratizadas y una voz fortalecida con la inclusión de todos esos cientos de millones de seres humanos, tal vez pudiera servir a la noble causa de la libertad, la fraternidad, el progreso y la felicidad de la humanidad».[14] A comienzos de diciembre de 1964, el «Che» Guevara trasladó ese mensaje al pleno de la Asamblea General de las Naciones Unidas: «Quisiéramos ver desperezarse a esta Asamblea [...]. El imperialismo quiere convertir esta reunión en un vano torneo oratorio en vez de resolver los graves problemas del mundo; debemos impedírselo. [...] Como marxistas, hemos mantenido que la coexistencia pacífica ente naciones no engloba la coexistencia entre explotadores y explotados, entre opresores y oprimidos».[15] Pocos en el Tercer Mundo discutían esas palabras de Guevara, aun cuando muchos de los políticos de más edad seguramente abogaban por que se emplease un tono más moderado. De hecho, tras la segunda conferencia del NOAL en El Cairo, el Tercer Mundo vivió un periodo de inflación oratoria, especialmente acentuada en la Conferencia Tricontinental de La Habana (1966). Entre comienzos de la década de 1960 y finales de la de 1970, la denuncia retórica contra el imperialismo alcanzó su momento de apogeo, justamente cuando el Tercer Mundo empezaba a perder su voz en la escena internacional.

La Habana

Entremedias de Bandung y Belgrado, un grupo de curtidos revolucionarios se adentraron en las montañas de Cuba para poner a prueba su inexperiencia militar. Liderados por el carismático Fidel Castro, estos combatientes de la liberación nacional sufrieron inicialmente varias derrotas y acabaron aislados casi por completo de los principales partidos políticos instalados en La Habana. Su persistencia, su generosidad hacia quienes tenían alrededor y su ímpetu les ganaron aliados entre las clases más castigadas. La energía que irradiaban desde la Sierra Maestra entusiasmó a los estudiantes —que atacaron el palacio presidencial en La Habana—, a los grupos de mujeres —que salieron a las calles de la capital y las llenaron con manifestaciones masivas— y a las organizaciones obreras —que convocaron una huelga general contra el régimen de Fulgencio Batista, el dictador cubano que respaldaba Estados Unidos y que protegía la riqueza de la isla para la mafia de Las Vegas y Miami—. En el invierno de 1958, dos años después del inicio de la insurgencia, el régimen de Batista se desvaneció. El dictador abandonó el país junto con su camarada, el gángster Meyer Lansky. El reducido grupo de Castro entró en La Habana y se hizo cargo del desmoronado aparato estatal.

El gobierno estadounidense no estaba nada contento con el cariz que habían tomado los acontecimientos. Castro se había alineado con el nacionalismo del Tercer Mundo. En el discurso que pronunciara ante el tribunal que lo condenó en 1953 («La historia me absolverá»), Castro llamó a los cubanos a cumplir con el deber de restablecer la constitución cubana de 1940. Las súplicas y las recusaciones legales contra el régimen de Batista no habían funcionado. «Se nos enseñó —dijo Castro— que la libertad no se mendiga, sino que se conquista con el filo del machete». Estados Unidos tenía un historial bastante negativo con los movimientos antiimperialistas y de liberación nacional en América Central y el Caribe. Los ejércitos y los aliados de los norteamericanos se habían mostrado proclives a enfrentarse a tales movimientos, asesinar a sus líderes y facilitar armas a sus oponentes monárquicos u oligárquicos. Entre 1900 y 1933, el ejército estadounidense había saboteado las esperanzas nacionales de diversos pueblos de la zona interviniendo en Cuba (en cuatro ocasiones), en la República Dominicana (en cuatro ocasiones, también, incluida una ocupación de ocho años), en Guatemala (una vez), en Haití (dos veces, incluida una ocupación de 19 años), en Honduras (en siete ocasiones),

en Nicaragua (en dos) y en Panamá (seis veces). En fecha más reciente, en 1954, el gobierno estadounidense intervino de nuevo en Guatemala para derrocar al gobierno elegido democráticamente de Jacobo Arbenz Guzmán. Aquel nuevo gabinete guatemalteco se había comprometido a llevar a la práctica un programa de liberación nacional consistente en una extensa reforma agraria y en la nacionalización de los principales activos de la economía del país. Pero justo antes de que pudiera llevar a cabo esa reforma del suelo agrícola y de que nacionalizara la United Fruit Company (en manos de los Rockefeller), se vio obligado a desistir por la presión recibida desde Washington. Más tarde, en 1959, cuando un golpe de Estado derechista llevó a François «Papa Doc» Duvalier al poder en Haití, Estados Unidos armó a los Tonton Macoutes que acompañaban al nuevo dictador y que se dedicaron a sembrar el terror entre la población. El gobierno de Castro tenía sobrados motivos para sospechar de su vecino coloso del norte.

Transcurrido un año desde el comienzo de la Revolución Cubana, el presidente estadounidense Eisenhower ordenó a su administración el inicio de operaciones encubiertas contra Cuba. Castro no lo sabía, pero tal vez lo intuyera cuando Eisenhower se negó a verlo en persona con motivo del viaje que el líder cubano realizó a Washington (D.C.) para pronunciar un discurso ante la Asociación de Directores de Diarios en marzo de 1959. Temiéndose que Washington hiciera con Cuba lo que pocos años antes había hecho con Guatemala, los cubanos acudieron a Moscú a mediados de 1960 para asegurarse el compromiso soviético de que la URSS utilizaría «todos los medios a su disposición para impedir una intervención armada de Estados Unidos contra Cuba».[1] Pese a la *détente* y a la coexistencia pacífica, la realidad del intervencionismo llevó a los cubanos a buscar amparo en uno de los dos grandes bandos. Amenazada por Estados Unidos, Cuba se fue con los soviéticos.

El paraguas nuclear soviético, sin embargo, no había servido para disuadir al ejército estadounidense en Vietnam. En febrero de 1965, la fuerza aérea norteamericana empezó a bombardear Vietnam del Norte. Y entre 1964 y 1965, la administración de Estados Unidos dio su ayuda activa o su visto bueno a los golpes de Estado que tuvieron lugar en Bolivia, Brasil, el Congo, Grecia e Indonesia. Los soviéticos no pudieron impedir ninguno de ellos. Para Castro, parte del problema residía en la nueva doctrina que el proyecto del Tercer Mundo había desarrollado y los soviéticos habían adoptado: el «extraño concepto de la coexistencia pacífica con algunos y la guerra con otros».[2] Castro esperaba que el NOAL y la URSS hicieran algo concreto por Vietnam y

por otros pueblos colonizados. Esa expectativa y esa impaciencia marcaron los debates políticos internos del Tercer Mundo entre mediados de la década de 1960 y finales de la de 1970. Fue durante ese periodo cuando se retomó la lucha armada no solo como una táctica anticolonialista, sino, curiosa y significativamente, *como una estrategia en sí*.

Si Mao lideró una prolongada lucha armada contra las tropas japonesas y los ejércitos de las viejas clases sociales dominantes en China, lo hizo porque las condiciones concretas exigían semejante estrategia. La línea china, tal como se la conocía, empezó a ser copiada íntegramente por otros movimientos sin prestar apenas atención a cuáles habían sido las condiciones específicas que la hicieron válida en su momento en el gigante asiático. La teoría cubana del «foco» insurreccional y la teoría de la violencia revolucionaria de Fanon (además de la teoría de la «guerra del pueblo» de Lin Biao) apelaban a esa impaciencia. Las organizaciones combatientes y de liberación nacional inundaban con su presencia los encuentros del Tercer Mundo de ese periodo y exigían que se recurriera a la acción armada contra el imperialismo. Desafiaban a los delegados soviéticos y hacían caso omiso de cualquier reparo que se les presentara sobre las limitaciones del sentimiento antiimperialista popular en los países que se proponían liberar por las armas. Algunos de los más combativos adoptaron la crítica contra la teoría de los dos bandos sugiriendo que tanto Estados Unidos como la URSS eran imperialistas y que la única fuerza capaz de plantarles cara era la de la liberación nacional armada. Las razones concretas del éxito de las revoluciones china y cubana acabaron siendo menos importantes que la imitación de su método. Que a los chinos les llevara décadas materializarla y a los cubanos apenas unos pocos años, y que los chinos tuvieran que luchar a lo largo y ancho de una enorme masa continental mientras que el ámbito de los cubanos fuera solo una isla, parecían diferencias irrelevantes. Los militantes más combativos desechaban la teoría y el debate en beneficio de la táctica misma de la insurrección, y convertían la lucha armada en el medio por excelencia para tomar y conservar el poder. La lucha de las masas y el papel central de un partido en la lucha de liberación no debían distraer el avance imparable de la guerra revolucionaria.

El punto álgido de los militantes más combativos fue un encuentro de 1966, la Primera Conferencia de la Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, celebrada en La Habana. Aquella conferencia recogió la herencia de los encuentros de Bandung y el NOAL, aunque con dos importantes diferencias respecto a estos.

En primer lugar, reunió a regímenes y movimientos de liberación nacional de los tres continentes (por lo que también fue llamada la Conferencia Tricontinental). En segundo lugar, aunque el acuerdo acerca de los principales problemas del mundo fue amplio, hubo también graves desavenencias en torno a la estrategia a seguir para afrontar esas adversidades. Convencidos de la situación de debilidad de la que partían las fuerzas progresistas, algunos proponían seguir con la línea de la coexistencia pacífica y la consolidación de las instituciones de la ONU. Otros querían pasar de inmediato a la acción combativa, desafiando al imperialismo en el campo de batalla y a través de pequeñas acciones de violencia revolucionaria o terrorismo. En el centro de aquel debate estaba la cuestión de Vietnam. La discusión sobre cómo ser verdaderamente solidarios con aquel país del sudeste asiático contribuyó a centrar otra disputa (más amorfa) en torno a la estrategia política a seguir por los diversos movimientos de liberación, por la Tricontinental y por el NOAL.

En 1966, la guerra en Vietnam había adquirido proporciones endemoniadas. Medio millón de soldados estadounidenses eran incapaces de atravesar las líneas de los luchadores vietnamitas y los bombardeos aéreos ocasionaban un gran dolor y una fuerte oposición entre la población. Por culpa de lo acaecido en Vietnam, las potencias del Tercer Mundo abandonaron la mayoría de las esperanzas que tenían depositadas en las potencias atlánticas. De los principales líderes de Bandung y Belgrado, apenas quedaba nada: Nehru había muerto; Sukarno había sido derrocado por un golpe patrocinado por EE.UU.; U Nu se hallaba bajo arresto domiciliario en Rangún, y Nasser apagaba las últimas brasas del fuego democrático en Egipto. Quienes habían pasado a hacerse cargo de la dinámica del Tercer Mundo como proyecto (dirigentes como Castro, el argelino Houari Boumédiène, el zambiano Kenneth Kaunda y el jamaicano Michael Manley) eran líderes que tenían muy poca paciencia con el Primer Mundo. Según ellos, este había traicionado los ideales que decía defender. Toda súplica dirigida a Estados Unidos o a sus aliados principales sería inútil.

En la Tricontinental, Castro bramó en contra de la guerra y de aquellos deplorables ataques, pero también advirtió que «en vez de avanzar», los ejércitos estadounidenses «habían perdido terreno». El extraordinario desafío de los vietnamitas había dejado asombrado al Tercer Mundo. Una cosa era que una guerrilla mal armada derrocara el régimen de Batista o combatiera contra las fuerzas coloniales portuguesas, pero otra muy distinta era que un ejército campesino hiciera frente a la ofensiva frontal y total de la maquinaria de guerra

estadounidense. Nada fascinó más a los 513 delegados de 83 grupos de los tres continentes allí presentes que las intervenciones de Nguyen Van Tien (del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur) y de Tran Danh Tuyen (del gobierno del Vietnam del Norte). Si Vietnam vencía, sería un triunfo de la liberación nacional a nivel global. La Tricontinental prometió a los vietnamitas toda su solidaridad y les deseó la victoria.

De todos modos, tales promesas pueden acabar siendo bastante vacías. El «Che» Guevara se perdió la Tricontinental. Había abandonado Cuba en dirección a África, donde había empezado a explorar la posibilidad de unirse a los movimientos revolucionarios en el Congo. En una carta remitida a la Tricontinental, el Che formulaba la pregunta más difícil de todas: ¿De qué vale la solidaridad si no hacemos frente directamente a las armas imperialistas? «La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam —escribió— semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria».[3] Para ser verdaderamente solidarios con los vietnamitas, según el Che, las fuerzas revolucionarias de los tres continentes tenían que crear un «segundo o tercer Vietnam, o un segundo y tercer Vietnam del mundo». Neruda cantaba en «La barcarola», en 1967: «¿Y quién borrará lo inflexible que tuvo la sangre inocente?». La furia del Che eclipsaba la elegía nerudiana: «¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo, con la obligación que entraña para este de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!».[4] En el encuentro de La Habana, Castro se reunió con el máximo dirigente del Partido Comunista de Bolivia, Mario Monje, quien accedió a ejercer de anfitrión del Che y apoyar el intento de este de crear un Vietnam en Bolivia. El Che viajó al país andino desde África, empezó a organizar allí un «foco», pero perdió el apoyo del partido comunista de Monje y, de ese modo, acabó aislado. Su intento de crear un segundo Vietnam terminó con su propio sacrificio personal en aras del antiimperialismo en 1967. En cualquier caso, aquel fracaso en concreto del Che no invalidaba su crítica general. ¿No debería la solidaridad costarle algo al solidario?

La URSS y China desempeñaban un rol crucial en los asuntos internacionales porque limitaban las pretensiones de primacía absoluta de las potencias atlánticas. El Consejo de Seguridad de la

ONU permitía a soviéticos y a chinos amenazar con sus respectivos poderes de veto, cuando no condenar directamente las acciones de las potencias atlánticas. Lo que resultaba frustrante para los líderes del Tercer Mundo era la ausencia de cualquier otro tipo de respuesta y, en ocasiones, incluso, la reacción hostil de soviéticos y chinos hacia la combatividad tercermundista. ¿Podía la URSS amenazar con usar la violencia contra Estados Unidos o, cuando menos, con invadir un aliado estadounidense a fin de hacer un llamamiento a la paz en el sudeste asiático? Los soviéticos habían adoptado desde 1955 la teoría de la coexistencia pacífica. Eso significaba que podían ofrecer apoyo moral y material para intensificar la lucha de clases allí donde lo consideraran importante, pero que no estaban dispuestos a exportar la revolución por las armas (la Unión Soviética justificó su invasión de Hungría en 1956 alegando que tenía el deber revolucionario de asistir a los regímenes comunistas sobre los que pesara la amenaza de un golpe contrarrevolucionario). ¿Podía China invadir Taiwán en virtud de ese mismo argumento? Los chinos ya lo habían intentado en 1958, pero tuvieron que retirarse cuando Estados Unidos envió a su Séptima Flota (equipada con armamento nuclear) a la zona del conflicto. A pesar de sus bravatas sobre la exportación de la revolución mundial, los chinos no podían permitirse enfrentarse a Estados Unidos y otras potencias atlánticas en un conflicto de primer orden. En una declaración de 1964 sobre la cuestión del Congo, Mao señaló que cada vez que Estados Unidos invadiera un país, estaría favoreciendo la revolución mundial. Los norteamericanos habían intervenido ya en Vietnam, Laos, Camboya, Cuba, Alemania, Japón, Corea y América Latina. «Ejerce de matón en todas partes. El imperialismo estadounidense se ha excedido en su ambición. Con cada agresión que comete, va estrechando el nudo de la soga que ciñe su cuello. Se ve asediado por los círculos y más círculos que van formando los pueblos de todo el mundo».[5] Las potencias imperialistas tenían una tendencia inherente a librar guerras de conquista y subyugación, pero, al hacerlo, se enfrentaban al tenaz deseo de libertad e independencia del pueblo. Pese a las disputas entre chinos y soviéticos, ambos seguían la misma política de apoyo verbal y material a sus aliados y a la lucha de clases, sin enzarzarse en hostilidades interestatales entre ellos mismos. La guerra nuclear hacía imposible un enfrentamiento bélico directo entre los dos primeros mundos. Solo quedaban las potencias no nucleares para inmovilizar los tentáculos del imperialismo.

Ni los Estados no alineados por separado ni el propio NOAL disponían de medios para intervenir en la guerra de Vietnam. El NOAL no podía enviar ejércitos propios a Hanoi, por mucho que la Segunda

Conferencia del Movimiento de Países No Alineados, celebrada en El Cairo en 1964, hubiera proclamado que las guerras de liberación nacional eran defendibles y constituían el principal medio con el que materializar las «aspiraciones naturales» de los pueblos colonizados por potencias reacias a transferir soberanía, y que «el proceso de liberación es irresistible e irreversible».6 El movimiento de los No Alineados había apoyado la lucha de Argelia en 1961 y había celebrado la victoria de los argelinos en 1962. También había dado su respaldo a los principales movimientos de liberación en el África portuguesa (Mozambique, Angola y Cabo Verde). Para el NOAL, una cosa era expresar su apoyo a guerras de liberación nacional determinadas cuando estas tenían lugar en escenarios distantes y otra muy distinta (y mucho más costosa) era adoptar una postura de principios ante el derrocamiento armado de un gobierno reconocido. Muchos de los Estados no alineados habían empezado ya a experimentar brotes internos de lucha armada. Las clases dominantes de esos países sujetaban las riendas del poder estatal y lo utilizaban contra sus críticos internos. Era mucho más fácil lamentarse de las intervenciones estadounidenses y del sufrimiento de las colonias portuguesas que refrendar la táctica de la lucha armada, sobre todo, cuando tales luchas habían estallado ya en el interior de algún Estado no alineado.

Nehru y Sukarno se habían mostrado implacables con los movimientos comunistas de sus propios países, pero, al mismo tiempo, habían sido incapaces de plantear un desafío auténtico al poder del capital financiero. Al igual que ellos, el ghanés Nkrumah disfrutaba del impulso brindado por el éxito de la lucha por la libertad de su país y detestaba toda oposición. Su Ley de Detenciones Preventivas y su uso del aparato estatal contra los trabajadores del ferrocarril en 1961 condujeron inexorablemente a la creación de un Estado de partido único en 1964, en el que Nkrumah pasó a ejercer de *Osagyefo* o «Redentor». Ahora bien, a diferencia de Nehru y Sukarno, el líder ghanés trató de desvincular a Ghana de la economía capitalista global para seguir su propia versión de socialismo africano. En 1965, Nkrumah publicó *Neocolonialismo: La última etapa del imperialismo*, un libro en el que predijo su propia caída. «Un Estado bajo el control del neocolonialismo —señaló— no es dueño de su propio destino».7 La popularidad de Nkrumah se desplomó a la vez que los precios del cacao en los mercados internacionales y, en 1966, la CIA alentó a la oposición a orquestar un golpe de Estado contra él. Nkrumah se refugió en Guinea Conakry. Mientras estaba allí, Nkrumah estudió la situación del Tercer Mundo y llegó a la conclusión de que el único

modo de hacer una revolución en un mundo bipolar como aquel era por medio de una prolongada lucha guerrillera. Hasta entonces, el Tercer Mundo había empleado argumentos razonados para conquistar sus objetivos. Los llamamientos no eran suficientes, según Nkrumah, por muy elocuentes que resultaran. El éxito solo podría «alcanzarse mediante hechos», y aunque esos hechos conllevaran el riesgo de una guerra total, «es generalmente su ausencia la que supone una amenaza para la paz».[8]

«Se nos acaba el tiempo», escribió Nkrumah en uno de sus manuales para la guerra revolucionaria. «Debemos actuar ahora. No debemos permitir que los luchadores por la libertad que ya actúan en muchas zonas de África sean quienes tengan que soportar todo el peso de una lucha continental contra un enemigo continental».[9] Aquellas no eran afirmaciones ilusas. En 1961, el grupo Umkhonto we Sizwe iniciaba su violenta singladura en Sudáfrica. En el África «portuguesa», el MPLA, el FRELIMO y el PAIGC se hallaban inmersos en una guerra declarada contra una fuerza colonial muy debilitada. La Unión del Pueblo Africano de Zimbabwe (ZAPU) y la Organización del Pueblo de África del Sudoeste iniciaron sendas guerras de guerrillas en 1966. La visión de la guerra revolucionaria de Nkrumah se había hecho realidad, pues, en varias partes de África. Él sostenía que todo el continente debía unirse en esa lucha, no solo ya para derrocar a los mandatarios coloniales, sino también como instrumento para radicalizar a las masas y generar una gran convulsión social.

En la Tricontinental, un camarada de Nkrumah, Cabral (del PAIGC) comenzó su discurso con la siguiente afirmación: «No vamos a eliminar el imperialismo solo con insultarlo a gritos. Para nosotros, el mejor y peor grito contra el imperialismo, contra cualquier forma de imperialismo, es tomar las armas y luchar».[10] Para Cabral, como para Nkrumah, el colonialismo y el neocolonialismo eran dos formas de imperialismo que negaban «el proceso histórico del pueblo dominado por medio de la usurpación violenta de la libertad de desarrollo de las fuerzas productivas nacionales».[11] «Si aceptamos el principio de que *la lucha de liberación es una revolución* y que esta no concluye en el momento en el que se iza por fin la bandera nacional al son del himno de la nación, nos daremos cuenta de que no existe (ni puede existir) liberación nacional sin que las fuerzas nacionalistas usen también la violencia liberadora para responder a la violencia criminal de los agentes del imperialismo».[12] En 1956, Cabral fundó el PAIGC, dedicado inicialmente a oponerse por todos los canales legales existentes al dominio portugués. Cuando, en 1959, las fuerzas coloniales masacraron a cincuenta estibadores de los muelles de

Pijiguiti en el puerto de Bissau, la población guineana se pasó en masa al PAIGC. El partido no optó por la vía armada hasta 1962, y solo tras garantizarse que contaba con el apoyo de la mayoría de la población. Aquella sangrienta guerra duraría más de una década y una de sus víctimas sería el propio Cabral (muerto a tiros por un camarada descontento). El PAIGC se alzó finalmente con la victoria en 1974, aprovechando el desmoronamiento de la efímera junta militar progresista constituida ese año en Portugal. El PAIGC se guió por un uso flexible de tácticas basadas en un programa estratégico antiimperialista. En un principio, había tomado la ruta legal y había sido capaz con ello de recabar el apoyo del grueso de la población; solo tras asegurarse ese respaldo masivo, y solo cuando las clases dominantes empezaron a ver estrechado su margen de acción, adoptó la vía de las armas. Eso fue lo que distinguió al PAIGC de muchos de los demás grupos que recurrieron a la lucha armada, la mayoría de los cuales tenían un enfoque de la política más trágicamente simbólico que materialista.

La Tricontinental no se arriesgó a promocionar las guerras revolucionarias ni los actos violentos, pero tampoco los condenó sin más. Lo que sí hizo, sin embargo, fue ofrecer su apoyo a aquellas guerras que ya estaban en curso, porque, según se argumentaba en la resolución final, los imperialistas no escuchan a los pueblos explotados, y estos «deben recurrir a las más enérgicas formas de lucha —de las que la lucha armada es uno de los estadios más elevados— para alcanzar la victoria final».[13] Esa declaración en defensa de la lucha armada infundió ánimos en pueblos que se hallaban inmersos en grandes batallas de sus «guerras limitadas», pero no se tradujo en ningún aumento espectacular de la combatividad en el seno del Tercer Mundo. Tras la victoria que la lucha armada obtuvo en Argelia en 1962, el siguiente gran éxito no se produjo hasta 1974, cuando los revolucionarios derrocaron el régimen dictatorial de Selassie. Justamente cuando el continente africano empezaba a sucumbir al peso de la deuda y de las políticas impuestas por el FMI, un movimiento popular en Etiopía expulsó a la monarquía, entronizó a un gobierno de izquierda y tuvo que recurrir casi de inmediato a la ayuda militar de Cuba y de la URSS para hacer frente a una invasión de las fuerzas armadas de Somalia, respaldada por Arabia Saudí y Estados Unidos. Antes de que el mundo hubiera llegado a hacerse siquiera una idea de lo sucedido en Adis Abeba, en Lisboa, una junta militar progresista derrocaba la dictadura fascista portuguesa. Seis movimientos revolucionarios africanos se aprovecharon de la confusión reinante en Portugal en 1974 y declararon la independencia

(Angola, Mozambique, Guinea Bissau, Cabo Verde, Santo Tomé y, de manera oportunista, Zimbabwe). Tras años de guerra de guerrillas, secundada por los cubanos en Angola, los revolucionarios lograron el triunfo por las armas. Pero la victoria en esas colonias se produjo, en gran parte, por la debilidad del Estado portugués, sacudido por las reformas políticas internas y por la inestabilidad económica. La lucha armada en África, pues, triunfó solo en zonas donde el opresor colonial había quedado seriamente debilitado por otros factores: la guerra tuvo un papel importante, pero no decisivo, en el proceso. El éxito africano sirvió sin duda de acicate para la lucha revolucionaria armada en todo el planeta. Pero la joya de la corona de la lucha armada anticolonial llegó en 1975, con la conclusión de las guerras revolucionarias libradas en el sudeste asiático (Vietnam, Laos y Camboya) contra un adversario de consideración: Estados Unidos. «Vietnam» y la lucha armada de liberación nacional promocionada en la Tricontinental envalentonaron a los movimientos revolucionarios de América Central y del Sur para enfrentarse con las armas a la tiranía de sus élites nacionales y de sus patrocinadores estadounidenses. Colombia, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Perú y Uruguay, entre otros países, recogieron el testigo de la vía armada hasta bien entrada la década de 1980 e, incluso, con posterioridad.

Una década después de la Tricontinental, en 1979, el Movimiento de los Países No Alineados convocó su Sexta Cumbre en La Habana. La lucha armada había perdido ya mucha de su anterior relevancia en la agenda programática del Tercer Mundo tras la victoria de Vietnam sobre Estados Unidos y la derrota de los portugueses en África. Los cubanos habían mantenido su apoyo activo a movimientos del continente africano, sobre todo en las luchas antiportuguesas, pero también en el Cuerno de África, y proseguieron con ese tipo de actividades pese a la incomodidad expresada por algunos Estados en la reunión de 1978 de la Organización para la Unidad Africana en Jartum. El giro que imprimió China a su relación con Estados Unidos —desde la confrontación combativa hacia la colaboración pura y dura en política exterior—, por no hablar de las derrotas militares sufridas por los maoístas en la India y en otros países, habían limado también el anterior carácter incisivo del maoísmo internacional. Noventa y tres países asistieron a la cumbreconferencia de La Habana, donde pudieron oír las palabras del más veterano político del Tercer Mundo, el tanzano Julius Nyerere, recordándoles que, aunque el NOAL era «un movimiento progresista, no era un movimiento de Estados progresistas». Dicho de otro modo, cada país no alineado tenía su propia agenda de prioridades, su propia apreciación del cambio

histórico y sus propias estrategias de transformación social. El desarrollo interno de esos países tenía algo que ver con la dinámica general del NOAL, pero la agenda programática del Movimiento de Países No Alineados no podía reducirse a la de sus Estados constituyentes. Nyerere instó a entender el Tercer Mundo como una especie de gran carpa común, con una puerta de acceso menos ideológica, aun cuando las reuniones de sus miembros siempre pudieran ser un buen momento y lugar para presionarse mutuamente a adoptar posturas más nítidas y definidas. Siempre sería mejor, pues, celebrar debates en torno a posturas políticas o puntos programáticos concretos que expulsar o impedir la entrada a miembros por su insuficiente retórica revolucionaria. Y nadie mejor que Nyerere para saberlo, pues él era el líder de un movimiento no solo ecléctico, sino también innovador. Por serias que hubieran sido las limitaciones de la lucha en Tanzania (cuestión en la que profundizaré en el próximo capítulo), lo cierto es que pocos estarían dispuestos a negar la inventiva exhibida por los dirigentes tanzanos.

Entre la década de 1950 y la de 1970, el Tercer Mundo formó una fuerza política única al margen de la confrontación atómica entre Estados Unidos-Reino Unido-Francia y la Unión Soviética. A pesar de los abundantes desacuerdos tácticos y estratégicos internos sobre cómo abordar el colonialismo y el imperialismo, el movimiento tercermundista contaba con un programa político central que giraba en torno al valor del desarme, la soberanía nacional, la integridad económica y la diversidad cultural.

En cada uno de sus encuentros, los dirigentes y los representantes del Tercer Mundo expusieron las diversas tesis que guiaban sus respectivas luchas, pero hubo una que rara vez surgió en aquellos debates. En la Tricontinental, Cabral planteó la noción, pero no consiguió que los delegados la trataran con cierto detenimiento. Y nadie mejor que Cabral para propugnar aquella idea, pues, en 1965, él mismo había hecho la siguiente recomendación a los cuadros de su partido: «No ocultéis nada a las masas de nuestro pueblo. No mintáis. Desenmascarad las mentiras cuando alguien las cuente. No disimuléis las dificultades, los errores, los fallos. No anunciéis victorias fáciles».[14] En La Habana, Cabral declaró: «Una forma de lucha que nosotros consideramos fundamental no se ha mencionado explícitamente en este programa, aunque estamos seguros de que estaba presente en la mente de quienes lo redactaron. Nos referimos aquí a *la lucha contra nuestras propias debilidades*. [...] Esta batalla es la expresión de las contradicciones internas en la realidad económica, social, cultural (y, por consiguiente, histórica) de cada uno de nuestros países. Estamos

convencidos de que cualquier revolución nacional o social que no esté fundada sobre la constatación de esa realidad fundamental corre un grave riesgo de verse condenada al fracaso».[15] El Tercer Mundo presentaba unas debilidades internas inmensas que, pese a Cabral, no fueron abordadas en ninguna de las reuniones celebradas entre la conferencia de Bruselas y la de La Habana. Esos puntos débiles corroyeron la comunidad imaginada del Tercer Mundo y, en última instancia, contribuyeron a diezmar su programa.

¿Quién habría podido figurarse años antes que, hacia mediados del siglo XX, las naciones oscuras se reunirían en Cuba —otrora patio de recreo de la plutocracia— para celebrar su voluntad de lucha y su deseo de victoria? ¡Qué idea tan audaz la de que quienes habían estado condenados a trabajar para otros quisieran ahora trabajar conforme a su propio y libre criterio! Para cuando se celebró la conferencia de La Habana, todas las potencias del viejo imperialismo habían formado ya una santa alianza dirigida a erradicar el virus del nacionalismo anticolonial tercermundista; mientras los británicos y los gaullistas temían por la suerte que pudieran correr en un mundo dominado por aquellos sobre quienes antes mandaban, el Tío Sam arrimó el hombro y puso sus artimañas al servicio del mantenimiento de una situación tan parecida a la del pasado como fuera posible. Al otro lado del Telón de Acero, los herederos de Stalin veían con buenos ojos los movimientos del Tercer Mundo, pero, incluso cuando ofrecieron su ayuda para favorecerlos, lo hicieron con el propósito de pilotar el barco de la historia y no de compartir el timón. Ser dirigidos desde fuera era anatema para las naciones oscuras, cansadas de que se les hubiera ordenado qué hacer durante tanto y tanto tiempo. Había llegado el momento de entregarse al futuro.

No obstante, pese al júbilo y la euforia, las restricciones que se les presentaban a las nuevas naciones eran enormes. Iniciaban su andadura independiente agobiadas por inmensas cargas fiscales, aun cuando poseyeran considerables reservas de materias primas y otros recursos físicos. Aunque contaban con poblaciones avezadas en todos los aspectos de la vida social, los sistemas educativos coloniales las habían privado de talento científico y tecnológico (algo que los nuevos Estados estaban obligados a cultivar en el plazo máximo de una generación). Si bien los mundos culturales de las naciones poscoloniales disponían de vastos recursos para el alma y el espíritu de las personas, la matriz colonial de inferioridad y división cultural había dejado una huella muy marcada. Además, el hecho de que los líderes de ese nuevo Tercer Mundo tuvieran que responder ante las viejas clases dominantes aún arraigadas en esos países significaba que

el horizonte de posibilidades del cambio social estaba seriamente circunscrito. La «debilidad» de la que hablaba Cabral residía precisamente en todos estos puntos (o incluso más) y es en esa debilidad en la que centraré ahora mi atención.

Segunda parte

ESCOLLOS

Argel

En julio de 1962, los argelinos expulsaron a los franceses. El FLN accedió al poder y uno de sus fundadores, Ahmed Ben Bella, se convirtió en presidente de la nación.

El camino de Ben Bella hasta llegar al poder no había sido nada sencillo. Nacido en una humilde casa de labradores de un pueblecito próximo a la frontera con Marruecos, Ben Bella tuvo una infancia tranquila. Ingresó en el ejército francés, combatió con valentía en la Segunda Guerra Mundial (comportamiento que le valió el elogio personal del general Charles de Gaulle) y regresó a Argelia. El 8 de mayo de 1945, día del armisticio en Europa, las fuerzas francesas masacraron a varios miles de personas que se habían concentrado para manifestarse pacíficamente en la localidad de Sétif. Aquella matanza impulsó a Ben Bella a entrar en el mundo de la política. Tras un primer intento en el restringido marco de la competición electoral de la Argelia de la posguerra, decidió optar por la vía armada. Atraído por el nacionalismo de Messali Hadj (quien había estado presente en los encuentros de Bruselas de 1927), Ben Bella se incorporó al Mouvement pour le Triomphe des Libertés Démocratiques (MTLD) del propio Hadj. Pero, impaciente ante el tono moderado de dicho movimiento, Ben Bella creó la Organisation Spéciale, la rama armada del MTLD. Tras una serie de acciones apresuradas, Ben Bella acabó en la cárcel. Huyó de esta y, junto con otros ocho revolucionarios ya curtidos (con una edad media de treinta y dos años), creó el FLN. Ninguno de esos nueve líderes principales procedía de entornos acomodados ni de pobreza extrema: eran, básicamente, hijos de artesanos o de familias de clase media. Algunos eran árabes y otros, cabileños (es decir, bereberes). En 1954, cuando se encontraban reunidos para analizar su estrategia, se enteraron de que el ejército francés había sido derrotado en Dien Bien Phu (Indochina). Esto les infundió ánimos y, el 1 de noviembre de 1954, llamaron a su ejército clandestino a la revuelta. Aquella fue la salva que dio comienzo a la guerra de la independencia de Argelia.



Orán, Argelia, enero de 1964: La revolución es para el pueblo. Argel se echa a la calle en defensa del presidente Ahmed Ben Bella. (© Bettmann / Corbis.)

La actividad armada tiende a reducir la ambigüedad. No hay margen para posicionamientos complejos, porque una guerra de liberación solo puede tener dos bandos enfrentados en un campo de batalla. Tres meses después del ataque inicial, las autoridades coloniales de toda Argelia habían notado ya un cambio en la actitud popular y en el surgimiento de una nueva y más desacomplejada conversación social sobre la viabilidad de la independencia.

La táctica del FLN tuvo éxito a nivel político, aun cuando su coste militar resultara enorme. Se calcula que durante el transcurso de la guerra (de 1954 a 1962), entre 300.000 y un millón de personas perdieron la vida. Aquel fue un precio muy alto. Todas la facciones en Argelia, incluidos los liberales, cerraron filas en torno al FLN. Querían despojarse de la autocracia de Francia y estaban dispuestas a

subordinarse al FLN y a su rama militar con tal de echar a los franceses del país. Los contenciosos entre facciones en el seno de la lucha por la liberación de Argelia quedaron momentáneamente en suspenso. El FLN era un frente, no un partido, e invitó a todos los argelinos a unirse a él. El partido comunista lo hizo en 1955, al igual que los liberales moderados encabezados por Ferhat Abbas. Abbas, que trató en su momento de mitigar la línea armada del FLN, dijo en una entrevista que «mi papel, en este momento, es dejar paso a los jefes de la resistencia armada. Los métodos que he defendido durante los últimos quince años (la cooperación, el debate, la persuasión) se han demostrado ineficaces, he de reconocerlo».[1] El FLN no admitía neutralidad alguna.

Los franceses reaccionaron con brutalidad y generaron así las condiciones propicias para que todas las fuerzas se unieran al FLN. Cuando la guerra entró en la ciudad de Argel en octubre de 1956, la federación sindical actuó como galvanizadora del apoyo de los militantes combatientes de la alcazaba (la *casbah*), al igual que el hasta entonces vacilante Partido Comunista de Argelia. Entre las filas de esas fuerzas se encontraba un joven médico llamado Frantz Fanon. Nacido en la isla caribeña de Martinica, Fanon estudió psiquiatría en Francia y entró a trabajar en un hospital argelino. Interesado y activo en política, al poco tiempo de llegar a Argelia se hizo simpatizante del FLN. Antes de ir a aquel país, había publicado *Piel negra, máscaras blancas* (1952), un punzante diagnóstico del efecto del racismo en la persona de color. El libro le valió a Fanon un lugar destacado en el debate mundial sobre el racismo y el anticolonialismo (por ejemplo, en la conferencia de *Présence Africaine* de 1956 sobre la cultura negra celebrada en París). Fanon se mantuvo en contacto con estas corrientes al tiempo que ejercía de jefe de psiquiatría en el hospital Blida-Joinville de Argelia (desde 1953). La visión repetida de los cadáveres de las víctimas del colonialismo francés, sobre todo, de aquellas que habían sido torturadas, le hizo dimitir de su puesto en el hospital en 1956. «Si la psiquiatría es la técnica médica que aspira a hacer posible que el hombre deje de ser un extraño para su entorno —escribió Fanon—, me debo a mí mismo afirmar que el árabe, un extraño permanente en su propia cultura, vive en un estado de absoluta despersonalización. Los sucesos de Argelia son la consecuencia lógica de un intento frustrado de descerebrar a todo un pueblo».[2] Fanon documentó las atrocidades tanto para los medios de comunicación franceses como para el boletín del propio FLN (*El Moudjahid*). Su libro más influyente, *Los condenados de la tierra* (1961), se publicó coincidiendo justamente con la fecha de su fallecimiento.

Tenía 36 años.

Los condenados de la tierra es una compilación de artículos escritos por Fanon en el transcurso de diez meses (uno de ellos era un discurso que pronunció ante el Segundo Congreso de Artistas y Escritores Negros, celebrado en Roma en 1959). Diagnosticado con una enfermedad en fase terminal, Fanon dictó el libro a su esposa a toda prisa; la obra, plagada de generalidades y formulaciones erróneas, evidenciaba una notoria falta de investigación y de claridad conceptual. Aun así, abundaban en ella las ideas sugerentes y los análisis encendidos. El prefacio de Sartre afiló aún más el perfil de un conjunto de argumentos que, ya de por sí, eran ciertamente punzantes. Y el comentario del filósofo francés que afirmaba que, en el libro de Fanon, «el Tercer Mundo se descubre y se expresa a través de esa voz [la del autor]», otorgó a aquel documento una importancia magnificada.[3] Fanon defendía el derecho de los movimientos de liberación nacional a adoptar la lucha armada, derecho por el que también abogarían estos mismos grupos en la Tricontinental de La Habana de 1966. La defensa que hacía el autor martiniqués, no obstante, no obedecía a razones tácticas o, siquiera, estratégicas. Para él, la violencia era necesaria para arrancar a una sociedad colonizada de manos de sus amos, trasladarla hacia la libertad y transformar la sumisión de los colonizados de manera que estos pudieran liberarse realmente *tomando* su propia libertad. Esa sección (los dos primeros capítulos) es la que ha acabado definiendo el libro de Fanon para el público en general. Sin embargo, y aun siendo un apartado de inmensa significación, no debería eclipsar el capítulo que el autor dedicó a las limitaciones del proyecto de la liberación nacional cuando sus promotores logran finalmente asumir el poder del Estado.

Ese capítulo, titulado «Desventuras de la conciencia nacional», fue escrito con anterioridad a la victoria del FLN. Era una nota de advertencia de Fanon a sus camaradas. Los imperativos disciplinarios de una lucha armada y la necesidad de crear un campo de batalla ideológico y militar simplificado podrían acabar filtrándose en la posterior construcción del Estado y distorsionar la dinámica igualitaria de la liberación nacional. El pueblo argelino era consciente de que no se podría avanzar sin una ciudadanía muy activa y lo cierto es que, en las áreas geográficas controladas por el FLN, esa autogestión y esa planificación colectiva ya habían empezado a manifestarse. «En todas las *wilayas* [provincias del FLN] —según había escrito Fanon en una obra anterior— se están elaborando planes catastrales, se están estudiando programas de construcción de escuelas y se están llevando a cabo reconversiones económicas».[4] La libertad se haría realidad

combinando la energía espontánea del pueblo y los disciplinados canales del gobierno. Una de las mujeres que más a fondo se había empleado en la lucha de liberación señaló que el FLN ya contaba con una organización superior y que el «enorme aparato que nuestros líderes han instaurado con gran celeridad descansa sobre unos cimientos sólidos y demostrados, como son la confianza, la dedicación, la participación e, incluso, el heroísmo de nuestra población civil». Ella esperaba con ilusión que a las mujeres argelinas les llegara la oportunidad de participar junto a los hombres «en la reconstrucción de nuestro país».[5] Pero el FLN falló a las legiones de seguidores anticoloniales que querían tener un papel en la creación de una nueva Argelia. La «carta» aprobada por el FLN no respaldaba del todo la energía y el activismo del pueblo; de hecho, parecía inclinarse más bien por desmovilizar el entusiasmo de este. La «nación» del Tercer Mundo no cumplió plenamente con las expectativas iniciales de democracia radical: una democracia en la que todas las personas serían constituidas como ciudadanos por el Estado, y en la que todos esos ciudadanos y ciudadanas, a su vez, ejercerían como tales a través del Estado con el propósito de construir una sociedad, una economía y una cultura nacionales. De la India a Egipto y de Ghana a Indonesia, las nutridas legiones del proyecto tercermundista obtuvieron toda esa inmensa fuerza suya a partir de la movilización popular, pero ninguno de esos Estados resultantes permitió al pueblo que los había creado (es decir, que había creado tales plataformas para la libertad) participar en pie de igualdad en el proyecto de su construcción. La edificación de la nueva nación requería el trabajo del pueblo, claro está, pero ese trabajo vino dirigido desde arriba y no por la participación igualitaria compartida de la población en la creación del plan nacional o del esquema del reparto del excedente producido por el país. El pueblo tuvo que actuar, sí, pero no para liderar, sino para acatar órdenes, y el Estado, cual figura paternal, acabó ejerciendo de protector de sus súbditos feminizados.

Los grandes defectos del proyecto de liberación nacional nacían de suponer que el poder político podría centralizarse en el Estado, que el partido de la liberación nacional debería dominar ese Estado y que el pueblo podría ser *desmovilizado* tras haber contribuido su parte a la lucha de liberación. Los movimientos de liberación nacional como el FLN se dividían a sí mismos en dos categorías: el pueblo y el partido, siendo este último el que dirigía el trabajo para el primero. Apenas habían estudiado la dinámica de clases y, por lo tanto, no eran muy conscientes de que, tras el triunfo de la liberación, tendrían que lidiar con clases sociales opuestas al proyecto tercermundista. El partido del

pueblo trabajador (no del pueblo sin más) tendría, pues, que crear estructuras democráticas no solo para socializar la producción (algo que, en general, intentaron todos), sino también para socializar la toma de decisiones. Sin esta última, el Estado sería vulnerable tanto a la contrarrevolución de las viejas clases sociales propietarias como al descontento de aquellas en cuyo nombre gobernaba. Fanon había detectado ese problema antes de que el FLN accediera al poder. Sus ideas nos sirven hoy para orientarnos mejor a la hora de comprender uno de los principales fallos del proyecto del Tercer Mundo: la ausencia de una democracia socializada efectiva.

La insinuación de por dónde podía ir el problema surgió a los pocos meses de la toma del poder por parte del FLN. Entre julio y septiembre de 1962, los miembros del Frente se enzarzaron en una serie de luchas intestinas. El pueblo exclamó *baraket* (¡basta!), pero las armas no callaron hasta que el coronel Houari Boumédienne entró en Argel y entregó las riendas del gobierno a Ben Bella. Este centralizó el poder. La constitución argelina de 1963 abolió todos los partidos políticos excepto el FLN y elevó al presidente de este a la categoría de formulador en solitario de la política estatal. La energía de la Revolución Argelina pasó así a estar concentrada en la figura del presidente, quien, por aquel entonces, era Ben Bella. La Carta de Argel de 1964 promulgó la abolición de todos los partidos menos el FLN. «El sistema multipartidista permite que todos los intereses particulares se organicen en diferentes grupos de presión. Frustra, por tanto, el interés general, es decir, el interés de los trabajadores», y, por consiguiente, en nombre de esos mismos trabajadores, solo debía haber un partido, el «partido de la vanguardia».[6] En noviembre de 1962, el régimen tomó medidas de castigo contra el Partido Comunista de Argelia —que sintonizaba con la agenda programática socialista del FLN— y no tardó en perseguir también al Parti de la Révolution Socialiste, encabezado por el exlíder del FLN Mohamed Boudiaf; los dirigentes de ambos partidos acabarían pudriéndose en la cárcel. El FLN reajustó sus filas reduciéndolas a cien mil «militantes», que serían «los mejores con independencia de todo lo demás», según Ben Bella. «Por “los mejores” quiero decir los más dinámicos, los más leales, los que dan ejemplo, los que —por así decirlo— no tienen más intereses que los del partido».[7] Cuando Ferhat Abbas fue expulsado del FLN en 1963 por haber criticado la ausencia de debate en torno a la elaboración de la constitución, dijo ante el parlamento: «¡Para mí el Partido [FLN] no existe! El Partido no existe y no hay más militantes del FLN que los presentes en esta Asamblea, en la administración, en el ejército. El día que se constituya democráticamente un partido, será

un verdadero motivo de celebración».[8]

Como la constitución ya había dotado al presidente de poderes de los que no tenía que responder ante ninguna otra autoridad, el poder del partido descansaba esencialmente sobre su cabeza visible, el propio presidente. La «lealtad» de los militantes, pues, no se debía tanto al partido como a la máxima autoridad presidencial. No había separación de poderes, ni supervisión judicial o parlamentaria de la acción del jefe del ejecutivo, ni este tenía apenas necesidad alguna de responder ante nadie por sus nombramientos de altos cargos de la administración. El presidente podía gobernar por decreto y esa era una estructura que favorecía los golpes de Estado, porque esta última era la única forma de hacer que las riendas del gobierno cambiaran de manos en una sociedad que había sido sustancialmente despolitizada. No se trataba de una cuestión personal: la mayoría de estudiosos del tema y de veteranos del FLN coinciden en considerar que el carácter de Ben Bella no era particularmente dado a ningún «culto a la personalidad», y que tampoco tenía una predisposición ideológica a ello.[9] Cuando Ben Bella ordenó el arresto de Boudiaf, uno de sus más próximos camaradas del FLN, Hocine Aït Ahmed, encabezó una protesta en la Asamblea Nacional. Aunque estaba de acuerdo con los objetivos de la revolución, dijo, tenía la sensación de que el Estado de Ben Bella había reducido la nación a una mera «política de *zaims* [clanes]» o al nivel de las antiguas clases sociales dominantes. Poco había cambiado en el marco institucional de la sociedad, así que Aït Ahmed optó por regresar a los montes de la Cabila para liderar desde allí una insurrección contra ese Estado. Cabe aclarar, no obstante, que el propio Aït Ahmed no tenía muy claro cuál debía ser la relación entre el Estado y el partido, y entre el Estado y el pueblo. A veces, llamaba a la creación de un «partido de la vanguardia revolucionaria» y, otras, a la de un «sistema multipartidista».[10] Se había identificado el problema (la centralización política), pero la gente como Aït Ahmed conocía muy bien la capacidad que tenía el imperialismo de introducirse en una sociedad civil débil. Esa contradicción (y no ninguna supuesta intención diabólica) fue lo que, en muchos casos, llevó a muchos Estados del Tercer Mundo a reproducir las estructuras de los Estados autoritarios.

Ben Bella y el FLN centralizaron el poder para socializar la producción. Esa fue la opción que eligieron ese régimen y otros muchos Estados tercermundistas con inclinaciones socialistas. El FLN tenía que actuar con rapidez, porque la sociedad que había heredado de los franceses había quedado devastada. La sociedad argelina estaba agotada tras una guerra de siete años y medio y un largo periodo de

dominio colonial (1830-1962). El FLN heredó aquel sequedal social y económico: rico en nutrientes y capacidad en su subsuelo, pero arruinado en su superficie. La riqueza de Argelia había sido trasvasada en un espacio relativamente breve de tiempo al Primer Mundo, y poco quedaba ya de ella. Pocas eran las fábricas, las escuelas y los hospitales: los emblemas de la modernidad se habían construido en torno al mantenimiento colonial de la «tradición». En ese reino de la necesidad fue donde el proyecto tercermundista tuvo que labrarse sus esperanzas. De los doce millones de argelinos, cuatro y medio vivían en la pobreza y dos habían estado internados en un momento u otro en campos de concentración, de los que habían salido para regresar a sus desatendidos rebaños y sus tierras abandonadas. Al partir los franceses, también lo hizo el principal personal administrativo, lo que produjo un colapso momentáneo del aparato estatal. El FLN tenía que hacerse cargo de la situación con gran celeridad, crear instituciones que funcionasen y ayudar a estabilizar la masiva desubicación general originada por el colonialismo y la lucha anticolonial. No era tarea fácil.

En marzo de 1963, el gobierno de Ben Bella promulgó un conjunto de leyes conocidas como los Decretos de Marzo. Estos habían sido elaborados tras consultar con un grupo de trotskistas europeos y árabes (entre los que se incluyeron el egipcio Luftallah Solliman, el marroquí Mohamed Tahiri y el argelino Mohamed Harbi) que se mostraron partidarios de la autogestión de los trabajadores. Los decretos declaraban legítimamente colectiva toda propiedad desocupada o baldía, legalizaban la autogestión de los trabajadores en las explotaciones agrícolas y las fábricas, y prohibía la especulación. Los trabajadores ya habían ocupado las fábricas vacías y los campesinos habían tomado tres millones de hectáreas de terrenos de primera calidad abandonados por los granjeros colonos franceses. El nuevo gobierno no hizo más que institucionalizar tan inventivas iniciativas de obreros y agricultores. Hasta ahí, todo había ido bien; el problema fue que el Estado cometió algunos errores. Así, si bien no estaba contemplado que el Estado tuviera papel alguno en esas nuevas instituciones, este intervino intentando suprimir la federación sindical del país, la Union Générale des Travailleurs Algériens (la UGTA, con 200.000 afiliados), que había liderado las ocupaciones fabriles. Ben Bella quería que la UGTA fuese «autónoma dentro del partido» y no un sindicato independiente, sobre todo, porque el FLN y el Estado no eran aún lo suficientemente fuertes como para imponerse políticamente a aquella federación sindical.[11] Los arquitectos de los planes autogestionarios tuvieron buenas ideas, pero ellos no serían los

encargados de ejecutar el proyecto ni de supervisar su funcionamiento. Ben Bella nombró a su viejo camarada de los tiempos del MTLD, Ali Mahsas, ministro de Reforma Agraria. Mahsas no era un adalid de la autogestión: él quería que esos planes se sometieran al control del Estado. En abril de 1963, el gobierno de Ben Bella anunció otra ronda de decretos que obligaban a las explotaciones agrícolas, por un lado, a no tener más línea de crédito que la que les pudiera suministrar un organismo estatal al que se le reconocía esa competencia en exclusiva, y, por otro, a comercializar sus productos exclusivamente a través de ese mismo organismo. En enero de 1964, todas las fábricas se hallaban ya bajo el control del Ministerio de Economía Nacional. La Carta de la Revolución Argelina, de 1964, adoptó todas estas contradicciones: proclamaba la necesidad de nacionalizar los medios de producción y, al mismo tiempo, argüía que todo lo que no fuera autogestión de los trabajadores se quedaba en un mero «formalismo burocrático».12

Los intelectuales que diseñaron los planes de autogestión no habían tenido del todo en cuenta la ausencia de educación política. El FLN produjo un cambio social de primer orden durante la guerra, pero no lo aprovechó al llegar la paz. El intento de los comisarios políticos de subordinar al Estado todas las instituciones independientes (como los sindicatos y el resto de los partidos políticos) y de usar el aparato estatal como brazo institucional del partido, ahogó toda iniciativa de transformación social. El campesinado argelino había sido movilizado para la guerra y, durante esos años, suspendió sus diversas divisiones étnicas y de clan para ponerse al servicio de la revolución. Con la posterior desmovilización, se perdió la oportunidad de aprovechar la actividad misma de la lucha de liberación para educar políticamente a la población hasta entonces alistada, algo que habría resultado necesario para la creación de una sociedad nueva. Los campesinos, según un libro que simpatizaba con la causa del FLN, «no han demostrado ser tan revolucionarios como durante la guerra de independencia. No se han movilizado para obtener una reforma agraria ni para obligar al gobierno a prestar más atención a sus problemas». En vez de eso, los agricultores volvieron a sus pueblos y a los mundos sociales de los que ya venían. «El número de mezquitas nuevas no es más que un indicador de que los campesinos, tras el interludio de la guerra, han retomado sus antiguas costumbres y valores. [...] Sin el liderazgo del partido o del gobierno, los agricultores han caído de nuevo bajo la influencia de las autoridades tradicionales: los morabitos [hombres santos], los imanes [prelados islámicos] y los caciques y los ancianos de cada pueblo».13 Esa fue una

importante consecuencia de la falta de democracia socializada. Grupos como *Al-Qiyam* («Valores»), liderado por Hashemi Tidjani, fueron luego labrando ese terreno propicio hasta crear la base social de la explosión islámica que se produjo a finales de la década de 1980.

El dominio francés no dejó tras de sí una clase suficientemente numerosa de argelinos con conocimientos técnicos desarrollados. Muchos de estos habían trabajado con el Estado colonial en su momento y, por lo tanto, no eran de fiar para el FLN. Y este no contaba con personas suficientemente formadas como para ocuparse de la gestión de instituciones técnicas complejas. La insuficiencia de personal de ese tipo obligó al FLN a recurrir a los miembros de la pequeña y no tan pequeña burguesía que no habían huido a Francia en 1962. Un censo de abril de 1963 mostraba que el 43 % de los puestos dedicados a la planificación y la toma de decisiones continuaban estando ocupados por ciudadanos franceses y por argelinos que ya ejercían en esa clase de puestos durante el periodo colonial francés, y que ese mismo grupo de técnicos y administrativos ocupaba el 77 % de los cargos directivos.[14] En 1959, el Estado contrató a 63.000 funcionarios y, para 1964, contaba ya con unos 100.000 en plantilla. La hacienda pública tenía una importante vía de agua en forma de sueldos para sus funcionarios: 2.900 millones de dinares se iban en el abono de esos salarios, cuando solo 2.400 millones se destinaban a desarrollo económico. El aparato estatal se iba hinchando, al igual que el militar, y ambos se convirtieron en la principal fuente de la demanda interna en la economía argelina (y a medida que el Estado fue nacionalizando un número cada vez mayor de sectores de la economía, ese rol se intensificó). El papel central del Estado y la integración de la burguesía en sus filas llevó a la creación de una relación parasítica entre el primero y la segunda. La intimidad del Estado con esa clase dominante (y en Argelia, con ciertos clanes más que con otros) se tradujo en una gran laxitud en cuanto a las regulaciones del banco central y de la oficina de aduanas. La independencia consentida a estas dos instituciones netamente burguesas muestra que si, por un lado, el Estado resultante de la liberación nacional fue capaz de reprimir la democracia de la clase obrera y el campesinado al tiempo que decía hablar en nombre de esos dos colectivos, por el otro, otorgó relativa autonomía a la burguesía y a las instituciones de esta.

La burguesía nacional no se apoderó del partido de la liberación nacional (el FLN en este caso) ni tampoco del nuevo Estado. En la lucha anticolonialista, el partido se ganó la aureola de fuerza que trascendía las divisiones de clase y representaba al conjunto del

pueblo. Gracias a ese rol, atrajo tanto a la clase obrera y al campesinado como a la clase administrativa que trabajaba para el Estado, además de algunos elementos de la clase mercantil e industrial. Salvo ciertas excepciones (como la India), los comerciantes y los pequeños empresarios industriales no eran autónomos con respecto al Estado; de hecho, dependían de él (ya fuera de sus contratos, de sus licencias de negocio o del espacio que este les abría para operar mediante el régimen nacional de aranceles). Los partidos de liberación nacional que accedieron al poder sin un análisis bien afinado de la situación de las clases sociales en su país se expusieron a la presión de unas clases mercantiles e industriales que habían adquirido confianzas renovadas al verse su posición fuertemente favorecida por los programas de creación de una industria y de una economía nacionales propias propugnados por los movimientos de liberación nacional. Pero, aunque el partido de la liberación nacional estaba en deuda en buena medida con la élite administrativo-directivo-intelectual (y, en ocasiones, militar), no dejó por eso de construir vínculos estrechos con la clase del empresariado industrial. A priori, los proyectos basados en la política de sustitución de importaciones abrían cierto espacio para los programas de reforma institucional y desarrollo social, pero, en la mayoría de casos, sirvieron simplemente para proteger a los industriales nacionales, quienes, por otra parte, no estaban comprometidos a largo plazo con el programa tercermundista.

Algunos de los Estados resultantes de las liberaciones nacionales, como fue el caso de Argelia, se comprometieron a aplicar una agenda social bastante radical (en ámbitos como la reforma agraria en el campo y la autogestión en la industria). La lista de reformas, sin embargo, no era tan importante como el *carácter de la gobernanza*: ¿cuál era la relación que establecía el Estado con el pueblo en cuanto a la acción de gobierno? ¿Le devolvía aquel el poder a este? ¿Lo movilizaba para que participara en los propios actos estatales? ¿O desmovilizaba el movimiento de liberación nacional con la promesa de generar el cambio por la vía burocrática administrativa? Si lo que sucedía era esto último, entonces el Estado se dedicaba a dictar pautas y órdenes al pueblo, ese pueblo que había soñado durante la lucha con ser socio del Estado en la construcción de la nación. Cuando el Estado resultante de la liberación nacional adoptaba el objetivo del «desarrollo» desde una perspectiva burocrática, tendía a imitar el enfoque de organismos internacionales como el Banco Mundial en vez de atender a las aspiraciones y las esperanzas del pueblo que había otorgado al nuevo Estado los poderes con los que este operaba. De

hecho, apenas se habló de cómo trasladar los puntos de vista del campesinado, de los hombres y las mujeres, o de los pueblos marginados, al centro del debate nacional sobre las prioridades del nuevo Estado, ni de cómo abordar las diferencias en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, entre población urbana y población rural, entre personas alfabetizadas y personas analfabetas. El proyecto de liberación nacional tendía al análisis naturalista de los derechos políticos: si se expulsa a la potencia colonial, si el Estado pasa a ser controlado por las fuerzas de liberación nacional y si estas fuerzas producen un modelo económico digno, el pueblo será libre. La Carta de la Revolución Argelina (1964) previó ese problema al advertir a la nación sobre los riesgos de un rumbo unipartidista: un sistema de partido único podría «degenerar en una dictadura pequeñoburguesa o en la formación de una clase burocrática que use el aparato estatal como instrumento para satisfacer los intereses personales de esta, o, en última instancia, en un régimen de dictadura personal que reduzca el partido a una mera policía política». Si bien durante el periodo de la lucha armada, proseguía el texto de la Carta, resultaba aceptable desear la unidad política, esta debía luego «reconsiderarse a la luz de los objetivos y las perspectivas de la revolución socialista». Y sentenciaba: «Ya pasó el momento de esa unión».[15] Parece obvio que, finalmente, no hubo reconsideración alguna.

Argelia siguió una tradición ya consolidada y defendida en amplias zonas del África poscolonial, y por gobiernos tanto de «derechas» como de «izquierdas»: en Guinea (1958), el Congo (1960), Costa de Marfil (1961), Tanzania (1963), Malawi (1963) y Kenia (1964). Los partidarios del «Estado de partido único» sostenían que la rivalidad entre partidos «carecía generalmente de interés para la inmensa mayoría de la población». La idea de «política nacional» ocupa un lugar central en la concepción del Estado unipartidista de esos movimientos de liberación nacional. Fraccionar el sistema político en facciones haría olvidar que la lucha por la libertad había unido al pueblo en pos de un único interés: el de crear una nación contra el imperialismo. No se podía permitir que las clases y las divisiones sociales perturbaran la «unidad fundamental de la nación». Autorizando la existencia de partidos rivales, existía la posibilidad de que «un puñado de individuos» llegaran a «poner en peligro a nuestra nación y reducir a cenizas el esfuerzo de millones de personas».[16] Permitir la discrepancia podría abrir la puerta, además, a las influencias de las fuerzas imperiales, que apadrinarían a representantes de sus intereses en el propio país para desestabilizarlo. El proyecto de partido único es, pues, un proyecto de temor al pueblo,

de miedo a que cualquier devolución de poder a este conduzca a una actividad anticolonial o provoque un disenso fundamental allí donde debería haber una supuesta unidad. Muchos políticos de los movimientos de liberación nacional, convencidos tras años de que su partido representaba a toda la población, negaban la existencia de unos intereses diferentes y, a menudo, mutuamente excluyentes que provocaban hendiduras en el tejido social. Los empresarios y los trabajadores industriales se beneficiaban de los aranceles elevados con los que se buscaba evitar la desaparición de las fábricas locales, pero no se aprovechaban por igual: los obreros tenían que trabajar bajo un régimen de explotación que permanecía vigente con independencia del arancel en cuestión. Cuando el movimiento de liberación nacional envió a su gente de vuelta a sus casas, perdió su inmensa base de poder. Un Estado como aquel, que actuaba burocráticamente sobre una población, tiene una tendencia intrínseca a depender de fuentes tradicionales y consolidadas de poder y control social. Así pues, las viejas formas de asociación colectiva (por ejemplo, las fundadas en las lealtades tribales y de clase) regresaron a un primer plano del protagonismo político. Esas bases de poder se volvieron indispensables para las elecciones o para la implementación de la agenda programática del Estado en materia de desarrollo. El mismo Estado de la liberación nacional que había nacido como instrumento del poder popular acabó recurriendo a aquellos agentes sociales que tan frecuentemente le habían negado su apoyo para llevar a la práctica las políticas que se proponía aplicar inicialmente.

El problema de la burocratización y del unipartidismo era un tema de debate de primer orden en Vietnam más o menos por la misma época en que los argelinos conquistaron su libertad. En el Segundo Congreso del Partido de los Trabajadores de Vietnam, celebrado en 1961, Ho Chi Minh advirtió a sus correligionarios y a la nación en general sobre la tendencia hacia la burocratización y el mando centralizado, pues la actitud burocrática «se manifiesta en la afición al papeleo, en el divorcio con respecto a las masas populares y en la reticencia a conocer la experiencia de esas masas», mientras que el mando centralizado no permitía que las personas trabajaran «por iniciativa y voluntad propias» pero sí que se usara «la coacción para realizar tareas sin explicación previa».[17] En las naciones oscuras, existe un amplio número de obras y testimonios escritos por comunistas disidentes de la línea oficial de sus respectivos partidos nacionales que reflejan su experiencia práctica con lo que los vietnamitas denominaron «adueñamiento colectivo» (*lam chu tap the*). Los líricos ensayos del Che sobre el trabajo voluntario y la moral

comunista se originaron en (y, a su vez, dieron origen a) los *consejos de trabajo* que, aún hoy en día, continúan siendo un elemento característico de la vida social cubana. Los discursos de Cabral sobre el deber del comunista abordan ese mismo problema. Apenas transcurrido un año desde que Guinea Bissau obtuviera la independencia de la dominación portuguesa, el gobierno de Cabral invitó al renombrado educador brasileño Paulo Freire a visitar el país para que estudiara su sistema educativo y prestara su ayuda en la configuración de una pedagogía popular para la creación de una sociedad no burocrática. Todo eso se producía en el contexto de un país maltrecho y devastado por la guerra, y que, aun así, se esforzaba por dar con el principio adecuado para el asentamiento de un Estado verdaderamente popular. La resistencia de la población reforzó sus reivindicaciones para que el Estado no recurriera ni al mando y el control centralizados ni al burocratismo, y para que, en vez de eso, fuera creando gradualmente el mecanismo necesario para una verdadera gobernanza popular. Ahora bien, proponerse esa misión era una cosa, pero disponer de la capacidad para superar un problema tan serio como el planteado por las insuficientes habilidades técnicas y la marcada jerarquía de clases era otra muy distinta.

Como el Estado de la liberación nacional falla a su población, escribió Fanon en 1961, «las masas empiezan a enfadarse, a desviarse, a desinteresarse por esa nación que no les reserva ningún lugar».[18] En Argelia, por el contrario, algunos sectores de las masas populares dirigieron sus iras contra el régimen. El Frente de Fuerzas Socialistas de Ahmed Aït intentó asesinar a Ben Bella el 31 de mayo de 1964. En junio de ese mismo año, la UGTA (la principal federación sindical) empezó a imponer su influencia. Los trabajadores del sindicato se declararon en huelga a favor de la nacionalización y en contra del limitado papel que se les asignaba en los asuntos del Estado. Las huelgas declaradas en todos los sectores industriales paralizaron el país. Las maniobras de los trabajadores y de la UGTA (que acababa de adoptar una actitud más militante), unidas a las primeras muestras de abatimiento de la población, indujeron a Ben Bella y a su núcleo en el FLN a probar una corrección del rumbo seguido hasta entonces. El presidente del país buscó un acercamiento con la UGTA con motivo del Segundo Congreso de esta en marzo de 1965; más tarde, remendó en la medida de lo posible sus relaciones con los comunistas argelinos. La UGTA salió completamente revitalizada del proceso y dispuesta a ejercer una importante función democratizadora en la sociedad argelina. Junto a ella se alinearon la Union Nationale des Femmes Algériennes, cuya manifestación con motivo del Día Internacional de

la Mujer el 8 de marzo de 1965 atrajo a diez mil mujeres, y la Jeunesse du Front de Libération Nationale, que alcanzó su máximo de cincuenta mil afiliados al poco de que empezara a organizarse en abril de 1964.[19] Daba la sensación, pues, de que el interregno autocrático de Ben Bella daba marcha atrás, al tiempo que la democratización social implícita en el experimento de la liberación nacional parecía asomar por el horizonte. Pero entonces fue el ejército quien movió sus fichas.

Houari Boumédienne, cuyo mando sobre las fuerzas armadas había dado inicialmente la presidencia a Ben Bella, decidió revocar su anterior confianza en el presidente. El 19 de junio de 1965, coincidiendo precisamente con la concesión del premio Lenin a Ben Bella, varios oficiales del ejército argelino irrumpieron en su casa y lo pusieron bajo arresto. Boumédienne se hizo cargo del Estado y las fuerzas armadas pasaron a ser el pilar principal del régimen. Aunque Boumédienne sostuvo siempre que él había tomado el poder en respuesta al culto a la personalidad implantado por Ben Bella, lo cierto es que el motivo que mejor explica aquel golpe es el acercamiento previo que se había producido entre el propio Ben Bella y la izquierda organizada. La tendencia hacia la democracia socializada se contradecía con la tan cuidadosamente labrada estructura del Estado tercermundista. Boumediénne comprendió que el socialismo del Tercer Mundo, a diferencia del comunismo, no podía permitirse el alejamiento de la burguesía y el ejército nacionales. El ejército de liberación que, bajo su mando, había entrado en Argel en 1962 ya no existía en 1965. Entretanto, las fuerzas armadas habían absorbido el cuerpo de oficiales del ejército argelino francés y habían asumido el carácter de la burguesía nacional. Ese nuevo elemento en la oficialidad tuvo una fuerte influencia en los acontecimientos que rodearon a la expulsión de Ben Bella.

Boumédienne dio continuidad a la mayoría de las políticas económicas más generales de la era Ben Bella, resumidas esencialmente en la nacionalización de la industria (y, en particular, del sector petrolero, fusionado en una única sociedad: SONATRACH). La autogestión fue absorbida por completo por la estructura del Estado y la industria adquirió prioridad sobre la agricultura. Los militares pasaron a desempeñar un papel más extenso en la sociedad, lo que implicó también una mayor cuota del presupuesto estatal. Todo esto fue financiado principalmente con las considerables reservas argelinas de petróleo y gas natural, que contribuyeron al mantenimiento de una hacienda pública saludable mientras los precios de esas materias primas estuvieron elevados. El Estado dominaba la sociedad y

gobernaba en nombre del socialismo. Pero la clase que dominaba ese Estado, tal y como se advirtió en la Carta de 1964, era la burguesía parasítica (y su sector filial en el ejército). Boumédienne tenía en mente un modelo de Estado «solícito» con las necesidades de una población quiescente y respetuosa. El Estado debía extender su autoridad a toda la sociedad, según Boumédienne, del mismo modo que «el sistema vascular transporta e insufla vida en las extremidades más distantes» del cuerpo humano. Los enemigos del régimen eran como «intrusos que han penetrado en el cuerpo de la revolución». Eran una «excrecencia», una «gangrena» que había que extirpar. Boumédienne, por lo tanto, reprimió a la izquierda, sobre todo, a la UGTA (que desapareció casi por completo) y al Partido Comunista. En cierto sentido, el nuevo presidente siguió más de cerca que Ben Bella el enfoque aplicado por la mayoría de Estados tercermundistas.

En la personalidad de Boumédienne no tenía cabida el engrandecimiento, pero lo que sí hizo fue adornar el Estado con los emblemas de la anterior lucha por la libertad. En torno a la guerra de independencia y al FLN se fomentó una especie de culto a la personalidad. El fallido proyecto de liberación nacional, como bien advirtió Fanon, pide al «pueblo que refluya hacia el pasado y se embriague con la epopeya que ha conducido a la independencia».[20] La nostalgia es una forma de impedir el alejamiento total de la población con respecto al Estado. El nacionalismo queda así reducido a «unos grandiosos edificios en la capital», a desfiles y procesiones, a estatuas inmensas dedicadas a los líderes y a otros ornamentos con los que celebrar una lucha inacabada a ojos de la población. Si los Estados europeos y norteamericanos contaban con un cenotafio ubicado en un lugar estratégico para honrar a los soldados desconocidos que murieron por proteger las libertades de sus repúblicas, los Estados del Tercer Mundo anticolonial homenajearon con frecuencia el sacrificio de innumerables millones de personas en la lucha por la liberación. Sin embargo, aquellos murales en honor a las personas anónimas surgieron en el mismo contexto en el que se instalaron grandes retratos y estatuas de los líderes de los partidos de liberación nacional. Los dirigentes que sustituyeron a aquellos movimientos guardaron celosamente el capital político heredado de la lucha de liberación. Los fallos de esos líderes no se tradujeron inmediatamente en desilusión popular porque, en todo lo demás, la asociación entre su imagen y la audacia de la liberación nacional les brindó una gran dosis de laxitud. La nostalgia, pues, tuvo una finalidad política y no obedeció simplemente ni a una reacción de añoranza de unos dirigentes sin visión ni a la ilusión ingenua de una población traicionada.

El personaje que fomenta la nostalgia —y que, a menudo, es el único que puede hacerlo— es ese héroe de la lucha de liberación nacional que se ha convertido en el jefe del Estado. Ese líder «representa la fuerza moral», el poder de la lucha, pero al hacerlo en el contexto de la traición a aquella lucha, «el dirigente apacigua al pueblo».[21] Como este líder pasa a ser la hoja de parra que tapa las vergüenzas de las extracciones llevadas a cabo por los ricos emergentes, se erige en «el presidente general de la sociedad de usufructuarios impacientes de disfrutar que constituye la burguesía nacional».[22] A finales de la década de 1960, Argelia había abandonado ya su anterior intento de crear un Estado socialista y lo había sustituido por un sistema de capitalismo de Estado, con una burguesía nacional parásita y segura en los fuertes brazos del ejército.

Si Ben Bella se hubiera enfrentado antes a las fuerzas armadas, su régimen tal vez habría durado aún menos. Mientras tanto, el gobierno argelino llegó a promover toda una serie de puntos de una agenda programática netamente socialista, algunos de los cuales fueron posteriormente de obligado seguimiento para el gobierno militar de Boumédienne. Argelia continuó siendo un actor dentro del NOAL, principalmente, porque su propia política exterior la mantuvo fuera de acuerdos estables con Estados Unidos o con la URSS. En 1973, Argelia acogió la Cuarta Cumbre de los No Alineados, la más numerosa hasta aquella fecha. En dicho encuentro, Boumédienne llamó a construir un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Según él, había que dotar de un nuevo sentido al «no alineamiento», un sentido en el que la liberación económica debía adquirir primordial importancia y las cuestiones políticas debían pasar a un segundo plano. Los derechos políticos en el interior de una nación podían darse por supuestos siempre que los gobernantes trabajaran sobre un programa económico que hiciera frente al capitalismo. Ese punto de vista halló allí pocos detractores, en especial, porque el número de dirigentes tercermundistas que acudió a aquella cumbre de Argel en uniforme militar o con rangos militares asociados a sus nombres era ya apreciable. Sin un especial énfasis en la movilización popular, quien mejor podía gobernar la forma de Estado adoptada por los movimientos tercermundistas era sin duda el ejército. Desde el momento del golpe hasta que, años después, decayó el crecimiento económico dependiente del petróleo, Argelia estuvo dominada por las fuerzas armadas (a la muerte de Boumédienne, otro soldado, Chali Bendjedid, ocuparía la máxima magistratura del país hasta 1992).

La desmovilización de la población desembocó casi inexorablemente en toda una serie de golpes y gobiernos militares en

el Tercer Mundo. Allí donde las fuerzas armadas no derrocaron el gobierno civil establecido, la incapacidad de los Estados para aislarse de los problemas causados por las antiguas fronteras coloniales y de otros dilemas por el estilo provocó un fortalecimiento de sus respectivas cúpulas militares. Más dinero para cañones significaba menos para mantequilla y, por lo tanto, un empobrecimiento de los planes que contemplaban un incremento del salario social, una mejora de las relaciones con los agricultores y con otros sectores de la sociedad, y unos precios más favorables para las exportaciones. El principal agente social que siguió exigiendo el cumplimiento de ese programa dentro de los límites marcados por los regímenes tercermundistas fue el comunismo, mientras que el fortalecido brazo del ejército fue a menudo el encargado de «exorcizar» la izquierda en esos países (ayudado por la CIA y ante la vista gorda de la URSS). La historia general de esas tragedias será la que nos ocupará en esta parte del libro, en la que nuestro recorrido nos llevará del golpe militar en La Paz (Bolivia) a la masacre de comunistas acaecida en el archipiélago indonesio, la guerra fronteriza entre India y China, y, por último, los tejemanejes de la OPEP y los poblados *ujamaa* de Tanzania, versiones reducidas y desvirtuadas de la otrora ambiciosa agenda política y económica del Tercer Mundo. El imperialismo neocolonial no dejó de actuar en ningún momento y los países tercermundistas siguieron siendo esclavos de lógicas económicas y políticas que los desheredaban en su mayoría. El pueblo quería disfrutar de las estructuras formales de la libertad y no solo de la independencia de la bandera (eso que los tanzanos llamaban *uhuru wa bendera*). Pero tuvo que conformarse con unas muy moderadas reformas y con mucha nostalgia. O arriesgarse a que lo hicieran «desaparecer».

La Paz

En mayo de 1963, en una conferencia de jefes de Estado Mayor de las fuerzas aéreas de países de toda América, una destacada autoridad estadounidense se levantó para brindar por el gobierno boliviano: «Nada más llegar, las autoridades y los oficiales militares de Bolivia me enseñaron cuáles eran las prioridades y las necesidades del país. Sus intenciones son buenas y dignas de elogio. Creo que actualmente existe una mayor conciencia y un más claro reconocimiento del importante y constructivo papel que las fuerzas armadas están desempeñando en el desarrollo de Bolivia, así como de la crucial relevancia de su actuación en el control de los elementos subversivos». Teodoro Moscoso, coordinador de la Alianza para el Progreso, organización que actuaba como «paraguas» anticomunista de la administración Kennedy en toda aquella región, recibió en agradecimiento por aquellas palabras toda clase de alabanzas del general René Barrientos, un oficial de carrera de la fuerza aérea boliviana que mantenía una estrecha relación con el ejército estadounidense desde sus tiempos de agregado de aviación de Estados Unidos, en la década de 1950. Barrientos garantizó a la cúpula militar estadounidense que Bolivia operaría «bajo la Alianza para el Progreso y su programa de acción cívica a fin de asegurar la estabilidad interior y combatir el comunismo».[1]

Lo más extraño de aquel intercambio era que Barrientos representaba oficialmente al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), el partido izquierdista que permanecía en el poder desde su victoriosa rebelión armada de 1952. ¿Qué hacía un gobierno nacionalista de izquierda manteniéndose tan próximo al gobierno estadounidense en un momento en el que este último se había comprometido a borrar el comunismo del mundo y en el que el primero había adoptado un programa que, hasta cierto punto, era tan comunista como el que más, aunque sin la hoz ni el martillo?

Desde el inicio de la invasión española de América del Sur hasta la actualidad, el pequeño país de Bolivia ha sido muy importante para Europa. Durante el periodo español, Bolivia fue el más destacado contribuyente a los erarios públicos europeos. Los españoles se apoderaron de la montaña de Potosí (de 4.000 metros de altura) y explotaron las que parecían ser sus inagotables reservas de plata. Hasta 527 concesiones se otorgaron para extraer el mineral de las 94 vetas de plata que los españoles descubrieron allí. La avalancha del preciado metal que llegó a Europa a partir de aquel momento generó

la denominada «revolución de los precios del siglo XVI».[2] A mediados del siglo XIX, las minas de estaño habían desplazado ya en importancia a las de plata. Un boliviano, Simón Ituri Patiño, convertido en el «rey» de ese otro metal, cimentó una oligarquía (o *rosca*) enriquecida por aquel negocio, se mudó a Europa y desde allí gobernó el país a través de sus representantes y por el poder de las armas. El estaño extraído de las minas de Patiño salía de Bolivia en dirección a Liverpool (Inglaterra), donde se fundía en instalaciones de las que él mismo era propietario en gran medida, por lo que aquel era un negocio que le enriquecía enormemente desde el principio hasta el final. Los mineros del estaño tuvieron muy escaso papel político en esos más de cien años de «independencia» de Bolivia.[3]

En 1951, el MNR (que, por entonces, contaba con una década de vida) ganó unas elecciones clave, pero como aquello suponía una amenaza directa para la *rosca* oligárquica y sus aliados de clase, el ejército intervino y revocó los resultados de los comicios. Un año después, el MNR regresó al poder tras un golpe de Estado popular, en el que las milicias de los campesinos y los mineros del estaño habían aplastado al ejército y se habían hecho cargo del país. El líder del MNR, Víctor Paz Estenssoro, se convirtió en presidente y puso en práctica de inmediato reformas sustanciales favorables a las bases del partido, lo que, por ende, favorecía también a la mayoría de la población. Tres meses después de su acceso al poder, el MNR universalizó el sufragio tanto para hombres como para mujeres (alfabetizados o no). Solo el 6,6% de la población (205.000 personas) habían votado en las elecciones de 1951; en las elecciones de 1956, sin embargo, más del 30% (1.127.000personas) de la población mayor de edad se registró para ejercer su recién adquirido derecho a votar. Aunque las mujeres del MNR jamás lograron imponerse del todo al patriarcado boliviano, sus organizaciones (el Movimiento María Berzola y los Comandos Femeninos) obtuvieron una sustancial victoria para las bolivianas con la entrada en vigor del sufragio universal, una conquista en la que se adelantaron por mucho a Brasil, Chile, México y Perú. La reforma del sufragio dejó sentir sus efectos mucho después de que la llama revolucionaria de las reformas económicas de 1952 se hubiera apagado, e incluso durante la dictadura militar instaurada a partir de 1964 (que fue considerada más ilegítima aún si cabe porque desposeyó al pueblo del derecho universal al voto del que ya disfrutaba).

Las dos reformas económicas más sustanciales fueron la nacionalización de las minas de estaño y la reforma agraria. El régimen del MNR debía su poder a las dos clases sociales que

trabajaban en esos sectores: los mineros y los campesinos. En octubre de 1952, el presidente Paz viajó a la mina Siglo xx, donde trabajaban los miembros más militantes de la Federación Sindical de Trabajadores de Bolivia, para anunciar la nacionalización de los recursos minerales en estaño. La medida tuvo un efecto simbólico porque transmitió la sensación de que Bolivia parecía reclamar la recuperación de sus propios recursos; lo cierto es que la calidad del estaño había empezado a decrecer ya en la década de 1940, que no se había hallado ninguna fuente nueva de dicho metal desde 1927 y que la economía boliviana seguía viéndose obligada a exportar estaño «en bruto» que era luego procesado en otros países. La nacionalización fue una muestra de que el MNR se preocupaba por los intereses del pueblo boliviano, pero no pasó de ser una maniobra insuficiente frente al dominio apabullante con el que el capital externo decidía la suerte de los mineros.

La segunda reforma se produjo en 1953, cuando el MNR procedió a una redistribución bastante extensa de tierras para favorecer a la mano de obra agrícola no propietaria: los «campesinos». El 6% más rico de los propietarios agrícolas (los «hacendados») controlaba el 92% de las tierras, y solo un 1,5 % de ese terreno se dedicaba efectivamente al cultivo. Esa élite terrateniente recurría a la fuerza bruta para conseguir que la mano de obra agrícola (principalmente amerindia) trabajara para ella. El Decreto de Reforma Agraria que el MNR promulgó el 3 de agosto de 1953 declaró confiscados buena parte de los latifundios y los transfirió a las «comunidades» de campesinos para que estos (principalmente amerindios) los trabajaran. Sin embargo, las mejores tierras, aquellas en las que se practicaba la agricultura más intensiva en capital, no fueron incluidas en la reserva comunal, por lo que las comunidades acabaron recibiendo terrenos de calidad generalmente inferior. Eso se debió, en parte, a que el régimen revolucionario no incorporó a los líderes más experimentados del campesinado, muchos de los cuales habían sido de crucial importancia no solo para la revolución, sino también para la movilización de las áreas agrícolas desde mediados de la década de los cuarenta.

Pese a los reveses sufridos por la revolución, la Bolivia de comienzos de la década de 1950 vivía la misma clase de agitación social que se viviría en Argelia una década más tarde. Durante unos años, Bolivia se aventuró por una senda desconocida para la mayoría de Estados del Tercer Mundo, motivo por el cual resulta especialmente importante considerar aquí el caso boliviano. Desde 1952 y hasta mediados de la década, el MNR trató de desmantelar el ejército y entregar el poder de las armas a las milicias de los campesinos, los

mineros del estaño y los «grupos de honor» del propio MNR. Inducido por su experiencia de 1951 con los militares, el MNR decidió clausurar el Colegio Militar, dar de baja a una quinta parte del cuerpo de oficiales, recortar drásticamente los gastos militares (del 22 % del gasto público en 1952 al 7 % en 1957) e, incluso, considerar la posibilidad de suprimir por completo las fuerzas armadas. La falta de una autoridad central en Bolivia o, mejor dicho, el hecho de que el poder se estuviera devolviendo efectivamente a las organizaciones populares hizo que el Departamento de Estado norteamericano señalara en 1957 que «todo ese complejo de ilegalidad, combinado con la aparentemente nula disposición (o la incapacidad) del gobierno para controlarla, sumió al país en un considerable grado de anarquía». Lo que Estados Unidos entendía como «anarquía» era democracia popular para los bolivianos.

El gobierno estadounidense no intervino en Bolivia con la ferocidad con la que lo hizo en Guatemala cuando el presidente de este último país, Jacobo Arbenz Guzmán, trató de dar una forma socialista a la relación entre el Estado y la sociedad.[4] La diferencia entre Guatemala y Bolivia respondió posiblemente al distinto papel que las empresas estadounidenses desempeñaban en la economía de cada uno de esos dos países. En Guatemala, la United Fruit Company era dueña de vastas extensiones de terreno y administraba esas tierras como si de una inmensa factoría agrícola se tratase. La reforma agraria del gobierno Arbenz suponía una amenaza directa contra las posesiones de United Fruit. En Bolivia, sin embargo, las empresas estadounidenses no eran propietarias de las minas de estaño. Las compañías norteamericanas compraban desde 1946 la mitad de la producción boliviana de ese mineral, así que, ya desde un primer momento, el país se vio invadido por un auténtico «enjambre» de expertos y se convirtió en una especie de gigantesca mina de estaño a ojos del gobierno estadounidense, para el que sus homólogos bolivianos no eran más que unos gobernantes de pacotilla. El estaño de Bolivia acababa yendo a parar a Estados Unidos con independencia de quién fuera el dueño de las minas y del mejor o peor trato que una estructura sociopolítica verdaderamente socializada y nacionalista pudiera tratar de obtener para sus bases sociales: los mineros. No había, pues, prisa alguna por atajar las reformas bolivianas porque, a corto plazo, estas no afectarían a la estructura básica del dominio estadounidense.

Así que, en vez de intentar derrocar al MNR, el gobierno de Estados Unidos puso en marcha un proceso en dos fases para socavar el radicalismo de la revolución. Esas dos etapas se condensaban en la

Alianza para el Progreso impulsada por el presidente Kennedy. En 1961, la administración Kennedy aprobó la concesión de 20.000 millones de dólares a los Estados de América Central y del Sur en concepto tanto de desarrollo económico como de asistencia militar. En marzo, Kennedy dio la bienvenida a la Casa Blanca a los líderes sudamericanos y centroamericanos allí convocados con un discurso sobre la susodicha alianza en el que señaló que «la nueva generación de dirigentes militares ha dado muestras de ser cada vez más consciente de que los ejércitos pueden no solo defender sus países, sino también (como nosotros bien hemos aprendido gracias a nuestro propio Cuerpo de Ingenieros) ayudar a construirlos».[5] El gobierno estadounidense, por decirlo de otro modo, veía en el ejército una institución sólida e incondicional para el «desarrollo». Estados Unidos había canalizado ya grandes sumas de dinero hacia la reconstrucción del ejército boliviano y no tardaría en incrementar esos fondos astronómicamente (de 1.400 millones de dólares en 1962 a 4.100 millones en 1963). Unos pocos años antes, la cúpula militar de las fuerzas armadas bolivianas, frustrada por los recortes practicados por su propio gobierno y por la degradación generalizada de su estatus dentro del país, había recurrido a Estados Unidos en busca de ayuda. En 1960, un alto general explicó al embajador estadounidense y a su agregado militar que el 90 % de los oficiales y de las tropas eran acérrimos anticomunistas. El ejército se puso al servicio del gobierno de Estados Unidos y aguardó a recibir luz verde de este para emprender un golpe de Estado.

De hecho, cuando las fuerzas armadas bolivianas, dirigidas por Barrientos, llevaron a cabo su golpe en 1964, este fue alentado de forma sustancial por el agregado estadounidense, el coronel Edward Fox (también conocido como «Zorro de los Andes»). Aunque este es un dato irrefutable, lo que no se suele contar es que el MNR ya había empezado a reconstruir el ejército a finales de la década de 1950 y había dejado de confiar en el apoyo de quienes habían sido sus aliados centrales hasta entonces. El presidente Paz venía del ala más conservadora (y, a la vez, nacionalista) del MNR, y no de la más socialista, la más relacionada con el sindicato de mineros, como su vicepresidente Juan Lechín. Para acabar con el sector más procastrista y procomunista del MNR, Paz empezó a desmantelar los movimientos sociales más masivos y buscó tanto apoyos entre las instituciones del anterior régimen (la Iglesia y el ejército) como fondos en la ayuda exterior del gobierno estadounidense. El deseo del presidente de concentrar el poder en manos de su camarilla provocó la salida de sectores enteros del MNR y lo alejó de las simpatías de los mineros del

estaño, sobre todo, cuando prescindió de Lechín como acompañante en su candidatura (en calidad de aspirante a la reelección como vicepresidente) en las elecciones presidenciales de 1964. Ya en julio de 1962, Paz animaba a las fuerzas armadas a reprimir las milicias civiles, y antes del final de ese mismo año, un ejército renovado había recuperado su anterior terreno frente a los campesinos y a los mineros del estaño. Las bases del poder revolucionario fueron así desmovilizadas y desarmadas. El temor que la izquierda inspiraba entre los dirigentes del MNR los arrojó en brazos de Estados Unidos y de las clases sociales conservadoras que se oponían por principio al programa sociopolítico tercermundista. El gobierno estadounidense no solo orquestó el golpe de 1964: también brindó apoyo internacional a los generales cuyo poder cebó con sus propios fondos para ayuda exterior y saboteó el pacto entre los movimientos sociales de la revolución y el gobierno que había asumido el poder en nombre de aquellos. El encuentro de 1963 en Panamá, pues, no fue más que un indicio del ambiente previo a un golpe que no tardaría en producirse.

El golpe de 1964 fue bien preparado por el ejército boliviano y el gobierno estadounidense y se vio facilitado por la debilidad ideológica del ala de Paz en el MNR, más favorable al orden que al cambio social radical. Los sucesos que se desarrollaron en Bolivia fueron poco menos que una réplica de otros que ya habían tenido lugar en otras naciones oscuras, como en el vecino Paraguay (durante el golpe de 1954 encabezado por el general Alfredo Stroessner) o en la distante Tailandia (durante el golpe de 1957 encabezado por el jefe del Estado Mayor del ejército Sarit Tanarat). Desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta comienzos de la década de 1970, según las estimaciones de un estudioso del tema, llegaron a producirse hasta doscientos golpes de Estado (triunfantes o fallidos) en África y Asia, además de en América Central y del Sur.[6] Fanon, en un clarividente libro que ya hemos mencionado anteriormente, había descrito con tono de advertencia el papel estructural del ejército en las naciones descolonizadas: «Hay que evitar la conversión del ejército en un cuerpo autónomo que tarde o temprano, ocioso y sin misión, se dedicará a "hacer política" y a amenazar al poder. Los generales de salón, a fuerza de frecuentar las antecámaras del poder, sueñan con los pronunciamientos».[7] Allí donde todas las demás instituciones habían quedado maltrechas por el hostigamiento del colonialismo y el neocolonialismo, las fuerzas armadas destacaban por su eficiencia y su disciplina. Los funcionarios de la administración pública suelen tener una formación insuficiente además de una marcada tendencia a la corrupción, y los partidos políticos demuestran con frecuencia (incluso

en América del Sur) ser mejores luchadores por la libertad o redactores de programas y manifiestos que gobernantes. Ante semejante situación, y en vista de la desmovilización y el desarme generales de la población, el ejército se convierte en una instancia más que obvia de generación y mantenimiento de orden social.

Fanon tenía una receta para prevenir los golpes militares. «El único medio de evitarlo —escribió— es politizar al ejército, es decir, nacionalizarlo. Igualmente es urgente multiplicar las milicias».[8] Y lo cierto es que los Estados del Tercer Mundo que no desarmaron a la población y que la mantuvieron en un estado de movilización política general creando, por ejemplo, milicias ciudadanas, no sucumbieron a ningún golpe de Estado ni a ninguna intervención fácil del imperialismo. El caso clásico es el de la Cuba revolucionaria. Poco después de que el golpe de Castro conquistara el poder en la isla, los líderes de la revolución se dedicaron a sostener el nivel de participación popular en las actividades revolucionarias como parte del orden de la gobernanza general. Para defender la nación, el gobierno cubano transformó el ejército y lo complementó con las Milicias de Tropas Territoriales, las Milicias Nacionales Revolucionarias, diversos batallones de milicias regionales (como la milicia Cienfuegos), la Unión de Pioneros Rebeldes, el Ejército Juvenil del Trabajo y otras organizaciones más pequeñas como las Brigadas Conrado Benítez y el Pelotón Femenino Mariana Grajales. Estas milicias no solo resultaron ser un crucial bastión de defensa de la integridad territorial de la patria durante invasiones como la de la bahía de Cochinos, sino que también participaron en campañas agrícolas (por ejemplo, en el caso del Ejército Juvenil) y de alfabetización (véase el caso de las Brigadas Benítez). Horas después de que el pueblo cubano aplastara el intento de invasión en la bahía de Cochinos en abril de 1961, Castro ofreció cuatro horas de explicación por televisión: «El imperialismo examina la geografía, analiza el número de cañones, de aviones, de tanques, las posiciones… El revolucionario examina la composición social de la población. A los imperialistas no les importa un comino lo que piensa o siente la población del lugar».[9]

Siguiendo el ejemplo de Cuba, Guinea movilizó a sectores enteros de la población en forma de brigadas cívicas y milicias populares (1966), Tanzania hizo lo propio con la creación del Servicio Nacional (1964-1966) y Libia fundó la Fuerza Popular de Resistencia (1971). Estas milicias contribuyeron a conjurar potenciales golpes militares, pero, en algunos casos, también hicieron posible que el Estado unipartidista ahogara cualquier disensión entre la población. He ahí

uno de los eternos problemas de la movilización popular: el que se produce cuando los órganos del pueblo reprimen la discrepancia en el seno de la sociedad civil en nombre del progreso nacional o de la democracia. Y ese escollo (el de la difícil compatibilidad entre movilización popular y disenso) es difícil de superar, sobre todo, cuando el imperialismo despliega sus fuerzas contra la liberación nacional y cuando, de hecho, estas juran no cejar hasta derrocar las nuevas naciones. ¿Puede institucionalizarse el desacuerdo? ¿Ha de ser la actitud del Estado lo único que produzca el espacio necesario para la discrepancia? La de disentir es una libertad fundamental, no solo por su utilidad política (pues contribuye a evitar la desafección de una parte sustancial de la población), sino también porque la disensión puede aportar sugerencias y críticas útiles que, de otro modo, quedarían acalladas por la cámara de ecos del gobierno. Los regímenes que propugnaron la movilización popular no prestaron atención suficiente a la importancia de la discrepancia y, aun suscribiendo tesis progresistas, no fomentaron unas instituciones verdaderamente democráticas.

La mayoría de las nuevas naciones que desmovilizaron y desarmaron a sus poblaciones acabaron siendo presa de intervenciones militares impulsadas a menudo por la presión imperialista. A comienzos de la década de 1950, el gobierno estadounidense empezó a asumir la responsabilidad de la defensa de los intereses empresariales frente a los intentos de nacionalización de la producción emprendidos por las nuevas naciones. El golpe de Estado en Irán (1953) urdido por los estadounidenses fue un ejemplo temprano de ese rol planetario adoptado por Washington. Aunque en la mayoría de golpes acaecidos en el Tercer Mundo las pruebas de la implicación de Estados Unidos distan mucho de ser evidentes, la huella de la CIA y de la inteligencia militar estadounidense sí ha quedado claramente documentada en los incidentes golpistas producidos en su momento en la República Dominicana (1963), Ecuador (1963), Brasil (1964), Indonesia (1965), Congo (1965), Grecia (1967), Camboya (1970), Bolivia (nuevamente en 1971) y Chile (el caso más famoso de todos, en 1973). Esta es la lista breve, la que está fuera de toda discusión. ¿Por qué querría el gobierno estadounidense, adalid de la democracia, poner en marcha regímenes militares en lugares donde los gobiernos resultantes acababan recurriendo a la brutalidad contra sus propias poblaciones? En 1959, el Pentágono encargó a la Corporación RAND (un *think tank* sin ánimo de lucro) la elaboración de un estudio sobre el papel del ejército en el Tercer Mundo. El informe resultante sirvió al Comité Draper del presidente Eisenhower para formular el orden de

objetivos y prioridades del programa de asistencia militar estadounidense. Tanto RAND como el Comité Draper coincidieron en apuntar que, en el trópico, el ejército proveía habilidades técnicas y administrativas necesarias para la construcción del Estado, y que, pese a los defectos que muchas de ellas presentaban, el gobierno estadounidense debía prestar apoyo a las fuerzas armadas de las «zonas subdesarrolladas».[10]

Algunos intelectuales del *establishment* estadounidense, como el politólogo Samuel P. Huntington, crearon una subdisciplina denominada «modernización militar».[11] Huntington, que impartía docencia en la Universidad de Harvard, fue asesor habitual de la CIA durante la década de 1960 y miembro del círculo de principales colaboradores del gobierno junto a figuras como McGeorge Bundy (otro profesor de Harvard que ejerció como asesor especial de Kennedy y de Johnson en materia de seguridad nacional) y Robert McNamara (secretario de Defensa). El libro *El orden político en las sociedades en cambio* que el propio Huntington publicó en 1968 fue el mejor exponente de las tesis de la modernización militar. Huntington desempeñó un papel central en la Comisión Trilateral. Fundada en 1973 por representantes de las clases dominantes de Asia, Europa y Norteamérica, la Trilateral consideraba que las élites mundiales debían «preocuparse más por el marco del orden global que por la gestión de todas y cada una de las iniciativas regionales». Huntington fue uno de los autores del estudio *The Crisis of Democracy* que dicha Comisión publicó en 1975. Mientras trabajaba para la Trilateral, Huntington asesoró al ejército brasileño.[12] A finales de la década de 1970, Huntington asumió el cargo de coordinador de la seguridad nacional en el Consejo de Seguridad Nacional estadounidense. Desde entonces, no dejó de mantenerse próximo al poder. En su influyente estudio de 1968 sobre la «modernización política», Huntington sostenía que la democracia liberal en el trópico contribuía a «perpetuar anticuadas estructuras sociales».[13] El Estado necesitaba concentrar poder político como preludio para el desarrollo económico y, por lo tanto, no había mejor institución social para el gobierno en aquellas latitudes que las fuerzas armadas.[14] El sofisticado análisis de Huntington venía a sustentar la misma tesis ya expuesta en un documento de 1962 sobre política de seguridad del mismísimo Consejo de Seguridad Nacional estadounidense: «Un cambio provocado por la fuerza por medio de elementos no comunistas podría ser preferible a un prolongado deterioro de la eficacia de un gobierno. Es política oficial nuestra, pues, cuando así lo dicta el interés de Estados Unidos, convertir a las fuerzas armadas y policiales locales en

defensoras de la democracia y en agentes impulsores del proceso de desarrollo».[15] La contrainsurgencia, los golpes y el apoyo a los dictadores militares más brutales eran medidas justificables no solo por razones de «estabilidad» empresarial, sino también en nombre del desarrollo: *en nombre del pueblo mismo del país que había pasado a ser gobernado por el ejército*.

Pocos se atreverían hoy a defender esa línea de análisis al contemplar los hechos en retrospectiva: no se puede decir precisamente que la evolución posterior de los acontecimientos en el Congo de Mobutu, la Indonesia de Suharto o el Chile de Pinochet haya corroborado los supuestos efectos desarrollistas de la modernización militar. Cuando Mobutu Sese Seko huyó tras más de tres décadas sostenido en el poder por los estadounidenses, dejó tras de sí una deuda nacional de aproximadamente 5.000 millones de dólares (mil millones menos que la cantidad de dinero que él mismo había ocultado en cuentas abiertas en diversos bancos suizos). Haji Mohamed Suharto, ese baluarte de la estabilidad, saqueó posiblemente hasta un total de 35.000 millones de dólares de la hacienda pública indonesia durante sus tres décadas de mandato. Más que modernización, lo que produjeron fue una especie de «acumulación primitiva» para un reducido círculo de familiares del gobernante de turno. A la vista de los acontecimientos, difícil defensa tendrían esos dictadores frente a la acusación de haber cometido horribles abusos contra los individuos y contra la nación. No usaron la institución militar para crear las bases de los derechos modernos. Todo lo contrario: usaron el ejército para mutilar a la población e imponer el gobierno del miedo.

Ecuador y Guatemala constituyen dos ejemplos apropiados de las limitaciones de la teoría de la modernización por la vía militar que propugnaba el Pentágono. El Departamento de Defensa estadounidense dio su respaldo al máximo dirigente militar en cada país. Ahora bien, como ninguno de esos dos mandatarios podía ceñirse a la línea marcada por el Pentágono sin arriesgarse a perder completamente el apoyo de los ecuatorianos o de los guatemaltecos, llegado el momento, hubo que deponerlos y sustituirlos por un gobernante alternativo o bien por un movimiento constitucional de base popular crítico en principio con la postura de quienes seguían el dictado «modernizador» del Pentágono. En 1958, un «exuberante reaccionario», el general Miguel Ydígoras Fuentes, se hizo con las riendas de la dictadura militar de Guatemala. Ydígoras siguió muy de cerca los mandados de la Alianza para el Progreso, creó la Ley de Transformación Agraria (que recurría a la retórica de la reforma

agraria para dar marcha atrás a los experimentos sociales del régimen nacionalista de Arbenz) e hizo todo lo posible por introducir al ejército estadounidense en sus planes de futuro para Guatemala (el país sirvió de base para la invasión de la bahía de Cochinos). Cuando estallaron revueltas populares en marzo de 1962, Ydígoras lanzó contra ellas a las fuerzas armadas guatemaltecas (armadas y entrenadas por Estados Unidos) y autorizó la instalación de una base estadounidense permanente en su territorio, con personal militar procedente de Puerto Rico y México. Pero cuando la resistencia contra Ydígoras creció, Estados Unidos se deshizo de él y lo reemplazó en 1963 por el coronel Enrique Peralta Azurdia. Los dictadores vinieron y se fueron, pero la forma dictatorial se mantuvo. Guatemala es la muestra de que ninguna de las promesas de la modernización militar —como la creación de instituciones políticas y la instauración del Estado de derecho— fueron una verdadera prioridad para el gobierno estadounidense.

La historia ecuatoriana durante esos mismos años (como la de Guatemala) ilustra hasta qué punto, a pesar de enfrentarse a una junta militar respaldada por el gobierno estadounidense, el pueblo continuó luchando hasta ganarse un régimen constitucional. En 1963, el recién instaurado triunvirato de mandamases militares prohibió el «comunismo» para gran regocijo de sus patrocinadores en la delegación local de la CIA. La agencia estadounidense diseñó apresuradamente entonces un plan de desarrollo nacional y lo envió a la Alianza para el Progreso a fin de obtener de esta los fondos para el desarrollo prometidos por la teoría de la modernización militar. Un año más tarde, y siguiendo en apariencia la lógica de los regímenes de liberación nacional, la junta abolió el sistema feudal de arrendamiento de las tierras (el «huasipungo»), pero lo que instauró en su lugar no benefició en absoluto a los trabajadores agrícolas no propietarios, amerindios en su inmensa mayoría. Todas estas medidas se tomaron invocando los hipotéticos beneficios futuros de la denominada modernización militar; el problema era que el pueblo no estaba dispuesto a dejarse pisar sus derechos en nombre de una teoría de Washington sobre el desarrollo social en las mal llamadas zonas subdesarrolladas. El anticomunismo de la junta la indujo a perseguir a los sindicatos y a las universidades, instituciones ambas que tenían un significado importante para el pueblo. Cuando la junta trató de restringir las importaciones para estabilizar la balanza de pagos, los comerciantes se sumaron a los estudiantes y a los sindicalistas en la tarea de enviar al ejército de vuelta a los cuarteles. Así fue como en 1968 resurgió un régimen constitucional en el país y, si bien este no

logró hacer gran cosa por el pueblo de Ecuador (pues el país sufrió un nuevo golpe en 1970), la incapacidad del ejército para conectar con la realidad de la población fue muy ilustrativa de un vacío fundamental en la tesis de la modernización militar: el pueblo quería participar en la creación de su sociedad y no ser un simple espectador de las acciones de la cúpula militar. Y es que precisamente aquellas instituciones que no se ajustaban a lo que dictaba «el interés de Estados Unidos», como las asociaciones estudiantiles y obreras, desempeñaban un importante papel en el orden de la sociedad: de ahí que el pueblo no permitiera que fueran desmanteladas.

La literatura progresista convencional especializada en golpes militares en latitudes tropicales tiende a dar por sentado que el principal actor tras tales acciones era la CIA o Estados Unidos, cuando no la URSS (cuya participación en la tradición golpista era bastante limitada, en realidad). Según esos autores, las naciones oscuras eran peones que estadounidenses y soviéticos movían a su antojo en la mortífera partida de ajedrez planetaria que los enfrentaba. Desde ese punto de vista, se asume que el pueblo tuvo un muy escaso papel en la creación de su propia historia y que no fue más que un juguete manejado por el Norte a su voluntad. Y cierto es que la CIA y los fondos gubernamentales estadounidenses ejercieron una influencia considerable, no solo en diversos golpes de Estado, sino también en la economía política del Tercer Mundo en general. Pero hubo más que intervenciones desde el exterior. Cada golpe tuvo sus propios motivos y es difícil elaborar una generalización basada en un supuesto modelo del golpe tercermundista. Poco podrá decirnos una generalización que no se ajuste a los detalles concretos de cada golpe o de cada sucesión de golpes (como la vivida en Ghana entre 1966 y 1981). Para analizar un golpe de Estado o una intervención militar se requiere un análisis de las luchas internas de una sociedad, de su dinámica de clases, de sus interacciones regionales, de la historia de sus conflictos étnicos y de otras relaciones por el estilo. Quienes actuaron en comandita con el ejército estadounidense, como fue el caso del boliviano Barrientos o del indonesio Suharto, eran emblemas de ciertos estratos sociales que tenían sus propias razones internas para *usar* al gobierno de Estados Unidos para sus fines particulares. No eran títeres pasivos y cándidos de los que abusaba el «imperialismo occidental». Los Barrientos, los Mobutus y los Suhartos de este mundo, y las clases que ellos defendían, forman parte del entramado de conjunto del imperialismo, aunque sea a título de subcontratistas.

El libro de 1968 de Huntington sobre el ejército y su papel en las «sociedades en cambio» ofrece una teoría para comprender la

persistencia del golpismo en el trópico. Haciendo gala de una gran agudeza, Huntington choca con las interpretaciones más convencionales de los golpes de Estado al señalar que «las causas más importantes de esa intervención [en la política interna] no son militares, sino políticas, y reflejan, no las características sociales y de organización del establecimiento militar, sino la estructura política e institucional de la sociedad».[16] La estructura del desarrollo social pasa así a convertirse en un indicador de la naturaleza del golpe, según Huntington, y no el hecho de que el golpe sea siempre reaccionario o antiliberal en sí: «A medida que la sociedad cambia, también cambian los militares. En el mundo de la oligarquía, el soldado es un radical; en el de la clase media es un participante y un árbitro; a medida que comienza a erguirse en el horizonte la sociedad de masas, se convierte en el guardián conservador del orden existente».[17] Para Huntington y para buena parte de la escuela de la teoría de la modernización, el agente principal de la historia es la clase media; una sociedad dotada de una clase media es, pues, la óptima. Las que no llegan a eso huelen a monarquía y las que se pasan, a comunismo. El peor de todos los resultados posibles es este último: el comunismo, y por consiguiente, hay veces en las que las oligarquías o, incluso, las monarquías son tolerables si con eso se consigue que acabe prosperando una clase media en el país. En el Tercer Mundo de las décadas de 1950 y 1960, según señalaba Huntington, el absolutismo podía ser una vía de avance porque «la necesidad fundamental de sus países [era] la acumulación y concentración del poder, no su dispersión».[18]

Lo verdaderamente significativo del análisis de Huntington es que él veía una correlación entre el carácter de los gobiernos militares y el nivel de «movilización de las clases bajas para la política».[19] El temor a las clases bajas infectó a todo el *establishment* estadounidense. En un discurso pronunciado ante la Sociedad Estadounidense de Directores de Diarios en 1966, el secretario de Defensa Robert McNamara comentó que la «arrolladora ola de desarrollo actual, que recorre muy especialmente toda la mitad meridional del planeta, no tiene parangón en la historia. Ha convertido zonas tradicionalmente apáticas en hervideros de cambio. [...] Dada la existencia de una cierta relación inversamente proporcional entre el estancamiento económico y la incidencia de la violencia, los años venideros se prevén cargados de violencia para las naciones de la mitad sur del globo».[20] Con semejante valoración de la situación en las naciones oscuras, no es de extrañar que Estados Unidos diera su apoyo a los golpes militares.

En 1970, tras una década de golpes en África, la militante intelectual sudafricana Ruth First publicó su monumental (y hoy

olvidado) estudio sobre el golpismo en aquel continente, titulado *The Barrel of a Gun*. Tras haberse unido a muy temprana edad a las filas de la resistencia contra el *apartheid* en su país nativo, First pasó a figurar en las primeras líneas tanto del Congreso Nacional Africano como del Partido Comunista. Excluida de la política en varias ocasiones por el gobierno, First sufrió condenas en las prisiones de Sudáfrica, entre las que destacó una de 117 días en 1963. En medio de aquella lucha, que la llevó a ser compañera de armas de su marido, Joe Slovo, y de Nelson Mandela en las acciones clandestinas violentas del movimiento anti-*apartheid*, First escribió un incisivo estudio sobre la supresión del África del Sudoeste llevada a cabo por el gobierno del *apartheid*. Agotada, huyó a Londres, donde pasó una breve temporada de exilio que aprovechó para visitar el resto del continente africano y reunir los materiales para su trabajo sobre los golpes de Estado. Lo que más preocupaba a First era que amplias zonas del África situada al norte de Limpopo (la provincia más septentrional de la República Sudafricana) se habían despojado del yugo del colonialismo para caer en las garras de las dictaduras militares. Su libro no ofrecía un análisis del papel funcional del ejército en el Tercer Mundo, sino del rol que las fuerzas armadas ejercían en la dinámica de clases interna de las nuevas naciones y de cómo los Estados africanos podían evitar caer en la senda de la dictadura. Incapaz de mantenerse alejada de la lucha, First regresó a África, concretamente a Mozambique, donde un escuadrón de la muerte sudafricano la asesinó el 17 de agosto de 1982.

Un aspecto en el que First y Huntington habrían podido llegar a hacer causa común es en el escaso crédito que ambos atribuían a la teoría según la cual los golpes son la forma por excelencia de la confrontación política en el seno de los pueblos menos desarrollados, algo grabado en la personalidad política de la cultura de las naciones oscuras. La literatura especializada en América Central y del Sur suele dar a entender que el caudillismo es un elemento central en la región que se extiende al sur del río Grande debido al particular machismo de la cultura «latina». En otros casos, oímos decir que los árabes, los africanos y las sociedades tribales en general son incapaces de vivir en democracia porque anhelan la dirección fuerte de un líder. Lejos de argumentaciones tan reduccionistas, la de First (como la de Huntington) es una «teoría general del poder para los Estados recién independizados que explica por qué son tan vulnerables a la intervención del ejército en la política».[21] «La facilidad de la logística de los golpes y la audacia y la arrogancia de los golpistas —señalaba ella— solo tienen parangón en la inanidad de sus objetivos, al menos, tal y como muchos de ellos han optado por exponerlos».[22] Los

gobernantes militares, educados en el orden jerárquico y la acción eficiente, se sienten incómodos entre la confusión característica de la política, así que afirman estar por encima de esta. La realidad, sin embargo, es que no pueden hacer tal cosa y que, de hecho, su pretensión de estar por encima del debate político y de gobernar en nombre de la «nación» es casi idéntica a la del partido de liberación nacional que crea un Estado unipartidista. «De entrada, [a los golpistas] les basta con anunciar que gobiernan para la nación», escribió First. «El poder reside en manos de quienes controlan los medios de la violencia. Reside en el cañón de una pistola, tanto si la disparan como si no».[23]

¿Cómo puede ser capaz el ejército de llevar a cabo un golpe con tanta facilidad? La teoría de Huntington sostiene que el «lento desarrollo» o la ausencia de instituciones políticas y la «veloz movilización política de nuevos grupos» producen el golpe.[24] La modernización conduce a la inestabilidad, que desemboca a su vez en violencia, lo que arrastra a los militares a ejercer funciones de gobierno general. First encara los golpes desde el ángulo opuesto. Según ella, estos ocurren no donde nuevas clases sociales se han incorporado a la política, sino allí donde esta politización ha sido sofocada o reprimida. En los Estados donde ha sido desmovilizado el movimiento de liberación nacional o donde no ha habido ninguno en la memoria reciente, los golpes militares se producen con mucha mayor facilidad. Sin organización popular y sin instituciones populares, para llevar a cabo un golpe solo se necesita que una facción armada pueda imponerse a otra, pero no que esté respaldada por la legitimidad de la masa de la población; un golpe como ese, como las «tempestades en la región política de las nubes» de las que hablaba Marx al describir los «Estados asiáticos», «deja indemnes» tanto «los elementos fundamentales económicos de la sociedad» como el grueso de la población.[25]

Al igual que Huntington, First reconocía que eran muchos los golpes militares que no modificaban nada sustancial en la estructura de la vida social y que se limitaban a cambiar los titulares de la administración del país. Esas eran «revoluciones palaciegas o del *establishment* político, pero no sociales». Aparte de esos casos, existían también otros golpes que sí resultaban significativos, pues en ellos el ejército se alzaba en defensa del legado de la liberación nacional. En esas situaciones, el ejército actúa como un «competidor por el poder». Los oficiales «se identifican con el gobierno impulsado al poder por la independencia» y, por lo tanto, están sentimental y estructuralmente dispuestos de manera favorable a dicho gobierno con independencia

de cuáles sean las acciones de este. Así pues, toleran las acciones de los «padres fundadores» y estos, en agradecimiento, miman a la cúpula militar. Ahora bien, los oficiales de menor graduación y (por lo general) más jóvenes no tienen esa lealtad emocional ni de clase. Así que «cuestionan la labor de ese gobierno y defienden a otros aspirantes». El éxito de los oficiales jóvenes, según First, dependerá de su capacidad para «formular estrategias alternativas y sus instrumentos sociales correspondientes». La distinción de First en cuanto a las diferentes generaciones de oficiales es válida, si bien ignora la importancia del hecho de que el país hubiera sido escenario anteriormente de una lucha masiva por la descolonización o no. Esa, en el caso del Tercer Mundo, es una variable crucial. Basándome en el argumento de First y añadiéndole la cuestión de la lucha de masas, yo distinguiría entre, al menos, dos tipos de golpes: los *golpes de generales* y los *golpes de coroneles*.

Todos los golpes son estructuralmente reaccionarios, porque confieren a los militares la labor en solitario del cambio social y apartan a las masas de todo papel activo en la construcción de un Estado-nación. Algunos golpes, sin embargo, son más reaccionarios que otros. Los golpes realizados en países que han vivido una lucha de liberación nacional (dirigida a expulsar a un máximo mandatario colonial) o una victoria electoral contra los oligarcas tienden a ser reaccionarios. En esos casos, los militares suelen tomar el poder para invertir las conquistas de la liberación nacional, para dar al traste con la agenda programática tercermundista. Quienes encabezan tales golpes suelen ser militares del más alto rango: de ahí que los denomine golpes de generales. Los ejércitos de esos países argumentan que deben proteger el patrimonio de la nación frente a los comunistas y frente a otras fuerzas de izquierda que, a su juicio, desean generar el desorden social. Ante sus tropas, los generales se justifican diciendo que el gobierno revolucionario pretendía reducir el papel del ejército en la vida social (una alegación que se ajustó a la verdad en los primeros años de construcción nacional en los países del Tercer Mundo). Los agraviados mandamases militares de Argelia (1965), Dahomey (1965), Ghana (1966), Togo (1967), Uganda (1971) y Chad (1975) depusieron a sus respectivos gobiernos aduciendo precisamente esa clase de motivo. Pakistán es otro buen ejemplo. En octubre de 1958, el general Ayub Khan destituyó a los dirigentes civiles y afirmó estar dispuesto a conducir a Pakistán hacia la modernidad por medio de la reforma agraria. Se comprometió a mantenerse en el poder durante poco tiempo, el necesario para dar estabilidad a la nación. Diez años más tarde, un movimiento social de

masas lo expulsó de su cargo. Otro general, Yahya Khan, lo asumió y el gobierno de los generales se ha mantenido hasta la actualidad (hoy en día, el general Pervez Musharraf asegura que él es el principal bastión contra el fundamentalismo, pero solo lo es porque recurre a la represión, no a la movilización popular). La principal agenda de objetivos que se proponen los impulsores de esa clase de golpes consiste en la reversión de las reformas sociales de los Estados tercermundistas, no para garantizar el regreso de la monarquía (pues casi ninguno de esos golpes de generales tiene un propósito restaurador), sino para que la cúpula militar y la oligarquía puedan seguir teniendo las riendas de la sociedad. El ataque del general Augusto Pinochet contra Chile en 1973 es un ejemplo bien desarrollado de ese tipo de golpe.

Pinochet actuó con plena anuencia del gobierno estadounidense y de la oligarquía terrateniente e industrial chilena. El ejército asesinó a unos cuatro mil chilenos (y provocó el suicidio del presidente socialista, Salvador Allende), destruyó los principales partidos de la izquierda, envió al exilio a muchos de los líderes de esta y sembró el miedo por medio de la Dirección de Inteligencia Nacional. El Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, entre otras instancias, se negaron a conceder créditos a Chile durante los experimentos de Allende y el programa de reforma social del presidente concitó las iras de la élite del país. Por ese motivo, los democristianos, que hablaban en nombre de esa élite, aceptaron de buen grado el golpe pinochetista. Pinochet prometió proteger los privilegios del pasado para aquellos a quienes el poeta chileno Pablo Neruda llamó «cuadrilla de nuevos ricos con escudo, con policía y con prisiones».[26] Que Allende hubiera nacionalizado empresas hasta entonces propiedad de matrices estadounidenses como American Anaconda Copper, ITT y Kennecott, llevó a Nixon a autorizar una partida de diez millones de dólares para «hacer que la economía gritara de dolor».[27] Cuando Pinochet accedió al poder, Estados Unidos hizo todo lo posible por reparar las deterioradas relaciones entre las empresas transnacionales y la burocracia chilena. El gigante de las telecomunicaciones ITT había presentado una demanda por 95 millones de dólares contra Allende. La junta de Pinochet le concedió 235 millones. En 1975, Chile dio la bienvenida al economista Milton Friedman, partidario de los «tratamientos de choque» y de la austeridad para incrementar las tasas de crecimiento. El golpe de generales de Pinochet restableció el gobierno de la oligarquía y las grandes compañías multinacionales, para mayor satisfacción de la administración estadounidense.

En los Estados en los que no existe un movimiento de liberación nacional y en los que hay muy escasas esperanzas de reforma social, el golpe de Estado suele ser el medio empleado por los militares pertenecientes a clases sociales agraviadas para afirmar el dominio, no tanto del ejército, como de sus propias clases sociales de referencia. Estos son los que yo denomino golpes de coroneles. En el Tercer Mundo, la forma paradigmática de esa clase de golpe fue el derrocamiento de la monarquía en Egipto en 1952. Nominalmente encabezada por el general Mohamed Naguib, la dirección efectiva de la revolución no tardó a pasar a manos de sus orquestadores, los Oficiales Libres, comandados por el coronel Nasser. En el primer discurso que pronunció con motivo de la festividad del Primero de Mayo (en 1963), Nasser expuso su concepción de la revolución de 1952, que, según él, se había «emprendido en nombre de la población trabajadora, en nombre de la disolución de diferencias entre clases, en nombre de la instauración de la justicia social, en nombre de la consolidación de una vida democrática saludable, en nombre de la abolición del feudalismo, en nombre de la abolición de la monarquía y contra el control del capital sobre el gobierno, y en nombre de la abolición del colonialismo».[28] Esa, en definitiva, era la concepción del «socialismo árabe» propugnado por Nasser. Inspirados por el ejemplo de Egipto, un grupo de oficiales jóvenes del ejército iraquí formó el Movimiento de los Oficiales Libres también en este otro país. Dirigidos por el general de brigada Abd al-Karim y por el coronel Abd al-Salam Arif, los Oficiales Libres derrocaron la monarquía hachemí en 1958. Once años después, esta vez en el continente africano, un oficial ayudante de comunicaciones (y posteriormente coronel), Muamar el Gadafi, derribó la monarquía en otro golpe a cargo de un movimiento de Oficiales Libres, esta vez en Libia, al tiempo que el coronel Jaafar al Nimeiri lideraba a los Oficiales Libres de su país para dominar el caos en el que se había sumido el sistema político en Sudán. Tanto el padre de Nimeiri como el de Gadafi trabajaban como empleados de correos, y los cuatro coroneles que acabo de nombrar procedían de familias trabajadoras. El fin que Gadafi perseguía con su golpe resumía muy bien los del resto de ellos y, en el fondo, era bastante representativo de los de los coroneles y los oficiales de menor rango de ejércitos del Tercer Mundo que llevaron a cabo golpes similares: «Nuestras almas se sublevaron contra el atraso que envolvía a nuestro país y a su tierra, cuyos mejores dones y riquezas nos eran saqueados, y contra el aislamiento impuesto a nuestro pueblo en un vano intento por impedir que siguiera la senda del pueblo árabe en general y de que se sumara a su gran causa».[29] La versión más reciente del golpe

de coroneles fue la del que encabezó el coronel Hugo Chávez en Venezuela en 1992.[30]

Los golpes de coroneles sucumbieron a las propias raíces autoritarias de la cultura militar. En Egipto, por ejemplo, Nasser se posicionó en contra de toda oposición a su régimen al poco de haber salido ileso de un intento de asesinato contra su persona organizado por los Ijwan al-Muslimin (los Hermanos Musulmanes) en 1954. Inicialmente, Nasser desplegó sus fuerzas armadas solamente contra los Hermanos, pero en 1955 empezó a liquidar también el Frente Revolucionario Unido (un frente unitario que habían formado en febrero de 1953 los Hermanos Musulmanes, el Partido Wafd —de corte nacionalista— y los comunistas). Los ataques de Nasser contra sectores de todo el espectro político fueron debilitando el espacio de la política hasta derivar en lo que, en la práctica, fue una dictadura militar. Y si bien los Hermanos Musulmanes recibieron un trato más benévolo (el segundo de Nasser, Anuar el-Sadat, siguió sirviendo de enlace con ellos durante todos esos años), los comunistas fueron objeto de un trato particularmente brutal: la ofensiva lanzada contra ellos en abril de 1957 desmoralizó al partido, que terminó disolviéndose unos años después y reconstituyéndose a continuación como aliado del nasserismo cuando Nasser estrechó sus relaciones con la URSS. Parte del motivo de tal diferencia de trato estribaba en que los Hermanos Musulmanes contaban con una sustancial masa de seguidores en la década de 1950, mientras que el Partido Comunista de Egipto no había logrado crecer al mismo ritmo. Este último, pues, era más sencillo de destruir y, dada su supeditación a las presiones que recibía de la URSS, más fácilmente maleable. De hecho, el mismísimo Nasser pareció mostrarse en alguna que otra ocasión bastante displicente con el Partido Comunista de Egipto; antes de su visita de 1955 a la URSS, Nasser comentó: «Nada nos impide fortalecer nuestros lazos económicos con Rusia, aunque estemos arrestando a comunistas aquí en nuestro país y llevándolos a juicio».[31] Las ofensivas policiales contra los partidos comunistas en Irak, Pakistán y Sudán siguieron también el modelo egipcio, al tiempo que —como Egipto— se iban sumiendo en la oscura noche de la dictadura.

Aunque el golpe de coroneles característico suele venir envuelto en un gran halo de promesa y esperanza, no sirve más que para transferir de inmediato el aparato administrativo a un grupo de enérgicos oficiales. Pero a partir de ahí, los soldados, como bien dijo First, «actúan como meros supervisores mientras se configuran nuevas amalgamas de poder internas». Los soldados no pueden hacer un bien permanente: solo consiguen aplazar las soluciones. A medida que el

Estado surgido de la liberación nacional se va distanciando de la movilización popular y empieza a cultivar la amistad de las antiguas élites internas del país en nombre del desarrollo nacional, llegando incluso a abrirse a la intervención del imperialismo, pierde el ímpetu y el espíritu de la lucha de liberación nacional. En el peor de los casos, el ejército interviene para preservar el *statu quo* o para recuperar el pasado. En el mejor, las fuerzas armadas rechazan la administración civil y desbaratan la cómoda alianza creada entre los líderes revolucionarios, la burguesía nacional y el imperialismo. Pero, pese a todo, una vez en el poder, y como bien mostró First, los militares —sean cuales sean sus motivaciones— *congelan el proceso político y recortan toda capacidad de los movimientos sociales para hacer avanzar el proceso histórico en una dirección progresista*. Nada bueno se puede esperar, pues, de una dictadura militar.

Mientras se hallaba fugitivo de un gobierno chileno que él había condenado por traicionar a su pueblo en la década de 1940, Neruda escribió su *Canto general*. Entre las páginas de aquel libro, incluyó un pasaje lírico titulado «Los dictadores»:

> Ha quedado un olor entre los cañaverales:
> una mezcla de sangre y cuerpo, un penetrante
> pétalo nauseabundo.
> Entre los cocoteros las tumbas están llenas
> de huesos demolidos, de estertores callados.
> El delicado sátrapa conversa
> con copas, cuellos y cordones de oro.
> El pequeño palacio brilla como un reloj
> y las rápidas risas enguantadas

atraviesan a veces los pasillos
y se reúnen a las voces muertas
y a las bocas azules frescamente enterradas.
El llanto está escondido como una planta
cuya semilla cae sin cesar sobre el suelo
y hace crecer sin luz sus grandes hojas ciegas.
El odio se ha formado escama a escama,
golpe a golpe, en el agua terrible del pantano,
con un hocico lleno de légamo y silencio.[32]

Bali

La rabia que sentía Neruda por la traición de las aspiraciones populares venía acompañada de una honda sensación de esperanza en que el pueblo, organizado por los comunistas y por otras fuerzas, acabaría triunfando. Cuando el comunismo llegó a las naciones oscuras allá por la década de 1920, atrajo a adeptos desencantados con los fracasos del nacionalismo constitucional y el terrorismo revolucionario, y opuestos al imperialismo. Intelectuales y campesinos de diferentes lugares y orígenes, pero con igual intensidad, buscaron refugio en aquella nueva ideología, la injertaron en sus diversas versiones locales de libertad e igualdad, y tejieron banderas rojas para exhibirlas en sus manifestaciones. La represión se desató desde el momento mismo en que hicieron ondear aquellas enseñas. Los imperios se percataron de inmediato de que el comunismo auguraba su perdición. No se detuvieron a negociar con los comunistas: solo querían aniquilarlos. Neruda dedica todo un canto a la formación del Partido Comunista de Chile en la década de 1920, comenzando por su fundación a cargo de pioneros como Luis Emilio Recabarren y siguiendo por las masacres de las que fueron objeto sus miembros a manos de la oligarquía. Al llegar a «Recabarren», el poeta estalla:

> Cuánto ha pasado desde entonces.
> Cuánta sangre sobre la sangre,
> cuántas luchas sobre la tierra.
> Horas de espléndida conquista,
> triunfos ganados gota a gota,
>
> calles amargas, derrotadas,
> zonas oscuras como túneles,
> traiciones que parecían
> cortar la vida con su filo,
> represiones armadas de odio,
> coronadas militarmente.
>
> Parecía hundirse la tierra.
>
> Pero la lucha permanece.[1]

Mientras Neruda se escondía de las autoridades en las áreas fronterizas de Chile, al otro lado del océano Pacífico, en Indonesia, los

comunistas sufrían su primer gran baño de sangre en Madiun, en el este de Java. Descontento con las negociaciones de los nacionalistas con los holandeses, el Partido Comunista de Indonesia (el PKI) instigó un levantamiento popular contra estos últimos y contra la nueva burguesía indonesia emergente. Derrotado en las batallas callejeras de Surakanta, el PKI (y los trotskistas) se reagruparon en Madiun, donde el ejército desplegó toda su potencia contra ellos. Las fuerzas armadas mataron a muchos de los líderes del PKI, encarcelaron a unas 36.000 personas y aplastaron el partido hasta reducirlo a una posición de relativa insignificancia. La «aventura de 1948» tuvo un rápido final. El presidente Sukarno llegó al poder, pues, con las manos ensangrentadas de la represión anticomunista. Curiosamente, su caída, en 1965, iría acompañada también del asesinato de uno o (puede que incluso) dos millones de comunistas y simpatizantes de ese partido.

Sukarno no era un seguidor del comunismo, ni mucho menos; de hecho, la creación del PKI en 1920 lo incomodó bastante. Aun así, en 1926, escribió un importante libro en el que se mostraba favorable a la cooperación con el islam, el marxismo y el nacionalismo, los tres principales recursos del movimiento por la libertad de Indonesia, según el propio Sukarno. En 1960, el ya presidente Sukarno creó un marco ideológico para su partido nacionalista y para las recién instauradas instituciones nacionales: el llamado NASAKOM se inspiraba en el nacionalismo (NAS), la religión (A, de *agama*, «religión» en sánscrito, un término utilizado por Sukarno para atraerse al hinduismo —una importante fe minoritaria en el país— al redil de la nación indonesia) y el comunismo (KOM). El cumplimiento de los objetivos de la construcción nacional, según reconoció entonces el propio Sukarno, necesitaba del PKI, que no solo contaba con un programa digno del proyecto del presidente, sino también con una militancia experimentada y disciplinada. A medida que Sukarno fue virando más hacia la izquierda, el PKI pasó a convertirse en una base progresivamente más crucial para él.

En 1951, el PKI se había recobrado lo suficiente de su aventura de 1948 como para disponer de un grupo de jóvenes dirigentes aptos para revitalizar el partido. Entre el cuarteto de máximos líderes destacaba Dipa Nusantara Aidit, que consideraba que el partido no podría tener influencia alguna si no crecía. El PKI optó, pues, por no hacer demasiado restrictivos los criterios de admisión, ya que, «a mayor cantidad, más posible resulta alcanzar una mayor calidad».[2] El PKI creció a gran velocidad: en 1965, estaban ya afiliadas al partido 3,5 millones de personas. Para introducirse en todos los aspectos de la vida indonesia, el PKI reactivó sus organizaciones de masas. En 1965,

sus juventudes (Pemuda Rakyat) contaban ya con 3 millones de miembros, mientras que la organización femenina (Gerwani) tenía 1,5 millones. Si añadimos a esos afiliados y afiliadas los de la federación sindical (Sentral Organisasi Buruh), la liga cultural (Lembaga Kebudayaan Rakyat), el frente campesino (Barisan Tani Indonesia) y la asociación de universitarios (Himpunan Sarjana Indonesia), el partido gozaba de la lealtad de más de 20 millones de indonesios en un país de 110 millones de habitantes. El PKI tenía, pues, una presencia sustancial en el archipiélago, y donde registraba una mayor tasa de crecimiento era en la isla de Bali.

A pesar de ese considerable aumento, bajo la dirección de Aidit el PKI no emprendió medida alguna dirigida a tomar el poder del Estado. Los sindicatos obreros tomaron el control de las empresas de propiedad holandesa a finales de 1957, pero no se aventuraron más allá. En 1957-1958, en Sumatra y Célebes, el ejército y la derecha se unieron para crear áreas liberadas y arrestar a cuadros y dirigentes locales del PKI. Pero en vez de usar aquel incidente como excusa para lanzar una ofensiva contra las viejas clases sociales dominantes y la cúpula militar, los líderes del PKI depositaron su fe en Sukarno. Aidit se atuvo así a una lógica de análisis muy común entre los marxistas del Tercer Mundo, según la cual era imposible que una revolución proletaria triunfara en una sociedad relativamente no industrializada y, por lo tanto, en esos lugares, los partidos comunistas debían colaborar con los sectores progresistas de la burguesía para crear, antes de nada, un capitalismo democrático. Solo cuando las condiciones de la industria local estuvieran más desarrolladas, podrían los comunistas acceder al poder estatal. Esa fue la postura dominante expresada tanto por la Unión Soviética como por China, quienes dieron su apoyo a los partidos comunistas al tiempo que mantenían alianzas con el sector progresista de las diversas burguesías nacionales. Basándose en esa premisa, Aidit diseñó una estrategia dividida en cuatro partes: ampliar el partido y sus organizaciones de masas, restringir o ganarse a los sectores progresistas de la élite nacional, «utilizar» el giro a la izquierda de Sukarno y neutralizar a las fuerzas armadas. El PKI fue capaz tanto de crecer como de conectar bien con Sukarno, pero jamás logró congraciarse con el ideario de la élite nacionalista ni abrirse un espacio en la cúpula militar.

El PKI desarrolló células de miembros del partido en el seno mismo de las fuerzas armadas. En 1955, el número de uniformados que simpatizaban con el PKI suponía ya, aproximadamente, el 30% del total de miembros del ejército (aunque estos se contaban principalmente entre la tropa y no entre los oficiales). Como respuesta

a las rebeliones en Sumatra y en Célebes (que fueron apoyadas por la CIA), Sukarno proclamó la ley marcial (que estuvo vigente entre marzo de 1957 y mayo de 1963). Por medio de dicha medida, pretendía asegurarse el favor de la oficialidad del ejército indonesio. Lo que sí logró, desde luego, fue reforzar el papel de las fuerzas armadas, que recibieron 20 millones de dólares del gobierno estadounidense destinados a mejorar un programa de asistencia militar. El ejército, pues, recuperó su importancia pese a los esfuerzos del PKI por enviarlo de vuelta a los cuarteles.

Indeciso, Sukarno introdujo a Indonesia en la década de 1960 con un ejército y un partido comunista fuertes, y con su experimento personal de «democracia guiada» necesitado de la lealtad disciplinada del primero y del programa económico del segundo. El PKI de Aidit cayó en la cuenta de que había que contrarrestar el crecimiento del poder militar y que había que hacerlo en las calles y en los *kampungs* (los pueblos). A comienzos de mayo de 1965, el politburó del PKI llamó a la generación de «acciones populares revolucionarias de masas desde las bases» para fortalecer las «acciones revolucionarias de masas realizadas desde arriba por los órganos del Estado». Aidit deseaba crear una «quinta fuerza» de obreros y campesinos armados. El partido instaló un campamento de entrenamiento en Lubang Buaja para sus juventudes. Si el Estado no quería caer prisionero del ejército y de las viejas clases sociales dominantes, solo el PKI podría encargarse de la defensa armada del NASAKOM.

En 1965, «el año que vivimos peligrosamente», el ejército decidió que esa quinta fuerza había puesto en marcha una rebelión. Derrocó a Sukarno e instauró al general Suharto. Hasta ahí, pocos elementos había que distinguieran el caso indonesio de la mayoría de golpes de Estado acaecidos en esas magulladas naciones. Pero la dirección de los acontecimientos históricos en Indonesia tomó entonces un rumbo muy desagradable. En septiembre de 1959, Sukarno había pronunciado ante el sexto congreso del PKI las siguientes y proféticas palabras: «Vosotros y yo somos familia, sois mis hermanos, y si perecéis, seré yo quien saldrá perdiendo».[3] Aquella invocación de la muerte fue visionaria, pues el ejército de Suharto desplegó a todas las fuerzas sociales anticomunistas (además de a sí mismo) contra el PKI, su masa de militantes y sus seguidores, y, de hecho, contra cualquiera que se ubicara en la izquierda. Entre 1965 y 1966, entre cien mil y dos millones de personas (según las fuentes) hallaron la muerte aplastadas por el Nuevo Orden de Suharto. Aidit trató de huir a Yogyakarta, pero fue apresado y asesinado. El nuevo régimen restó importancia a la masacre atribuyéndola a una mera reacción de ira de una población

reprimida hasta entonces por el comunismo y por Sukarno. Suharto se desentendió de toda culpabilidad y hasta se mofaba de quienes insinuaban que sus fuerzas armadas estaban implicadas en aquel genocidio.

La isla de Bali perdió en torno al 8% de su población (el equivalente a cien mil personas) en la ofensiva contra el PKI de 1965-1966. La imagen que se tiene hoy en día de Bali es simplemente la de un paraíso turístico de fama mundial solamente sacudido por los atentados con bomba de octubre de 2002. En la actualidad, se puede pasear por la isla sin apenas hallar indicación alguna de que, en diciembre de 1965 y tras haber enviado a muchos miembros del PKI a la tumba en Java, el Resimen Para Komando Angkatan Darat (Regimiento de Paracomandos del Ejército) llegó a Bali para iniciar allí la matanza. Algunos comandos empezaron a cometer los asesinatos en las proximidades del hotel Bali Beach, mientras otros enviaban a la población de pueblos enteros a conocidos bastiones comunistas donde los represores habían instalado un sistema racionalizado de exterminio masivo. La desaparición de aquellas pequeñas localidades transformó el paisaje rural, cuya faz pasó a parecer «picada de las viruelas dejadas por los restos ennegrecidos de los asentamientos humanos abandonados».[4] En el pueblo de Kasiman, el ejército y sus aliados mataron a quinientas personas y encarcelaron a otras trescientas de una población total de cuatro mil habitantes. Cuando, años más tarde, se les preguntó acerca de aquellos sucesos, los supervivientes recordaron que, «en el momento álgido de aquel terror, había entrañas y miembros de personas y sangre desparramados por las calles, y los ríos bajaban invadidos por el hedor de la muerte».[5]

La masacre real fue obra del ejército y de activistas de partidos políticos de derecha (principalmente, de signo teocrático). Tenían listas con nombres de activistas y organizadores del PKI y de sus organizaciones afiliadas, y las usaban para reunir a las víctimas destinadas a ser ejecutadas. Aunque los gobiernos estadounidense y australiano no instigaron ni perpetraron la masacre, sí alentaron la purga, engordaron los listados de comunistas para el ejército, financiaron los paracomandos y apoyaron el esfuerzo mediático destinado a culpar en exclusiva a los comunistas de todo aquel genocidio. Cuando los primeros informes sobre las atrocidades empezaron a llegar a la sala de documentación de la embajada estadounidense en Yakarta, esta elaboró un resumen de los mismos y lo envió a la sede del Departamento de Estado en Foggy Bottom (Washington, D.C.). En él se describían así los acontecimientos en

Aceh: «El fervor musulmán en Atjeh parece haber dejado fuera de combate a casi todos los miembros del PKI de la zona. Los atjeheneses han decapitado a militantes del PKI y han clavado sus cabezas en estacas colocadas en los márgenes de los caminos. Se dice que han arrojado los cuerpos de las víctimas del PKI a los ríos o al mar porque los atjeheneses se niegan a "contaminar con ellos el suelo de Atjeh"». Unas semanas más tarde, la embajada transmitió la siguiente información: «El ejército, con ayuda de las organizaciones juveniles de la IP-KI [la Liga de Defensores de la Independencia Indonesia, un grupo vinculado íntegramente al propio ejército], y de otros elementos anticomunistas, ha proseguido con su campaña sistemática de destrucción del PKI en el norte de Sumatra, desde donde se tiene noticia de matanzas sistemáticas». Desde Bali llegaban informaciones en las que se decía que, pese a ser ya más de ochenta mil los muertos hasta aquel momento, la masacre no parecía tener «un final próximo». Para minimizar el papel del ejército (apoyado por EE.UU.) y del régimen del Nuevo Orden, la embajada añadió la siguiente aclaración: «Muchos de los asesinatos que se están perpetrando bajo la excusa de una motivación política están motivados, en realidad, por venganzas personales y entre clanes».[6] El Departamento de Estado norteamericano reconoció en la década de 1990 que sus agentes habían facilitado listas de miembros del PKI al régimen del Nuevo Orden y que habían hecho muy poco por detener la violencia.[7] Según la valoración del historiador Geoffrey Robinson al respecto, «aunque no es posible establecer con precisión cuál fue el alcance de la complicidad de EE.UU., sí puede demostrarse que la política estadounidense en aquel país contribuyó sustancialmente a la toma de poder de los militares comandados por Suharto y a la masacre que siguió a esta».[8] Robinson pasó por alto a los gobiernos australiano y británico, pero la participación de estos en la liquidación del PKI fue también significativa.

El genocidio suscitó escasas reacciones de indignación en el resto del mundo. Cuando por fin estuvo claro lo que el ejército había empezado a hacer en Java y Sumatra, la ONU se sintió en la obligación de instar (en abstracto) «a todos los gobiernos a que realicen esfuerzos especiales durante la Década del Desarrollo de Naciones Unidas por fomentar el respeto y la observancia de los derechos humanos y las libertades fundamentales».[9] Bien es cierto que Sukarno había retirado a Indonesia de las Naciones Unidas unos meses antes del golpe, pero cuando Suharto solicitó el reingreso en 1966, la Asamblea General aceptó al dictador sin ninguna muestra de condena pública. Algunos focos de la izquierda europea y norteamericana más

entregada a la causa organizaron vigilias de protesta y emitieron comunicados, pero los medios de audiencia mayoritaria hicieron la vista gorda. Con cien mil personas encarceladas como presos políticos por el régimen del Nuevo Orden, la izquierdista exiliada Carmel Budiardjo volvió a Londres y fundó Tapol, una organización dedicada a ayudar a liberar a aquellos reclusos. Tapol colaboró con Bertrand Russell y la fundación de este para dar publicidad a la escala de la atrocidad, pero pocos les prestaron atención. Los gobiernos del Primer Mundo estaban entregados en cuerpo y alma a la crítica contra la URSS y el «comunismo», sin margen para otros posicionamientos; no estaban en modo alguno dispuestos a acudir en defensa de los comunistas contra un «factor de estabilidad» que no iba a tardar en convertirse en un gran aliado. Nadie se preocupó de compilar *El libro negro del anticomunismo*.

Moscú y Pekín dieron la callada por respuesta. Desde la década de 1920, la URSS mantenía una relación ambigua con los partidos comunistas de las naciones oscuras. Por una parte, la Unión Soviética había sido un Estado que había prestado un enorme apoyo ideológico, diplomático y material a numerosas luchas por la independencia. Las reuniones iniciales de la Comintern, la publicación (por parte del gobierno surgido de la Revolución Rusa) de todos los tratados imperialistas secretos para la dominación colonial del mundo, el Congreso de Bakú de 1920, el encuentro de Bruselas de 1928 de la Liga contra el Imperialismo y muchos otros acontecimientos y episodios dejan bien patente la inmensa contribución de la URSS al crecimiento de la lucha social y política en el incipiente Tercer Mundo. La Comintern, desde principios de la década de 1920 hasta 1935, instó a los comunistas de las naciones oscuras a mantener ciertas distancias entre sus actividades y las de los grupos nacionalistas de sus regiones respectivas. En China, sin embargo, esa misma Comintern presionó a los comunistas locales para que formaran una alianza con el Kuomintang nacionalista que terminó con la desastrosa masacre de comunistas a manos del Kuomintang en Shanghai en 1928. El espacio permitido por la Comintern facilitó la creación de centenares de partidos comunistas en los tres continentes, desde Nicaragua hasta Indonesia, pasando por Sudáfrica. En América del Sur, los partidos comunistas de más rápido crecimiento (en Argentina, Chile y Uruguay) fagocitaron a los partidos socialistas y heredaron el aparato organizativo de estos. En los demás países, sin embargo, los comunistas tuvieron que partir de cero, a menudo, en entornos poco propicios que carecían de una clase obrera industrial y apenas contaban con una limitadísima historia previa de lucha

socialista (como en Vietnam).

Tras el Séptimo Congreso de la Comintern, los comunistas soviéticos reaccionaron al desarrollo del fascismo en Europa ordenando a los partidos comunistas que colaboraran en «frentes populares» con todas las fuerzas sociales patrióticas de sus países. La Comintern pidió a sus partidos afiliados que trabajaran en coalición con todos los demás grupos antifascistas a fin de ampliar su ámbito de actuación mediante la acción conjunta con otras clases, incluidos algunos sectores de la burguesía. Aunque aquella nueva estrategia de la Comintern había surgido como respuesta al fracaso del Partido Comunista de Alemania en su intento por evitar el ascenso nazi al poder en 1933, tras 1935 pasó a ser la directriz imperante en la labor de los comunistas en los muy variopintos escenarios en los que cada uno de esos partidos operaba. Además, cuando la URSS empezó a emprender súbitos virajes en su política de alianzas (primero, firmando un pacto con los nazis en 1939 y, posteriormente, otro con los Aliados y contra los nazis en 1941), los partidos comunistas de la periferia se vieron en la necesidad de buscar apresuradamente justificaciones para sus propias (y turbulentas) oscilaciones. La idea de los frentes populares (o unidos) fue importante para mitigar el aventurerismo de los comunistas de la década de 1920, pero no sirvió necesariamente para que los comunistas de las naciones oscuras ampliaran su cuota de seguidores. Los partidos alcanzaron alianzas oportunistas con las fuerzas nacionalistas (a menudo, animados a ello por Moscú), pero normalmente usaron esa nueva posición para ejercer poder y no para construirlo y consolidarlo. En nombre de la unidad, la URSS instó a los partidos comunistas locales a optar entre hibernar o aliarse con fuerzas políticas repugnantes a su causa pero que, en aquel momento, deseaban establecer vínculos con la Unión Soviética que convenían a sus intereses contrarios al imperialismo y a las prácticas expoliadoras de este. Para cuando estalló la guerra fría a finales de la década de 1940, la línea colaboracionista interclasista había debilitado sustancialmente a los partidos comunistas del Tercer Mundo; estos se convirtieron a partir de entonces en presa fácil para los ataques de la CIA y los regímenes nacionalistas.

Ni en Moscú ni en Pekín existía unanimidad teórica con respecto a la cuestión de las alianzas y la revolución. Había debates abiertos en muchos frentes. Una postura con gran predicamento en ambas capitales era la que sostenía que cada sociedad debía desarrollar primero su propia industria interna y que, solo cuando sus medios de producción se hallaran bien afianzados por fin, podría su proletariado imponerse a su respectiva (y moralmente abúlica) burguesía. Desde

ese punto de vista, se reconocía que la historia debía proceder por fases y que, para que una sociedad pudiera efectuar una transición exitosa al socialismo, antes debía pasar del estadio feudal al capitalista. Otra opinión bastante extendida y opuesta a la anterior sugería que, en vista de la situación de dependencia permanente a la que habían estado sometidas las naciones oscuras, estas no tenían posibilidad alguna de evolucionar hasta el estadio intermedio de las sociedades capitalistas. Esperar que la burguesía nacional fuera capaz de crear una sociedad capitalista en un contexto tan adverso a estas nuevas naciones como aquel era un propósito, cuando menos, quijotesco. Así pues, según quienes defendían este diagnóstico de la situación, los comunistas tenían que tomar el poder, desligar al nuevo Estado del capital internacional y acelerar la transición del país entre las sucesivas fases de desarrollo. En China, Liu Shao-chi fue el principal teórico de la visión «etapista», mientras que Lin Biao optó por el enfoque de la «revolución ininterrumpida». Esa división (en términos muy similares) se reprodujo también en Moscú y en otras capitales con presencia comunista.

De todos modos, y con independencia de los debates, en la década de 1960, tanto Moscú como Pekín habían producido ya términos y teorías que validaban la alianza de los comunistas con las fuerzas burguesas democráticas. En 1960, la URSS desveló su propio concepto en ese terreno, el del Estado nacional democrático, denominación con la que hacía referencia a aquellos Estados tercermundistas no comunistas surgidos de los procesos de liberación nacional. Esos Estados se regían conforme a su propia variante local de socialismo (el socialismo árabe, el socialismo africano, el NASAKOM).[10] Pekín, por su parte, propuso la teoría de la nueva democracia: una coalición entre cuatro clases (el proletariado, el campesinado, la pequeña burguesía y los capitalistas nacionales) que se unirían en contra del capitalismo con el resultado final de desarrollar el país hacia el socialismo. El partido comunista local sería el encargado de liderar a esas clases, que, en un primer momento, desarrollarían el capitalismo acelerando tanto las tasas de crecimiento como, en última instancia, la transición hacia el socialismo. Tanto Moscú como Pekín, pues, dieron instrucciones a los comunistas de las naciones oscuras para que fueran indulgentes con la burguesía nacional. Tenían que colaborar en «frentes nacionales democráticos» y sentar las bases para una futura transición al socialismo.

Los conceptos del Estado nacional democrático y de la nueva democracia hicieron posible que Moscú y Pekín aceptaran como suficientes para las condiciones del Tercer Mundo a diversos

regímenes no comunistas y movimientos de liberación nacional. El conflicto entre esas dos capitales también contribuyó a tan escasa escrupulosidad a la hora de buscar alianzas. El desarrollo del comunismo se volvió un objetivo casi secundario en la promoción de los frentes nacionales democráticos. Siguiendo esa línea de análisis, la URSS y la República Popular China prestaron posiblemente más apoyo a los líderes nacionales democráticos que pregonaban el socialismo y controlaban sus respectivos Estados que a los partidos comunistas emergentes que se habían esforzado en organizar transversalmente a las clases explotadas y a otros sectores sociales uniéndolos en un movimiento destinado a cambiar la base de la producción social. El Egipto de Nasser, el Irak de Qasim, la Argelia de Boumédienne, la India de Indira Gandhi, la Birmania de Ne Win, la Guinea de Sékou Touré, el Pakistán de Ayub Khan y el Malí de Modibo Keita pasaron a integrarse en el club de Estados más favorecidos por la URSS y la República Popular China, a pesar de que la mayoría de esos máximos dirigentes nacionales reprimían a sus partidos comunistas locales.

A inicios de la década de 1960, los tres mayores partidos comunistas (de Estados no comunistas) en tierras asiáticas, africanas y árabes eran el PKI indonesio, el Al-Hizb al-Shuyu'i al-Sudani (PCS) sudanés y el Partido Comunista de Irak (PCI), por ese orden. Estos partidos gozaban del respeto de amplios sectores de sus sociedades respectivas y controlaban importantes organizaciones populares (como sindicatos, ligas de mujeres y asociaciones juveniles). En apenas una década, esos tres partidos estarían poco más o menos que en ruinas después de que la burguesía nacional de sus países (con la ayuda de Estados Unidos y los oídos sordos de Moscú y Pekín) hubiera sacado a las fuerzas armadas de los cuarteles para exterminarlos. Si la URSS y la República Popular China hubieran adoptado una postura firme en cualquiera de esos casos, tal vez habrían animado a los comunistas de otros países a seguir por su propio camino y a continuar su laboriosa obra. En vez de eso, los comunistas del Tercer Mundo, asustados por el silencio de sus correligionarios soviéticos y chinos, se integraron en alianzas con fuerzas políticas que no pretendían más que utilizarlos para luego destruirlos.

Los comunistas eran útiles. Sukarno necesitaba el programa y los militantes y directivos del PKI. Cuando el general de brigada Qasim depuso al monarca iraquí (en 1958) y el coronel Jaafar al-Nimeiri apartó del poder a una junta militar corrupta en Sudán (en 1969), ambos líderes se apoyaron en los fuertes partidos comunistas existentes en sus países para extender su propio poder personal. Ningún golpe militar cuenta con mucha base institucional que lo

legitime: es posible que la población respete a los líderes individuales o a sus camarillas por su honestidad y que desee que les salgan bien las cosas, pero las únicas instituciones de que disponen esos líderes y sus mencionadas camarillas para brindar cierta legitimidad a su golpe son las de las fuerzas armadas. Además, la mayoría de facciones militares que toman el poder lo hacen sin contar con un programa detallado porque el personal castrense tiene escasa experiencia política. En el caso de Irak y Sudán, los nuevos dirigentes establecieron alianzas con los comunistas tanto por la capacidad que tenían estos de llegar hasta los más recónditos mundos sociales de los iraquíes y los sudaneses como por la necesidad de tomar prestadas amplias partes de los consolidados programas de cambio social de esos partidos. Qasim no compartía personalmente las opiniones de los comunistas, pero sabía que su golpe estaba condenado al fracaso sin ellos. En 1958, todos los partidos políticos iraquíes habían absorbido ya el programa social del PCI, lo que daba buena muestra de la relevancia y la probidad de este. Incluso el Baaz, nada amigo del comunismo, adoptó elementos del programa de ese partido. El PCI aprovechó en un primer momento esa nueva situación de preeminencia para reactivar organizaciones hasta entonces prohibidas, como los Partisanos de la Paz, la Liga para la Defensa de los Derechos de las Mujeres (*Al-Rabita*) y la Liga de las Juventudes Iraquíes. Gracias a ello, el cuadro de directivos del partido creció hasta superar los 25.000 y sus bases alcanzaron el millón de miembros (aproximadamente, una quinta parte de la población total de Irak).

El crecimiento del PCI y de su poder social tenía aterrada a la dictadura de Qasim. Poco después del acceso de este al poder, el fundador del Baaz, Michel Aflaq, se desplazó a Bagdad desde Damasco para promocionar a su partido a costa del PCI. «Representamos el espíritu árabe frente al comunismo materialista», dijo a los iraquíes. «El comunismo es occidental y ajeno a todo lo árabe».[11] El Baaz contaba únicamente con trescientos miembros en Irak, número que aumentó a comienzos de la década de 1960 hasta situarse en unos modestos tres mil. En mayo de 1959, Husain ar-Radi, primer secretario del PCI, defendió en una reunión del politburó que había llegado la hora de que el partido apostara por la conquista directa del poder. Perdió la votación. Los soviéticos habían enviado un delegado con el mensaje de no provocar a Qasim. El Baaz fue entonces el que tomó la iniciativa y Estados Unidos lo respaldó. El PCI defendió el régimen militar nacionalista cuando el Baaz intentó un golpe de Estado en octubre de 1959. Los comunistas se hicieron rápidamente con el control del Ministerio de Defensa y de la red de

comunicaciones. Medio millón de sus militantes y simpatizantes salieron a las calles y las tomaron. Aquello aterrorizó a los coroneles, que iniciaron una campaña dirigida a diezmar al PCI (pese a que, en el fondo, era su único defensor organizado). Qasim ignoró el peligro del Baaz, incluso después de un intento fallido de asesinato a finales de 1959 (dirigido por un joven Sadam Husein). Con ello, se había allanado el camino al Baaz, que acabó por hacerse con el control del Estado en 1963. La ventana abierta al futuro unos meses antes se cerró por completo.

En 1968, Husein se convirtió en máximo dirigente de Irak. La URSS pasó a ser uno de los aliados principales del nuevo mandatario, quien fomentó además una división interna en el ya maltrecho PCI. Cuando Husein selló una alianza con la URSS, la facción prosoviética del PCI se unió a él. Las Jihaz Haneen (las milicias del Baaz) descargaron entonces su furia sobre el grupo antibaazista, es decir, sobre el PCI (y, en concreto, sobre su Liderazgo Central) dirigido por Aziz al-Hajj. La URSS, entretanto, suministró a Irak uno de los cinco reactores nucleares que acabaría fabricando en las naciones oscuras, aceptó en sus centros educativos a más estudiantes iraquíes que de ninguna otra nacionalidad del Tercer Mundo, y proporcionó considerable asistencia militar e industrial a cambio de petróleo. El PCI que se mantuvo en el gobierno hizo posible el tratado de amistad de 1972 con la Unión Soviética, pero cuando Husein aumentó su grado de control sobre el país, empezó a emprender campañas también contra el comunismo iraquí que lo apoyaba. En 1978, Husein ordenó el arresto de los miembros del partido «leal» y la ejecución de muchos de sus dirigentes, y aprovechó la supresión del PCI para enviar un mensaje contundente a su propio partido, el Baaz, en el sentido de que la única lealtad que se toleraría sería la lealtad a su régimen, y no a una ideología ni a otro partido. La campaña de Husein contra el PCI favoreció la imagen del líder iraquí entre los decisores políticos de Washington, que iniciaron una alianza con él en 1983. El resto de dirigentes medios y superiores del PCI huyeron al extranjero o se quedaron en Irak para continuar allí su lucha, sobre todo, en las regiones kurdas (bastión tradicional de la izquierda). Los comunistas que permanecieron clandestinamente en Irak siguieron combatiendo al Baaz y filtraron documentos al exterior sobre las atrocidades cometidas contra los iraquíes por el régimen de Husein.

En Sudán, Nimeiri accedió al poder con un programa nasserista, pero, al igual que Qasim, no podía gobernar sin el partido comunista de su país, el PCS. Tras el golpe, prohibió todos los partidos políticos, pero permitió que el PCS prosiguiera sus actividades. Fundado en

1944, el Partido Comunista de Sudán era el único partido político sudanés con una implantación nacional, porque, a diferencia de los partidos de base religiosa o racial, sus filas se habían nutrido por igual de miembros del sur y del norte del país, y tanto de cristianos como de musulmanes. Nimeiri necesitaba al PCS. Así que, siguiendo la fórmula habitual, el líder sudanés comenzó persiguiendo a elementos de su propio flanco derecho. Así, en 1970, puso en marcha una ofensiva contra el Partido Umma, de signo reaccionario, dirigido por Sadiq al-Mahdi. Lograda por fin una pacificación sustancial de ese partido, Nimeiri pasó a fijar su atención en el PCS. La brutal represión emprendida entonces contra los comunistas sudaneses impulsó a estos a intentar un golpe de Estado propio con la colaboración de oficiales del ejército simpatizantes con su causa. El régimen de Nimeiri arrestó a los dirigentes del partido, ejecutó a la mayoría (incluidos Abdel al-Jaliq Mahyub, Joseph Garang y Ahmed el Sheij) e instó a los propios seguidores del presidente sudanés a «destruir a cualquiera que se atreva a afirmar la existencia de un Partido Comunista de Sudán. Destruid ese presunto partido».[12] Cuando las noticias de lo acaecido en Sudán llegaron a oídos de los máximos dirigentes soviéticos, estos trataron de negociar con el gobierno Nimeiri (como ya hicieran con los egipcios y con los libios en su momento) la concesión de asilo político para los líderes del PCS. Rechazada tal petición, optaron por no seguir insistiendo en ello, no porque Moscú no sintiera nada por sus camaradas del trópico, sino porque las fortunas que corrieran los partidos comunistas del Tercer Mundo no eran tan importantes como la estrategia diseñada de antemano por la URSS y la República Popular China. Cuando el régimen de Nimeiri ejecutó finalmente a los líderes del PCS a pesar de los ruegos soviéticos, Moscú recompensó igualmente al dictador con una serie de tratados económicos y políticos, así como con un lugar de honor especial como delegado asistente al 24° Congreso del Partido Comunista de la URSS, celebrado a finales de 1971. En Siria (1972) e Irak (1973), la URSS medió para que se sellaran pactos de creación de frentes nacionales en los que sendos partidos comunistas se integraron en minoría (de hecho, en posiciones bastante secundarias) y renunciando a muchos de los derechos necesarios para seguir llevando a cabo tareas de organización política.

La persecución oficial empujó a muchos comunistas a tomar las armas. En Irak, doce militantes, incluido Jalid Ahmed Zaki (del Frente Popular para la Lucha Armada), intentaron mantener una quijotesca insurgencia en las marismas del sur del país en 1968, pero fueron abatidos por el ejército iraquí. Habían reaccionado con una década de

retraso: para entonces, el diagnóstico original de Ar-Radi ya se había vuelto anacrónico. El momento de la revolución había pasado. La apuesta de Zaki por las armas se enmarcó dentro de un giro general de numerosos partidos comunistas hacia el maoísmo. Pero muchos de estos movimientos ignoraron un precepto elemental de esta última corriente ideológica: olvidaron considerar si habían acumulado suficiente apoyo de masas o si había un movimiento de masas suficientemente movilizado y dispuesto a sumarse a su pequeña aventura armada. En la región congoleña de Kwilu, Pierre Mulele, uno de los ministros del depuesto gobierno de Lumumba, se alzó en armas contra el régimen de Mobutu, pero si bien su insurgencia logró durar unos años, tampoco consiguió ningún avance significativo. En la India, en 1967, un grupo escindido del Partido Comunista de la India (Marxista) —partido que se había formado, a su vez, a partir de una escisión interna en el Partido Comunista de la India (prosoviético) en 1964— inició una lucha armada en varias partes del país, pero solo consiguió sufrir inmensas derrotas y pérdidas. En Indonesia, el PKI experimentó un proceso de autocrítica de la línea de colaboración con Sukarno impulsada en su momento por Aidit y puso en marcha una campaña guerrillera de inspiración maoísta en Java y las islas exteriores (como Kalimantan). El PKI logró con ello retener algunos focos de apoyo y su estrategia guerrillera le reportó algún que otro rédito menor, pero, en líneas generales, fue barrido y descartado en la práctica como contrincante serio para la conquista del poder estatal. En América del Sur, el maoísmo se transmutó en el castrismo de los diversos movimientos izquierdistas que se lanzaron a la lucha armada contra el Estado en diversos países, de Argentina a Venezuela. Según lo expuso el activista político francés Régis Debray en 1965, lo único que puede destruir el aparato estatal burgués es la lucha armada emprendida y mantenida por unos militantes bien entrenados: esa sería la condición previa necesaria para una revolución triunfal que no fuera destruida posteriormente por un golpe militar. Ni un solo país sudamericano se libró del castrismo y, aunque este sufrió desastrosos fracasos y toda una generación de izquierdistas cayeron abatidos por las armas de la policía, la estrategia siguió manteniéndose viva. El ejército usurpó el control de la dinámica histórica, destruyó a una generación de militantes y aprovechó la situación para fomentar una década de dominio militar. La impotencia —de por sí, una realidad social en amplios sectores de las naciones víctimas del imperialismo— nace del cañón de un arma.

Cuando Sukarno cayó, ninguna palabra significativa de protesta salió de los despachos gubernamentales de Nueva Delhi, Belgrado,

Rangún, El Cairo o Accra. Tibias muestras de desaprobación de la violencia fueron apenas lo único que emanó de sus ministerios de Exteriores. El indonesio Sukarno había desempeñado un papel crucial en la creación del programa político del Tercer Mundo como movimiento colectivo y Bandung había sido su ónfalo. Pero solo hubo silencio. La desaparición personal o política de los cinco principales líderes de la línea progresista en Bandung es muy reveladora de ese colapso de la solidaridad: Nehru falleció en 1964; tanto U Nu como Nkrumah habían sido depuestos poco antes por sendos golpes militares; el papel de Nasser se había visto seriamente debilitado por el ocaso de su República Árabe Unida, y Tito había iniciado una reaproximación cordial a la URSS. Las relaciones entre Nehru, U Nu, Nasser y los partidos comunistas de sus respectivos países se habían visto gravemente perturbadas. En 1959, Nehru utilizó sus poderes constitucionales supremos para destituir en bloque a un gobierno comunista en el estado de Kerala; U Nu mantuvo las distancias con el Partido Comunista de Birmania durante su efímero mandato, y el Partido Comunista de Egipto se disolvió en 1965 pidiendo a sus miembros cooperación con el régimen de Nasser.[13] Los regímenes del Tercer Mundo tenían en escasa consideración a sus partidos comunistas locales. Así que, mientras ese desdén no afectara a sus relaciones con Moscú o con Pekín, no se sentían obligados en lo más mínimo a pronunciarse con respecto a atrocidades como las cometidas por el ejército indonesio, el gobierno marroquí (contra la Unión Nacional de Fuerzas Populares y su líder, Ben Baraka, asesinado en las calles de París en 1965) y el ejército congolés (contra el Mouvement National Congolais y su líder, Lumumba, asesinado en 1961 con la connivencia belga).

Tanto Sudán como Irak continuaron siendo países aceptados en el seno del Tercer Mundo y del NOAL. Sudán e Irak, como Indonesia, siguieron apoyando formalmente los objetivos en materia de política exterior del movimiento tercermundista. De hecho, Indonesia llegó incluso a expresar su adhesión formal a los principios de Bandung, lo que permitió que el país retuviera su tradicional buena posición en los encuentros políticos del Tercer Mundo. Durante el genocidio, un movimiento conservador que respondía al sorprendente nombre de Frente Pancasila se dedicó a jalear al ejército y a ayudarle a llevar a cabo los asesinatos en masa. La Pancasila[*] de Suharto tenía un parecido solamente formal con la Panchsheela de Bandung, pues los cinco puntos propugnados por el general contemplaban clásicos del conservadurismo como «la creencia en un único Dios supremo», «la unidad de Indonesia» y «la democracia liderada por la sabiduría de la

deliberación entre los representantes». La Panchsheela original no hacía referencia alguna a Dios, ni a la sabiduría de los representantes (otra posible manera esta de decir que el pueblo debía adherirse al criterio de sus superiores).[14] Cuando el Nuevo Orden de Suharto mencionó la unidad, tal vez fuera con la mente puesta en la futura invasión de Timor Oriental (en 1975): una anexión basada en la noción de unidad que se manejaba en el ejército, no en la del pueblo indonesio ni en la de los timorenses orientales.

En el encuentro del Movimiento de Países No Alineados celebrado en 1977 en Nueva Delhi, el representante de Sudán cautivó a los delegados asistentes con su exposición sobre la necesidad de reestructurar las Naciones Unidas para que fueran una organización más democrática y, por consiguiente, más dispuesta a apoyar el Nuevo Orden Económico Internacional. El delegado de Irak presentó el segundo de los dos documentos de trabajo que siguieron a la intervención sudanesa, dedicado en su caso a la necesidad de disponer de una estructura más eficiente en el propio NOAL, mejor coordinado a través de una secretaría. Ni Irak, ni Sudán ni Indonesia fueron expulsados de aquella sala por incongruentes: los pogromos que habían emprendido contra sus respectivos comunistas fueron entendidos como «asuntos internos» de cada país y el respeto a los asuntos internos era sagrado. Las principales potencias del Tercer Mundo aceptaron a Indonesia, Sudán, Irak y otros países similares por la sencilla razón de que suscribían los principios básicos del no alineamiento y porque compartían un parecido análisis económico internacional.

La destrucción de la izquierda tuvo un impacto enorme en el Tercer Mundo. Las clases sociales más conservadoras (reaccionarias incluso) pasaron a dominar la plataforma política creada en Bandung. Como buenas colaboradoras de los regímenes militares que eran, las fuerzas políticas así surgidas rechazaron el nacionalismo anticolonial ecuménico de la izquierda y de los liberales, que sustituyeron por un cruel nacionalismo cultural que ponía especial énfasis en la cuestión racial, la religión y la jerarquía social. Se ampararon en una visión artificial de la «tradición» y se proclamaron portavoces verdaderos de la cultura auténtica de sus regiones frente a la influencia «moderna» u «occidental» de la izquierda progresista. Mitos como el de la Bali paradisíaca, el puritanismo árabe, el jerarquismo hindú o el tribalismo africano fueron visiones de una supuesta tradición emanadas con fuerza desde las viejas clases sociales dominantes en su deseo de combatir a la izquierda y de que, una vez rechazada esta, pudieran erigirse en representantes auténticas de su civilización. «El mito de

Bali —según explicaba el historiador Robinson, por ejemplo— ha contribuido a falsificar la historia en un sentido que ha resultado útil a los detentadores del poder y que ha silenciado a las víctimas de injusticias».

Algunos funcionarios estadounidenses desplegados sobre el terreno se quejaron de la íntima relación que su gobierno mantenía con oligarquías y ejércitos diversos para actuar en contra de los comunistas. Por ejemplo, el ministro consejero de la embajada de Estados Unidos en Guatemala en la década de 1950, Bill Krieg, dijo en una ocasión a propósito de las fuerzas reaccionarias que eran «unos vagos de primera división» que solo «querían dinero y convertirse en meros adláteres palaciegos», mientras que los comunistas «sabían trabajar y lo hacían con sentido, tenían ideas, sabían adónde querían ir». Eran «honestos, muy comprometidos. Y eso era lo trágico: que las únicas personas comprometidas para trabajar de verdad eran las mismas que, por definición, debíamos considerar nuestros peores enemigos».[15] La CIA y las viejas clases sociales dominantes aplastaron a la izquierda en muchos lugares de las naciones oscuras, reactivaron las clases sociales tradicionales y, solo con (mucha) posterioridad, terminaron por darse cuenta de que habían creado un monstruo que no podían controlar.

Tawang

Al amanecer del 20 de octubre de 1962, una serie de explosiones sacudieron las colinas del macizo de Thag La. El Ejército de Liberación Popular (ELP) chino iniciaba así una guerra contra India que se esperaba desde hacía tiempo y que se prolongó todo un mes, durante el que el ELP se adentró considerablemente en territorio indio tras atravesar la larga frontera que separa ambos países. El general de brigada John S. Dalvi, de las fuerzas armadas indias, se encontraba con su batallón de vanguardia en las inmediaciones del macizo, donde llevaba destacado varios meses en previsión de un avance indio sobre posiciones chinas. «El susto provocado por el estrépito de esas primeras salvas retumbando sobre nuestras cabezas —escribiría más tarde Dalvi— nos tuvo paralizados por unos minutos. El contraste de aquel estruendo con la tranquilidad que había reinado hasta entonces hizo que nos impresionara el doble. La proximidad entre ambas fuerzas le confirió todo el aire propio de un acto de traición».[1] En apenas dos días, el ataque chino no solo hizo retroceder a las fuerzas indias, sino que cortó también su vía de retirada a través de los pasos de alta montaña que les habrían permitido regresar a posiciones indias más reforzadas. Los chinos capturaron a Dalvi y a sus hombres y entraron en la población principal del área defendida hasta entonces por la Brigada 7, Tawang, donde no hallaron resistencia. Aunque la guerra continuó durante un mes más, al ELP le habían bastado unos pocos días para superar las defensas indias.[2]

En 1954, ambos países habían firmado los Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica, la llamada Panchsheela, que llamaban al entendimiento y la cooperación mutuos en todos los ámbitos y cuestiones. En Bandung, Nehru y Zhou En-lai compartieron codo con codo la inauguración de una nueva Asia. El discurso de clausura de Nehru proclamó ese nuevo «espíritu del Asia de hoy». Se refería al Asia que es «dinámica, pues Asia está llena de vida. Asia puede cometer errores y los ha cometido en el pasado, pero no importan mientras haya vida en ello. Podemos hacer progresos si hay vida, pero si no la hay, ninguna de nuestras palabras correctas, ninguna de nuestras acciones correctas, servirán de nada y todo lo que hayamos logrado hasta entonces se perderá».[3] La poesía metafísica de Nehru parecía no encajar muy bien con el estilo franco y práctico de Zhou. De todos modos, cuando se le preguntó a propósito del expansionismo chino, Zhou señaló: «Estamos preparados para impedir que nuestro gobierno y nuestro pueblo crucen un solo paso más allá de nuestras

fronteras. En el improbable caso de que algo así ocurriera, estaríamos también dispuestos a admitir nuestro error».[4]

La República Popular China comparte fronteras con muchos países, pero cuatro de ellos mantenían disputas fronterizas con Pekín: Birmania, India, Pakistán y la URSS. En 1920, la Unión Soviética emitió el llamado Manifiesto Karakhan por el que repudiaba los tratados firmados entre el anterior régimen zarista y el imperio manchú afirmando que la república soviética renunciaba «a todas las anexiones de territorio chino y a todas las concesiones obtenidas en China, y [retornaba] a este país, de forma gratuita y permanente, todo lo que le fue vorazmente arrebatado por el gobierno del zar y por la burguesía rusa».[5] A finales de la década de 1950, la URSS revocó aquella declaración y volvió a reclamar el territorio al que en ella se renunciaba. La disputa fronteriza propició una oportunidad para prolongar el debate doctrinal sino-soviético por la vía militar. Aun así, durante al menos dos décadas desde su publicación (décadas en las que China padeció los estragos de su inestabilidad interna), la declaración soviética de 1920 proporcionó una vía de acceso a una modalidad alternativa de relaciones internacionales, según la cual las ventajas del pasado imperial no debían determinar el estado de las relaciones actuales entre Estados limítrofes.

La iniciativa soviética de 1920 supuso una medida nada habitual en el terreno de las relaciones interestatales, pero no constituyó el único modelo posible de resolución de cuestiones fronterizas poscoloniales. Por ejemplo, China tenía una frontera mal definida con Birmania: más de 180.000 kilómetros cuadrados de la región de Wa fueron motivo de disputa entre ambos países hasta 1956. El conflicto se agravó hasta tal punto en 1955 que el ejército birmano tuvo un importante encontronazo con el ELP en el estado de Wa, justamente donde los birmanos llevaban simultáneamente a cabo operaciones contra el ejército del Kuomintang. La caótica situación en la frontera sinobirmana podría haber desembocado fácilmente en una guerra como, de hecho, sucedió en el sector fronterizo sino-indio. Pero el primer ministro birmano U Nu (una de las estrellas de Bandung) viajó a Pekín, obligó a los chinos a sentarse a la mesa para negociar sus respectivas perspectivas sobre aquella disputa y sobre cuál debía ser la frontera definitiva. Tanto los birmanos como los chinos rechazaron las fronteras británicas y asumieron, al mismo tiempo, las lindes más antiguas como guía para su nuevo acuerdo. China absorbió algunos pueblos del estado de Kachín, mientras que Birmania adquirió el control sobre el Territorio Cedido de Namwan. Aunque el acuerdo puso en marcha un proceso que concluyó en 1960 con una declaración

formal de fronteras definitivas, los pueblos kachín de Birmania se rebelaron al año siguiente porque no se les había consultado la elaboración de aquel tratado y porque no querían que nadie de los suyos formara parte de China. Pese a sus continuas referencias a la autodeterminación, ni U Nu ni Zhou habían tenido en cuenta las opiniones de aquellos a quienes habían transferido de un lado a otro de la nueva frontera internacional. Al final, hubo conflicto, pero no entre Estados.

Los valores exhibidos (a nivel formal, al menos) en las negociaciones sinobirmanas habían sido consagrados en su momento en Bandung y en Belgrado. El octavo principio del comunicado de Bandung comprometía a los países signatarios a solucionar sus disputas «por medios pacíficos» dentro del marco de las Naciones Unidas.6 Aunque ese fue un principio sagrado a nivel retórico y, en ocasiones, también en la práctica, hubo muchos casos en los que resultó imposible de aplicar. India y Pakistán libraron una guerra fronteriza por Cachemira antes incluso de que las tropas británicas hubieran abandonado por completo el subcontinente, y el Estado israelí y sus vecinos árabes entraron en guerra en el momento mismo en que el primero se constituyó como tal. La República Popular China amenazó reiteradamente con invadir Formosa, mientras que Argelia y Marruecos (1960), al igual que Mauritania y Malí (1963), entraron en guerra por sus diversas disputas a propósito de sus fronteras comunes. Las contiendas por cuestiones fronterizas sirvieron de importante excusa para el crecimiento del sector militar en cada uno de esos Estados surgidos de la liberación nacional; incluso los que no llegaron a sucumbir a una dictadura militar crearon un aparato castrense inmensamente poderoso que exprimió los recursos destinados a otros apartados de los respectivos presupuestos nacionales (como, por ejemplo, los dedicados a justicia social). Las disputas fronterizas, nacidas en muchos casos de una teoría inapropiada de la delimitación territorial de los Estados y de unas líneas de demarcación trazadas para cubrir unos objetivos coloniales anteriores, brindaron a los ejércitos poscoloniales un pretexto para ejercer su propia hegemonía.

El ELP estaba ya curtido en mil batallas: durante la guerra contra la ocupación japonesa, durante la guerra civil contra el Kuomintang que se prolongó desde la década de 1930 hasta la de 1950, y en sus ofensivas contra regiones exteriores (como el Tíbet), que se prolongaron hasta finales de esa misma década de 1950. El ELP que estableció posiciones avanzadas al otro lado de la línea que dividía India de China era un ejército mejor equipado y mucho más preparado para la batalla que su homónimo indio. De conformidad con uno de

los preceptos de Bandung, el gobierno indio intentó reducir la importancia y el tamaño del ejército nacional (amén de las obligaciones económicas para con este). En 1958, cuando las fuerzas armadas indias obtuvieron un incremento presupuestario para modernizar su equipo y aumentar los salarios de los soldados, uno de los líderes del Partido del Congreso, Acharya Kripalani, declaró ante el parlamento: «Creíamos que, en una India no violenta, lo último que se le ocurriría al gobierno sería incrementar el presupuesto militar, pero siento decir (y creo que esto es algo que perturbaría el alma del padre de la nación [Gandhi]) que en los últimos años sí se ha producido un aumento».[7] El Partido del Congreso de Nehru prefirió no gastar fondos de las reservas de divisas del país en la importación de armas. Las fuerzas armadas tuvieron que arreglárselas con los restos de material dejados por los británicos y con lo que pudiera fabricarse dentro del país. Entre 1951 y 1962, la hacienda india dedicó menos dinero a armamento que el anterior gobierno colonial británico o que los gobiernos indios posteriores a la guerra sinoindia. A pesar de la guerra mantenida con Pakistán en 1947-1948, el gobierno indio redujo sus gastos militares hasta dejarlos solamente en el 2% del presupuesto público, y a pesar de la cantidad relativamente baja que se les asignaba, las fuerzas armadas no llegaban a consumirla en su integridad y declaraban sistemáticamente la obtención de ahorros a partir de las partidas presupuestarias manejadas. Tras la guerra, sin embargo, el gobierno indio ya no escatimó recursos para su ejército, hasta el punto de que en la década de 1990 el país se había convertido en el principal importador mundial de armamento.

¿Por qué se lanzó el ELP a invadir India en 1962? Una posible respuesta es que India había amenazado anteriormente con invadir China y que los chinos actuaron antes de manera preventiva. Ambos países mantenían una irresoluble disputa fronteriza y ambas partes empezaron a ocupar militarmente territorios reclamados por su oponente. Ni los chinos ni los indios accedieron a situar a sus fuerzas a una distancia de separación prudencial, ni a pedir un arbitraje, ni a crear una zona desmilitarizada de varios kilómetros de amplitud como mecanismo para enfriar las tensiones. Ambos gobiernos inflaron las cifras de sus respectivos efectivos, se las arrojaron mutuamente a la cara y generaron con ello una situación prebélica. Sin embargo, otra manera de enfocar la guerra fronteriza sinoindia es entendiéndola como un suceso nada inhabitual en los nuevos Estados poscoloniales, que habían empezado a adoptar (al menos, en lo que a fronteras se refería) una noción más «europea» de nacionalismo que la propugnada en su anticolonialismo previo. La idea misma de nacionalismo en la

que se habían sustentado los movimientos anticoloniales se vio cuestionada en los procesos de formación de aquellos Estados. Ciñéndonos al nivel de los detalles del conflicto sino-indio entre 1950 y 1962, lograríamos averiguar las razones por las que aquella guerra tuvo lugar, pero esos detalles, por sí solos, no nos indicarían la presencia de un problema más amplio y extensible al caso de los Estados poscoloniales en general: la adopción de una versión mística de nacionalismo que había sido ajena hasta entonces a los movimientos anticoloniales.

Los chinos construyeron una carretera en el sector de Aksai-Chin, reclamado por India, y justificaron tal acto no solo porque ese territorio había formado parte siempre del Tíbet (y, por consiguiente, de China), sino porque constituía una arteria crucial para conectar las provincias chinas del Tíbet y Xinjiang. La de Aksai-Chin es una región yerma, donde nadie puede sobrevivir todo el año. En 1962, los ejércitos indio y chino estaban desplegados en los múltiples puestos de vigilancia que jalonaban aquella frontera aún por marcar. Los choques fronterizos que se repitieron a partir de mediados de la década de 1950 provocaron pérdidas en vidas humanas, pero también obligaron a los supervivientes a pasar meses interminables en aquellos puestos de avanzada de alta montaña donde pocas personas osarían siquiera aventurarse. Cuando las nevadas se volvían demasiado copiosas, los ejércitos abandonaban los puestos, pero cada primavera se apresuraban a regresar a ellos para asegurarse de que era su país quien recuperaba aquella posición en cuestión y no el rival. Ese juego de locos se prolongó durante ocho años.

Entretanto, el ejército indio decidió avanzar posiciones en la región de Tawang, en el noreste de la India, hacia territorios anteriormente reclamados por los tibetanos. Varias comunidades étnicas que entienden la frontera como un inconveniente pueblan la región de Tawang. Las naciones no tienen fronteras naturales y la mayoría de ellas tampoco cuentan con unas demarcaciones históricas bien definidas. La tendencia a concebir las montañas o los ríos como límites naturales (desde el punto de vista de la seguridad o de la facilidad de delineación) no está universalmente aceptada ni está arraigada de antiguo en todas partes. Antes de que fuera posible escalar las montañas o vadear los ríos, esos accidentes geográficos actuaban de barrera al movimiento, pero en cuanto los seres humanos aprendieron a vencer esos obstáculos, dejaron de ser barreras eficaces. Muchos Estados premodernos no se preocuparon particularmente de delinear con precisión sus fronteras, y los pueblos que vivían en esas zonas limítrofes se desplazaban de un lado a otro en sus actividades

comerciales y de peregrinaje sin apenas preocuparse por las sutilezas de la lógica delimitadora de aquellos imperios, reinos y principados. En realidad, el Himalaya (que se extiende actualmente a lo largo de las fronteras que separan los Estados de Birmania, Nepal, India, China, Pakistán y Afganistán) es el hogar de pueblos que viven a grandes altitudes y cuyas vidas dependen del tránsito comercial y religioso entre llanuras a través de los pasos de alta montaña de aquella cordillera. La frontera no tiene interés alguno para esas personas porque, en muchos casos, esta no solo incomoda su actividad comercial o religiosa, sino que también divide por la mitad a grupos lingüísticos o a comunidades étnicas. Muchas personas que se consideran miembros de una determinada comunidad se ven así arrancadas de ella por una lógica que resulta antitética a su propia historia.

En 1913, el gobierno británico de la India envió a dos topógrafos al noreste del país. Frederick Markham Bailey y Henry T. Morshead recorrieron una ruta comercial muy frecuentada que pronto pasaría a conocerse como la «Senda Bailey». Bailey y Morshead descubrieron que los comerciantes y sus yaks transportaban bienes desde las altiplanicies del Tíbet hacia las llanuras de Birmania e India sin preocuparse en ningún momento de llevar pasaportes o identificaciones, sin tener sensación alguna de vivir en lo que ya por entonces se había convertido en una región fronteriza en disputa. Christoph von Fürer-Haimendorf visitó la Senda Bailey en 1944 en calidad de oficial especial del Departamento de Asuntos Exteriores de la India y, a su regreso, explicó que el pueblo de aquella región, los monpa, mantenía una relación bastante indirecta con el Tíbet, la China y la India. Las fronteras internacionales significaban poco para ellos porque sus antepasados habían abierto senderos con los que habían ido labrando su propia geografía, sus propios mapas terrenales y espirituales. En plena encrucijada de caminos de esa interconectada región fronteriza se encontraba Tawang, una localidad dominada por un monasterio (*gompa*) llamado Galden Namgyal Lhatse, erigido entre 1643 y 1647. Las circunstancias que rodearon a la elección del emplazamiento de aquel cenobio son muy ilustrativas de la nula importancia que las fronteras tenían para las vidas de los habitantes locales. Lodre Gyaltso, conocido también como el Merak Lama, dejó que su caballo lo llevara donde a este se le antojara. El animal se detuvo finalmente en un punto determinado y el Merak Lama llamó a aquel lugar Tawang, «elegido por un caballo».[8] Ese relato remedaba el *ashwamedha yagya* brahmánico, el llamado «sacrificio» del caballo de la antigua India védica, que se producía cuando un monarca dejaba

que un caballo blanco vagara a su antojo protegido por sus soldados, que se enfrentaban a todo adversario que saliera a su paso, de manera que todo el territorio recorrido por el animal pasaba a incorporarse a las posesiones del rey o príncipe en cuestión. El ímpetu del caballo determinaba, pues, las fronteras aproximadas entre los dominios de los reyes védicos; el lugar elegido por la montura del Merak Lama para descansar —en algún punto de una borrosa línea fronteriza entre regiones— le señaló el emplazamiento de su monasterio.

Bailey y Morshead eran el equipo de avanzada de un Estado colonial que aplicaba un enfoque clásico a la cuestión de las fronteras. Las potencias coloniales basaban sus límites territoriales en su capacidad de conquista y los protegían atendiendo a la seguridad por encima de cualquier otro principio. La cartografía del Himalaya realizada por los británicos tenía poco que ver con las necesidades y los deseos de las gentes que vivían en las montañas; pero sí estaba muy relacionada con la creación de Estados tapón que protegieran su imperio indio de las amenazas de los rusos zaristas y de los chinos manchúes. En 1893, los británicos crearon la línea Durand, que atravesaba y partía las tierras del dominio lingüístico pastún con el propósito de mantener Afganistán como territorio de frontera entre Rusia e India (de igual modo que, en 1914, idearon la línea McMahon para dividir sus dominios indios de los de los chinos). La seguridad según la entendían los británicos era el motor impulsor primordial de su forma de concebir las fronteras y, a menudo, firmaban acuerdos con actores del escenario internacional inmediato (como el rey Abdul Rahman Khan en el caso de Afganistán, o con Ivan Chen de la «Orden de Chia Ho» y el Dalai Lama en el caso de la frontera Tíbet-India) cuya legitimidad se ponía en cuestión algún tiempo después. En los casos de las líneas Durand y McMahon, los británicos se limitaron a trazar lindes fronterizas que cubrieran sus necesidades de seguridad y a obtener la ratificación de aquellas por parte de actores que no tenían más opción que darla.

En la colonia, la frontera proporcionaba seguridad. En Europa, la frontera ofrecía una separación entre una nación y otra. Las que hasta el siglo XIX habían sido zonas indiferenciadas entre países pasaron a redefinirse durante esa centuria, a raíz de la independencia y la constitución de nuevas naciones en el continente. La tecnología de delimitación de fronteras (con instrumentos como el cuadrante y el teodolito, y la mejora de la cartografía) habían proporcionado los medios necesarios para que las emergentes naciones europeas elaboraran marcas territoriales precisas y mapas con los que contribuir a su propia imaginería nacional. Esas nuevas tecnologías satisfacían

una demanda social: la de poner fin a la nebulosidad de las fronteras y unificar a toda una nación. La confección de fronteras no fue un ejercicio neutral, porque traía consigo los valores del etnonacionalismo europeo. A partir de mediados del siglo XVIII, de las monarquías y las baronías de épocas anteriores fueron surgiendo en Europa los nuevos Estadosnación. La idea que guió la formación de muchos de esos Estadosnación era la de que debían contener en su seno a habitantes de la misma etnia o raza: es decir, que los franceses y los alemanes no estaban divididos entre sí simplemente por su lengua y sus costumbres, sino también por la herencia racial que llevaban en la sangre. Aunque el nacionalismo es sin duda un fenómeno moderno, los nacionalistas aderezaron sus reivindicaciones nacionales con una serie de relatos históricos sobre la antigüedad de su nación y, por consiguiente, concibieron como misión propia no la de transformar una nación en un Estado, sino la de reclamar la nación que se ocultaba bajo el Estado ya existente. La nación había estado siempre ahí, decían ellos, aguardando a que el nacionalista la devolviera a la vida. La creación de la tradición y de los atavíos de la nación fortalecía a quienes reivindicaban el deseo y la necesidad naturales de autogobierno (y ese «auto» abarcaba a un ente con connotaciones raciales que no designaba simplemente a una unidad política) de pueblos como podían ser el inglés o el francés.

Los movimientos anticoloniales eran conscientes de los orígenes duales (seguridad y raza) de la construcción de las fronteras. Muchos de ellos se sentían incómodos con el vínculo entre «dignidad nacional» e integridad territorial. Los Estados multinacionales tenían escasa necesidad de recurrir a sensibilidades chovinistas sobre dónde empezaban y terminaban sus territorios. La división interna de la superficie del país a menudo obedecía a criterios que no privilegiaban las líneas de separación entre razas o religiones; en la India, por ejemplo, los estados internos se demarcaron siguiendo pautas lingüísticas (un elemento, la lengua, que puede aprenderse y que, por lo tanto, no constituye una herencia ontológica).[9] Una frontera estricta incomodaría a quienes viviesen en la zona dividida por esta y, en la mayoría de casos, la dureza del clima o del terreno en la región fronteriza hacía innecesaria e imposible su fortificación. Cuando Sung Ching-ling (señora de Sun Yat-sen) viajó a India en 1956 como vicepresidenta de China, aseguró ante una audiencia nacional a través de All-India Radio que «los amigos pueden vivir separados por grandes distancias, pero la amistad no conoce barreras».[10] A finales de 1958, Nehru escribió a Zhou para que dejaran a un lado aquel «problema fronterizo ciertamente menor» y se concentraran en asuntos de mayor

calado. Zhou le respondió en otra carta que la cuestión fronteriza menor «no debería afectar al desarrollo de las relaciones de amistad sinoindias. Este pequeño tema puede solucionarse». Las fronteras eran una cuestión pragmática, no de principios.

Tan altruistas ideas sobre el internacionalismo y el respeto mutuo de la soberanía (que eran la base de la Panchsheela) no pudieron resistir, sin embargo, otras presiones ideológicas y culturales más antiguas. En China, el poder de lo que algunos comunistas denominaban el «chovinismo han» o el «gran hanismo» era considerable. El informe político de Liu Shao-chi ante el octavo Congreso Nacional del Partido Comunista de China (septiembre de 1956) advertía a los dirigentes y mandos intermedios del partido de que no se dejaran llevar por la idea de que el pueblo han era el mejor, que los demás eran inferiores, y que los han por sí solos podían decidir por las comunidades minoritarias (las llamadas «nacionalidades») y hacer todo el trabajo por ellas. En julio de 1957, Zhou acudió al Congreso Popular Nacional a prevenir a los delegados contra la adopción de un «chovinismo de gran nación». «China es un gran país socialista —dijo—, así que debemos ser conscientes de que los países nacionalistas, cuyos sistemas sociales son diferentes del nuestro, pueden sentir recelos y temores hacia China». Ese tipo de declaraciones ofrecían una alternativa al virus del chovinismo y al fetichismo territorial que con tanta notoriedad se había manifestado en temas como el del Tíbet y Formosa.

De igual modo que dentro del carácter internacionalista general del comunismo chino (y en torno a él) fueron surgiendo varias corrientes de etnonacionalismo, otras fugas similares acabaron traspasando las barreras del internacionalismo secular propugnado por Nehru en la India. A medida que la disputa fronteriza se fue haciendo cada vez más intratable, diversos partidos políticos marginales de la derecha más intransigente pasaron a fijar los términos del debate. El líder del Partido Swatantra dijo ante el parlamento indio que los chinos estaban «ensuciando nuestro suelo patrio con sus dedos cancerígenos».[11] Cuando Zhou visitó Delhi en 1960, Nehru, de pie junto a él, declaró: «No se cederá a China ni un palmo de suelo indio». Aunque Nehru tenía claro que la disputa concernía a apenas «un par de millas de territorio», su firmeza provenía más bien de la necesidad de defender «el prestigio y la dignidad nacionales».[12]

La reducción de esa dignidad a una cuestión de territorios tuvo dos importantes efectos. Para empezar, permitió que un chovinismo hasta entonces soterrado se exhibiera en público. En la India, la derecha marginal pasó a ocupar un primer plano como defensora no

solo de la frontera, sino también de la antigua cultura india (que esas fuerzas caracterizaban exclusivamente como hindú). De ese modo, tendencias contrarias a las minorías étnicas o religiosas que, de no ser así, no habrían tenido cabida en el amplio ámbito de la liberación nacional secular, hallaron una vía de salida hacia la esfera pública, coincidiendo con un momento en el que las instituciones culturales oficiales empezaban a imaginarse la historia del Estado en términos más etnoculturales que antiimperialistas. Del rico recurso del pasado, los dirigentes estatales extrajeron elementos con los que crear los símbolos y los mitos de las nuevas naciones; la moneda oficial llevaba esos emblemas, al igual que los himnos y los cánticos nacionales, y los libros de historia. El antiimperialismo siguió formando parte de la agenda de objetivos, pero había pasado a compartir escena con una ideología con la que se contradecía en buena medida: la que proponía que la *nación* siempre había estado ahí, que los movimientos de liberación no habían hecho más que devolverla al lugar que le correspondía por derecho propio (en vez de ser los que, en realidad, la habían producido). La guerra, pues, alentó el chovinismo.

En segundo lugar, la defensa de la frontera y las referencias continuas a la aplicación de una solución militar a un problema de naturaleza histórica y política acabarían teniendo una repercusión presupuestaria adversa en la construcción nacional. Las instituciones militares así fortalecidas consumieron partes cada vez más suculentas de los presupuestos y desbarataron la agenda programática de desarrollo social que se había propuesto inicialmente el Estado. Las sumas dedicadas a fuerzas y armamentos militares no generaban un efecto multiplicador en el resto de la economía *en cuanto a desarrollo social*. De hecho, en el Tercer Mundo, el gasto militar distorsiona el compromiso económico de las nuevas naciones con la misión de invertir los términos de la anterior sangría imperial y de lograr una economía nacional incentivada por la equidad social. En vez de eso, el gasto militar canaliza capital hacia la producción de medios de destrucción, derrocha valiosas divisas en la importación de tecnología militar y destruye la cooperación regional. La militarización es una de las principales palancas que pueden hacer descarrilar el proyecto del Tercer Mundo.

Tras la guerra de 1962, el gobierno indio elevó el porcentaje de su presupuesto dedicado a armamento desde su anterior media del 2% (entre 1951 y 1961) a una media del 4% del producto interior bruto de la India (el equivalente a la cuarta parte del desembolso total del Estado central). La atracción ejercida por las fuerzas armadas sobre las finanzas del Estado alzó la estatura política del ministro de Defensa en

el gabinete y en la política estatal. El desarrollo social tuvo que aguardar su turno por detrás de la seguridad (reducida casi exclusivamente a la cuestión de la defensa militar) en la lista de prioridades del Estado. Según un estudio realizado por el expresidente del Banco Mundial Robert McNamara sobre el gasto militar en las naciones oscuras, los Estados de estas quintuplicaron la cuantía de dicha partida presupuestaria entre 1960 y 1988: el desembolso militar público aumentó al doble de velocidad que la renta per cápita. Con la dedicación de un muy necesario capital a gastos e inversiones de carácter militar, la tasa de ahorro de esas sociedades descendió, precisamente cuando comenzaban ya a experimentar una drástica reducción del gasto social (en educación, sanidad y atención a la infancia). Además de desviar capital de inversión, las fuerzas armadas drenaban recursos humanos y materiales escasos (necesitaban personas para manejar el armamento y para realizar investigaciones científicas con fines militares, y precisaban materias primas como cromo, cobalto, manganeso, acero, uranio y otros materiales por el estilo, a los que se daba así un uso militar en vez de civil). En 1982, Naciones Unidas dejó claro que el mundo tenía ante sí una dura elección entre «proseguir con la carrera de armamentos» o «encaminarse conscientemente y con deliberada rapidez hacia un desarrollo económico y social más estable y equilibrado».[13]

Al desviar sus reservas de divisas hacia la importación de armas, el Estado tercermundista empezó también a desarrollar relaciones más estrechas con la OTAN y el Pacto de Varsovia. Los principales fabricantes y exportadores de armamento estaban en el bloque atlántico o en el soviético, por lo que los Estados del Tercer Mundo inauguraron entonces relaciones especiales con esos productores para obtener un más fácil acceso a estos. En muchos casos, las naciones oscuras tuvieron que sellar acuerdos militares para posibilitar la transferencia de tecnología. Las inevitables reparaciones de material y la necesaria formación e instrucción para su manejo obligaron a que muchos «asesores» de los bloques atlántico y soviético realizaran viajes frecuentes al Tercer Mundo (incluso a Estados que habían proclamado formalmente su condición de No Alineados). En 1973, la Unión Soviética trasladó una resolución a la Asamblea General de las Naciones Unidas para instar a la reducción del gasto militar global en un 10% y para dedicar ese dinero ahorrado a un fondo para el desarrollo social en el Tercer Mundo. Ante los claros indicios de que las potencias atlánticas vetarían la medida, la Asamblea General reformuló la resolución para que se quedara en una mera petición dirigida al secretario general para que estudiara el asunto.[14] Los

gobiernos del mundo fracasaron a la hora de lograr una cooperación eficaz y la medida murió allí donde había nacido. Todo intento de contener el comercio de armamentos o de recortar el enorme incremento del presupuesto militar mundial chocó con el desdén o la incomprensión: la seguridad y la defensa se habían convertido en lo realista, mientras que el desarrollo social pasó a ser algo netamente idealista.

La guerra sinoindia de 1962 trastornó trágicamente la dinámica del movimiento no alineado y, por ende, la plataforma política misma del Tercer Mundo. A partir de entonces, la India —que había asumido un papel de liderazgo de aquel grupo de naciones en la ONU a propósito de temas relacionados con el desarme y la paz— vio su posición gravemente comprometida por su propia política de acumulación de armamento. La política exterior china maniobró por una serpenteante vía que la alejó de Bandung y la aproximó a Estados Unidos y a sus alianzas imposibles con regímenes dictatoriales. Al poco de iniciar esa nueva relación con la superpotencia norteamericana, el gobierno chino pasó a elogiar a la junta militar griega (1972), tomó partido por Pakistán en contra de la liberación de Bangladesh (1971), recibió a Nimeiri en Pekín después de que su dictadura hubiera masacrado a los comunistas de su país (1971), envió ayuda de emergencia al gobierno ceilanés para que este derrotara al insurrecto Partido Lanka Samaja, de tendencia izquierdista, y se aprestó a reconocer el golpe de Pinochet en Chile (llegó incluso a expulsar al embajador chileno en China cuando este se negó a apoyar al gobierno del general golpista). La guerra sinoindia comprometió la credibilidad de India y China.

En 1966, el escritor indio Rahi Masoom Raza publicó su descarada novela *Aadha Gaon* («Medio pueblo»). Ambientada en Gangauli, un pequeña localidad de Bihar a orillas del Ganges, lejos de la región fronteriza, el relato de Raza transporta al lector al periodo en el que la partición del subcontinente supuso la emigración masiva de hindúes hacia la India y de musulmanes hacia Pakistán: 13 millones de personas cruzaron la frontera en un sentido u otro, y un millón fallecieron en los inevitables disturbios y altercados que se produjeron cuando las dos marchas de emigrantes forzados se encontraron (o cuando las fuerzas políticas de la derecha de ambas comunidades iniciaron una masacre alimentada por sus respectivos grupos paramilitares). En la Gangauli de la novela, ubicada en la India profunda, los habitantes musulmanes se niegan a aceptar que tengan que desarraigarse del lugar para emigrar a Pakistán. «Yo no voy a ninguna parte», dice Mighdad, uno de los personajes del libro. «Que se

vayan quienes se avergüencen de sus búfalos. [...] Yo estoy aquí, con mi tierra y mis campos».15 Algunos de los vecinos de Gangauli creen que Pakistán será la nueva denominación que recibirá una parte de su pueblo: las áreas de mayoría musulmana pasarán a llamarse así, piensan, y los musulmanes que no vivan ya allí tendrán que mudarse a ese nuevo Pakistán local. Tannu, hermano de Mighdad, se pelea con un activista político que ha ido allí a convencer a los musulmanes para que se trasladen a «Pakistán». Le acusa de que él y los suyos acabarán «recogiendo el miedo que han sembrado», porque han introducido unas diferencias marcadas allí donde estas no lo eran tanto. «Alá está en todas partes —afirma con valentía—, así que, ¿qué diferencia puede haber entre Gangauli y La Meca?». El político se indigna ante semejante comparación, a lo que Tannu replica: «Gangauli es mi pueblo. La Meca no. Gangauli es mi hogar como la Kaaba es la casa de Alá. [...] Lo que se cimienta sobre el miedo y el odio no puede auspiciar nada bueno».16 Raza escribió esta novela en los años inmediatamente posteriores a la guerra fronteriza sinoindia y mientras la guerra indo-paquistaní de 1965 sacudía el subcontinente. La cosecha de miedo se recogió en la frontera, en forma de las cuantiosas muertes que aquellas guerras ocasionaron, pero también en otro ámbito, en forma de las múltiples distorsiones introducidas en el tejido social de la nación y en el programa económico del Estado.

Caracas

El 14 de julio de 1936, la revista *Ahora* publicó un editorial en primera página titulado «Sembrar el petróleo». El año anterior había fallecido Juan Vicente Gómez, dictador de Venezuela durante mucho tiempo. El futuro parecía abrirse para el país. Arturo Uslar Pietri, conocido en la escena caraqueña por su apreciable novela histórica *Las lanzas coloradas* (1931), fue el autor de aquel clarividente escrito: «Ahora todo Venezuela es petróleo. No petróleo sembrado y transformado en cosechas y fábricas, como podría y debería haber sido, sino petróleo que lo inunda todo y que arrastra casas, plantas y reses de ganado a su paso».[1] El petróleo, la más lucrativa materia prima de las que se encuentran en las naciones oscuras, abría grandes esperanzas. Aquel oro negro podría servir para financiar los sueños de democracia social de poblaciones que llevaban mucho tiempo olvidadas a la sombra del imperialismo. Pero las ingentes ganancias derivadas del petróleo no repercutieron en las masas de la población de los países afortunados: los beneficiarios fueron las compañías petroleras y las oligarquías.

Como si con ello quisieran poner a prueba la tesis de Uslar Pietri, en diciembre de 1936, los trabajadores de los yacimientos de petróleo de Maracaibo se declararon en huelga para pedir mejores jornales, mejor vivienda y paridad salarial entre venezolanos y extranjeros; el régimen hizo frente común con las empresas petroleras en el rechazo de las reivindicaciones, envió a la policía y decretó un mediocre aumento del jornal como concesión. La industria del petróleo generó un cierto proletariado industrial que nunca llegó a ser muy numeroso en un sector intensivo en capital como aquel. Cuando los trabajadores del petróleo presentaban sus reivindicaciones ante los enriquecidos propietarios del negocio, no obtenían de ellos compensación alguna. Los directivos, extranjeros (estadounidenses en su mayoría), reutilizaban una y otra vez los mismos prejuicios que no daban respuesta a las aspiraciones de los trabajadores. El vicepresidente de Venezuelan Gulf, W. T. Wallace, creía que no tenía por qué ocuparse de esos trabajadores porque «la mentalidad autóctona» no podía «ajustarse al método aceptado de vida», y si los trabajadores trataban de hacer de su entorno un lugar más habitable, no era «por un deseo real de ajustarse a las prácticas estadounidenses, sino simplemente para intentar conseguir algo a cambio de nada».[2]

En la década de 1950, la producción petrolera se duplicó, y entre 1948 y 1957, la industria del petróleo proporcionó ingresos al

gobierno por valor de 7.000 millones de dólares. Dicha cantidad superaba el «total de rentas públicas ingresadas por el país desde el inicio de la colonización española».[3] Ese dinero, unido a una enorme suma de capital de inversión extranjero, provocó una riada de activo circulante en el país. Fue a parar, por ejemplo, a un importante *boom* de la construcción en la ciudad de Caracas. Nuevas autopistas pasaron a bordear el valle, rodeando con su trazado barrios de edificios de apartamentos de estilo europeo y enormes galerías comerciales (incluidos los almacenes Sears más rentables del mundo). El dictador Marcos Pérez Jiménez (1952-1958) canalizó los ingresos por petróleo hacia la reconstrucción de la Venezuela urbana. Las clases acomodadas crearon un paraíso en el valle de Caracas mientras los inmigrantes, llegados en masa a la capital, empezaban a instalarse en las laderas de las montañas circundantes. No se trataba de trabajadores del petróleo (pues estos solían vivir en complejos de viviendas de las propias empresas contiguos a los yacimientos, situados al oeste del país): estos inmigrantes llegaban en respuesta a la gran convulsión social que vivía en aquellos momentos Venezuela, causada en gran parte por el rápido crecimiento económico alentado por los beneficios obtenidos con el petróleo. El producto nacional bruto se incrementó en un espectacular 95% y eso animó el sector de la construcción y el de los servicios para la población rica. Entre 1950 y 1965, los años de la expansión petrolera, la proporción de población urbana con respecto a la total aumentó desde el 48 % hasta el 66%. Las huestes de Pérez Jiménez demolieron poblados y asentamientos improvisados y erigieron imponentes *superbloques* públicos de viviendas en su lugar. Tras el derrocamiento de este dictador en 1958, sus sucesores abrieron los barrios a todos los recién llegados para calmar las aspiraciones de los campesinos sin tierra que acudían en alud a las ciudades. Como escribió un estudioso del tema, «tanto se concentró esa tendencia en aquellos momentos que, en la actualidad, hay más barrios que se remontan originalmente a esos primeros 24 meses posteriores a la Revolución que a ningún otro periodo».[4] Los barrios siguieron siendo un semillero de malestar y de agitación cultural. De ellos provendría la energía que movería la revolución, los desórdenes, el trabajo y la reconstrucción.

El petróleo prometía salvación. Los pocos países que contaban con suficientes reservas para el consumo interno y para la exportación adquirieron cantidades significativas de divisas gracias a él. El petróleo daba mucho más poder efectivo que el cacao, el café, la bauxita o el mineral de hierro. Savia vital del capitalismo industrial de la posguerra, el petróleo reportaba pingües beneficios a quienes lo

controlaban. El problema, desde el primer momento, no fue tanto el petróleo en sí como su control. ¿Quién controlaba el petróleo? Cuando, allá por la década de 1850, los inventores descubrieron cómo se podía aprovechar el oro negro, los principales Estados coloniales (incluidos Estados Unidos y la Rusia zarista) se asignaron de inmediato a sí mismos la misión de hacerse con el control de ese gran recurso energético. En 1850, los combustibles fósiles abastecían únicamente el 6% de las necesidades mundiales de energía, mientras que los propios seres humanos y los animales cubrían el resto. Un siglo después, era la energía humana y animal la que había descendido hasta el 6%, mientras que el combustible fósil suponía el resto. En 1950, los principales conglomerados empresariales del sector energético se concentraban ya en siete grandes grupos conocidos como las Siete Hermanas: Exxon (o Esso), Shell, BP, Gulf, Texaco, Mobil y Socal (o Chevron). Aunque el petróleo es un producto lucrativo, en su estado crudo no constituye más que una materia prima inutilizable de forma directa. Además, obtener el crudo del terreno que lo almacena requiere de un inmenso desembolso de capital, tanto para su exploración preliminar como para su extracción. Ese gasto inicial de capital es lo que permite a las Siete Hermanas desplegar su habitual estrategia de palo y zanahoria. En los albores de la explotación de yacimientos petrolíferos, estas empresas acudieron a las tierras ricas en aquel recurso y se procuraron una serie de «concesiones». Y se las procuraron de tal manera que los destinos de esos grandes conglomerados estaban interconectados. Si en una zona Exxon ejercía de actor principal, en otra lo era BP: funcionaban, en definitiva, como un cártel y dominaban así la oferta de petróleo en crudo. Pero no solo controlaban las existencias de petróleo, sino que también llevaban las riendas de su transporte, su refino y la venta de sus diversos derivados. Esas siete compañías controlaban en 1950 el 85 % de la producción de crudo en el mundo (sin contar Canadá, China, la URSS ni Estados Unidos) y actuaban como un cártel de empresas privadas para asegurarse no solo los mejores precios por ese crudo, sino también para tener bien dominado el conjunto del mercado petrolero.

Los regímenes que imperaban en los países petrolíferos podrían haber empleado las rentas abonadas por las compañías petroleras en incrementar el llamado salario social: es decir, en ampliar la educación, la sanidad y el transporte públicos, así como otras vías igualmente importantes para el progreso general de sus pueblos. En vez de eso, las rentas del petróleo fueron a parar a la expansión del consumo de lujo de los sectores administrativo-directivos o de la élite monárquica (dicho de otro modo, la oligarquía en Venezuela o el clan

de los Saud en Arabia Saudí) y a engrasar la maquinaria militar (la guerra petrolera entre Bolivia y Paraguay de 1932-1935 fue un anticipo de la posterior guerra civil nigeriana de 1967-1970). En 1966, por ejemplo, los trabajadores del petróleo de Lagunillas, Venezuela, estaban convencidos de que «por aquí el petróleo nos pasó por encima. Mejor nos habría ido si estas máquinas nunca hubieran venido».[5] Los beneficios obtenidos por el petróleo no se destinaron a desarrollo social y ese fracaso minó la confianza de la propia burguesía local en su propia capacidad. El editorial de Uslar Pietri de 1936 reflejaba esa preocupación y esa indignación: la sensación de que, a pesar del oro y de los ingresos que este reportaba, el gobierno venezolano había sido incapaz de mostrar un mínimo de generosidad con los desfavorecidos.

Solo en 1957, las Siete Hermanas ingresaron 828 millones de dólares en Venezuela (donde el gobierno les permitía, además, repatriar todos sus beneficios sin restricciones). En palabras de un banquero estadounidense, «aquí uno tiene la libertad de hacer lo que quiera con su dinero y, para mí, eso vale más que toda la libertad política que pueda haber en el mundo».[6] Estados Unidos apoyó a la junta militar que tomó el poder en la década de 1940 y que se propuso mantener buenas relaciones con el cártel petrolero antes que aplicar políticas de desarrollo social. En 1950, el Departamento de Estado norteamericano comentó que «todas las políticas de Estados Unidos con respecto a Venezuela están afectadas en mayor o menor grado por el objetivo de asegurar un suministro adecuado de petróleo para EE.UU., sobre todo en tiempo de guerra».[7] Así pues, la riqueza generada por el petróleo no se reinvertía en el desarrollo general del país. La junta dio marcha atrás a las reformas agrarias de la década anterior, vendió las tierras a especuladores privados e hizo que Venezuela se convirtiera en un importador neto de cereales para la alimentación. A comienzos de la década de 1950, Creole Petroleum (una filial de Exxon) realizó un sondeo de opinión que confirmó sus peores temores: la mayoría de los venezolanos estaban a favor de la nacionalización de la industria del petróleo. Hasta la propia junta empezó a tener motivos para preocuparse por el descenso en los precios del crudo, pues en él radicaba su principal fuente de ingresos. De ahí que enviara una delegación a Arabia Saudí y a Irán a sondear la posibilidad de que los principales países petrolíferos alcanzaran un acuerdo sobre precios. La sugerencia, sin embargo, no caló en sus interlocutores. Los saudíes guardaban un cierto rencor a Venezuela por haber apoyado la creación del Estado de Israel.

En 1958, el nuevo gobierno (de signo relativamente progresista)

encabezado por Acción Democrática (AD) expresó su interés por recuperar una mayor participación en los beneficios por el petróleo que hasta entonces absorbían las Siete Hermanas. Venezuela había conseguido incrementar su cuota del mercado petrolero mundial por motivos puramente azarosos. Tiempo atrás, México era uno de los grandes proveedores del petróleo mundial (con un 25% de la producción total). Tras el estallido de la Revolución Mexicana (en 1911), el nuevo régimen de aquel país trató de hacerse con un mayor control de sus ingresos por petróleo. Las dos principales empresas explotadoras de los yacimientos (la estadounidense Standard Oil y la británica Mexican Eagle) recelaban del estruendo nacionalista proveniente de Ciudad de México. En 1934, tras dos décadas de lucha, Lázaro Cárdenas se convertía en presidente del país. Un alto funcionario británico, aun siendo consciente de la orientación política del nuevo máximo mandatario de la nación, reconocía su probidad: «Sus inclinaciones izquierdistas lo han convertido en la pesadilla del capitalismo, pero, todo sea dicho, hay que lamentar que no haya más hombres de su calibre en la vida mexicana».[8] La Gran Depresión, la sobreproducción de petróleo y el poder monopolizador de las Siete Hermanas provocaron una caída de las ganancias en países como México. En 1937, los trabajadores del sector petrolero mexicano amenazaron con ir a la huelga en protesta por sus condiciones laborales y de vida, así como por el descenso de sus salarios. Cárdenas nombró una comisión que estudiara la situación y esta informó que había que mejorar tanto los salarios como las condiciones de trabajo, que había que reemplazar los directivos y los técnicos extranjeros por otros que fueran mexicanos y que las compañías petroleras habían estado tomándole el pelo al país. En 1938, Cárdenas nacionalizó la industria del petróleo.

En represalia, las Siete Hermanas boicotearon la adquisición de petróleo mexicano, lo que hizo tambalearse a la nueva empresa nacional de petróleos mexicanos, PEMEX. El embajador estadounidense, Josephus Daniels, predijo entonces que los mexicanos «se ahogarían en su propio petróleo». Las Siete Hermanas desplazaron su foco principal de actividad de México a Venezuela. Actuando como un cártel, esas siete empresas coludieron las unas con las otras para atacar políticamente a México y, de paso, enviar a los países petrolíferos un mensaje de firme oposición a la nacionalización de los yacimientos, y se trasladaron a otro escenario donde recibieron un trato muy beneficioso para ellas. Gracias a ese nuevo énfasis en Venezuela como suministrador, la producción petrolera del país se incrementó extraordinariamente a partir de 1943; en 1957, el país

sudamericano produjo mil millones de barriles de petróleo.

El régimen de AD reevaluó la posición venezolana: el gobierno se planteó entonces gravar los ingresos por petróleo, por ejemplo. Pero antes de que pudiera avanzar en esa dirección, las Siete Hermanas rebajaron drásticamente el precio del petróleo. Esas siete empresas luchaban contra la competencia de la URSS (que vendía sus excedentes de petróleo en los mercados abiertos mundiales) y contra la entrada de nuevas compañías petroleras no pertenecientes a su cártel (procedentes de Italia y Japón). Las Siete Hermanas tenían que lidiar también con las cuotas fijadas por EE.UU. a la importación de petróleo para estimular la producción nacional. Pero, a pesar de ello, e incluso en un momento en el que el cártel había empezado a perder su dominio absoluto sobre el mercado petrolero mundial, las Siete Hermanas seguían controlando más del 72% de este en 1960. En una demostración de fuerza, el cártel practicó un par de rebajas drásticas del precio del petróleo entre febrero de 1959 y agosto de 1960. Esas empresas estaban facultadas para enjugar las pérdidas por barril que tal medida les generaría compensándolas con un mayor volumen de ventas. Pero la recaudación de los países petrolíferos por los impuestos aplicados a las compañías petroleras (unos gravámenes que estaban basados en el precio por barril anunciado oficialmente) disminuyó de inmediato. La penalidad que tal situación obligó a soportar a los regímenes de los países petrolíferos impulsó a muchos de ellos a reconsiderar la estructura y el funcionamiento de la economía internacional en la que habían tenido que operar hasta entonces.

A finales de la década de 1940, Raúl Prebisch se quejó de los bajos precios cobrados por los productores de materias primas por culpa del control que los cárteles privados ejercían sobre los precios internacionales. Fuera cual fuera el producto o cultivo en cuestión (cacao, azúcar, caucho o petróleo), la estructura del cártel de compradores apenas difería. La Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe y la Organización Afro-Asiática de Cooperación Económica organizaron deliberaciones internas sobre la posibilidad de crear cárteles de productores públicos de materias primas como instrumento de fuerza frente a los cárteles de compradores privados. Su intención era que los cárteles públicos lograran una estabilización de los precios que beneficiara a los productores de materias primas. El descenso de precios de esas materias prolongado en el tiempo significaba que el Tercer Mundo no sería nunca capaz de obtener suficientes ingresos de la venta de esos productos para conseguir un desarrollo social y un crecimiento industrial significativos. Muchos de los Estados nacidos de la

descolonización tenían un problema: habían sido tallados a medida como productores de un único producto básico, o su evolución reciente los había llevado a convertirse en países de monocultivo. Su nula diversificación económica hacía que esos Estados dispusieran además de menos poder que el cártel empresarial privado que adquiría su producto. Tenían un solo cultivo o producto básico y, a menos que los demás países productores hicieran causa común, estaban obligados a aceptar los términos que el cártel empresarial privado les propusiera. No podía haber negociación, de modo que los precios se mantenían abismalmente bajos.

Dado el reducido nivel de capital disponible en las naciones oscuras, sus diversos regímenes trataron de reforzar el único proceso económico que se había perfeccionado ya en aquellas tierras: el del cultivo colonial. Los regímenes del Tercer Mundo confiaron extraordinariamente en el monocultivo colonial. Tampoco disponían apenas de capital para refinar y procesar el producto de ese cultivo a fin de crear algún valor añadido antes de su exportación. Eso significaba, por decirlo de otro modo, que la materia prima en cuestión era transportada a través de los viejos ferrocarriles y puertos coloniales en su forma menos transformada posible y dejaba unos rendimientos económicos muy mediocres en la excolonia. La dependencia de un monocultivo o de una sola materia prima extraíble (o de dos cultivos y/o productos de minería) obligaba al Estado surgido de la liberación nacional a no buscar una confrontación excesiva con los únicos que podían comprar la mercancía (o las mercancías) en cuestión y hacerla llegar a los lucrativos mercados del Primer Mundo. Como dijo el egipcio Nasser, «los árabes saben que su petróleo ha de llegar al cliente para que tenga algún valor».[9] Por último, el bajo nivel de capital disponible en el arsenal de las naciones oscuras hacía que ofrecieran unos términos muy «razonables» a los conglomerados transnacionales que operaban desde el cártel privado y que contaban con los fondos necesarios para prospectar, excavar, cultivar o transportar. Las concesiones otorgadas a esos conglomerados conllevaban habitualmente una pérdida del control nacional sobre la producción; los gobiernos solo podían restringir a aquellos gigantes otorgando o retirando licencias, incrementando los impuestos e imponiéndoles algún que otro inconveniente menor de ese estilo. La soberanía nacional sobre los recursos y la mano de obra del propio país había sido hipotecada hacía ya tiempo a cambio de la infusión de ese capital tan necesario en el ruinoso paisaje de las excolonias.

En 1980, la mitad (por lo menos) de los 115 «países en vías de

desarrollo», según la UNCTAD, continuaban siendo dependientes de un solo producto básico que cubría más del 50% de sus ingresos por exportaciones. La mayoría de esos países dependían concretamente de las exportaciones de petróleo.

El producto básico más común de la siguiente lista es el petróleo, aunque en la década de 1950 muchas de esas naciones no producían aún crudo al ritmo al que lo harían en la de 1980. Por lo tanto, cuando las Siete Hermanas jugaron con los precios a finales de los cincuenta, los regímenes de los países petrolíferos reaccionaron, como no podía ser de otro modo. Su medio principal de sustento peligraba si no emprendían alguna medida para hacer frente a las Siete Hermanas.

En abril de 1959, el Egipto de Nasser y la Liga Árabe organizaron el Primer Congreso Árabe del Petróleo, un encuentro al que acudieron representantes de todas las naciones árabes (excepto Irak, cuyo líder, Qasim, mantenía ciertas desavenencias con Nasser), además de Venezuela e Irán. Coincidiendo con aquel congreso, las Siete Hermanas redujeron el precio oficial del petróleo de Oriente Próximo y Medio. El representante de Venezuela, Juan Pablo Pérez Alfonzo, era un veterano político de AD que había dejado su impronta política en 1943 durante el debate mantenido en Venezuela a propósito de las concesiones petroleras que se habían otorgado a las Siete Hermanas. Aunque, en las negociaciones, el gobierno arrancó de esas empresas el derecho a gravar los beneficios económicos obtenidos por el petróleo, en la práctica, accedió a prolongar cuarenta años más el dominio de ese cártel. Pérez Alfonzo y sus correligionarios de AD entendían que aquella Ley de Hidrocarburos suponía una capitulación. En 1958, Pérez Alfonzo se integró en el gobierno de AD como ministro de Minas e Hidrocarburos. Él fue quien encabezó la carga contra las Siete Hermanas, conquistó para el Estado el 60% de los ingresos por petróleo obtenidos en el país e instauró la idea de que Venezuela gozaba de soberanía absoluta sobre su subsuelo, por lo que el conjunto de la industria del petróleo era una empresa y un servicio públicos. En Caracas, justo antes de emprender viaje hacia El Cairo, Pérez Alfonzo declaró: «Los productores debemos esforzarnos por encontrar formas de colaboración para impedir la fijación arbitraria de precios».[10] Pérez Alfonzo, quien se negaba a desplazarse en coche o a usar luz eléctrica por la noche, tenía una concepción mística de las reservas petrolíferas de Venezuela: el petróleo, dotado de un valor intrínseco, le había sido dado al pueblo para la posteridad y, por lo tanto, era deber de los custodios del Estado el garantizar la longevidad de semejante recurso. Sus actitudes y prácticas personales con respecto al petróleo no obedecían tanto a motivos ecológicos como nacionalistas. No había

que guardar esas reservas por ellas mismas: había que guardarlas para el futuro. Siguiendo tan idiosincrásica argumentación y dado que era un seguidor acérrimo de la teoría de los cárteles de productores públicos propugnada por Prebisch, Pérez Alfonzo intentó aprovechar al máximo la ventaja momentánea que las Siete Hermanas habían conferido a Venezuela por aquellos años.

Más del [illegible] %								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
[illegible]								
Yemen (petróleo)								

Fuente: UNCTAD, *Handbook of International Trade and Development Statistics*, Ginebra, Naciones Unidas, 1984, tabla 4.3D.

En El Cairo, las potencias reunidas no lograron ningún avance espectacular hacia el control efectivo de precios porque se limitaron simplemente a suscribir un acuerdo verbal para defender el precio del petróleo. Franck Hendryk, asesor legal del gobierno saudí, presentó una ponencia en el congreso en la que argumentó que «una nación productora de petróleo, según la ley de las naciones civilizadas, puede evidentemente —mediante el proceso legal apropiado— modificar o eliminar disposiciones de una concesión petrolera en vigor que se hayan vuelto sustancialmente contrarias al interés de sus ciudadanos».[11] Tan incendiaria declaración dejó atónitos a los delegados, especialmente, porque venía refrendada por el ministro saudí del Petróleo, Abdulá al Tariqi. Adepto de Nasser, Tariqi era un plebeyo que había estudiado ingeniería en Estados Unidos y que luego había regresado a Arabia Saudí. Tariqi aprovechó la oportunidad que le brindaron los elementos más radicales de la familia real saudí (los conocidos como «Príncipes Libres») y elaboró un programa de objetivos progresista para el aprovechamiento de los rendimientos económicos del petróleo del país. Sus críticas contra el control económico y político ejercido por la Arab-American Oil Company (Aramco) molestaron a esta, y sus declaraciones sobre la necesidad de instaurar un mayor grado de democracia en la península actuaron

como un elemento de presión sobre la monarquía («pronto tendremos una constitución —dijo en abril de 1958— y este país será en breve una monarquía constitucional»). No en vano se le conocía como el «Jeque Rojo».[12]

El Jeque Rojo se reunió en secreto con Pérez Alfonzo para redactar un acuerdo paralelo a la conferencia que sería conocido posteriormente como el Pacto de Maadi. Aunque este no contenía ninguna resolución vinculante, sí establecía la creación de la Comisión Consultiva del Petróleo, comprometida a celebrar reuniones cada año y a impulsar un plan de cinco puntos: estabilizar los precios, integrar las operaciones del sector para que las empresas petroleras no formaran cárteles en sus tratos con los países petrolíferos, iniciar el refino del petróleo en las propias naciones oscuras, fundar empresas petroleras nacionales «que funcionaran codo con codo con las compañías privadas ya existentes» y coordinar «la conservación, la producción y el aprovechamiento del petróleo».[13] Aquellos dos hombres no sellaron ningún acuerdo formal, pero, aun así, forjaron la base de lo que se convertiría en el cártel de los productores de petróleo.

Exxon azuzó aún más las iras de los nacionalistas con una nueva reducción de precios (esta vez, un 7% con respecto al precio anunciado anterior). Cuando los países productores se reunieron en Bagdad en septiembre de 1960, un mes después del descenso, lo hicieron ya con un objetivo en mente: formar un cártel de productores públicos de petróleo. Tras una semana de deliberaciones, el grupo fundó la OPEP. Los cinco miembros fundacionales controlaban nominalmente (o, como mínimo, producían) el 82% de las exportaciones mundiales de crudo: Venezuela (30%), Kuwait (18%), Arabia Saudí (14%), Irak (10%) e Irán (10%). En su declaración inaugural, Pérez Alonzo recordó a los delegados asistentes que el petróleo es «un recurso agotable y no renovable», que «las reservas mundiales de crudo no van a seguir aumentando indefinidamente» y que, por consiguiente, «nuestros pueblos no pueden dejar fluir, a ritmo acelerado, la única posibilidad que tienen de pasar sin más demora de la pobreza al bienestar, de la ignorancia a la cultura, de la inestabilidad y el miedo a la seguridad y la confianza».[14] La exportación de la única materia prima lucrativa de esas tierras tenía que servir de base para el desarrollo; si los dirigentes de dichas naciones malgastaban semejante oportunidad, esta se habría perdido para siempre. Pérez Alfonzo confió así a los delegados un imponente encargo. Es muy probable que los representantes nasseristas presentes en la sala ya hubieran leído algo turbadoramente similar en *Filosofía*

de la revolución (1954), obra del mismísimo presidente egipcio, en la que este situaba el petróleo como uno de los tres pilares del socialismo árabe: la riqueza de él derivada ayudaría a hacer realidad la nación árabe. El petróleo, según Nasser, era el «nervio vital de la civilización, sin el cual ninguno de los medios de esta puede existir».15 Si la mano que abriera y cerrara la espita fuera la de los productores de petróleo, Exxon no tendría la capacidad de impulsar los precios a la baja y echar a perder de ese modo el que debía ser el pago inicial por la liberación de las naciones os curas.

De la elevada y majestuosa retórica en la que estuvo envuelta la reunión de Bagdad salió una agenda de actuaciones bastante exigua para el nuevo cártel. La primera resolución de la organización vilipendiaba a las Siete Hermanas por su dominio del sector y emplazaba a los miembros de la OPEP a «exigir que las empresas petroleras mantengan sus precios constantes y exentos de toda fluctuación innecesaria».16 Y la OPEP consiguió, como mínimo, impedir una reducción del precio del petróleo. Los países exportadores racionalizaron sus normativas fiscales y eliminaron de ellas todas las incoherencias a propósito de si las regalías (las rentas o el alquiler) cobradas a las empresas privadas debían considerarse contadas ya entre los impuestos sobre los beneficios, o si ese alquiler de explotación debía constituir un pago directo aparte. Las Siete Hermanas se negaron a permitir que ese alquiler fuera una carga adicional para ellas, pues querían que fuera entendido como un coste y no como un crédito: es decir, que supusiera un pago por adelantado que hubiera que deducir del importe final del impuesto. La OPEP cedió ante las Siete Hermanas en ese crucial punto, aunque este volvería a retomarse reiteradas veces en sucesivos foros de la organización (generalmente, planteado por los elementos más radicales de la propia OPEP). Pero, con independencia de las limitaciones inmediatas de la OPEP, lo cierto es que, a partir de entonces, las Siete Hermanas y los países importadores de petróleo tuvieron que reconocer la posición de aquella en las conversaciones sobre precios (y, por lo tanto, sobre totales de producción). Pérez Alfonzo salió muy animado de Bagdad y declaró: «El espíritu que ha inspirado y guiado nuestras conversaciones es más importante que los resultados alcanzados».17 Los principales diarios económicos del mundo ignoraron la fundación de la OPEP y la trataron como una más de aquellas interminables conferencias de los países del Tercer Mundo que no tendría valor alguno a largo plazo.

Pero la OPEP (la materialización de la idea de que las naciones oscuras podían crear un cártel destinado a garantizar un precio digno

para sus preciados productos) fue una osadía que causó un gran impacto en el Tercer Mundo. Varios foros políticos tercermundistas trataron a partir de entonces de impulsar una agenda similar a la de la OPEP con la finalidad de crear diversos cárteles públicos para materias primas (hasta entonces) baratas que se compraban y se vendían en un mercado construido por los cárteles transnacionales privados que tenían la mayoría de sus sedes en el Primer Mundo (o que, en el caso de la Europa del este, se regía por precios fijados por los miembros del Consejo de Ayuda Económica Mutua, el Comecon). En el encuentro del NOAL celebrado en Belgrado (1961), ese fue uno de los temas de debate planteados, y en los pasillos y las salas de reuniones de la UNCTAD (a partir de 1964), diversos economistas y políticos redactaron y volvieron a redactar declaraciones y acuerdos sobre Programas Integrados de Productos Básicos. El problema estribaba en cómo crear un cártel para un producto cuando este no era tan evidentemente «precioso» como el petróleo. Prebisch trabajaba desde la UNCTAD con la mente puesta en el cacao, por ejemplo, y otros grupos y actores crearon plataformas como el Consejo Intergubernamental de Países Exportadores de Cobre y la Asociación Internacional de la Bauxita. Ninguna de esas organizaciones tuvo jamás la repercusión alcanzada por la OPEP: todas fallaron en cuanto al mecanismo con el que garantizar unos precios y una oferta estables. La UNCTAD carecía de los fondos precisos para comprar y acumular cantidades suficientes de la mercancía o el producto en cuestión con las que generar unas reservas de este que permitieran regular su precio y asegurar un mínimo de estabilidad. Gran decepción causó, en este sentido, la incapacidad de las naciones de la OPEP para usar sus enormes ingresos por la exportación de petróleo para la creación de un fondo de esas características que contribuyera a estabilizar los precios de otros productos básicos.[18] Las potencias de la OPEP no solo se negaron a realizar aportaciones a un fondo global para la estabilización de los precios de las materias primas, sino que acumularon además un historial muy pobre en cuanto a sus contribuciones en forma de ayuda a sus vecinos y al Tercer Mundo en general (solo un 6% de sus pingües beneficios).[19] Pese a sus orígenes políticos, la OPEP acabó convirtiéndose en un cártel económico que luchaba por defender los precios del petróleo y que apenas hacía nada más. No hay duda de que la organización tuvo una influencia enorme en el aumento del precio del barril de crudo cuando este pasó de 3 dólares en 1973 a 36 en 1981, pero, por ejemplo, en la cumbre de Viena de 1999, las decisiones importantes se habían tomado ya mucho antes de que las potencias cumplieran con la formalidad de reunirse

durante tres horas para ratificar sin más tales resoluciones previas. La OPEP es hoy una institución huera, un coloso a nivel meramente nominal.

A pesar del amago de la OPEP contra el orden mundial internacional, los países exportadores de petróleo se mantuvieron en una situación de impotencia relativa debido, principalmente, a que no destronaron en ningún momento a las Siete Hermanas. De hecho, la colaboración entre estas grandes empresas petroleras y la OPEP aplastó el crecimiento de otras compañías del sector en el mercado mundial (como el ENI —el Ente Nacional de Hidrocarburos italiano— dirigido por el combativo Enrico Mattei, y el ministerio estatal ruso del Petróleo, el Minnefteprom, así como otras empresas familiares estadounidenses, como Getty y Hunt). Estas entidades podrían haber ayudado a resquebrajar el control asfixiante de las Siete Hermanas sobre el mercado. El cártel público del petróleo cooperó con el cártel privado para cerrar el mercado. Las Siete Hermanas se beneficiaron de la OPEP en la misma medida en la que se esforzaron por socavar sus cimientos. Por ejemplo, iniciaron prospecciones (en busca de otras fuentes de petróleo) en lugares como el norte de África y frente a las costas del Atlántico para aumentar la oferta y reducir el poder de negociación de la OPEP. Siempre que se presentaba la ocasión, las Siete Hermanas negociaban por separado con países concretos y les ofrecían tratos favorables para que eludieran los techos de precios fijados por la OPEP. El expresidente estadounidense Eisenhower lo tenía muy claro: «A los países de Oriente Medio y Próximo de la nueva organización les preocupaba que cualquiera pudiera disgregar la organización desde fuera ofreciendo cinco centavos más por barril por el petróleo de uno solo de los países miembros».[20] Eso fue algo que sucedió en numerosas ocasiones durante los primeros tiempos de la OPEP.

Una de las políticas seguidas por las naciones del Tercer Mundo con respecto a los cárteles de empresas concesionarias como el de las Siete Hermanas fue la consistente en nacionalizar la propiedad de los yacimientos petrolíferos, las plantaciones o, incluso, las refinerías: todas las instalaciones productivas físicas de la industria o el sector en cuestión que habían sido arrendadas al Estado o que habían sido cultivadas o explotadas bajo la autoridad del Estado. La nacionalización de esos activos trastocó un poco el poder de las Siete Hermanas y de otros cárteles privados, pero no derribó su apabullante poder a escala planetaria. En realidad, las inmensas presiones políticas sobre los gobiernos de los países petrolíferos para que nacionalizaran los activos productivos habían hecho inevitable dicha medida, por lo

que en al menos dos casos (los de Arabia Saudí y Kuwait), las Siete Hermanas se adelantaron a ella y optaron por renunciar «voluntariamente» a la propiedad de los yacimientos. La nacionalización de estos trasladó el centro de gravedad del poder local, que pasó del cártel a la burguesía nacional que controlaba o tenía poder sustancial sobre el Estado administrativo gerencial. Así, por ejemplo, cuando Venezuela decidió actuar contra las Siete Hermanas en la década de 1960, un analista describió la transferencia de poder del modo siguiente: «Se instalaron todo un aparato planificador y una serie de complejos estatales de industria pesada (una acerería y una planta de aluminio en la provincia de Guayana; complejos petroquímicos en el noroeste). Ambas cosas sirvieron para ampliar y fortalecer aún más la posición de los funcionarios estatales como fuerza social independiente. Pero eso no les otorgó el control del proceso de desarrollo económico en su conjunto».[21] El Estado venezolano y la burguesía del país se hicieron cargo de la extracción del petróleo, pero no controlaron el proceso. Tuvieron que seguir cooperando con las Siete Hermanas, que continuaron ejerciendo una enorme presión sobre la industria petrolera en general. En definitiva, la nacionalización de los activos económicos expropiados a empresas transnacionales reprodujo en este terreno los problemas genéricos de la independencia política con respecto al colonialismo; fue un avance, pero creó una falsa ilusión de libertad. Las Siete Hermanas transfirieron al Estado las responsabilidades y las cargas de la extracción, pero siguieron disfrutando de los jugosos frutos de la industria. Además, ese recién instaurado poder del Estado sobre los yacimientos, unida a su nueva capacidad para negociar precios e impuestos con las Siete Hermanas, lo llevaron a negociar en dos frentes distintos del ciclo de la producción y venta de un producto básico: con los trabajadores del petróleo en busca de unos salarios más bajos, y con las Siete Hermanas tratando de obtener precios más elevados. Incrementar las entradas por exportaciones y, con ello, las arcas del Estado no presagiaba necesariamente la aplicación posterior de una estrategia dirigida a la generación de equidad.

Pero si los cárteles públicos y la estrategia de la nacionalización de activos no siempre beneficiaron a la clase obrera tropical, desde luego tampoco beneficiaron a los países que no disponían de acceso a los productos primarios de precio más elevado. Cuando la OPEP logró mantener su precio fijado para el petróleo, las naciones oscuras que no tenían petróleo se vieron obligadas a pagar una factura muy superior por la única fuente de energía que había pasado a resultar indispensable para el capitalismo contemporáneo. Aunque algunos

miembros más radicales de la OPEP, como Libia a principios de la década de 1970, pidieron la aplicación de tablas diferenciales de precios para las diversas naciones del mundo, la perspectiva estrictamente económica seguida finalmente por la OPEP excluyó toda posibilidad de un compromiso político de ese estilo. La única ocasión en la que la OPEP se entretuvo abiertamente en una batalla política fue con motivo de la defensa de Palestina, pero ni siquiera en ese caso se pudo contar con una unidad árabe que fuera ciertamente inquebrantable. En general, los cárteles de productores de productos básicos no siempre ayudaron al Tercer Mundo en detrimento de los Estados industriales avanzados. Es habitual, por ejemplo, que estos últimos dominen la producción de ciertos bienes primarios (como los productos agrícolas cultivados por megacorporaciones empresariales en explotaciones y granjas industriales), y también lo es que los primeros produzcan manufacturas. Los precios del petróleo elevados perjudican a los Estados del Tercer Mundo que no cuentan con reservas petrolíferas propias, pues todo cártel tiende a ayudar únicamente a aquellos cuyo producto o mercancía protege y no a los demás. Así, si bien el cártel, como método de actuación, envalentonó sin duda a muchos de esos Estados, no vino acompañado de una estrategia política general que permitiera generar y acumular poder en el conjunto del Tercer Mundo.

La muestra más audaz de unidad emanada de la OPEP se produjo durante el embargo de 1973. La derrota infligida por Israel a los ejércitos árabes en 1967 reforzó una especie de unidad árabe atrofiada, al tiempo que el sah de Irán se daba a una política de incremento y modernización obsesivos de sus fuerzas militares y policiales financiados con sus ingresos por petróleo. El gobierno venezolano (que por entonces dominaban los conservadores) llevaba tiempo ansiando un aumento de los ingresos para mantener su endeble control sobre una sociedad cada vez más empobrecida. El ejemplo para aquella subida de precios del petróleo lo sentó Libia en 1970. El nuevo Consejo de Mando Revolucionario dirigido por Gadafi incrementó el precio del crudo libio (muy ventajoso para su país por su abundancia, su proximidad a Europa, su superior calidad y su control en manos del Estado). Gadafi declaró entonces que «unas personas que han vivido 5.000 años sin petróleo bien podrán vivir sin él muchas décadas más con tal de conseguir sus derechos legítimos». Ni las potencias atlánticas ni las Siete Hermanas pudieron hacer frente a aquel desafío del líder libio y cedieron anunciando un aumento «voluntario» del precio.

Cuando la OPEP incrementó el precio del petróleo en octubre de

1973, supuestamente como arma política en la guerra del Yom Kipur, no lo hizo desafiando al capitalismo. De hecho, a pesar de la retórica confrontacional de Gadafi y otras figuras destacadas, el anclaje saudí de la OPEP reportó ventajas para el gobierno estadounidense en una especie de demostración intraimperialista de fuerza. En 1971, cuando el presidente Nixon desvinculó el dólar del patrón oro, la administración norteamericana anduvo dándole vueltas a diversas estrategias con las que continuar ejerciendo poder sobre la economía mundial. Una de ellas consistía precisamente en el aumento del precio del petróleo, pues, según la deducción de los expertos de la administración Nixon, esa medida redundaría en dos situaciones beneficiosas para Estados Unidos: haría que sus dos principales competidores (Europa occidental y Japón) pasaran inmensos aprietos, y generaría ganancias para los países petrolíferos que, con toda seguridad, acabarían siendo recicladas en instituciones financieras estadounidenses, pues, cuando menos, los Estados del golfo Pérsico carecían de una capacidad productiva adecuada para absorber esos nuevos petrodólares. La eliminación de los controles sobre los capitales en la economía estadounidense a partir de 1974 facilitó aún más el reciclaje de esos petrobeneficios (por entonces denominados casi exclusivamente en dólares) y, por consiguiente, favoreció la potenciación global del dólar estadounidense como instrumento monetario «fuerte». Como los Estados petrolíferos mantenían sus reservas de moneda fuerte en dólares, se sentían permanentemente obligados a contribuir a la estabilización de la economía de Estados Unidos (y a contrarrestar cualquier posible depreciación del dólar, lo que, a su vez, repercutiría en la desindustrialización del gigante norteamericano). La apreciación de 1973 mejoró sin duda la posición de los países petrolíferos de manera momentánea, pero, a largo plazo, benefició al gobierno estadounidense y a las grandes empresas transnacionales que realizaban sus transacciones de negocio en dólares. Pese a las buenas intenciones iniciales del cártel público, pues, este no supuso necesariamente ninguna inconveniencia ni desafío serio a la estructura del imperialismo.

En 1974, cuando aún no se había disipado la impresión producida por el embargo petrolero de la OPEP, la Asamblea General de la ONU adoptó un curioso documento: el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). La declaración del NOEI había estado fraguándose en el seno de diversos organismos del Tercer Mundo (principalmente, la UNCTAD) desde hacía al menos una década, y en su cumbre de Argel de 1973, el mismísimo NOAL la propugnó. Inspirándose en los puntos más lúcidos de la teoría de la dependencia,

el Movimiento de Países No Alineados argumentó en aquella reunión que, a pesar de la Década de las Naciones Unidas para el Desarrollo que por entonces concluía, el orden internacional de aquel momento no solo había fracasado a la hora de promover el desarrollo de las naciones oscuras, sino que había contribuido al subdesarrollo de estas.

El NOEI fue el resultado de la presencia de la OPEP y del bloqueo sufrido por la UNCTAD. Casualmente, el presidente argelino Boumédienne, que presidió el NOAL en 1973, era también el máximo mandatario de un país miembro de la OPEP. Así que aportó la experiencia adquirida en el segundo de esos campos para incidir en la creación de una política económica para el primero. El NOEI incluía una serie de puntos concretos de debate, pero el Tercer Mundo no logró implicación alguna de los Estados industriales avanzados para su discusión. En 1974, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó la «Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados», que se inspiraba en el NOEI en puntos como la nacionalización de activos extranjeros (artículo 2), la formación de cárteles de productores de materias primas (artículos 3 y 5), la creación de «acuerdos multilaterales sobre productos básicos» (artículo 6) y la instauración de un sistema destinado a «promover relaciones de intercambio justas y equitativas» (artículo 28). La mayoría de los artículos ponían especial énfasis en la necesidad de que no se penalizara a ningún Estado por el sistema económico escogido por este, en el carácter jurídicamente igualitario de todos los Estados y en la prohibición de que un gobierno nacional usara el poder económico contra los intereses del pueblo de otro país. En esa carta (aún vigente) reposan las mejores razones que llamaban desde un principio a la creación de una organización como la OPEP.

Los Estados industriales avanzados rechazaron de raíz el enfoque del NOEI y lo combatieron por todos los medios necesarios, incluido el desprecio abierto. En la conferencia de la UNCTAD celebrada en Nairobi en 1976, el secretario de Estado Kissinger se mostró así de contundente: «Estados Unidos puede sobrevivir mejor que casi ninguna otra nación un periodo de guerra económica. Podemos resistir la confrontación y los ataques retóricos si otras naciones optan por seguir esa vía. Y podemos ignorar las exigencias poco realistas y las perentorias».[22]

Por las mismas fechas en que Kissinger pronunciaba estas palabras (un verdadero guante arrojado en forma de reto desde las naciones industriales avanzadas y desde Estados Unidos en particular), un anciano que años atrás había ayudado a crear la OPEP escribía una carta triste a su familia. Tras lamentar que la muerte se estuviera

cerniendo sobre él en su casa de Caracas, Pérez Alfonzo redactaba esta elegía por la OPEP y por la idea de los cárteles de productores de productos básicos en general. Para él, el petróleo era el excremento del diablo. «Ante todo soy ecologista. Siempre he sido un ecologista antes de nada. Ahora ya no me interesa el petróleo. Vivo para mis flores. La OPEP, como grupo ecologista, ha desaparecido por completo. Aún creo que la OPEP es un buen instrumento del Tercer Mundo. El problema es que no ha sido usado de la forma correcta».[23] Falleció dos años después.

Arusha

En 1967, el presidente tanzano Julius Nyerere dejó caer un auténtico anuncio bomba en una anodina localidad conocida como puerta de entrada al fenómeno natural más espectacular del África oriental. Fundada en 1900 como plaza fuerte, Arusha está enclavada en la base del monte Meru con vistas al Kilimanjaro y a la llanura del Serengeti. En semejante emplazamiento, con motivo de la reunión del comité ejecutivo de su Unión Nacional Africana de Tanganica (TANU), Nyerere desveló la que se conocería como Declaración de Arusha. La línea inicial de la declaración, «la política que persigue la TANU consiste en la creación de un Estado socialista», incomodó a los propietarios y administradores británicos y tanzanos de la mayoría de los recursos del país (incluidas las minas y las tierras). Ese anuncio de instauración del socialismo vino acompañado del reconocimiento de que la construcción de semejante régimen no sería fácil en un Estado recientemente descolonizado. Los regímenes coloniales alemán y británico no solo habían desvalijado la economía del este de África, sino que también habían dejado tras de sí un aparato estatal diseñado para explotar a la población y no para liberarla. Las instituciones del Estado y de la administración pública se habían originado en una cultura de jerarquía imperial, un valor muy alejado del igualitarismo de la liberación nacional (tal como ilustraban la Declaración de Arusha de la TANU y su *Mwongozo*, o Código de los Dirigentes, de 1971). Constreñido por las presiones procedentes tanto de los Estados industriales avanzados como de las clases aristocráticas rurales y las clases mercantiles emergentes, el nuevo Estado disponía de poco tiempo. Las cosas tenían que cambiar a toda prisa. Pero el socialismo precisa imaginación y tiempo. No es algo que se pueda improvisar a la carrera. El intento de crear el socialismo apresuradamente sin haber reunido el apoyo de las masas ni haber construido instituciones que pudieran canalizar tal apoyo abocó a muchos Estados tercermundistas al desastre.

La Declaración de Arusha ratificó dos principios tan inseparables como la libertad y la igualdad, o lo que es lo mismo, los derechos individuales y el bienestar colectivo. El Estado tenía el deber de eliminar la pobreza, la ignorancia y la enfermedad. Eso era irrefutable. Pero ¿cómo debía enfocar el Estado ese proceso de eliminación? ¿Cuál es la forma organizativa propicia para la transformación de la sociedad? ¿Debía consistir únicamente en un Estado centralizado o tenía que cultivar también instituciones democráticas (posiblemente

locales) que aprovecharan la energía, el ingenio y el entusiasmo de una población recién liberada? La población de Tanzania residía principalmente en las zonas rurales y dependía de la agricultura. Cualquier cambio institucional tendría que abordar ese sector económico y su papel en la sociedad... y en el mundo. Tras múltiples intentos y tropiezos, el régimen de Nyerere acabó adoptando la idea del pueblo o aldea socialista (*ujamaa vijini*) como forma organizativa principal para el cambio rural. Pero el régimen admitía también que la reforma agraria era insuficiente. El régimen de la liberación nacional tenía que resolver algunas de las reivindicaciones más importantes de la población si no quería agotar su capital político de inmediato. En Tanzania, la producción en el sector de la agricultura de subsistencia era solamente del 2% (cuando el crecimiento demográfico anual total era del 3 %). Aunque el país hacía gala de un elevado índice de incremento de la producción de alimentos, la TANU heredó una situación crítica. La agricultura, en un mundo industrializado, no podía abarcar por sí sola todas las aspiraciones y necesidades de la población. Los términos de intercambio vigentes en el comercio internacional mostraban un claro sesgo desfavorable a los productos agrícolas. Como la Tanzania rural (al igual que el resto de áreas rurales del mundo) precisaba productos industriales, sus habitantes partían con desventaja. Tanzania necesitaba desarrollar un sector industrial para producir bienes de capital (maquinaria, por ejemplo) y para refinar y procesar las materias primas agrícolas (y de la minería). Las reformas agrarias tenían que llevarse a cabo, pues, en el contexto de una reforma económica amplia.

Eso era mucho pedir para cualquier sociedad, cuanto más para una maltratada por el dominio colonial. Semejantes cambios requerían tanto voluntad política como capital para inversiones. La mayoría de regímenes surgidos de la liberación nacional reconocían los peligros de la ayuda procedente del exterior y de los préstamos comerciales expedidos por bancos de los Estados industriales avanzados. Ese dinero tendía a atrapar a la economía poscolonial en una relación de dependencia con las instituciones del Primer Mundo (la ayuda soviética era limitada en comparación con la que había disponible en Europa y Estados Unidos). «Cargar al pueblo con grandes empréstitos —señalaba la Declaración de Arusha— cuyo pago esté luego fuera de nuestras posibilidades no es ayudarlo, sino infligirle un sufrimiento. Es aún peor cuando los préstamos que se le pide que devuelva no han beneficiado a la mayoría de la población, sino solamente a una reducida minoría».[1] En vez de recurrir a la ayuda externa o a los préstamos comerciales, los Estados de la liberación nacional aplicaron

un método de desarrollo sustentado sobre tres pilares: la nacionalización de los sectores estratégicos y de control de la economía (finanzas, infraestructuras, energía, extracción de materias primas cruciales y producción de bienes de capital), el desarrollo del sector agrario y el fomento de la industrialización. Con ese plan, esperaban que el capital necesario para la industrialización saliera de la nacionalización del sector financiero y del incremento del excedente agrícola. La nacionalización retiró las decisiones financieras del ámbito de las grandes compañías transnacionales y las depositó en manos del Estado, lo que detuvo la hemorragia de capitales. Cualesquiera fondos que se pudieran reunir de ese modo contribuirían a superar el principal reto que se le presentaba a Tanzania: impulsar la economía rural generando al mismo tiempo igualdad en el campo tanzano. Dado el escaso margen temporal del que disponía para confeccionar una reforma agraria y un modelo de crecimiento industrial, el Estado surgido de la liberación nacional se aprestó a actuar. En la Declaración de Arusha, Nyerere arremetió contra la lógica según la cual primero había que construir el capitalismo y, luego, el socialismo, pues creando el primero se producía riqueza social, pero también se aplastaba la dinámica política misma de la liberación nacional que había brindado la oportunidad de dicha transformación social. «El error que estamos cometiendo —escribió— es pensar que el desarrollo empieza con la industria. Y es un error porque no disponemos de medios para instalar muchas y numerosas industrias modernas en nuestro país».[2] Primero, el cambio agrícola y, luego, el crecimiento industrial.

La agenda programática tercermundista de gobiernos como los de la India o Egipto no era tanto socialista como «bienestarista». En esos países, el Estado centralizó y nacionalizó los sectores estratégicos de la economía para asegurarse de que sus clases dominantes adquirieran cierto poder adquisitivo en una economía internacional compleja (que, en cualquier caso, les desfavorecía). A esos Estados les preocupaba el bienestar de sus ciudadanos, como veremos más adelante, pero en ningún momento se comprometieron a crear una sociedad igualitaria. La Tanzania gobernada por la TANU de Nyerere sí intentó algo más que el «bienestarismo» de India o Egipto. La Declaración de Arusha estaba inspirada en los experimentos socialistas: en ella se insistía en que el Estado debía fomentar la equidad entre la población, una equidad fraguada en el nivel de la producción y no solo en el del consumo.

No obstante, el principal problema del proyecto Arusha-TANU radicaba no tanto en sus objetivos como en su implementación. Como

la mayoría de nacionalismos del Tercer Mundo, el proyecto Arusha-TANU fracasó porque no supo diferenciar a unos sectores de su población de otros. Puesto que el grueso de los habitantes de Tanzania vivían en zonas rurales, la declaración llamaba al Estado a «prestar atención al campesino». Las políticas así creadas iban dirigidas, pues, al campesinado sin tierra y, dentro de ese amplio sector, a las mujeres y al papel especial de estas en la producción y la reproducción agrícola. Lo que los impulsores de la estrategia Arusha-TANU no supieron precisar fue el modo concreto en que el mecanismo de aplicación de dichas políticas aprovecharía las energías de los campesinos sin tierra (y, en especial, las de las mujeres). En vez de eso, el Estado se limitó a hablar del pueblo en general, aunque distinguiéndose de él al mismo tiempo. La TANU no desligó a unos aliados de clase especiales del resto del campesinado a fin de construir unas instituciones para ellos que sirvieran de vehículo para el cambio social. Los sindicatos rurales de campesinos sin tierra que se formaron por entonces no se crearon al servicio del *ujamaa* de 1967 ni de los programas de reasentamiento en aldeas o pueblos de 1973-1975. El Estado se concentró en los campesinos e ignoró el papel crucial del movimiento obrero organizado en el sector «moderno» (los estibadores de los puertos, los trabajadores del servicio postal, los mineros de diamantes, los ferroviarios, los braceros de las plantaciones de sisal y algunos más de los colectivos que, en su momento, entre 1958 y 1961, encabezaron una serie de huelgas para conquistar la independencia de Gran Bretaña). El régimen de la TANU accedió al poder, abolió los sindicatos y reunió al personal de estos en una única central sindical autorizada por el gobierno: la Unión Nacional de Trabajadores de Tanganica (1964). Los aliados naturales de todo experimento socialista quedaron así marginados de él. El Estado no disponía de una estrategia bien desarrollada a seguir para construir el poder necesario que le permitiera poner en práctica sus ideas. En lugar de ello, se limitó a situarse por encima de la población dirigiéndola, predicando el «socialismo desde arriba».[3]

En 1961, Tanzania apenas exportaba bienes industriales. La agricultura dominaba la economía interna casi por completo y los productos agrícolas eran los principales artículos de exportación. Los precios de estos se mantenían bajos por lo general, aunque, a menudo, fluctuaban de forma bastante desenfrenada y, cuando esto sucedía, la economía de Tanzania parecía enfermar por momentos. Optar por fomentar la industria sin contar aún con el capital necesario para ello (pues el capital acumulado a lo largo de los siglos era escaso) sería una aventura inútil. Y el gobierno socialista de Nyerere no fue el único

en admitir algo así: también lo hizo el Banco Mundial en un influyente informe. El BM, como el gobierno de Nyerere, consideraba que la ecología social de Tanzania no se organizaba tanto en pueblos o aldeas como en granjas y casas dispersas. El desafío que se le presentaba a cualquier administración del país, pues, era el de conseguir amalgamar los esfuerzos de esas unidades individuales en algo más productivo desde el punto de vista económico. Los colonizadores alemanes habían formado pueblos y aldeas para facilitar la obra de los misioneros, pero el fracaso de esos asentamientos indujo a los británicos a valorar la independencia del pequeño agricultor africano. La densidad relativamente baja de la población del país hizo posible que el campo tanzano se mantuviera fuera de la órbita del comercio mundial. Pero el gobierno de Nyerere decidió que, con todos los planes y las expectativas de progreso que se abrían para las nuevas naciones, había llegado la hora de actuar.

Aún a comienzos de la década de 1960, el Estado surgido de la liberación nacional no se inmiscuía en la actividad de los pequeños agricultores que cultivaban productos básicos para la economía de subsistencia. Su única intervención en ese sector consistía en facilitar a los cultivadores pequeñas mejoras en sus técnicas de labradío. Se podía mejorar la situación del disperso campesinado, que tanto sufría en años de pocas lluvias, implantando mejores sistemas de regadío, por ejemplo. El Estado también proporcionaba instrumentos y utensilios mecanizados y semillas a esos pequeños agricultores para que sustituyeran sus cultivos de subsistencia por cosechas comerciales. La introducción de estos cultivos para el comercio no tuvo muy buena acogida entre los labradores. Los cultivos (comerciales) para la exportación requerían fertilizantes y semillas caros que había que pagar ya de entrada. Si el mercado exportador les fallaba, los agricultores se quedaban en la estacada, sin acceso a productos con los que alimentarse. El algodón, el café y el tabaco tenían unos precios internacionales volátiles, por lo que los campesinos se resistían por todas las vías posibles a cultivarlos.

Cuando el plan «de mejora» del gobierno flaqueó, la administración del país probó con un enfoque más radical denominado «de transformación». El régimen animó a los campesinos a mudarse a unas granjas experimentales llamadas «asentamientos rurales» donde trabajarían de forma cooperativa para (en teoría) incrementar el valor de sus esfuerzos. En esas granjas, los instrumentos mecánicos y los fertilizantes reemplazaban al trabajo manual (realizado hasta entonces principalmente con la azada). La gente, según Nyerere, tenía que aprender a vivir en «pueblos

propiamente dichos».[4] De los millones de personas que habitaban en la Tanzania rural, solo 3.500 familias se desplazaron de sus casas para instalarse en esos asentamientos en pueblos, que habían costado al gobierno más de dos millones de libras. El famoso agrónomo francés (y asesor ocasional de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) René Dumont redactó un informe en 1969 con una visión muy próxima a la del gobierno en cuanto a la necesidad de crear pueblos y aldeas: el plan había producido resultados desastrosos hasta aquel momento, pero parecía seguir siendo «deseable, a condición de que no costara demasiado».[5] En la Declaración de Arusha se hacía balance, pues, de los diversos fallos cometidos hasta entonces en la política agraria y se planteaba una agresiva defensa de la estrategia de priorización por parte del régimen del cultivo de los campos del país sobre la construcción de fábricas. Tras la publicación de la declaración, y lejos de anunciar una retirada en la política de asentamientos rurales, el gobierno tanzano proclamó una expansión de esta, que a partir de ese momento pasaría a conocerse como el programa *ujamaa*, destinado a la transformación total de las zonas rurales en pueblos socialistas.

Unos meses después de la Declaración de Arusha, el régimen de Nyerere llegó a la conclusión de que las medidas que había estado siguiendo hasta entonces habían favorecido la agricultura capitalista a pequeña escala en lugar del socialismo.[6] La mejora de la vida agraria no acompañada de intento alguno de transformación de las relaciones feudales entre los agricultores y sus mercados era insuficiente. Las ideas comunales que Nyerere creía inherentes a la vida campesina y previas al capitalismo estaban siendo barridas por la agricultura capitalista. El *ujamaa* pretendía dotar de un moderno y reforzado armazón a esa frágil cáscara comunal.[7] El régimen de Nyerere hizo un llamamiento para que todos los campesinos se mudaran a los pueblos *ujamaa* en el plazo máximo de una década. El Estado reubicó a tres millones de personas (aproximadamente, el 20% de la población de Tanzania). Los agricultores reasentados convivían en un pueblo y explotaban de forma cooperativa los campos circundantes. Hacían fondo común de todos sus recursos para comprar insumos y también generaban una reserva común con toda su producción para sacarla al mercado. Ahora bien, la política del *ujamaa* tenía dos grandes defectos. En primer lugar, aunque la colectivización transformó radicalmente las relaciones sociales de los agricultores con su mercado, Nyerere no concibió el *ujamaa* como un medio para transformar también los aspectos del poder social relacionados con el género. Para el líder tanzano, la comunidad de los cultivadores «sería

el grupo familiar tradicional», con todas las implicaciones en términos de poder de género que ello conllevaba.[8]

En segundo lugar, aquella política no dejaba al régimen tiempo suficiente para persuadir a un campesinado al que, precisamente por ello, hubo que coaccionar para que se trasladara a las comunidades rurales bajo control gubernamental. El gobierno puso en marcha varias «operaciones» para empujar a los agricultores hacia los pueblos (en 1971, la Operación Dodoma; en 1972, la Operación Kogoma; en 1973, la Operación Pwani). R. R. Matango describió el caos que estas produjeron en su propio distrito de origen, en Inchungu (Mara). «Muchos agricultores de Inchungu se vieron sorprendidos por la presencia de milicianos armados que se encaramaban a los tejados de sus casas, arrancaban la paja de la techumbre y, en algunos casos, las planchas de hierro de las paredes, que extraían puertas y ventanas (o las hacían añicos), y que incluso, en numerosas ocasiones, derribaban las viviendas». La milicia estatal destruyó las aldeas viejas y desplazó a sus lugareños a nuevos emplazamientos. «La gente se apresuraba, presa del pánico, a construir alojamientos provisionales en ubicaciones destinadas a los futuros pueblos aún sin planificar. La zona entera estaba de traslado. De mudanza, de mudanza forzada por el pánico hacia comunidades aún por planificar. Se crearon así localidades nuevas en áreas que ni siquiera habían sido inspeccionadas previamente, sin agua, sin escuelas, sin dispensarios: sin prácticamente servicio alguno que permitiera mantener allí a la población y sin perspectivas de que se instalara ninguno. El único propósito era que la gente se desplazara a los Pueblos de Desarrollo. Ese movimiento caprichoso, intrincado y confuso de personas ha creado problemas que precisan urgentemente la acción y los recursos del gobierno».[9] Sin inspecciones previas, se acabaron construyendo casas sobre fértiles terrenos algodoneros o en zonas donde la tierra carecía de una irrigación adecuada. Aplicado con semejantes prisas en el Tercer Mundo, el socialismo acabó siendo antidemocrático y autoritario en esos países.

De hecho, el *ujamaa* de Tanzania cuadra muy bien con el amplio número de ejemplos de desarrollismo o de socialismo precipitado en el Tercer Mundo. La mayoría de Estados tercermundistas se apresuraron a construir factorías industriales y embalses, talaron bosques y desplazaron a masas enteras de población. Esos esfuerzos se debieron a múltiples motivos, pero el más importante de todos fue la búsqueda de un incremento rápido de la capacidad productiva de la nueva nación: realizar ese Gran Salto Adelante que permitiera disfrutar a tiempo de un momento de prosperidad antes de que el capital político

de los movimientos de liberación se hubiera agotado. Las fuerzas productivas así desarrolladas generarían el deseado bienestar económico, pero este solo podría crearse a partir de los sacrificios exigidos por unos movimientos políticos que acababan de conquistar la libertad política a los dominadores coloniales o a los oligarcas. Las intenciones de aquellos dirigentes, a decir de los protagonistas de aquellos tiempos, no eran malas. Pero sus sueños de modernidad —administrar la naturaleza y la sociedad, y construir extensos monumentos industriales sin contar con una estructura de gobernanza democrática ni con una población suficientemente movilizada— se tradujeron en excesos de centralismo autoritario y burocratismo de la peor clase. En la India, durante el periodo transcurrido entre finales de la década de 1940 y finales de la de 1980, el Estado llegó a desplazar a 25 millones de personas en total, mientras que, en ese mismo periodo, las autoridades chinas trasladaron a 40 millones de habitantes del país. Esas son las cifras más impactantes, pues se trata de los Estados con las poblaciones más sustanciales, pero en países más pequeños, el porcentaje de población desplazada por el control burocrático centralizado del Estado con respecto al número total de habitantes alcanzó proporciones asombrosas (en Tanzania, una quinta parte de la población fue reasentada). La desconsideración por los deseos de las personas y la sobreexplotación del mundo de la vida ecológico hicieron que grandes masas de población dieran la espalda al proyecto tercermundista y que se destruyera con ello el hábitat necesario para la creación de justicia. El Estado actuó situándose por encima de la población, sin preocuparse por construirse aliados entre el campesinado y permitir así que estos forzaran el cambio a través de sus propias organizaciones.

El programa *ujamaa* partía ya inicialmente del supuesto de que el régimen de la liberación nacional debía crear una economía democrática que trabajara en interés de la gran masa de la población. Dado que la mayoría de los habitantes del mundo recientemente descolonizado en general (y de Tanzania, en particular) llevaban estilos de vida rurales en entornos igualmente rústicos, el eslogan empleado por Nyerere en 1961 caló entre muchos de ellos: «Otros países aspiran a tener la luna; nosotros debemos aspirar (al menos de momento) a tener pueblos».[10] Fueran cuales fueren las intenciones de Nyerere y las de otros muchos gobiernos del Tercer Mundo que contaban con planes agrícolas similares (desde Argelia hasta Birmania y más allá), el intento de consolidar la agricultura se tradujo, como efecto neto, en un intento de *controlar* al campesinado, de aglomerar bajo el dominio del Estado de la liberación nacional la producción de

los agricultores. Recogida de ese modo, la producción agrícola del Tercer Mundo pasó a estar supeditada a la dinámica del comercio mundial (y del imperialismo) en vez de a las necesidades de subsistencia de las localidades que podrían haber regido su desarrollo. Con la pretensión de supeditar al Estado un sector relativamente autónomo como era el de la pequeña producción de cultivos comerciales, el régimen abolió el movimiento de cooperativas agrícolas mercantiles en 1975. Formado para obtener mejores precios por la producción agraria (en especial, el algodón), el movimiento reportó ciertos beneficios al campesinado. Pero el Estado decidió comprar directamente de los cultivadores, a menudo, a precios fijados por el propio gobierno central. Además, en 1972, el régimen adoptó una medida aconsejada por la firma consultora estadounidense McKinsey and Co., que le asesoró para que reemplazara los organismos de gobierno local por «equipos de desarrollo» que dependieran directamente de los ministerios del gobierno central. Esos equipos, según escribiría posteriormente una experta de la Universidad de Dar es Salaam, «sustituyeron en la práctica el sistema de gobierno local por un elaborado sistema de información vertical y de flujos planificadores centralizado en los niveles más elevados de la jerarquía del gobierno y del partido».[11]

El peor aspecto de los planes agrarios de Tanzania y de otros muchos países tercermundistas fue que, precisamente por las prisas con las que actuaron esos gobiernos y por su habitual convicción de que los campesinos *debían* limitarse a seguir a las autoridades en lugar de ser estas las que se dejaran guiar por ellos, una serie de políticas que podrían haber resultado valiosas acabaron corroyéndose por culpa del uso de la fuerza. Los líderes de los gobiernos del Tercer Mundo parecían seguir al pie de la letra las palabras de un personaje de Fedor Dostoyevski: «Bien, entonces eliminad al pueblo, restringidlo, obligadlo a callar. Porque el progresismo europeo es más importante que el pueblo». Si el Estado moderno empleaba la violencia, principalmente, como una condición inmanente para desalentar los levantamientos populares y mantener a raya a la población, en el contexto del Tercer Mundo, la violencia del «modernismo» y del burocratismo se convirtió en un medio para hacer realidad la agenda programática del Estado. En un estudio sobre el *ujamaa* en el que captó muy bien el valor de sus ideales, el economista agrario Philip Raikes escribió: «La puesta en práctica de la política evocó algunas de las sinuosidades más aterradoras de la mentalidad burocrática».[12] Nyerere, en octubre de 1967, entendió que el proyecto *ujamaa* que su régimen estaba construyendo solo podría llevarse a cabo recurriendo a

la fuerza, así que antes trató de comprobar si su autoridad moral podía dar aún alguna opción a la persuasión: «No estamos intentando simplemente organizar un aumento de la producción; estamos intentando introducir un nuevo estilo de vida para la mayoría de nuestra población. Eso solo podrá lograrse cuando el pueblo comprenda las finalidades de nuestra política y decida voluntariamente participar en ella».[13] Con esas palabras, Nyerere sugería que el régimen debía permitir que el pueblo escuchara al gobierno y, a partir de ahí (y de forma «voluntaria»), siguiera las opiniones de este. Pero las palabras de una persona difícilmente pueden mejorar o, siquiera, transformar las políticas de régimen, ni aun en uno que, como el tanzano, había otorgado tanto poder a un solo individuo. La política de Nyerere tenía mucha más inercia que la mejor de las intenciones del líder del país. Si a la multitud que labraba la tierra no se le dejaba tener voz ni participación en aquel programa, nunca estaría motivada para incrementar su capacidad productiva ni se beneficiaría de él. Lo único que podía empujarla a trabajar más duro era la coerción.

La gente (como suele ser costumbre) buscó y halló formas valientes e innovadoras de disentir aun cuando el Estado no podía ni quería proporcionar vías para la discrepancia. Los campesinos de la regiones de Morogoro y Arusha se comían la simiente del maíz antes de plantarla, vendían los fertilizantes subvencionados en el mercado negro, fingían no entender las instrucciones, trataban de utilizar la brujería contra las autoridades locales del partido y organizaban manifestaciones contra el programa de reasentamiento en pueblos.[14] En otros lugares del país, la gente se concentraba en los emplazamientos que estaba previsto sumergir bajo un nuevo embalse y formaban círculos en torno a ellos, o se declaraban en huelga en protesta por la normativa de aceleración del ritmo de trabajo que se aplicaba en fábricas o minas peligrosas. El nivel de disenso tenía su correspondencia inmediata en una mayor oleada de legislación antisindical y de reacciones violentas por parte del Estado. Disparos de la policía, detenciones en masa, asesinatos de líderes sindicales y populares: todos estos incidentes se convirtieron en moneda de uso corriente en el ámbito público del Tercer Mundo.

Pese a tamaños defectos, el experimento de Arusha probó como mínimo a destronar a las clases sociales establecidas del poderoso papel que desempeñaban. La mayoría de las naciones oscuras buscaron una versión particular a su medida de la agenda programática tercermundista para proteger (cuando no nutrir) a las clases dominantes. Tales regímenes no abjuraron de las reformas

agrarias ni de la industrialización, pero sí las realizaron poniéndolas al servicio de los sectores sociales más poderosos. Había gran preocupación por la vida y la libertad de la gente trabajadora, sí, pero principalmente porque «la nobleza obliga» y no por otra cosa. En 1961, tras dos planes quinquenales, Nehru, el dirigente indio, lamentó el fracaso de su régimen a la hora de ocuparse de los sufrimientos de la población. En vez de crear aunque solo fuera una apariencia de igualdad, el desarrollo social había hecho crecer la separación entre los prósperos y los desfavorecidos. «Un gran número de personas no han participado de [ese incremento de la riqueza de la nación] y viven sin lo mínimo imprescindible para cubrir sus necesidades vitales. Por otra parte, podemos observar la existencia de un grupo más reducido de personas realmente adineradas. Estas han logrado fundar en cierto sentido una sociedad opulenta para sí mismas, aun cuando la India en su conjunto esté muy lejos de ese estadio. Creo que la nueva riqueza está fluyendo en una dirección en particular y no se está difundiendo de forma apropiada».[15] En lugar de dedicarse de lleno a invertir la tendencia de esa división, el Estado se limitó a intentar trasvasar más prestaciones y servicios sociales hacia la población pobre. Sin llegar a los extremos del socialismo puro, lo que el Estado surgido de la liberación nacional en países como la India pretendió desde un primer momento fue elevar las tasas de crecimiento. Aumentando la producción, y con independencia de cuáles fueran los medios aplicados para conseguir tal fin, el Estado pensó que dispondría de una mayor reserva agregada de capital y de recursos que distribuir entre la población. El socialismo de mercado o la economía mixta era un socialismo del consumo, no de la producción. En medio del intento de industrializarse y de generar un cambio agrario, apenas hubo un esfuerzo bastante apagado por modificar las relaciones y los métodos de producción. El proceso de producción industrial (y también agrícola) siguió siendo similar al de cualquier país capitalista avanzado: los trabajadores no tenían voz ni voto en dicho proceso, que estaba dirigido por una clase directiva separada. Y la deliberación se mantenía bajo mínimos. El socialismo hizo acto de aparición en los mercados una vez producidos los bienes, a la hora de repartirlos de forma más equitativa, pero no durante el proceso previo (es decir, no para producirlos más equitativamente).

Incluso los Estados del Tercer Mundo más proclives a la creación de una burguesía nacional y de protecciones para las clases dominantes (rurales y urbanas) clamaron por la reforma agraria en la década de 1950. En la Asamblea General de Naciones Unidas, ese bloque de naciones impulsó resoluciones a favor de esa clase de

reforma en varias ocasiones (1950, 1952, 1954, 1957 y 1960). Aunque con algunas diferencias entre sí, todas ellas promovían la idea de que la reforma agraria era «uno de los prerrequisitos fundamentales del desarrollo general de la productividad agrícola».[16] Hasta comienzos de la década de 1960, existió un consenso generalizado en torno a que si el Tercer Mundo no mejoraba su producción agrícola, nunca sería capaz de salir de su bajo nivel de productividad económica. El crecimiento industrial exigía cierto grado de dinamismo agrario, porque los impuestos y los ingresos por exportaciones obtenidos de ese sector ayudarían a sufragar la creación de una industria nacional propia.

Aunque los regímenes poscoloniales querían que se incrementara el crecimiento agrícola, no todos ellos estaban impacientes por que los propietarios rurales perdieran sus medios y su peso e influencia. En 1932, la élite rural salvadoreña orquestó la masacre de 20.000 campesinos que habían ocupado tierras privadas y se oponían a la agricultura orientada a la exportación. La historia latinoamericana está repleta de múltiples rebeliones y represalias en masa de ese tipo. En 1944, cuando los principales capitalistas indios encarecieron al Estado que protegiera sus negocios con aranceles, también pidieron al Partido del Congreso que no se entretuviera en tareas como la de la reconstrucción de las relaciones agrarias en la nueva India, pues cualquier cambio podría elevar las expectativas del campesinado. Cuando la India obtuvo por fin su libertad, el Partido del Congreso recurrió a intermediarios políticos en las áreas rurales para movilizar el voto de esas poblaciones. En ningún caso quería enajenarse a los terratenientes que financiaban a esos agentes del partido. Así que para eludir una reforma agraria sustancial y, al mismo tiempo, adoptar tal reforma como lema, el régimen no tuvo problema en confiar en la labor de «santones» como Vinoba Bhava, quien «difundía entre los campesinos la falsa impresión de que, en el fondo, algunos terratenientes eran generosos y magnánimos».[17] En Filipinas, la Ley de la Reforma Agraria de 1955 congeló el panorama de las relaciones agrarias conforme a las condiciones típicas de las plantaciones, incluyendo solamente unas pocas concesiones para los trabajadores sin tierra. Estos Estados valorizaron a un campesino o un agricultor genérico, como podía ser el *kisan* indio o el *fellahin* egipcio (o incluso el «campesino» latinoamericano). Los agricultores (incluidos los que pertenecían a la clase rural dominante) fueron tratados como la columna vertebral de la nación, la sal de la tierra.

En algunos casos, las reformas agrarias se produjeron cuando los regímenes en cuestión tuvieron la sensación de que cualquier otra cosa

provocaría una revolución roja. La fórmula de Samuel Huntington funcionó en Estados como Corea del Sur, Japón y Taiwán (donde la reforma agraria se llevó a cabo a punta de cañón —primero, el de los japoneses y, posteriormente, el de los estadounidenses—): «La disposición de los terratenientes a perder su propiedad a consecuencia de reformas agrarias que no lleguen a la revolución varía en proporción directa a la medida en que la única alternativa parece ser la de perderla como consecuencia de una revolución».[18]

El consenso en torno a la reforma agraria se alteró en la década de 1960, cuando una nueva forma de solución agraria se introdujo en el Tercer Mundo. En 1945, la Fundación Rockefeller lanzó un programa piloto en México para incrementar la productividad agrícola mediante el uso de semillas de alto rendimiento y de nuevos métodos de cultivo (como los fertilizantes petroquímicos, los pesticidas y la nueva maquinaria agrícola). La cosecha mexicana de trigo creció exponencialmente y, en 1964, un país como aquel, que hasta entonces había sido un importador neto de cereal, empezó a exportar trigo. El Banco Mundial se sumó a la causa y difundió esa «Revolución Verde» por todo el mundo. Las tasas de crecimiento agrícola se dispararon en casi la mitad del área cultivable del Tercer Mundo. En la India, por ejemplo, las soluciones tecnológicas incrementaron la disponibilidad agregada de alimentos. Pero hubo problemas. El crecimiento presentaba enormes desequilibrios regionales y el impacto medioambiental de unos fertilizantes altamente tóxicos generaría problemas a largo plazo. Además, los aditivos tecnológicos al proceso de cultivo en general aumentaron los costes para los agricultores. La Revolución Verde también favorecía las explotaciones más extensas, por lo que restaba fuerza a los llamamientos a la reforma agraria y a su importancia. En la Conferencia de Punta del Este de Estados latinoamericanos celebrada en 1967, los delegados pidieron una reevaluación de las «injustas estructuras de tenencia y uso de la tierra», pero el suyo no era más que un discurso de cara a la galería. Solon Barraclough, agrónomo estadounidense de la FAO en América Latina que redactó la declaración final en Punta del Este, ponía de manifiesto la vacuidad de esos llamamientos a la reforma agraria: «No obstante, estas reformas posteriores a 1961 fueron, en su mayor parte, meramente cosméticas. A menudo, se trató de programas dirigidos principalmente a colonizar tierras estatales (a un coste humano y ecológico inaceptable en muchos casos) y a sacar de apuros a grandes hacendados en dificultades económicas comprando sus tierras para los reasentamientos».[19] En 1972, cuando esas mismas potencias del Tercer Mundo se reunieron en Estocolmo para fundar el Programa de

las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, su queja principal no fue la inexistencia de una reforma agraria efectiva, sino los precios de los insumos tecnológicos necesarios para la agricultura de la Revolución Verde. Las empresas químicas transnacionales cobraban precios elevados por los fertilizantes y las agroindustrias eran las que disfrutaban luego de las rentas generadas por las semillas de alto rendimiento. La Revolución Verde había reemplazado a la roja.

La nula voluntad de reconstrucción de las relaciones sociales rurales en la mayoría de naciones oscuras no significaba que el Estado hubiera abandonado a los «sin tierra» ni a los pequeños agricultores a su (mala) suerte. Tenía un plan para ellos, pero este no abordaba su principal desventaja: su ausencia de poder en sus propias localidades y su falta de control sobre los instrumentos de producción más importantes (la tierra, el agua y el crédito). La mayoría de regímenes tercermundistas suministraban créditos rurales a los pequeños agricultores, pero ese capital solía ser insuficiente para cubrir sus necesidades. De hecho, y en sintonía con la dinámica propia de la Revolución Verde, el Comité Indio de Crédito Rural, reunido en 1969, recomendó que los bancos comerciales facilitaran créditos rurales cuando estos favorecían el comercio y la industria.[20] En vez de la reforma agraria, el Tercer Mundo volvió su atención hacia la cuestión de la seguridad alimentaria. Esta última noción se remonta a los tiempos de la creación de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación en 1945. Por aquel entonces, la seguridad alimentaria era solo una parte más de un paquete que contenía también la reforma agraria y la creación de cárteles de productores de materias primas agrícolas. A finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, la labor de la organización había quedado circunscrita ya al terreno de la provisión de seguridad alimentaria. Ese objetivo fue consagrado en 1974 en la Declaración Universal sobre la Erradicación del Hambre y la Malnutrición («Todos los hombres, mujeres y niños tienen el derecho inalienable a no padecer de hambre y malnutrición»). La reorganización socialista (la producción socializada) fue sacrificada en favor de dádivas de signo bienestarista (la distribución y el consumo socializados). Para gestionar el problema de la disparidad entre los precios en origen (del productor) y los precios en tienda, el Estado creó en la mayoría de casos una institución destinada a comprar cereales para la alimentación (a precios justos para el agricultor) con el propósito de venderlos luego a precios justos de venta directa al consumidor en las tiendas de todo el país: en el caso de la India, fue el Sistema de Distribución Pública, y en el de Indonesia, el Badan Urusan Logistic

Nasional, por poner dos ejemplos. La mayoría de los regímenes del Tercer Mundo instauraron esos programas con el propósito de mantener estables los precios en las zonas urbanas, reducir el comercio privado (que consideraban explotador) y garantizar que los agricultores pudieran ganarse la vida cultivando productos alimenticios esenciales (en la India, por ejemplo, a través del sistema conocido como Precio de Sostén Mínimo). Estos planes de distribución y consumo socializados permitieron a los pequeños agricultores formar cooperativas para hacer un fondo común de su producción y conseguir precios justos. Las cooperativas de productores de leche, cereales, café y cacao siguieron proliferando en el Tercer Mundo hasta finales de la década de 1980.

En esa misma década, el Banco Mundial lamentó el fracaso de la reforma agraria. El hambre persistía en el mundo y, sin embargo, el bienestarismo rural había tocado a su fin. Utilizando el lenguaje del neoliberalismo, el BM concluía en un informe que el hambre global solo podría aliviarse «redistribuyendo el poder adquisitivo y los recursos hacia aquellos que hoy están desnutridos»:21 dicho de otro modo, aplicando una reforma agraria integral y reconstruyendo las relaciones sociales rurales.

Tanzania intentó promover activamente un programa socialista, pero como buena parte del Tercer Mundo, lo hizo sin acompañarlo de un esfuerzo genuino por organizar a la población para que fuera esta la que activara esas ideas. En vez de eso, trató de actuar desde arriba. Cuando el plan de reasentamientos rurales fracasó, el Estado recurrió a una política harto embarazosa. El país que contaba con la tasa más elevada de producción de cereales para la alimentación de toda África a comienzos de la década de 1960 pasó a importar cereal por valor de 180 millones de dólares a finales de 1974. Eso agotó las reservas de divisas de Tanzania y la empujó a mendigar la concesión de fondos de ayuda exterior. Fue entonces cuando el Estado acogió de buen grado la instalación en el país de agroindustrias estadounidenses que construyeron allí grandes explotaciones agrarias (de 20.000 hectáreas) intensivas en capital. La Revolución Verde salvó la cara al *ujamaa*. Pero a Nyerere nadie le alivió la frustración. En octubre de 1975, el líder tanzano viajó a Mwanza, donde reprochó al Departamento de Agricultura local lo mal que había aconsejado a los campesinos y exigió que los agricultores que habían sido arrastrados a un verdadero atolladero ecológico fueran reasentados conforme a los deseos que ellos mismos expresaran. Cuando Nyerere abandonó voluntariamente su cargo en 1985, se retiró a una granja experimental. Quería practicar a su (reducido) modo la transformación agrícola que había

pasado de largo del Tercer Mundo.

El Tercer Mundo quedó hondamente afectado por los escollos a los que se enfrentó. Creadas a partir de una oleada de luchas, las nuevas naciones no reorganizaron las relaciones sociales de forma efectiva ni alteraron la estructura estatal de tipo colonial que les había sido legada. Al aliarse con las viejas clases sociales dominantes y al adoptar la estructura administrativa colonial, las nuevas naciones viciaron la esencia misma del programa tercermundista. La fuerza o los gobiernos militares pasaron a estar a la orden del día desde el momento mismo en que los regímenes del Tercer Mundo trataron de empujar a sus desmovilizadas poblaciones a hacer lo que tenían previsto para ellas. Para los nuevos regímenes, estas personas (que eran, precisamente, las mismas que habían impulsado las luchas anticoloniales y que habían dado la bienvenida al proyecto tercermundista en su momento) solo podían ser, o bien seguidoras obedientes (cuando no inertes), o bien enemigas. Pero pese a todo ello, el capital político del Tercer Mundo se mantuvo y el proyecto podría haber sobrevivido a sus propios escollos de no haber sido por el ataque frontal que sufrió en la década de 1970. La crisis de la deuda y la política de reorganización planetaria promovida desde el Primer Mundo asesinaron al Tercero.

Tercera parte

ASESINATOS

Nueva Delhi

En 1983, Nueva Delhi era ya una ciudad transformada. En la década de 1910, los británicos la idearon como gemela moderna de la que acabaría conociéndose como Vieja Delhi. Diseñada por Edwin Luytens, la ciudad se construyó con la intención de que se convirtiera en la capital del imperio indio británico. Edificios monumentales, amplias avenidas y grandes extensiones de césped eran sus elementos característicos, como también lo eran las agudas tensiones raciales que la separaban de la parte vieja de la urbe. Cuando los británicos se marcharon en 1947, la ciudad sufrió también el trauma de la Partición. Con la aparición de India y Pakistán como países nuevos y separados, se intensificaron las batallas entre hindúes y musulmanes. Un grupo bastante numeroso de refugiados islámicos se guareció en un fuerte del siglo XVI, mientras que hindúes y sijs desplazados de Pakistán se establecieron en los descampados del oeste de Delhi. Como tantas y tantas ciudades poscoloniales, Delhi y Nueva Delhi conservaban todas las marcas de podredumbre características del imperio, pero también albergaban el deseo de sus herederos de ponerse manos a la obra con un proceso de crecimiento continuado. Al ser la capital de un Estado con una fuerte tendencia a la centralización, Nueva Delhi acogía también una nutrida burocracia a la que se fueron uniendo los hasta allí llegados para construir una metrópoli que nunca ha dejado de crecer. En 1941, poco más de 90.000 personas vivían en el recinto de la ciudad nueva. La afluencia de habitantes a raíz de la Partición incrementó la población total del área metropolitana hasta alcanzar los 1,7 millones en 1951. En 1983, más de 6,5 millones de personas residían en la aglomeración urbana que incluía tanto la Nueva como la Vieja Delhi.



Nueva Delhi, 1983: La primera ministra india, Indira Gandhi, recibe al presidente cubano, Fidel Castro, en el aeropuerto de Nueva Delhi con motivo de la cumbre del Movimiento de Países No Alineados. (© Bettmann / Corbis.)

Los monumentos abundan en Delhi. Desde el minarete de Qutab, cercano al aeropuerto, hasta el Fuerte Rojo, situado en el extremo opuesto de la ciudad, los lugares de interés de Delhi nunca dejan de causar admiración a los visitantes. A comienzos de la década de 1980, la ciudad se revistió de mayor esplendor aún. En 1982, Nueva Delhi fue sede de los Juegos Asiáticos. Se construyeron nuevos estadios, edificios residenciales y centros de congresos y convenciones. El acontecimiento contó con una ventaja adicional como fue la introducción de la televisión en color en el país. Los estadios proliferaban en una ciudad que, poco antes, había expulsado a sus habitantes pobres hacia las afueras. El que, en tiempos, fuera el eslogan electoral de la primera ministra Indira Gandhi, *garibi hatao* («desterremos la pobreza»), pasó a ser entendido por la mayoría de la gente como *garib dilli se hatao* («desterremos a los pobres de Delhi»). Los centros de congresos de la ciudad albergaban habitualmente toda clase de encuentros comerciales y políticos internacionales. En 1983 acogieron la séptima cumbre del NOAL.

El Movimiento de Países No Alineados acudía a Nueva Delhi en un momento de crucial importancia para Indira Gandhi. La hija de Nehru había dedicado toda su vida a la política india. Cuando su padre murió en 1964, Indira Gandhi asumió un papel destacado en el

Partido del Congreso. En 1966, ganó las elecciones y se convirtió en primera ministra, cargo que conservó hasta 1977. Regresó al poder en 1980 con un mandato debilitado por los excesos del «estado de emergencia» (o ley marcial) que había impuesto ella misma entre 1975 y 1977. Cuando los líderes del NOAL viajaron a Delhi, el partido instalado en el gobierno de la capital vivía una especie de asedio. Las problemáticas elecciones de 1983 le habían valido una seria derrota en los estados meridionales de la India. Una estrella del cine, N. T. Ramarao, rompió el control tradicional del Partido del Congreso en Andhra Pradesh, mientras que un importante adversario durante el estado de emergencia (el Partido Janata) se alzó con el triunfo en la vecina Karnataka. En Assam, la oposición (a excepción de los comunistas) llamó a boicotear las elecciones. El Partido del Congreso obtuvo allí una victoria pírrica (solo un 2% de la población acudió a votar), al tiempo que la violencia desatada entre asameses, bengalíes y bodos desgarraba el estado. En Nellie (Assam), fueron asesinados cinco mil refugiados (Tariq Alí describió aquel incidente como la «masacre de My Lai multiplicada por diez»).[1] Gandhi se desplazó a Assam, pronunció unas declaraciones conciliadoras («no tengo palabras para describir semejantes horrores»), transmitió personalmente su apoyo al recién elegido gobierno estatal del Partido del Congreso y regresó a Delhi para ejercer como anfitriona del NOAL.

Nueva Delhi nos brinda la posibilidad de escribir el obituario del Tercer Mundo.

Nada más llegar a Delhi, los delegados asistentes a la cumbre del NOAL pudieron ver las fotos de la masacre de Nellie publicadas en todos los periódicos y las revistas importantes. Aquella presencia fantasmal planeó en todo momento sobre los trabajos de las sesiones, recordándoles a la mayoría de dirigentes allí presentes sus propios Nellies.

El Movimiento de Países No Alineados que se reunió en Delhi se hallaba en una fase de transición. En la década de 1970 había estallado una lucha entre líneas divergentes que estaba aún por resolver. Ninguno de los dos bandos enfrentados abandonó el NOAL: ambos se quedaron en el movimiento, aunque uno de ellos adquirió ventaja a partir de la cumbre de Delhi y ha sido el que ha acabado definiendo la línea central del NOAL desde entonces. La victoria de ese grupo de naciones, las que aceptaban la globalización impulsada por el FMI, es tan responsable del asesinato del Tercer Mundo como aquellas otras fuerzas sociales (el imperialismo y el capital financiero) que habían sido sus grandes adversarios de la década de 1950 en adelante. La mayor parte de los 101 miembros del NOAL en 1983 no

eran partidarios acérrimos de ninguna de las dos líneas enfrentadas en aquella conferencia. Aun así, la pugna entre ambas contaminó los trabajos de los delegados y acabó por determinar la forma definitiva de la resolución final.

La primera línea era la que sostenía que el problema principal del planeta era la desigualdad del capitalismo. La pobreza endémica y el robo de riqueza social pervivían como una consecuencia de las políticas que se habían puesto en práctica para beneficiar a quienes se reclamaban dueños de los recursos del planeta. Ninguna nación en concreto representaba las ganancias del capitalismo desigual, aunque el gobierno estadounidense había empezado a pronunciarse como si su país fuera el líder de los beneficiarios de estas. Entre la Tricontinental de 1966 y la sexta cumbre del NOAL de 1979 en La Habana se habían producido varios acontecimientos de importancia. La revolución marxista de Etiopía (1974) había inaugurado una serie de derrotas para el bloque imperialista. En 1975, el Frente de Liberación Nacional derrotó a Estados Unidos en Vietnam del Sur y el Pathet Lao tomó Vientiane. Ese mismo año, cinco colonias portuguesas en África conquistaron su independencia coincidiendo con el final de la dictadura salazarista en Lisboa. En 1978-1979, los marxistas se hicieron con el control de Afganistán, el Movimiento New Jewel tomó el poder en el Estado antillano de Granada y la revolución sandinista se impuso en Nicaragua. Además, diversos regímenes africanos (como los de Benín, Madagascar, Liberia y Libia) adoptaron el marxismo-leninismo como ideología oficial. Los ánimos en La Habana estaban desbordados. Tras haber guardado silencio durante al menos dos décadas, la URSS empezó a respaldar de manera bastante abierta muchos de esos movimientos de liberación nacional, a los que los equipos médicos y militares cubanos habían prestado una inestimable ayuda (sobre todo, en Angola). Fueron esas victorias y el apoyo estrecho prometido por los soviéticos a los vencedores lo que impulsó al líder jamaicano Michael Manley a hacer la siguiente valoración en la cumbre del NOAL de 1979: «Podemos llamarnos comunistas, socialistas, humanistas o, simplemente, progresistas. Pero todos los antiimperialistas sabemos que el equilibrio mundial de fuerzas se desplazó irrevocablemente en 1917», un comentario con el que trataba de bruñir los triunfos recientes con la gloria de la aún veneradísima Revolución de Octubre. Los mundos capitalista y comunista mantenían un conflicto, y el no alineamiento no tenía por qué significar neutralidad en esa contienda.[2] En la reunión de La Habana se había llegado a plantear la posibilidad de una alianza antiimperialista formal entre el NOAL y la URSS (una medida

promovida por Castro y la delegación cubana). Las intervenciones de Yugoslavia, India y Birmania contuvieron al líder cubano, aunque la declaración final acabó inclinándose por completo en contra del imperialismo encabezado por Estados Unidos.

Entre La Habana y Delhi, muchos habían sido los acontecimientos que habían contribuido a enfriar aquel entusiasmo anterior. Cuba se hundió en una gravísima crisis por su deuda externa (en 1982, el gobierno debía 3.000 millones de dólares, una cantidad equivalente a tres veces y media el valor de sus exportaciones al Primer Mundo). La Unión Soviética no pudo asistir a Cuba porque se encontraba debilitada a nivel interno e internacional. El inadecuado crecimiento económico registrado a finales de la década de 1970 (evidenciado por su fracaso para cumplir siquiera los más pesimistas objetivos del plan quinquenal 1976-1980) se vio agravado por la ausencia de apoyo mundial a la invasión soviética de Afganistán de 1979. Estados Unidos y sus principales aliados atlánticos no dejaron pasar la oportunidad que les brindaba una decaída Unión Soviética. Ronald Reagan aplicó una osada política de expansión del incremento del gasto militar iniciado ya por Jimmy Carter. Tras unas cuantas intervenciones militares fallidas (sobre todo, en el Líbano), el gobierno estadounidense optó por la llamada Doctrina Reagan, consistente en alentar el uso de ejércitos locales que actuasen en nombre de los intereses norteamericanos y en contra de los regímenes izquierdistas. La Contra nicaragüense, los muyahidines afganos, la União Nacional para a Independência Total de Angola y los jemeres rojos camboyanos son buenos ejemplos. Tan acentuado antagonismo en la escena mundial limitó mucho las opciones de la línea promovida por las fuerzas de izquierda, cuyo líder en el NOAL era Fidel Castro.

En Nueva Delhi, a Castro le tocó ejercer de portaestandarte del Tercer Mundo como concepto. Su discurso ante los delegados repasó la agenda programática del NOAL desde 1961 y puso de evidencia que la crisis de la deuda que se dejaba sentir por aquel entonces auguraba el final del Tercer Mundo como tal. El gobierno cubano distribuyó en la propia conferencia una versión más extensa del discurso, titulada *La crisis económica y social del mundo*, que, en el plazo de un año, aparecería también en diferentes países e idiomas.[3] Mientras los cubanos se empleaban a fondo en las salas de conferencias y convenciones, los soviéticos hacían lo propio en los pasillos. La URSS envió una nutrida delegación a Delhi; los miembros de esta repartieron varios folletos sobre el papel crucial del NOAL en la búsqueda de la paz mundial. En el momento de la celebración de esa cumbre, sin embargo, la influencia soviética ya había decrecido. Por el

contrario, la de Castro y la de los cubanos en general se mantenía en niveles sustanciales. Parte de ello cabía atribuirlo a la personalidad del propio líder cubano, a su carisma (fue el único que recibió una ovación con el auditorio puesto en pie al concluir su discurso). Pero también se debía a que el régimen cubano era el exponente de una línea independiente que ejercía un indudable atractivo emocional sobre los delegados de los países no alineados, aun cuando muchos de ellos renegasen de la herencia del NOAL. En su calidad de presidente saliente del Movimiento de Países No Alineados, Castro traspasó la presidencia de la conferencia-cumbre del NOAL a Indira Gandhi, su «hermana» y nueva líder del movimiento.

El principal antagonista de Castro en Nueva Delhi fue el viceprimer ministro singapurense, Sinnathamby Rajaratnam. Fundador del Partido de Acción Popular junto con el hombre fuerte de Singapur, Lee Kuan Yew, Rajaratnam incorporó la nación isla al NOAL en 1970 y ayudó a crear la Asociación de Países del Sudeste Asiático (ASEAN) en 1977. En Delhi, Rajaratnam distribuyó un discurso que proponía una postura decididamente antisoviética y proestadounidense. «Estamos siendo testigos de nuestro propio secuestro a cámara lenta —escribió este antiguo columnista del *Straits Times*— y si no nos despertamos ahora y hacemos algo para abortarlo, llegará el día en que finalmente nos despertaremos y descubriremos que la nave del no alineamiento y todos los que navegamos a bordo de ella nos encontraremos atracados en algún puerto soviético». En diversos discursos pronunciados ante Naciones Unidas, la ASEAN y el NOAL, Rajaratnam sostuvo que, en la década de 1970, el mundo había entrado en una «crisis sistémica».[4] Según el dirigente singapurense, el estancamiento económico y la distensión relativa entre las superpotencias generaban una situación peligrosa para las naciones oscuras. Ya no podían intentar ganarse el favor de uno u otro bloque para cosechar algún tipo de recompensa. Las potencias atlánticas y del Pacto de Varsovia estaban aprovechando las diversas rivalidades regionales para orquestar guerras por delegación. Los países, según Rajaratnam, no debían actuar motivados por una supuesta lealtad hacia el capitalismo o el comunismo: tenían que actuar guiados por el interés nacional. Singapur, por ejemplo, necesitaba comerciar tanto con Estados Unidos como con China, sin que importaran los sistemas político-económicos adoptados por cada uno de esos países. Eso no significaba que tuviera que tolerar también a sus comunistas internos, pues «el pueblo había dado sobradas muestras de que el comunismo no iba con él».[5] El interés nacional invocado por Rajaratnam era, en realidad, el interés de clase de un sector social creado por las políticas

de industrialización por sustitución de importaciones.

Rajaratnam instaba a los Estados no alineados a ignorar el conflicto bipolar, pero también les proponía que revocaran el desarrollo centrado en el Estado y apostaran por el crecimiento neoliberal. «Las políticas que mejor funcionan —explicó ante la Asamblea General de la ONU en 1979— son las que se basan en la competencia del libre mercado y limitan el papel del Estado al de proteger a las personas frente a las atrocidades e injusticias que se podrían derivar de una competencia incontrolada y a redistribuir los frutos de la competencia sin entorpecer el espíritu competitivo».[6] Rajaratnam hablaba en nombre de una nueva clase ascendente en los Estados del NOAL. Las élites industriales, agrícolas y financieras que se habían beneficiado de varias décadas de políticas de sustitución de importaciones habían crecido lo bastante como para avanzar solas sin necesidad de andamiajes. El crecimiento razonable y la acumulación considerable adquiridos por esta clase social infundieron en sus miembros la confianza necesaria para defender sus propios intereses de clase por encima de las necesidades de la población en general. Muchos de los líderes más agresivos de esos colectivos habían nacido en los estertores de la era del imperialismo propiamente dicho. No habían vivido en primera persona el colonialismo ni el anticolonialismo. Las estructuras que les habían permitido prosperar se les antojaban, decenios después, cadenas que los aprisionaban. Los líderes intelectuales de esta clase habían pasado temporadas en instituciones internacionales (como el FMI y el Banco Mundial). En ellas, esos expertos y posteriores líderes políticos habían experimentado la caída en desgracia del modelo de desarrollo keynesiano (basado en la intervención estatal para la creación de demanda interna a través de políticas de prestaciones y subsidios sociales) y el ascenso de otro nuevo, inspirado en la acumulación monetarista, que recomendaba que el Estado se limitase a una simple función de gestión de la oferta monetaria y de mantenimiento de unos bajos niveles de inflación. Personalidades como los indios Montek Ahluwalia y Manmohan Singh, o como los venezolanos Moisés Naím y Miguel Rodríguez, son buenos ejemplos de esa tendencia. Además, destacados empresarios emigrados tiempo atrás a los Estados industriales avanzados donde habían creado prósperos negocios decidieron orientar su capital y sus conocimientos hacia sus patrias de origen durante la era de «estanflación» vivida en sus países de acogida: personas como el indio Sam Pitroda o el taiwanés Miin Wu aplicaron sus habilidades y su visión del mundo al desarrollo del nuevo sector de las tecnologías de la información en sus naciones de

procedencia. Esa inyección de habilidades y filosofías de negocio causó entusiasmo entre la burguesía emergente de las naciones oscuras, que empezó a ver el futuro a través de los ojos de esos hijos pródigos y no a través del prisma de la agenda programática tercermundista. En cualquier caso, lo que motivaba a esa clase no era el hecho de convertirse en una especie de representante económico por delegación de las potencias atlánticas. Sus miembros creían en su propia capacidad y querían tener la oportunidad de prosperar. Como dijo el propio Rajaratnam, «no creo que nadie nos vaya a aceptar a bordo sin billete por mucho que protestemos. Los autoestopistas se quedarán rezagados casi con total seguridad».[7] Rajaratnam arrojó esa especie de guante simbólico en Nueva Delhi desafiando a los asistentes a poner freno a las «protestas».

Indira Gandhi tenía ante sí, pues, como presidenta del NOAL, la tarea de mediar entre las líneas de Castro y Rajaratnam. Había aspectos que las unían. Ambas coincidían en que la década de 1970 presagiaba un desastre para las naciones oscuras. La crisis de la deuda que las azotaba se había sumado a la estanflación de las potencias atlánticas y al caos en la economía soviética, factores todos ellos peligrosos. Aumentaban también las guerras por delegación y la comunidad internacional denotaba una pasmosa falta de voluntad para abordar problemas humanos complejos pero solucionables (con ejemplos tan dramáticos como las hambrunas en Etiopía y Sudán de finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980). Mientras uno de aquellos líderes enfrentados pedía una mayor intervención estatal del lado de las necesidades de la población (Castro), el otro quería menos intervención del Estado y más iniciativa privada responsable (Rajaratnam).

Gandhi no atajó el desacuerdo de forma abierta. Su manejo de aquella cumbre del NOAL fue muy hábil. Por un lado, minimizó la importancia de la inclinación izquierdista de La Habana y, por el otro, trató de proteger al Movimiento para que no se lo asociara en exceso con Estados Unidos. Lo que sucedió posteriormente bajo su supervisión no fue tanto una maniobra de acercamiento del NOAL hacia uno u otro bloque como un desplazamiento ideológico general hacia el nuevo consenso impulsado desde las potencias atlánticas y las organizaciones financieras internacionales. Su discurso fue todo un reconocimiento nostálgico del papel de su padre en la creación del Movimiento de Países No Alineados. En medio de este, ofreció una definición del concepto de no alineamiento que, si sonaba a radical, era por el simple hecho de que no guardaba relación con los cambios producidos a lo largo de los años en la economía política del planeta:

«El no alineamiento es independencia y libertad nacionales». La debilitada URSS iba capitulando paulatinamente ante las agresivas exigencias militares impuestas desde Estados Unidos. Aunque el desmembramiento voluntario definitivo de la Unión Soviética llegaría ocho años después, su deterioro efectivo era evidente ya entonces. Las relaciones internacionales aborrecen los vacíos: las potencias atlánticas, encabezadas por Estados Unidos, se apresuraban a llenar los huecos que iba dejando la URSS al plegar velas con respecto a su anterior postura expansiva. Estados Unidos alcanzó así una posición de liderazgo no solo militar, sino también económico. Había sostenido el peso principal de la arquitectura financiera de la posguerra, que había dejado que las monedas nacionales flotasen las unas con respecto a las otras fijando una paridad con el dólar, regido a su vez por el patrón oro. En compensación, y gracias al complejo mecanismo resultante, la moneda norteamericana acabó erigiéndose en líder y barómetro indicador del sistema económico mundial. Eso otorgó a Estados Unidos un poder sin par en el mundo, pues la mayoría de élites financieras se entregaron objetivamente a la causa de proteger a la superpotencia y a su dólar (moneda en la que aquellas conservaban su riqueza). La desigual bipolaridad de la era de la guerra fría se hallaba ya en fase de transición: el bando liderado por Estados Unidos se estaba haciendo con el control de los acontecimientos mundiales. Ser un no alineado por entonces ya no tenía el mismo sentido que treinta años antes.

En el programa tercermundista original se entendía que la asfixia económica de las naciones oscuras obedecía no solo a unos principios económicos abstractos, sino también (y de manera crucial) al hecho de que tales principios habían sido instaurados por medio de la intervención política de unos actores poderosos. Las reglas del comercio internacional, por ejemplo, no eran las recetadas desde una teoría económica construida a priori sin más, sino que habían sido diseñadas por los poderosos a la medida de sus intereses. Con arreglo a ese análisis, toda reforma tenía que abarcar tanto la política de la economía (el quién dicta las normas) como la economía de la política (el quién detenta el poder económico necesario que le permita dictar esas normas). La interrelación entre economía y política era la característica definitoria de los trabajos de la agenda programática del Tercer Mundo.

En Nueva Delhi se desligó esa conexión fundamental. Los delegados deliberaron sobre temas económicos, pero no dentro del marco de la declaración del NOEI de la cumbre del NOAL de 1973. El NOEI, adoptado por las Naciones Unidas en 1974, trataba de la

necesidad de crear nuevas reglas internacionales que fomentaran la soberanía y la cooperación económicas. La cooperación sin soberanía permitiría a las potencias con mayor fortaleza económica continuar dominando sin problemas la economía mundial, y por mucho que se esforzaran en lograr lo contrario, sus ventajas históricas las dotarían de un poder desigual sobre los demás países. Para poner remedio a tal posibilidad, el concepto del NOEI incorporaba un conjunto de propuestas para reorganizar las relaciones de poder en el mundo, propuestas entre las que se incluían la formación de cárteles de países productores, la aplicación de una política monetaria más justa, una mayor industrialización, la aprobación de controles sobre las grandes empresas transnacionales y el compromiso enérgico de la ONU con los derechos económicos y humanos.

En Nueva Delhi, los delegados de los países no alineados más poderosos (y, por consiguiente, que más hacían oír su voz) sugirieron que las cuestiones económicas fuesen vistas como problemas técnicos, susceptibles de ser solucionados por tecnócratas. El marco político que restringía las opciones de los tecnócratas quedó así fuera de la mesa de debate. La reacción a la crisis de la deuda fue bastante ilustrativa de tal exclusión. Cuando algunos Estados propusieron que las naciones oscuras se negaran sin más a pagar su deuda externa, los más influyentes en el NOAL aplicaron sordina a esa opción. Ellos creían que eso solo provocaría las represalias del G-7 y no mejoraría su poder de negociación. Lejos de siquiera plantearse una huelga total de pagos, los miembros «moderados» del Movimiento eran partidarios de que cada país llevara a cabo su propia reestructuración de la deuda por separado y a través de la negociación. Dicho de otro modo, el método a seguir debería ser el de los contratos individualizados entre cada Estado deudor y sus adeudados, y no el enfrentamiento de la totalidad del Tercer Mundo contra el conjunto de sus deudores (es decir, los gobiernos del G-7 y las casas comerciales con sede en esos siete países).

Los dirigentes del Tercer Mundo aceptaron que no había alternativa a la lógica económica del G-7, aun admitiendo que, dentro de esa lógica, ellos mismos podían luchar por obtener el mejor trato posible. De hecho, en la posterior cumbre del NOAL de 1987, el primer ministro indio y presidente saliente del Movimiento de Países No Alineados, Rajiv Gandhi, lo expresó en términos muy claros: «Cuanto más fuertes seamos económicamente, más respeto nos tendrán los económicamente fuertes».[8] Conforme a ese argumento, el crecimiento económico era un criterio suficiente para medir el poder político y, en el fondo, podía incluso derivar efectivamente en esta

clase de poder. Esa perspectiva desligaba el poder político del económico, contrariamente a lo apuntado tradicionalmente por los movimientos de liberación nacional, que siempre habían insistido en recordar que ambas formas de poder solo podrían conseguirse conjuntamente y no una detrás de la otra. Además, el nuevo NOAL se negaba así a reconocer la forma en la que el G-7 usaba las normas globales en su propio interés. El G-7, por ejemplo, protestó enérgicamente cuando los Estados no alineados crearon barreras arancelarias para proteger sus economías. Y, sin embargo, y según las cuentas de la UNCTAD, los Estados de ese grupo de siete tenían en vigor más de setecientas barreras no arancelarias (subsidios estatales, restricciones de cuotas y otras normas técnicas destinadas a bloquear la importación de ciertos productos hacia sus mercados protegidos).[9] Negarse a combatir esas reglas suponía blindar esas ventajas que tanto beneficiaban a los países del G-7.

La adopción de lo que acabaría conociéndose como globalización (o, lo que es lo mismo, la hegemonía de la economía neoliberal) no se debió únicamente a presiones imperialistas, sino que también obedeció al deseo de aquellas fuerzas internas de cada país que discrepaban radicalmente del rumbo estratégico del desarrollo social *elegido* por los partidos políticos de la liberación nacional. A comienzos de la década de 1980 había otras rutas disponibles, pero solo unos pocos lugares aislados, como Cuba, intentaron seguir alguna de esas direcciones. Los países que lideraron ese cambio de orientación del NOAL gozaban de una posición ligeramente más favorable que la del resto de las naciones oscuras. En 1983, los Estados no alineados producían menos de la décima parte de la producción industrial mundial, y las empresas transnacionales controlaban tres cuartas partes de esa ya de por sí reducida proporción. Pero cinco de los Estados del NOAL producían más del 80 % de la producción industrial de todos los países no alineados: Brasil, Corea del Sur, India, México y Argentina.[10] Esos Estados (sobre todo, India, los «Tigres» del Asia oriental y Brasil) tuvieron un papel crucial en el descarrilamiento definitivo del programa del Tercer Mundo.

Los cambios producidos en el carácter general del NOAL tuvieron claro reflejo en los acaecidos dentro de la propia India. A mediados de la década de 1970, el programa económico que el gobierno indio había tratado de aplicar hasta entonces se tambaleaba. El tradicional fracaso a la hora de reconstruir las relaciones agrarias, el énfasis excesivo en el desarrollo de la industria por encima de cualquier otro sector, la pujanza del sector militar (en particular, tras la guerra de 1962 contra China y la de 1965 contra Pakistán) y las crisis del

petróleo de finales de la década de 1960 causaron dificultades e indignación en todo el país. La población, insatisfecha, se alzó en una serie de rebeliones: desde el movimiento liderado por los comunistas a finales de 1965 hasta el encabezado por Jayaprakash Narayan en Bihar en 1974, pasando por el movimiento naxalita maoísta de 1967, el Frente Unido de Mujeres contra el Aumento de Precios de 1973, el movimiento Nav Nirman de 1974 o la huelga del ferrocarril de 1974. Este amplio conjunto de movimientos por todo el país, dirigido principalmente por la izquierda, pero al que se sumó en algunos lugares una combinación de izquierda y derecha (como sucedió con el movimiento de Jayaprakash Narayan), atacó las credenciales nacionalistas del Partido del Congreso. El partido del movimiento de la liberación nacional afirmaba gobernar conforme a la agenda nacionalista anticolonial, pero adoptaba políticas económicas adversas a la inmensa mayoría de la población. Para ahuyentar esas críticas, el gobierno de Indira Gandhi nacionalizó la banca en 1969, firmó un tratado de defensa indo-soviético en 1971 e incluyó el lema *garibi hatao* («desterremos la pobreza») en su programa electoral para los comicios generales de 1971. La nacionalización de la banca parecía en principio estar en línea con la liberación nacional, pero, en el fondo, cumplió dos propósitos bien distintos: por un lado, centralizó el capital financiero conforme a los intereses de los grandes industriales y, por el otro, sirvió para ofrecer dosis moderadas de créditos a los aliados políticos, los «pequeños y medianos empresarios» y la élite agraria que había sido incapaz de generar capital desde el estancamiento económico de mediados de la década de 1960. La retórica socialista acompañaba en el fondo a un conjunto de políticas dirigidas a mantener la desigualdad en la economía política del país.

En respuesta a la agitación social creciente, el gobierno de Indira Ghandi declaró el estado de emergencia, suspendió la constitución y comenzó a gobernar por decreto. Aunque la Emergencia (que así se ha dado en conocer aquel periodo) solo se prolongó un par de años (desde 1975 hasta 1977), fue suficiente para truncar definitivamente la capacidad del Partido del Congreso para presentarse como depositario directo de la herencia de la liberación nacional. Durante los primeros días de la Emergencia, en octubre de 1975, Gandhi anunció un programa de veinte puntos en el que se seguían al pie de la letra una serie de exigencias que el Banco Mundial había planteado al gobierno de la India. El programa en cuestión dirigía la inquina del Estado hacia los que consideraba como los dos grandes enemigos del progreso: los pequeños contrabandistas y los acaparadores de productos y dinero. El régimen trató de aunar apoyos en torno a sus

objetivos con una serie de concesiones a los estudiantes, los campesinos sin tierra, la clase media urbana y la élite industrial. La escrupulosa atención al campesinado sin tierra compartía programa con un elemento novedoso: la «liberalización de los procedimientos de inversión» para el desarrollo industrial (punto 14 del programa). Dicho de otro modo, el gobierno proponía autorizar la entrada del capital extranjero en ámbitos hasta entonces confiados al Estado en exclusiva (los que hasta aquel momento habían sido denominados sectores estratégicos de la economía) y reducir la regulación a la que venía sometiendo a la industria y a las empresas. Las migajas destinadas a los campesinos sin tierra acabarían por no significar nada en comparación con el hecho de que el Estado entregaba así las llaves del país a la élite industrial y al capital extranjero. La Emergencia concluyó en 1977 y buena parte de su programa se desvaneció, pero el impulso de liberalización de la economía, atracción de capital extranjero y fomento de la relación con el FMI se mantuvo.

Reacias históricamente a generar un crecimiento sustancial o una equidad efectiva, las naciones oscuras se vieron obligadas en tiempos de crisis a pedir prestadas cuantiosas sumas a entidades prestadoras comerciales y a organismos financieros internacionales. Una vez endeudados, Estados como la India comprometían su seguridad económica ante el FMI, que actuaba como asegurador de los préstamos suministrados por los Estados industriales avanzados. Para potenciar sus credenciales ante los prestadores internacionales, el régimen del Partido del Congreso combatió a los sindicatos y abolió elementos estatales de control económico (incluidos subsidios y subvenciones). En 1982, el gobierno del Partido del Congreso aprobó conjuntamente la Ley de Mantenimiento de Servicios Esenciales y la Ley de Seguridad Nacional a fin de asegurarse la disponibilidad de la mano de obra y la acumulación en un momento en el que el movimiento «obrero» había pasado a ser «antinacional». El gobierno reprimió la huelga de los trabajadores del textil de Bombay de 1982-1983.[11] La experiencia de México pesó como una losa sobre la creciente deuda india. En 1982, el país azteca, pese a su riqueza petrolífera, suspendió el pago de 80.000 millones de dólares de su deuda soberana. Cuarenta países se sumaron a México en la lista de deudores con atrasos en sus pagos y, un año después, otros 27 tuvieron que reestructurar sus ingentes deudas. La deuda total en el conjunto de las naciones maltratadas ascendía a 500.000 millones de dólares, lo que, en aquel entonces, amenazaba con quebrar la estabilidad del mercado financiero mundial (pues buena parte de dicha deuda era con la banca comercial).

La agenda programática del Tercer Mundo que tan hábilmente se había confeccionado en su momento (con toda su serie de importantes limitaciones) se desvanecía. La idea misma del nacionalismo empezó a cambiar. El nacionalismo anticolonial renegaba de una definición estrictamente cultural o racial de la nación. Forjado por oposición al imperialismo, ese nacionalismo generaba un programa y una agenda que unía a las personas en torno a una plataforma común de soberanía en todos los ámbitos de la vida. La libertad política venía acompañada de la posibilidad de libertad económica y cultural. Aun habiendo cierta divergencia en cuanto al modelo económico a seguir, pocos de aquellos primeros nacionalistas discrepaban de la necesidad de crear repúblicas laicas y democráticas. Los dos pilares centrales del nacionalismo tercermundista eran la autarquía económica y la democracia secular. Esta última instaba a los nuevos Estados a abjurar de las técnicas divisivas empleadas en su momento por los administradores coloniales y a hacer que las diferencias culturales dejaran de ser un lastre para convertirse en un activo. A la autarquía, por su parte, se le dio el nombre de socialismo. Este permitió a los Estados ser patrióticos sin caer en el chovinismo. El patriotismo en los Estados del Tercer Mundo no consistió en un «amor ferviente hacia el país» sentido de un modo abstracto o místico. El patriotismo nacional se traducía, más bien, en la defensa de los principios de la república.

El abandono de la soberanía económica enajenó a los regímenes de la liberación nacional uno de sus dos principales pilares de legitimidad. Cuando la globalización dirigida por el FMI se convirtió en el modus operandi general, las élites del mundo poscolonial adoptaron una xenofobia retrógrada e inflexible que disfrazaron de patriotismo. Aranceles bajos en el terreno económico y fronteras marcadas en el cultural pasaron a delimitar los contornos de la nueva estrategia legitimadora para lo que hasta entonces había sido el Tercer Mundo. «Extranjero», conforme a esa nueva fórmula, dejó de ser una referencia aplicada al capital financiero y a las empresas transnacionales, y pasó cada vez más a designar a las minorías internas y a cualquiera cuya presencia cultural supusiera un instrumento valioso con el que distorsionar los sentimientos nacionalistas de la población. Las clases dominantes en estos Estados adoptaron una de las dos posturas posibles (cuando no las dos, en algunos casos), pues se afanaron por desligarse de sus sociedades y/o por vincularse a esas mismas poblaciones a través de identidades atribuidas de carácter religioso y racial. Las élites internas fueron siempre un eslabón débil de la cadena de la agenda de la liberación nacional. Desde el momento en que los beneficios derivados de la

sustitución de importaciones dieron lugar a una burguesía más agresiva y segura de sí misma, esta quiso romper la alianza transversal entre clases. Esta clase en concreto pretendía una reorganización de las alianzas y, en concreto, una relación más estrecha con «Occidente» que le reportara ganancias económicas y placeres de consumo. La erosión del modelo de Estado tercermundista hizo posible que esta clase se erigiera en portadora del estandarte del Primer Mundo. En la India, a comienzos de la década de 1980, esa clase tenía el tamaño aproximado del conjunto de la población de Francia. A comienzos de la década de 1980, era precisamente el hijo de Indira Gandhi, Rajiv, quien representaba a ese sector social dentro del Partido del Congreso; su visión tecnocrática del desarrollo chocaba llamativamente con la de la liberación nacional.

Con la desaparición de la sustitución de importaciones y sin nuevos planes de fomento de la soberanía económica que atrajeran a las masas, el Partido del Congreso perdió su derecho a reivindicarse heredero del nacionalismo anticolonial propio del Tercer Mundo. Sus dirigentes eran implícitamente conscientes de ello, pues la camarilla de Indira Gandhi no tardó en aventar las llamas de las diferencias étnicas y religiosas a fin de recuperar su mayoría electoral. El llamamiento a la mayoría «hindú» contra el secesionismo del Punjab y de Assam, y contra los musulmanes y las castas oprimidas, abrió la puerta a la corrupción de la idea misma del nacionalismo anticolonial. La masacre de Nellie, por ejemplo, fue uno de los resultados de ese corrupto llamamiento. A finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, el Partido del Congreso se encontró con una feroz competencia directa en ese terreno y, en particular, con la de una fuerza nacionalista cultural *auténticamente* cruel, el Partido Bharatiya Janata (BJP), para quien el Congreso era demasiado blando.

El BJP surgió de una tradición violenta y machista del propio patriotismo nacional que bebía más de las fuentes del nacionalismo nazi (con elementos como la sangre y la tierra) que del anticolonial. Sus enemigos no eran el capital y el dominio extranjeros, sino los musulmanes y los comunistas. El BJP se reivindicó como representante auténtico del patriotismo nacional por las mismas fechas (finales de la década de 1970 y 1980) en las que el Partido del Congreso sacó la India a la venta para ofrecérsela al mejor postor y a la agresiva clase dominante. Pero cuando el BJP tuvo finalmente la oportunidad de gobernar (durante la década de 1990 y hasta 2004), no tuvo reparos en arroparse con el patriotismo del nacionalismo cultural al tiempo que abría de par en par las puertas del acceso a la riqueza nacional, especialmente, mediante la venta a bajo precio de activos

anteriormente nacionalizados. Pese a su *swadeshi* (indigenismo), el BJP siguió la hoja de ruta de la liberalización al pie de la letra. Uno de sus principales líderes, L. K. Advani, no tenía rubor en promocionar «la globalización manteniendo nuestros pies firmemente arraigados en el *swadeshi*». El BJP creó incluso el Ministerio de Desinversiones. El nacionalismo cultural abrió las puertas, pues, a la globalización impulsada por el FMI.

Durante su valoración de la «crisis sistémica» de la situación mundial, el singapurense Rajaratnam reflexionó también sobre la degradación del concepto de nacionalismo. «El nacionalismo, que, en un primer momento, fue una fuerza positiva y constructiva en los países del Tercer Mundo —dijo—, ha entrado actualmente en una fase destructiva y reaccionaria. Está reproduciendo hoy en día en el Tercer Mundo los errores y las distorsiones que el nacionalismo europeo propició en la etapa inmadura de su historia». El nuevo nacionalismo «ha entrado en su propia fase de persecuciones raciales, religiosas y culturales. La solidaridad que trascendía diferencias raciales, religiosas y culturales se ha debilitado, cuando no se ha desvanecido por completo, en muchos países tercermundistas».[12] Esa clarividente apreciación de Rajaratnam en 1979 adolecía, no obstante, de una importante limitación. La gran esperanza de la imaginación social burguesa radicaba en que el orden internacional se fundamentara sobre los mercados libres y las identidades individuales, y en que estas últimas, una vez desarraigadas, pudieran beneficiarse de la liberación de trabas en los primeros. Pero en lugar de una materialización del sueño de Rajaratnam, lo que se acabó manifestando fue el crecimiento de un nacionalismo localista y cruel simultáneo a la expansión de la globalización impulsada por el FMI. El nacionalismo sectario que se observa hoy en día en el mundo anteriormente colonizado no solo constituye una forma viable de globalización (sobre todo, después de que el bloque socialista se desmoronara en la década de 1990), sino que parece ser la forma que la globalización impulsada por el FMI ha venido adoptando desde finales de la década de 1970.

Las potencias atlánticas desempeñaron un papel crucial a la hora de dar cobijo a las élites emergentes de los Estados poscoloniales. Presionaron a las instituciones del Tercer Mundo y liberaron a unas impacientes élites socialmente ascendentes. El primer indicio de esa presión desbordante se puso de manifiesto durante las negociaciones comerciales multilaterales de la llamada Ronda de Tokio (1973-1979) del GATT y con motivo de la Convención de las Naciones Unidas sobre el Derecho del Mar de 1982. En ambos casos, el G-7 ofreció concesiones en reformas de escaso calado, pero se resistió

obstinadamente a ceder en las cuestiones verdaderamente significativas. El G-7 prometió no inundar los mercados con materias primas baratas en perjuicio de las economías más vulnerables, y compartir los yacimientos minerales del subsuelo marino. Esos eran los acuerdos en superficie, pero las reglas finalmente aprobadas delataron los motivos reales más profundos: la nueva normativa de regulaciones internacionales no era vinculante y permitía que los países del G-7 continuaran llegando a acuerdos paralelos con Estados individuales. Entre Argel (1973) y la resolución de la ONU sobre el NOEI (1974), el G-7 había establecido toda clase de relaciones bilaterales y regionales con los Estados de las nuevas naciones. Esas relaciones procuraron algunas ventajas marginales a cada Estado individual, pero debilitaron seriamente la solidaridad del Tercer Mundo y aseguraron la pervivencia de la desigualdad estructural. Cuando los líderes reunidos en Nueva Delhi en 1983 hablaron del NOEI, lo hicieron evocando el lenguaje de Argel, pero sin su significado original. Ya no se referían a la reconfiguración total de la economía política mundial, sino a la globalización con rostro humano. La dominación económica y política del G-7 continuaría mientras los Estados obtuvieran algún que otro acuerdo por separado, y mientras a todos se les llenara la boca de alusiones al «desarrollo» y a la «democracia».

El gesto más triste de ese lenguaje ahuecado del NOAL fue el expresado en la restringida visión que guió la redacción del Programa Integrado para los Productos Básicos. En el cuarto encuentro de la UNCTAD, celebrado en Nairobi en 1976, los miembros del NOAL acordaron sin desavenencias internas pedir la creación de un Fondo Común de 6.000 millones de dólares para garantizar la estabilidad de los precios de los productos básicos. El G-7, liderado por Estados Unidos, acalló esa petición y acabó acordando la constitución de un fondo de solo 400 millones de dólares para financiar unas existencias de reserva y de otros 350 millones para realizar investigación y desarrollo sobre los susodichos productos básicos. Según dos analistas del tema, aquellas partidas de financiación demostraron que, «aunque sí se sellen algunos acuerdos sobre productos básicos y estos supongan un añadido al capital disponible, es improbable que jamás llegue a implantarse un programa verdaderamente integrado. Así pues, lo que probablemente se conseguirá no marcará ninguna diferencia radical en cuanto a los problemas existentes en el ámbito de los productos básicos y en cuanto a la situación y las perspectivas de futuro de la mayoría de países en vías de desarrollo».[13]

Las cuestiones económicas quedaron desligadas de la política de

la economía y, al mismo tiempo, de cualquier consideración sobre las desigualdades de poder y privilegios en el mundo. El NOAL dejó de elaborar y presentar su anterior y larga (casi inmanejable) lista de declaraciones y resoluciones sobre todas y cada una de las luchas revolucionarias. Tampoco se dedicaban ya los no alineados a analizar el imperialismo ni el papel de la guerra fría bipolar en la agudización de los conflictos en todo el planeta. En un encuentro del NOAL celebrado en 1976 en Colombo (Sri Lanka), el mozambiqueño Samora Machel trató de plantear la cuestión de las guerras por delegación y de cómo las potencias atlánticas habían empezado a seleccionar «opciones aceptables» en situaciones de conflicto. El G-7 (y los medios de comunicación internacionales) calificaban a esos «movimientos títere» de moderados y razonables, al tiempo que tachaban de terroristas a los adversarios de estos. La intervención de Machel cayó en saco roto. Tampoco condujeron a nada los debates políticos sobre la industria armamentística. En 1972, el Tercer Mundo gastó 33.000 millones de dólares en armas, una cifra que ya era bastante grosera. Una década más tarde, el total ascendía ya a 81.000 millones. En 1977, el gobierno cubano propuso que los 650.000 millones de dólares desperdiciados por entonces en el comercio mundial de armamentos se recondujeran hacia un programa de inyección de capital en el Tercer Mundo. El G-7 no se dignó siquiera en considerar la propuesta, los medios de las grandes empresas de comunicaciones se burlaron de ella y el Movimiento de Países No Alineados no le prestó ninguna atención seria. La política del NOAL se había trasladado al campo del mero simbolismo. Finalmente, pues, se había destruido aquella poderosa unidad creada con el fin de cambiar la manipulación política del planeta en el contexto de la guerra fría bipolar.

La cumbre del NOAL de 1983 se concentró en tres asuntos políticos: los derechos de los palestinos, la libertad de los sudafricanos y la zona de paz en el océano Índico. En esa época se había vuelto ya de rigor (previsible hasta extremos casi deprimentes) el exigir el reconocimiento de los derechos de los palestinos y los sudafricanos. Esa genuflexión hacia las gentes de ambos pueblos no venía acompañada, sin embargo, de crítica (ni siquiera de mención) alguna al apoyo prestado por las potencias atlánticas (en particular, por Estados Unidos) tanto al régimen del Likud en Israel como al Estado afrikáner del *apartheid* en Sudáfrica. En 1964, con motivo de la tercera cumbre del NOAL en El Cairo, el Tercer Mundo llamó a establecer zonas desnuclearizadas repartidas por todo el mundo (como, por ejemplo, una Zona de Paz en el Índico). El Tratado Antártico de 1959 y el Tratado de Tlateleco de 1963 habían sentado las bases para tal

petición. Pues, bien, India llevó a cabo un ensayo nuclear en 1974 y Estados Unidos mantenía una enorme base militar en el archipiélago de Chagos (en la isla de Diego García) en la que almacenaba armas nucleares. Nada de eso se incorporó al marco de la resolución política.

Ya no se lanzaba ningún ataque frontal contra las instituciones del imperialismo que sostenían y extendían la desigualdad global (no solo la desigualdad política, sino también la política y la cultural). En el terreno de la igualdad política, ninguna de las potencias del G-77 ponía en cuestión el poder de veto de los cinco Estados nucleares que eran miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU. Y si tan importante era la igualdad cultural, los países del NOAL podrían, cuando menos, haber puesto en tela de juicio las impenitentes muestras de superioridad del G-7 cuando se autodefinía como el grupo de los «países más grandes del mundo», o el exagerado dramatismo con el que los grandes monopolios mediáticos privados trataban la vida en Tercer Mundo, pues solo se interesaban por hacer desfilar ante sus audiencias las vidas de esas gentes (que representan la mayoría de los moradores del planeta) cuando estas se convertían en una ocasión para exhibir hambrunas, hambrientos y refugiados.

Mucho había cambiado entre el auge del Tercer Mundo y aquel encuentro en Nueva Delhi. En las décadas previas a la creación del Movimiento de Países No Alineados en 1961 e, incluso, durante (como mínimo) la década siguiente, la esperanza reinó sobre las poblaciones del mundo. Unos movimientos de liberación nacional de una fortaleza militar mínima habían sido capaces de imponerse a inmensos imperios y habían tratado de crear unas sociedades y un mundo justos. La imaginación con larga visión de futuro generada por el Tercer Mundo está muy bien representada en los discursos pronunciados por sus líderes en las reuniones internacionales, sí, pero también en el entusiasmo y el sacrificio con el que la ciudadanía de esos países se dedicó a crear las nuevas naciones. Los defectos y las contradicciones internas de los Estados tercermundistas eran significativos, y ni los intelectuales ni los políticos ni los movimientos populares se hacían ilusiones vanas al respecto. Castro entregó el bastón de mando a Indira Gandhi y, aun así, continuó siendo la encarnación moral del espíritu original del Tercer Mundo. En Nueva Delhi fue recibido como una estrella de *rock*. «Luchar» fue el estribillo que más utilizó en aquella reunión. El Tercer Mundo, nacido de la lucha, tuvo que luchar en su momento para poner su lista de prioridades sobre la mesa y, transcurridas las décadas, seguía viéndose obligado a luchar para hacerlas realidad. Esa era la perspectiva de Castro. Pero ¿quién iba a luchar por esa agenda programática en un mundo en el que el poder

efectivo del Tercer Mundo se había visto espectacularmente recortado? Si quienes estaban presentes en aquel auditorio no tenían intención de hacer caso de esas sugerencias, ¿por qué se había ganado Castro tan prolongados aplausos? ¿Significaba eso que, aunque los nuevos representantes de las partes más maltratadas del mundo estuvieran forjando alianzas de clase con sus colegas del Primer Mundo, y aunque estuvieran abandonando la agenda tercermundista porque comulgaban con la doctrina de la primacía estadounidense y la globalización impulsada por el FMI, conservaban aún un vínculo emocional con los días de gloria del Tercer Mundo? Ninguno de los dirigentes y muy pocos de sus regímenes poseían ya la voluntad o la capacidad de representar a las masas que les brindaban su lealtad de uno u otro modo. La renuncia a luchar por un programa de justicia social respondía a un cambio en las formas de solidaridad social generadas por las clases dominantes, que habían pasado del anterior nacionalismo anticolonial a un nacionalismo de corte cultural. La «lucha» pronto dejaría de significar la lucha decidida por la creación de unas comunidades socialmente justas.

La primera tarea que se nos plantea a partir de todo lo anterior es la de desentrañar y aclarar las políticas aplicadas por el FMI a raíz de la crisis de la deuda. En la década de 1970, el Fondo Monetario Internacional abandonó la misión que llevaba desempeñando desde hacía tres décadas (consistente en proveer créditos a corto plazo —como prestador de último recurso— a países aquejados de déficits en sus balanzas corrientes) y pasó a usar sus cruciales instrumentos financieros como arma para exigir cambios económicos estructurales principalmente entre las naciones maltrechas del mundo. Dicho de otro modo, el nuevo FMI erosionó las instituciones de soberanía estatal por las que tanto habían luchado las instituciones globales del Tercer Mundo (como la UNCTAD y el NOAL). La ofensiva orquestada por el FMI no es fácil de entender y su interpretación requiere una cierta familiaridad con el discurso económico, que (en el capítulo siguiente, «Kingston») he intentado hacer tan accesible como me ha sido posible. Cuando el FMI y el Banco Mundial se dedicaron a rematar a un Tercer Mundo ya herido de muerte, muchas de las lascivas élites de estos países dirigieron sus miras hacia la Eurasia situada a orillas del Pacífico y allí descubrieron una serie de Estados pequeños con elevadas tasas de crecimiento. Aquellas clases dominantes ansiaban participar del sueño del consumo estadounidense y abandonar la que parecía ser la incorregible pobreza del panorama tercermundista. Sus sueños tenían unos cimientos muy endebles, en primer lugar, porque no contaban con un buen análisis de la causa del

auge del «milagro del este asiático». Aun así, el sueño de la ruta seguida por el Asia oriental actuó como una especie de senda alternativa para el «desarrollo» de las clases dominantes en las naciones oscuras que las liberaría finalmente del anclaje del Tercer Mundo (como mostraré en el capítulo titulado «Singapur»). Pero esa no es ni mucho menos toda la historia, pues no podemos ignorar en ella a los millones de personas que continúan viviendo en el antiguo Tercer Mundo, en países cuyas camarillas gobernantes han abjurado de la creación de una agenda programática que aspire a la liberación. El nacionalismo anticolonial laico dejó de servir de base para la conciencia de solidaridad social de aquellas gentes y acabó siendo reemplazado por un nacionalismo cultural y cruel que se inspiró en las formas de solidaridad social proporcionadas por la religión, por el racismo reconstruido o por el poder de clase puro y duro (el capítulo final, titulado «La Meca», arrojará más luz al respecto). El Tercer Mundo acabó asesinado a manos de esa confluencia de factores y procesos.

Kingston

Cien años después de la llegada de Cristóbal Colón a las costas de la isla de Jamaica en 1494, la población arahuaca original de unos cien mil habitantes había mermado considerablemente hasta quedar reducida a apenas un puñado de ellos. Con el tiempo, el grupo poblador original acabó siendo limpiado de la isla y esta pasó a ser habitada por funcionarios coloniales ingleses y por dueños de plantaciones, así como por africanos esclavizados y trabajadores traídos de la India con contratos de servidumbre. La mano de obra cautiva cultivaba la caña de azúcar de la que se extraía el principal recurso económico de la isla. Con el tiempo, se produjeron también rebeliones, que generaron una intensa conciencia de aversión a la brutalidad y el paternalismo del dominio colonial. La isla tardó siglos en conquistar la independencia, que no llegó hasta 1962, cuando ya se había hecho esperar demasiado.

Si la abolición de la esclavitud había supuesto un gran progreso en la causa de la libertad humana y, al mismo tiempo, había dejado a las personas hasta entonces esclavizadas en unas muy deterioradas condiciones socioeconómicas, la independencia nacional también hizo avanzar la historia y, aun así, contribuyó poco a resolver los dilemas cotidianos de los jamaicanos. Cuando los británicos arriaron la Union Jack de la isla, bien podrían haber cantado entonces las juveniles letras de la siguiente canción de Damian Marley, solo que ellos no dejaron apenas dinero tras de sí:

> He traído el dinero como me ordenó tu abogado.
> No tiene gracia, cariño, sigo enamorado de ti.
> Le dije que me marcho mañana,
> que no te causaré más penas.
> Solo una taza de café más y me iré.

El nuevo régimen del Partido Nacional del Pueblo, de Nelson Manley, diseñó un programa de desarrollo social dirigido a contrarrestar el cautiverio sin cadenas característico de la vida poscolonial. Inspirándose en la obra de W. Arthur Lewis, camarada y amigo de Prebisch, el gobierno jamaicano siguió una política de «industrialización por invitación». Un sistema de arrendamientos (con opción a compra) permitía al Estado canalizar el desarrollo industrial hacia aquellas áreas de la economía que dejaban mayor margen para el desarrollo social. La política económica bebía generalmente de las

fuentes de la teoría de la sustitución de importaciones y el gobierno confiaba en las inversiones extranjeras directas en sectores diana, localizados sobre todo en la explotación de la bauxita. Esta proporcionaba a Jamaica la mayoría de sus ingresos en divisas. Descubiertas en la década de 1940, las reservas de bauxita cayeron bajo el control de empresas canadienses y estadounidenses a partir de 1952. Desde entonces, esas compañías han dominado la extracción del mineral; en la década de 1960, Jamaica llegó a convertirse en el mayor exportador de este a Norteamérica. Pero, como también se podía constatar en los casos del azúcar y el turismo, la población jamaicana no se beneficiaba de los recursos naturales de su país. La única rentabilidad que obtenía Jamaica llegaba en forma de unos modestos ingresos fiscales por parte del Estado, unos salarios exiguos para la clase obrera y un reducido tributo para los capataces y administradores jamaicanos de las minas y las plantaciones. Ese fue el motivo por el que, a pesar sus fabulosos recursos, la principal exportación jamaicana acabó siendo la mano de obra barata, y lo que ganó con ello fue una minucia comparada con sus grandiosos objetivos iniciales de desarrollo.

El enfoque Manley-Lewis del desarrollo se asemejaba en todos sus puntos esenciales a la política seguida por la mayoría de los Estados anteriormente colonizados. Partiendo de la incapacidad manifiesta de Jamaica para recurrir a abundante capital extranjero (como habían hecho los puertorriqueños) y de la nula disposición del gobierno a cortar lazos con el sistema capitalista mundial (como habían hecho los cubanos), la política Manley-Lewis aspiraba a aprovechar todos los fondos que pudiera reunir en el interior del país y a acumular ingresos para el Estado procedentes de la venta de bauxita. El capital recaudado se destinaría a lograr cierto grado de desarrollo social.

De hecho, para ser un Estado recién descolonizado, la economía de Jamaica creció durante las dos décadas inmediatamente posteriores al final del dominio colonial a un nada desdeñable ritmo anual medio del 7 %, y su renta per cápita aumentó a un promedio anual de casi el 4,5%. Pero como, en la práctica, el gobierno jamaicano había cedido en usufructo su soberanía económica a las artimañas del capital extranjero, el crecimiento experimentado por la economía no fue capaz de autosostenerse. Los fundamentos de la economía, como los de buena parte del Tercer Mundo, no se correspondían con la retórica de libertad que se pretendía destacar.

Pese a los aceptables índices de crecimiento, Jamaica no logró recaudar los fondos necesarios para cubrir la factura de sus importaciones; más del 60% de los bienes usados en el país procedían

del exterior (entre ellos se incluían la energía y los bienes de consumo, pero también más de la mitad de los alimentos). Incapaz de hacer frente a su factura de importaciones por culpa de la falta de diversificación de su economía, el gobierno jamaicano recurrió a la inversión extranjera y al turismo para cuadrar sus cuentas. Los erráticos (pero casi siempre bajos) precios de sus minerales (bauxita) y de sus cultivos de plantación (plátano y azúcar) provocaban un déficit crónico en la balanza de pagos nacional. Los préstamos procedentes de bancos comerciales, gobiernos amigos y organismos internacionales dejaron de ser una medida provisional de emergencia para convertirse en un elemento habitual del presupuesto público. Como otros muchos Estados descolonizados, Jamaica acabó dependiendo de las inversiones extranjeras directas, no como capital para el desarrollo ni (tan siquiera) como medios de emergencia, sino como un componente rutinario de su política financiera anual. La ayuda se convirtió justamente en eso: en un elemento con el que aliviar un presupuesto estructuralmente desequilibrado. La falta de diversificación económica y el uso de la inversión extranjera para pagar los préstamos adquiridos en detrimento del desarrollo social redundaron en un aumento del desempleo, que pasó de poco más del 10% en 1960 a casi el 25 % en 1972.

A comienzos de la década de 1970, el gobierno renovó sus esfuerzos por sacar a Jamaica de la empobrecida crisálida que la relegaba a los bajos fondos del capitalismo global. Michael, el hijo de Manley, lanzó una agresiva y, a la vez, exitosa campaña política contra el sistema económico global que amañaba las condiciones del juego comercial internacional en perjuicio de países como Jamaica. Cuando llegó al poder, Michael Manley promovió la construcción de un socialismo democrático para el país, pero su régimen no intentó disociarse del sistema capitalista mundial (ni siquiera del apabullante dominio de los financieros privados o del FMI). Mantener a Jamaica enganchada a la inyección de la ayuda o de las inversiones externas suponía que el gobierno tuviera que responder a las exigencias de los gestores del dinero extranjero antes que a las necesidades de desarrollo a largo plazo del pueblo jamaicano. Las rentabilidades a corto plazo para los inversores pesaban de forma dominante en la planificación estatal, incluso en la de aquel Estado socialdemócrata.

El retroceso en la relación real de intercambio hizo que el Estado surgido de la liberación nacional desplazara sus prioridades hasta el punto de crear un nuevo proyecto estatal: lo que la politóloga Susanne Soederberg ha denominado el «Estado competidor».[1] Cada Estado competía con otros para ofrecer las mejores condiciones para el

capital de carteras de gestión privadas. Debido a la crisis general de la economía nacional, la población del país no podía abonar suficientes impuestos sobre su renta y sus beneficios. De ahí que esa otra inyección de capital fuese más importante para el Estado competidor que su propia población interna. Las necesidades de los inversores eran las que guiaban la política estatal.

Eso no quiere decir que el régimen de Michael Manley no tratara de potenciar los intereses de Jamaica.[2] El gobierno socialdemócrata puso en marcha una serie de medidas que desafiaban la hegemonía de los Estados del G-7, aun cuando no llamaran a un ajuste estructural del orden capitalista en general. La primera y más impactante de todas se produjo con la formación en 1974 de la Asociación Internacional de la Bauxita (AIB). En su conferencia fundacional, celebrada en Guinea Conakry, siete de los principales productores mundiales de bauxita (Australia, Guinea, Guyana, Jamaica, Sierra Leona, Surinam y Yugoslavia) constataron el dominio abrumador de las «grandes empresas multinacionales en la explotación y el procesamiento de la bauxita y en la comercialización del producto obtenido».[3] Las grandes corporaciones empresariales transnacionales absorbían los beneficios derivados de la extracción de recursos minerales como la bauxita. El poder conjunto de esas compañías inducía a los Estados a competir desventajosamente entre sí. La competencia entre Guinea y Jamaica, por ejemplo, perjudicaba a ambos países, pero beneficiaba a las empresas transnacionales. Si esos Estados operaran conjuntamente, estas tendrían que doblegarse ante ellos.

El gobierno Manley buscó hacerse con el control de la industria nacional de la bauxita arrebatándoselo a un reducido número de corporaciones transnacionales. El sustancial gravamen que impuso sobre el precio del lingote de aluminio obtenido de la bauxita reportó varios cientos de millones de dólares para la hacienda nacional en cuestión de pocos meses, y tras un proceso de sustancial deliberación interna, el gobierno tomó el control mayoritario (al 51 %) de las minas de bauxita. Pero ese control sobre la producción interior y sobre los ingresos por la bauxita no fue suficiente, pues la cooperación entre los países del Tercer Mundo (de crucial importancia en ese proceso) jamás llegó a materializarse. Brasil no se integró en la AIB. Australia no tardó en sumarse a la práctica brasileña de vender bauxita por debajo del precio acordado por la AIB. Esto acabó destruyendo esa asociación de productores, que pronto quedó reducida a un mero despacho en Kingston.

La bauxita no fue el único producto básico sin procesar que experimentó un marcado descenso de precios hasta comienzos de la

década de 1980. Si en la década de 1970 el precio de ciertos minerales no relacionados con el petróleo había experimentado un incremento marginal, al iniciarse la década de 1980 lo que se observó fue una caída generalizada del mismo. Los países dependientes de la exportación de un único producto básico perdieron ingresos por un monto total de hasta 290.000 millones de dólares entre 1980 y 1991 como consecuencia del decremento de su relación real de intercambio. El impacto de este fenómeno en el África subsahariana fue estremecedor. Para buena parte de esa región, los productos básicos y las materias primas no combustibles equivalen aproximadamente a un tercio de los ingresos por exportaciones de los Estados. El deterioro de los términos de intercambio durante la década de 1980 no obedeció a razones místicas. Fue debido, más bien, a un conjunto de motivos diversos. Uno de ellos, la agricultura de los Estados del G-7, planteó serios problemas, ya que se trataba de una producción subvencionada en la que se gastaban cuantiosas sumas en fertilizantes y sistemas de regadío para potenciar la productividad.

El comercio de la bauxita, por su parte, se vio fuertemente afectado por las oscilaciones en la utilización de aluminio. Muchas industrias empezaron a usar plástico en vez de ese metal. De ahí que durante la década de 1970 las exportaciones jamaicanas de bauxita descendieran en un tercio. En ese mismo periodo, las exportaciones de azúcar de caña desde Jamaica también se redujeron (en un 22 %) coincidiendo con una mayor introducción del azúcar de remolacha y de los edulcorantes artificiales en el mercado del Primer Mundo.

Hacia finales de la década de 1980, aún funcionaban algunos cárteles de países productores, como la Organización Internacional del Cacao (con sede en Londres), pero algunos acabarían cerrando sus puertas, como la Asociación de Países Productores de Café, que dejó de existir en 2002. Desde finales de la década de 1990, la imposibilidad de que la Organización Mundial del Comercio actuara en interés de los agricultores de los países del ya difunto Tercer Mundo dejó muy a las claras que sus precios se mantendrían bajos mientras las subvenciones a los productores del G-7 siguieran siendo legales. En las naciones oscuras se presentaban tiempos peligrosos para los cultivadores y mineros de todos los sectores (desde la bauxita hasta el algodón).

Desencantado por el fracaso de su maniobra para la creación de un cártel de productores y reacio a cuestionar la autoridad del capitalismo global entendido en sentido general, el gobierno de Manley también exploró opciones en el terreno de la cooperación regional. Jamaica adoptó un rol de liderazgo en la conversión de la

Comunidad y Mercado Común del Caribe (Caricom), hasta entonces un área de libre comercio, en una unión aduanera (es decir, que, de ser una zona sin aranceles entre los diversos países miembros del Caricom, pasara a convertirse en una zona con una política arancelaria común con respecto a las importaciones procedentes de Estados no miembros). El régimen de Manley puso en marcha un diálogo sobre la transformación del Caricom en un mercado común, pero este no arrojó resultado alguno. El Caricom llegó a traicionar incluso su propia razón de ser cuando los Estados miembros empezaron a exigir concesiones para sus propias políticas arancelarias o a sellar acuerdos paralelos con el Banco Caribeño de Desarrollo.[4] Aquellos eran tiempos difíciles y los dirigentes de esas naciones tenían ante sí decisiones nada sencillas. Daban tumbos en busca de una salida que los sacara de la trampa de la deuda e incluso un país como Cuba solo lograba arreglárselas gracias a la considerable asistencia que recibía de la ya renqueante economía soviética.[5]

Los primeros años del experimento socialdemócrata de Michael Manley coincidieron con el momento en el que el principal artista de *reggae* de Jamaica se convirtió en la voz del Tercer Mundo. En 1973, Bob Marley and the Wailers publicaron *Burnin'*, su segundo gran éxito internacional tras el álbum *Catch a Fire*, del año anterior. En este segundo LP, los Wailers produjeron una serie de canciones en las que reflejaban la rabia de quienes empezaban a sentirse cada vez más marginados por su propio Estado y por el orden internacional: «Get Up, Stand Up», «I Shot the Sheriff», «Burnin' and Lootin'» y «Oppressed Song».[6] Una de ellas, de la que se extrajo el título del álbum, sentaba el tono general del álbum al referirse a la dificultad de dar con el «jefe» que controlaba el sistema cotidiano de los llamados toques de queda económicos:

> Esta mañana me desperté en pleno toque de queda.
> Oh, Dios, yo también era un prisionero.
> No podía reconocer los rostros que me vigilaban.
> Iban todos vestidos con uniformes de brutalidad.
> ¿Cuántos ríos tendremos que cruzar
> hasta que podamos hablar con el jefe?
> Parece que hemos perdido todo lo que teníamos.
> Seguro que nos ha tocado pagar a nosotros.

Así que, ante el fracaso estructural de la agenda tercermundista:

Por eso saldremos
a quemar y saquear esta noche [*bis*],
a quemar todas las ilusiones esta noche [*bis*].

En 1976, la balanza de pagos de Jamaica registró un déficit de 231,3 millones de dólares jamaicanos y las reservas de divisas cayeron vertiginosamente hasta un balance neto negativo de 181,4 millones de dólares en diciembre de 1976 (tras haber arrojado un balance neto positivo de 136,7 millones en junio de 1975). La inflación mundial, los elevados precios del petróleo y el descenso de los precios de los productos básicos afectaron a las reservas de divisas de Jamaica, al igual que a las de la mayoría de las naciones oscuras. En 1960, la deuda total (pública y privada) de los 133 Estados que el Banco Mundial contabilizaba como «países en vías de desarrollo» se situaba un poco por debajo de los 18.000 millones de dólares. En diez años, ya había escalado hasta los 75.000 millones, y cuando Jamaica entró en crisis fiscal, era de 113.000 millones. En 1982, la deuda alcanzaba la astronómica cifra de 612.000 millones de dólares estadounidenses. Muchos estudiosos y analistas culpan a la crisis del petróleo de 1973-1974 de la hinchazón de la deuda, pero ese es un argumento bastante superficial. El aumento de los precios del petróleo debido a la actuación del cártel de la OPEP no hizo más que exacerbar tendencias que ya venían obstaculizando el desarrollo social de los Estados anteriormente colonizados. La distorsionada agenda programática del desarrollo seguida por la mayoría de países del Tercer Mundo (tanto por los que adoptaron el socialismo como por los que renegaron de él) y la presión imperialista a la que se enfrentaban esos Estados produjo una economía política internacional estructuralmente empobrecida. La crisis del petróleo fue la coyuntura que hizo visible la descomposición estructural que ya azotaba al Tercer Mundo.

Muchos de los Estados hundidos en el fango de la deuda se esforzaron al máximo por recaudar fondos. Al desmoronarse la estrategia del NOEI, los Estados tercermundistas recurrieron a los bancos comerciales para cubrir sus deudas. Pero la suscripción de empréstitos sin contar con la capacidad necesaria para devolverlos, por un lado, y los elevados intereses, por el otro, acabarían siendo las causas que precipitaron la crisis de la deuda en el Tercer Mundo. En 1974-1975, los Estados tercermundistas que exportaban materias primas distintas del petróleo necesitaban 80.000 millones de dólares para financiar sus déficits exteriores. De esa cantidad, unos 36.000 millones procedían de fuentes privadas. La banca comercial de los países del G-7, deseosa de hallar tasas de retorno superiores a las existentes en los Estados industriales avanzados (donde la rentabilidad

había descendido progresivamente a medida que la productividad se había ido estancando), accedió gustosa a financiar a los Estados del Tercer Mundo. Estas entidades financieras dividieron a los «mercados emergentes» en dos categorías: la de los «exportadores de manufacturas con elevadas tasas de crecimiento», como Brasil, Filipinas y Corea del Sur, y la de los «nuevos exportadores de productos básicos de valor elevado», como Perú y Zambia (exportadores de cobre) e incluso Zaire (de cobre, cobalto y manganeso). Pero los bancos no estaban dispuestos a entregar su capital sin una garantía del FMI.[7] Si el Fondo Monetario Internacional daba su bendición al Estado mediante un acuerdo de emergencia a corto plazo, era como si le imprimiera una especie de «sello de aprobación» para recibir más fondos. Los préstamos del FMI solían quedar muy lejos de la cantidad mínima necesitada, así que el Fondo actuaba como garantía para los bancos comerciales privados. La banca estadounidense tomó la delantera en ese sentido. Así, por ejemplo, la economista Emma Rothschild ha calculado que 21 de los mayores bancos de Estados Unidos prestaron más de 5.000 millones de dólares a Brasil y otros tantos a México. El dinero se extendió así por el Tercer Mundo, pero no sin que los prestadores contaran con obtener una buena rentabilidad por él. En 1975, según Rothschild, «cada uno de los cinco mayores bancos de Estados Unidos ganó más del 40% de sus beneficios en operaciones realizadas en el exterior del país. El de Chase fue un caso extremo. Obtuvo el 64% de sus beneficios en el extranjero, frente a solo un 22% en 1970».

Estos bancos comerciales tomaron una decisión prudente. Su inversión en la pobreza estructural de la crisis de la deuda de la balanza de pagos del Tercer Mundo les reportó una atractiva rentabilidad. Aun así, en un principio, la situación parecía ilógica. ¿Cómo podían unos países tan empobrecidos como aquellos pagar tan ingentes préstamos? Hasta la prensa capitalista empezaba a preocuparse por la suerte de unos bancos tan derrochadores. «No figura en ningún mapa —editorializaba con gran despliegue retórico el *Wall Street Journal*—, pero existe una nueva montaña en el planeta: una inmensa mole de 500.000 millones de dólares en deuda acumulada por los países en vías de desarrollo». Como, según ese mismo diario, la situación parecía ser «crudamente pesimista» en opinión de algunos, era susceptible de generar una reacción en cadena de suspensiones de pagos y de quiebras bancarias muy parecida a la de la Gran Depresión de la década de 1930. Muy serio tenía que ser el problema para que el gran voceador del capitalismo de libre mercado aireara una perspectiva tan pesimista.

Finalmente, las suspensiones de pagos no se produjeron porque el FMI, respaldado por el gobierno estadounidense y las recientemente fortalecidas élites de las naciones oscuras, aplicó una política de mano dura para que los gobiernos de esos países sacrificaran sus recursos a fin de respetar el calendario de pagos. Tras la quiebra mexicana de 1982, el gobierno estadounidense propuso el llamado Plan Brady (1989), compuesto por dos elementos principales. En primer lugar, los bancos prestarían dinero para cubrir la deuda y, en segundo lugar, el FMI y el Departamento del Tesoro norteamericano darían su visto bueno al préstamo a condición de que el país receptor iniciase un proceso de reformas económicas significativas. Tales reformas estaban pensadas para crear Estados «competidores» y para recortar los elementos de sensibilidad social típicos de los regímenes heredados de las liberaciones nacionales.

De todos modos, los Estados endeudados no pudieron devolver la totalidad de las cantidades prestadas porque no disponían de la capacidad estructural necesaria para hacer que sus exportaciones superaran a sus importaciones o para que su moneda local se recuperara de la devaluación resultante del paquete de medidas impuestas por el FMI.[8] Aun así, fueron atendiendo el servicio de sus deudas abonando además unos intereses anuales con dinero recaudado a partir de la obtención de más créditos o mediante el desvío de excedentes y plusvalías que, de otro modo, habrían ido a parar a gastos sociales (sanidad, educación y otras áreas del llamado salario social).

En 1983, los flujos de capital ya se habían invertido, pues circulaba más dinero de los Estados en deuda hacia el G-7 que préstamos y ayuda externa desde este hacia aquellos. Dicho de otro modo, los países endeudados estaban subvencionando y financiando a las naciones ricas. A finales de la década de 1980, los Estados en deuda enviaban una media de 40.000 millones de dólares más hacia el G-7 que el monto total de los préstamos y la ayuda de este hacia aquellos. Ese se había convertido así en el tributo pagado anualmente por las naciones oscuras. En 1997, la deuda total acumulada por el mundo descolonizado ascendía a unos 2,17 billones de dólares y los pagos diarios en concepto de devolución de esta eran de 717 millones de dólares. Las naciones del África subsahariana gastaban el cuádruple en pagar su deuda (con sus intereses correspondientes) que en sanidad. La mayoría de los Estados endeudados dilapidaban entre un tercio y un quinto de su producto nacional bruto en ese tributo conocido como pago de la deuda. Y la crisis de la deuda tenía unos ganadores claros: los intereses financieros del G-7.

Los bancos comerciales del grupo de los siete principales países industrializados del mundo se beneficiaban de los préstamos que seguían concediendo a ese nuevo mundo endeudado, pero no eran los únicos que salían ganando. De hecho, si culpáramos de aquella implosión a la crisis del petróleo de 1973-1974 sin más, estaríamos silenciando la importancia de otro gran beneficiado por el ascenso de los precios del oro negro. Durante los primeros seis meses de 1974, cuando se dejaron sentir con claridad los efectos fiscales de la crisis del petróleo, el G-7 en su conjunto disfrutó de un superávit de 6.000 millones de dólares con los países exportadores de productos no petroleros, pero sufrió un déficit de 41.000 millones con los Estados exportadores de petróleo. Un año más tarde, los Estados no petrolíferos debían 21.000 millones de dólares, los mismos que el G-7 debía a su vez al grupo de los petrolíferos. La balanza se había equilibrado. El aumento del desembolso de los Estados del G-7 en el apartado petrolero había quedado compensado por el superávit debido por aquella parte del Tercer Mundo que carecía de petróleo. Además, y como ya vimos anteriormente, los Estados petrolíferos guardaban sus ganancias fundamentalmente en dólares estadounidenses. Así, y aunque el dólar abandonó el patrón oro en 1971, la moneda norteamericana continuó manteniendo un estatus elevado en la economía global gracias a su gran demanda en forma de petrodólares. El aumento de los petrodólares permitió a Estados Unidos (ese otro gran beneficiario de la crisis) abandonar las restricciones macroeconómicas que su gobierno y sus instituciones exigían al Tercer Mundo: Washington pudo así incurrir en un elevado déficit para fortalecer su economía interna y expandir su ya considerable poderío militar.

La crisis de la deuda y la desunión general del Tercer Mundo en cuanto a su respuesta ante tan apurada situación brindaron al G-7 y a sus organismos internacionales (en especial, al FMI) la oportunidad de exigir inmensas concesiones a los Estados endeudados. La crisis de la deuda fue, pues, el caballo de Troya mediante el que penetró en aquellas latitudes una verdadera ofensiva contra el proyecto (ya de por sí abreviado) de construcción de una soberanía propiamente tercermundista. El FMI no proporcionaba asistencia a corto plazo de manera desinteresada. En la conferencia fundacional de dicho organismo en 1944, la delegación de la India propuso que el nuevo Fondo «ayudara a optimizar el uso de los recursos de los países económicamente subdesarrollados». Las principales potencias (encabezadas por Estados Unidos) rechazaron tal formulación. Para ellas, el FMI debía ser simplemente un instrumento que animara a los

países endeudados a cubrir sus déficits por medio de nuevos préstamos en lugar de erigir barreras comerciales para apuntalar sus economías. El FMI sería (para Estados Unidos, sobre todo) un instrumento más con el que mantener un sistema capitalista libre de aranceles. Como se especifica en el punto quinto del artículo primero de su Convenio Constitutivo, el FMI pretende «infundir confianza a los países miembros poniendo a su disposición temporalmente y con las garantías adecuadas los recursos generales del Fondo, dándoles así oportunidad de que corrijan los desequilibrios de sus balanzas de pagos sin recurrir a medidas perniciosas para la prosperidad nacional o internacional». La propuesta india aspiraba a extender el ámbito de actuación del FMI más allá de la política monetaria y la estabilización macroeconómica para que se ocupara también de las necesidades de desarrollo del Tercer Mundo emergente. Eso era algo que resultaba inadmisible en una institución pensada para enseñar al mundo los fundamentos de la economía neoclásica del libre mercado. La política del FMI no solo alentó desde un primer momento la exportación de capital, sino que también impulsó la exportación de las relaciones de producción capitalistas hacia las naciones oscuras.

En 1954, el gobierno de Perú acudió al Fondo Monetario Internacional para solicitar un préstamo a corto plazo. El FMI le facilitó el préstamo, pero no con la esperanza de que el ejecutivo peruano hiciera buen uso del mismo, sino con una única condición: que la economía de Perú mantuviera una tasa de cambio estable para su moneda nacional. El FMI fue creando así, paulatinamente, toda una serie de procedimientos de rendición de cuentas y penalizaciones, conforme a las cuales el país del que se obtenían informes desfavorables se veía abocado por lo general a padecer una mayor escasez de fondos financieros comerciales. Los Estados no pertenecientes al G-7 que tomaban dinero del FMI estaban obligados a someterse a una remodelación total de sus relaciones políticas y económicas. En marzo de 1980, el Banco Mundial bautizó esa clase de políticas con un nombre genérico: «préstamo de ajuste estructural». Pronto pasarían a conocerse como Políticas de Ajuste Estructural (PAS). Jamaica y otros países ya habían tenido que someterse durante la década de 1970 a préstamos PAS antes incluso de que se conocieran como tales.

En diciembre de 1976, Marley subió al escenario del Parque de los Héroes Nacionales de Kingston para dar su concierto Smile Jamaica («Sonríe, Jamaica») en el mismo día que el gobierno de Manley firmaba el ingreso de Jamaica en el FMI.

Vamos a ayudar a nuestro pueblo, ayudarlo de verdad.
Oh, Señor, ayúdanos esta noche.
Ahuyentad el maleficio, arrojad un poco de agua al pozo y sonreíd.
Aquí, en Jamaica, vamos, sonreíd.

El plan del FMI era riguroso. Para empezar, instaba al gobierno a devaluar la moneda del país a efectos de desanimar las importaciones e incrementar las posibilidades de exportación de sus productos. Lo que se pretendía con dicha política era el abandono de la tendencia a la sustitución de importaciones y la adopción de una economía orientada a la exportación. En segundo lugar, el gobierno tenía que desalentar los aumentos salariales para mantener al mínimo la necesidad de importar bienes. En tercer lugar, el FMI exigía la reducción del gasto público y la contracción del papel del Estado en la economía (no más controles de precios ni subvenciones). En cuarto lugar, el Estado tenía que vender los activos del sector público y potenciar la empresa privada. Por último, el Estado tenía que acotar la oferta monetaria y subir los tipos de interés a fin de inducir una «disciplina fiscal». Si, en 1976, Marley pedía a Jamaica que sonriera, unos meses antes, su esposa, Rita, había compuesto una canción bien distinta. «Esos locos», escribió en un tema que Bob cantó ese mismo verano. «Esos locos. Vamos a echar a esos locos cabezas rapadas de la ciudad. [...] Ahí llega el timador con su plan estafador. [...] Vamos a echar a esos locos [...] cabezas rapadas de la ciudad».

El FMI llegó con una misma receta para todas las dolencias, ya fueran las de Jamaica en 1976, las de Sudán y Zaire en 1979, o las de otros muchos países. Entre los elementos de la política del FMI se incluían medidas tales como la restricción de la oferta monetaria, la devaluación de la moneda, la elevación de los tipos de interés, la reducción del gasto del Estado, la rebaja de los salarios y el freno a los aranceles y las subvenciones. La lógica del salario social que había regido hasta entonces cedió su lugar a la de la austeridad. El FMI instó a las naciones endeudadas a someterse a una integración completa en el sistema capitalista mundial y a descartar la implantación de modalidades autárquicas de protección económica o, siquiera, de reformas que priorizaran el desarrollo nacional interno. En lugar de ceñirse al tratamiento de las crisis a corto plazo de las balanzas de pagos, en la década de 1970 el FMI usó las crisis financieras como excusas para exigir cambios profundos en los ordenamientos políticos y económicos diseñados en su momento por el Tercer Mundo. Dicho de otro modo, el Fondo persiguió todas las políticas puestas en marcha por otro organismo internacional, la UNCTAD. Lejos de considerar que el problema de la deuda nacía del dilema al que se enfrentaban las

economías «monoexportadoras», a las privaciones de capital que sufrían las excolonias o a las luchas de clase inacabadas que seguían dirimiéndose en el Tercer Mundo, el FMI atribuyó el problema a la naturaleza del Estado. El Fondo reprendió al Estado tercermundista por tratar de fabricar el desarrollo y, más aún, por adoptar el papel de gestor del excedente productivo.

En Jamaica, los efectos inmediatos de la política del FMI se dejaron sentir especialmente entre la clase trabajadora rural y urbana. La inflación se disparó con la significativa devaluación experimentada por el dólar jamaicano y con la subida descontrolada de los precios de los bienes básicos (un 74 % en el caso del pollo, un 285 % en el de las salazones de pescado, un 83 % la leche, un 214 % la harina y un 71 % el aceite para cocinar). El régimen de austeridad impuesto por el FMI hizo caer los salarios reales hasta un 35 % solo en 1978. En 1980, la tasa de desempleo se había disparado en Jamaica hasta el 30 % o, posiblemente, más aún. Un 60 % de los hogares jamaicanos empezaron a depender principalmente (cuando no en exclusiva) de los ingresos de las mujeres, muchas de las cuales trabajaban en talleres de la zona franca de Kingston, donde se explotaba a las trabajadoras a cambio de una remuneración insuficiente. En esa zona industrial especial, el 80 % de los empleados y las empleadas eran madres solteras de las que tres cuartas partes, desesperadas por sacar a sus familias a flote, hacían horas extras. Una de esas mujeres, Debbie, explicó a un encuestador en 1988 que ganaba 30 dólares por quincena y que, «cuando ya me queda poco, lo ingreso en Credit Union e intento no gastarlo para poder pagar las facturas. Pero siempre voy atrasada con los pagos. A veces, tengo que arreglármelas sin luz, agua o gas, y pedir prestado a los vecinos hasta que vuelvo a ponerme al día». Cuando Debbie no podía hacer horas extras, ejercía como *higgler* (vendedora callejera): «Voy al mercado con unos pocos dólares para comprar cosas esenciales como condimentos, *callaloo* (verduras) y las frutas más baratas. Voy hacia el final del día, cuando los precios son más bajos; comparo precios y regateo. Se necesita mucha energía». La periodista Joan Ross Frankson, quien informó sobre ese estudio, ofrecía el siguiente resumen de sus resultados: «Al imponer esas políticas de ajuste estructural a Jamaica, el Banco Mundial y su socio, el FMI, han dado la vuelta a la vieja norma que insta a salvar a las mujeres y los niños primero. En este nuevo y crudo océano, no hay salvavidas y las mujeres y los niños no tienen más alternativa que nadar o hundirse».[9]

Los problemas de Jamaica con las políticas del FMI venían a ser un calco de lo acaecido en otras partes del planeta. El Programa de las

Naciones Unidas para el Desarrollo y otros organismos constataron sus dudas casi desde el momento mismo en que el FMI comenzó a ajustar estructuralmente los Estados surgidos de la liberación nacional. Había incluso quien dudaba desde dentro del propio Fondo. En 1990, uno de los economistas titulares del FMI estudió las medidas de estabilización impuestas por el Fondo Monetario Internacional entre 1973 y 1988, el periodo durante el que el ajuste estructural hizo saltar por los aires el Tercer Mundo como concepto. Según su mesurado análisis, «la tasa de crecimiento se ha visto significativamente reducida en los países en los que se han aplicado nuestros programas en comparación con el cambio observado en los países en los que no».[10] La medicación administrada por el FMI produjo un paciente aquejado de una contracción de su actividad económica, de destrucción de su capacidad para mantener un crecimiento a largo plazo, de desbaratamiento de recursos (la conocida como «liquidación de activos») y de un consiguiente regreso a la condición de exportador de materias primas. Muchos de esos síntomas se tradujeron en un aumento de las desigualdades de clase y género, así como en una generalizada devastación medioambiental.

En la década de 1960, los Estados del Tercer Mundo organizados en torno a la UNCTAD se habían comprometido a no atacar la ya forzada capacidad de consumo de sus ciudadanos y ciudadanas. Aquellos gobiernos prometieron que los fondos para el desarrollo no saldrían de la aplicación de impuestos adicionales, porque, en cualquier caso, tampoco iban a ser capaces de extraer más de una población relativamente empobrecida. Dos décadas después, tras una era de reinado del FMI que había significado la erosión de la soberanía de los Estados de la liberación nacional, era ya rutina exigir que esos diezmados gobiernos sacudieran una y otra vez los bolsillos de sus agotadas poblaciones en busca de excedentes con los que devolver las deudas contraídas con los engordados bancos comerciales y los organismos internacionales. La estabilidad macroeconómica pasó a ser un actor más importante en la escena mundial que los ciudadanos y las ciudadanas de los Estados de la liberación nacional. En 1977, Michael Manley expresó así su queja al respecto: «No pueden seguir diciéndonos que el precio del apoyo a la balanza de pagos a través del FMI puede implicar medidas que causen un hambre generalizada».[11] Si lo que le preocupaba a Manley era la capacidad de supervivencia de la clase trabajadora, el FMI, por su parte, hacía gala de una concepción muy estricta de lo que entendía por sacrificio. En 1981, el director del Fondo, Jacques de Larosière, pidió «sacrificios por parte de todos: la financiación internacional no servirá de nada si

se dilapida en forma de consumo desaforado».[12]

No se podían exigir sacrificios sin esperar que estos provocaran protestas. Las primeras víctimas de las políticas del FMI presentaron batalla contra sus gobiernos por haber accedido estos a las condiciones marcadas por el Fondo. De Egipto a Perú, de Sudán a Ecuador, y de Bolivia a Liberia, por las calles del Tercer Mundo resonaban consignas del tipo «los pobres no pueden aguantar más» (tal y como se podía leer en una pintada en una pared de una calle de Kingston).

Ven, vamos a quemar Babilonia una vez más.
Ven, vamos a derribar Babilonia con nuestro grito una vez más. [...]
Los hombres ven cómo se les derrumban los sueños y las aspiraciones en la cara,
y ven las malas intenciones de aquellos que quieren destruir la raza humana. [...]
Ven, vamos a derribar Babilonia con nuestro grito una vez más.

Babilonia sabía que sus exigencias no se aceptarían sin algún tipo de respuesta. A principios de la década de 1980, la Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo, presidida por el excanciller socialista de Alemania Occidental Willy Brandt, publicó «Diálogo Norte-Sur: Un programa para la supervivencia», documento que se conocería como el Informe Brandt. El informe había sido encargado por el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, con el propósito de averiguar por qué el proceso conocido como «desarrollo» no había producido justicia. Hacia el final del documento, la comisión señalaba lo siguiente: «La insistencia del Fondo en la aplicación de medidas drásticas ha tendido a imponer cargas políticas innecesarias e inaceptables sobre la población más pobre, lo que ha llevado en algunos casos a que se desataran «disturbios anti-FMI» e, incluso, a la caída de gobiernos».[13] Jamaica vivió tanto los disturbios como el desmoronamiento de su gobierno. El gabinete Manley podría haber desoído las exigencias del FMI, haberse negado a cubrir su déficit y haber recurrido a la ayuda de Cuba, entre otras alternativas. Pero esta habría sido una estrategia peligrosa, dada la apabullante respuesta militar que habría recibido desde Estados Unidos (como bien descubrieron los nicaragüenses tras el triunfo de la revolución sandinista de 1979 y como bien seguían sufriendo los cubanos de primera mano). En vez de eso, Michael Manley aceptó los fondos del FMI y trató de mitigar las exigencias de este a fin de producir un ajuste estructural con rostro humano. Manley, en

concreto, puso objeciones cuando el Fondo le exigió que el Estado recortara sus programas sociales, pues alegó que estos eran «el precio a pagar por la supervivencia del sistema democrático».[14] Ni que decir tiene que el FMI no aflojó en su presión y que fue el presupuesto de la administración de Manley el que tuvo que ceder una… y más veces. Cuando Manley dudó, los bancos comerciales se negaron a extender préstamos. Y cuando estos llegaron por fin, lo hicieron en unas condiciones ciertamente gravosas. Al acabar 1980, la renta per cápita de Jamaica había caído ya un 40%.

Las presiones y el desempleo no solo dañaban la credibilidad del gobierno Manley, sino que también ponían en entredicho la viabilidad del socialismo democrático, cuando no la de toda alternativa al capitalismo. Como bien señalaba el economista Richard Bernal, «las acciones y los programas [del FMI] daban credibilidad a quienes acusaban al Estado de ser un mal administrador económico, y al socialismo democrático de no ser un proyecto práctico ni factible».[15] La globalización impulsada por el FMI fomenta la idea de que el Estado de la liberación nacional es una institución autoritaria e ineficiente. En vez de permitir que el Estado determine y regule el proceso de la economía, las políticas del FMI bendicen las «fuerzas del mercado» o «el mercado» a secas como el agente más eficiente para la actividad económica. Cuando los altos funcionarios del FMI ordenaron a los jamaicanos que apartaran la política del mercado, lo que quisieron decir, según Bernal, era que el Estado debía abdicar de su papel formal de responsable de la administración de la plusvalía o excedente social. Ya se encargaría el mercado de todo.

Manley convocó entonces elecciones. Quería obtener de ellas una especie de mandato político contra el FMI y sus prescripciones. Pero eso siempre resulta difícil de «vender», pues cuesta mucho hacer de la dominación abstracta un tema de campaña coherente y emotivo. La oposición, encabezada por el Partido Laborista de Jamaica de Edward Seaga, de tendencia proestadounidense, logró que la campaña girara en torno al estado de la economía en aquel momento y que no tuviera cabida en ella la cuestión de las presiones externas de la globalización impulsada por el FMI. Las cosas no pintaban nada bien para Manley. Por las calles de Kingston se podían leer pintadas en las paredes con el lema «IMF = Is Manley's Fault» («FMI = Es culpa de Manley»).[16] Ochocientas personas murieron en aquellas polémicas y violentas elecciones. Seaga obtuvo una victoria arrolladora.

El nuevo líder laborista heredó una economía rota. Su partido confeccionó el llamado «Programa nacional para la reconstrucción», entre otras cosas, de varias partes del sector público del país. Cuando

Manley habló en su momento del sector público, el gobierno estadounidense no dudó en reprenderlo; cuando lo hizo Seaga, Estados Unidos defendió a capa y espada su iniciativa de reconstruir unas infraestructuras necesarias. La diferencia entre un momento y el otro era puramente política. Una Jamaica proatlantista podía servir de contrapunto a las insurgentes Nicaragua, Granada y, cómo no, Cuba. Era el mismo motivo por el que, en la cuenca del Pacífico, el gobierno de Estados Unidos financiaba dictaduras en Indonesia y Filipinas pese a las estridencias «nacionalistas» de Suharto y Marcos. Suharto declaró 1966 como «Año de la autosuficiencia» y amenazó con nacionalizar la industria del petróleo. El programa económico del líder indonesio contenía un cóctel de sustitución de importaciones, industrialización por invitación y puertas abiertas al sector extractivo (la estadounidense Caltex gozaba de una posición dominante en el sector petrolero, mientras que la también estadounidense Freeport-McMoran dominaba el cobre). Pero mientras Suharto facilitara el trabajo de las grandes empresas transnacionales y se integrara en una alianza geopolítica con Estados Unidos, se le perdonaba todo lo demás. Marcos, por su parte, ordenó en 1973 la redacción de una constitución que renegaba de la política de puertas abiertas para las compañías estadounidenses, pero permitió a su vez la entrada de esas mismas empresas por la puerta de atrás gracias a los llamados «contratos de servicio». Además, firmó el Decreto Presidencial n° 66, por el que creaba la Zona de Procesamiento de Exportaciones (ZPE) Bataan: las compañías de propiedad extranjera que operaban en esa ZPE se beneficiaban de cuantiosas exenciones fiscales y podían repatriar sus beneficios. Aquel fue un presagio de la estrategia de industrialización orientada a la exportación que acabaría implantando el mandatario filipino, bendecida tanto por el Departamento del Tesoro norteamericano como por el G-7. También Seaga se pronunció públicamente sobre la necesidad de contar con un sector público eficiente al tiempo que animaba a las dos principales empresas transnacionales de la bauxita (Kaiser y Reynolds) a expandir sus actividades en la isla. Marcos, Suharto y Seaga fueron unos maestros en la práctica del ilusionismo político, pues, como por arte de magia, supieron pasar por nacionalistas eficientes a la vez que abrían sus países a grandes corporaciones empresariales no reguladas. La burguesía nacional, representada en Jamaica por el propio Seaga, disimuló su entusiasmo por aquella «reforma» alegando que no había otra alternativa y que el FMI les había obligado a realizarla, y haciendo promoción de la cantidad de dinero que había fluido hacia el país (procedente de Estados Unidos y del Fondo Monetario

Internacional) como consecuencia de las reformas.

La proximidad al Pentágono y a la Casa Blanca permitió a esos Estados obtener importantes ventajas financieras. El gobierno estadounidense invirtió dinero a espuertas en Jamaica: 100 millones de dólares estadounidenses anuales en efectivo, así como la adquisición de millones de toneladas de bauxita para las «reservas estratégicas» norteamericanas.[17] Además, el tesoro estadounidense respondió por dichos Estados ante organismos internacionales como el FMI y ante la banca comercial y de desarrollo. El capital a corto plazo acudió allí en masa atraído por unos términos muy favorables. El hecho de que el gobierno de Estados Unidos dominara el FMI en virtud de su cuota de aportación al fondo total y de que, junto con los otros cuatro grandes países industriales avanzados (el Reino Unido, Francia, Alemania y Japón), controlara también el Banco Mundial, le otorgaba un control desmesurado sobre las decisiones de tan cruciales organismos. El FMI suministró a la Jamaica de Seaga 600 millones de dólares entre 1981 y 1983 para financiar el proceso de reformas. Esa inyección de capital no impidió que la economía jamaicana entrara en caída libre. En 1981, el producto interior bruto de la isla ascendía a unos 3.000 millones de dólares, pero tres años más tarde había caído ya hasta los 2.000 millones (la renta anual per cápita también descendió de 1.340 a 923 dólares). La globalización impulsada por el FMI agravó el colapso de la economía jamaicana, presidido por un gran aliado del Fondo como era Seaga. En 1984, estalló un disturbio anti-FMI en Kingston: once personas murieron a consecuencia de él.

La repercusión institucional de la globalización impulsada por el FMI fue muy intensa. El Estado que emergió de las reformas impuestas por el gobierno de Seaga quedó muy tocado en cuanto a su sensibilidad social. Entre mediados de la década de 1980 y 1989, el gobierno de Jamaica despidió aproximadamente a un tercio de sus empleados públicos, «tanto a través de la privatización de empresas estatales como a raíz de despidos practicados entre el personal de la administración central».[18] El Estado contrató a menos personas, dedicó menos gente a regular el mercado y, por consiguiente, perdió capacidad para desempeñar sus responsabilidades constitucionales. Las reformas impulsadas por el FMI exigían no solo privatizaciones y desinversiones en la economía, sino también la retirada del Estado de toda intervención en la gestión de la riqueza social (ya fuera a través de una redistribución de alimentos o por medio de prestaciones públicas) y de toda regulación de las actividades económicas. El Estado de la liberación nacional acabó desentrañándose en el proceso.

La renuncia del Estado competidor neoliberal a la prestación de

ayudas y servicios sociales y a la protección de la soberanía nacional no significó el debilitamiento de todas las instituciones estatales. En general, el Estado neoliberal hace una apuesta más decidida por la represión que por la receptividad o la sensibilidad social. Su papel pasa a ser el de un luchador contra el crimen y un guerrero contra la subversión. Los ataques contra los *rude bwoys* y los *rastafaris* venían produciéndose ya desde antes de la era Seaga, pero se intensificaron a raíz de que este accediera al poder. En 1980, la Organización del Sector Privado de Jamaica tuvo como conferenciantes invitados al fiscal general y ministro de Seguridad Nacional del gabinete Seaga, Winston Spaulding, así como al jefe de gabinete de la Fuerza de Defensa de Jamaica, el general de brigada Robert Neish, y al comisionado para la policía, Wilbert Bowes. Spaulding explicó que la delincuencia era intolerable y que, para ocuparse de ella, la policía debía «tener libertad para salir ahí fuera a cazar a los pistoleros». El gabinete de Seaga daba su pleno respaldo a las fuerzas de seguridad. Entre 1979 y 1986, el número de personas muertas a manos de la policía jamaicana superó las doscientas cada año. Un informe de la organización Americas Watch resumió la estrategia policial de aquellos años como una suma de tres tipos de práctica: «Ejecuciones sumarias a cargo de la policía; detenciones ilegales por parte de la policía, acompañadas en ocasiones de agresiones policiales a los detenidos; y confinamiento de los detenidos en calabozos de comisaría en condiciones miserables y degradantes».[19] En unas condiciones de colapso social y económico total, la violencia de las bandas y la protección comunitaria local contra esa violencia pasaron a estar a la orden del día. La anomia social se iba intensificando en la medida en que también lo hacían las reformas impulsadas por el FMI, y el Estado neoliberal respondía con las balas.[20]

Las fuerzas del orden no solo persiguieron a las «piezas de desecho» de la población jamaicana, sino que también recurrieron a las expropiaciones para echar a muchas personas de sus tierras. En la década de 1970, las principales empresas del sector de la bauxita se hicieron con casi 80.000 hectáreas de labradíos y desplazaron de ellas a centenares de miles de campesinos. Estos agricultores «observaron impotentes cómo las empresas transnacionales demolían sus casas y sus pequeños cultivos de autoabastecimiento, con el único propósito de extraer la tierra roja de aquel suelo y enviarla en cintas transportadoras hacia el mar. Allí era recogida por navíos que la transportaban hasta Europa y América del Norte, donde generaba puestos de trabajo en la industria del aluminio».[21] Los labriegos expulsados emigraron al extranjero y comenzaron a enviar desde allí

remesas de dinero a sus angustiados parientes, o se introdujeron en el cada vez más lucrativo sector de la marihuana.

El repliegue del Estado en materia regulatoria liberó a la corporación empresarial transnacional de toda clase de controles. Los misterios de la política fiscal devaluaron el papel del ciudadano (es decir, de quienes tenían una serie de derechos contemplados en el Estado) y elevaron el poder de las empresas extranjeras. En 1960, un académico estadounidense definió las compañías transnacionales como entidades «que tienen su sede central en un país, pero operan y viven también bajo las legislaciones de otros países».[22] Esa definición, no obstante, pasaba por alto una de las dinámicas más cruciales de la gran empresa transnacional: su abjuración de toda jurisdicción y legislación (en definitiva, su funcionamiento fuera del ámbito de cualquier regulación y supervisión). Carl Gerstacker, de Dow Chemicals, explicó ante la Conferencia de la Casa Blanca sobre el Mundo Industrializado, celebrada el 7 de febrero de 1972, su panorama ansiado: «Hace tiempo que sueño con comprar una isla que no sea propiedad de ninguna nación para colocar la sede central mundial de la compañía Dow en un territorio tan verdaderamente neutral como sería el de esa isla, sin obediencia debida a nación ni sociedad alguna».[23] Los anhelos de Gerstacker no se hicieron realidad exactamente como él deseaba (es decir, materializados en una isla desierta), sino encarnados en el poder que las grandes corporaciones transnacionales pasaron a ejercer gracias a la relegación que habían experimentado los Estados surgidos de la liberación nacional. Las grandes compañías transnacionales ocuparon el vacío dejado por dichos Estados cuando estos se retiraron de las tareas de la regulación económica y la gestión del excedente. Evidentemente, la burguesía de esos Estados, hija de dos o más décadas de políticas de sustitución de importaciones o de creación y consolidación de una administración pública estatal, no solo acogió con los brazos abiertos a esas empresas transnacionales, sino que formó sociedades mercantiles conjuntas con ellas o se integró en el personal laboral de esas compañías de propiedad extranjera. La sociedad anónima transnacional no fue la que puso directamente en peligro la soberanía del Estado de la liberación nacional: esa soberanía peligraba ya por el impacto de la globalización impulsada por el FMI.

La proliferación de empresas transnacionales a partir de la década de 1970 obedeció exclusivamente a una formidable transformación en el ámbito de la tecnología. La fragmentación del proceso productivo permitió que las empresas desarticularan las fábricas tradicionales y trasladaran a otros continentes partes de lo que antaño era una cadena

de montaje centralizada. Esto solo pudo producirse gracias al desarrollo de las redes de comunicaciones (vía satélite) y transportes (mediante la informatización de los envíos, la contenedorización y la reducción del coste de los fletes aéreos), a la consolidación de un sistema internacional de contabilidad y crédito (mediante la gestión informatizada de tesorería), y a unos gravámenes internacionales más livianos sobre el tránsito de bienes parcialmente terminados. Todos estos cambios hicieron posible la integración de la producción a escala mundial. Los Estados de la liberación nacional transfirieron sus prioridades desde el desarrollo basado en la sustitución de importaciones (y orientado al pueblo de la propia nación) hacia el desarrollo orientado al crecimiento, crearon zonas de procesamiento de exportaciones (ZPE) caracterizadas por un régimen fiscal favorable y protegieron a las empresas frente a toda regulación. La ZPE de Kingston, en Jamaica, había albergado en otros tiempos unas instalaciones de almacenamiento y transbordo de mercancías. En 1982, el Estado las convirtió en una zona de producción a la que no tardaría en añadir la ZPE de la bahía de Montego (1985) y la de Garmex (1987). Las transformaciones tecnológicas y el fomento activo por parte de los propios Estados poscoloniales a través de su repliegue normativo permitieron prosperar a las sociedades anónimas transnacionales. En 1980, un estudio de las cien mayores unidades económicas del mundo constató que 39 de ellas no eran Estados sino empresas transnacionales.

Los más sagaces supieron reconocer desde el primer momento el poder de las grandes corporaciones empresariales transnacionales. Tras nacionalizar las minas de cobre del país, el presidente socialista de Chile, Salvador Allende, pidió al Consejo Económico y Social de la ONU que investigara las actividades de las grandes empresas globales. En 1973, tras el derrocamiento y la muerte de Allende, las Naciones Unidas crearon su propio Centro sobre las Empresas Transnacionales (UNCTC). Tras un largo periodo de deliberación y estudio, el UNCTC redactó un código de conducta provisional para las compañías transnacionales en 1976, pero tras decenas de consultas y reuniones, el código finalmente murió cuando la ONU clausuró el UNCTC en 1993. Este centro creó en su momento todo un archivo de malas prácticas empresariales e irregularidades fiscales debidas a la ausencia de una normativa internacional de rendición de cuentas. Todos los principios y procedimientos producidos por el UNCTC habrían supuesto un tremendo obstáculo para la realización de operaciones engañosas como las desarrolladas por Enron.[24] En el transcurso de la década de 1980 y hasta su desaparición en la de 1990, el UNCTC

desarrolló una labor quijotesca precisamente en el mismo momento en que las potencias del G-7 aprovechaban el desmoronamiento del Tercer Mundo para introducir el poder de la gran empresa transnacional en el ámbito burocráticoadministrativo de las Naciones Unidas. El 9 de febrero de 1998, con la rúbrica por parte del secretario general de la ONU, Kofi Annan, de una declaración conjunta con la Cámara Internacional de Comercio (representada por los máximos directivos de Coca-Cola, Goldman Sachs, McDonald's, Río Tinto-Zinc y Unilever) en la que se podía leer que «los extensos cambios políticos y económicos acaecidos han abierto nuevas oportunidades para el diálogo y la cooperación entre las Naciones Unidas y el sector privado», la globalización impulsada por el FMI demostró haber adquirido una ventaja decisiva que significaba su victoria definitiva sobre el Tercer Mundo. En aquella declaración se expresaba, además, el deseo de que la ONU y la Cámara Internacional de Comercio «establecieran una estrecha colaboración global para garantizar una mayor aportación empresarial a la toma mundial de decisiones económicas y para estimular el sector privado en los países menos desarrollados». Lo que pretendían, pues, era la instauración de «un marco regulatorio efectivo para la globalización», o, por decirlo de otro modo, la garantía de que las relaciones de producción capitalistas serían objeto de la menor injerencia posible.25 Esta convergencia de intereses repercutió en la UNCTAD, nueva casa de acogida del difunto UNCTC.

Cuando el UNCTC se incorporó a la UNCTAD, lo hizo convirtiéndose en una parte de la División de Inversión, Tecnología y Fomento de la Empresa (es decir, pasó a ser una especie de «animadora» de las compañías internacionales). La UNCTAD, nacida gracias a los esfuerzos del Tercer Mundo, se dedica actualmente a elaborar guías de inversión para los grandes conglomerados globales a fin de que estos dispongan de «información comparativa sobre oportunidades de inversión» en los «países menos desarrollados» (dentro de un proyecto conjunto con la Cámara Internacional de Comercio).26 La UNCTAD ejerce hoy en día de organismo potenciador del comercio dentro de la injusta estructura actual de la economía política internacional; ha dejado de ser, pues, el corazón de la lucha internacional liderada en su momento por el Tercer Mundo para desafiar y cambiar esa estructura misma. Allí donde Prebisch pidió la revisión de los términos de intercambio comercial y la concesión de subvenciones directas en vez de préstamos, el actual jefe máximo de la UNCTAD, Rubens Ricupero, se limita hoy a pedir un incremento del volumen comercial en general. «Muchos países pobres padecen

grandes déficits en su balanza de pagos que suelen cubrir con aportaciones de ayuda externa y remesas de sus ciudadanos en el extranjero», explicó ante la conferencia de la UNCTAD de 2004. «Uno de los objetivos principales de todos los países menos desarrollados debería ser la reducción de su dependencia de la ayuda y el endeudamiento exteriores». Nada de esto entraría en contradicción, en principio, con la línea de la vieja UNCTAD. Ahora bien, ¿cómo ha de producirse ese cambio? He aquí la respuesta de la nueva UNCTAD: «La acumulación de capital y el comercio son el motor del crecimiento, y el comercio internacional en concreto es el combustible de ese motor. Si se agota el combustible, el motor deja de funcionar».[27] Lo que las naciones oscuras deben hacer, pues, es aumentar sus exportaciones dentro de una estructura que les paga muy poco por ellas (debido a unos términos de intercambio desfavorables) o que no valora sus insumos (en particular, la mano de obra).

La caída del socialismo democrático a finales de la década de 1970 tuvo muy extensas ramificaciones sociopolíticas. Durante esa década, el movimiento de mujeres en Jamaica, que operaba principalmente a través del partido político socialdemócrata, se fortaleció considerablemente. A partir del momento mismo en que Manley accedió al poder, la rama Auxiliar de Mujeres de su partido empezó a impulsar un intenso programa transformador. El gobierno sintió esa presión y creó la Oficina de la Mujer dentro de la propia Oficina del Primer Ministro, y promovió y defendió una legislación dirigida a beneficiar a las mujeres en especial. Igualmente, ante la elevada tasa de paro femenino con la que se encontró al acceder al poder, el gobierno de Manley aprobó el Programa de Empleo Especial (o «de Choque») destinado a contratar a mujeres para trabajar en las obras públicas. Otras iniciativas, como el aprovechamiento de patios y solares para crear guarderías y servicios educativos gratuitos (que incluían comidas y uniformes escolares), ayudaron también a desahogar un poco los presupuestos familiares. Una mejor legislación sobre el salario mínimo y una normativa de equiparación de la remuneración de hombres y mujeres, así como una campaña en contra del concepto mismo de los hijos ilegítimos, vinieron a redondear aquella serie de leyes y regulaciones. Con el empeoramiento de la situación política y económica en 1977, la Auxiliar de Mujeres se unió al Comité Marxista de Mujeres por el Progreso para crear el Comité Conjunto por los Derechos de la Mujer. Este nuevo foro impulsó una ley de permisos por maternidad, luchó contra los aumentos de precios y destapó casos de acumulación ilegal de existencias en los mercados con fines especulativos. Durante ese periodo, la campaña para la

liberación de la mujer contaba con una agenda y con una organización. Pero esa dinámica acabó desapareciendo con la llegada de las reformas impulsadas por el FMI. El Estado dejó de servir de vía válida para la generación y adquisición de poder para las mujeres de clase obrera. Las organizaciones políticas acabaron marchitándose o recabando fondos y apoyos en otras partes.

Esas «otras partes» son muy significativas. Diversas fundaciones privadas de los Estados atlánticos se ofrecieron para facilitar pequeñas cantidades de fondos a aquellas organizaciones que se veían obligadas a capear el temporal de la pérdida de sensibilidad social del Estado. Algunos de estos grupos pasaron a asumir la función de este en cuanto a la provisión de los servicios básicos de supervivencia (sanidad, alfabetización, sustento alimentario). El Banco Mundial los elogió por realizar algo que el Estado de la liberación nacional ya llevaba a cabo de forma rutinaria. Además, los colectivos que presionaban a favor de cambios sistémicos o que tenían más marcado contenido político padecieron recortes en su financiación. Sistren, una pequeña organización política y cultural jamaicana, inició su andadura en la década de 1970 como una beneficiaria más del régimen socialdemócrata. Cuando este se desmoronó, logró continuar adelante gracias al dinero que recibía de fundaciones norteamericanas. Una de sus líderes, Honor Ford-Smith, recuerda que la Fundación Interamericana dejó de financiar a Sistren cuando esta insistió en participar en una actividad «política inaceptable» según aquella fundación: una manifestación contra el *apartheid*. En su momento, el movimiento feminista jamaicano y la Oficina de la Mujer del Estado socialdemócrata impulsaron un conjunto nada desdeñable de leyes dirigidas a transformar la situación social de las mujeres. Estos otros grupos más nuevos, sin embargo, no podían ya ejercer una capacidad de influencia semejante. Lo más que podían hacer era ofrecer su apoyo o expresar su descontento. El aparato institucional del Estado con el que sacar adelante el programa de liberación de las mujeres había dejado ya de existir.[28]

En 1979, analistas y políticos de todo el Tercer Mundo se reunieron en Kingston con motivo de una conferencia internacional sobre el trauma sufrido por la economía política del planeta. De aquel encuentro salió «La declaración del Terra Nova sobre el sistema monetario internacional y el Tercer Mundo». El FMI se presentaba a sí mismo como una institución intachable dedicada a la reforma global, pero, para las personas presentes en aquel encuentro de Kingston, se trataba más bien de un instrumento de perpetuación de la desigualdad. El G-7 dominaba los procedimientos y las políticas del

Fondo, y entendía que las reglas de este eran aplicables a las naciones oscuras y no a los Estados industriales avanzados. Ese fue el motivo por el que los países del G-7 no se adhirieron a los requisitos de ajuste estructural del FMI en materia de déficits presupuestarios y subvenciones públicas. El G-7 quebrantaba las normas cuando quería y maltrataba al «Fondo con total impunidad cuando le venía en gana».[29] El FMI estaba al servicio del G-7, pero no al del G-77. Esa era la lección que se extraía de la «declaración del Terra Nova».

La declaración mostraba que, mientras que el casi centenar de Estados del Tercer Mundo miembros del FMI sumaban menos del 37% del peso de los votos en las decisiones del Fondo, las cinco potencias industriales más importantes controlaban más del 40% del poder de voto total (Estados Unidos tenía por sí solo el 20% de los votos en el FMI). El Fondo estaba controlado, pues, por Estados Unidos y otros países industriales avanzados. De hecho, el gobierno estadounidense era plenamente consciente de ello y se recordaba a sí mismo que solo promovería las políticas de esos organismos internacionales si «podemos y queremos cumplir algún objetivo político importante en la banca ejerciendo la capacidad de influencia de la que disponemos».[30] La «declaración del Terra Nova» exponía que «el FMI, actuando en defensa de los principales países capitalistas industrializados, ha asumido un papel creciente de policía financiero y económico en los países del Tercer Mundo».[31]

Pese a estar sumido en la crisis, el Tercer Mundo ofreció diversas reformas posibles para la economía política mundial, pero pocos hicieron caso de ellas. En el propio hotel Terra Nova, los delegados reconocieron la necesidad de llevar a cabo importantes «reformas estructurales internas», como, por ejemplo, unos controles más estrictos del flujo de capitales, un control sobre el comercio exterior y una mejor gestión de la producción local. Ninguna de esas medidas sintonizaba con la globalización impulsada por el FMI y la mayoría serían luego esbozadas en la Conferencia Sur-Norte sobre el Sistema Monetario Internacional y el Nuevo Orden Internacional celebrada en Arusha, Tanzania (junio-julio de 1980). La «iniciativa de Arusha», al igual que la «declaración del Terra Nova», daba a entender que el FMI había comprometido su integridad al mantener una relación excesivamente estrecha con el G-7, y que el G-77 necesitaba reformar el FMI para convertirlo en un organismo de «apoyo a un proceso de desarrollo global, sobre todo, en los países del Tercer Mundo, que contienen la mayoría de la población pobre del planeta». La nueva política monetaria internacional que pudiera conseguir algo así tendría que alcanzar la estabilidad, restablecer unos niveles razonables

de empleo y crecimiento sostenible, y frenar la inflación en la economía mundial. Para ello, el FMI estaría obligado a restringir el inmenso poder del G-7 en lo que al dominio de la producción, los precios, los tipos de cambio y el comercio mundial se refería.

Partiendo de tales objeciones y objetivos basados en principios, la «iniciativa de Arusha» expuso los siguientes cuatro «atributos principales de un nuevo sistema monetario»:

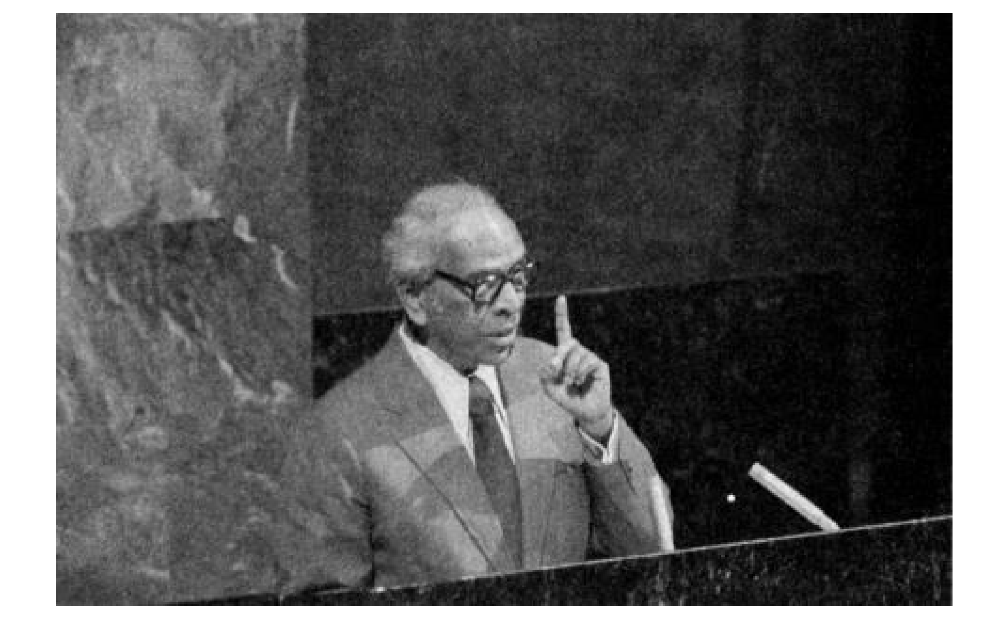
1. Una gestión y un control democráticos, o, dicho en términos más concretos, un cambio estructural de la política que permite que el mayor donante sea quien tenga más voz y voto (como sucede en el FMI).
2. La universalidad, es decir, la obligación de que *todos* los Estados participen en los acuerdos internacionales.
3. La instauración de una unidad monetaria internacional como medio de intercambio y como principal activo de reserva, a fin de sortear el poder global del dólar.
4. Una inmediata «transferencia de recursos» que ponga fin al inmenso desequilibrio existente en el sistema mundial.

A comienzos de la década de 1980, propuestas como esas sonaban como jeroglíficos indescifrables a oídos de muchas autoridades e instituciones.

Los delegados reunidos en el hotel Terra Nova reconocieron que cualquier reforma democrática contraria a la agenda de prioridades de la globalización impulsada por el FMI se enfrentaría a serios problemas políticos. Si un gobierno no contaba con el apoyo de su población a la hora de hacer frente a las abstractas fuerzas de dominación económica del G-7, acabaría expulsado del poder. Por ese motivo, «los gobiernos deberían adoptar formas de movilización, organización y educación populares que les permitieran procurarse la cooperación activa de una alianza social de apoyo a su acción, y la autoridad moral para pedir sacrificios. La experiencia ha demostrado que las personas realizan sacrificios voluntarios cuando saben que son en aras de un futuro mejor, y que toleran errores de gestión que forman parte natural de cualquier proceso de aprendizaje».[32] Tales sacrificios, además, no se habrían acercado ni de lejos a la austeridad que ha tocado vivir a muchas de esas poblaciones durante la época post-Tercer Mundo.

Singapur

Al mismo tiempo que se helaban las esperanzas de Jamaica, se elevaban vertiginosamente los sueños de otras islas, situadas estas en la cuenca del Pacífico. El ascenso de Japón como gigante económico sorprendió a muchos, especialmente después de que la Segunda Guerra Mundial hubiera devastado aquel país. Siguiendo de cerca la estela japonesa, apareció también otro conjunto de Estados que la prensa mundial bautizó como los cuatro Tigres o Dragones asiáticos (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur y Taiwán), y justo detrás de estos se situaron también los cuatro Tigres o Dragones «Menores» (Indonesia, Malasia, Tailandia y la zona costera de la China continental). Entre 1960 y 1990, mientras las cifras macroeconómicas del Tercer Mundo se desplomaban, Japón y los Tigres no dejaron de presentar unos espectaculares resultados económicos. Esos cinco países no solo experimentaron tasas de crecimiento superiores a las de la mayoría de las demás naciones o regiones del planeta, sino que también efectuaron avances muy significativos en el comercio global. En los treinta años transcurridos desde 1960, la cuota de exportaciones de esos Tigres sobre las exportaciones mundiales totales pasó del 1,5 % al 6,7 %. Su cuota con respecto a las exportaciones totales del Tercer Mundo creció igualmente desde el 6 % hasta el 34 %, mientras que su cuota sobre las exportaciones manufactureras del Tercer Mundo pasó del 13,2 % a un increíble 61,5 %. A diferencia de la mayoría de grandes saltos adelante de ese tipo, los Tigres no crecieron a costa de unas desigualdades internas extremas. En 1990, todos esos países evidenciaban una mejora sustancial en su distribución de la renta, encabezados por Hong Kong y Singapur, pero con Corea del Sur y Taiwán a poca distancia. En 1993, el Banco Mundial publicó el documento *The East Asian Miracle*, el primero de una serie prometida de trabajos de investigación sobre las políticas aplicadas en esos países y dirigidos al público en general. El título en sí («El milagro del Asia oriental») proporciona ya una idea del asombro con el que el mismísimo Banco Mundial contemplaba los admirables índices de crecimiento y la relativa equidad económica que se habían registrado en esos Estados de la costa del este asiático.



Nueva York, septiembre de 1976: El ministro de exteriores singapurense, S. Rajaratnam, presenta algunas de sus tesis ante la Asamblea General de la ONU. (© Bettmann / Corbis.)

El éxito de los Tigres apagó el entusiasmo despertado en su momento por los esfuerzos tercermundistas de transformación del orden mundial. Si aquellos pequeños países asiáticos podían abrirse paso entre las restricciones de la economía política internacional, ¿por qué no iban a hacerlo otros también? Singapur, aun contando con una superficie total similar a la de Jamaica y habiendo conquistado su independencia también a principios de la década de 1960, tenía el privilegio de ser la segunda economía más competitiva del mundo (tras Estados Unidos). El producto interior bruto de esa pequeña isla creció entre 1965 y 1990 a una media anual del 6,5 % (el doble que la de otros lugares comparables). Los considerables índices de crecimiento alcanzados por Singapur durante esas pocas décadas eclipsaban incluso los de su antiguo amo colonial, Inglaterra.[1] El motor de semejante explosión radicó en la exportación singapurense de manufacturas. En 1960, solo un 7,2% del PIB de Singapur procedía de las exportaciones industriales; en 1990, sin embargo, las ventas de manufacturas al extranjero suponían ya algo más de las tres cuartas partes del producto interior bruto. El enorme crecimiento económico elevó el nivel de vida de toda la población. Pero los principales beneficiarios de esa expansión fueron los singapurenses que componían el 3% más rico de la sociedad del país: la élite que

controlaba las áreas de las finanzas (Lien Lin Chow, Khoo Teck Puat, la familia Lee y Wee Chor Yeow), los negocios inmobiliarios (Ong Beng Seng, Kwek Leng Beng y Ng Teng Fong) y los medios de comunicación (la familia Shaw). La élite de Singapur no es ostentosa, pero transcurridas tres décadas desde la independencia nacional, sus miembros habían sabido hacerse valer como actores globales en los mercados mundiales.[2]

Singapur no es un caso único. Diversos millonarios (primero) y multimillonarios (después) empezaron a surgir también de norte a sur y de sur a norte de la costa asiática del Pacífico, así como en las economías capitalistas más consolidadas del Tercer Mundo. Taiwán produjo figuras como Tsai Wan-Lin (banca y seguros) y Y. C. Wang (industria química). Hong Kong alumbró a magnates de los negocios inmobiliarios como Li Ka-Shing (amo también de una división de telecomunicaciones), Kwok Tak-Seng y Lee Shau Kee. De Corea del Sur salieron Huang Jen-Chung (financiero) y Wong Ta-Ming (empresario industrial), entre otros muchos. Estos hombres (pues la inmensa mayoría de ellos son varones) actuaron como reclamo para una burguesía tercermundista caracterizada por una mayor confianza (recientemente adquirida) en sus propias posibilidades: personas como los Birla y los Tata (de la India), los brasileños Antônio Ermírio de Moraes y Júlio Bozano, y los filipinos Tan Yu y Jaime Zobel de Ayala, entre otros. Uno de los rasgos culturales comunes a toda esta alta burguesía es la suposición de que su riqueza ha sido ganada con merecimiento, que fue la consecuencia lógica del ingenio de un fundador y que ha sido mantenida gracias a los esfuerzos de la familia. No hay magnate o titán de los negocios que crea que ha conseguido lo que tiene por mor de la intervención del Estado o por pura suerte. El éxito de las islas del este asiático y sus famosos empresarios atrajo a la burguesía del resto del Tercer Mundo y la «desengañó» del camino seguido hasta entonces por sus propias sociedades. En la década de 1980, cuando la crisis de la deuda azotaba al resto de la población tercermundista, las élites de ese resto de países del Tercer Mundo se sentían inspiradas por el ejemplo de la cuenca asiática del Pacífico, en el que buscaban un modelo que seguir. Singapur era la meca de los burgueses de las naciones oscuras.

En la década de 1980, Singapur y los otros Tigres asiáticos no solo exhibían unas impresionantes tasas de crecimiento, sino también toda la espectacularidad característica del éxito del capitalismo avanzado. En 1965, año de la independencia definitiva de Singapur, su ministro de Exteriores, Rajaratnam, definió a su país como una «ciudad global». Según ese punto de vista, existía ya entonces una

cadena de urbes (Singapur-Hong Kong-Seúl-Taipei-Tokio) que «comparten y dirigen, con diversos grados de importancia, un sistema económico de alcance mundial».[3] El milagro del Asia oriental, según Rajaratnam, residía en la ciudad. Esta no era ya la ciudad industrial del siglo XIX. Las urbes de las que él hablaba eran las representantes de la nueva época móvil de la globalización impulsada por el FMI. La ciudad global ignoraba la producción, ponía el énfasis en el consumo y generaba dinero mediante la distribución. Ahora bien, las catedrales del capitalismo erigidas en el corazón de esas urbes tienen mucho que eclipsar: los rascacielos se perfilan contra su horizonte como una presencia dominante que oculta la historia misma y las luchas contemporáneas de esos núcleos urbanos. Singapur y Hong Kong, hogar cada una de ellas de poblaciones inmensamente complejas, celebraban su propia diversidad y animaban a sus habitantes a deleitarse en el presente. «¿Y qué si Singapur no tiene ningún paisaje en el sentido pleno de esa palabra?», se pregunta el escritor Peter Schoppert. «Quizá sea mejor estar perdido que encontrarse. ¡Quién necesita ese maldito lastre de tierra y destino! Singapur son rutas, no raíces: un punto de intersección entre las trayectorias de mil viajes distintos. Singapur es la suma de cien diásporas: de noche, es como si todo el mundo aquí estuviera soñando en algún otro lugar».[4] La ciudad alberga a una burguesía segura de sí misma y a una clase media con aspiraciones, deseosas ambas de romper lazos con el mundo rural y con su propia clase obrera. Seúl y Taipei acaban arrogándose la representación del resto de Corea del Sur y de Taiwán, respectivamente, mientras que Hong Kong y Singapur se ven liberadas del resto del planeta: pequeños oasis de capital y bienes que no padecen ninguno de los problemas típicos de los países dotados de una masa territorial diversa.

Singapur-Hong Kong, Dubai-Kuwait, y otras duplas parecidas simbolizan la movilidad del capital y las mercancías, pero no encarnan la producción de nada. La ciudad global oculta entre sombras sus escenarios de producción, como ocultos están también los bajos salarios en las ZPE (en Corea del Sur, por ejemplo, equivalen al 11 % de los salarios medios en Estados Unidos) y las disparidades de género en el lugar de trabajo (las mujeres surcoreanas cobran aproximadamente la mitad que los hombres por el mismo empleo). Estos incómodos datos sobre las penurias persistentes de un gran número de personas residentes en los Tigres asiáticos o en las áreas de interior de dichos Tigres (personas que proporcionaban, por lo tanto, a esos productores mano de obra móvil y, a menudo, desprovista de derechos) no quebraron en absoluto el entusiasmo del Banco Mundial.

Las naciones oscuras habían producido por fin un milagro.

Y había que convertirlo en universal. La receta del BM para los regímenes endeudados del Tercer Mundo tenía todo el buqué de un añejo vino neoliberal envasado en unas nuevas y milagrosas botellas asiáticas. «Estos aspectos de orientación al mercado que caracterizan a la experiencia del Asia oriental —escribió el BM— pueden recomendarse de forma general salvo en muy contadas excepciones».[5] Aunque a regañadientes, el informe del Banco Mundial reconocía también el papel desempeñado por la intervención estatal de inspiración tercermundista, pero, al mismo tiempo, se apresuraba a dejarla de lado: «Otras estrategias más exigentes desde el punto de vista institucional han fracasado por lo general en otros escenarios y resultan claramente incompatibles con entornos económicos en los que los elementos fundamentales aún no se hallan consolidados. [...] En algunas zonas del África subsahariana y de América Latina, así como en el resto de Asia, [...] la implicación activista del gobierno en la economía ha salido mal casi siempre. Así pues, el hecho de que las intervenciones fueran un elemento explicativo del éxito de algunas economías del este asiático no significa que deban ser intentadas en otros lugares ni que deban ser utilizadas como excusa para posponer las necesarias reformas orientadas al mercado».[6] El Banco Mundial hablaba así en nombre de una burguesía que tanto anhelaba negar la intervención estatal que le había dado la vida como eludir cualesquiera regulaciones públicas aún vigentes que hubieran sido implantadas en su momento con algún fin nacionalista. También hablaba (y de manera muy significativa) en nombre de las haciendas públicas de los países del G-7 y de las élites financieras que vivían en las ciudades globales de Londres, Nueva York y Tokio. Además, aquella construcción conceptual del llamado «milagro» permitía a los Tigres asiáticos postularse con gran autoridad en los foros del NOAL en contra de la línea propuesta por Castro y la izquierda. Su crecimiento galopante pesaba mucho más a la hora de cimentar sus argumentos que la inflación galopante por la que también se caracterizaban las economías de esos países. Dado que las referencias al «milagro» (que se remontaban a fecha tan temprana como 1973) se hacían sin la más mínima preocupación por su correspondencia con los hechos, a fuerza de reiteradas se les acabó atribuyendo más crédito que a la realidad misma de la «vía» asiática oriental.

El informe del Banco Mundial y la imagen que los propios Tigres tenían y proyectaban de sí mismos minimizaban los hechos históricos principales. La sensación causada por Singapur y los otros Dragones se debía, en gran parte, a un conjunto de ventajas privativas de ese grupo

de países. Para empezar, la experiencia colonial de los Tigres asiáticos había resultado objetivamente positiva para ellos. Tomadas por los británicos como bases para el comercio de estos con China, Singapur (1819) y Hong Kong (1841) heredaron pocos de los problemas de la historia del resto de naciones. Apenas contaban con agricultura, y la poca existente pronto desapareció ante el hambre edificadora (Hong Kong no solo urbanizó todo su paisaje disponible, sino que reclamó parte de su actual territorio al mar para construir un aeropuerto y algunas zonas residenciales). Tanto Singapur como Hong Kong prosperaron como puertos francos para el embarque de opio y otras mercancías. Eran paraísos para el capital, en los que el problema de la producción (mano de obra incluida) había sido transferido a alguna otra parte. Podían considerarse una especie de gigantescos depósitos de almacenaje y distribución. Taiwán y Corea, por su parte, ocupadas por los japoneses, fueron escenario de una auténtica ofensiva contra su clase terrateniente y de una reforma agraria forzada. El feudalismo desapareció de la faz de esos países a punta de fusil (de fusiles Arisaka, para ser más exactos). Por otra parte, la maquinaria colonial japonesa exportó allí su complejo sistema de desarrollo capitalista basado en la interconexión *zaibatsu*-Estado. El *zaibatsu* (llamado *chaebol* en Corea) es un conglomerado industrial que controla las finanzas, la producción y la distribución de todo el grupo empresarial en cuestión, y que cultiva además una relación de proximidad con el Estado. La alianza entre este y los *zaibatsu* generó una ideología filial que aplastó toda disensión e infantilizó a los trabajadores, hasta el punto de que la fábrica pasó a convertirse en un curioso cruce entre barracón militar y hogar. Ese sería el modelo que finalmente se exportaría a Corea y a Taiwán. En la década de 1930, la teoría de los «gansos en formación de vuelo» del economista japonés Katane Akamatsu llamó la atención de los *zaibatsu* y del Estado imperial japonés: el ganso que lideraba la formación (Japón) desarrollaba tecnologías y productos; a medida que iba desplegando y perfeccionando nuevas líneas de producción, transfería las antiguas a sus colonias (Taiwán y Corea), que, de ese modo, se desarrollaban a la estela de su líder. Tanto los japoneses como los británicos instauraron fuertes estructuras estatales y supeditaron a las clases dominantes locales al poder de esas instituciones de Estado. El dominio colonial, pues, sentó las bases del potencial del desarrollo capitalista a orillas del Pacífico asiático.[7]

La Segunda Guerra Mundial fue devastadora en el Asia del Pacífico. Dejó a Singapur sumida en el caos. El auge del movimiento comunista en Malasia y Singapur amenazaba el control británico sobre

la región, así que los británicos y el partido comunista libraron una guerra desde 1948 hasta la independencia malaya en 1957. En Singapur, el movimiento comunista desarrolló un apoyo masivo entre la clase trabajadora china. Conscientes de la fuerza creciente de la izquierda, un grupo de personas educadas en Inglaterra liderado por Lee Kuan Yew creó el Partido de Acción Popular (PAP). El PAP selló una alianza con los sindicatos comunistas a fin de expulsar a los británicos. Para las primeras elecciones, las de 1959, el PAP elaboró un programa que reflejaba su ecléctica ideología: una mezcla de socialismo, pragmatismo, multiculturalismo y nacionalismo.[8] En 1961, cuando el PAP había adquirido ya cierta seguridad y confianza en sus posibilidades, expulsó de sus filas a su ala izquierda (que se reconstituyó con el nombre de Barisan Sosialis, o Frente Socialista). En 1963, el Estado del PAP orquestó la llamada Operación Frigorífico, dirigida a «borrar por completo a los máximos dirigentes del BS [Barisan Sosialis]». El principal economista del PAP (y primer ministro de economía de Singapur), Goh Keng Swee, advirtió al gabinete que no se dejara seducir por los encantos del libre mercado ni por los del socialismo. Lo que Singapur necesitaba de verdad, según él, era el desarrollo guiado de su libertad de empresa.

Lee Kuan Yew, el líder del PAP, procedía de una familia china singapurense reputada y de dinero. Estudió en las mejores escuelas inglesas de la isla (la Raffles Institution y el Raffles College) y se tituló por el Fitzwilliam College de la Universidad de Cambridge. Años después, el líder singapurense, consternado por el triste final del periodo de unificación con Malasia (1963-1965), entre disturbios antichinos orquestados por organizaciones políticas malayas, lloró ante las cámaras de televisión mientras explicaba a su nueva nación isla que aquel era un «momento de angustia» para él.[9] La naturaleza hobbesiana de la política moderna era algo que afligía particularmente a Lee, cuyos orígenes aristocráticos le dictaban la necesidad de una forma más jerárquica de administración. Singapur, según declaró ante un grupo de periodistas unos días después de la independencia definitiva de la isla, «debía ser una república. No tenemos un sultán ni un rajá». Y esa república singapurense no era «democrática en exceso», en sintonía con los gustos del máximo mandatario de Singapur.[10] A su juicio, la democracia no solo tenía tendencia a degenerar en un mero gobierno de la turba (como en Malasia, año 1965), sino que también desaprovechaba el talento de las clases cultas. En una conferencia pronunciada en la Universidad de Harvard en 1968, Lee explicó que, cuando un Estado estaba muy politizado, acababa absorbiendo en sus cuitas los talentos de personas que, en

realidad, no deberían estar participando ahí, sino en la economía productiva. En un contexto así, «no se hacía el mejor uso posible» de las personas con mayor nivel de preparación, pues, cuando se lanzaban al combativo ruedo de la política, estas pasaban a estar «mejor dotadas para levantar a su pueblo que para ocuparse de mundanos asuntos de la administración y la economía».[11] La política interfería en una labor tan necesaria como era la del desarrollo; el marco ideológico elaborado por Lee para el PAP aislaba el mundo de la política del resto de la sociedad singapurense y trataba de centrar la atención de la población en el incremento de las tasas de crecimiento. Las diferencias políticas se suprimían así mediante la creación de una economía «fuerte». La siniestra Operación Frigorífico fue una temprana señal indicativa de la expulsión de la política del ámbito de la sociedad singapurense. Los Tigres asiáticos se emularon unos a otros en ese aspecto: dos dictaduras consecutivas (lideradas por Park Chung-Hee y por Chun Doo-Hwan, respectivamente) controlaron Corea del Sur entre 1960 y 1988; en Taiwán, el Kuomintang gobernó un Estado unipartidista desde 1949 hasta 1996; y Hong Kong siguió siendo una colonia británica hasta 1997. Ninguno de esos Estados tuvo siquiera la pretensión de ser una democracia política.

La burguesía del Tercer Mundo no escatimaba elogios al milagro del Asia oriental durante la década de 1980, pero lo cierto es que durante las décadas de 1950 y 1960, los Dragones habían transitado por una senda mucho más familiar para los demás países tercermundistas, aun cuando bendecidos por unas mejores condiciones básicas (resultantes de sus diversas reformas agrarias y de la existencia de instituciones como los *chaebol* para la organización de sus industrias). El PAP de Singapur, dirigido por el carismático Lee, siguió los consejos de Goh Keng Swee en materia de intervención estatal. Así, el Plan de Desarrollo de 1960-1964 adoptó la estrategia de la industrialización mediante la sustitución de importaciones. Todos los fondos acumulables iban a parar a empresas de propiedad pública y a la expansión de las funciones del propio Estado. Dentro de su compromiso con la creación de un Estado fuerte, el PAP, como muchos de los partidos políticos de la cuenca asiática del Pacífico, diseñó políticas dirigidas a dificultar el crecimiento político de la clase media. En 1966, Lee explicó en una reunión de una delegación local del PAP que los económicamente poderosos tenían que ayudar a crear un Estado fuerte porque, «ya se sabe, uno puede ser el millonario más grande del mundo, pero jamás se va a librar de estar en serios apuros si el país se va a pique».[12] Ese mismo año, el confidente de Lee, Rajaratnam, anunció a la nación que «el ciudadano medio» no debía

pensar que «su interés particular y el interés nacional son la misma cosa. Debe más bien tratar de arrimar el hombro para que su interés personal encaje en el interés nacional, pues, a largo plazo, si el país se desintegra en medio de la anarquía política y el caos económico, la satisfacción del interés propio se vuelve una empresa imposible».[13] El Estado intervencionista se hizo cargo del desarrollo, al tiempo que pedía a la población (y a la clase media, en particular) que pusiera su ingenio y su entusiasmo al servicio del desarrollo económico y la iniciativa privada. La cara superficial de ese Estado fuerte era la mostrada en medidas como la prohibición de escupir en lugares públicos o como la longitud máxima del cabello que debían cumplir los pasajeros a su llegada al aeropuerto de Changi para que se les autorizara la entrada en el país. Pero el Estado no se limitó a remitir a la clase media al ámbito privado de sus casas o de sus negocios, sino que también entró en sus hogares dictando, por ejemplo, cuál debía ser el tamaño de sus familias. La existencia del Estado, según explicó Lee Kuan Yew al periodista Fareed Zakaria, tiene como fin «la existencia de una sociedad bien ordenada».[14]

Además de coincidir con ciertos puntos económicos del Movimiento de Países No Alineados en general, Singapur se sumó al Tercer Mundo en los múltiples foros en los que este se reunió. En la primera conferencia de prensa que Lee celebró tras la independencia, un periodista le preguntó si Singapur pediría el ingreso en la Conferencia Afro-Asiática, a lo que el líder singapurense replicó: «¿Y cómo no? ¿Acaso queremos ser unos marginados? Seguro que no. Y me imagino que todos los jefes de gobierno y de Estado con los que me he reunido en África o en Asia ya se habrán dado cuenta de que no soy ningún pelele. [...] No hay esperanza alguna de sobrevivir si no tengo amigos que estén preparados por los motivos que sean (pueden ser motivos egoístas, pero eso me resulta irrelevante siempre que no me tomen por un pelele) a garantizar mi supervivencia».[15] En aquel entonces, los amigos de Singapur se encontraban en el Tercer Mundo, pero la primera prioridad del nuevo Estado era su propia región. En 1967, impulsó la creación de la ASEAN, que adoptó los principios del NOEI en su encuentro inaugural. En fecha tan tardía como 1979, la ASEAN seguía reiterando su compromiso con la creación y el mantenimiento de un fondo especial que contribuyera al control de los precios de los productos básicos. En 1970, Singapur ingresó en el NOAL. Durante ese periodo, y por emplear las palabras de Lee, Singapur no fue el pelele de nadie.

Cuando Singapur se segregó de Malasia, en 1965, se vio obligada a reconsiderar la estrategia de la sustitución de importaciones porque,

al haberse convertido en una pequeña isla independiente, carecía de un mercado interior suficientemente grande como para seguir adelante con el programa anteriormente aprobado. Ese hecho en concreto (la escisión de Malasia) hizo que el gabinete singapurense recondujera al Estado isla por una nueva senda: la de la producción industrial orientada a la exportación. Ese fue el contexto en el que Rajaratnam calificó a la nación isla de ciudad global. Para transformar a Singapur en un gran centro de fabricación, almacenamiento y transbordo de mercancías industriales, se necesitaba una ingente inyección de capital. Como ya sucediera con Taiwán y con Corea del Sur (así como con Japón), la escala del capital necesario trascendía con mucho la capacidad de la propia población interna de esos países. Tenía que venir de alguna otra parte. Pues bien, el secreto de la sensación causada por los Tigres radica en esa aportación original de capital, porque solo con ella pudieron relucir como lo hicieron sus diversas ventajas institucionales de partida.

Gran parte del capital inversor provino de la capacidad que demostró el PAP para captar el ahorro interior. El gobierno mantuvo el Fondo Central de Previsión, la caja común de los pagos de la seguridad social para todos los trabajadores: la inversión para las empresas de propiedad estatal y para otras iniciativas parecidas procedió de ese fondo de capital. Pero con eso no bastaba. Otras cantidades adicionales de dinero vinieron de la ayuda de la administración estadounidense, si bien esta desempeñó un papel menos relevante en Singapur que en Taiwán (13.000 millones de dólares) o en Corea (5.600 millones). La inversión en forma de ayuda que fue a parar a Taiwán y a Corea hace palidecer por comparación la cantidad total de ayuda que tanto Estados Unidos como la URSS destinaron al resto del Tercer Mundo. Además, como la mayoría de esos Estados del Asia oriental y sudoriental disfrutaban del paraguas de seguridad creado allí por los norteamericanos, también gastaban menos que otros países parecidos en sus aparatos militares.

Pero más que del ahorro interno y de la ayuda procedente del exterior, los Tigres dependieron en la década de 1960 de las inversiones de las grandes empresas transnacionales. Lee Kuan Yew reconoció ya de buen principio que su objetivo consistía en «hacer de Singapur un oasis en el sudeste asiático, pues si gozáramos de unos niveles propios del Primer Mundo, los ejecutivos y los turistas nos convertirían en una base para sus negocios y sus visitas a la región».[16] Para atraer a los turistas y al capital financiero se necesitaban normas indulgentes y calles limpias. Lee ya proporcionaba las segundas a través de su Estado autoritario; su gobierno se apresuró entonces a

generar las condiciones propicias para que reinaran las primeras. Y la cosa funcionó: entre 1960 y 1990, Singapur exhibió la ratio de inversión más elevada del mundo. En 1967, la Ley de Incentivos a la Expansión Económica otorgó enormes beneficios fiscales a esas empresas; cuando Singapur incrementó de nuevo ese tipo de tentaciones en 1970, el FMI tuvo incluso que advertirle de que «no se excediera en su generosidad».17 En 1973, Singapur había abolido las cuotas y los aranceles sobre las importaciones con el fin de crear un puerto franco de libre comercio. También fundó Zonas de Procesamiento de Exportaciones (ZPE), que prosperaron gracias a la eliminación en ellas de todo gravamen sobre la renta por parte del gobierno y a que este autorizó que funcionaran sin regulación. El PAP también aplastó a los sindicatos y absorbió todo movimiento de reivindicación obrera en su propio (y bien domesticado) Congreso Sindical Nacional (entre 1978 y 1997, en Singapur solo se vivieron dos huelgas). De resultas de esa represión, la mano de obra singapurense se había abaratado bastante ya en la década de 1970. Todo eso se produjo al tiempo que surgía la llamada Nueva División Internacional del Trabajo: la fractura del proceso de producción, la mejora en el transporte de mercancías y en las comunicaciones entre continentes, y la baja cualificación relativa que se precisaba para participar en dichos procesos productivos, permitieron que el Asia oriental se convirtiera en un gran núcleo de producción industrial para las empresas transnacionales. La concepción de ciudad global de Rajaratnam incluía también la construcción de un gran complejo de almacenamiento y procesamiento de contenedores. Tras la inauguración de este en 1972, Singapur se convirtió en la principal estación de transbordo de mercancías del sudeste asiático (en apenas unos años, el singapurense pasó a ser el tercer puerto con mayor tráfico del mundo, después de los de Rotterdam y Nueva York). Las compañías transnacionales externalizaban la producción hacia las fábricas de las ZPE, pero buena parte de la propiedad de esas factorías subcontratadas seguía estando en manos asiáticas (japonesas, concretamente). Los duros regímenes laborales en ellas vigentes, que incluían el uso de mano de obra principalmente femenina sin protección sindical ni regulación estatal de ningún tipo, permitieron que esas nuevas plataformas de la producción mundial se procuraran unas elevadísimas tasas de crecimiento. Mientras el grueso del resto del planeta sufría un empeoramiento de su situación económica, el Asia oriental salía beneficiada.

El rumbo tomado por Singapur preocupaba a sus dirigentes. Los altos índices de inversión no cambiaron la naturaleza de la economía

singapurense: continuaba produciendo bienes de gama baja para el mercado mundial. Singapur tenía que aspirar a fabricar productos de gama y valor altos si quería acelerar su desarrollo y liberarse de su dependencia del capital extranjero. Así que, a partir de 1979, el PAP inauguró una nueva estrategia de inversiones dirigidas proporcionando inmensos incentivos al capital extranjero para que este se invirtiera en producción industrial más sofisticada, turismo, comercio, transporte y comunicación, así como en «servicios intelectuales» (es decir, de medicina y financieros).[18] Esta «Segunda Revolución Industrial» precisaba no solo una inyección en forma de cualificación de la mano de obra, sino también una nueva forma de inversión. La importación de habilidades laborales y profesionales no era una novedad en el caso de los Dragones asiáticos. La insurrección y la insurgencia comunistas en sus países de origen habían hecho que muchos profesionales preparados y con aspiraciones de movilidad social ascendente huyeran a Taiwán y a Hong Kong (procedentes de China), a Corea del Sur (desde la del Norte) y a Singapur (desde China y Malasia). Estos profesionales trajeron consigo a sus sociedades de acogida habilidades mercantiles y técnicas a coste cero para aquellas. Durante los primeros años, todos los Tigres efectuaron grandes inversiones en su capital humano: mediante unos sistemas educativos financiados y gestionados por el Estado que ponían especial énfasis en las habilidades técnicas, y mediante un «salario social» mejorado que permitía mantener a la población autóctona y atraer flujos demográficos de otros lugares (de hecho, en Singapur, el Estado proporcionaba vivienda a casi todos sus ciudadanos y ciudadanas). Además, los Tigres tomaron prestadas numerosas invenciones tecnológicas desarrolladas originalmente en otros países. En 1980, sin embargo, Singapur puso en marcha una «búsqueda de talento» a escala internacional por medio de su Servicio de Información y Colocación Profesional, y de su Comité para la Atracción de Talento hacia Singapur. Se necesitaba mano de obra cualificada y el Estado salió en su búsqueda para importarla. El resultado fue una especie de «industrialización fragmentaria», de la que ciertos sectores (particularmente dependientes del capital extranjero) salieron impulsados y otros, rezagados.[19]

Singapur desarrolló así sus empresas de alta tecnología, pero su economía continuó siendo estructuralmente dependiente de las inversiones extranjeras (procedentes, sobre todo, de las grandes empresas transnacionales y de las carteras de inversión privadas). Cuando el torrente inversor japonés se secó a partir de finales de la década de 1980, la inversión china pasó a ocupar su lugar. China,

potenciada por el crecimiento en capital humano de su era socialista y por el rendimiento de las ZPE de su fachada litoral, generaba inversiones para los fabricantes industriales del este asiático. También ejercía el papel de importante importador de materias primas y de bienes industriales terminados provenientes de la región.

El mensaje antipolítico general del PAP, unido a su dependencia estructural de la inversión extranjera, restringió considerablemente el papel político de Singapur en el mundo. En 1966, en un mensaje pronunciado con motivo de la Fiesta Nacional, Rajaratnam trató de aclarar ese argumento a la población del país. Singapur es «una isla superpoblada sin recursos naturales propios», explicó el ministro de Exteriores. «Nuestra prosperidad y nuestro bienestar dependen fundamentalmente de nuestra capacidad para comerciar con otros países y para prestarles servicios. [...] Nuestra política consiste esencialmente en ocuparnos de lo nuestro sin buscarnos enemigos, pero si alguien insiste en tratarnos como tales enemigos, entonces tomaremos las medidas que consideremos apropiadas para protegernos».[20] Singapur no podía permitirse inquietar ni airar a quienes invertían en ella. En la cumbre del NOAL de 1973, los Tigres trataron de disgregar el vínculo entre la reforma económica y la reforma política del orden mundial; el Tercer Mundo cuestionaba el marco político que guiaba las decisiones económicas, y defendía la reconstrucción política del orden económico. Rajaratnam, que encabezó entonces la delegación singapurense, insistió en que las cuestiones económicas debían considerarse por separado de las divisiones políticas. La insistencia de Singapur en ese tema respondía a las predilecciones ideológicas mismas de su partido gobernante, pero, aún más, a su propia postura política restringida con respecto a quienes invertían en su economía. La Singapur independiente en lo político era, en realidad, más dependiente en lo económico que nunca.

El liderazgo que Singapur asumió en ese terreno en el seno del NOAL ha sido, posiblemente, la consecuencia a largo plazo más potente del milagro de los Tigres asiáticos. En la década de 1980, el Movimiento de Países No Alineados estaba ya plenamente contagiado del convencimiento de que el desarrollo económico es un problema técnico que no debería mezclarse con la cuestión del poder. El ejemplo y el liderazgo de los Tigres contribuyeron a que en los foros tercermundistas se abandonara la crítica política del orden económico. La crisis de la deuda convulsionó la agenda programática del Tercer Mundo más o menos al mismo tiempo que los Dragones experimentaban su conocido despegue económico. Aunque estos Tigres continuaron asistiendo a los foros tercermundistas, a partir de

esa época lo hicieron ya con la intención de promocionar la senda que ellos mismos habían seguido y para combatir nociones como la sustitución de importaciones y la cooperación antiimperialista. Coincidiendo con la caída en desgracia del NOEI, los Tigres se erigieron en adalides de la Nueva División Internacional del Trabajo. Los Dragones asiáticos se convirtieron así en promotores de sí mismos.

Pero el orgullo desmedido sobrepasó a los protagonistas del milagro del sudeste asiático cuando más parecían disponerse a gozar de un milenio de prosperidad compartida. En 1997, el baht, la moneda tailandesa, se desplomó en los mercados y activó con ello una reacción en cadena por todo el sudeste asiático que empujó a los Tigres a acudir ante el FMI en busca de un plan de rescate. La misma ola que azotaba al resto del Tercer Mundo desde finales de la década de 1970, alcanzó el Asia oriental dos décadas más tarde. Aunque, en un primer momento, el colapso de los Tigres pareció ser estructural, cuando los ánimos se calmaron, se hizo evidente que habían sido víctimas de la acción de los especuladores financieros, quienes, con sus veleidosas entradas y salidas de los mercados de moneda, lograron atrapar a los Estados del este asiático en una coyuntura no tanto de insolvencia como de falta de liquidez.

El Asia oriental, amortiguada por unos Estados autoritarios y protegida por la primacía estadounidense, había fabricado un milagro, pero, al final, los Tigres asiáticos sufrieron una caída de los precios de venta de sus productos, y la misma liberalización que tan gustosamente habían fomentado en la década de 1980 acabó por devastarlos. Una parte sustancial del crecimiento industrial de las ZPE de los Tigres se debía a su papel como montadores y suministradores de componentes para la industria electrónica (y, en especial, informática) mundial. Cuando el precio de los ordenadores cayó, el coste del chip de silicio empezó a ser parecido al de una patata frita. Un producto básico es solamente eso, un producto básico, así que cuando los factores globales empiezan a devaluar el factor trabajo utilizado en su fabricación, el mercado de los chips de ordenador puede aproximarse perfectamente al mercado de cualquier otra materia prima. China, por su tamaño económico, pudo capear bastante bien el temporal y su estabilidad proporcionó una especie de salvavidas para zonas enteras del mundo asiático oriental. La caída de precios de los productos básicos de los Dragones no solo explica el empeoramiento económico que sufrieron, sino que pone de manifiesto su proximidad estructural al resto de las naciones oscuras.

Hay otro elemento importante que resalta la similitud: la crisis del sudeste asiático de 1997 se debió, en parte, a la liberalización de

los mercados de divisas llevada a cabo por los administradores de esos Estados en colaboración con el FMI. A comienzos de la década de 1990, y bajo la presión del Fondo Monetario Internacional, del G-7 y de otros grandes grupos de interés financieros, los gobiernos de la cuenca asiática del Pacífico emprendieron una «desregulación financiera radical», o lo que es lo mismo, «eliminaron o relajaron los controles sobre los empréstitos que sus compañías tomaban del extranjero, abandonaron la anterior coordinación entre préstamos e inversiones y optaron por no reforzar la supervisión bancaria».[21] El gobierno de Corea del Sur, por ejemplo, abolió su Junta de Planificación Económica, dejó que su Ministerio de Economía y Hacienda se hiciera cargo de esas competencias y actuó como un mero espectador del fuerte endeudamiento que contrajeron sus empresas privadas con bancos extranjeros contraviniendo los principios generales que habían producido el milagro surcoreano. Esas políticas permitieron a los especuladores destrozar las monedas nacionales del este asiático. En el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico de 1996 en Manila, por ejemplo, los adalides de la liberalización comercial llevaron la voz cantante y exigieron que los países del Asia oriental cedieran de inmediato a la presión liberalizadora, como mínimo, en los sectores de la electrónica y la informática. La exigencia de liberalización con la que tan insistentemente se había bombardeado al Tercer Mundo en general se estaba dejando oír también en el este de Asia. Y si la liberalización había entrado en la agenda de prioridades del Tercer Mundo como una especie de píldora suicida tras la crisis de la deuda, en el este asiático, la liberalización de las políticas de cambio monetario y de circulación de capitales fue el germen de un auténtico colapso económico: en este caso, el sobrecargado tejado de la deuda vino a colocarse sobre las endebles paredes del impaciente capital.

La crisis de 1997 no tuvo un impacto directo sobre Singapur. El fuerte control que el Estado mantenía allí sobre la política monetaria actuó de pantalla protectora para la nación isla. Pero, pasada la crisis, su gobierno también se atrevió a aventurarse por la senda de la liberalización de los mercados financieros del país. Parte de la gestión del crucial Fondo Central de Previsión fue a parar a manos privadas. El Estado permitió que los ciudadanos privados utilizaran los ahorros que guardaban para la jubilación para invertir en el mercado bursátil, incluso para comprar acciones de empresas extranjeras en divisas igualmente extranjeras. Además, el gobierno emitió bonos de deuda pública del Estado, lo que generó un mercado de tipos de interés para el dólar singapurense. Los cimientos de la casa común de Singapur

(hasta hace poco segura) son hoy objeto de debate.

Dos reacciones reseñables se produjeron en el interior de los países del este asiático. En primer lugar, la liberalización funcionó como un excitante estímulo para la nueva burguesía de esas naciones (así como para la del antiguo Tercer Mundo en general). Esta quería que continuaran los buenos tiempos a pesar del colapso monetario y de la desigualdad creciente en el seno de sus propias sociedades. En lo que a los miembros de esa clase respectaba, daba igual si residían en Nueva Delhi, Nueva York, Tokio o Toronto: en el fondo, ellos vivían en «América». Las fortunas rápidas y los tiempos acelerados se convirtieron en los distintivos de su existencia, y como muchos de ellos habían estudiado en Estados Unidos o trabajaban en empresas transnacionales con sede central en territorio estadounidense, estaban deseosos de crear un mundo aislado e interminable de consumismo y rentabilidad financiera solo comparable al escenario de una película de Hollywood. La desigualdad real y el ajuste estructural del propio Estados Unidos no entraban en sus radares: para ellos, «América» eran las manzanas de rascacielos del centro de Manhattan.

El Club 51 de Taiwán es un ejemplo caricaturesco de esa sensibilidad. En 1996, unos cuantos miembros de la élite taiwanesa fundaron una organización (el Club 51), cuyo manifiesto fundacional instaba a la isla a incorporarse a Estados Unidos como el estado número 51 de la Unión. El club animaba a la élite taiwanesa a abandonar la «emigración individual», que consideraba «egoísta y corta de miras». En vez de emigrar como individuos, según proponía el club, la élite debía unirse y luchar para que todo Taiwán pasara a formar parte de Estados Unidos. Se trataba de un «Movimiento por la construcción del estado taiwanés». Si la élite no avanzaba en esa dirección, advertía el club, Taiwán acabaría corriendo la misma suerte que Hong Kong y acabaría integrado en la China comunista.[22] Y si bien el papel de China en el este de Asia sirvió ciertamente para instigar la formación del Club 51, de lo que tampoco hay duda es de que el fenómeno de la autoorganización de la alta burguesía en pos de una alianza con Estados Unidos no es ni mucho menos privativo de casos directamente afectados por la amenaza china como los de Taiwán o Hong Kong.[23]

También había otras élites y otros líderes deseosos de forjar una alianza con Estados Unidos, ya fuera a través de acuerdos de libre comercio o de pactos militares que produjeran situaciones económicas ventajosas para la burguesía.

En 2005, el hijo de Lee y actual primer ministro singapurense, Lee Hsien Loong, pronunció un discurso sobre «La élite de Singapur». En él

señaló que la primera generación de esa élite había luchado contra el colonialismo y se había esforzado por crear un Estado. La segunda generación no se había formado en la lucha social ni en la construcción nacional. Es, por lo tanto, más proclive a guiarse por su interés particular o de clase que por el interés nacional. Por ese motivo, Lee les dedicó algunas frases manidas al respecto de la «obligación moral» de que la élite «devuelva a la sociedad lo que esta le ha dado», y a propósito del «espíritu patriótico» que sus miembros tampoco debían abandonar. Pero reconoció igualmente que «la conciencia patriótica y del deber no es algo que podamos dictar o implementar sin más». Lo más que puede hacer el gobierno, según él, es instar a la élite a actuar de un modo menos venal que el que evidencia generalmente.[24]

Lo que nos muestra esta evolución de los acontecimientos es que hay sectores de la burguesía entre los que se registra una lenta erosión de la lealtad nacional y el crecimiento de unos sentimientos cosmopolitas extranacionales que son mucho más concordes con ese cálculo del interés económico tan netamente burgués. Tal vez nos hallemos a las puertas de la creación de una auténtica burguesía global (al menos, en cuanto a estilo, cuando no en estructura) y, por consiguiente, de un realineamiento político entre ciertos Estados cuya burguesía anhela un compromiso más claramente proestadounidense, aun cuando esto pueda resultar contraproducente para la inmensa mayoría de la población de sus países. Lo que mueve a esta auténtica burguesía global no es tanto la lista de prioridades nacionales de sus respectivos países como el «patriotismo» de la cuenta de resultados, así como una especie de necesidad de reafirmación de su herencia cultural.

Fue la globalización de estas «turboélites» la que propició buena parte de la euforia mundial que se vivió en la década de 1990: tras la caída del Segundo y del Tercer Mundo, nada parecía capaz de resistirse a la amplia unidad formada por las clases «sofisticadas» de todo el planeta. Ese insulso empeño en obtener un rápido arreglo para las contradicciones de las naciones maltrechas del mundo procedía de una generación que no se había criado en una situación de colonialismo formal, sino dentro del propio proyecto tercermundista. Lo que para las élites producidas por dicho proyecto eran restricciones y limitaciones, para sus padres y las personas de la generación de estos habían sido elementos de la arquitectura necesaria para producir la libertad. La nueva generación, la del ajuste estructural, quería la parafernalia típica del capitalismo industrial avanzado, pero sin una conciencia adecuada del proceso histórico que la hace posible. La

venta por liquidación de los activos públicos de los países del Tercer Mundo debe verse en el contexto de esa impaciencia por alcanzar la riqueza privada aun a costa del desarrollo de la nación. Es evidente que el engrosamiento caprichoso de las cuentas bancarias privadas no sirve de nada a la sociedad en la que viven los titulares de estas. Los límites exhibidos por esa clase social a partir de la década de 1970 no son seguramente culpa suya; sus caprichos son resultado, más bien, del ajuste estructural del Tercer Mundo.

El segundo fenómeno surgido de la crisis del este asiático fue la vuelta a un culturalismo primordial. Ante la acusación de que el colapso vivido en el Asia oriental respondió a un exceso de corrupción, el líder singapurense, Lee Kuan Yew, insistió en su convicción de que solo los valores confucianos (pese a sus defectos) podían crear estabilidad y crecimiento. «El confucianismo tiene ciertos puntos débiles», admitió en una ocasión. «Uno se debe a su familia y debe también lealtad a sus amigos: debe ayudarlos y apoyarlos. Eso es el confucianismo. Pero ese valor se degrada cuando alguien usa recursos públicos aprovechándose de su puesto oficial con el fin de cumplir ese deber para con su familia y sus amigos».[25] El máximo mandatario de Singapur no pedía un abandono del confucianismo, sino una recuperación más intensa de este: una vuelta a los «valores asiáticos». En un momento como el actual, en el que la globalización impulsada por el FMI desgarra el corazón mismo del Tercer Mundo, somos testigos de una mayor atención a esos valores culturales y de una perversión del nacionalismo mismo, que abandona su anterior significado como ideología de liberación nacional para convertirse en un nacionalismo cultural. Curiosamente, el único tipo de explicación del milagro asiático oriental que haría de este un fenómeno imposible de exportar es el que le ha servido a Lee Kuan Yew para guardar las apariencias. Pero Singapur y el este de Asia no son un caso único en ese sentido: el resto del mundo en estos tiempos estructuralmente ajustados se refugia también en la cultura como bálsamo contra las crueldades del «turbocapitalismo».

La Meca

En mayo de 1962, el príncipe heredero de Arabia Saudí, Faisal, dio la bienvenida a 111 ulemas (eruditos de la fe islámica) a la ciudad de La Meca. Habían llegado allí para cumplir con el *hajj*, el peregrinaje anual de los musulmanes a su ciudad más sagrada. Estos ulemas también habían acudido allí con el propósito de reformar una organización moribunda: el Congreso Musulmán Mundial. Bajo la vigilante mirada de Faisal, debatieron sobre los problemas a los que se enfrentaban los musulmanes en los países árabes y en otros, y decidieron crear la Rabitat al-Alam al-Islami, la Liga Musulmana Mundial (LMM). La declaración final de la conferencia fue contundente: «Quienes reniegan del islam y distorsionan el llamamiento que este hace disfrazándolo de nacionalismo son, en realidad, los más acérrimos enemigos de los árabes, cuyas glorias están inseparablemente unidas a las glorias del islam».1 La LMM, por lo tanto, se organizó con el objetivo de obstaculizar el crecimiento del nacionalismo tercermundista y su concepción laica de la comunidad, y para reclamar que su lugar fuera ocupado por los sublimes lazos de la religión. Gracias a la dadivosidad saudí, la LMM abrió delegaciones por todo el mundo musulmán, desde Indonesia hasta Marruecos, y se puso manos a la obra en su misión de contrarrestar el auge del laicismo y del socialismo.

Siete años más tarde, en Yida (Arabia Saudí), el ya rey Faisal, siguiendo la iniciativa del rey Husein de Jordania, llamó a crear un organismo intergubernamental que se encargara más o menos de las mismas tareas que la no gubernamental LMM. En ese encuentro de 1969 se formó la Secretaría General de la Liga Musulmana, así como la Organización de la Conferencia Islámica (OCI). La OCI fundó a su vez una agencia de noticias islámica internacional, inauguró centros culturales islámicos y organizó conferencias de forma regular dedicadas a consolidar su amplia línea de lucha contra el nacionalismo del Tercer Mundo y contra el comunismo. Los 23 ministros de Exteriores de países musulmanes que asistieron a aquel encuentro acordaron «fomentar la cooperación entre los Estados islámicos y fijar bases institucionales para el panislamismo».2

La LMM y la OCI componían el rostro internacional de lo que el régimen saudí ya venía realizando a nivel interno de su propio país. Faisal llevaba años desplegando todas las fuerzas sociales interiores en contra del crecimiento de las ideas nacionalistas del Tercer Mundo en Arabia Saudí. Nasser y los Oficiales Libres eran populares en Egipto,

sin duda, pero también en el mundo árabe en general (incluida la península Arábiga), donde los gobernantes tuvieron que aplastar diversas huelgas y golpes palaciegos afines al nasserismo. La represión no detuvo el poder ideológico de este último ni del nacionalismo tercermundista en general. Para ello hacía falta un brebaje más potente. La familia materna de Faisal lo había instruido en la cosmovisión del wahabismo, una escuela del islam que abogaba por el regreso a las formas sociales del siglo VII. La dinastía de los Saud había nacido en el siglo XVIII gracias al pacto sellado entre su fundador y el progenitor del wahabismo, Mohamed ibn Abd al-Wahab. Pese a ello, con el paso de los años, la mayoría de miembros de la familia real saudí habían mantenido una relación pragmática con los preceptos wahabistas: les mostraban sus respetos en público, pero en privado llevaban unas vidas más desenfrenadas (que incluían prolongados periodos de asueto en Europa).

Faisal era distinto: era un verdadero creyente. Aceptaba los preceptos del wahabismo (a saber, que era perentorio restituir el islam a su prístino estado original y que los creyentes debían hacer todos los esfuerzos posibles para desprenderse de las innovaciones acumuladas durante esos siglos intermedios). El racionalismo y el folclore eran igualmente despreciables. Las reglas de la sociedad emanaban, pues, de un sentido común puritano maridado con los textos sagrados (así como con la obra de Al-Wahab y con la de un erudito anterior, Ibn Taymiya). No se necesitaba nada más. Faisal aprovechó las ventajas institucionales de su fe para contrarrestar el auge del nacionalismo tercermundista. En 1970, ya había reorganizado el Ministerio de Justicia para que estuviera bajo la dirección de los ulemas y desviaba fondos procedentes de la venta de petróleo hacia la creación de una esfera pública islámica (antilaica) dedicada a fulminar del país el comunismo y el nasserismo impíos. La sociedad civil emergente tuvo, pues, una muerte prematura en Arabia Saudí.

Faisal es un símbolo de otros muchos líderes similares y de las fuerzas que estos representan. Esas personas, esos Faisales, rechazaron el nacionalismo del Tercer Mundo: tanto su laicismo y su socialismo como el tipo de modernidad que proponía. Aunque no siempre fuera así en la práctica, el nacionalismo del Tercer Mundo estaba ideológicamente predispuesto a rechazar las jerarquías y la dominación de ciertas clases y de ciertos clanes. Eso, sin embargo, era anatema para personas como Faisal, que abjuraban del racionalismo del nacionalismo tercermundista en favor de estructuras vestigiales como el puritanismo religioso, el racismo y el tribalismo. Donde el nasserismo y el comunismo prometían igualdad a secas, los saudíes

ofrecían una igualdad celestial a cambio de que el pueblo llano aceptara la jerarquía mundana. Contra la agenda programática tercermundista, las viejas clases sociales dominantes de muy diversos rincones del planeta propagaron varios tipos de ideas culturales recalcitrantes para disciplinar a sus poblaciones. Desde La Meca, la LMM actuaba en nombre de un islam riguroso e intensamente masculino. Pero no estaba solo. El peligro del comunismo y de la teología de la liberación en América del Sur provocó también una temible respuesta de las élites de la región así como de las iglesias cristianas convencionales, que se dedicaron entonces a fomentar el catolicismo anterior al Concilio Vaticano II, a alentar el estrechamiento de relaciones entre la Iglesia y las juntas militares, y a dar manga ancha al pentecostalismo para que se extendiera entre una población cansada de que sus esperanzas políticas terrenales se hubieran visto tantas veces frustradas. Esta contrarreforma cristiana vendría a ser la imagen especular de la emanada de la LMM y sus organizaciones afines.

Pero la religión no ha sido la única forma social movilizada por la elevación del nivel de las viejas clases sociales dominantes. La reinvención del tribalismo y de otras ideas atávicas por el estilo ha tenido una relevancia igualmente crucial en ese sentido. Joseph Désiré Mobutu, criado en el Congo Belga por frailes europeos, lideró el golpe de Estado organizado en 1960 contra el primer ministro izquierdista Patrice Lumumba. El Partido del Movimiento Nacional Congoleño de Lumumba había imprimido un rumbo izquierdista al por entonces recién liberado Congo y había suprimido las ventajas de las que hasta entonces había gozado el capital europeo en el país (y, muy especialmente, los inversores interesados en los inmensos recursos extraíbles del nuevo Estado). Mobutu, respaldado por Bélgica y Estados Unidos, derrocó y asesinó a Lumumba y, acto seguido, se hizo con el mando del país. En el plazo de unos pocos años, y con el fin de consolidar su posición, Mobutu llevó a cabo la «zaireización» del Congo: se cambió de nombre (Mobutu Sese Seko) y modificó también el del país (Zaire), e hizo hincapié en el retorno a una supuesta herencia cultural pura representada por un Zaire idealizado. Entretanto, aprovechó también para saquear las arcas públicas del país y para conceder contratos muy lucrativos a empresas transnacionales europeas y estadounidenses. El tribalismo promovido por Mobutu y apoyado por muchos de los Estados del Primer Mundo potenció su poder dictatorial. Según cálculos estimados, Mobutu robó unos 5.500 millones de dólares de su país al tiempo que se presentaba a sí mismo como el más zaireño de los zaireños. Su respeto por la cultura de Zaire

era más importante, al parecer, que su respeto hacia el pueblo zaireño. Tales atavismos proporcionaron cobertura a muchos para llevar a cabo un ataque directo contra las fuerzas sociales del laicismo y el socialismo, las mejores tradiciones del nacionalismo del Tercer Mundo.

En los primeros años de la era tercermundista, estas otras fuerzas sociales reaccionarias (el tribalismo y el sectarismo religioso) no tuvieron participación directa en la lucha anticolonial. En esa época, se mantenían al margen de la situación o apoyaban a los batallones imperiales, y no despertaban grandes lealtades entre la población. La sucesión de golpes de Estado contra monarquías de países árabes (en Egipto, Irak y Libia, por ejemplo) era un claro indicador de la precariedad ideológica del régimen saudí a comienzos de la década de 1960. No obstante, lo que los saudíes y otros regímenes parecidos hicieron a partir de ese momento fue preparar el terreno para el culturalismo en contraposición directa y consciente con el nacionalismo del Tercer Mundo. Pese a ello, su propia capacidad para impulsar una agenda de prioridades propia se veía dificultada por el baluarte que representaba entonces el nacionalismo y por la estrategia de desarrollo centrado en el Estado que habían diseñado y seguían los nuevos regímenes tercermundistas. Los saudíes enviaron al entonces príncipe heredero Faisal a la conferencia de Bandung de 1955, donde un paternal y amistoso Nasser se dedicó a guiar y conducir al saudí, reservado y cauteloso en todo momento. De regreso de Indonesia, el líder egipcio acudiría en ayuda de los saudíes cuando fuerzas británicas desplegadas desde Omán tomaron un oasis situado dentro de territorio saudí. Arabia Saudí y Egipto firmaron entonces un pacto fronterizo mutuo. Asimismo, los saudíes prestaron dinero a los egipcios en agosto de 1956, cuando los prestadores comerciales europeos congelaron los fondos del gobierno de El Cairo durante la crisis del Canal de Suez. El acercamiento a Egipto no fue algo excepcional. En ese mismo momento, bajo el reinado de Saud (hermano de Faisal), el reino saudí hizo gestos de apertura hacia el bloque soviético (dos príncipes acudieron a Praga en una misión dirigida a adquirir armas soviéticas y el propio monarca saudí se reunió con el embajador soviético en Irán). Aun así, las expectativas de que los saudíes se convirtieran en miembros (y en banqueros) propiamente dichos del Tercer Mundo eran mínimas. Lo que la mayoría de las partes implicadas entendían era que el reino se veía obligado a actuar como lo hacía por entonces debido a las circunstancias y al poder que el nacionalismo tercermundista ejercía en su propia órbita. No olvidemos que aquella era una época en la que

clérigos muy influyentes de diversos países (desde Egipto hasta Irán) escribían libros que veían en el islam una especie de «síntesis dialéctica» entre el capitalismo y el comunismo. Esos eruditos promocionaban el islam presentándolo como una solución moderna a los problemas modernos y como un añadido a las dos principales ideologías del mundo bipolar, pues, según ellos, «combina las virtudes de ambas y va más allá que cualquiera de ellas porque concede al hombre una dicha indescriptible: la de la satisfacción espiritual».[3] El islam de la variedad wahabista y otras ideologías atávicas similares se marchitaban ante el resplandor del nacionalismo tercermundista.[4]

Arabia Saudí no era una sociedad corriente. Era el centro de los países petrolíferos. El petróleo se introdujo en el panorama de la sociedad saudí durante los primeros años de reinado de Ibn Saud (1933). Ibn Saud se apresuró a firmar concesiones de explotación para empresas petroleras británico-estadounidenses. Y estas gozaron de gran prosperidad. Los saudíes actuaron, pues, como rentistas de unas reservas equivalentes a una cuarta parte del total mundial, al tiempo que los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña proporcionaban seguridad para la longevidad de aquel régimen antidemocrático. Los ingresos por las concesiones petroleras permitieron que la familia de los Saud se diera a una inmensa fiebre constructora: erigieron palacios en Yida y Riad (la ciudad solariega de su clan y capital del Estado), y concedieron becas y ayudas a los miembros de su amplísima familia extendida. En La Meca, el corazón de su reino, los Saud utilizaron la riqueza del petróleo para reforzar la atracción histórica de la ciudad: el peregrinaje anual del *hajj*. Con la mejora del transporte global, cada vez eran más los miles de personas que hacían su propio *hajj* (medio millón de visitantes llegaron a la ciudad procedentes del extranjero durante el reinado de Faisal). En 1956, el Ministerio de Sanidad saudí asumió las competencias de la organización y el funcionamiento del *hajj* usando para ello parte de la inmensa riqueza petrolera del país. Para facilitar ese incremento del tráfico de personas, el Estado saudí amplió y reconstruyó la Masjid al-Haram, la Gran Mezquita de La Meca, cuyo gran patio interior alberga en su centro mismo la importante Kaaba (curiosamente, el contrato para la realización de esa obra fue a parar a un inmigrante yemení, Mohamed Awad bin Laden). La largueza saudí acababa dedicándose por entonces, pues, al consumo derrochador de la familia real y a la caridad religiosa. En 1958, aquel país rico en petróleo tenía ya una deuda acumulada de 480 millones de dólares.

El príncipe heredero Faisal, que hacía uso de su propia autoridad en contra de su hermano, el rey Saud, acudió al FMI en 1957 y obtuvo

algunos créditos a condición de una política fiscal más estricta y de una devaluación del rial. Los comerciantes del petróleo prosperaron, pero el pueblo saudí sufrió las consecuencias. La monarquía seguía recaudando 300 millones de dólares anuales en concepto de regalías cobradas a las petroleras. Pero el parón en el gasto del Estado agravó la defraudación de expectativas que venía padeciendo la población, que, cada vez más, era terreno propicio para la expansión del nasserismo, del nacionalismo tercermundista y del comunismo. El resentimiento cundía entre los clanes que se sentían derrotados por el de los Saud, y los chiíes de las provincias orientales estaban cada vez más marginados por el protagonismo creciente del wahabismo suní en el aparato estatal saudí. La región oriental, donde se concentraban los inmensos yacimientos petrolíferos y las macroinstalaciones de Aramco, era también un nido de agitación laboral. En 1953, los trabajadores de Aramco se declararon en huelga durante dos semanas con el propósito (infructuoso) de formar un sindicato. Más tarde, cuando, en julio de 1956, el rey Saud viajó a Dhahran (principal ciudad de la zona) en visita oficial, fue recibido entre grandes manifestaciones de protesta. Los trabajadores reclamaban derechos básicos, mientras que la población en general deseaba la supresión de la base militar estadounidense (en plena expansión por entonces) que tranquilizaba con su presencia a los cuatro mil empleados norteamericanos de Aramco y garantizaba la hegemonía de esta empresa en la zona. En el sector saudí de la base aérea de Dhahran, los oficiales se amotinaron en apoyo de los trabajadores, aunque, finalmente, fueron apresados y ajusticiados. El año anterior, en la base aérea de Taif (en la región montañosa occidental del reino), un grupo de tropas saudíes se amotinaron invocando la figura de Nasser, pero los amotinados acabarían siendo ejecutados. En 1956 y en semejante contexto, Nasser llegó a Arabia Saudí en visita oficial. Ante las multitudes que lo jaleaban en Dhahran y en Riad, aquel coloso árabe reivindicó «el petróleo árabe para el pueblo árabe». Todas esas corrientes nasseristas saltarían a un primer plano en los países árabes durante los meses iniciales de 1958. En enero, Egipto, Siria y Yemen formaron la República Árabe Unida, y en julio, los Oficiales Libres derrocaron la monarquía hachemí en Irak. En marzo, cuando la frustración saudí con Nasser había alcanzado su punto álgido, la corona de los Saud intentó asesinarlo cuando su avión se aproximaba al aeropuerto internacional de Damasco.

La amenaza nasserista fue siempre mayor que la de los comunistas, que eran muy poco numerosos en Arabia Saudí. La organización de los comunistas saudíes funcionó desde 1954 al

amparo del Frente de Renovación (llamado, posteriormente, de Liberación) Nacional. No sería hasta la década de 1960 cuando el marxismo lograría dejar huella en la península (concretamente, en Yemen y Omán). La revolución nacionalista de 1962 en Yemen proporcionó un refugio desde el que exportar las ideas nacionalistas y revolucionarias del Tercer Mundo por toda la región. Yemen apoyó al Frente Popular para la Liberación de Omán, que fue el principal instrumento de la amplia rebelión registrada en la provincia de Dhofar. Cuando los marxistas tomaron el poder en el Yemen del Sur, en 1967, el Frente Popular pasó a denominarse Frente Popular para la Liberación de Omán y el Golfo Pérsico. Los saudíes, cuya confianza en su propia capacidad militar había crecido mucho con respecto a la década de 1950, financiaron la resistencia contra el Yemen del Sur y la del gobierno omaní contra el Frente Popular. Fueron muy escrupulosos en su política de extirpación de todo resquicio de izquierda de la península Arábiga. Con el tiempo, lo único que quedó de esa izquierda fueron grupos residuales como la Unión Popular de la Península Arábiga, la Voz de la Vanguardia, el Partido Revolucionario Nadji y (a partir de 1975) el Partido Comunista de Arabia Saudí.

El nasserismo penetró los muros de palacio como un virus. Dentro de la extensa familia de los Saud, iban enconándose la insatisfacción y los agravios. Mientras los hermanos se peleaban entre sí tanto por asuntos trascendentales como por cuestiones triviales, un grupo de príncipes jóvenes se reunió en Beirut. Su líder era el príncipe Talal bin Abdulasís, el llamado «Príncipe Rojo», quien no solo prefería la vibrante vida de Beirut y El Cairo a la aburrida vida palaciega de Riad, sino que también se casó con Mouna as-Solh, hija del primer ministro nacionalista del Líbano (y uno de los fundadores de la Liga Árabe), Riad as-Solh. Talal y los Príncipes Libres (*al-umara'alahrar*) formularon sus planes a finales de la década de 1950 y, en 1960, decidieron actuar. Talal había mencionado ya la idea de un Consejo Nacional en 1958 y, dos años después, los Príncipes Libres empezaron a buscar apoyo público para sus propósitos. Carecían de unas bases masivas y, como tampoco contaban con el respaldo de sus propios clanes, jamás lograron penetrar en la sociedad saudí. Dependían exclusivamente de las intrigas que se pudieran desarrollar intramuros de palacio. Durante la pugna entre Faisal y Saud, los Príncipes Libres pasaron de ganar posiciones en un primer momento a salir perdedores en última instancia. Para debilitar a Faisal, Saud ascendió a Talal transfiriéndolo del cargo de ministro de Transportes al de ministro de Finanzas. Tariqi, el «Jeque Rojo», estaba ya a cargo de los yacimientos petrolíferos. Y el grupo contaba con otro aliado bien situado, el

príncipe Nawaf ibn Abd al-Asís, quien, en mayo de 1960, declaró a la prensa cairota que, «en Arabia Saudí, existe una tendencia hacia la convocatoria por vez primera de una asamblea nacional que se encargue de redactar la primera constitución del Estado y de instaurar un tribunal supremo y una comisión suprema de planificación. El problema es cómo cumplir esa misión».[5] Faisal rechazó la propuesta formal de Talal en junio y Saud también desestimó el borrador de constitución en septiembre. Talal dedicó la mayor parte de 1961 a crear instituciones sociales laicas en la sociedad saudí y a mitigar el desempleo mediante un programa de construcción de obras públicas. Los Príncipes Libres parecían encaminados a materializar un golpe palaciego de signo izquierdista: es decir, a hacer lo mismo que los Oficiales Libres en su momento, pero sin recurrir al ejército.

Pero, entonces, Faisal lanzó una ofensiva contra Talal. Los ulemas, liderados por el Gran Muftí Mohamed ibn Ibrahim Al al-Shaij, y por la máxima autoridad de la Liga de la Moralidad Pública, Amr ibn Hasán, cuestionaron la legislación laboral impulsada por Talal. Proclamaron que la generosidad demostrada por el ministro era antiislámica. La presión ejercida desde esos sectores sociales sobre Saud y los Príncipes Libres impulsó a Faisal a actuar. En marzo de 1962, obtuvo la abdicación por enfermedad de su hermano en su propia persona. Aramco deseaba desde hacía tiempo que Tariqi fuese destituido de su cargo como máximo responsable estatal del petróleo y esa fue la primera medida de Faisal como rey. Talal trató de aferrarse a la situación de algún modo: dado que la camarilla de Faisal operaba exclusivamente dentro de los límites del discurso del islam, Talal defendió la interpretación de la *sharia* o ley islámica sobre la base de la *ijtihad*, la interpretación individual del Corán y la propia *sharia*. La maniobra fracasó. Talal y su grupo se retiraron a Beirut. Los Príncipes Libres fueron aplastados. La mayoría se retractaron de su anterior postura y volvieron a la tranquilidad de sus becas y sus subvenciones. Talal se ha pasado el resto de su vida viviendo a medias entre El Cairo y Beirut, convertido en un disidente permanente, un individuo sin partido y sin una masa de seguidores.

No mucho después del golpe de gracia asestado por Faisal contra los nasseristas y los comunistas, el rey saudí ejercía de anfitrión de una reunión de la LMM. Faisal tenía en Aramco un importante socio y colaborador tras el que se encontraba el respaldo del gobierno estadounidense. Este dio su «apoyo incondicional» a la LMM como instrumento con el que hacer retroceder al nacionalismo del Tercer Mundo y con el que hacer mella en la URSS apelando a la considerable población musulmana residente en territorio soviético

(que ascendía, posiblemente, a 45 millones de habitantes). En julio de 1960, el secretario estadounidense del Tesoro (y petrolero texano) Robert Anderson explicó ante el Consejo de Seguridad Nacional que «el petróleo de Oriente Medio era tan esencial para la seguridad común como las ojivas nucleares». Cinco años más tarde, en un cónclave del Departamento de Estado norteamericano, el máximo directivo de Aramco, Thomas Barger, reveló que Estados Unidos llevaba mucho tiempo desempeñando un papel desestabilizador contra el nasserismo y el nacionalismo tercermundista: «El gobierno actuó apropiadamente con el propósito de impedir un irreflexivo uso del petróleo como arma política en manos de los árabes radicales». El mejor modo de impedir tal uso del petróleo consistía, según él, en evitar la «unidad árabe».[6] Para aislar a los rusos y a los británicos y, al mismo tiempo, bloquear las aspiraciones del nacionalismo del Tercer Mundo, el presidente estadounidense Eisenhower celebró una cumbre con los saudíes en 1957 en la que enunció su doctrina al respecto. La Doctrina Eisenhower estaba formulada como una estrategia con la que contener al comunismo en general, pero en el caso específico de Oriente Próximo y Medio, proponía favorecer a los saudíes y a otras fuerzas monárquicas (como el sah de Irán y los reyes de Jordania e Irak) como alternativa al nasserismo. En 1957, el gobierno estadounidense había terminado ya de coordinar con los saudíes una política anti-Nasser. El agente de la CIA James Russell Barracks confirmó años después la existencia ya por entonces en el este de Arabia Saudí de «un extenso programa» de financiación de pequeñas células religiosas (antecesoras directas del Comité de Asesoramiento y Reforma —Hayat Annaseyha Wa'ahisla— de Osama bin Laden). En 1958, Estados Unidos proporcionó a Arabia Saudí 25 millones de dólares en virtud de la Ley de Asistencia Exterior. Parte del dinero fue a parar al fortalecimiento y la modernización del ejército saudí proveyéndolo de armamento estadounidense a cambio de que el gobierno de Riad renovara el acuerdo de uso norteamericano de la base aérea de Dhahran.

Cuando Faisal acogió a los ulemas en La Meca y estos formaron allí la LMM, Estados Unidos recibió muy favorablemente la nueva táctica ideológica de su aliado. Los ulemas decidieron que la LMM se reuniera anualmente coincidiendo con el *hajj* y, gracias a la presión saudí, la Liga obtuvo incluso acreditación como organismo no gubernamental en las Naciones Unidas. La LMM no instauró una red totalmente nueva, sino que, más bien, reactivó y conectó entre sí a otras organizaciones musulmanas ya existentes de todo el mundo. Estas habían languidecido hasta entonces bajo el peso del

anticolonialismo y muchas de ellas no habían superado la transición ideológica e institucional hacia la modernidad. Pero la LMM, entre otros agentes sociales, les suministró la energía, el dinero y el programa necesarios para que se recuperaran. El embajador francés en Arabia Saudí, Georges de Bouteiller, calificó el funcionamiento de la LMM de «tentacular». Los tentáculos de la LMM penetraron muy a fondo en las zonas del mundo habitadas por población musulmana.[7] En vez de ejercer como coordinadora institucional neutral, la LMM se dedicó a impulsar el programa ideado por el régimen saudí para reducir al nasserismo y al comunismo. La creación de una esfera pública musulmana (a través de publicaciones periódicas, bibliotecas y escuelas), las actividades de asistencia y ayuda en caso de catástrofes o de caridad y beneficencia social, y la promoción de organizaciones defensoras de la *sharia*, fueron acciones articuladas en torno a dos proposiciones muy simples expuestas en el manifiesto de la propia LMM: que la Liga debía «combatir los graves complots mediante los que los enemigos del islam tratan de alejar a los musulmanes de su religión e intentan destruir la unidad y la hermandad de estos», y que la LMM debía derrotar al nacionalismo nasserista y al comunismo y desterrarlos de los países árabes.[8] Ese rechazo de toda ideología que no fuera el islam tanto para los musulmanes como para los árabes se remontaba a las duras tesis mantenidas desde décadas atrás por los Hermanos Musulmanes, quienes proclamaban que el nacionalismo y el comunismo debían ser considerados *shu'ubi* (antiárabes).

La LMM se convirtió así en el conducto de exportación de la doctrina religiosa saudí: además de enviar proselitistas a los diversos países musulmanes y de celebrar su reunión anual con motivo del *hajj*, también organizaba conferencias continentales e inauguraba delegaciones en todos los continentes. La LMM elaboraba y distribuía panfletos y tratados breves sobre la situación de los musulmanes en los países comunistas, pero apenas hacía referencia al sentimiento antimusulmán en las sociedades capitalistas. No obstante, a lo que más claramente se dedicó la Liga fue a perseguir las ideologías del nacionalismo y el comunismo, y a convertirlas en enemigas del islam. La LMM rechazaba la idea de la *qaum* (nación de iguales) y promovía la de la *ummah* (comunidad de creyentes). El historiador Benedict Anderson sostiene que, para que el nacionalismo se desarrollara, hubo tres «concepciones culturales fundamentales» que tuvieron que perder su «control axiomático» sobre la conciencia humana: la atribución de un carácter sagrado a una determinada lengua (el sánscrito, el árabe o el latín, por ejemplo), la aceptación de la monarquía por mandato divino, y un concepto del tiempo que no distinguía entre historia y

cosmología. Lo que se aprecia en la estrategia de la LMM es una inversión de la historia con el propósito de dar marcha atrás al desarrollo del nacionalismo y de fomentar una comunidad transnacional basada en una lengua sagrada, unas monarquías divinas (que, cuando no están representadas por algún rey real, lo están por la noción del califa) y una concepción del tiempo entendido como un eterno retorno. La historia da muchas vueltas y, en el fondo, la LMM pugnó en todo momento por afianzar una noción reaccionaria de comunidad en el centro mismo de la conciencia popular en una amplísima franja territorial del Tercer Mundo, que se extiende desde Marruecos hasta Indonesia. La «nación islámica», como Faisal la denominó, pasaba así a ser más importante que las naciones concretas en las que se organiza el mundo terrenal, cuyo propio estatus desde el punto de vista de ese modelo no es más que una situación provisional comparada con la comunidad imaginada desde el punto de vista divino.

Entre 1965 y 1966, Faisal viajó a los principales Estados musulmanes conservadores de Asia y África, comenzando por una visita a Teherán a la que siguieron otras a Sudán, Turquía, Marruecos, Guinea, Malí, Túnez y Pakistán. En este último país, Faisal presentó el islam como el mejor aglutinante posible de los pueblos del Tercer Mundo y reclamó unidad frente al radicalismo: «Es en momentos como este, cuando el islam se enfrenta a numerosas corrientes subterráneas que arrastran a los musulmanes hacia la izquierda y hacia la derecha, hacia oriente y hacia occidente, cuando necesitamos tiempo para cooperar y estrechar lazos a fin de afrontar mejor todos los problemas y las dificultades que obstruyen el camino que nos lleve a ser una nación islámica, creyente en Dios, en Su Profeta y en Sus Leyes».[9] En 1969, los saudíes organizaron la OCI y, en 1972, tomaron la iniciativa para la creación de la Asamblea Mundial de la Juventud Islámica. La monarquía saudí, liderada por Faisal, promocionó una forma virulenta del islam frente a las variantes heterodoxas que habían ido creciendo por toda África y Asia, y frente a las ansias democráticas de los árabes y de otros pueblos. Los saudíes impulsaron una forma reaccionaria del islam para acallar el malestar existente entre su propia población, que sufría cada vez más por la indignidad de vivir en una teocracia gobernada por una familia disoluta. En la década de 1960 y hasta entrada la de 1970, la LMM desempeñó un papel marginal: sus organizaciones se limitaban básicamente a auxiliar a aquellos eruditos y activistas que se sentían asediados en sus propias sociedades por culpa de sus ideas anacrónicas sobre la modernidad y el Estado. El desarrollo de los acontecimientos en el mundo no

tardaría en proporcionarle la oportunidad de liderar (y de dejar de estar a la zaga), coincidiendo con un viraje hacia atrás de la historia.

En 1979, un grupo de activistas musulmanes devotos que se habían organizado en forma de Movimiento de los Revolucionarios Musulmanes de la Península Arábiga sitiaron la Masjid al-Haram (la Gran Mezquita de La Meca). Ellos justificaban su acción aduciendo que era la única forma de recuperar los santuarios sagrados de manos de unos «borrachos» que «llevaban vidas disolutas en sus palacios de lujo».[10] Los príncipes «confiscaban tierras», «malgastaban el dinero del Estado» y dejaban al pueblo sumido en la opresión y la corrupción.[11] Simultáneamente (aunque de forma independiente), los chiíes del este de Arabia Saudí salieron a manifestarse en masa por las calles de su región (muchos de ellos eran trabajadores de los yacimientos petrolíferos de Aramco). La Guardia Nacional aplastó tanto el asedio como la rebelión. Los ecos igualitaristas que emanaban de la Revolución Iraní (más que de la república islámica que siguió a esta) tenían aterrorizada a la realeza saudí y, en realidad, a las élites afincadas en posiciones de privilegio en el resto de países del Tercer Mundo. Había quedado demostrado que una monarquía instaurada bajo presión por Estados Unidos jamás podría protegerse frente a un levantamiento masivo contrario. Aunque fueron los clérigos quienes se apoderaron finalmente de la Revolución Iraní, la energía que derribó al Estado del sah provino originariamente de un sector de apoyo que era transversal al conjunto de la sociedad iraní. En Irán, la élite tradicional (los clérigos) eliminó a la moderna (formada por la realeza y por la burguesía parasítica que aquella cultivó). Esos elementos «tradicionales» también se cernían sobre la monarquía saudí. Pero el «faisalismo» fue capaz de recabar en provecho de su propio proyecto las fuerzas de los líderes tradicionales. Durante el sitio de 1979, la monarquía obligó a los ulemas a dictar una fetua contra el Movimiento de los Revolucionarios Musulmanes. El jeque Abd al-Asís ibn Bas, de la Institución del Ifta’ y Estudios Eruditos, obró conforme a las instrucciones recibidas y llegó incluso a autorizar la intervención militar en la Gran Mezquita. Los ulemas de Arabia Saudí se aprestaron a alinearse con la monarquía.

El aumento de los precios del petróleo a partir de 1973 proporcionó a Arabia Saudí la capacidad —única entre las naciones oscuras— de comprar a su ciudadanía. Unos pocos años de liquidez en la década de 1970 permitieron al Estado incrementar el salario social, si bien la monarquía no cambió en lo fundamental el carácter dependiente de la base de la economía saudí. La industria del país producía menos del 2% del producto nacional bruto y los dátiles

seguían siendo la segunda mayor exportación tras el petróleo crudo y refinado. Los presuntos burgueses de Arabia Saudí ganaban dinero ejerciendo básicamente como intermediarios comerciales y como negociantes inmobiliarios, pero no como empresarios industriales. El Estado-monarquía controlaba la economía y sus príncipes funcionaban como una especie de cuasi burguesía. Una reducida parte de las inmensas ganancias del petróleo iba a parar a infraestructuras, pero desde la década de 1960 una cantidad creciente de esos ingresos eran canalizados por la Agencia Monetaria de Arabia Saudí hacia los principales centros del capital internacional (Nueva York, Zúrich y Londres). En los aspectos más elementales, la sociedad saudí evidenciaba los mismos problemas que buena parte del Tercer Mundo en general: una economía de un solo producto básico, con un sector industrial poco desarrollado, un considerable aparato estatal, un sector militar en aumento (que costaba aproximadamente un 14% del producto nacional bruto) y una población postrada y descorazonada. Sometida al vaivén de los veleidosos precios del petróleo, la economía saudí inició un descenso en picado a partir de finales de la década de 1970, momento en el que la agitación política se volvió más visible que nunca. El Banco Mundial recomendó que el Estado saudí apuntalara sus elementos fundamentales y la familia real llevó a cabo un proceso de ajuste estructural autogestionado y autoimpuesto durante la década de 1980. Recortó el salario social y la mayor parte del desarrollo en infraestructuras, devolvió el control de los yacimientos petrolíferos a las grandes empresas transnacionales, incrementó el gasto militar y privatizó sectores enteros del Estado. Ese periodo de austeridad no afectó a las compañías transnacionales ni a los propietarios de capital privado (entre los que se incluían los príncipes más acaudalados). El rey Fahd se explicó así ante una conferencia de hombres de negocios saudíes en 1985: «Espero que vuestro objetivo principal sea la inversión de capital en Arabia Saudí o en algún país amigo, pero eso no significa que haya restricción alguna a la libre inversión».[12] Los saudíes privatizaron partes del Estado, pero el respiro que obtuvieron con ello fue mínimo, pues el país padecía una auténtica hemorragia de las ganancias que obtenía por el petróleo, que acababan engrosando las arcas de los bancos comerciales del G-7 y servían asimismo para cubrir los cada vez mayores déficits registrados en Estados Unidos.

En una sociedad con una población joven y un desempleo estructural creciente, las consecuencias sociales y culturales de la austeridad fueron considerables. Los saudíes respondieron al descontento y a la protesta en aumento aplicando la represión directa

y poniendo en marcha una campaña ideológica. En 1976, la realeza saudí admitió al jefe de la policía religiosa (la *matawa*) en el gabinete. El control de la conducta antisocial funcionó como un mecanismo muy útil para acotar el auge de la disensión. Al mismo tiempo, se fomentaron los sentimientos patrioteros y machistas. La familia real llamó a la «saudización» de la mano de obra a fin de volcar las culpas del desempleo sobre los cinco millones de trabajadores extranjeros contratados (que representaban casi un tercio de la población saudí total). La promoción de organizaciones internas vinculadas a la cosmovisión de la LMM (como Ahl al-Dawa y Jamaa al-Tabit) hizo posible la canalización del malestar juvenil hacia una sensibilidad misógina y antimoderna: mejor rebajar las aspiraciones de modernidad —pensaron los gobernantes— que intentar materializarlas a costa de la jerarquía global ya afianzada. Por último, el Estado saudí fomentó la exportación de sus elementos más insatisfechos y devotos para que se dedicaran a combatir los vestigios del nasserismo y del comunismo en las tierras musulmanas. En la cuarta conferencia islámica de ministros de Exteriores celebrada en Bengasi, Libia (en 1973), los líderes decidieron crear un Fondo Yihad «para ayudar a los movimientos de liberación islámicos, para hacer llegar esa ayuda también a las sociedades y los centros islámicos del extranjero, así como en casos de desastre natural, y para construir escuelas y hospitales».[13] La gestión del fondo fue asignada a un «comité *ad hoc*» con sede en Yida. La exportación del extremismo posibilitó que los regímenes antidemocráticos anularan toda crítica interna y dirigieran la mirada de sus poblaciones hacia la aversión a Israel o al comunismo. Concentrándose en la *dar ul-harb* (la «casa de la guerra», donde los musulmanes no tienen el poder), esos movimientos procuraban a los gobiernos de la zona una coartada para olvidar la inexistencia de un programa humanitario en la propia *dar ul-Islam* («casa del islam»). Pero cuando esos extremistas trataban de ir más allá denunciando los estilos de vida y las políticas antiislámicas de las monarquías locales, el Estado los perseguía y ponía freno a sus actividades. Siempre les resultó mucho más sencillo preocuparse por la situación de los musulmanes en la URSS y en Palestina que organizarse en contra de sus propios monarcas autoritarios y de la clase que los rodeaba.

La LMM diversificaba sus tácticas en el exterior conforme a dos escenarios diferentes. En Estados donde la población musulmana era mayoría (países que, en algunos casos, incluso se consideraban a sí mismos Estados islámicos), la LMM y sus organizaciones filiales tentaculares ocuparon el vacío dejado por el Estado en su repliegue

con respecto a las funciones de provisión de servicios sociales y públicos. Así, a medida que la globalización impulsada por el FMI iba desecando muchos de los ámbitos de actuación estatal, estos eran asumidos por las organizaciones islamistas, que pasaban así a ofrecer esos servicios. Las instituciones del FMI acosaron en la década de 1970 a los Estados poscoloniales para que renunciaran a la provisión de bienes públicos como la educación, la sanidad y los servicios de ayuda social, y para que permitieran que fueran entidades privadas o benéficas las que se encargaran de tales tareas. En Pakistán y Egipto, por ejemplo, donde el Estado iba desgastando paulatinamente su propio sistema educativo público, el crecimiento exponencial de escuelas islámicas de coste reducido proporcionaba nuevas oportunidades para los jóvenes de clase media-baja y obrera. Por otra parte, en Estados marxistas con poblaciones musulmanas, la LMM y sus organizaciones aliadas pasaron a la ofensiva. Hasta allí enviaron a grupos de jóvenes formados (en muchos casos) en seminarios religiosos y armados por el propio movimiento afín a la Liga con el propósito de desestabilizar a los regímenes izquierdistas allí vigentes. La exportación de esos hombres tomó un cariz más decidido si cabe después de que el asedio de 1979 a la Gran Mezquita de La Meca revelara el descontento existente en la sociedad saudí. Ejemplos de la actividad de esos grupos subsidiarios de la LMM fueron sus intentonas de derrocamiento de los gobiernos marxistas del Yemen del Sur y de Afganistán, así como su promoción del ascenso de los islamistas desde Sudán hasta Indonesia.

La LMM causó un impacto en todo el planeta, pero su repercusión más espectacular fue en el sur de Asia. Entre 1977 y 1978, coincidieron dos fenómenos de signo opuesto: por una parte, los marxistas de Afganistán tomaron el poder en Kabul, mientras que, por la otra, el dictador militar islamista de Pakistán, Zia ul-Haq, desmantelaba el sistema de bienestar social de titularidad estatal y lo reemplazaba por la islamización privatizada. A un lado de las montañas del Hindu Kush, un régimen marxista ponía en marcha el programa de reforma social previsto en la constitución redactada en 1964 (con su énfasis en la reforma agraria y los derechos de la mujer), mientras que, al otro, una dictadura islamista desmantelaba su Estado en beneficio de ciertas estructuras vestigiales. La República Democrática Popular de Afganistán promulgó en julio de 1978 la Proclamación VI de Reforma Agraria, por la que se cancelaban las deudas y se abolían los sistemas usurarios de crédito que hasta entonces habían controlado los prestamistas feudales. Paralelamente, el propio gobierno de la RDP de Afganistán promovió un amplio

programa de implantación de los derechos de la mujer, enunciado del modo siguiente por Anahita Ratebzad, miembro del politburó: «Entre los derechos que, en justicia, también deben corresponder a las mujeres en igualdad con los hombres, se encuentran la educación, la seguridad laboral, la sanidad y el tiempo libre para criar a una generación sana para la construcción del futuro del país. Educar e instruir a las mujeres es en este momento objeto de una dedicada atención gubernamental».[14] Los marxistas, de origen eminentemente urbano, cometieron varios errores elementales en la aplicación de sus políticas de reforma agraria; para empezar, habían accedido al poder antes de que hubieran conseguido labrarse y acumular una base de apoyo suficiente en el campo. El programa de los marxistas fracasó por una serie de razones: luchas intestinas en la propia coalición marxista, interferencias del KGB, levantamientos de señores de la guerra tribales y hostilidad armada desde los partidos políticos islamistas. Que los marxistas invitaran a los soviéticos a entrar en el país en 1979 dejó muy a las claras su debilidad y fue para sus detractores prueba definitiva de que actuaban como meros epígonos de la URSS. Ese había sido el motivo esgrimido desde un principio por los conservadores de Afganistán y Pakistán (respaldados por la CIA y la LMM) para amenazar al gobierno de Kabul, y esas amenazas eran las que, a su vez, habían llevado al gobierno afgano a recurrir a Moscú. Todo eso pasó a ser irrelevante desde el momento en que los soviéticos se metieron de lleno en una situación de la que era imposible que salieran victoriosos, distanciaron aún más a la población afgana con respecto a su gobierno y legitimaron con su presencia en el país a los yihadistas que, de pronto, pasaron a etiquetarse a sí mismos como luchadores por la libertad. Tampoco ayudó a la causa marxista que el ejército soviético se empantanara en un cúmulo de campañas brutales en las zonas rurales de Afganistán, con las que empujó a millones de personas hacia Irán y Pakistán, donde pasaron a engrosar las filas de los refugiados.

El gobierno del general Zia ul-Haq (administrador en jefe de la situación de ley marcial que regía en Pakistán), la LMM y la CIA prestaron apoyo moral y material tanto a los señores de la guerra como a los partidos políticos islamistas. El gobierno estadounidense estableció así una alianza con fuerzas comprometidas con el feudalismo, el autoritarismo y la misoginia. Cuando la URSS envió a sus tropas para proteger a sus aliados del gobierno de Kabul frente a la insurgencia de los señores de la guerra y los islamistas (apoyada por la CIA), el gobierno estadounidense creyó advertir una buena oportunidad. El consejero de seguridad nacional del presidente,

Zbigniew Brzezinski, ha recordado en alguna ocasión que aconsejó a Carter en 1978 que suministrara ayuda a los señores de la guerra y a los islamistas conservadores porque «esa ayuda induciría una intervención militar soviética». Y semejante medida, según advirtió el propio Brzezinski, acabaría por sumir a «la URSS en su propia guerra de Vietnam».15 La Unión Soviética padecía ya graves problemas económicos estructurales. La industrialización planificada masiva que había servido en su momento para aupar aquellas tierras atrasadas a las primeras filas mundiales se había convertido años después en una pesada carga. En la década de 1920, los sectores industrial, tecnológico y de la construcción solo comprendían una quinta parte de la economía soviética; en la de 1980, sin embargo, la proporción superaba ya las dos terceras partes del total. Las enormes fábricas de ese sector no se habían modernizado desde el punto de vista tecnológico y dependían de los grandes sacrificios que pudieran hacer sus trabajadores para mantener a flote aquel herrumbroso tejido industrial. El *boom* del petróleo de la década de 1970 transmitió un nuevo aliento a la URSS que sus dirigentes no supieron aprovechar. Estados Unidos tenía la sensación de que podía desangrar a la URSS en Afganistán, pero lo cierto es que el coloso soviético sufría ya una grave crisis en la que, muy probablemente, apenas tuvo influencia la guerra en tierras afganas (salvo por el problema moral causado por las bajas soviéticas en el conflicto).

Los pueblos afgano y paquistaní son las auténticas víctimas de las guerras acaecidas desde 1978 hasta la actualidad, y los que más castigo han sufrido. Si la tragedia afgana es hoy, por fin, de sobra conocida, los efectos en Pakistán son menos claros. En 1977, la dictadura de Zia selló una alianza con la Jamaat-e-Islami, una organización por lo general impopular que representaba posturas derechistas en temas de índole social (especialmente, con respecto a los derechos de las mujeres y de las minorías). Como grupo formante de la Alianza Nacional de Pakistán, la Jamaat aprovechó las ventajas derivadas del recorte de Zia en la financiación pública de la educación: el dinero para tal menester empezó a proceder de la LMM, de la Organización Internacional Islámica de Ayuda Social, del Creciente Rojo saudí y kuwaití, del Departamento de Inteligencia General saudí, de la realeza saudí y de otras fuentes privadas por el estilo. Esos fondos generaron un entramado de escuelas religiosas (madrazas): de las 900 madrazas existentes en 1971, su número se disparó hasta las 8.000 de 1988. Esa educación de base religiosa fue la consecuencia de la iniciativa conjunta CIA-Arabia Saudí dirigida a formar ideológica y militarmente a afganos y a paquistaníes para la

yihad contra los soviéticos. Además, la LMM, a través de la Oficina de Servicios (la Maktab al Jidmat, que pusiera en marcha el mentor de Osama bin Laden, Abdulá Azam), reclutó a hombres para luchar y llevar a cabo tareas de ayuda social en la región (y como los Hermanos Musulmanes atraían por su parte a un gran número de profesionales en Egipto, el grueso de quienes acudieron a Pakistán a realizar tareas de ayuda social contribuyeron también lo suyo a la cerrazón ideológica promovida en este último país). El mismísimo ejército, que en tiempos se aferrara a unos valores laicos y profesionales, cayó igualmente en las redes de los grupos afines a la LMM. Reclutó a sus efectivos en las madrazas y colaboró estrechamente con grupos yihadistas en Cachemira y Afganistán. El actual líder del derechista Tanzim-ul Ijwan, Mohamed Akram Awan, alardeaba de esas mismas ideas en sus tiempos de militar cuando decía: «Podremos extender la yihad allende nuestras fronteras, pero solo después de que hayamos alcanzado nuestro objetivo aquí, en el país».16 Las instituciones laicas de Pakistán salieron malparadas de la alianza de Zia con la CIA y los saudíes, sellada con Afganistán como pretexto.

La globalización impulsada por el FMI de la década de 1970 devastó los principales pilares de la soberanía estatal. Socavando la idea del nacionalismo, un conjunto de fuerzas sociales conservadoras y de clases poderosas unieron sus fuerzas para ofrecer una visión alternativa del patriotismo (y, en el fondo, del nacionalismo mismo). El nacionalismo laico-socialista del programa tercermundista se apagó ante el ascenso de la estrella del nacionalismo cultural, un nacionalismo cultural profundamente imbuido de diferencias raciales y religiosas, entre otros atavismos parecidos. El regreso de la religiosidad divisiva al centro de la construcción del Estado, las nuevas conversaciones en torno a la cultura como trasunto de la raza y otras desagradables incorporaciones a la vida pública se convirtieron en fenómenos habituales. Las fuerzas sociales conservadoras rechazaban la igualdad y la diversidad cultural en beneficio de la jerarquía y la superioridad cultural. Muchos de sus programas sociales mostraban (y muestran) el más absoluto desprecio por la igualdad de derechos de las mujeres, a las que solo atribuían valor como depositarias de roles sociales ligados a la familia. Aun en aquellos casos en los que estas nuevas fuerzas no se manifestaban abiertamente en contra de la igualdad, sus textos asignaban un estatus de superioridad a un pueblo (raza o religión), que consideraban mejor que otro, por lo que descartaban que todas las personas fueran iguales. Los regímenes surgidos de la liberación nacional no habían podido (o

no habían intentado) destronar a las viejas clases sociales dominantes ni las viejas formas de solidaridad social, pero, como mínimo, sí crearon mecanismos de generación de solidaridad nacional. Las escuelas públicas, el servicio militar, el voluntariado y otras instituciones de parecida índole trataron de hacer de la igualdad un valor social real y un elemento integrante de la experiencia de la ciudadanía. No puede haber una solidaridad nacional real sin que las clases sociales se mezclen. Dicho esto, en cuanto el Estado dejó de realizar ese esfuerzo simbólico, volvió a realzarse la significación de los antiguos (y, por lo general, imperturbados) vínculos de clase.

El gobierno de Arabia Saudí, junto con sus aliados monárquicos y el régimen estadounidense, compusieron los elementos necesarios para llevar a cabo un ataque frontal y sin cuartel contra los gobiernos socialistas y los movimientos comunistas, por lo que Sudán y Afganistán (países con una sustancial presencia de los segundos) pasaron a ser actores centrales en la atrevida política saudí. Ambos Estados acabaron desplegando la bandera verde del profeta para dar un nuevo impulso al cuerpo casi sin vida de la monarquía saudí. Pero esa historia no es privativa de Arabia Saudí: es el relato de la afirmación y el afianzamiento de las fuerzas dominantes de las viejas clases sociales que se han producido durante la época de la globalización impulsada por el FMI. La búsqueda del ajuste estructural y el abandono de la agenda de transformación social por parte de los nuevos Estados animaron a esas clases dominantes a suprimir el nacionalismo del Tercer Mundo sustituyéndolo por una forma de nacionalismo cultural. El establecimiento de conexiones culturales horizontales entre líneas verticales de clase les facilitó mucho la labor a la hora de generar legitimidad para esos nuevos Estados globalizados suyos que renegaban de los derechos y de la atención a las necesidades de su propia ciudadanía. Ahora que muchos gobiernos de las naciones oscuras han dado marcha atrás en un buen número de puntos de la agenda programática del Tercer Mundo en materia económica y democrática, las clases dominantes de sus respectivos Estados han aprovechado la ocasión para promover su propia legitimidad y para disciplinar a sus poblaciones por medio de ideas culturales conservadoras arraigadas en la religión y la identidad racial. La globalización y el nacionalismo cultural no son conceptos antitéticos ni conforman una dicotomía irreconciliable: coexisten, se alimentan mutuamente. En realidad, el nacionalismo cultural es el caballo de Troya de la globalización impulsada por el FMI. Por consiguiente, si en algún lugar hemos de buscar la meca de esta globalización, es en aquella situación en la que las economías

nacionales son capaces de abrirse a las empresas sin Estado (y sin alma) al tiempo que echan las culpas de la falta de bienestar a las minorías (religiosas, étnicas, sexuales y de cualquier otro tipo). Esa es, repito, la meca de la era postercermundista.

Conclusión

La deuda pesa, onerosa, sobre el grueso del planeta. En 1970, cuando el proyecto tercermundista se hallaba aún intacto, los sesenta Estados clasificados como «de renta baja» por el Banco Mundial debían a los prestadores comerciales y a los organismos internacionales 25.000 millones de dólares. Tres décadas después, la deuda de esa misma categoría de Estados se había inflado hasta alcanzar los 523.000 millones de dólares. Los análisis simplistas de la cuestión de la deuda no ayudan a producir una agenda de actuaciones con las que combatir esa lacra básica del antiguo Tercer Mundo. Para empezar, no se trata de países «pobres». En el transcurso de esas tres décadas, los sesenta Estados referidos pagaron 550.000 millones de dólares en concepto tanto de principal como de intereses de unos préstamos contraídos en su momento por una cantidad de 540.000 millones. Y, aun así, continúan debiendo 523.000 millones. La alquimia de la usura internacional tiene a las naciones oscuras atadas de pies y manos.

En la cumbre del Movimiento de Países No Alineados (NOAL) celebrada en 1986 en Harare (Zimbabwe), y por iniciativa del primer ministro de Malasia, Mahathir Mohamed, un grupo de líderes crearon la Comisión del Sur. Querían un estudio serio de los problemas políticos y económicos de los Estados no alineados, así como algunas sugerencias de actuación. El NOAL eligió al expresidente de Tanzania, Julius Nyerere, para que presidiera aquella comisión. Este resumió la historia del proyecto del Tercer Mundo en seis palabras: «Crecimiento y esperanza, y luego desilusión». La esperanza de la era anticolonial se tradujo en una agenda programática, un proyecto que los nuevos Estados se esforzaron por llevar a la práctica. Por primera vez en la historia mundial, una mayoría del mundo se había puesto de acuerdo sobre los contornos generales de un proyecto para crear justicia sobre la Tierra. Pero este no duró: las presiones externas e internas lo desactivaron. «Hoy, esa esperanza [del Tercer Mundo] ha desaparecido. Poco a poco, fuimos adquiriendo conciencia de que los progresos realizados en las primeras tres décadas transcurridas desde 1945 no supusieron cambio fundamental alguno en el estatus ni en las perspectivas de desarrollo real de los países del Tercer Mundo. La dependencia crecía en lugar de decrecer; el hambre era persistente y la diferencia de renta entre el Norte rico y el Sur pobre no hacía más que aumentar».[1] Según el Banco Mundial, «en 1960, el PIB per cápita de los veinte países más ricos era 18 veces superior al de los veinte países más pobres. En 1995, la diferencia se había ampliado y la renta

de los primeros era ya 37 veces mayor que la de los segundos».[2] La divergencia entre el Norte y el Sur crecía al tiempo que el Tercer Mundo se fragmentaba. Pero ni siquiera la metáfora espacial de la división entre hemisferios resulta suficiente para entender el problema, pues pasa por alto las consolidadas jerarquías de clase que han crecido dentro de cada uno de los países que conforman tanto el Norte como el Sur.



Isla de Brijuni, Yugoslavia, julio de 1956: Los titanes de Brijuni, envueltos en los sonidos de Suez. (Cortesía del Nehru Memorial Museum & Library, Nueva Delhi.)

El informe de la Comisión del Sur, publicado en 1990, dictaminó que las estrategias de ajuste de la globalización impulsada por el FMI debilitaron al Tercer Mundo como fuerza política. La UNCTAD, el G-77, el NOAL y otros foros y organismos similares se desvanecieron hasta volverse insignificantes. Como consecuencia de esa desaparición, no quedó en pie ninguna fuerza política creíble que abogara por una abolición de la deuda o por una estrategia de ayuda social para el planeta en su conjunto. A propósito de la cuestión de la deuda, el informe señaló que «la vulnerabilidad de cada país en vías de desarrollo por separado frente al Norte en su conjunto imposibilitó que las naciones menos desarrolladas adoptaran una postura colectiva

efectiva en el tema de la deuda y fueran más allá de las meras declaraciones genéricas de intenciones políticas».[3] El Sur carecía de control sobre el Norte y no tenía siquiera la capacidad necesaria para introducir y activar cuestiones de interés colectivo. El Tercer Mundo, por así decirlo, se había disuelto.

Mientras la Comisión del Sur mantenía sus reuniones y redactaba su informe, sucedieron en el mundo una serie de acontecimientos cruciales. En 1985, el Partido Comunista de la Unión Soviética inició una larga transición hacia la liberalización económica (*perestroika*) y la apertura política (*glasnost*). Seis años más tarde, el partido se vio superado por la situación y la URSS se disolvió como tal. En consecuencia, la guerra fría bipolar terminó. Mientras se producía este importante fenómeno, Estados Unidos, en su calidad de líder de las potencias atlánticas, empezó a ejercer su tanto tiempo ansiado proyecto de primacía sobre el conjunto del planeta. La invasión de Panamá (1989) fue una especie de ensayo de la nueva época que se ponía en marcha. Tras esta siguió la guerra contra Irak, el desmembramiento de Yugoslavia y otras exhibiciones de bombardeo aéreo. La alianza atlántica, gozando por fin de plena libertad de acción, pasó a hacer uso de su poderío militar con el fin de reconfigurar entidades políticas. La ya vieja doctrina de la primacía mundial continuaba siendo una cantinela bastante común en Washington y las élites norteamericanas, de tanto tararearla, lograron llevar a la población estadounidense hacia una trampa muy bien preparada. Durante la guerra fría, el gobierno norteamericano ejerció de centro de un bien diseñado entramado radial de aliados que presionaba tanto sobre la URSS como sobre el Tercer Mundo. Con la desaparición en la práctica de los dos últimos, y dado que el poderío militar estadounidense seguía intacto, los decisores políticos de Estados Unidos se vieron arrastrados a una falacia: la creencia de que ya no debían reprimirse y de que estaban incluso obligados a impulsar una política agresiva para reconfigurar el mundo mediante la fuerza militar norteamericana a fin de ajustarlo a los intereses de una «turboélite» transnacional. El gobierno estadounidense aceptó gustoso el liderazgo de una coalición global de clases dominantes y recurrió a una combinación de política de libre mercado (o «poder blando») y de fuerza militar (o «poder duro») en dosis variables a partir de 1989. Los departamentos norteamericanos de Defensa y del Tesoro se pusieron manos a la obra para garantizar que siguieran fluyendo recursos hacia las empresas transnacionales y para que el dólar continuara funcionando como la principal moneda fuerte internacional.

Las clases gobernantes en las naciones oscuras habían dejado de

tener incentivo institucional alguno para dar respuesta a los agravios y las aspiraciones de sus poblaciones. Hoy en día, muchos sectores de la élite de esos países suelen mostrarse más sensibles a las subidas y bajadas de los diversos índices bursátiles que a las reivindicaciones de sus poblaciones. Dalal Street, en Bombay, o la bolsa de Dar es Salaam crecen con fuerza convertidos en oasis en medio de la situación general de penuria de los ciudadanos y las ciudadanas de los países en los que se ubican tales centros financieros. Dicho de otro modo, la estrategia neoliberal permite que un Estado mejore su posición competitiva haciendo sufrir aún más a su población. Las reivindicaciones de los movimientos sociales o de los partidos políticos son respondidas por el Estado neoliberal con la represión, el rechazo o la hostilidad ideológica. Los disparos de la policía contra los manifestantes se vuelven habituales, pero también se convierte en rutina afirmar que la oposición carece de alternativa al modelo neoliberal. Pero más importante aún es el hecho de que las clases gobernantes hayan recurrido asimismo a estratagemas ideológicas más sutiles. El fomento del nacionalismo cultural como aglutinante social dentro de un panorama general de desolación política ha sido una causa y una consecuencia de la caída del Tercer Mundo como proyecto. La forma de organización política de base racial y religiosa no está preparada para hacer frente al capital ni al papel central de este en la generación de penurias planetarias. De hecho, la organización sobre líneas religiosas y raciales actúa hoy en día como mero bálsamo social con el que calmar la desesperación y la impotencia. La globalización impulsada por el FMI socava la posibilidad del igualitarismo. El identitarismo racial y religioso ridiculiza la equidad y ensalza un orden tradicional de carácter eminentemente jerárquico. Ni la globalización ni el tradicionalismo aquí referidos son capaces de mantenerse fieles a los sueños de libertad y a las reivindicaciones de igualdad que rigen las almas de los seres humanos modernos.

La penuria produce sus propias contradicciones. Los agravios y la ira se manifiestan de diversos modos, dependiendo de las tradiciones disponibles en cada país. Allí donde la izquierda ha quedado arrasada, la ira y el resentimiento generados por la desigualdad creciente han dado lugar a los odios exaltados y a la violencia, así como a una especie de nacionalismo populista de corte autoritario. Los ataques contra las minorías, pero también las fantasías sobre una guerra armada contra Estados Unidos y sus aliados, han proliferado en regiones (como Sudán o Indonesia) que albergaron en tiempos movimientos progresistas. En otras zonas, como América Latina, han

reaparecido siglas que se creían ya difuntas (el MAS de Bolivia regresó al primer plano de la política de su país y ganó las elecciones en 2006) y revolucionarios capaces de dar expresión a los agravios populares a través de un vocabulario distinto (la antigua guerrilla ocupa hoy el gobierno en Venezuela). En las naciones oscuras, han surgido movimientos sociales que desafían a sus Estados neoliberales con valores característicos de los tiempos de la liberación nacional: movimientos de reivindicación de tierras, movimientos de reivindicación del agua, movimientos de reivindicación de los derechos indígenas, *etc.* Algunos de ellos han culminado sus campañas en victorias electorales o, como mínimo, han cautivado la imaginación de quienes buscan alternativas a la globalización impulsada por el FMI. Muchas de esas luchas se inspiran en recursos ideológicos persistentes (como los del marxismo, el anarquismo y el populismo). Los partidos comunistas, los sindicatos indígenas y las plataformas sociales más amplias han sido algunas de las organizaciones que, convencidas de sus posibilidades, han aunado las esperanzas de solución a las asimetrías globales que tantas preocupaciones populares generan. El crecimiento sin freno del poder estadounidense ha renovado el antiguo apego emocional a la soberanía nacional, si no entre las élites, sí ciertamente entre quienes se han visto desfavorecidos por el desmoronamiento de los proyectos del Segundo y del Tercer Mundos. La transformación vivida en América Latina, la maniobra fallida en Oriente Próximo y Medio, y la reorganización de alianzas entre China, Rusia y otras potencias han detenido la marcha de la apisonadora del poder estadounidense.

Pero en esta renovación de energías todavía no se aprecian muestras suficientes de un programa institucional alternativo que reemplace al del asesinado proyecto del Tercer Mundo. El actual peso del poder atlántico, al que se suman Australia y Japón, limita el ámbito de maniobra de las autoridades electas en las naciones más pobres. Aún hay algunas que se agrupan con la intención de obtener ciertas ventajas o de impulsar uno u otro tipo de política. En 1989, unos cuantos Estados no alineados crearon el Grupo de los Quince (G-15).[4] Su primer comunicado hacía referencia a cómo todos esos países «están emprendiendo reformas económicas de largo alcance y medidas de ajuste estructural [...] con el fin de potenciar la competitividad, actualizar el nivel tecnológico y mejorar la eficiencia». Para ellos, esos Estados procuran «movilizar el ahorro interno y atraer recursos financieros del exterior».[5] El G-15 pretendía conseguir una respuesta más urgente a la crisis de la deuda, aunque no hiciera mención alguna a la condonación de esta. Los principales temas en su

agenda eran el incremento del comercio mundial, la apertura de los mercados septentrionales a los bienes meridionales y el aumento de las tasas de crecimiento. La limitación de las prioridades del NOAL en plena época neoliberal era más que evidente. La segunda reunión del G-15, celebrada en Caracas (1991), evidenció la crispación de los ánimos de los administradores de las naciones pobres. «Nuestras economías nacionales están siendo reestructuradas y liberalizadas con un considerable coste social y duras privaciones humanas, mientras los países industrializados siguen registrando déficits fiscales elevados, siguen pagando miles de millones de dólares en subsidios destinados a industrias ineficientes y a la producción agrícola, y siguen manteniendo (e incluso intensificando) las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio con las que bloquean las importaciones procedentes de países en vías de desarrollo. Estas asimetrías ponen en peligro la viabilidad de los esfuerzos del propio Sur y podrían desencadenar una inestabilidad social y política».[6] Muchos de los elementos concretos de la agenda programática del NOAL (la reforma de la ONU, la necesidad de contar con la UNCTAD y con el Fondo Común para los Productos Básicos, y la transferencia tecnológica) volvieron a emerger en el seno del G-15. Pero estas prioridades reeditadas carecían de un proyecto lúcido de conjunto que las dotara de fuerza y congruencia. Tampoco había ninguna estructura institucional fuerte capaz de enfrentarse a la primacía de la ya vigente, impulsada por Estados Unidos.

La falta de coherencia y de dinamismo es la que ha hecho posible que los regímenes nacionales obren conforme a las reglas fijadas por la globalización impulsada por el FMI o, lo que es lo mismo, dentro del marco genérico de la ideología neoliberal. La agenda reformista sigue existiendo, pero actualmente suele ser utilizada por un grupo de potencias con el fin de procurarse avances en su propio interés nacional o regional. El llamamiento a reformar la ONU, por ejemplo, acabó degenerando en una mera reclamación de estatus de miembros permanentes del Consejo de Seguridad por parte del denominado Grupo de los Cuatro (Brasil, Alemania, India y Japón). Sudáfrica, que abandonó el *apartheid* en esta nueva era mundial, impulsó también la Nueva Alianza (o Asociación) para el Desarrollo de África (NEPAD) en 2001. Entre los elementos centrales de la NEPAD se incluyen la privatización de infraestructuras básicas y la incorporación de la economía africana a la economía mundial (con independencia del declive en sus términos de intercambio y de la continuidad de los regímenes de subsidios en las economías atlánticas en detrimento de los productos básicos africanos). En el fondo, y como en otros muchos

documentos de ese estilo surgidos durante la era postercermundista y poscomunista, la palabra «alianza» o «asociación» (*partnership*) con la que se define la NEPAD ha pasado a ser sinónima de privatización (como sucede en las llamadas asociaciones de colaboración público-privadas). La Comisión del Sur se enfrentaba precisamente a ese estrecho margen de maniobra a mediados de la década de 1980. No en vano estudió la devastación padecida por las naciones oscuras y, aun así, recomendó como solución «el establecimiento de relaciones de mercado». La visión del mundo fragmentaria y, al mismo tiempo, contradictoria del G-15 no tiene el calibre ni el alcance de la agenda programática surgida en su momento de Bandung.

Las limitaciones de la globalización impulsada por el FMI y del tradicionalismo revanchista provocan conmociones masivas por todo el planeta. Las batallas por los derechos sobre la tierra o sobre el agua, por la dignidad cultural y la paridad económica, por los derechos de la mujer y los derechos indígenas, por la construcción de instituciones democráticas y Estados sensibles y receptivos a su ciudadanía, son muchas y muy extendidas en todos los países y en todos los continentes. De esas múltiples y creativas iniciativas acabará surgiendo una verdadera agenda programática para el futuro. Cuando eso ocurra, el Tercer Mundo tendrá por fin su sucesor.

Agradecimientos

En el verano de 1981, escribí un breve trabajo escolar sobre la historia del petróleo. Mi padre me introdujo entonces en la obra *The Seven Sisters*, de Anthony Sampson, y en la compleja historia de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (la OPEP), incluido el papel de los ministros venezolano y saudí del Petróleo que protagonizaban el libro de Sampson. Cuando murió mi padre, en 1999, yo ya había empezado a pensar en escribir el presente libro y había comentado brevemente con él sus líneas generales. Como con todas mis otras obras, esta también ha sido escrita en conversación con su espíritu.

Andy Hsiao, de The New Press, desenterró este libro y lo editó con cuidado, buen juicio y elegancia. Sudhanva Deshpande, de Leftword Books, es mi áncora política.

Diez años atrás, Naeem Inayatullah me dio un ejemplar de *Global Rift*, de L. S. Stavrianos. El libro me permitió visualizar la historia del Tercer Mundo, aun cuando Stavrianos tenía un relato mucho más largo que contar (desde el comienzo del colonialismo hasta la década de 1980). Mi ámbito es mucho más escueto, pero no podría haberlo sido sin aquel regalo de Naeem.

La ayuda de los bibliotecarios y las bibliotecarias del Trinity College, la Universidad de Massachusetts, el Instituto Hoover, los Archivos Nacionales de Singapur y el Instituto Internacional de Historia Social (en Ámsterdam), así como la indispensable labor del profesor Vatroslav Vekaric, director de la *Review of International Affairs*, hicieron posible que yo reuniera los materiales necesarios para este libro. Amigos y amigas de aquí y allá, incluida mi hermana Leela, me proporcionaron la asistencia lingüística imprescindible para esta empresa (en particular, para dar vida a mis habilidades elementales en lo que a los idiomas europeos se refiere). Cada instantánea, cada sección, tiene raíces en una ciudad o una localidad. El libro se inicia en París y concluye en La Meca. Yo aprovecho esa estructura para explicar la historia de cada ciudad, de su país y de sus diversos movimientos. Un libro de esta clase depende en muy buena medida de las fuentes secundarias y, por consiguiente, de los duros y generosos esfuerzos de generaciones de estudiosos. La longitud de las notas del final del libro es un indicador de lo mucho que he tomado prestado de ellos y les debo. Para el lector lego en la materia, tal vez sean demasiados detalles; para el especialista, serán demasiado pocos. Ese es el riesgo de un libro así.

Sarah Fan, Joel Ariaratnam y Melissa Richards (todos ellos de The New Press), y Cindy Milstein, la correctora de estilo, prestaron a este libro toda la ayuda que requería.

Varias personas se tomaron estas ideas en serio antes de que yo supiera que tenían vigencia alguna. El Centro de Estrategia Laboral/Comunitario (en especial, Eric Mann, Lian Hurst Mann, Tammy Bang Luu y Manuel Criollo) no solo me invitó a Los Ángeles para hablar sobre estos temas, sino que también publicó mis ideas en su *Ahora Now*. Greg Meyerson (de *Cultural Logic*) y yo mantuvimos un productivo debate durante un viaje a la Universidad Estatal A & T de Carolina del Norte. Just Act (Rishi Awantramani, Josh Warren-White y Steve Williams) sirvió de apropiado foro en San Francisco donde debatir sobre las múltiples corrientes de izquierda que se abren camino en las naciones oscuras. Betty Bayer puso a mi disposición un estrado más refinado, en el Hobart and William Smith College, desde el que tuve la ocasión de pronunciar una conferencia del Fisher Center y donde mantuve valiosas conversaciones sobre raza y nacionalismo. La hospitalidad intelectual de Howard Winant en la Universidad de California en Santa Bárbara es incomparable. Shiva Balaghi, Lisa Duggan, Andrew Ross y Walter Johnson, además de Vivek Bald, me animaron con sus ideas y su inspiración. Indira Ravindran me dio también su empujoncito. En el Trinity, tengo la dicha de contar con Michael Niemann, Barbara Sicherman, Susan Pennybacker, Joan Hedrick, Johnny Williams y Raymond Baker, personas todas ellas que conocen el mundo con tanta claridad como compasión. También he aprendido de la sabiduría y el grado de compromiso político que me han enseñado antiguos estudiantes míos, como Toufic Haddad y Sai Madivala. Bill Strickland sondeó las aguas. Teo Ballvé, Shonali Bose, Amitava Kumar, Sunaina Maira, Gautam Premnath, Kasturi Ray, P. Sainath y Rinku Sen orientaron mi rumbo. Mir Ali Raza me regaló estos versos de Faiz (*Zindan Nama*, 1956), que nos recuerdan la esperanza depositada en su momento tanto en el Tercer Mundo como en su proyecto hermano, el del socialismo: «Un día, la mies estará madura para procurarnos abundante cosecha. / Hasta entonces, debemos labrar el campo sin descanso».

En Delhi, pude poner a prueba estas ideas en un acto de Leftword Books en la Librería Oxford gracias a Sudhanva Deshpande. En Chennai, también probé diversas variantes de mi tesis general en la Asociación de la Abogacía de Madrás (gracias a G. Chamki Raj y a K. Subburam), la Asociación de Mujeres de la India (gracias a mi hermana Rani), la Escuela India de Ciencias Sociales (gracias a R. Vijayshankar) y la Fundación M. S. Swaminathan para la Investigación

(gracias a K. Nagaraj, Rukmani y Venkatesh Atreya). Escritos más cortos extraídos del libro han aparecido en diversas publicaciones (gracias a sus respectivos directores): *Frontline* (N. Ram y R. Vijayshakar), ZNET (Mike Albert), *Counterpunch* (Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair) y *Monthly Review* (John Bellamy Foster). La versión previa del presente libro fue *War against the Planet: The Fifth Afghan War, Imperialism, and Other Assorted Fundamentalisms* (Nueva Delhi, Leftword, 2002). Tom Fenton me invitó a participar en una mesa redonda de *Critical Asian Studies* sobre la obra de Peter Gowan: allí desarrollé algunos derroteros adicionales. Rachael Gillett y Paul Teodoulou, de *Global Dialogue*, abrieron las páginas de su publicación a algunas de las ideas de este libro. Salah D. Hassan (*CR: The New Centennial Review*), junto con Naeem Inayatullah y Robin Riley (para su compilación *Interrogating Imperialism* [Palgrave, 2006]), permitieron que Lisa Armstrong y yo probáramos versiones más elaboradas de nuestro análisis de los derechos de las mujeres en un marco de liberación nacional. Todo eso y más me ayudó a dar una factura definitiva a la tesis y al relato que conforman *Las naciones oscuras*.

Escribí la mayor parte del libro en Northampton (Massachusetts), una ciudad fantástica que lo sería mucho menos sin el rigor del colectivo que edita el *Valley War Bulletin* (Beth Adel, Diana Riddle, Fidelito Cortes, Jean Grossholtz, Jeff Napolitano, Jo Comerford, Lisa Armstrong, Megan Tady, Nerissa Balce, Phyllis Rodin, Sai Madivala y Tim Scott). Larry Parnass me debe un café. Catherine Carija es un consuelo. Michael, Mariángeles y Kai: volved pronto. Frances Crowe es todo un ídolo para mí. Adare Place es un auténtico refugio. El Group B es el paraíso. ¡Qué poco tiempo para tantos amigos queridos!

Mi sabia familia me aporta afecto e ideas. Mi madre y Rosy en Calcuta, mi hermana en Madrás, mi hermana y mi hermano en California, mis sobrinas y sobrinos en Arizona, California, Hyderabad y Bangalore, los Bose-Pain en Los Ángeles, el antiguo «nidito» del apartamento B207 que tan confortablemente habían arreglado las *mashis* (las tías), el otro —más nuevo— de Chittaranjan Park, y los Armstrong de California y Connecticut. El libro no sería nada sin los sabios conocimientos teóricos y políticos de Brinda Karat y Prakash Karat.

Las naciones oscuras es para Lisa, que lo entiende todo antes que yo. Y para Zalia Maya y Rosa Maya, que saben ya mucho.

Notas

1. Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1963, p. 314. He sustituido la palabra «objetivo» de la traducción inglesa por «proyecto», más próximo al original francés, que es el siguiente: «Le Tiers-Monde est aujourd'hui en face de l'Europe comme une masse colossale dont le projet doit être d'essayer de résoudre les problèmes auxquels cette Europe n'a pas su apporter de solutions» (en Frantz Fanon, *Les damnés de la terre*, París, François Maspero, 1961, p. 241). [Hay trad. cast.: *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.]

2. George McTurnan Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1956, pp. 43-44.

1. Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000, p. 32. [Hay trad. cast.: *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal, 2006.]

2. Ibídem, pp. 38-39.

3. Nguyen Ai Quoc, «An open letter to M. Albert Sarraut, Minister of Colonies», en Bernard B. Fall, ed., *Ho Chi Minh on Revolution: Selected Writings, 1920-66*, Nueva York, Signet, 1968, p. 30. [Hay trad. cast.: Ho Chi Minh, *Sobre la revolución: Escritos escogidos, 1920-66*, ed. de Bernard B. Fall, México, Siglo XXI, 1973.]

4. Césaire, *Discourse on Colonialism*, pp. 47-48.

5. Alfred Sauvy, «Trois mondes, une planéte», *L'Observateur*, 14 de agosto de 1952. Véanse también los capítulos (incluido uno del propio Sauvy) de Georges Balandier, ed., *Le «Tiers-Monde», sous-développement et développement*, París, PUF, 1961. En 1960, varios intelectuales parisinos fundaron *Tiers-Monde*, una revista dedicada al Tercer Mundo (y que posteriormente pasaría a llamarse *Revue Tiers-Monde*). En inglés, el término se convirtió en expresión de uso corriente gracias al libro de Peter Worsley, *The Third World: A Vital New Force in International Affairs*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1964. [Hay trad. cast.: *El tercer mundo: una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*, México, Siglo XXI, 1966.]

6. Bernard Baruch realizó ese comentario en el legislativo de Carolina del Sur el 16 de abril de 1947 (*New York Times*, 17 de abril de 1947), mientras que Lippmann usó el término en sus columnas del *Herald Tribune* de Nueva York a partir de julio de 1947 y las recopiló en su obra *The Cold War*, Nueva York, Harper, 1947.

7. Eugene Black, *The Diplomacy of Economic Development*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1960, p. 45. [Hay trad. cast.: *La política del desenvolvimiento económico*, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1962.]

8. Vijay Prashad, «Mother Theresa as the mirror of bourgeois guilt», en Samina Najmi y Rajini Srikanth, eds., *White Women in Racialized Spaces*, Albany, State University of New York Press, 2002.

9. Conferencia Constituyente de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Institute of Civil Engineers, Londres, 1-16 de noviembre de 1945, París, Archives de l'UNESCO, n° AG 41, p. 33.

10. Jawaharlal Nehru, *India's Foreign Policy: Selected Speeches*, septiembre de 1946-abril de 1961, Delhi, Publications Division, 1971, pp. 77-78.

11. Peter T. Bauer, *Equality, the Third World, and Economic Delusion*, Londres, Weidenfeld and Nicholson, 1981, pp. 83-84.

12. Hisham Sharabi, *Neopatriarchy: A Theory of Distorted Change in the Arab World*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, p. 7.

1. Citado en Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Nueva York, First Mariner Books, 1999, p. 166. [Hay trad. cast.: *El fantasma del rey Leopoldo: Una historia de codicia, terror y heroísmo en el África colonial*, Barcelona, Península, 2002.]

2. Citado en ibídem, p. 44.
3. Ibídem, p. 44.
4. Vladimir Ilich Lenin, «Backward Europe and Advanced Asia», en *Collected Works*, vol. 19, Moscú, Progress Publishers, 1976, pp. 99-100. [Hay trad. cast.: «La Europa atrasada y el Asia avanzada», en *Obras completas, tomo XIX: noviembre de 1912-julio de 1913*, Madrid, Akal, 1977, pp. 57-58.]
5. Vladimir Ilich Lenin, «The Foreign Policy of the Russian Revolution», en *Collected Works*, vol. 25, Moscú, Progress Publishers, 1976, pp. 85-87. [Hay trad. cast.: «La política exterior de la Revolución Rusa», en *Obras escogidas, tomo VI (1916-1917)*, Moscú, Progreso, 1973, pp. 203-205.]
6. Esa lógica emanaba de los «Catorce Puntos» proclamados por el presidente estadounidense Wilson, quien, en enero de 1918, anunció en su punto n° 5, «un ajuste libre, sin prejuicios y absolutamente imparcial entre todas las reivindicaciones coloniales, basado en la estricta observancia del principio según el cual, a la hora de dirimir todas esas cuestiones de soberanía, los intereses de las poblaciones afectadas deben pesar igual que las reivindicaciones equitativas del gobierno sobre cuyo derecho haya que pronunciarse». Si nos basamos exclusivamente en las palabras de Wilson, no queda claro a qué «gobierno» se refiere en la última frase. Pero solo cabe suponer que quería decir el gobierno colonial, lo que significa que este podía así decidir sobre la totalidad del proceso de dominio y devolución de poderes.
7. George Wilson, *The First Year of the League of Nations*, Boston, Little, Brown, 1921, p. 75.
8. Jawaharlal Nehru, *Toward Freedom*, New York, John Day, 1941, p. 125.
9. W.E.B. DuBois, «To the Nations of the World», en *Report of the Pan-African Conference at Westminister Town Hall*, Londres, Pan-African Association, 1900. Su discurso está disponible también en Herbert Aptheker, ed., *Writings in Non-Periodical Literature*, Millwood (Nueva York), Kraus-Thomson, 1982.
10. George Padmore, ed., *History of the Pan African Congress: Colonial and Coloured Unity*, Londres, Hammersmith Books, 1963, p. 5.
11. Muhammed Khalil, *The Arab States and the Arab League*, vol. 2, Beirut, Khayats, 1962, p. 57.
12. John Charles Chasteen, *Born in Blood and Fire*, Nueva York, W. W. Norton, 2001, p. 203.
13. Citado en Arthur P. Whitaker, *Nationalism in Latin America: Past and Present*, Gainesville, University of Florida Press, 1962, p. 63. Sobre la participación de Haya de la Torre en Bruselas, véase Max Zeuske, «Haya de la Torre, die APRA und der Brüsseler Weltkongreß der Antiimperialistischen Liga», en *Die Liga gegen Imperialismus und für nationale Unabhängigkeit, 1927-1937*, Leipzig, Karl-Marx-Universität, 1987.
14. Final Act of the InterAmerican Conference on Problems of War and Peace («Acta final» de la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz), en Ciudad de México, febrero-marzo de 1945, Washington (D.C.), Pan-American Union (Unión Panamericana), 1945, artículos 1° y 2°.
15. Citado en K. P. Karunakaran, *India in World Affairs*, Oxford (Inglaterra), Oxford University Press, 1958, p. 85.
16. Citado en George McTurnan Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1956, p. 40.
1. Citado en George McTurnan Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1956, p. 42.
2. Citado en Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 43.
3. Citado en ibídem, pp. 44 y 45.

4. Citado en ibídem, pp. 45-46.
5. Kahin, *Nationalism and Revolution in Indonesia*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1952, p. 108.
6. Geoff Simons, *Indonesia: The Long Oppression*, Londres, Mac millan, 2000, p. 161.
7. «Appraising Bandung», *New York Times*, 24 de abril de 1955, p. E10; «Sir J. Kotelawala on Value of Bandung», *Times* (Londres), 27 de abril de 1955; «Impact of Bandung on the Asian Community», *Times* (Londres), 26 de abril de 1955. El editor del *New York Times* llegó incluso a ofrecer esta condescendiente valoración: «Nuestros amigos reunidos en la primera asamblea jamás celebrada de estadistas africanos y asiáticos han resultado ser más numerosos y más acérrimos de lo previsto» (C. L. Sulzberger, «Bandung Draws Attention to a Problem», *New York Times*, 23 de abril de 1955, p. 18).
8. Citado en Samuel P. Huntington, «Transnational Organizations in World Politics», *World Politics*, 25, abril de 1973, pp. 333-368.
9. Carlos Rómulo, «What the Asians Expect of the U.S.», *New York Times Magazine*, 19 de junio de 1955, pp. 8, 55 y 60-61; y *The Meaning of Bandung*, Chapel Hill, University of North Carolina press, 1956, pp. 41-43. [Hay trad. cast.: *El mensaje de Bandung*, Barcelona, Hispano Europea, 1957.]
10. Rómulo, «What the Asians Expect of the U.S.», y *The Meaning of Bandung*, pp. 51-52.
11. Jawaharlal Nehru, *India's Foreign Policy: Selected Speeches, September 1946-April 1961*, Delhi, Government of India, 1961, p. 89.
12. Citado en Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 68.
13. Sulzberger, «Bandung Draws Attention to a Problem», p. 18.
14. Nehru, *India's Foreign Policy*, p. 279.
15. Citado en Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 82.
16. Citado en Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 83.
17. Bhagat Singh, «Why I Am an Atheist», en *Selected Writings of Shaheed Bhagat Singh*, ed. de Shiv Varma, Kanpur, Samajwadi Sahitya Sadan, 1996, p. 123. El «Che» Guevara, décadas después, alcanzó la misma conclusión: «El terrorismo [es una] medida bastante ineficaz, en general, indiscriminada en sus consecuencias, pues hace víctimas de sus efectos a gente inocente en muchos casos, y [...] cuesta gran número de vidas valiosas para la revolución. [...] Muchos consideran que al usarse y exacerbar la opresión policial impide todo contacto más o menos legal o semiclandestino de las masas e imposibilita su unión para las acciones que serían necesarias en un momento determinado» (Ernesto «Che» Guevara, *Guerrilla Warfare*, trad. J. P. Murray, Nueva York, Vantage Books, 1961). [La versión original en castellano puede encontrarse en: «Principios generales de la lucha guerrillera (1960)», en *Escritos revolucionarios*, ed. de Francisco Fernández Buey, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1999, pp. 36-37.]
18. Mary Ann Glendon, *A World Made New*, Nueva York, Random House, 2001, p. 11.
19. Citado en Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 79.
20. Citado en «President Tito on Bandung Talks», *Times* (Londres), 28 de abril de 1955.
21. Noam Chomsky, *Year 501*, Boston, South End Press, 1993, p. 45. [Hay trad. cast.: *Año 501: La conquista continúa*, Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1993.]
1. Gamal Abdel Nasser, *Egypt's Liberation: The Philosophy of the Revolution*, Washington (D.C.), Public Affairs Press, 1955, p. 54. [Hay trad. cast.: *Filosofía de la revolución*, Madrid, Imprenta Fareso, 19593.]
2. Ibídem, p. 56.

3. Citado en *Afro-Asian Peoples' Solidarity Conference, Cairo, December 26, 1957-January 1, 1958*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1958, pp. 204-205 (de aquí en adelante, *AAPSC*).
4. Nawal El-Saadawi, *The Hidden Face of Eve: Women in the Arab World*, Londres, Zed, 1980, p. 176.
5. Citado en Margot Badran y Lucia Sorbera, «In No Need of Protection», *Al-Ahram*, 24-30 de julio de 2003; Margot Badran, *Feminists, Islam, and Nation: Gender and the Making of Modern Egypt*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1995, pp. 91-92.
6. Citado en Badran, *Feminists, Islam, and Nation*, p. 235. Para profundizar en este tema, véanse Antoinette Burton, *Burdens of History: British Feminists, Indian Women, and Imperial Culture, 1865-1915*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1994; Billie Melman, *Women's Orients: English Women and the Middle East, 1718-1918*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995.
7. Margaret E. Galey, «Promoting Nondiscrimination against Women: The UN Commission on the Status of Women», *International Studies Quarterly*, 23, 2, junio de 1979, p. 276.
8. Ibídem, pp. 276-279.
9. Todos estos detalles figuran en Badran, *Feminists, Islam, and Nation*, capítulo 11.
10. Citado en *The First Afro-Asian Women's Conference, Cairo, 14-23 January 1961*, El Cairo, Amalgamated Press of Egypt, 1961, p. 10 (de aquí en adelante, *TFAAWC*).
11. Citado en ibídem, p. 42.
12. Mervat Hatem, «Economic and Political Liberation in Egypt and the Demise of State Feminism», *International Journal of Middle East Studies*, 24, 1992, p. 233.
13. Stephanie Urdang, *Fighting Two Colonialisms: Women in Guinea-Bissau*, Nueva York, Monthly Review Press, 1979, p. 243.
14. Citado en ibídem, pp. 258-259.
1. Raúl Prebisch, «The Economic Development of Latin America and Its Principal Problems», *Economic Bulletin for Latin America*, 7, 1, febrero de 1962, pp. 1-22 [la versión original, en castellano, puede encontrarse, por ejemplo, en «El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas», *Desarrollo económico*, 26, 103, octubre-diciembre de 1986, pp. 479-502]. Más o menos por las mismas fechas en que Prebisch presentó sus innovaciones, el economista nacido en Alemania y afincado en Estados Unidos H. W. Singer desarrolló un enfoque similar: H. W. Singer, «US Foreign Investment in Underdeveloped Areas: The Distribution of Gains between Investing and Borrowing Countries», *American Economic Review*, 40, 1950, pp. 473-485. En la literatura académica especializada la teoría de ambos es conocida como la tesis Singer-Prebisch. Su trabajo siguió sustancialmente las ideas expresadas en su momento por Paul Rosenstein-Rodan en «Problems of Industrialization of Eastern and South-Eastern Europe», *Economic Journal*, 53, 210-211, junio-septiembre de 1943, pp. 202-211.
2. Citado en Víctor Alba, *Nationalists without Nations: The Oligarchy versus the People in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1968, p. 106. A tal fin, Pellegrini fundó el primer Banco de la Nación Argentina. Décadas más tarde, Prebisch dirigiría la entidad sucesora de aquella institución: el Banco Central de la República Argentina. Sobre la fuga de capitales hacia Europa, véase Alba, *Nationalism without Nations*, pp. 58–59.
3. Citado en Eduardo Galeano, *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*, Nueva York, Monthly Review Press, 1973, p. 229 [versión original en castellano: *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 200476, p. 272].

4. Prebisch analizó la relación real de intercambio entre Argentina e Inglaterra desde 1873 hasta 1938. Su diagnóstico sobre el descenso de dicha ratio para el país del Cono Sur a partir de la década de 1870 se ha visto validado bastantes años después por una fuente inesperada: Paul Cashin y C. J. McDermott, «The Long-Run Behavior of Commodity Prices: Small Trends and Big Variability», *IMF Staff Papers*, 49, no. 2, 2002, pp. 175-199.
5. UN Department of Economic Affairs (Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas), «Measures for the Economic Development of UnderDeveloped Countries», Nueva York, Naciones Unidas, 1951, p. 35.
6. Michal Kalecki, *Essays in the Theory of Economic Fluctuations*, Londres, Allen and Unwin, 1939, p. 149.
7. W. W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1960. [Hay trad. cast.: *Las etapas del crecimiento económico: Un manifiesto no comunista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.]
8. Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Nueva York, Scribner, 1956, p. 68. [Hay trad. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, ed. de Francisco Gil Villegas M., México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 117.] R. H. Tawney, basándose en un material similar, extrae la conclusión contraria en sus Holland Lectures de 1922, recogidas en *Religion and the Rise of Capitalism*, Nueva York, Mentor, 1947. [Hay trad. cast.: *La religión en el origen del capitalismo*, Buenos Aires, Dédalo, 1959.]
9. «En la India y, en menor medida, en Irlanda —según escribió el economista Alfred Marshall en 1890— hay personas que ciertamente se abstienen del disfrute inmediato y ahorran sumas considerables a base de grandes sacrificios personales, pero luego dispendian todos sus ahorros en espléndidos festejos con motivo de funerales y esponsales. Van haciendo previsiones intermitentes para el futuro inmediato, pero casi ninguna de carácter permanente para el futuro más lejano». Dicho de otro modo, lo que explicaba la pobreza en la India e Irlanda era la falta de ahorro y no el robo de la plusvalía productiva por parte del imperialismo inglés. Marshall señaló que «las grandes obras de ingeniería que tanto han incrementado los recursos productivos [indios] han sido realizadas principalmente con el capital de la mucho más abnegada raza de los ingleses». El capital, argumentaba él, «depende en buena medida de las sanciones sociales y religiosas», y ni los indios ni los irlandeses tenían la capacidad racial para generar el volumen de capital necesario para el desarrollo. Alfred Marshall, *Principles of Economics. An Introductory Volume*, Londres, Macmillan, 1910, p. 225. [Hay trad. cast.: *Principios de economía: Un ensayo de introducción*, Madrid, Aguilar, 1948.]
10. Dadabhai Naoroji, *Poverty and Un-British Rule in India*, Londres, Sonnenschein, 1901, p. 216. A la hora de hablar de Naoroji y la fuga o trasvase de recursos, me he guiado por Bipan Chandra, *The Rise and Growth of Economic Nationalism in India*, Nueva Delhi, People's Publishing House, 1991.
11. Galeano, *Open Veins of Latin America*, p. 33.
12. Raúl Prebisch, *Toward a Dynamic Development Policy for Latin America*, Nueva York, Naciones Unidas, 1963, pp. 17-18. [Versión original en castellano: *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, Santiago de Chile, CEPAL, 1963 (publicada también en México, Fondo de Cultura Económica, 1963).]
13. Prebisch, «El desarrollo económico de la América Latina», p. 479.
14. David Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, Londres, Penguin, 1971, p. 152. [Hay trad. cast.: *Principios de economía política y tributación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.] Las ideas de Ricardo han tenido una

enorme repercusión en la ciencia económica. Tanto es así que la justificación que hoy en día se hace del «libre comercio» se ha construido esencialmente sobre la base del análisis del autor inglés. El texto canónico en ese sentido es el de Paul Krugman y Maurice Obstfeld, *International Economics: Theory and Policy*, Nueva York, HarperCollins, 1994. [Hay trad. cast.: *Economía internacional: Teoría y política*, Madrid, McGraw-Hill, 19955.]

15. Carta de John Maynard Keynes a David Waley, 30 de mayo de 1944, en *The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol 26, ed. de Donald Moggridge, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1980, p. 42.

16. George McTuran Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1956, pp. 76-78.

17. Prebisch, «El desarrollo económico de la América Latina», p. 479.

18. «Joint Declaration on International Trade and Development», Asamblea General de la ONU, 18ª sesión, noviembre de 1963.

19. Citado en Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 76. «Para romper ese círculo vicioso, sin deprimir exageradamente el consumo presente de las masas, por lo general muy bajo, se requiere el concurso transitorio del capital extranjero. Si su aplicación es eficaz, el incremento de productividad, con el andar del tiempo, permitirá desarrollar el propio ahorro y sustituir con él al capital extranjero en las nuevas inversiones exigidas por las innovaciones técnicas y el crecimiento de la población». Prebisch, «El desarrollo económico de la América Latina», p. 492.

20. Citado en Graham Hancock, *Lords of Poverty: The Power, Prestige, and Corruption of the International Aid Business*, Nueva York, Atlantic Monthly Press, 1989, p. 70. Prácticamente ninguna de esas ideas era realmente un secreto, pues Black hacía comentarios de ese tipo con frecuencia en público, como en una destacada ocasión en 1962, en un discurso que pronunció ante el Consejo Económico y Social de la ONU.

21. Citado en Robert S. Walters, *American and Soviet Aid*, Pittsburgh (Pensilvania), University of Pittsburgh Press, 1970, pp. 1617. Ocho años después, el gobierno estadounidense reconocía que la mayor parte de su ayuda exterior era en forma de ayuda militar porque necesitaba prestar «ayuda económica para que los países menos desarrollados que reciben la ayuda militar de Estados Unidos cumplan con las responsabilidades económicas y políticas adicionales que se derivan de la expansión del sistema de defensa local. La finalidad primaria, pues, es la seguridad militar, si bien lo anterior puede incidir también en un cierto desarrollo económico relacionado».

22. Paul Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, Monthly Review Press, 1962, p. 399. [Hay trad. cast.: *La economía política del crecimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964.] Las opiniones de Baran tuvieron una favorable acogida en Argentina, entre grupos como Praxis y Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR-PRAXIS). Para leer más sobre esta cuestión, véase Carlos Strasser, ed., *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959. La obra del fundador de MIR-PRAXIS, Silvio Frondizi, fue fundamental para esta línea de pensamiento, para la que el peronismo constituía la posición más avanzada de la burguesía nacional y era un movimiento incapacitado para materializar la democracia social o el socialismo. Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

23. Raúl Prebisch, «North-South Dialogue», *Third World Quarterly*, 2, enero de 1980, pp. 15-18.

24. Ya en la década de 1940, la ONU puso en marcha un estudio que se tradujo en un informe favorable a la reforma agraria como política fundamental para la

transformación social. Dicho informe se convertiría en la piedra de toque de todas las iniciativas de la ONU en ese terreno durante las dos décadas siguientes. «Land Reform: Defects in Agrarian Structure as Obstacles to Economic Development», Nueva York, Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas, 1951.

1. Stephen Kinzer, *All the Shah's Men: An American Coup and the Roots of Middle East Terror*, Nueva York, John Wiley, 2003 [hay trad. cast.: *Todos los hombres del sha: Un golpe de estado norteamericano y las raíces del terror en Oriente Próximo*, Barcelona, Debate, 2005]; Mark Gasiorowski y Malcolm Byrne, eds., Mohammed Mossaddeq and the 1953 Coup in Iran, Syracuse (Nueva York), Syracuse University Press, 2004.

2. Michael C. Hillmann, *A Lonely Woman: Forugh Farrokhzad and Her Poetry*, Boulder (Colorado), Lynne Rienner, 1987, p. 83.

3. Octavio Paz, *El ogro filantrópico: Historia y política (1971-1978)*, Barcelona, Seix Barral, 1983, pp. 33-34 y 45.

4. Jalal Al-i Ahmad, *Occidentosis: A Plague from the West*, Berkeley (California), Mizan Press, 1984, pp. 27-28. En Bandung, los delegados ya apuntaron en su momento (aunque sin grandes estridencias) que «la existencia del colonialismo en numerosas zonas de Asia y África en cualquiera de sus formas [...] reprime las culturas nacionales del pueblo». George McTurnan Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1956, p. 79.

5. Al-i Ahmad, *Occidentosis*, pp. 62-63.

6. Alioune Diop, «Discours d'ouverture», *Présence Africaine*, junio-noviembre de 1956, p. 9. Para una descripción más extensa de aquella conferencia, véase James Baldwin, «Princes and Powers», en *Nobody Knows My Name: More Notes of a Native Son*, Nueva York, Dial Press, 1961. [Hay trad. cast.: *Nadie sabe mi nombre*, Barcelona, Lumen, 1970.]

7. Aimé Césaire, «Culture et colonisation», *Présence Africaine*, junio-noviembre de 1956, pp. 203-204.

8. Alioune Diop, «Discours d'ouverture», p. 12.

9. Aimé Césaire, «Culture et colonisation», p. 207.

10. Ibídem, p. 197.

11. Citado en la Conferencia Constituyente de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Institute of Civil Engineers, Londres, 1-16 de noviembre de 1945, París, Archives de l'UNESCO, n° AG 41, p. 49.

12. Nicholas B. Dirks, *Castes of Mind: Colonialism and the Making of Modern India*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 2001; Edmund Leach, *Social and Economic Organisation of the Rowanduz Kurds*, Londres, P. Lund, 1940, p. 19; Talal Asad, «Two European Images of Non-European Rule», en *Anthropology and the Colonial Encounter*, Nueva York, Humanities Press, 1973; Mahmood Mamdani, *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1996.

13. Frantz Fanon, «Racisme et culture», *Présence Africaine*, junio-noviembre de 1956, p. 131.

14. Aimé Césaire, *Discourse on Colonialism*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000, pp. 69-70. [Hay trad. cast.: *Discurso sobre el colonialismo*, Madrid, Akal, 2006.]

15. Citado en la Conferencia Constituyente de la Unesco, p. 33. Existía una necesidad admitida por todos (en Bandung y en otros foros) de resucitar la larga historia de contactos entre pueblos que tan comunes habían sido en el mundo antiguo. Así se documenta en Vijay Prashad, *Everybody Was Kung Fu Fighting: Afro-Asian Connections and the Myth of Cultural Purity*, Boston, Beacon Press, 2001, capítulo 1.

16. Kahin, *The Asian-African Conference*, pp. 79-80.
17. Al-i Ahmad, *Occidentosis*, p. 63.
18. Citado en *Afro-Asian People's Solidarity Conference, Cairo, December 26, 1957-January 1, 1958*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, p. 135.
19. Esta idea está extraída de su obra *Dar Khedmat va Khianat Rushanfekran*, para la que se inspiró en el marco y los conceptos de los trabajos de Antonio Gramsci sobre los intelectuales orgánicos. Véase Farzin Vahdat, *God and Juggernaut: Iran's Intellectual Encounter with Modernity*, Syracuse (Nueva York), Syracuse University Press, pp. 119-120. Un iraní coetáneo de Al-i Ahmad ha recogido el testigo de aquella misión suya, si bien el rumbo que este ha seguido está mucho más imbuido de una cierta veneración hacia el islam canónico que el de Al-i Ahmad (quien sentía mayor afinidad con el islam esotérico y con las raíces de este en la tradición popular). Véase Abdol-Karim Soroush, *Reason, Freedom, and Democracy in Islam: Essential Writings of Abdol-Karim Soroush*, Oxford (Inglaterra), Oxford University Press, 2000.
20. Al-i Ahmad, *Occidentosis*, p. 30.
21. Ibídem, p. 79.
22. Citado en Darius M. Rejali, *Torture and Modernity: Self, Society, and State in Modern Iran*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1994, p. 140.
23. «A Change of Ideas», *Time*, 27 de septiembre de 1963, p. 79.
24. El destino le reservaría el dudoso honor de ser relacionado, a título póstumo, con la Revolución Iraní, y, a partir de ahí, algunos empezaron a considerarlo uno de los progenitores intelectuales del posterior régimen islamista. Véanse Val Moghadam, «The Revolution and the Regime: Populism, Islam, and the State in Iran», *Social Compass*, 36, 4, 1989, p. 429; Mehrzad Boroujerdi, «Gharbzadegi: The Dominant Intellectual Discourse of Pre-and Post-Revolutionary Iran», en Samih Farsoun y Mehrdad Mashayekhi, eds., *Iran: Political Culture in the Islamic Republic*, Londres, Routledge, 1992.
25. Forugh Farrojzad, «Kasi Keh Mesi-e Hichkas Nist», *Arash*, 10, verano de 1966, en Hillmann, *A Lonely Woman*, pp. 65-68.
1. Citado en François Fejtö, *Histoire des démocraties populaires*, París, Éditions du Seuil, 1969, pp. 85-86. [Hay trad. cast.: *Historia de las democracias populares*, Barcelona, Martínez Roca, 1971.]
2. Douglas Little, *American Orientalism: The United States and the Middle East since 1945*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, pp. 166-167.
3. Gabriel Kolko, *Confronting the Third World: United States Foreign Policy, 1945-1980*, Nueva York, Random House, 1988, p. 62. La literatura especializada de los autores del *establishment* estadounidense malinterpretó sistemáticamente el sentido del no alineamiento. En esos escritos se evidenciaba una disposición permanente a imputar las peores motivaciones posibles a los Estados que se reunían en busca de paz. Arthur Holcombe, *Peaceful Coexistence: A New Challenge to the United Nations*, Nueva York, Twelfth Report of the Commission to Study the Organization of Peace, Research Affiliate of the American Association for the United Nations, 1960; Richard V. Allen, *Peace or Peaceful Coexistence*?, Chicago, American Bar Association, 1966. [Hay trad. cast.: ¿*Paz o coexistencia pacífica*?, Madrid, Editora Nacional, 1967.]
4. Citado en Little, *American Orientalism*, p. 171. Para saber más sobre la cuestión, véanse Geoffrey Aronson, *From Sideshow to Center-Stage: U.S. Policy toward Egypt, 1946-1956*, Boulder (Colorado), Lynne Rienner, 1986, p. 256; Townsend Hoopes, *The Devil and John Foster Dulles*, Boston, Little, Brown, 1973.
5. Citado en H. W. Brands, *The Specter of Neutralism: The United States and the Emergence of the Third World, 1947-1960*, Nueva York, Columbia University Press,

1989, p. 273.

6. «The Brioni Document. Joint Communiqué by President Tito, President Nasser, and Premier Nehru», *Review of International Affairs*, 7, 152-153, 1956.

7. Citado en *The Conference of Heads of State or Government of Non-Aligned Countries*, Belgrado, Editions Jugoslavija, 1961, p. 69.

8. *The Conference of Heads of State or Government*, p. 87 (Haile Selassie), p. 99 (Nkrumah) y pp. 254-255 (resolución final).

9. Ibídem, p. 264.

10. Citado en *The Conference of Heads of State or Government*, p. 70.

11. Alvin Z. Rubinstein, *Yugoslavia and the Nonaligned World*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1970, p. 10. En 1964, un alto cargo del Ministerio de Exteriores yugoslavo, Josip Djerdja, ofreció el siguiente análisis sobre las Naciones Unidas (favorable al concepto de conjunto, aunque crítico con los detalles) para el NOAL: «[Los encuentros regulares entre representantes del Movimiento de Países No Alineados en la ONU] deberían ser considerados como el embrión de un procedimiento consultivo necesario y constante que posibilite que los países no alineados cooperen más eficazmente en la expansión sistemática del campo de actividad hacia la paz y el progreso. Los países no alineados han asociado de nuevo su actividad con los esfuerzos de la ONU, la cual, en un mundo más pacífico y justo, debería actuar como reguladora de una cooperación equitativa y como instrumento de desarrollo general en un planeta que es diverso, pero que debería ser liberado del peligro de que las diferencias y las diversidades existentes sean motivo o causa de fricción y antagonismo. La democratización de las Naciones Unidas y la opción por la realización de ciertas correcciones necesarias en el mecanismo de funcionamiento de la organización internacional y en su Carta, objetivos ambos destacados en el programa de El Cairo, no son más que un síntoma de que los países no alineados contemplan con esperanza y serena confianza la posibilidad futura de que la ONU asuma esa importante función». Josip Djerdja, «The Cairo Programme of Action», *Review of International Affairs*, 15, 350, 1964, pp. 2-3.

12. El presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, que había asistido a los encuentros del NOAL de 1961 y 1964, expresó su satisfacción por el hecho de que, mediante la adopción de esa política, el NOAL «dejaba bien claro que el no alineamiento no es lo mismo que la neutralidad, pues aquel solo cabe interpretarlo como la no participación en un bloque militar». Citado en Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1989, p. 222.

13. Amílcar Cabral, «National Liberation and Peace, Cornerstones of Non-Alignment», en *Revolution in Guinea: Selected Texts by Amilcar Cabral*, ed. de Richard Handyside, Nueva York, Monthly Review Press, 1969, p. 55.

14. Cabral, «National Liberation and Peace», p. 53. Cabral no era el único en expresarse en ese sentido. He aquí algunas voces más manifestándose en similares términos: «Hoy, en el conjunto del continente africano, desde Argel hasta Ciudad del Cabo y desde Lobito hasta Lusaka, los luchadores por la libertad de África están alzados en armas y, antes que entregar estas, prefieren dar sus vidas en la lucha por la liquidación total del colonialismo. Ya no se van a tolerar los mecanismos constitucionales retardantes, pensados para frustrar la conquista de la libertad y la independencia». Nkrumah, citado en *The Conference of Heads of State or Government*, p. 103. «Estoy seguro de que, al igual que el pueblo cubano, todos los demás pueblos aquí representados que han sido víctimas de la agresión imperialista y colonialista desean vivir en paz con los países agresores. No es un simple capricho el que nos

impulsa a oponernos a ellos. Nos obligan a tomar las armas y a plantar batalla, y ningún gobierno que quiera mantener la dignidad y la soberanía de su nación puede ignorar tal desafío». Dorticós, citado en *The Conference of Heads of State or Government*, p. 128. «La eliminación de las relaciones coloniales y de los intentos neocolonialistas por preservar la sustancia del colonialismo bajo unas circunstancias cambiadas beneficia hoy en día tanto a los pueblos coloniales como a los pueblos de los países metropolitanos. El apoyo pleno a las poblaciones y los países que luchan por sus derechos fundamentales contra la dominación colonial es, al mismo tiempo, uno de los prerrequisitos básicos para una erradicación efectiva de las fuentes de la guerra y de los peligros que amenazan la paz mundial». Tito, citado en *The Conference of Heads of State or Government*, p. 161.

15. Citado en Maurice Halperin, *The Taming of Fidel Castro*, Berkeley, University of California Press, 1981, pp. 118-119.

1. Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution: Cuba's Foreign Policy*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1989, p. 84.

2. Maurice Halperin, *The Taming of Fidel Castro*, Berkeley, University of California Press, 1981, p. 163.

3. Che Guevara, «Mensaje a la Tricontiental», publicado originalmente por el Secretariado Ejecutivo de la Organización de la Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, La Habana, 16 de abril de 1967, recogido (en inglés) en Brian Loveman y Thomas Davies, Jr., eds., *Guerrilla Warfare*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1985, p. 202. Este pronunciamiento del Che seguía la línea de un discurso que Castro había pronunciado en 1962: «El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo». Citado en Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution*, p. 116.

4. Guevara, «Mensaje», en *Guerrilla Warfare*, pp. 209 y 213.

5. Mao Tse-tung, *People of the World, Unite and Defeat the U.S. Aggressors and All Their Lackeys*, Pekín, Foreign Languages Press, 1967, p. 14.

6. A. W. Singham y Shirley Hume, *Non-Alignment in an Age of Alignments*, Londres, Zed Books, 1986, p. 92.

7. Kwame Nkrumah, *Neocolonialism: The Last Stage of Imperialism*, Nueva York. International Publishers, 1966, p. x. [Hay trad. cast.: *Neocolonialismo: La última etapa del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1966.]

8. Ibídem, p. 258.

9. Kwame Nkrumah, *Handbook of Revolutionary Warfare*, Nueva York, International Publishers, 1968, p. 42.

10. Amílcar Cabral, «The Weapon of Theory», en *Revolution in Guinea*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972, p. 91.

11. Ibídem, p. 102.

12. Ibídem, p. 107. Cabral y Fanon divergían bastante de los grupos revolucionarios que se inspiraban en la estrategia de George Sorel: la de infundir el miedo en el corazón del imperio. Cabral y Fanon atribuían menos importancia a la psique de las fuerzas imperiales que a la de los colonizados.

13. *First Solidarity Conference of the Peoples of Africa, Asia, and Latin America: Proceedings*, La Habana, Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, 1966, p. 63.

14. Amílcar Cabral, «Tell No Lies», en *Revolution in Guinea*, p. 89.

15. Cabral, «The Weapon of Theory», en *Revolution in Guinea*, pp. 91-92.

1. Citado en Edward Behr, *The Algerian Problem*, Londres, Hodder and Stoughton,

1961, p. 86.

2. Frantz Fanon, *Toward the African Revolution*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967, p. 53. [Hay trad. cast.: *Por la revolución africana: Escritos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.]

3. Jean-Paul Sartre, prefacio a Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1963, p. 10. [Hay trad. cast.: *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 10.]

4. Fanon, *Toward the African Revolution*, p. 114, y *The Wretched of the Earth*, pp. 191-192.

5. Marnia Lazreg, *The Eloquence of Silence: Algerian Women in Question*, Nueva York, Routledge, 1994, p. 123.

6. *La Charte d'Alger. Ensemble des Textes Adoptés par le Premier Congrès du parti du F.L.N.*, Argel, FLN, Commission Centrale d'Orientation, 1964, pp. 104-107. He tomado prestadas algunas de las traducciones (al inglés) de Robert Malley, *The Call from Algeria: Third Worldism, Revolution, and the Turn to Islam*, Berkeley, University of California Press, 1996. El keniano Jomo Kenyatta también abogó por la creación de un Estado de partido único, pero él lo hizo aportando una matización crucial. Kenyatta entendía que el número de partidos con los que contaba un país no determina la naturaleza de su gobierno; es decir, que puede haber sistemas bipartidistas que produzcan regímenes tiránicos y antidemocráticos, y Estados de partido único que sean democráticos. La principal innovación de la era moderna no era, pues, el sistema democrático bipartidista, sino el «partido de masas», cuya legitimidad política no proviene simplemente del pueblo como abstracción, sino que, en él, es el pueblo el que actúa a diario para producir el trabajo y las normas del Estado. Cherry Gertzel, Maure Goldschmidt y Donald Rothchild, eds., *Government and Politics in Kenya*, Nairobi, East Africa Publishing House, 1969, p. 113. «En cierto número de países subdesarrollados —escribió Fanon—, el juego parlamentario es fundamentalmente falseado. Económicamente impotente, sin poder crear relaciones sociales coherentes, fundadas en el principio de su dominio como clase, la burguesía escoge la solución que le parece más fácil, la del partido único». Fanon, *The Wretched of the Earth*, p. 164.

7. Citado en Henry F. Jackson, *The FLN in Algeria: Party Development in a Revolutionary Society*, Westwood (Connecticut), Greenwood Press, 1977, p. 108.

8. Citado en William Quandt, *Revolution and Political Leadership: Algeria, 1954-1968*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1969, p. 194. Fanon también había previsto esto: el «ir y venir fecundo de la base a la cima y de la cima a la base que funda y garantiza la democracia en un partido» desaparece. El partido se convierte en una «pantalla» tras la que se esconde la dirección, y aunque el partido continúa, la «vida de partido» queda en suspenso. El pueblo es enviado «de vuelta a su caverna». Fanon, *The Wretched of the Earth*, pp. 170 y 183.

9. Según una de esas descripciones del expresidente argelino, «Ben Bella se mueve como si estuviera solo. Está concentrado en sus propias ideas y da la impresión de no darse apenas cuenta de lo que dice la gente a su alrededor». Alistair Horne, *A Savage War of Peace: Algeria, 1954-1962*, Londres, Macmillan, 1977, p. 540. En otra, se nos recuerda que jamás hizo que se erigiera estatua alguna en su honor ni puso su nombre a ninguna calle. David Ottaway y Marina Ottaway, *Algeria: The Politics of a Socialist Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1970, pp. 81-82.

10. Ottaway y Ottaway, *Algeria*, pp. 94-95. Para una exuberante colección de testimonios y reacciones al régimen de Ben Bella, véase Daniel Guérin, *Ci-git le colonialisme*, París, Mouton, 1973.

11. Ottaway y Ottaway, *Algeria*, p. 57.

12. *La Charte d'Alger*, pp. 44-45 y 63.
13. Ottaway y Ottaway, *Algeria*, p. 41.
14. Gérard Chaliand, *L'Algérie est-elle socialiste?*, París, Maspero, 1964, p. 89; Ottaway y Ottaway, *Algeria*, p. 84.
15. *La Charte*, p. 105.
16. Julius Nyerere, *Freedom and Unity*, Dar es Salaam, Oxford University Press, 1967, p. 312.
17. Ho Chi Minh, «Political Report Read at the National Conference of the Vietnam Workers' Party Held in February 1961», en *Selected Works*, vol. 3, Hanoi, Foreign Languages Publishing House, 1961, p. 255. Los comunistas del Tercer Mundo también se habían educado en una larga tradición del marxismo iniciada casi en el momento mismo en que los bolcheviques experimentaron los primeros problemas de burocratización en la Unión Soviética. En el congreso de 1922 del Partido Comunista, Lenin expuso su lacerante diagnóstico sobre la desconexión creciente entre el Estado-partido y la población del país. «La tarea que se nos presenta —declaró ante los asistentes a aquel controvertido congreso, cuyo principal tema de discusión fue la Nueva Política Económica— consiste en aprender a organizar el trabajo de forma apropiada para no incurrir en retrasos, para eliminar las fricciones a tiempo, para no separar la administración de la política. Y es que nuestra administración y nuestra política descansan sobre la capacidad del conjunto de la vanguardia para mantener el contacto con el conjunto de la masa del proletariado y con el conjunto de la masa del campesinado. Si alguien olvida [la importancia del contacto con las masas] y se deja absorber por completo por la administración, el resultado acaba siendo desastroso». Vladimir Ilyich Lenin, «Political Report to the Central Committee of the RCP (B)», en *Collected Works*, vol. 33, Moscú, Progress Publishers, pp. 263-309. [Hay trad. cast.: «Informe político del Comité Central del PC(b)R, 27 de marzo-2 de abril», en *Obras completas, tomo XXXVI: noviembre de 1921-marzo de 1923*, Madrid, Akal, 1978, pp. 232-276.] Esas cuestiones fueron habituales en el comunismo organizado en consejos obreros característico de la década de 1920 (y que inspiró las obras de Antonio Gramsci) y en el movimiento obrero alemán, significado también por su funcionamiento en consejos (aunque aquí los trabajadores altamente cualificados prevalecieron sobre el resto). A propósito del caso italiano, véase Paolo Spriano, *The Occupation of the Factories: Italy 1920*, Londres, Pluto Press, 1975. Sobre el ejemplo alemán, véase Sergio Bologna, «Class Composition and the Theory of the Party at the Origin of the Workers-Council Movement», *Telos*, 3, otoño de 1972, pp. 4-27.
18. Fanon, *The Wretched of the Earth*, p. 169.
19. Ottaway y Ottaway, *Algeria*, p. 127.
20. Fanon, *The Wretched of the Earth*, p. 169.
21. Ibídem, pp. 166 y 168.
22. Ibídem, p. 166.
1. Robert O. Kirkland, *Observing Our Hermanos de Armas: U.S. Military Attachés in Guatemala, Cuba, and Bolivia, 1950-1964*, Londres, Routledge, 2003, p. 110.
2. Pierre Vilar, *A History of Gold and Money, 1450-1920*, Londres, Verso, 1991 [hay trad. cast.: *Oro y moneda en la historia*, Barcelona, Ariel, 1969], y «The Age of Don Quixote», *New Left Review*, 68, julio-agosto de 1971, pp. 59-71.
3. Eduardo Galeano, *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*, Nueva York, Monthly Review Press, 1978, p. 163. [Versión original en castellano: *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 200476.] Para un excelente estudio sobre los mineros del estaño de Bolivia, véase June Nash, *We Eat the Mines and the Mines Eat Us: Dependency and Exploitation in Bolivian Tin Mines*,

Nueva York, Columbia University Press, 1993. Para un estudio extraordinariamente bueno de las relaciones entre los campesinos y los mineros, véase Silvia Rivera Cusicanqui, *Oppressed but Not Defeated: Peasant Struggles among the Ayamara and Quechua in Bolivia, 1900-1980*, Ginebra, Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD), 1987. [Versión original en castellano: *Oprimidos pero no vencidos: Luchas del campesinado aymara y quechua de Bolivia, 1900-1980*, Ginebra, UNRISD, 1986.]

4. Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1991.

5. John F. Kennedy, *Alliance for Progress: Text of an Address Delivered at the White House, March 13, 1961*, Washington (D.C.), Pan American Union, 1961.

6. Gavin Kennedy, *The Military in the Third World*, Londres, Duckworth, 1974, apéndice A. Kennedy tiende a incluir hasta la más mínima incidencia, incluso aquellos intentos de golpe que son, como él mismo dice, «dudosos», así como otros que fueron proclamados por algunos regímenes con el simple propósito de cubrir sus «necesidades propagandísticas» (p. 337). Pese a todo, su cifra es un indicador útil de la incidencia y las pretensiones golpistas en las naciones oscuras.

7. Frantz Fanon, *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove Press, 1963, p. 202. [Hay trad. cast.: *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.]

8. Ibídem.

9. Citado en Peter Wyden, *Bay of Pigs: The Untold Story*, Nueva York, Simon & Schuster, 1979, p. 295.

10. Institute for Defense Analysis, *A Study of U.S. Military Assistance Programs in the Underdeveloped Areas*, 8 de abril de 1959; *Final report and papers of the Draper Committee*, entradas 67-69, Biblioteca Dwight D. Eisenhower, Abilene (Kansas).

11. Gabriel Kolko, *Confronting the Third World: United States Foreign Policy, 1945–1980*, Nueva York, Pantheon, 1988, p. 133. Uno de los teóricos más importantes de esta tendencia fue Morris Janowitz, que trabajó en el Comité para el Estudio Comparado de las Nuevas Naciones en la Universidad de Chicago. Su clásico sobre la materia es *The Military in the Political Development of New Nations*, Chicago, University of Chicago Press, 1964, que posteriormente reescribiría y ampliaría con el título *Military Institutions and Coercion in the Developing Nations*, Chicago, University of Chicago Press, 1977. Otra obra significativa en este terreno es la de John Johnson, *The Role of the Military in Underdeveloped Countries*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1962.

12. Sobre esto, véase Thomas Skidmore, *The Politics of Military Rule in Brazil, 1964-1985*, Oxford, Oxford University Press, 1988. Cita tomada de Michael Crozier, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki, eds., *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press, 1975, pp. 166-168. Sobre la era de la Trilateral, véase Stephen Gill, *American Hegemony and the Trilateral Commission*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

13. Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1968, p. 136. [Hay trad. cast.: *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 128.]

14. Ese fue un punto en el que Huntington mantuvo una coherencia sistemática, pues ya había postulado más o menos el mismo argumento referido al papel del ejército estadounidense en la historia de su propio país. Samuel P. Huntington, *The Soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 1959. [Hay trad. cast.: *El soldado y el*

Estado: Teoría y política de las relaciones cívico-militares, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1995.]
15. National Security Council, «U.S. Overseas Internal Defense Policy», 1 de agosto de 1962; Kolko, *Confronting the Third World*, p. 133.
16. Huntington, *Political Order*, p. 194 [cita traducida: *El orden político*, pp. 176-177]. Véase también William Thompson, *The Grievances of Military Coup Makers*, Londres, Sage, 1973, que pone un énfasis exagerado en las razones intramilitares de los golpes.
17. Huntington, *Political Order*, p. 221 [cita traducida: *El orden político*, p. 200].
18. Ibídem, p. 137 [p. 129].
19. Ibídem, p. 220 [p. 199]. Recordemos que Huntington tampoco distingue en este sentido entre los Estados democráticos liberales y los Estados de la liberación nacional. En un importante artículo que escribió en la década de 1970, señaló que el Primer Mundo padecía «un exceso de democracia», y ofrecía el ejército como ejemplo de institución que conviene dejar fuera del alcance de las reivindicaciones democráticas y de la que el sistema político en su conjunto podía aprender muchos aspectos positivos. Samuel P. Huntington, «The United States», en *The Crisis of Democracy*, pp. 113-114.
20. Robert McNamara, «Security in the Contemporary World», *Defense Science Board*, 6 de junio de 1966, pp. 880-881.
21. Ruth First, *The Barrel of a Gun: Political Power in Africa and the Coup d'État*, Londres, Penguin, 1970, p. ix.
22. Ibídem, p. 5.
23. Ibídem, p. 6.
24. Huntington, *Political Order*, p. 4 [cita traducida: *El orden político*, p. 16].
25. Karl Marx, *Capital*, Volume One, Londres, Penguin, 1976, p. 479. [Hay trad. cast.: *El capital*, tomo I, vol. 2, libro primero, México, Siglo XXI, 200322, p. 436.]
26. Pablo Neruda, *Canto General*, Berkeley, University of California Press, 1991, p. 161. [Versión original en castellano: *Canto general*, Santiago de Chile, Pehuén, 2005, p. 197.]
27. U.S. Senate Select Intelligence Committee (Subcomité de Inteligencia del Senado de los Estados Unidos), *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders, 94th Congress, First Session, Report No. 94-465, November 20, 1975*, Washington (D.C.), Government Printing Office, 1975, p. 277.
28. Fatemah Farag, «Labour on the Fence», *Al-Ahram*, 11-17 de mayo de 2000.
29. Citado en Ruth First, *Libya: The Elusive Revolution*, Londres, Penguin, 1974, p. 102.
30. Para una útil valoración del chavismo, véase Richard Gott, *In the Shadow of the Liberator: Hugo Chávez and the Transformation of Venezuela*, Londres, Verso, 2000. Como análisis menos exuberantes, véanse Margarita López Maya y Luis Lander, «Refounding the Republic: The Political Economy of Chavismo», *NACLA Report on the Americas*, 33, 6, mayo-junio de 2000, pp. 21-23; Steve Ellner y Daniel Hellinger, eds., *Venezuelan Politics in the Chávez Era: Class, Polarization, and Conflict*, Boulder (Colorado), Lynn Rienner, 2003 [hay trad. cast.: *La política venezolana en la época de Chávez: Clases, polarización y conflicto*, Caracas, Nueva Sociedad, 2003].
31. Citado en Walter Laqueur, *The Soviet Union and the Middle East*, Nueva York, Routledge, 1959, p. 219. El propio Nasser redactó un breve tratado profundamente anticomunista en el que exponía las opiniones y los puntos de vista que le acompañaron hasta el final de sus días en 1970: *Nahnu wa'al'Iraq wa'al-shuy u'iyah*, Beirut, Dar al-Nashr al-Arabiyah, 1959; Saïd K. Aburish, *Nasser: The Last Arab*, Nueva York, Thomas Dunne Books, 2004, p. 98.

32. Neruda, *Canto General*, pp. 206-207 (traducción ligeramente modificada). [Versión original en castellano (sin modificar): *Canto general*, pp. 254-255.]
1. Pablo Neruda, *Canto General*, trad. al inglés de Jack Schmitt, Berkeley, University of California Press, 1991, pp. 139-140. [Versión original en castellano: *Canto general*, Santiago de Chile, Pehuén, pp. 168-169.]
2. Rex Mortimer, *Indonesian Communism under Sukarno: Ideology and Politics, 1959-1965*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1974, p. 49.
3. Citado en Mortimer, *Indonesian Communism*, p. 79.
4. Adrian Vickers, *A Paradise Created*, Berkeley (California), Periplus, 1989, p. 170.
5. Leslie Dwyer y Degung Santikarma, «"When the World Turned to Chaos": 1965 and Its Aftermath in Bali, Indonesia», en Robert Gellately y Ben Kiernan, eds., *The Specter of Genocide: Mass Murder in Historical Perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, p. 295.
6. *Indonesia: Malaysia-Singapore; Philippines*, vol. 26, *Foreign Relations of the United States, 1964-1968*, Washington (D.C.), Department of State, 2001, pp. 338-339.
7. Ibídem, pp. 386-387.
8. Geoffrey Robinson, *The Dark Side of Paradise: Political Violence in Bali*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1995, p. 282. En 1959, el teórico de la modernización militar Guy Pauker puso el ejército indonesio como ejemplo del tipo de fuerza contundente y sólida que Estados Unidos debía promover como antídoto contra el comunismo. El análisis de Pauker sirvió de plan de acción para el golpe de Suharto. Guy Pauker, «Southeast Asia as a Problem Area in the Next Decade», *World Politics*, 11, abril de 1959, pp. 325-345.
9. Asamblea General de las Naciones Unidas, resolución n° 2027 (XX), «Measures to Accelerate the Promotion of Respect for Human Rights», 18 de noviembre de 1965. El 1 de abril de 2004, el Asian Legal Resource Center (Hong Kong) presentó una petición ante la ONU para que actuara a propósito de las masacres de 1965-1966. Su solicitud comenzaba con el siguiente parágrafo: «Aunque parezca increíble, hasta la fecha la comunidad internacional no ha abordado la masacre de, al menos, medio millón de personas orquestada por el general Suharto y perpetrada en Indonesia durante el ascenso al poder de este en 1965-1966. Mientras que a las víctimas de los atentados con bomba de Bali de 2002 (no indonesias en su mayoría) se les hizo mayor o menor justicia en cuestión de meses, casi cuatro décadas después de aquel crimen masivo contra la humanidad sus supervivientes siguen sin haber visto reconocida su tragedia». La petición no ha obtenido resultado alguno hasta el momento.
10. William Shinn, «The "National Democratic State": A Communist Program for Less-Developed Areas», *World Politics*, 15, 3, abril de 1963, pp. 177-189.
11. Citado en Samir al-Khalil, *Republic of Fear: The Politics of Modern Iraq*, Berkeley, University of California Press, 1989, pp. 191 y 226. Mohamed Heikal, confidente de Nasser, también escribió que el comunismo no estaba hecho para el mundo árabe. Hubo, incluso, algunos comunistas que promovieron esa idea, como, por ejemplo, el líder comunista sirio Jaled Bakdash, quien, en la década de 1950, señaló que no solo él era «un nacionalista árabe por encima de todo», sino que Siria seguiría siendo «nacionalista árabe y nada más». Citado en Walter Laqueur, *The Soviet Union and the Middle East*, Nueva York, Praeger, 1959, p. 300.
12. Alain Gresh, «The Free Officers and the Comrades: The Sudanese Communist Party and Nimeiri Face-to-Face, 1969-1971», *International Journal of Middle East Studies*, 21, 1989, pp. 393-409; Gabriel Warburg, *Islam, Nationalism, and Communism in a Traditional Society: The Case of Sudan*, Londres, Frank Cass, 1978.
13. George Lenczowski, *Soviet Advances in the Middle East*, Washington (D.C.),

American Enterprise Institute, 1971, p. 88. Esas incorporaciones a las instituciones gubernamentales sirvieron más como escaparates para los partidos comunistas que como oportunidades para ejercer verdadero poder. Carol Saivetz y Sylvia Woody, *Soviet-Third World Relations*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1985, p. 50.

* Los cinco principios fundamentales sobre los que se asienta la ideología y la filosofía definitorias del Estado indonesio. (*N. del T.*)

14. El intento del Partido Golkar de Suharto por dominar la imaginación política del pueblo indonesio está recogido y documentado en Hans Antlöv, *Exemplary Centre, Administrative Periphery: Rural Leadership and New Order in Java*, Richmond (Inglaterra), Curzon Press, 1995. La lista de los puntos de la Pancasila aparece en la p. 37.

15. Citado en Piero Gleijes, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1991, p. 193.

1. John S. Dalvi, *Himalayan Blunder: The Curtain-Raiser to the Sino-Indian War of 1962*, Bombay, Thacker and Co., 1969, p. 264.

2. Neville Maxwell, *India's China War*, Londres, Jonathan Cape, 1970, ha sido una consulta indispensable para mi breve comentario sobre aquella guerra. Maxwell muestra una disposición más favorable a las tesis chinas sobre la disputa fronteriza y la guerra que resultó (y más aún en su breve monografía *China's «Aggression» of 1962*, Oxford, Court Place Books, 1999). A mí me interesan menos los motivos de la guerra que el hecho de la guerra en sí.

3. Citado en George McTurnan Kahin, ed., *The Asian-African Conference: Bandung, Indonesia, April 1955*, Ithaca (Nueva York), Cornell University Press, 1956, p. 73.

4. Ibídem, p. 59.

5. Citado en Maxwell, *India's China War*, p. 282.

6. Kahin, *The Asian-African Conference*, p. 85.

7. Citado en Maxwell, *India's China War*, p. 183. En 1953, el historiador B. S. N. Murti señaló que India necesitaba un ejército para fomentar una «psicología de paz, manteniendo su brazo armado en el nivel mínimo consecuente con sus necesidades de defensa básicas». B. S. N. Murti, *Nehru's Foreign Policy*, Nueva Delhi, Beacon Information and Publications, 1953, p. 35.

8. N. Sarkar, «A Historical Account of Tawang Monastery», en Verinder Grover y Ranjana Arora, eds., *Encyclopedia of India and Her States, Vol. IX: North-East India*, Nueva Delhi, Deep and Deep, 1996.

9. Prakash Karat, *Language and Nationality Politics in India*, Bombay, Orient Longman, 1973.

10. Soong Ch'ingling, *Good Neighbours Meet: Speeches in India, Burma, and Pakistan*, Pekín, Foreign Languages Press, 1956, p. 21.

11. Maxwell, *India's China War*, p. 169. Las del líder del Swatantra eran opiniones de rancio abolengo dentro de la práctica nacionalista india. En 1936, Gandhi inauguró el templo Bharat Mata (o «de la Madre India») en las afueras de Benarés. En lugar de rendir culto a un dios puránico, en aquel templo se instaba a la gente a adorar un gran mapa de la India y su entorno regional. El templo no es significativo en sí, pero constituye un curioso ejemplo de algo que resulta mucho más común: la frecuente invocación que ha hecho el gobierno de la nueva nación de la idea de la integridad nacional y del carácter sagrado de las fronteras.

12. Citado en Maxwell, *India's China War*, pp. 152 y 117.

13. United Nations, *The Relationship between Disarmament and Development*, Nueva York, United Nations, 1982, p. 154. [Hay trad. cast.: *La relación entre desarme y desarrollo*, Departamento de Asuntos Políticos y de Asuntos del Consejo de

Seguridad, Centro de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Nueva York, Organización de las Naciones Unidas, 1982.] Según el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, bastaría con solo una pequeña parte del gasto militar mundial (estimado en más de 800.000 millones de dólares) para resolver los problemas relacionados con la educación (que se solucionarían con un 0,7 % aproximado del gasto militar), el agua (con un 1,1 %) y la sanidad y la nutrición básicas (con un 1,9 %).

14. Asamblea General de las Naciones Unidas, Resolución XXVIII periodo de sesiones, 7 de diciembre de 1973.

15. Rahi Masoom Raza, *Aadha Gaon*, Delhi, Rajmakal Prakashan, 1966, p. 219. Para un análisis detallado, véase Ravi Singh, «Life during the Partition: A Literary Geographic Narrative of Rahi Masoom Raza's Adha Gaon and Bhishma Sahni's Tamas», comunicación, European Association for South Asian Studies Conference, 2004.

16. Raza, *Aadha Gaon*, pp. 254-257.

1. Citado en Guillermo Morón, *A History of Venezuela*, Nueva York, Roy, 1963, p. 199.

2. Citado en Judith Ewell, *Venezuela: A Century of Change*, Palo Alto (California), Stanford University Press, 1984, p. 64.

3. UN Commission for Latin America (CEPAL), «Economic Development in Venezuela in the1950s», *Economic Bulletin for Latin America*, 1, 1, 1960, p. 23.

4. Talton F. Ray, *The Politics of the Barrios of Venezuela*, Berkeley, University of California Press, 1969, p. 6.

5. Eduardo Galeano, *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*, Nueva York, Monthly Review Press, 1973, p. 184. [Versión original en castellano: *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 200476, p. 218.]

6. Citado en Stephen G. Rabe, *The Road to OPEC: United States Relations with Venezuela, 1919-1976*, Austin, University of Texas Press, 1982, p. 129.

7. Ibídem, p. 120.

8. Daniel Yergin, *The Prize: The Epic Quest for Oil, Money, and Power*, Nueva York, Simon & Schuster, 1991, pp. 274-275. [Hay trad. cast.: *La historia del petróleo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1992.]

9. Citado en Nathan Citino, *From Arab Nationalism to OPEC: Eisenhower, King Sa'ud, and the Making of US-Saudi Relations*, Bloomington, Indiana University Press, 2002, p. 153.

10. Citado en Pierre Terzian, *OPEC: The Inside Story*, Londres, Zed, 1985, p. 24. [Hay trad. cast.: *La increíble historia de la OPEP*, Miami, Macrobit Corporation, 1988.]

11. Citado en Citino, *From Arab Nationalism*, pp. 152-153; Terzian, *OPEC*, p. 25.

12. Citado en Terzian, *OPEC*, pp. 88-89; Stephen Duguid, «A Biographical Approach to the Study of Social Change in the Middle East: Abdullah Tariki as a New Man», *International Journal of Middle East Studies*, 1, 1, 1970, pp. 195-220.

13. Terzian, *OPEC*, pp. 27-28. Véase también Abbas Alnasrawi, *Arab Nationalism, Oil, and the Political Economy of Dependency*, Westport (Connecticut), Greenwood Press, 1991.

14. Citado en Terzian, *OPEC*, p. 54.

15. Gamal Abdel Nasser, *Philosophy of the Revolution*, El Cairo, National Publishing House Press, 1960, p. 61. [Hay trad. cast.: *Filosofía de la revolución*, Madrid, Imprenta Fareso, 19593.]

16. A propósito de todos los documentos públicos importantes, véase *OPEC Official Resolutions and Press Releases, 1960-1990*, Viena, OPEC Secretariat, 1990.

17. Citado en Terzian, *OPEC*, p. 54.

18. Raúl Prebisch, «Two Decades After», en Michael Z. Cutajar, ed., *UNCTAD and the South-North Dialogue*, Oxford, Pergamon Press, 1985.
19. Mohammed Imady, «Patterns of Arab Economic Aid to Third World Countries», *Arab Studies Quarterly*, 6, invierno-primavera de 1984; Ibrahim F. I. Shihata, *The Other Face of OPEC: Financial Assistance to the Third World*, Londres, Longman, 1982 [hay trad. cast.: *La otra cara de la OPEP: Asistencia financiera al Tercer Mundo*, Londres, Longman, 1982].
20. Citado en Citino, *From Arab Nationalism*, p. 155.
21. Wolfgang Hein, «Oil and the Venezuelan State», en Petter Nore y Terisa Turner, eds., *Oil and Class Struggle*, Londres, Zed, 1980, pp. 241-242.
22. Citado en L. S. Stavrianos, *Global Rift: The Third World Comes of Age*, Nueva York, Morrow, 1981, p. 798; Christopher Gilbert, «International Commodity Agreements: An Obituary Notice», *World Development*, 24, 1, 1996, pp. 1-19.
23. Eduardo Mayobre, *Pérez Alfonzo*, Caracas, El Nacional, 2005, p. 129; Terzian, *OPEC*, p. 85. Juan Pablo Pérez Alfonzo, *Hundiéndonos en el excremento del Diablo*, Caracas, Lisbona, 1976.
1. Julius Nyerere, «The Arusha Declaration: Socialism and Self-Reliance», en *Freedom and Socialism: Uhuru na Ujamaa*, Dar es Salaam, Oxford University Press, 1968, p. 240. En la década de 1950, el grueso de la ayuda exterior fue a parar a países limítrofes con la URSS y China (es decir, que se concedió como un factor multiplicador de la seguridad más que como un medio para la liberación económica de esas zonas del mundo). Sobre la ayuda soviética, véase Elizabeth Valkenier, *The Soviet Union and the Third World: An Economic Bind*, Nueva York, Praeger, 1983. La literatura especializada en los problemas relacionados con la ayuda exterior es muy extensa: David Wall, *The Charity of Nations: The Political Economy of Foreign Aid*, Nueva York, Basic Books, 1973; William Brown y Redvers Opie, *American Foreign Assistance*, Washington (D.C.), Brookings Institution, 1953; Sergei Shenin, *The United States and the Third World: The Origins of the Postwar Relations and the Point Four Program, (1949-1953)*, Commack (Nueva York), Nova Science, 2000; Teresa Hayter, *The Creation of World Poverty*, Londres, Pluto Books, 1981.
2. Nyerere, «The Arusha Declaration», pp. 241-242.
3. Jannik Boesen, Birgit Storgård Madsen y Tony Moody, *Ujamaa: Socialism from Above*, Uppsala, Scandinavian Institute for African Studies, 1977.
4. Helge Kjekshus, «The Tanzanian Villagization Policy: Implementational Lessons and Ecological Dimensions», *Canadian Journal of African Studies*, 11, 2, 1977, p. 274.
5. René Dumont, *Tanzania Agriculture after the Arusha Declaration: A Report*, Dar es Salaam, Ministry of Economic Affairs and Development Planning, 1969, p. 11; Kjekshus, «The Tanzanian Vil lagization Policy», p. 275.
6. Nyerere reconocía que la «mejora» podía haber servido simplemente para crear una agricultura capitalista. «La agricultura capitalista a pequeña escala con la que contamos en la actualidad no constituye, en realidad, un peligro, pero vamos por el camino equivocado y si seguimos alentando o, incluso, ayudando activamente al desarrollo de la agricultura capitalista, jamás nos convertiremos en un Estado socialista». Julius Nyerere, «Socialism and Rural Development», en *Freedom and Socialism*, p. 344.
7. Ibídem.
8. Ibídem, p. 351.
9. R. R. Matango, «Operation Mara: The Paradox of Democracy», *Maji Maji*, 20, 1975, pp. 17-29; Kjekshus, «The Tanzanian Villagization Policy», p. 280.
10. Citado en Stanley Dryden, *Local Administration in Tanzania*, Nairobi, East African Publishing House, 1968, p. 42.

11. Deborah Fahy Bryceson, «Peasant Commodity Production in Postcolonial Tanzania», *African Affairs*, 81, 325, 1982, p. 557. Esa es también la tesis defendida en Mahmood Mamdani, *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1996, pp. 172-177.
12. Philip Raikes, «Ujamaa and Rural Socialism», *Review of African Political Economy*, 2, 1975, p. 49.
13. Julius Nyerere, «After the Arusha Declaration», en *Freedom and Socialism*, p. 407.
14. Bryceson, «Peasant», p. 558; Louise Fortmann, *Peasants, Officials, and Participation in Rural Tanzania: Experience with Villagization and Decentralization*, Ithaca (Nueva York), Center for International Studies, Cornell University, 1980.
15. Citado en Government of India, *Problems of the Third Plan: A Critical Miscellany*, Nueva Delhi, Ministry of Information and Broadcasting, 1961, pp. 49-50.
16. Resolución 1526 (XV) de la Asamblea General de las Naciones Unidas, «Reforma agraria», 15 de diciembre de 1960; UN Department of Economic Affairs (Departamento de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas), *Land Reform: Defects in Agrarian Structure as Obstacles to Economic Development*, Nueva York, Naciones Unidas, 1951.
17. Arvind N. Das, «Agrarian Change from Above and Below: Bihar, 1947-78», en Ranajit Guha, ed., *Subaltern Studies II*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1983, p. 194.
18. Samuel P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven (Connecticut), Yale University Press, 1968, p. 385. [Hay trad. cast.: *El orden político en las sociedades en cambio*, Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 339.
19. Solon L. Barraclough, «The Legacy of Latin American Land Reform», *NACLA Report on the Americas*, 28, 3, noviembrediciembre de 1994, p. 19.
20. Estas ideas están desarrolladas en V. K. Ramakrishnan y Madhura Swaminathan, eds., *Financial Liberalization and Rural Credit in India*, Nueva Delhi, Tulika, 2005.
21. World Bank (Banco Mundial), *Poverty and Hunger: Issue and Options for Food Security in Developing Countries*, Washington (D.C.), World Bank, 1986.
1. Tariq Ali, *The Nehrus and the Gandhis: An Indian Dynasty*, Londres, Picador, 1991, p. 226. [Hay trad. cast.: *Los Nehru y los Gandhi: La dinastía de la India*, Buenos Aires, Javier Vergara, 1992.]
2. Citado en José U. Martínez Carreras, «La Sexta Conferencia de Países No Alineados, La Habana, septiembre de 1979», *Revista de Estudios Internacionales*, 1, 3, 1980.
3. El libro se publicó originalmente como Fidel Castro, *La crisis económica y social del mundo: Sus repercusiones en los países subdesarrollados*, La Habana, Ediciones del Consejo de Estado, 1983, y, en inglés, como *The World Economic and Social Crisis: Its Impact on the Underdeveloped Countries, Its Somber Prospects, and the Need to Struggle If We Are to Survive*, La Habana, Publishing Office of the Council of State, 1983.
4. «Speech by Mr. S. Rajaratnam, Minister for Foreign Affairs, at the 34th Session of the United Nations General Assembly on 24th September 1979», Acc. No. 79, 0051, National Archives and Records Centre, Singapur, p. 2.
5. «Speech by Mr. S. Rajaratnam, Minister for Foreign Affairs, at the Opening Session of the Tenth ASEAN Ministerial Meeting Held at the Shangri-La Hotel on Wednesday, 6th July 1977», Acc. No. 77, 0057, National Archives and Records Centre, Singapur, p. 4.
6. «Speech by Mr. S. Rajaratnam, Minister for Foreign Affairs, at the 34th Session of the United Nations», p. 9.
7. Ibídem, p. 10.

8. Rajiv Gandhi, «An Overview of Non-Alignment», *Black Scholar*, marzo-abril de 1987, p. 39.
9. Castro, *The World Economic and Social Crisis*, p. 73.
10. Ibídem, pp. 126-128.
11. Hubert Van Wersch, *The Bombay Textile Strike, 1982-83*, Nueva Delhi, Oxford University Press, 1992.
12. «Speech by Mr. S. Rajaratnam, Minister for Foreign Affairs, at the 34th Session of the United Nations», p. 5.
13. Carol Geldart y Peter Lyon, «The Group of 77: A Perspective View», *International Affairs*, 57, 1, invierno de 1980-1981, pp. 95-96.
1. Susanne Soederberg, «Grafting Stability onto Globalisation? Deconstructing the IMF's Recent Bid for Transparency», *Third World Quarterly*, 22, 5, 2001, p. 851.
2. Véanse dos razonables valoraciones al respecto en Evelyne Huber Stephens y John Stephens, *Democratic Socialism in Jamaica: The Political Movement and Social Transformation in Dependent Capitalism*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1986; Fitzroy Ambursley, «Jamaica: The Demise of «Democratic Socialism»», *New Left Review*, 128, julio-agosto de 1981, pp. 76-87.
3. «Agreement Establishing the International Bauxite Association», Conakry, 8 de marzo de 1974, preámbulo y artículo 3(b).
4. W. Marvin Will, «A Nation Divided: The Quest for Caribbean Integration», *Latin American Research Review*, 26, 2, 1991, pp. 3-37; William Demas, «The Caribbean and the New International Economic Order», *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 20, 3, agosto de 1978, pp. 229-263.
5. En una conferencia magistral pronunciada en el aula magna de la Universidad Central de Venezuela en 1999, Castro rememoró las décadas iniciales de la Revolución Cubana: «[Los soviéticos] nos vendieron petróleo a precio mundial, sí; a pagar en azúcar, sí; al precio mundial del azúcar, sí. Pero se exportó el azúcar a la URSS y llegó el petróleo, materias primas, alimentos y muchas cosas más. Nos dio tiempo para formar una conciencia, nos dio tiempo para sembrar ideas, nos dio tiempo para crear una nueva cultura política. ¡Nos dio tiempo!, suficiente tiempo para crear la fortaleza que nos permitió resistir después los tiempos más increíblemente difíciles». Fidel Castro, *On Imperialist Globalization*, Nueva Delhi, Left-Word Books, 1999, p. 66. El estudio de la economía cubana durante las décadas de 1970 y 1980 realizado por Janette Habel muestra que la URSS y el Comecon suministraron una asistencia insuficiente y que los Estados del Pacto de Varsovia tal vez llegaron incluso a estafar a Cuba en el precio que le ofrecieron por su azúcar. En 1987, Castro lanzó la siguiente arenga a los dirigentes de los países del bloque soviético: «Un país socialista del Tercer Mundo debe desarrollarse; debe no solo posponer indefinidamente (o incluso hasta la eternidad) el pago de su deuda, sino recibir nuevos créditos y recursos para su desarrollo». Citado en Janette Habel, *Cuba: The Revolution in Peril*, Londres, Verso, 1991, p. 29.
6. Timothy White, *Catch a Fire: The Life of Bob Marley*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1983.
7. Los orígenes de esta práctica se remontaban al préstamo concedido por el FMI a Chile en 1956. Los bancos estadounidenses insistieron en que la operación se realizara mediante un acuerdo con el FMI para que no se les pudiera acusar de «imperialismo del dólar».
8. El primer director del FMI, el belga Camille Gutt, señaló que la devaluación «es una forma de confiscación». Citado en Anthony Sampson, *The Money Lenders*, Londres, Hodder and Staughton, 1981, p. 112. [Hay trad. cast.: *Los bancos y la crisis mundial*, Barcelona, Grijalbo, 1981.]

9. Joan Ross Frankson, «Higglers, Hagglers, and Empty Stomachs», *New Internationalist*, 214, diciembre de 1990; Elise LeFranc, «Petty Trading and Labour Mobility: Hagglers in the Kingston Metropolitan Area of Jamaica», en Keith Hart, ed., *Women and the Sexual Division of Labour in the Caribbean*, Kingston, Consortium Graduate School of Social Sciences, 1985, pp. 99-132.
10. Mohsin Khan, «The Macroeconomic Effects of Fund-Supported Adjustment Programs», *IMF Staff Papers*, 37, 2, junio de 1990, p. 215.
11. Citado en Peter Körner, Gero Maass, Thomas Siebold y Rainer Tetzlaff, *The IMF and the Debt Crisis: A Guide to the Third World's Dilemma*, Londres, Zed, 1986, p. 129.
12. Citado en *IMF Survey*, 9 de febrero de 1981.
13. Willy Brandt, *North-South: A Program for Survival*, Cambridge (Massachusetts), MIT Press, 1980, p. 216. [Hay trad. cast.: *Norte Sur: Un programa para la supervivencia*, Bogotá, Pluma, 1980.]
14. Richard Bernal, «The IMF and Class Struggle in Jamaica, 1977-1980», *Latin American Perspectives*, 11, 3, verano de 1984, p. 71.
15. Ibídem.
16. Anita M. Waters, *Race, Class, and Political Symbols: Rastafari and Reggae in Jamaican Politics*, New Brunswick (Nueva Jersey), Transaction Books, 1985, p. 203.
17. William Stief, «Seaga under Siege», *Multinational Monitor*, 6, 6, 31 de mayo de 1985.
18. Judy L. Baker, *Poverty Reduction and Human Resource Development in the Caribbean: A Cross-Country Study*, Washington (D.C.), World Bank (Banco Mundial), 1997, p. 95.
19. Americas Watch, *Human Rights in Jamaica*, Nueva York, Americas Watch Committee, 1986.
20. Así lo han entendido tanto el Banco Mundial como diversos sociólogos jamaicanos. Caroline Moser y Jeremy Holland, *Urban Poverty and Violence in Jamaica*, Washington (D.C.), World Bank (Banco Mundial), 1997; Centre for Population, Community, and Social Change, *They Cry «Respect!»: Urban Violence and Poverty in Jamaica*, Kingston, Centre for Population, Community, and Social Change, 1996.
21. Horace Campbell, *Rasta and Resistance*, Trenton (Nueva Jersey), Africa World Press, 1987, p. 88.
22. Stephen J. Kobrin, «Sovereignty@Bay: Globalization, Multinational Enterprise, and the International Political System», y Mira Wilkins, «The History of Multinational Enterprise», en Alan Rugman y Thomas Brewer, *Oxford Handbook of International Business*, Oxford, Oxford University Press, 2001.
23. R. J. Barnet y R. E. Miller, *Global Reach: The Power of Multinational Corporations*, Nueva York, Simon & Schuster, 1974, p. 16.
24. Vijay Prashad, *Fat Cats and Running Dogs: The Enron Stage of Capitalism*, Monroe (Maine), Common Courage Press, 2002.
25. «The ICC and Corporate Cooptation of the UN», hoja informativa elaborada por Corporate Europe para el Congreso Mundial de la Cámara Internacional de Comercio celebrado en Budapest entre el 3 y el 5 de mayo de 2000.
26. Ibídem.
27. Citado en Larry Elliot, «A Bridge to Fairer World Trade», *Guardian Weekly*, 4-10 de junio de 2004, p. 29.
28. Las iniciativas de la ONU sobre la cuestión de la mujer adquirieron un mayor impulso a partir de mediados de la década de 1970, justo cuando el Estado, la principal institución para llevar esa clase de reformas a la práctica, dejó de tener la capacidad para realizar tal labor. El Instituto Internacional de Investigación y

Capacitación para la Promoción de la Mujer, la División de la Mujer dentro del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo y, por último, el Fondo de las Naciones Unidas para la Mujer, eran ya una realidad en 1975. Sin embargo, en la cuarta conferencia mundial de la ONU sobre la mujer, celebrada en 1995 en Pekín, el orden del día del encuentro interestatal distaba ya mucho del de las organizaciones no gubernamentales.

29. «The Terra Nova Statement on the International Monetary System and the Third World», *Development Dialogue*, 2, 1980, p. 30.

30. U.S. Department of the Treasury (Departamento del Tesoro de los Estados Unidos), *United States Participation in the Multilateral Development Banks in the 1980s*, Washington (D.C.), U.S. Department of the Treasury, 1982, p. 47.

31. «The Terra Nova Statement», p. 30.

32. «The Terra Nova Statement», p. 33.

1. World Bank (Banco Mundial), *World Development Report 1992*, Nueva York, Oxford University Press, 1992, tabla 1. [Hay trad. cast.: *Informe sobre el desarrollo Mundial 1992*, Washington (D.C.), Banco Mundial, 1992.]

2. Chua Beng Huat y Tan Joo Ean, «Singapore: Where the New Middle Class Sets the Standard», en Michael Pinches, *Culture and Privilege in Capitalist Asia*, Londres, Routledge, 1999, p. 151.

3. Sinnathamby Rajaratnam, «Singapore: Global City», en *The Prophetic and the Political: Selected Speeches and Writings of S. Rajaratnam*, ed. de Chan Heng Chee y Obaid ul Haq, Singapur, Graham Brash, 1987. Unos años después, la socióloga Saskia Sassen daría continuidad a esa idea de Rajaratnam. La «ciudad global» de la que ella habla funciona como un punto nodal en la economía mundial. Pero para ella, las principales ciudades de ese tipo son Nueva York, Londres y Tokio. Saskia Sassen, *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton (Nueva Jersey), Princeton University Press, 1991.

4. Peter Schoppert, «Displacing Singapore», en Lucas Jodogne, ed., *Singapore: Views on the Urban Landscape*, Amberes (Bélgica), Pandora, 1998, p. 98.

5. World Bank (Banco Mundial), *The East Asian Miracle: Economic Growth and Public Policy*, Nueva York, Oxford University Press, 1993, p. 26.

6. Ibídem.

7. La historia de la cuenca asiática del Pacífico proporciona una mejor base de datos para las teorías de Bill Warren que la que pudiera obtenerse con los casos del resto de Asia o de África. Bill Warren, *Imperialism: Pioneer of Capitalism*, Londres, Verso, 1980.

8. People's Action Party, *The Tasks Ahead: PAP's Five-Year Plan, 1959-1964*, Singapur, Petir, Organ of the PAP, 1959.

9. «Transcript of a Press Conference Given by the Prime Minister of Singapore, Mr. Lee Kuan Yew, at Broadcasting House, Singapore, at 1200 hours on Monday, 9th August 1965», Acc. No. 1ky/1965/1ky0809b.doc, National Archives and Records Centre, Singapur, p. 21.

10. Lee prosiguió: «Singapur no tiene un rajá malayo, ni un rajá chino, ni un rajá indio, por mucho que Inche Khir Johari haya insinuado que el PAP sí tiene un rajá: Rajaratnam». «Press Conference of the Singapore Prime Minister, Mr. Lee Kwan Yew, with Malay Journalists at the Studio of TV Singapura on Wednesday, 11th August 1965», Acc. No. 1ky/1965/1ky0811a.doc, National Archives and Records Centre, Singapur, p. 2.

11. «The Jodidi Lecture: Addess by Singapore's Prime Minister Mr. Lee Kuan Yew at Lowell Lecture Hall, Harvard University, Wednesday, 4th December 1968», Acc. No. 1ky/1968/1ky1204. doc, National Archives and Records Centre, Singapur, pp. 15,

16 y 24.
12. «Transcript of Speech Made by Prime Minister Mr. Lee Kuan Yew at the Kampong Glam Branch of the PAP on 2nd January 1966», Acc. No. 1ky/1966/1ky0102a.doc, National Archives and Records Centre, Singapur, p. 1.
13. «National Day Message from the Minister for Foreign Affairs, Mr. S. Rajaratnam», Acc. No. 66.0026.281, National Archives and Records Centre, Singapur, 8 de agosto de 1966.
14. Fareed Zakaria, «Culture Is Destiny: A Conversation with Lee Kuan Yew», *Foreign Affairs*, 73, 2, marzo-abril de 1994, pp. 109-126.
15. «Transcript of a Press Conference Given by the Prime Minister of Singapore, Mr. Lee Kuan Yew, at Broadcasting House, Singapore, at 1200 hours on Monday, 9th August 1965», Acc. No. 1ky/1965/1ky0809b.doc, National Archives and Records Centre, Singapur, pp. 27-28.
16. Lee Kuan Yew, *From Third World to First: The Singapore Story, 1965-2000*, Nueva York, HarperCollins, 2000, p. 174. [Hay trad. cast.: *Del tercer mundo al primero: Historia de Singapur, 1965-2000*. *Memorias de Lee Kuan Yew*, Barcelona, Cambra de Comerç, Indústria i Navegació, 2008.]
17. Economic Intelligence Unit, *Quarterly Economic Review: Malaysia, Singapore, and Brunei*, Londres, Economic Intelligence Unit, 1970, p. 11; Soon Teck-Wong y C. Suan Tan, *The Lessons of East Asia; Singapore: Public Policy and Economic Development*, Washington (D.C.), World Bank (Banco Mundial), 1993, p. xi.
18. Linda Lim y Eng Fong, *Trade, Employment, and Industrialization in Singapore*, Singapur, International Labor Organization (Organización Internacional del Trabajo), 1986, pp. 17-18.
19. Ichiro Numazaki, «The Export-Oriented Industrialisation of Pacific Rim Nations and Their Presence in the Global Market», en Eun Kim, ed., *The Four Asian Tigers: Economic Development and Global Political Economy*, Nueva York, Academic Press, 1998, p. 80.
20. «National Day Message from the Minister for Foreign Affairs, Mr. S. Rajaratnam», Acc. No. 66.0026.281, National Archives and Records Centre, Singapur, 8 de agosto de 1966.
21. Robert Wade y Frank Veneroso, «The Asian Crisis: The High Debt Model versus the Wall Street-Treasury-IMF Complex», *New Left Review*, 228, marzo-abril de 1998, p. 9.
22. Kuan-Hsing Chen, «America in East Asia: The Club 51 Syndrome», *New Left Review*, 12, noviembrediciembre de 2001, p. 75.
23. También en Singapur se detecta una tendencia hacia la «americanización» de la visión de la élite. Michael Barr, «Beyond Technocracy: The Culture of Elite Governance in Lee Hsien Loong's Singapore», *Asian Studies Review*, 30, 1, 2006, pp. 1-18.
24. «Speech by Prime Minister Lee Hsien Loong at the NUS Society Lecture, 19th March 2005», National Archives and Record Centre, Singapur.
25. Citado en François Godement, *The Downsizing of Asia*, Londres, Routledge, 1999, p. 107. Véase también Syed Hussein Alatas, *Corruption and the Destiny of Asia*, Selangor Darul Ehsan (Malasia), Prentice Hall, 1999, pp. 112-113. «La sociedad asiática nunca antepone los valores individuales a los sociales. Las sociedades siempre son más importantes que los individuos. Yo creo que ese valor salvará a Asia de las mayores calamidades». Lee Kuan Yew, *40 Nian Zhenglun Zuan: Selections from 40 Years of Political Writings*, Singapur, Lianhe Zaobao Press, 1993, p. 502. El demócrata surcoreano que se convertiría en presidente del país tres años después, Kim Dae Jung, replicó a Lee Kuan Yew aludiendo a que la necesidad de reforma

política en el Asia oriental no era un valor hostil a la sociedad de la región, sino necesario para la modernidad democrática de la misma. Kim Dae Jung, «Is Culture Destiny? The Myth of Anti-Democratic Values: A Response to Lee Kuan Yew», *Foreign Affairs*, 73, 6, noviembrediciembre de 1994, pp. 189-194. El debate sobre los valores asiáticos está muy extendido en Singapur. Véase Seong Chee Tham, «Values and National Development in Singapore», *Asian Journal of Political Science*, 3, 2, diciembre de 1995, pp. 1-14. Para el ámbito de Asia en general, véase Khoo Boo Teik, «The Value(s) of a Miracle: Malaysian and Singaporean Elite Constructions of Asia», *Asian Studies Review*, 23, 2, junio de 1999, pp. 181-192.

1. Citado en «Islam against Nationalism», *The Economist*, 2 de junio de 1962, p. 903; Abdullah M. Sindi, «King Faisal and Pan-Islamism», en Willard Beling, ed., *King Faisal and the Modernization of Saudi Arabia*, Londres, Croom Helm, 1980, p. 186.

2. Sindi, «King Faisal», p. 191.

3. Mustafá Mahmud, *Marxism and Islam*, El Cairo, 1984, p. 21. El sociólogo iraní Alí Shariati también mostraba una disposición favorable a un encuentro con el marxismo, aun cuando se opusiera vehementemente al comunismo. Alí Shariati, *Marxism and Other Western Fallacies*, Berkeley, Mizan Press, 1980. Shariati pone de manifiesto su populismo cuando señala, por ejemplo, que, «siempre que se mencionan cuestiones sociales en el Corán, Alá y Al-Nas [el pueblo] son prácticamente sinónimos». Alí Shariati, *Islam and Revolution*, Berkeley, Mizan Press, 1981, p. 55.

4. Nasser no era reacio a incorporar el islam a su agenda de prioridades. «Nuestra religión es una religión socialista», dijo en una ocasión. «En la Edad Media, el islam logró instaurar con éxito la primera experiencia socialista en el mundo». Citado en Paul Balta y Claudine Rulleau, *La vision nassérienne*, París, Sindbad, 1982, p. 131.

5. Citado en Alexei Vassiliev, *The History of Saudi Arabia*, Londres, Saqi Books, 1998, p. 357.

6. Citado en Douglas Little, *American Orientalism: The United States and the Middle East since 1945*, Chapel Hill (Carolina del Norte), University of North Carolina Press, 2002, pp. 61 y 63-65.

7. Georges de Bouteiller, «La Ligue Islamique Mondiale: Une institution tentaculaire», *Défense Nationale*, 37, febrero de 1981, pp. 73-80; Jacob Landau, *The Politics of Pan-Islam: Ideology and Organization*, Oxford, Clarendon Press, 1990; Mushirul Haq, «The Rabitah: A New Tradition in Panislamism», *Islam and the Modern Age*, 9, 3, 1978, pp. 55-66; y Reinhard Schulze, *Islamischer Internationalismus im 20. Jahrhundert: Untersuchungen zur Geschichte der Islamischen Weltliga (Mekka)*, Leiden (Países Bajos), Brill, 1990.

8. James P. Piscatori, «Islamic Values and National Interest: The Foreign Policy of Saudi Arabia», en Adeed Dawisha, *Islam in Foreign Policy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 40.

9. Citado en Sindi, «King Faisal», p. 188.

10. Los miembros de la casa de Saud, que se presentaban en su propia tierra como jefes del islam, eran famosos por sus excesos en el extranjero: los miembros de la realeza saudí «deberían ser más temerosos de Dios», declaró uno de los islamistas alzados. «Por un lado, rezan, pero, mientras tanto, por el otro, se dedican a darle a la botella». Mai Yamani, *Changed Identities: The Challenge of the New Generation in Saudi Arabia*, Londres, Royal Institute for International Affairs, 2000, p. 39.

11. Vassiliev, *The History of Saudi Arabia*, p. 396.

12. Ibídem, p. 454; Fareed Mohamedi, «The Saudi Economy: A Few Years till Doomsday», *Middle East Report*, 185, noviembrediciembre de 1993, pp. 14-17.

13. Citado en Sindi, «King Faisal», p. 193.

14. Citado en el *Kabul Times*, 28 de mayo de 1978.

15. Citado en «Oui, la CIA est entrée en Afghanistan avant les Russes», *Le Nouvel Observateur*, 15-21 de enero de 1998.

16. Citado en Owen Bennett-Jones, *Pakistan: Eye of the Storm*, Nueva Delhi, Penguin, 2002, p. 260.

1. «Address by Mwalimu Julius K. Nyerere, Chairman of the South Commission, at the Commission's Inauguration Ceremony, 2nd October 1987», Ginebra, South Centre, 1987.

2. World Bank (Banco Mundial), *World Development Report 2000/2001: Attacking Poverty*, Nueva York, Oxford University Press, 2001, p. 51. [Hay trad. cast.: *Informe sobre el desarrollo mundial 2000-2001: Lucha contra la pobreza*, Madrid, Tecnos, 2000.]

3. *The Challenge of the South: The Report of the South Commission*, Nueva York, Oxford University Press, 1990, p. 148. [Hay trad. cast.: *El reto del Sur: Informe de la Comisión del Sur* (pre-publicación), Comisión del Sur, 1990.]

4. Formado por Argelia, Argentina, Brasil, Egipto, Indonesia, India, Jamaica, Malasia, México, Nigeria, Perú, Senegal, Venezuela, Yugoslavia y Zimbabwe.

5. Citado en Kripa Sridharan, «G-15 and South-South Cooperation: Promise and Performance», *Third World Quarterly*, 19, 3, septiembre de 1998, pp. 357-374.

6. Citado en ibídem.

Las naciones oscuras. Otra historia del Tercer Mundo
Vijay Prashad

Primera edición: marzo de 2012
Primera edición de esta presentación: mayo de 2024

Título original: *The Darker Nations. A People's History of the Third World*

Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-978-84-1100-269-1(epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia www.acatia.es